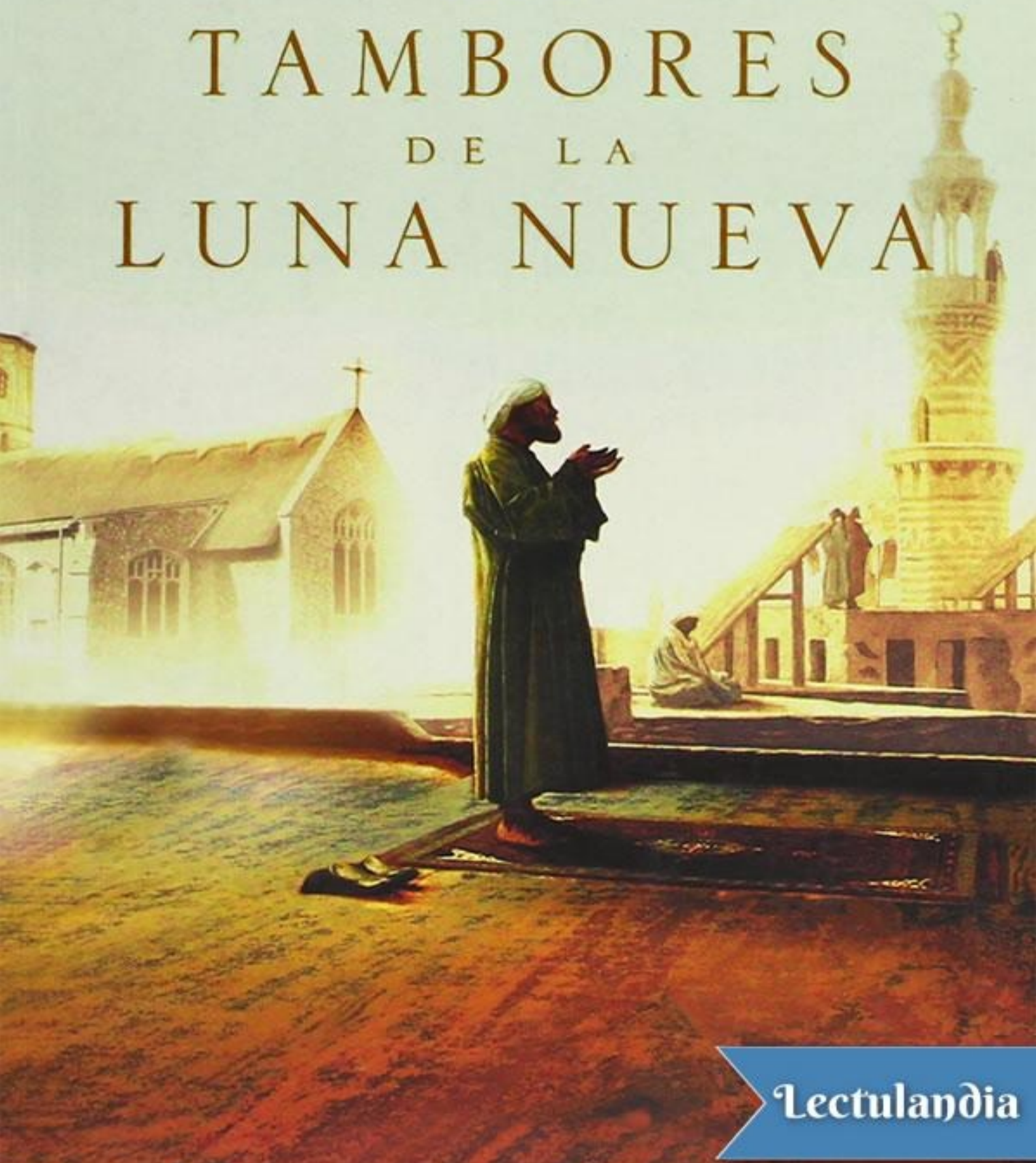


Cristóbal Delgado

LOS
TAMBORES
DE LA
LUNA NUEVA



Lectulandia

Un monje dominico es testigo de las traiciones e intrigas de la Europa del siglo XIII. Siendo joven, Martín ingresa en la orden de los dominicos y viaja hasta Roma, donde traba amistad con Antonio del Sasso, un joven que no se conforma con las enseñanzas de los padres de la Iglesia y que enseñará a Martín a cuestionarse las cosas y no darlas por sentadas. Juntos son testigos de intrigas y enfrentamientos entre el papado y el poder de los reyes y príncipes; viven en Sicilia las Vísperas Sicilianas, cuando Pedro III el Grande decide conquistar el reino que pertenece a su esposa. Reflejo de los tiempos, Martín enfrentará las vicisitudes propias de su estado, las reflexiones que necesariamente le llevan a enjuiciar su entorno y, como desafío más imperioso y difícil, el de la sociedad.

Lectulandia

Cristobal Delgado

Los tambores de la luna nueva

ePub r1.0

Titivillus 28.12.15

Título original: *Los tambores de la luna nueva*
Cristobal Delgado, 2007
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

El camino de Elna

Había sido el benjamín de quince hermanos. Cuando empezaba a razonar y el despertar de cada jornada le abría invariablemente un mundo lleno de novedades, de sorpresas; cuando su curiosidad le hacía indagar por todo cuanto pudiera haber más allá del vigilante regazo materno, sin todavía un atisbo de lo que significa la vida, y mucho menos sobre la magnitud del mundo por encima de las montañas que cerraban el horizonte por un lado, con el perezoso curso del Tech y un vislumbre apenas retenido sobre la existencia de una ciudad que se llamaba Elna, no lejos de la gran masa de agua que era el mar, una mañana sus padres vistieron decorosas galas, a él le acicalaron adecuadamente, y a continuación salieron al patio. Llovía, con esa monótona insistencia con que cada año se anunciaba el fin de los largos, deliciosos días estivales; se anunciaba el otoño, preludio de las inacabables noches invernales, Irías y desapacibles. Entonces el paisaje se difuminaba en gris y cada jornada, una tras otra, se llenaba de melancolía, de un halo de tristeza que lo inundaba todo.

Fuera aguardaba el carro. Los animales, la cabeza gacha, parecía que reflejaran un ánimo contagiado del tiempo, resignados, la piel brillante del aguacero, y el pequeño Martín no pudo menos que compadecerlos desde el fondo piadoso de sus sentimientos.

Restalló el látigo, las bestias emprendieron la marcha por el camino que conducía a la ciudad tierra apisonada y algún trozo empedrado, del que su madre le contara que por allí, en época de lo más remota, había pasado Aníbal, el cartaginés, con su ejército, sus elefantes, camino de Roma—, y a media mañana ya estaban avistando la cuadrada torre de la catedral. Poco después atravesaban el portón de la muralla, y casi enseguida su padre hizo detenerse el carruaje junto al edificio, anejo a la seo, donde se ubicaba la escuela.

Trabados los animales, accedieron por el ancho zaguán sacudiendo el agua de los tabardos. Un aldabonazo, y al cabo un hombrón vestido con desaliñada ropa talar les franqueó la entrada. Entonces su padre habló con aquel tono de voz que a él siempre le parecía como un ponerse amenazadoramente a la defensiva:

—Anuncia que está Tomás del Torrent, que vino con su hijo Martín. Me esperan.

En aquel momento no fue capaz de adivinar la trascendencia que para su futuro entrañaba aquel viaje, salvo que abandonaba una época de dulce holgar y entraba en

un mundo desconocido —propriadamente, el mundo—, que empezaba cargándole con la responsabilidad que significaba entrar en la edad escolar.

Años más tarde no dejaría de recordar que, a partir de aquella mañana, había dejado de ser un niño para convertirse en un ser distinto.

II

Tomás

Tomás del Torrent había nacido en el seno de una familia de villanos rústicos asentada en el feudo del *cavaller* Ramón de Malpás, vasallo éste de la baronía de Mataplana. La potestad del señor de Malpás se circunscribía a tres agrupaciones humanas —ni siquiera aldeas—, un molino de agua, un horno, escasa tierra de labor repartida entre algún estrecho valle y laderas dificultosamente abancaladas, y bosques donde abundaban el roble, el pino y el abeto; a esto se agregaban unos rebaños de ovejas que bien sabían aprovechar los ricos pastizales montañoses. Todo enmarcando prácticamente el solar del caballero: un viejo caserón de piedra alzado sobre un angosto espacio aplanado, unido por arco a una ya desvencijada torre albarrana; a poca distancia, la iglesia, llevada por un cura de la plebe, del cual se decía que nunca había recibido otras órdenes que las del *cavaller*. Descendiendo la suave pendiente venía lo que era en sí el señorío de Malpás: media docena de tortuosas alineaciones de cabañas de piedra y madera, viviendas de los payeses y sus familias, entre animales, rediles y graneros donde se acomodaban aperos y ganado; conjunto conocido, dentro y fuera del lugar, como el Castell de Malpás.

El caballero de Malpás, como otros miembros de la baja nobleza, pasaba sus días entretenido, primero en la caza, y luego recorriendo sus tierras para escuchar, casi siempre con un oído distante, las quejas de los siervos; una vez por semana hacía de juez, dirimiendo las querellas que le presentaban unos y otros. Pero a lo que más entusiasmo dedicaba y en lo que más a gusto se entretenía era en la práctica del manejo de las armas, que realizaba al tiempo que instruía a todo varón del leudo apto para el arte de la guerra, donde incluía a su heredero, un chiquillo para el que no escatimaba el más duro entrenamiento.

Pocas visitas recibía, y aún menos las realizaba, salvo excepciones que marcaban un hito en la vida del señorío; éste tampoco estaba situado en paraje de fácil acercamiento, y quizá por ello el *cavaller* de Malpás fue siempre considerado hombre poco amigo de confianzas ni familiaridades. Su carácter recio, incluso adusto, se envolvía dentro de una cultura tan primaria como la que era patrimonio de la mayoría de sus iguales —señores campesinos—; siempre huyó de rencillas y discusiones con vecinos y parientes, y cuando las tuvo, se ganó merecida fama de duro e incluso cruel. Por otra parte, tampoco eran tierras aquellas capaces de despertar la codicia de nadie, dando apenas suficiente para que la reducida comunidad pudiera subsistir, lo

que se traducía en la casi absoluta indiferencia de quienes podrían tener deseo de arrebatárselas.

Después estaban sus lealtades de toda la vida a las devociones que le inculcara su padre, que no eran sino su fidelidad a los barones, con quienes el señorío de Malpás había mantenido desde el principio unas bien limpias relaciones de vasallaje, y el apego a la legalidad real; en contra esto a los celos, rebeldías y egoísmos de mucha gente de la nobleza, siempre levantisca e insatisfecha.

En general, los payeses aceptaban con dócil agradecimiento su dependencia, y más que nada la protección del *cavaller*, indispensable para sobrevivir en medio de la adversidad de los tiempos. Pero además, el señor de Malpás casi nunca hizo uso de sus indiscutibles derechos sobre ellos, salvo en circunstancias de obligada necesidad, tal que algún remensa, siendo tan escasa la mano de obra para obtener un producto razonable de la explotación de los predios, intentara huir del manso sin pagar su desligamiento por la obligación debida a su señor buscando refugio en dominios reales o eclesiásticos, donde podía trocar su condición servil por otra más libre; así, tan injustamente obrando, pretendían ignorar lo que estaba instituido por designio divino desde el principio de los tiempos, es decir, que eran hombres nacidos y hechos por y para la tierra a la que pertenecían. Pero ni aun entonces, ni ante cualquier otro delito, jamás apeló Ramón de Malpás a condenar a nadie a morir de hambre, o de sed, o de frío; ni a la tortura, ni a la mutilación, tal como acostumbraban otros muchos y permitían las *Observancias*. A su difunto padre sí que alguno lo recordaba todavía como bastante aficionado a emplear el látigo sobre las espaldas tanto de hombres como de mujeres; su hijo, sin embargo, usaba de la indulgencia no sólo con los cristianos, sino también con los esclavos sarracenos, aunque éstos, tratándose de una raza invasora y no más que por despreciar la fe de Jesucristo, podrían ser equiparados a las alimañas montesas, o peor. También se sabía del uso de su derecho de pernada, en dos ocasiones, al recabar la primera noche de bodas de dos muchachas del señorío; pero esto aconteció siendo aún muy joven y era asunto del todo olvidado. Y nunca, cosa tan frecuente en muchos señores, se le ocurrió divorciarse o repudiar a su legítima esposa, pía mujer a la que dedicaba una casi total indiferencia y a la que reprochaba, para su fuero interno, el no haberle dado más que un solo hijo varón.

Pero, sin duda, la pasión del señor de Malpás, la que le arrebatava y para la que siempre estuvo presto, era la guerra, aunque ahora el tiempo, los años, habían convertido lo que fueran actividad y energía en sólo recuerdos y nostalgias; su consuelo consistía ya en evocar un pasado que siempre le parecía fresco y palpitante, como si los hechos fuesen de ayer. Porque desde muy joven participó en algaras y cabalgadas acompañando a su padre, fieles al vasallaje debido a los barones; siendo tan sólo un mozalbete acudió, con los hombres de la Casa Mataplana y bajo las banderas del conde-rey don Pedro el Segundo —conde de Barcelona y rey de Aragón — cuando éste marchó a apoderarse del Roncesvalles navarro; y ya en adelante nunca dejó de acudir a cuantas empresas estimulaban sus naturales impulsos, hasta la gesta

inolvidable que fueron Las Navas, imposible de imaginar para el que no estuvo allí, enfrentando, como decían que anotara el arzobispo de Toledo, y él lo confirmaba, a “*equis et armis et infinita multitudine terribilis in aspecto*”, que así parecía, en efecto, aquella masa ingente de infieles a los que vencieran los cruzados de Cristo porque — y de esto no cabía duda— antes habían *nomine Domine invocato*»... ¡Gloriosas, inolvidables jornadas aquellas!

La familia de Tomás no estuvo siempre en el solar de Malpás, sino que procedía de la aldea más alejada del señorío, el Torrent: una treintena de siervos —hombres y mujeres y criaturas, muchas criaturas— asentados en media docena de cabañas agarradas a los contrafuertes de la serranía, cuyas cumbres, la mayor parte del año coronadas de nieve, asomaban por encima del bosque. A escasa distancia se despeñaba la corriente que daba nombre al lugar, la cual se decía que iba a morir a un gran río de aguas rojas.^[1] De ahí que el niño, sus familiares y sus vecinos se llamasen Del Torrent. Del Torrent de Malpás, gentilicio común a todos ellos.

Recién nacido, sus padres lo acomodaron en una cesta de ramas y paja, hábilmente tejida por uno de los hermanos, y cuando su cuerpecillo empezó a desarrollarse y a pedir más espacio fue a ocupar un hueco en el lecho común relleno de hierba, que conforme oscurecía se tiraba en un rincón, y en el que se apretujaba toda la familia, bien arrebujaada entre las pesadas pieles de cordero; era agradable respirar aquel intenso perfume del heno mientras sus ojos iban cerrándose, vencidos por el sueño, por el acompasado rebullir de algún hermano y su coyunda, hipnotizado por la llama del fuego de la chimenea, que no se apagaba nunca. Esto era particularmente grato en las largas noches invernales, con toda la familia forzada a un casi permanente encierro en el reducido espacio que servía para todo, los ojos lacrimosos del eterno humo, apartando a perros y gatos en tanto la nieve cubría cuanto abarcaba la vista.

Creció fuerte, alimentado con pan y leche, y cuando su organismo se lo demandó aceptó con entusiasmo el yantar de los mayores: gachas, pan de salvado, queso, crema; alguna vez, un huevo, y raramente, algo de la caza furtiva que practicaban el padre y los hermanos. Era la cocina pobre de los pobres siervos, no muy distinta de la que se servía en la mesa del señor; todos ignorantes de que su dieta era infinitamente más sana que la que deleitaba a los grandes del reino.

Sus primeros años los dedicó a corretear, cubierto por unas largas enaguas invariablemente sucias bajo las que asomaban los piececillos, siempre descalzos. Por fortuna remontó sin grandes problemas los peligros de la infancia, sorteando catarros, caídas y enfriamientos, inmune a riesgos tan comunes como la viruela, la tisis o el raquitismo; podía burlarse, sin temor a réplica, como hacía todo el mundo, de cualquiera de sus vecinos, tullidos o marcados por la enfermedad, naturales personajes de la diversión aldeana. Su madre acostumbraba a pregonar con orgullo

cómo, por más que lo espulgaba, nunca conseguía librarlo de su fértil piojera, síntoma de tan buena salud.

Hasta que llegó el momento en que pudo sostenerse firmemente sobre las piernas y compenetrarse con el medio en el que había nacido, lo que significaba que empezaban sus obligaciones. Corretear bulliciosamente con hermanos y vecinos de más o menos su edad, pescar en el río, atrapar insectos y, en los días cálidos, bañarse en la poza que hacía el torrente no lejos de la cabaña familiar, empezó a alternarlos con la limpieza del corral, hacer recados, traer leña y manejar alguna herramienta. A veces acompañaba al padre, o a alguno de los hermanos mayores, llevando el ganado a ahogar.

Cuando el señor decidió abancalar nuevas tierras no lejos de su morada, dos familias del Torrent fueron llamadas para ocuparse de trabajarlas; una de éstas fue la de Tomás. El niño quedó asombrado al descubrir aquellas dos enormes edificaciones que eran el *castell* y la iglesia, echó de menos a sus amigos y conoció a otros.

Una mañana su madre le lavó enérgicamente cara, orejas, brazos y piernas, peinó su crespada cabellera y lo llevó a la iglesia. Aquel día y en los días sucesivos fue enterándose de quién era Dios; le hablaron del pecado, de los horrores del Infierno y del peligro de incurrir en la ira del Señor.

Uno de aquellos domingos en que Ramón de Malpás, ayudado por dos de sus peones —veteranos de casi olvidadas cabalgadas— dedicaba la mañana, acabada la misa, al arte de la guerra, tenaz en el empeño de enseñar y corregir al reducido grupo de jóvenes que formaban, por servidumbre, en su obligado compromiso con la baronía cuando ésta le llamaba para *fer mesnada*, fijó la mirada sobre Tomás, apenas un chiquillo que se esforzaba, creyéndose a salvo de ser descubierto, en la tarea de encabalgar una ballesta imprudentemente abandonada por alguno de los instructores. Le dejó hacer, el ceño en su fruncimiento habitual, y vio cómo el rapaz conseguía su propósito, apuntaba luego y disparaba al blanco. Erró, pero al caballero le pareció entender en el empeño un ánimo digno de aprecio, pensando que en adelante no perdería de vista la aplicación de tan joven soldado.

A partir de aquella jornada y cada vez que se hacían los ejercicios de armas, Ramón de Malpás siguió curioso los adelantamientos del muchacho, en quien advertía tal celo que no dudó en dedicarle la mayor atención al lado de su propio heredero, de cuya compañía no había querido nunca desprenderse ni enviarlo, como sería lo natural, a instruirse en la sede de la baronía; tal vez este egoísmo recortaba las posibilidades futuras del joven, pero el *castlan* confiaba en que la suya no sería una decisión equivocada.

Pronto descubrió en Tomás a un aventajado aprendiz, y a tanto llegó su convencimiento que, finalmente, tras mucho meditar, se decidió, pese a que el chico no era sino un vástago más de una cualquiera de aquellas prolíficas familias de

siervos, a emplearlo como escudero de su hijo, aunque no hiciera sino las veces de criado, o peón, con alguna ventaja.

Fue así que Tomás del Torrent inició un inesperado acercamiento a sus señores, convirtiéndose, día tras día, en compañero inseparable de su joven amo. Fuera de compartir los ejercicios militares, sus obligaciones consistían en hacer de servidor personal del heredero, a quien ayudaba a vestirse, calzarse, servirle la comida, llevar sus armas y cuidar su caballo, acompañándole en la caza y en cada visita que hiciera, solo o en compañía de su padre, recorriendo el feudo.

Para el muchacho, naturalmente, este cambio tan radical en sus hábitos, lejos de las faenas campesinas, aliviado del cansancio con que terminaba cada jornada que transcurría encorvado sobre la tierra manejando una herramienta bajo la dureza del sol pegado a sus espaldas, o la conducción del ganado en las inhóspitas mañanas invernales, cuando soplaban los vientos hasta cortar la respiración de los hombres; su alojamiento en la casa del señor, tan distinta a la cabaña familiar, el mismo yantar de cada día...; todo esto, sin duda, iba transformando, no sólo sus maneras, sino también sus pensamientos. Una de sus grandes satisfacciones era aparecer por cualquiera de las aldeas, o en mitad de los cultivos, junto a sus señores, al hombro la inseparable ballesta, el gesto quizá más compuesto y altivo que el de los amos.

Hallazgos y satisfacciones le obraron cierta mudanza del carácter y de su aprecio de las cosas; se forjó una nueva personalidad, como si el descubrimiento del modo con que encaraban la vida sus señores —en verdad, bien similar al suyo y al de sus iguales— le presentara un mundo diferente. En cierta ocasión casi se avergonzó al descubrir que en lo más íntimo de sus pensamientos, vecinos, amigos, e incluso su misma familia, estaban ya pareciéndole seres de inferior condición.

Así transcurrieron como un par de años durante los cuales sus maneras de joven serio y su diligencia en el cumplimiento de cuanto le mandaban le granjearon la estima de quienes le estaban por encima —los amos, los veteranos peones, los criados de la casa—; respetuosa admiración, empezando por sus padres, sus hermanos, los vecinos; e incluso ciertas, aunque distantes deferencias por parte de personajes que en otro momento no hubiesen reparado ni en su mera existencia.

Una de éstas fue cuando en una partida de caza el párroco, admirado al descubrir el modo en que el muchacho se servía de aquella arma terrible que era la ballesta, a la que dedicara tanto entusiasmo ya desde niño, no pudo menos que observarle, aunque dirigiese sus palabras al *cavaller*:

—Válgame, que si nuestra Santa Iglesia prohibió desde Letrán usar de la ballesta contra cristianos y no es pecado hacerlo contra infieles, entonces bien que veréis compensados vuestros esfuerzos en el adiestramiento de quien tan mañosamente responde a vuestras enseñanzas, que defendiendo la fe, provecho hará también a vuestra alma.

Estas y parecidas demostraciones eran motivo para que, sin exteriorizarlo, su orgullo se acrecentara conforme se hacía consciente de su valer, lo que le llenaba de

íntima satisfacción. Lo cual no significa que por el pensamiento le acudiese, ni de lejos, la idea de considerarse igual a aquellos que sabía muy por encima de su persona, pues su natural humilde jamás podría hacerle imaginar semejante quimera.

III

¶ero entre las inolvidables satisfacciones de su vida estaba la vez en que acompañó a sus amos y a media docena de peones vestidos de grueso perpunte sobre el que ponían la loriga, cada cual armado de lanza y escudo; alguno, además, ballesta, y otros espada. Al frente de la comitiva, el caballero de Malpás y su hijo, acompasado el andar de las caballerías al paso de los hombres.

Siempre recordó, sin saber exactamente por qué, el sentimiento de felicidad que le embargó apenas abandonaron el señorío; cómo respiró con inexplicable contento el crudo frescor de aquella mañana otoñal mientras avanzaban lentamente atravesando las cumbres coronadas de sombrías nubes y una fina lluvia velaba el paisaje.

Tal vez su entusiasmo lo produjera el hecho de salir por primera vez de la aldea. Se dirigían al enclave sin duda más importante de la región, el solar de la baronía de Mataplana, en el Gombreny, donde cada año y desde hacía unos veinte se celebraban piadosos funerales en memoria de la gloriosa muerte del rey don Pedro el Segundo, del barón Hug de Mataplana y de todos los nobles, caballeros y demás hombres caídos ante el castillo de Muret —batalla que casi supuso el epílogo a las crueles guerras de religión del Languedoc—, entre los que se contaba el viejo señor de Malpás. Desde entonces los barones tenían dispuesto que se dijese en cada aniversario las treinta misas de *Requiem* inventadas por san Gregorio Magno, asistiendo invariablemente a la del primer día, conmemoración de la batalla, junto con familiares, amigos y deudos de los difuntos, así como la mayoría de los habitantes del contorno y aun de más lejos, señores y siervos. El acontecimiento servía para un esperado encuentro de gente de toda condición: nobles y sus pares, huéspedes de los barones, y los campesinos que lo celebraban como día de mercado; unos y otros, dados al intercambio de historias, opiniones y noticias sobre mucho de lo que ocurría dentro de los vastos límites de la Confederación.

Y como cada año, un representante del linaje Mataplana se encargaba de recordar a la concurrencia aquel penoso final, cuando se agotaron las posibilidades para solucionar el pleito creado entre el papa Inocencio Tercero y su valioso auxiliar, el monarca francés, de una parte, y el conde de Tolosa y sus aliados occitanos, de otra; éstos, jurados por vasallos de la corona de Aragón. Veinte años después de aquel aciago doce de septiembre de mil doscientos trece en que los hados, burlando el arrojo de aquellos hombres, fieles a unos principios que eran los de su rey, acabaron con las vidas del monarca y de lo más granado de sus nobles y soldados.

Tomás, acostumbrado a la modestia del Castell de Malpás, hecho a unos hábitos que no se distinguían precisamente por grandes refinamientos, permanecía en

continuo asombro ante aquella concurrencia de notables, representantes de la alta nobleza junto a caballeros, mesnaderos y señores de las tierras de Cataluña, aunque no faltaran ricos hombres e infanzones aragoneses, si bien en una minoría que evidenciaba el distanciamiento que imponían los intereses de unos y otros; el abad y varios monjes negros de Ripoll, tan vinculados a la baronía; el abad y un séquito de canónigos regulares de San Juan de las Abadesas; y canónigos y clérigos seculares. Asimismo, un grupo en representación de la nobleza transpirenaica, gente del Languedoc, muchos, sin duda, herejes, como oyó Tomás comentar sin recato a uno de los hombres de iglesia.

Se quedó admirado ante aquel asombroso conjunto urbanístico formado por lo que le pareció imponente mole del castillo, la vecina iglesia y el caserío anexo: éste, caprichosa aglomeración de habitáculos que en poco se diferenciaban de los de Malpás, con la misma promiscuidad de hombres, bestias, incuria y olores a los que estaba acostumbrado desde que nació; y al descubrir a sus habitantes, a quienes imaginó gente que por unas supuestas experiencias y por muchos otros e ignorados motivos habrían de aventajarles en mil cosas a él y a sus aislados convecinos, aunque con cierta decepción los encontró idénticos a los de su aldea. En los pocos momentos en que se vio libre de obligaciones, el muchacho aprovechó para pasear y escuchar a unos y otros, especialmente a los componentes del séquito armado de cada personaje, quienes contaban historias fabulosas, eran divertidos y ocurrentes; algunos, fanfarrones; muchos, con feroz aspecto de perdonavidas; todos, sorprendentes para su mentalidad.

Pero lo que desde un primer momento le llenó de pasmo fue descubrir la presencia femenina invitada a los actos: damas y doncellas, la mayoría hechas a ver transcurrir sus días entre las gélidas paredes de un castillo, ajenas a los cambios, a las transformaciones de la sociedad, aisladas en un mundo que limitaba con las colinas y los bosques de un horizonte inalcanzable. Las muchachas, lanzando inquisitivas miradas a diestra y siniestra, trataban de adivinar si por azar no se encontraría entre aquellos jóvenes occitanos, desenvueltos, galanes, hechos a las costumbres cortesanías, el hombre de su vida, que tendría que ser completamente distinto a sus padres: tierno, cariñoso, lleno de buen humor e ingenio y enamorado hasta el fin de sus días; es decir, un amor idealizado. En tanto las casadas, olvidando la monotonía de sus incómodas viviendas, sin más entretenimiento que escuchar la insípida conversación de las criadas o dedicarse al fastidio de alguna labor casera, acostumbradas a las largas ausencias de un marido infiel y sin mayor desvelo que el más o menos distante cuidado de los hijos, temerosas de la aparición de su señor, lo que no haría sino prolongar aquella larga sucesión de embarazos, alumbramientos y abortos, mostrábanse ahora radiantes, felices, enseñando sin disfrazarlo el placer que les producía romper por unos días con una existencia aburrida, pese a lo luctuoso del motivo —que tampoco era objeto de gran pesadumbre para nadie—; y la vaga esperanza de vivir alguna aventura galante que ya recordarían a lo largo de todo el

año, en los claros atardeceres del estío o en las largas noches del invierno: de este modo cumplirían el doble y placentero objetivo de amar y ser amadas, así como satisfacer una oculta venganza sobre sus volubles maridos.

Tomás no se cansaba de admirar el maravilloso espectáculo de aquellos rostros, jóvenes o ajados, hábilmente maquillados para resaltar la finura de las cejas, la luminosa mirada, la blancura de la tez, el sonrosado de las mejillas, el carmín de los labios, gracias a los mil afeites, cremas y pomadas que junto a los ricos paños solían adquirir cuando los ambulantes acudían a ofrecerlos a sus castillos.

En cuanto al atuendo y pese a las continuas advertencias de la Iglesia, a las más severas de los Tribunales de la Inquisición —establecida en el reino hacía dos años por bula del papa Gregorio y a ruegos de aquel justo varón de la Orden de Predicadores, penitenciario del Santo Padre, que era Raimundo de Peñafort—, e incluso ignorando las ordenanzas promulgadas por el rey don Jaime, tanto mujeres como hombres hacían una ostentación de suntuosidad como Tomás no hubiera podido imaginar que existiera; y entonces se le ocurrió que en medio de tanto boato sus amos no hacían precisamente un gran papel, lo mismo que algunos otros caballeros de vida campesina, más habituados a malvivir en sus mansos y a prepararse para la guerra —cuando la hubiera.

Así, féminas y varones aparecían espléndidamente engalanados, donde capipieles en lana escarlata importados de Flandes, mantos de seda en riquísima suria festoneados de filigrana de oro, velos de impla de lino, todo en una policromía asombrosa donde a la gran variedad de colores —verdes, azules, morados, rojos, amarillos, turquesas...— se unían los reflejos del oro y la plata y toda clase de pedrería. En el tocado de las damas seguía el tradicional casco hecho de muchas varas de tejido, sujeto al cuello por un barbuquejo y elevado por sobre la cabeza, haciendo la figura más alta y esbelta; excepto las tolosanas, la mayoría de las cuales llevaba los cabellos en un moño que se ocultaba en redecillas ornadas con sartas de perlas y piedras preciosas, y otras con el casquete sujeto por una cinta bajo la barba. En cuanto a los varones, predominaba la influencia de las modas francas: casi todos vestían camisas de fino cendal, doble túnica y capa. En las calzas predominaba el color rojo, a pesar de tantas disposiciones y prohibiciones de las cortes de cada reino europeo en contra del bermejo, del verde, del escarlata... Muchos de los hombres del clero se ataviaban de modo que podían confundirse con los seglares, haciendo caso omiso de las ordenanzas de concilios y sínodos: camisas de seda, capas rayadas, calzas rojas y verdes se complementaban con hebillas y espuelas doradas y alguna rica daga en vaina de cuero adornada con esmaltes.

Esto en cuanto a los servidores del altar y la nobleza acomodada, que podían permitirse tales lujos sin problemas; los otros, los que con mil dificultades malvivían en sus ruinosos caserones, previendo este y otros encuentros sociales y espoleados por las hembras de su entorno, estaban obligados a empeñarse con los prestamistas para aparecer, como ahora, rivalizando en elegancia y boato.

Terminada la ceremonia religiosa, todos los asistentes se trasladaron en vistoso desfile hasta el castillo, ascendiendo ceremoniosamente por la ancha escalera exterior que conducía a la vasta sala, ya acondicionada para el banquete. Al fondo y bajo dosel estaban los anfitriones, sus allegados más íntimos y algunos personajes de relieve, a la espalda un gran repostero con las armas del linaje; y a todo lo largo de las paredes, las banquetas corridas cubiertas de cojines, donde fueron a acomodarse los invitados ante las mesas ya preparadas con los panes y las copas, en las que casi inmediatamente empezó a escanciarse un vino áspero, perfumado con clavo, que muchos hombres y mujeres tomaban caliente, siguiendo una costumbre venida de los pueblos germanos.

Escuderos y servidores apenas si habían tenido tiempo para engullir unas buenas raciones de espesas gachas y un trozo de tocino, ya que debían recibir a sus señores y colaborar con los criados de la casa en atenderlos debidamente; motivo para que Tomás gozara el privilegio de permanecer en la sala atento a sus amos, ayudado por dos jóvenes esclavos del *cavaller*, prestos para acercar el aguamanil y la toalla con que limpiar la grasa del rostro y los dedos de los señores, al tiempo que descubría, entre maravillado y atónito, la calidad y la abundancia de los platos, donde predominaban las carnes, sobre todo el cordero asado y los jamones de oso ahumados; y perdices, faisanes y urogallos guisados; y revueltos de verduras, truchas hervidas aliñadas con hierbas, fritas y en *empastatz*,^[2] quesos y frutas, miel y buñuelos.

Caía ya la tarde, comenzaban a ensombrecerse los cielos, pero nadie se decidía a retirarse. Muchos continuaban comiendo; casi todos los hombres bebían, acodados o reclinados en las mesas; otros paseaban o hacían grupos, yendo y viniendo de la sala al exterior, y algún atrevido fue capaz de persuadir a una dama para acompañarle hasta la penumbra del arranque de la escalera, recitando en su oído un *sirventés* provenzal salpicado de intenciones eróticas. El ruido de las conversaciones se confundía con la música —un laúd, una flauta de pico, una viola— que acompañaba al trovero cantando *lais*^[3] que en el pasado habría compuesto el recordado Hug de Mataplana, con lo que el amplio recinto estaba lleno de un eco ensordecedor, mezcla confusa donde se superponían las voces de tono más grave o las más agudas. Todo el mundo disfrutaba con manifiesto placer de la larga sobremesa, y ya mucho antes los anfitriones habían decidido suspender las habituales justas por no acabar el festejo en plena noche. El anuncio se hizo por medio de los servidores: a la mañana siguiente y en la explanada ante el castillo se iniciarían los juegos que habrían de demostrar la habilidad de los caballeros.

Tomás continuó pegado, ya a la espalda de su joven señor, ya pendiente del *cavaller*, dedicado a desempeñar con el mejor celo el cometido para el que le habían designado, dando rápidas órdenes a los otros dos muchachos y sintiéndose orgulloso

de lo que consideraba un galardón. Pero también le entretenía escuchar las conversaciones, interesado por querer interpretar aquellas palabras, las frases, los temas objeto de discusión, asombrado por aquel modo tan libre con que se expresaban unos y otros hablando de asuntos que a él se le antojaban vagamente comprometidos. Porque los había de lengua viva, audaces en sus comentarios y críticas; los más viejos aludiendo de continuo al pasado, muchos porfiados en manifestar unos sentimientos tan normales como eran el rencor y la venganza, llenos de un encono que sólo borraría la muerte.

Llamó la atención del joven la presencia de un anciano aragonés que parecía complacerse en recordar los acontecimientos que fueron motivo de aquellos actos, escuchado cortésmente por quienes sin duda conocían y hasta vivieron la historia; con evidente interés por los que apenas tenían el primer vello en el rostro. Cuando matrimonios, herencias, vasallajes, alianzas y conquistas hicieron de la monarquía aragonesa una potencia que abarcaba por encima de los Pirineos, sus vecinos al norte se llenaron de celos ante tanta pujanza: el rey de Francia por un lado, y especialmente el más cercano, el siempre beligerante Raimundo Cuarto de Tolosa. Pero entonces un acontecimiento de enorme trascendencia para la cristiandad adquiere en la tierra occitana un vigor escandaloso: la herejía de aquellos que se llamaban *cátaros* —los puros—, y a la que estaban adheridas gente de toda condición, tanto nobles como campesinos y burgueses, sin que faltaran desde jerarquías de la Iglesia a simples clérigos. Mas, lastimosamente y ante situación tan preocupante, los grandes señores —Béziers, Comminges, Foix—, y más señaladamente el conde de Tolosa, no se afanaron poco ni mucho por erradicar tan terrible amenaza para la fe de la grey cristiana, a pesar de las continuas advertencias de Roma. Parecía que el conde Raimundo, si no veía peligrar su independencia no era capaz de indisponerse con su pueblo por un modo u otro de adorar a Dios, entregado como estaba a disfrutar sus cortes de amor y a cuidar su entorno de arte y poesía.

—Y estalló la cólera del papa. El rigor y la intolerancia de Inocencio Tercero, decidido a mantener el indiscutible predominio del poder espiritual sobre el temporal de todos los príncipes de la tierra, no podía permitir que los esfuerzos de predicadores y legados —los mandatarios de sus imperiosas órdenes— resultaran infructuosos para acabar con tan aberrante situación; así que lanzó la excomunión al tiempo que invitaba al rey de Francia y a la nobleza del norte a ir como cruzados contra el vasallo desobediente.

»Derramose por sobre los herejes un horrible aluvión de sangre y fuego, que sin duda bien que lo merecieron quienes se habían apartado tan traicioneramente de la ley de Jesucristo y de su Iglesia. Aunque también padecieron tal espanto muchos sin culpa, ciertamente. Porque...

En efecto; cuando los cruzados iniciaron su campaña, una de sus acciones más atroces fue la masacre e incendio de Béziers, cuyo recuerdo, se decía, no habrían de olvidar jamás los pocos supervivientes ni su descendencia. Con este y otros hechos

del mismo tenor ya se perfilaba claramente el objetivo de aquella guerra, que so pretexto de defender la religión no iba sino a la conquista del país. Así lo entendieron el de Tolosa y sus aliados; había, pues, que defenderse de un enemigo cuyo fin no era otro que destruirles, destruir su cultura: aquella forma placentera con que la gente del Mediodía entendía la vida y que nunca habrían de comprender los invasores hechos a los cielos grises y al frío, que amargan el carácter; en suma, iban a aniquilarles. Y como ahora sus relaciones con los catalano-aragoneses eran amistosas, e incluso Leonor, hermana del aragonés, se había casado con Raimundo, éste, el pueblo tolosano y el resto de la nobleza del Languedoc juraron obediencia a Pedro y le requirieron para cumplir su compromiso de vasallaje: socorrerles contra sus enemigos.

—Pues que una de las promesas más solemnes que ha de guardar señor a vasallo, por cima de todas, y no digo cosa nueva, es protegerlo y ayudarlo. Y el rey mantuvo su compromiso, aunque ya hiciera antes cuanto pudo por parar el conflicto. Pero ¿quién paraba ya al papa y quién paraba al ambicioso rey francés? ¿Y a su gente?

Después de aquellas palabras, otro de los presentes quiso unir sus recuerdos:

—Yo me pienso que el rey don Pedro, que gloria haya, era muy suyo, y nunca abandonó idea que le entrara en cabeza. Creo que lo más penoso fue lo de su matrimonio con doña María de Montpellier, a la que repudiara su anterior marido, el conde de Comminges, y como en esta unión lo que menos era el amor, desde un principio el rey no fue para su mujer ni tan siquiera una sombra, que él dedicaba el tiempo a otros lances.

Por eso, como se cuenta, con más o menos fantasía, y a mí me lo enteró alguien que lo viviera, le prepararon una trampa, que enamorado de una cierta dama se le hizo creer que ésta le aguardaba en su lecho, cuando en verdad quien esperaba era su mujer propia... Y felizmente, que de ahí nos vino nuestro don Jaime, que Dios guarde.

Relato que se recibió con medias sonrisas, con la protesta de alguno, con picara curiosidad por los que oían por primera vez la historia.

—Pero don Pedro siempre clamó por el divorcio, alegando que doña María ya tuvo dos hijos del de Comminges, y el papa se negaba a concedérselo porque, en buena lógica, ¿cómo ignorar lo que todo el mundo conocía?

El aragonés asintió ahora gravemente:

—Hartas veces que pensé yo en tales hechos, y me creo que cuanto vino luego no fuera sino por causa de esta lujuria.

Y de nuevo la hilaridad de los muchachos defendiendo a voces, sin respeto a los mayores y entre sonoras carcajadas, el privilegio que podía disfrutar todo varón para satisfacer su carnalidad con y cuando le viniese en gana, y a deshacerse en cualquier momento de toda compañía femenina poco excitante.

Uno de los alegres contertulios remató las chirigotas:

—No creo sea de censurar en hombre su afición a las hembras. No lo haría yo al

difunto rey don Pedro; que ciertamente el hijo, nuestro rey, *en* Jaume, al padre salió, pues si no le falta voluntad para ir contra el moro, más se le da cuando de mujeres trata, que lo hace, y se le importan un ardite las regañinas de su confesor.

Calmada la broma, un caballero de Urgell intervino para volver sobre la figura de aquel inquieto rey que, fiel a los principios obedientemente aceptados del predominio de la Iglesia sobre el poder temporal, tenía como uno de sus más vivos deseos el ser coronado por el Santo Padre, sacralizando así su misión terrenal, como mucho tiempo atrás dejara escrito Hugo de San Víctor: «En la Iglesia la dignidad sacerdotal instituye, consagra y santifica por medio de su bendición el poder real». A lo que pareció acceder el vicario de Cristo, exigiendo a cambio fidelidad y la persecución de la herejía en la confederación catalana-aragonesa; que si de antiguo ya era vasalla de Roma, ahora se hizo tributaria, obligándose a pagar al trono de San Pedro doscientos cincuenta masmodines al año, cosa que jamás se llevó a efecto porque todo el reino se alzó protestando contra medida tan arbitraria. Eso sí: a cambio el papa nombró al aragonés su alférez mayor, otorgó que en el futuro los reyes de Aragón pudieran ser coronados en Zaragoza, y además quiso que los colores aragoneses fueran también los de la Iglesia...

—Sí, pero al fondo de estos compromisos no estaban más que las ansias del rey por anular su matrimonio, que esto lo traía como loco.

—Cierto; y fue lo que complicó las cosas, dígame claro. En verdad, yo no creo de derecho que el poder real pueda comprometer a todo el reino para conseguir sus propios fines, que el reino somos todos. Día ha de llegar en que las leyes habrán de entenderse de modo distinto, y no será por las rebeldías de alguno de los nuestros, siempre en querellas, sino por razón y justicia.

—¿Y qué es razón? ¿Qué es justicia? Dudo de eso, pues que en parte alguna se da el gobernar de modo distinto al que conocemos en cualquier lugar de la Tierra, a no ser que lo sancionara la Iglesia, y esto no creo que suceda jamás... Pero volviendo a los hechos que recordamos: es cierto que a partir de entonces se nos cerraron las salidas por la vía natural que iba del Rosellón a la Provenza, y aun a más.

—Pero don Jaime ha decidido que ahora nuestros intereses están en tierras del moro, quizá no sea sino por cerrar el paso a los castellanos... Confieso no saber en qué ha de quedar todo esto.

Como el caballero de Malpás decidiera en un determinado momento unirse a otros que, igual que él, necesitaban estirar las piernas y facilitar el duro trabajo al que tenían sometidos los respectivos estómagos, Tomás decidió seguirle a respetuosa distancia, escuchando distraído la conversación que mantenían. Aquí se inició la charla para hablar sobre las arcas del reino en general, y de las de cada uno en particular. Más preocupados de sus intereses que por cualquier otra cuestión, no se oían más que clamores y reniegos contra las dificultades y mudanzas de los nuevos tiempos; del arribismo de gente surgida de la nada, ricos pero ignorantes, plebeyos y villanos dueños ahora de tierras, de casas, despreciables por su mero aspecto y aquel

su modo de expresarse, que ya denunciaban su baja prosapia, dando un execrable ejemplo que conducía a la pérdida de la fe, pues que tenían sus vidas entregadas no más que a los bienes terrenos, olvidados de los mandamientos de Dios y de su Iglesia.

Otro contó del mal rendimiento de alguna cosecha, achacándolo a la perfidia de los siervos, cuya maldad provenía de su misma naturaleza miserable y ruin:

—Se están volviendo rebeldes, protestan, son vagos, rencorosos, y alguno anda por ahí predicando que el Señor nos creó a todos iguales, pues que en el Paraíso no había otro Señor que Él, que es el señor de todos, nobles y esclavos... Olvidan cómo los hemos protegido siempre: a sus abuelos, a ellos, a sus hijos, que nunca les faltó el trabajo y un hueco donde refugiar sus miserables vidas. Y ya sabemos cómo abundan cada vez más los fugados al calor de las nuevas tierras conquistadas. Por todo ello siempre dije que con esta ralea se ha de obrar sin contemplaciones, con mano dura.

—Cosa que no sucede en mis tierras, señor. Que en mis tierras, de darse pareja situación, más de uno estaría sirviendo de carnaza a los cuervos. Y no sería la primera vez... Lo que sucede es que nunca se os ocurrió de hacer escarmiento, que de seguro veríais el buen resultado.

Uniose ahora al grupo un hombrecillo de aquilino perfil, chiquitajo y enjuto, sonriente, el cual, indiferente a las quejas y al resentimiento de los otros, se atrevió a pregonar con indisimulado orgullo los pingües beneficios obtenidos de una tala de bosques —sin duda infringiendo las leyes proteccionistas dictadas por la corona—, y de las ventas de ganado, ya que los precios aumentaban continuamente.

—Digo que sería de desear, ya, una larga guerra al moro, que nos beneficiaría a todos. Lo mismo a Cataluña que a Aragón.

Luego salieron a relucir nombres de conocidos, grandes o pequeños terratenientes, lo mismo de la alta como de la baja nobleza, cuya situación se comentaba en uno u otro sentido: si sus rentas les permitían vivir con desahogo, o si por el contrario andaban en manos de los prestamistas, judíos, moros o eclesiásticos.

—Acá al menos la usura no anda por cima de veinte por cien, pero en Castilla están en un treinta y tres, por lo que hay gente ya muy enojada. Muchos se arruinan y acuden a buscar amparo de señor o del rey.

—Pero es que por doquier ha entrado el frenesí del lujo y la ostentación, pues que todos, nobles, campesinos, la gente de la ciudad, todos se pierden por mostrarse tan opulentos como el que más. Aunque tengan dados sus castillos y sus tierras en garantía a los mohatrerros, aunque nada de lo que disfrutan sea realmente suyo, todo les parece poco para lucirse y lucir a sus mujeres, y más a las hijas, buscándoles partido, gozando con levantar envidias. Y esto, pese a que la Iglesia no deja de predicar de continuo en contra de las nuevas costumbres.

—¿La Iglesia? ¡Válgame! ¡Pero si los tenemos aquí hoy haciendo gala de una pompa que causa vergüenza! ¿O es que nadie se fijó en el talante de alguno de esos bribones, que en guerra no son capaces ni de acudir a decirnos una misa?

—Todos no, querido primo.

—¿Y qué decís de algunos de nuestros amigos? ¿O acaso nadie reparó, por ejemplo, en el aparato que ha traído mi pariente, *dom* Joan, el marido de la bella doña Margarita? Séquito, caballos, jaeces, criados, regalos...

—Sí, sí, pero... es que con una dama como doña Margarita... Póngase cada cual en el lugar de *dom* Joan...

Un coro de ruidosas carcajadas pareció poner fin a la charla, y ya Tomás, viendo que su señor no le necesitaba, acudió a interesarse por el joven Francesc, al cual los dos esclavos colocados a su espalda trataban de complacer al más leve gesto, lo que parecía más bien contrariar al muchacho. Porque el *hereu* de Malpás unía, al carácter introvertido de su padre, la timidez de los pocos años y la carencia de mundanidad, hecho de siempre a la rústica sencillez que era la vida consuetudinaria en el feudo. Puesto ahora en el centro de un grupo de hombres, unos jóvenes, otros menos, seguía con continuos giros de cabeza a diestra y siniestra atendiendo las opiniones de todos, en tanto las jarras se llenaban y vaciaban al ritmo del entusiasmo que los contertulios ponían en sus conversaciones.

La preocupación de los muchachos era, naturalmente, el futuro. Quién lo sabía ya asegurado, por ser de familia acaudalada; otros por albergar unas esperanzas basadas en alguna promesa, algún vislumbre que les hacía confiar en un porvenir que podía ser placentero, por un lado, o hasta heroico y brillante.

—Estad seguros: la oportunidad está en la guerra que muy pronto ha de reanudarse contra los moros, que el que lo quiera, derrochando valor y con la ayuda del Señor, bien que podrá sacar su beneficio.

—Hay también otros caminos... —deslizó un hombre todavía joven, de rostro comido por la viruela, con tono que quiso hacer misterioso.

—¿Mejor que el de la guerra?

—Bueno, eso será conforme a lo que piense cada uno... Porque sé de cuánto se puede ganar entrando en sociedad con ciertos mercaderes de Barcelona... Hay quien con ellos se ha llegado a hacer, no rico, sino riquísimo.

Pese al ceño de casi todos los presentes, cuya imagen social se vería sin duda degradada si osaran mancharse emprendiendo tareas no propias de un caballero, todos prestaron cuidadosa atención. Porque, ciertamente, se sabía de una serie de nombres de abolengo relacionados con burgueses de Barcelona, socios estos de comerciantes genoveses y venecianos, a los que confiaban fuertes sumas para emplear en mercaderías que producían, sin esfuerzo alguno, pingües beneficios. Aunque sin duda lo más provechoso, y también más arriesgado, lo hacían otro tipo de profesionales de distinta condición, metidos en turbios negocios con verdaderos piratas más que comerciantes, relacionados éstos con marinos de la Provenza, de Italia y de otros puntos del Mediterráneo; se dedicaban, simplemente, a la venta de esclavos, género que precisamente no escaseaba, que tenía demanda y que lo mismo podía tratarse de moros, judíos e incluso bautizados.

—Pero traficar con conversos está seriamente prohibido por la Iglesia.

—Sí, y también sabemos que la Iglesia predica en contra de la esclavitud, pero la consiente. En todos los monasterios hay esclavos.

Sonó una voz aflautada a espaldas del que hablara; se trataba de un obeso canónigo entregado a un pausado deambular digestivo, quien se creyó obligado a responder:

—El azar trajo a mí tus palabras y confirmo lo que has dicho, hijo: nuestro santo padre Gregorio Nono tiene mandado que se prohíba traficar con judíos bautizados o cristianos del Oriente, tal que griegos o armenios, como sabemos que hacen muchos desalmados. Quien obra así peca gravemente —hizo una pausa, buscando el efecto de sus palabras. Luego—: A lo también oído de haber esclavos en los monasterios, he de objetar que, si se da, lo sea en contados casos... ¡Pocos, señor, muy pocos! —afirmó con vehemencia, advirtiendo la expresión de protesta en uno de los jóvenes—. Y también digo que al reflexionar sobre la esclavitud, cuestión a la que todo cristiano está obligado por formar parte de las miserias del mundo, ¿tan terrible será esa condición para el hombre, que no está sino de fugaz paso por este valle de lágrimas?, ¿podrá compararse esa brevedad de la vida terrenal con la eterna? Y no es que sean míos estos pensamientos, sino que los tomo del apóstol Pablo cuando quita importancia a la esclavitud al compararla con la gloriosa libertad de los bienaventurados. Pues ¿acaso no tiene ya ganado el esclavo un buen trecho para su salvación? Que sus trabajos, sus sufrimientos, siempre que se conserve en la fe de Jesús, también le serán pesados en el día del Juicio Final. Así, ¡cuánto más tienen ya ganado esos infelices por cima de tantos afortunados de bienes terrenos!

Movió la diestra en gesto de bendición, y sin esperar respuesta se alejó, despedido por alguno de los jóvenes entre insultos y blasfemias mascullados entre dientes.

Cada vez más asombrado por la variedad de temas, los comentarios y los diferentes puntos de vista que asomaban en tan sabia concurrencia, Tomás casi se alegró al pensar que en Malpás jamás se darían tales controversias, siendo la vida mucho más austera y sin sombra de tanta universalidad y conocimientos de los que hacía gala gente tan instruida. Y fue a refugiarse en la cocina, mordisqueando una hogaza de pan y una chuleta sustraída a espaldas de los cocineros.

Al toque de vísperas se había procedido a aumentar el número de antorchas por toda la gran pieza, sumida en creciente oscuridad, sin que durante todo el tiempo se descuidara la alimentación de las dos enormes chimeneas. Algún clérigo, pocos, marcharon a la iglesia para el rezo de la hora canónica, insensibles, al menos en apariencia, a la aparición de nuevos platos que los criados iban distribuyendo por sobre las mesas.

Más tarde, pero mucho antes de completas, se duplicaron los porta-antorchas murales, porque las tinieblas habían ido invadiéndolo todo. Varias parejas se entregaron al baile, contempladas por el resto —alguno, a través de un velo de alcohol—, donde no faltaban los desvergonzados comentarios varoniles —y femeninos— sobre la silueta y los movimientos de alguna que otra dama,

especialmente las tolosanas, admiradas por su desenvoltura y desparpajo.

Fuera, la noche se había convertido en una lluvia monótona que lo envolvía todo.

IV

Dos años más tarde, en el solar de la baronía de Mataplana volvía a congregarse lucida presencia de magnates, tanto de la Iglesia como de la nobleza, así como señores rurales y *cavallers*. Los motivos eran varios.

En primer lugar se habían celebrado Cortes Generales en la villa de Monzón — apenas en el límite entre el reino de Aragón y el condado de Barcelona y como punto casi neutral, para no despertar resquemores nacionalistas, dado que el Temple tenía allí mero y mixto imperio—; allí el rey había obtenido la aprobación para reanudar las hostilidades con miras a la definitiva conquista del reino de Valencia, y a esto se debía el que la casa de Mataplana convocara a sus vasallos con ánimo de formar la mesnada que habría de unirse a la hueste de don Jaime. Aunque antes iba a tener lugar un solemne acto, como era armar caballeros a cuatro jóvenes que irían por vez primera a hacer realidad las enseñanzas aprendidas durante años, entre los que figuraba Francesc de Malpás.

El acontecimiento servía, como otros, para desperezar la monotonía de una sociedad recluida en un acaecer sin apenas variación de una a otra jornada, de una estación a otra, donde circunstancias como ésta, o la visita de algún vecino, o de algún personaje de alcurnia, e incluso del mismo rey, servían para romper con inusual estrépito la uniformidad de un vivir lleno de hastío.

Para Tomás, el aparato desplegado con este motivo ya no podía sorprenderle como aquella primera salida en que se encontró con el mundo galano y magnífico de la nobleza, donde descubrió tratos y maneras desconocidos, y aquellos aires, aquel mirar de las mujeres, su andar, sus gestos, que casi parecían seres distintos al resto de los humanos... Y así y todo no dejaba de admirar, casi embobado, la suntuosa elegancia de toda aquella gente, la ostentación de riqueza en los menores detalles, y más especialmente, el aparato con que se preparaban aquellos actos, a partir de los cuales iba a nacer un hecho trascendental para el futuro de cada uno de los que, en adelante, habrían de responder de todas sus acciones desde una perspectiva totalmente distinta a como discurrieran sus vidas hasta aquel momento; máxime cuando inmediatamente después iban a partir para la guerra.

La víspera del inicio de las ceremonias cada joven se retiró en total soledad, haciendo ayuno y entregándose a oraciones impetratorias, pidiendo a Dios la gracia para cumplir durante el resto de sus vidas con arreglo a las promesas que en su momento habrían de efectuar. Al alba de la mañana siguiente confesaron y comulgaron, y a mediodía, como ordenaba el ritual, cada uno tomó un baño y lavó cuidadosamente su cabeza; seguidamente vistieron lujosas galas y pasaron a la gran

sala donde se celebraba el banquete. Los aspirantes, cada uno apartado en diferentes rincones, ignorados de todos y en total silencio, sin probar bocado, soportaron imperturbables su aislamiento en medio del bullicio y la alegre conversación, con la mirada baja, sabiéndose observados por unos y otros con la curiosidad que podría dedicarse a cualquier animal exótico.

Cuando tras breve deliberación el maestro de ceremonias lo consideró oportuno, los cuatro muchachos fueron encaminados a otra pieza, donde tendidos sobre lechos especialmente preparados, sus padrinos y los caballeros auxiliares les vistieron y calzaron, cortando seguidamente un mechón de sus cabellos —signo de servidumbre—; inmediatamente y en majestuoso cortejo, cada cual fue asignado a un lugar donde nadie pudiera inquietarles en cometido tan importante y sagrado como era el que les ocuparía ya toda la noche: velar sus armas.

Al nacer del día siguiente se formó lucida procesión de damas y varones, quienes pomposamente hicieron el trayecto desde el castillo a la iglesia, admirados en su brillante desfile por villanos, soldados y servidores. En la solemne misa, que ofició el abad de Ripoll con presbítero, ministros, acólitos y turiferario, se bendijeron las espadas, e inmediatamente dio comienzo al ritual de la caballería. Se adelantaron los padrinos a pie de altar, que eran: el primogénito del barón de Mataplana; frey Nuño de San Juan, de la Orden de San Juan de Jerusalén; un *dom* Ramón de Vilanova, nieto de aquel don Ramón de Vilanova el Tercero, caído en Muret; y el caballero Guillem de Rabassa, distinguido en la conquista de Mallorca y premiado por el rey con la cruz negra sobre esmalte blanco en medallón de oro, insignia gloriosa de la Orden de la Redención, especialmente creada por don Jaime para conmemorar tan feliz victoria. Éstos, auxiliados por un nutrido grupo de caballeros, fueron a situarse frente a cada uno de los jóvenes, quienes rodilla en tierra invocaron la protección del cielo para sus futuras empresas, levantándose luego para, por turnos, acercarse a besar el altar.

A continuación, las preguntas de rigor:

—Pere Vallefórt, ¿queréis firmemente entrar en la caballería?

—Sí quiero.

Le calzaron las espuelas, primero la derecha, y se le ciñó la espada por el brial. La misma ceremonia se ejecutó con los otros tres, quienes a seguido pronunciaron el triple juramento: dar su sangre por el rey, por la religión y por la patria; y defender al débil, no mentir jamás, no ser traidor... Formuladas sus promesas, un nutrido plantel de hermosas damas y doncellas se adelantaron para ayudar a los neófitos a vestir la armadura, colocarles las espuelas y ceñir las espadas. A continuación, cada uno de los padrinos se situó ante su ahijado, dándole la pescozada y besándolo; luego, las ansiadas palabras:

—En el nombre de Dios y de san Jorge te hago caballero. Cumple lo jurado con valentía y honestidad.

Cada grupo de los que rodeaban a sus apadrinados —nobles, clérigos, damas y caballeros templarios, de San Jorge de Alfama, trinitarios...— en bullicioso revoltijo,

dio rienda con todo lujo de efusiones a la alegría del acontecimiento. Apenas quedó nadie en el lugar que ocupara durante la ceremonia, y los besos, los abrazos, las lágrimas, sofocaron a los jóvenes, los cuales, y cuando pudieron desembarazarse de tales muestras, hicieron una última profunda inclinación ante el altar y precipitadamente abandonaron el templo. Sendos corceles ya les aguardaban; cada uno montó el suyo, entreteniéndose en hacer unas galopadas por la explanada que se abría entre el castillo y la iglesia, al tiempo que golpeaban con espadas y lanzas a unos monigotes preparados para la ocasión, entre los aplausos de la concurrencia.

Y así acabó el ceremonial.

Durante la cena se prodigaron el buen humor, las risas, el coqueto mirar de las mujeres; los galanteos de los jóvenes, las promesas, los suspiros; y las conversaciones de los hombres graves, preocupados por el devenir de los tiempos; y las jactanciosas historias de los que tenían algo que contar y lo exageraban, o lo inventaban... Otros intercambiaban opiniones al encontrarse con algún colindante, rivales desde generaciones, disimulando odios para estudiar las reacciones del contrario al referirse a un viejo pleito por lindes, por las aguas o los pastos, cavilando ya sobre si sería o no conveniente solucionar su causa haciendo una algará sobre las tierras del vecino, que podía ser un próximo pariente, o incluso su mismo hermano. Respecto a los anfitriones, apenas había momento en que no dejara de estar prácticamente asediado el sitio que ocupaban, pues era continuo el afluir de aduladores y menesterosos, pedigüños y enredantes, cada cual buscando de solucionar sus problemas, casi todos de índole económica; alguno que otro, denunciando agravios.

Pero el tono general era de un alegre desenfado que se respiraba por doquier, aunque no faltara quien aparentando alegría y haciendo gala de una naturalidad totalmente falsa, rumiaba sus temores: casi todas las mujeres. Porque en el fondo de este ambiente cortesano y reidor estaba la guerra, y la guerra era, sin duda, gloria y honores, pero también violencia y riesgos; el azar podía convertir a cualquiera de los que partirían al día siguiente, bien en un personaje admirado y famoso, o simplemente en un cuerpo rígido parchado de vendajes sanguinolentos, llevado en unas parihuelas para ir a pudrirse bajo las losas de algún templo perdido entre riscos. Por eso muchos bellos rostros, muchas bellas sonrisas, eran una atractiva máscara bajo la que latía la preocupación por un marido, un hijo, un amante. En muchas aún podía descubrirse el cansancio producido por la fatigosa peregrinación realizada la víspera, la ascensión hasta San Pedro, angosto santuario donde se veneraba la sagrada imagen de la Virgen bajo la advocación de la *Mare de Déu de Montgrony*; de allí traían un a modo de lacrimatorio con algo del agua que se filtraba por una de las paredes rocosas, recogida gota a gota, cuyas virtudes milagrosas, confiaban, darían eficaz protección a sus deudos frente a los peligros que se les avecinaban.

Los varones de más edad ofrecían la estampa imperturbable que les ordenaba su

condición, casi todos bien saciados de comida, entregados a beber parsimoniosamente, atendiendo las conversaciones. Entre los jóvenes, alguno se dedicaba a lanzar miradas lánguidas sobre la hembra más a tiro —las casadas con un atractivo muy superior a las doncellas—, los ojos puestos en el nacimiento de los senos, en el perfil de los labios, recitando a media voz los poemas de amor aprendidos de los juglares provenzales, desentendidos a las hoscas miradas y los comentarios mascullados a media voz por algún rijoso templario, algún sanjuanista, que para su fuero interno envidiaba la osadía del galán. Porque, ¿quién sabe? A lo mejor aquélla podía ser una inefable despedida.

Pero la mayoría hablaba de la guerra y expresaba un entusiasmo y unas impaciencias que los más viejos celebraban con fervoroso arrebató, estimulándoles con sus propias historias, sus vivencias en feroces combates donde el enemigo bien podía ser cristiano o moro, pero cuyo fin no era otro que eso: la alegría de la acción, el juego mortal donde la habilidad, la fuerza, la pericia, conseguían la derrota del adversario. Todo ello acrecentaba aún más el interés de los muchachos, cuyos objetivos eran del todo similares: pelear, matar a cuanto infiel se pusiera ante su lanza o su espada, brillar por gestos heroicos, asombrar a todos por su temeridad y valor, dar lustre al nombre quien no lo tuviese, o aumentar el propio; sentirse así envidiado por sus iguales, felicitado, agasajado, y al final, galardón supremo, el reconocimiento del rey. Agregando, naturalmente, la debida recompensa: una porción en el reparto de los bienes tomados al enemigo.

Un grupo de estos exaltados, entre los que se hallaban los recién armados caballeros, rodeaba, oía y se entusiasmaba con las historias de un raro personaje: un hombre de aspecto, podría decirse, feroz, de cabello hirsuto, rostro renegrado que asomaba apenas tras negra barba, cuyas continuas libaciones parecían caer en el más profundo de los pozos. Era el almocadén cabeza de la pequeña tropa de almogávares llegada al castillo como escolta del señor Hug Folch, del vizcondado de Cardona, quien no quiso dejar de asistir a la ceremonia en que uno de sus hijos iba a entrar en la caballería; dada la tregua en las fronteras de Valencia, aquel viaje iba a darle la satisfacción de, al regresar con su vástago, enseñarlo a los suyos, ya dispuesto para su bautismo de sangre.

Este rudo centro de atención hablaba continuamente del único tema que parecía conocer bien: la guerra. Había contado algunos hechos de la anterior campaña por el Levante, y ahora la comparaba con la que diez años atrás condujo a la conquista de Mallorca. Rememorando episodios de aquellos días, contagiaba a su auditorio de su propio entusiasmo: el desembarco, los primeros encuentros con los sarracenos, la fiereza de los combates; y contaba cómo el *walí* moro quiso pactar su rendición, pero los nobles que secundaban a don Jaime, tras deliberar la propuesta, la desestimaron con justo rencor: guerra, guerra a muerte. Y así fue:

—Pasamos a cuchillo como a veinte millares de aquella gente, y sin mirar: guerreros, muchachos, viejos, mujeres, niños... Dicen, ¿no?, que yo no los conté. Y a

otros muchos, muchísimos, los quedamos como esclavos...

Pero lo subyugante, lo que hacía brillar los ojos de unos y otros, era cuando se refería al botín tomado al enemigo durante los tres días que el rey dispensó para el saqueo. Era tan incalculable que nunca fue capaz nadie de tasarlo. Y a pesar de ello, todavía la conquista de Valencia parecía prometer más, infinitamente más...

La gente grave, apartada del bullicio, también hablaba de aquel proyecto de seguir ampliando el reino por tierras del moro. Nadie dudaba de que la conquista de una perla como la ciudad de Valencia culminaría los deseos expresados por todos, porque era cabeza de una región de la que se contaba como si fuese otro Paraíso; vecina al cálido Mediterráneo, constituía un vergel que los mahometanos habían venido cuidando primorosamente desde hacía cientos de años, así que gran parte de aquella concurrencia albergaba la convicción de no estar sino esperando a los soldados de Cristo como premio a su esfuerzo liberador.

Cierto que junto a la expansión y a las victorias, tampoco escaseaban los problemas, principalmente el de las emigraciones de campesinos, cuestión difícil de solucionar que se había producido siempre pero que ahora, al calor de las nuevas feraces tierras ganadas por el sur, había originado un despoblamiento de lo más alarmante. Para los terratenientes, sobre todo en la Cataluña Vieja, la cuestión era causa de seria inquietud, pues ¿qué iba a ser de sus tierras cuando les faltara la ya de por sí escasa mano de obra? El único remedio, con el que parecían estar todos de acuerdo, no era sino «Mano dura con los siervos, la muerte al fugitivo, y solidaridad entre nosotros». Esto, para que surtiera efecto, habría de imponerse, asimismo, tanto en las tierras de la Iglesia como en las de la corona, cuestión que no dejaban de considerar de difícil aplicación.

El señor de Malpás fue a juntarse a uno de aquellos grupos. En éste parecía llevar la voz cantante un ricohombre de Jaca, familiar de la baronía, llegado al frente de un bien armado grupo de sus peones y cuyo destino era unirse luego con su gente al ejército real. Exponía con preocupación el mal ambiente que se había creado entre la nobleza de Aragón por cómo el rey había cambiado la dirección de la guerra a los moros de Valencia, que de ser empresa de iniciativa aragonesa, la había hecho real, invitando a todo el que quiso sumarse —aparte de los de Aragón—; es decir, a nobles y obispos catalanes, milicias concejiles de muchas villas y pueblos de la Confederación y las órdenes del Temple y del Hospital, con lo que a la hora de los posibles beneficios todo estaría a la merced de don Jaime. Lo cual, y al parecer de más de una casa del reino —la aristocracia de la nobleza de Aragón: algunos con tal orgullo que les hacía considerarse iguales e incluso por encima del rey—, había sido una decisión poco justa que no tenían reparo en manifestar si se terciaba; muchos, recargando muy especialmente sus recelos en cuanto al predominio cada vez más acrecido de las Órdenes Militares, cuyas riquezas y poderío no dejaban de sembrar entre ellos una creciente desconfianza.

—Duele tal solivianto entre gente que estimo, sabedor de que empresas de altura

como la que se prepara son las que sacan de la ruina a muchos de nuestros amigos y familiares, pues que son ya bastantes los que sufren escasez para vivir con la honestidad y el decoro que su linaje requiere. Y es triste, intolerable, saber de tanto campesino, tanto granuja enriquecido y tanto mercader bellaco que con sus artes compran las tierras y los castillos que de siempre fueron solar de un nombre respetado. Ahí la razón para que muchos hombres de valía no se nos unan en esta campaña, por no haber de codearse luego con gentuza subida por sus sucias artes.

Dieron su opinión los otros; en Cataluña ya se produjo antes una situación parecida, y el rey acalló protestas decidiendo la conquista de Mallorca, con lo que dio fama y riqueza a muchos, y así se adormecieron las rebeldías. Sin duda *en* Jaime sabría complacer a los enojados.

Cuando pareció que el tema quedaba agotado, un hombre de mediana edad cuyo sombrío rostro reflejaba la mal disimulada contrariedad que le embargaba, vestido con el hábito militar de Nuestra Señora de la Merced y luciendo para la ocasión el vistoso *mantell*, que durante todo el tiempo estuvo manteniendo discreto silencio, rompió a hablar entonces; sin dirigirse a nadie en concreto, pero en directa respuesta al señor de Jaca. Su voz sonaba a sentido agravio que procuraba disimular con una forzada sonrisa:

—Os he oído contar, señor, cómo duele en Aragón la decisión del rey, que ha ofendido a muchos por mor de esta guerra. Yo, con modestia me atrevo a opinar que contra el infiel habríamos de participar todos, la cristiandad toda, como ya lo hizo en cuantas cruzadas han predicado los santos padres desde años y años, aunque con tanto sacrificio Nuestro Señor no haya permitido que alcancemos lo que todos anhelamos, que es la liberación de los Santos Lugares... Pero hacer reparos a la asistencia de las Órdenes, cuando de siempre son las primeras en acudir a toda cabalgada contra infieles... me parece... hasta injurioso, señor.

Como si sus propias palabras le sirvieran de acicate, continuó, ya en plena efervescencia, remontándose a la historia para recordar que cien años atrás, cuando falleciera sin sucesión aquel rey aragonés al que llamaron *el Batallador*, dejó como herederas precisamente a las órdenes que se habían citado en la conversación, las del Temple y el Hospital, junto con la de los Caballeros del Santo Sepulcro, lo que no se llevó a su legítimo cumplimiento debido a las injustas protestas de nobles, prelados y pueblo. Por ello, y en compensación a esta renuncia, cabía en buena lógica pagar ahora con privilegios y honores a quienes de siempre estuvieron en la mejor disposición para dar su vida por la religión; de ahí los beneficios, las mercedes y donaciones con que don Jaime había cumplido, en nombre de su antepasado, aunque un siglo más tarde, con tan firmes colaboradores de la corona.

A seguido, queriendo apaciguar posibles hostilidades, el hombre se apresuró, con voz humilde:

—Confiemos y pidamos al Señor que nos guíe, al rey y a todos, a mayor gloria de Cristo Jesús. Yo y mis hermanos tenemos confianza en aquella revelación del

Salvador al maestro de nuestra orden, que cuando se hallaba en Valencia obedeciendo a la misión que Él mismo nos encomendara, ya le anunció que aquel reino sería cristiano al término de los diez años que ahora están por cumplirse. Así lo refirió el santo Pedro Nolasco a *en* Jaume, animándolo para tan gran empresa, que por tal motivo gran victoria ha de ser. —Y ahora, con la voz más apagada—: Por nuestra parte, a nosotros, los que nos hemos entregado a la voluntad de la Santísima Virgen, como Ella misma lo pidió de sus propios labios a nuestro hermano Pedro, no nos guía otra misión que la que nos ordenara; como todos saben, nuestra guerra no es otra que la redención de los hermanos cautivos... Éstos son los fines que nos pidió la Santísima Madre de Jesús, y como para obedecer tan sagrado mandato precisamos la ayuda de los fieles, es por la limosna, tan grata a los ojos de Dios, que podremos cumplir nuestros fines, que ciertamente no nos aflige mendigar en nombre de Nuestro Señor.

Todos sabían de la presencia de otros dos caballeros de la Orden, acompañados de un cuestor encargado de recaudar la pecunia necesaria para atender sus piadosos fines. Sin duda, y antes de que terminase la velada previa a la partida de la mesnada, los buenos mercedarios tendrían la satisfacción de contar con la generosidad de la asistencia para continuar su benéfica labor.

Más tarde, cuando el ricohombre aragonés se alejaba con uno de los contertulios, éste comentó irónico:

—¡Cuán maravillosa la memoria de nuestra Santa Madre Iglesia! ¡Han aguardado todo un siglo para reclamar la deuda del rey Alfonso el Batallador! Y estoy bien cierto de que la cobrarán... Y desde luego con sus intereses.

—No os quepa duda. Y este caballero, que seguramente jamás entró en combate, buen defensor de los privilegios de los suyos, apuesto a que saldrá del reino, él y sus compañeros, con una abultada bolsa, que según me sé bien emplean en luchar incluso con riesgo de sus vidas. Pero... ¿cuántos beneficios obtendrán a cambio?

Con una maliciosa sonrisa, el otro le advirtió:

—No olvidéis que también se encuentran aquí los trinitarios, preferidos de siempre en esta casa, y sabréis sin duda del empeño de los barones en que uno, o quizás el principal fundador de esa orden, santo hombre que se llamara Juan de Mata, fue antepasado de nuestro anfitrión... No sé qué haya de cierto, pero sí que aquí son preferentemente favorecidos. Y agrego que esa su misión de rescatar cautivos, tan respetable como la de los mercedarios, siempre me parecerá digna de elogio, y más respetable que dedicar los días al rezo y la contemplación, como acostumbran otros frailes.

—Me creo que os acompaña la razón.

Mediada la mañana del día siguiente, demorados por los afectos y consignas de parientes y amigos, una tropa de doce caballeros bien pertrechados de armas para hacer la guerra, más otros cinco jinetes y casi medio centenar de peones, amén de un carro con la impedimenta y un par de acémilas, se ponía en camino hacia el sur. Atrás fueron quedando los cada vez más borrosos contornos de la sierra y el húmedo verdor de los bosques, todo envuelto en brumas, junto con la ya invisible capilla desde la que sin duda les despedía, amorosa, la Virgen de la Montaña, a quien la mayoría habría enviado sus pensamientos y ruegos: «*Pregueu per nosaltres, Santa Mare de Déu*». Pero al rato de iniciada la marcha se olvidaban pesares y nostalgias, y aquellos rudos campesinos transformados en soldados reían y conversaban de mil temas, entre reniegos, burlas y chirigotas. Mientras caminaba, oyendo distraídamente a unos y otros, Tomás daba vueltas en su cabeza a esta nueva experiencia en su todavía corta vida. Por un lado sentía una especie de pueril orgullo al saberse parte, aunque bien minúscula, de todo el soberbio engranaje que era el ejército de aquel admirado rey *dom* Jaime, cuyas victorias y sabia política empezaban a hacerle casi legendario; luego estaba su inquietud ante la idea de que muy pronto habría de enfrentarse a un enemigo del que siempre oyera hablar, pero del que ignoraba todo. Durante mucho tiempo, y luego, en tanto se hacían los preparativos, estuvo interrogándose sobre la incógnita que iba a abrirse ante él. Porque ¿qué cosa sería la guerra? ¿Qué se podría sentir cuando frente a uno surge un hombre que está decidido a acabar con tu vida y al que necesariamente has de matar? ¿Sería lo mismo clavar un dardo en su corazón que hacerlo a un ciervo, a un oso? A él nunca se le ocurrió descargar sus indudables instintos belicosos sobre ninguno de los esclavos moros que trabajaban las tierras de Malpás, pese a que todo el mundo sabía de su total entrega a la idolatría de sus dioses, los que fueran. Casi todos eran humildes, serviciales y hasta más laboriosos que muchos cristianos... Pero mosén Carles se cuidó de aleccionar a cuantos novatos irían en la mesnada, arrancándoles la remota posibilidad de cualquier pintoresca sensiblería: matar, en determinadas circunstancias, estaba, sin lugar a dudas, exento de culpa alguna, y la Iglesia no lo condenaba; y desde luego, hacerlo a un enemigo de Cristo sería de lo más legítimo, como legítimo era matar a cualquier animal —siempre que lo autorizara el Señor— para aprovechar su carne, su piel. Acabar con infieles y herejes era incluso una obligación para todo hombre piadoso dispuesto siempre a defender la fe en el Dios Salvador. Palabras que les recordó antes de su partida, despidiéndolos con su bendición.

Entre tanto, y jornada tras jornada, la tropa salida del solar de Mataplana

encaminaba sus pasos en la ruta marcada, forzosamente lentos por la dificultad de tan escarpado territorio, lo que hacía más abundantes los juramentos y blasfemias de los hombres. Para Tomás, en cambio, aquel viaje significaba el más pasmoso de los descubrimientos, porque asomaba por vez primera a un mundo lleno de novedades, sin parecido con el que hasta entonces había sido su hábitat.

Una primera etapa se cubrió en Ripoll, donde a la puerta del monasterio salió a recibirlos la comunidad en pleno, subpriors a la cabeza. Se alojó la gente en la hospedería, y a la mañana siguiente, al toque de laudes se dijo una misa, como era costumbre en los monasterios benedictinos, aplicándose por las intenciones del ejército cristiano, y luego de recibir la bendición abacial más el regalo de buenas provisiones, la expedición reanudó su marcha a lo largo de la cuenca del Ter, hasta llegar a tierras del conde de Santa Coloma, donde se dirigieron a la residencia feudal de Sant Quirze de Besora. Aquí fueron bien recibidos y agasajados con singular distinción por Berenguer Queralt, hijo del valeroso Pedro Queralt el Segundo, quien se encontraba ya con la hueste real en tierras valencianas. Pernoctaron en el castillo, y a la siguiente jornada, una vez oída la misa en la vieja iglesia aledaña a la fortaleza, se volvió al camino ahora con más provisiones y la compañía de cuatro nuevos peones, adentrándose en el señorío del Obispado de Vic hasta llegar a Sant Hipòlit de Voltregà.

En Vic, que representaba la mitad del recorrido hasta la capital del condado, hicieron un descanso de dos días: los necesarios para que se les reunieran casi todos los contingentes que viniendo de otros lugares estaban allí convocados. Y suficientes también para que Tomás tuviera tiempo de apreciar mejor lo que era una acogida tan poco grata como ya lo había sido a su paso por otras aldeas y villas, pese a la habitual bienvenida del clero, de los representantes de la corona y algún notable; pero siempre se adivinaba en todos un recelo a duras penas enmascarado, y un alivio general cuando reemprendían la marcha. Y era que tanto los campesinos como la gente ciudadana temían como al pedrisco o al hambre el paso de gente armada, sufriendolas con visible aversión por aquel su habitual comportamiento, que en algunos más parecía de enemigos invasores que de defensores de la religión, listos para a la menor ocasión cometer toda clase de desafueros, desde el robo de cuanto se les pusiera ante los ojos a la violación de alguna descuidada hembra que incautamente viniera a ponerse al alcance de gente tan sin escrúpulos, muchos capaces de cualquier salvajada, especialmente los veteranos almogávares, expertos merodeadores, la mayoría oriundos de los confines más escabrosos de la tierra pirenaica; hechos desde muy jóvenes a sobrevivir bajo las condiciones más adversas, buscaban desesperadamente la victoria cuando entraban en combate, no con ánimo de sentirse héroes, sino por el ansia de los despojos que tomarían al enemigo; a más de esto, eran insubordinados y rebeldes, pese al severo rigor de adalides y caballeros que les conducían, quienes no escatimaban los más duros castigos para imponer algo que se asemejara a una disciplina que siempre estuvo lejos de cumplirse en ninguno de los

ejércitos de la cristiandad toda.

Dejaron en Vic a un hombre que enfermó, al parecer porque se le había rebalsado alguno de los humores cardinales,^[4] y se continuó la marcha a lo largo de tan salvaje como pintoresco país, hasta entrar en la comarca del Vallès por el curso del río Congost.

A lo largo de su recorrido y con relativa frecuencia, llegados a algún determinado punto —un cruce de caminos, la entrada de una aldea—, allí se les juntaba un grupo de hombres que reclutara un *cavaller*, o la representación de una milicia concejil; en ocasiones era tan sólo una pareja de jinetes bien pertrechados, jóvenes de la baja nobleza en busca de aventuras y botín, o tres o cuatro peones bajo el mando de un entusiasmado *donzel*, con lo que la fuerza había aumentado considerablemente.

Aparecidos ante las murallas de Granollers, última etapa previa a la jornada que les conduciría hasta Barcelona, miembros del clero, el procurador real y algunos burgueses —los habituales personajes que representaban a la ciudad—, ya avisados por los exploradores, salieron a la puerta de San Cristóbal para darles la bienvenida. Ahora la mesnada tenía ya un formidable aspecto, con veinticinco jinetes y más de doscientos hombres de a pie, entre escuderos y peones, a los que seguía el habitual cortejo de mujeres, chiquillos y buhoneros que se les había ido incorporando a lo largo de cada etapa, siempre a la zaga del conjunto armado, pero inseparables.

Tomás fue a alojarse con otro de sus compañeros en la cuadra de un tratante de caballos que les contó que los traía del Mediodía occitano, donde por lo visto los había muy buenos. Lleno de recelos al principio, el hombre se mostró luego generoso, dando a ambos una buena hogaza, aceitunas y sendos trozos de tocino.

Llegaron a Barcelona dos días más tarde, cuando el sol estaba en su cénit, lo que alegró los ánimos de la tropa por haber rematado la larga sucesión de días de incómoda marcha; rodeada la muralla, fueron penetrando en un recinto cercado por un muro de piedra coronado con decorativas almenas, cada uno de sus ángulos rematado por sendas torres de vigilancia, que era el campo permanente del ejército. Situado a orillas de una rambla que bordeaba el cinturón defensivo de la ciudad, al primer golpe de vista pareció a Tomás que nunca podría volver a contemplar tan fabulosa concentración de hombres, bestias y dispositivos guerreros de toda clase.

Siguiendo la enseña que alzaba el pendón posadero de la mesnada, fueron conducidos hasta la zona donde habrían de levantar sus tiendas, que se montaron rápidamente. Unas construcciones de mampostería edificadas en el centro del campamento, donde se alojaban caudillos, mesnaderos y caballeros con sus respectivos séquitos, fue el destino de Tomás, que con otros escuderos y criados encaminó los pasos hacia ellas, haciéndose cargo del alojamiento de sus señores. Éstos, además, estaban invitados por el adalid mayor para acompañarle aquella tarde a su mesa.

La cena se sirvió en una amplia sala destinada a tal menester. Cierto que la presencia de los escuderos apenas si sirvió como simple y decorativo

acompañamiento, ya que la servidumbre dedicada a las tareas domésticas era de lo más cumplida, pues más que una parte de la hueste real, allí proliferaban los lujos de una corte palaciega: reposteros, zaticueros, escancianos...

Inmóvil y pegado a la pared, como sus compañeros, Tomás pudo conocer y oír a los comandantes de la fuerza, a cuya cabeza figuraba un veterano astur de marcial aspecto, don Sancho Sánchez, quien sin ser noble estaba, designado por el rey, por sobre los caballeros para conducir la expedición a la guerra. Tanto magnates como ricos hombres, ni él ni ninguno de los comensales tenían empacho en que sus comentarios fuesen a oídos de los servidores; éstos, para la altura de sus personas podían considerarse seres punto menos que inexistentes. Así, Tomás y los otros oyeron imperturbables que habría que retrasar forzosamente la partida, demorada por algunos problemas expuestos crudamente por el soldado entre juramentos y blasfemias, bocados y tragos de vino; todo culpa de una variedad de necesidades planteadas por la incompetencia del personaje que encabezaba la hueste, el arzobispo de Narbona, quien aquella noche y en compañía de sus próximos del clero cenaba en la ciudad con la élite de la sociedad barcelonesa; que en total se habían reunido cuarenta caballeros y más de seiscientos peones, y que el rey estaba esperando que el papa Gregorio se interesara por su empresa. También se dijo, entre veladas bromas, que don Jaime no se había olvidado de llevar consigo a la hermosa doña Berenguela Alonso, cuyas dotes debían de ser tan notables, bajo cualquier aspecto, que incluso la Iglesia se hacía sorda y ciega con estos amores, aunque el confesor real, aquel santo y paciente Raimundo de Peñafort, no cesara en sus continuas admoniciones por éste y otros múltiples devaneos de Su Majestad.

—Pues sí, que no parece haberle sido de mucho efecto al rey su segundo matrimonio luego de repudiar a doña Leonor de Castilla, que estando, como lo está, recién casado, sigue firme en su guerrear de amores.

—Pues parece que nuestra nueva señora, la reina doña Violante...

—Creo que su verdadero nombre es Yolanda, pero en su país los húngaros también la nombran de distinto modo.

—Pues doña Violante, o doña Yolanda, o como os plazca y plazca a esos condenados húngaros, parece tener gran interés en esta guerra a los de Valencia, y según se dice no es sino con miras a dejar bien heredada a su posible descendencia, cuando la tenga y si Dios se la da.

—Pero hay ya un heredero, que es don Alfonso. Aunque poca voluntad se aprecia entre padre e hijo, ciertamente.

Luego se criticó, por alguno que conocía bien la historia, la figura del rey Andrés de Hungría, padre de la reina, hombre de poco carácter, decían, cuya vida llena de fracasos no mereció más que los desdeñosos comentarios de tan altanera concurrencia.

Cuando el joven *cavaller* de Malpás dio licencia a su escudero para retirarse, éste se acercó hasta la tienda donde unos compañeros se habían hecho cargo de algunos

enseres de su pertenencia, siendo recibido con las duras bromas que eran su costumbre. Hacía ya bastante desde la caída de la noche, y lo primero que le señalaron y puso su ánimo en inquieta zozobra fue la idea que habían tenido de abandonar subrepticamente el campamento e ir a divertirse entre la multitud que pululaba al pie del muro; luego se acercaría hasta las murallas de la ciudad, al otro lado de la rambla que fluía entre el recinto militar y la población, donde abundaban las rameras allí establecidas para hacer su negocio, al que llamaban *trato*. No había riesgo alguno, ya que al mando de la ronda estaba un almocadén medio pariente del revoltoso que había planeado la salida, para la que tres de los incondicionales ya estaban más que dispuestos.

A Tomás la inesperada sugerencia le llenó de confusión; de un lado estaban su sentido de la obediencia junto al temor a un posible castigo, y por otro la curiosidad, el deseo... Conocer e intimar con mujeres que vivían precisamente para dar satisfacción a todo varón dispuesto a gozar aquellos intuitos y mil veces imaginados placeres; hembras audaces, provocadoras, sin el menor atisbo de pudor; profesionales del más delicioso de los pecados, según los que a él sucumbían...

Tentado por la propuesta, a la vez que lleno de nerviosismo, aceptó, y apenas las sombras se hicieron más intensas, los cuatro abandonaron el acuartelamiento para ir a confundirse con la heteróclita población que pegada a la cerca del campo se dedicaban cada uno a su tráfico. El habitual séquito de las mesnadas era aquí una confusa multitud donde en grupos o diseminados, ante acogedoras hogueras con las que trataban de protegerse del helado aire que llegaba del mar, ejercían sus actividades mendigos, lisiados, vendedores de baratijas y comida, ladrones, aventureros, esclavos fugados, cómicos de paso que se alquilaban para representar juegos de escarnio, frecuentemente solicitados por muchos párrocos, exóticos orientales hartos de recorrer castillos, pueblos y ferias, expertos en sus juegos malabares, y exhibicionistas de sus deformaciones, jugadores, engañabobos y demás gente de parecido jaez. Tampoco faltaban campesinos con su numerosa familia, emigrados en busca de mejorar sus vidas; y sobre todo, una chiquillería alborotadora, voceante, que correteaba de acá para allá confundiendo sus gritos con la poco afortunada melodía de algún músico acompañando a un mal cantor de historias. Por doquier, una legión de poco atractivas hembras asediando a todo posible cliente para ofrecerse como eficaces sanadoras del mal de amores.

No eran ellos los únicos escapados, pues en más de una ocasión se cruzaron con otros compañeros, cambiándose entonces miradas cómplices, sonrisas irónicas o estentóneos saludos a gritos. El único peligro estaba en que entre algunos caballeros hubiese cundido la misma curiosidad por dedicar unas horas distrayendo la velada entretenidos en descubrir la miseria de toda aquella gente, lo que supondría, de coincidir con ellos, la posibilidad de un desagradable castigo.

—Oye ¿no podrán tomarnos por desertores si nos cogen?

—¿Es que acaso hemos desertado?

Apenas asomados por aquel polifacético universo, cada cual enmascarando la expresión bajo un aire que querían hacer desafiante y hasta feroz —y en verdad que Guillem, el cabecilla de la excursión, no tenía ciertamente aspecto muy pacífico—, se vieron rodeados por gente de toda calaña. Pobres, mutilados, niños, iniciaron de inmediato una incansable persecución pidiendo una limosna; vendedores que ofrecían toda clase de baratijas, cintas y peines con los que sin duda podrían conseguir los favores de la dama más reacia; y, naturalmente, las putas, que afluían de todo pelaje, edad, compostura, habla y raza. Ninguna pasaría del rango de *mulier quaestuarina*, como la clasificaría el *Digesto* de Justiniano, es decir, prostituta de la más baja condición.

Tomás, emocionado ante el asalto de aquellas ocurrentes libertinas, cuya conversación era una mezcla de burlas y frases impúdicas acompañadas de abrazos y palpos, apenas si podía mover los pies del suelo cuando llegaba a sus oídos alguna oferta o requerimiento.

—Con ésas, ni mirarlas, que casi todas son de las que pegan enfermedades de mujeres —ordenaba, autoritario, el rabadán del grupo—. Para ti, que nunca estuviste con alguna, habrá que buscar algo que te deje un buen recuerdo de tu estreno. Vámonos a la muralla, que junto a la puerta de Trentaclavos me informé las hay mejores. ¡Y están allí, esperándote a ti, Tomás! —le decía, riendo estruendosamente en tanto le palmeaba las espaldas.

Esto y toda clase de procacidades, entre comentarios jocosos de unos y otros, aunque la aventura parecía seriamente interesarles como cosa de honor, sintiéndose responsables de la iniciación al sexto^[5] de su joven camarada.

Todo esto convenció a Tomás de que definitivamente aquella noche iba a conocer mujer, porque la estima de sí mismo no iba a permitirle vacilaciones ante sus compañeros, así que no habría punto de retorno; y la cosa no iba a parecerse a aquellas furtivas caricias con las dos o tres mozas del señorío que acostumbraban a dejarse tocar y a las que tenía acostumbradas a tocarle... De modo que los nervios le asomaban a flor de piel, el corazón le latía apresurado y las palmas de las manos se le habían cubierto de sudor.

Franquearon la rambla —que pese a lo avanzado de la estación apenas llevaba agua— por los improvisados pasos fabricados por aquella gente, y dejando atrás las miserables barracas y chabolas que proliferaban extramuros, fueron hasta la muralla. Tomás descubrió entonces, en los fórnices abiertos a trechos en las paredes, toda una exhibición de hembras amparadas en el abovedado, contempladas por un público de varones que se dedicaba a pasear, charlar y bromear con ellas, admirando la tentación hecha espectáculo. Aquéllas eran las fornicadoras que la Iglesia denunciaba y condenaba, pero que tenía decidido tolerar como mal inevitable, lo que ya sentenciara san Agustín, y más tarde el de Aquino.

Los cuatro amigos pasaron y repasaron desde la puerta de Trentaclavos hasta la de la Boquería, y en un determinado momento fue Guillem el que decidió,

expresándose en un tono casi doctrinal:

—Veo como más conveniente para lo que tratamos aquella de los largos cabellos sueltos. Que sea muy joven no es garantía, que alguna lo hace desde los diez años. Ésta tiene remetido el vientre, por lo que creo no ha debido parir sino una, tal vez dos veces. Su cara no me parece de mucha lujuria, y por eso no la montarán muchos, que también nos da cierta garantía contra chancros y pústulas, que los pegan muchas, y sería gran lástima que cuando llegemos frente al moro tuvieses que mudarte al hospital. Pero tiene buena figura y la adornan un par de buenas tetas, y como justo al lado tiene una belleza, que se me antoja haya de ser genovesa, o griega, o algo así, me apuesto que por cada vez que ésta va a joder, la otra lo hace cinco, y si además es lista y sabe hacer su trabajo, creo ha de satisfacerte.

Ajustaron el precio y los compañeros se marcharon, porque de sus paseos ya cada cual había elegido a la hembra de su gusto con quien desfogar humores. Tomás, guiado por la muchacha, funcionó como un autómata; cinco minutos más tarde se alejaba en busca de sus amigos, rumiando unos altramuces con gesto pensativo.

Contó luego a sus camaradas la experiencia, exagerando y mintiendo lo que no había sentido. Y con esto acabó la juerga.

VI

Sobre finales de marzo del año siguiente, que hacía el de mil y doscientos treinta y ocho de la era de Cristo y el vigésimo del feliz reinado de don Jaime I, llegaba la mesnada a su destino, reuniéndose con el grueso de las fuerzas cristianas. Solemne y a la vez festivamente acogida, de un lado se probaba la solidaridad de los súbditos con la persona del rey y sus decisiones de Estado; por otra parte, recibir nuevos contingentes suponía un gran alivio. Porque si bien el papa acababa de conceder bula de cruzada para la empresa, el compromiso de un cruzado no iba más allá de los cuarenta días de asistencia militar, constituyendo por tanto el grueso de la armada real aquellos que recibían paga, profesionales de la guerra; de ahí el trasiego que se hacía continuamente entre los muchos extranjeros —castellanos, borgoñones, lombardos, germanos y de otros reinos de Europa— que llegaban, cumplían su promesa de combatir contra el infiel, y terminado el compromiso, se despedían.

Se estimuló, pues, bastante el ánimo de la hueste, máxime cuando el invierno estaba en todo su rigor, lo que unido a la empecinada resistencia del enemigo no contribuía precisamente a forjarse rápidos sueños de conquistas y victorias.

Fueron a acampar los recién llegados no lejos del mar, a alguna distancia del grueso del ejército, que desde hacía ya algún tiempo venía dedicada, bajo el mando directo del propio rey, a asediar un castillo levantado por los islámicos cerca de la costa, al que los sitiadores llamaban El Puig. Se decía que el lugar ya conoció las proezas de aquel legendario guerrero castellano al que los moros conocían como el Cid, el cual anduvo por estas tierras hacía ya más de un siglo, y ahora su guarnición ponía tal valentía y destreza en su defensa, que los asediantes empezaban a considerarlo inexpugnable.

Después de pasar unos días reponiéndose de la larga marcha, disponiendo pertrechos y estudiando planes de actuación, la mesnada se dividió en varias secciones con distintos cometidos, reforzadas las que así lo requirieron con nuevos efectivos y con su plan de operaciones. El objetivo no era otro que ir conquistando villas y territorio para estrechar el cerco a Valencia, donde más o menos se confiaba en una feliz capitulación.

Con tiempo desagradable, lluvioso y fresco, la tropa en que formaba Tomás del Torrent salió hacia el interior del país, penetrando en una región profusamente cultivada, llena de acequias, de norias, de alquerías, que a medida que avanzaban aparecía casi desierta. Grandes extensiones mostraban señales del paso de los invasores, cuya táctica principal consistía, como la de cualquier otro ejército de cualquier otro país, en la destrucción de todo cuanto pudiera servir para el

mantenimiento de la resistencia enemiga; las frecuentes algaras habían convertido las tierras, huertos, cosechas y aldeas en una total ruina, a excepción de los lugares donde sus habitantes se prestaron a rendirse, y entonces era admirable contemplar aquellos campos donde entre los espejeantes cultivos de arroz se descubrían frutales de todas clases, jardines primorosamente cuidados, que aun velados por aquella pátina gris de la insistente lluvia sorprendían y maravillaban a la mayoría de la soldadesca cristiana, acostumbrados a una naturaleza más dura e inhóspita.

Internándose por el territorio sin encontrar impedimento alguno, muchos pensaron, tal vez con una especie de decepción —incluido Tomás— que era aquello, más que acción bélica, sosegado paseo; hasta que cuando menos lo esperaban fueron a tropezar con el obstáculo que estaba aguardándoles. Se trataba de un poblado agrícola al que luego supieron que llamaban sus moradores Beniarbá —así sonaba en los oídos cristianos—, crecido a la sombra de unas viejas murallas alzadas alrededor de una robusta torre; torre y murallas fabricadas con adobe, a medias arruinadas, levantadas casi un siglo atrás, cuando en tierras de infieles dominaba el espíritu fanático y batallador de aquellas tribus africanas de velados que se llamaban los almorávides. Ni los más ancianos recordarían ya la presencia de guerreros por aquellos apacibles huertos, y sin duda los campesinos estuvieron utilizando hasta entonces la torre como almacén, y las murallas como corral para el ganado. Alrededor todo eran cultivos y acequias, y los exploradores que precedían al grueso de la tropa no concedieron al lugar mayor importancia que a cualquiera de los otros muchos dejados atrás, villas campesinas semiabandonadas, una y otra vez objeto de saqueo en las continuas talas llevadas a cabo.

Ahora la sorpresa jugó sobre la mesnada, que en cuanto apareció su avanzada y estuvo a tiro, fue saludada con una lluvia de proyectiles que apenas si dio tiempo para ponerse a cubierto de un enemigo que sin duda estaba esperándolos. Aquella imprevisión costó una docena de bajas, entre muertos y heridos, lo que llenó de indignación a todos.

Inmediatamente se tomaron las disposiciones para hacer frente a la situación, y lo que más se discutió fue si rodear el enclave y proseguir la marcha, o conquistarlo. Prevaleció la opinión del adalid al mando de la fuerza, *en Dalmau*, un aventurero gerundense que había guerreado en el Languedoc y luego con las mesnadas castellanas por tierras de moros; hombre todavía joven, no daba confianzas a nadie, y cuantos le trataban llegaron a pensar que con tal actitud no hacía sino ocultar indecisiones, quizá porque era la primera vez que se ponía al frente de un conjunto armado tan numeroso, pues siempre actuó bajo las órdenes de un superior. Su rostro pálido, sin sombra de tantas intemperies, el cabello rubio pajizo y los ojos zarcos, contribuían a acentuar su carácter frío, lleno de una altivez que posiblemente enmascaraba un cierto sentimiento de inferioridad, o de falta de resolución ante las circunstancias...

En Dalmau dispuso, primero, castigar severamente a los exploradores por su

torpeza; luego, establecer un campamento salvando los accidentes del terreno — regajos y filtraciones de agua, desmontes, tierras empapadas de la lluvia—, y dejar para el día siguiente cuál sería la actitud a tomar.

Bien de mañana y después de la misa, un pequeño destacamento formado por un judío converso revestido con apariencia de caballero, conocedor de la lengua del enemigo, con cuatro hombres y un trujamán, enarbolando enseña de parlamento y al redoble de un tambor, salieron del campo en dirección al reducto moro. Inmediatamente se llenó el adarve de tantos curiosos como los que asomaron por el otro lado; abriose a poco el portón de la muralla, pasó el jinete con su intérprete, y fuera quedó el resto de la gente, aguardando.

Transcurrida más de una hora, los parlamentarios regresaron. Pronto se supo en el campamento cuál había sido la respuesta: los infieles no estaban dispuestos a capitular; habían recibido a los emisarios cristianos haciendo gala de una extrema cortesía, agasajándolos con un jarabe de naranjas, pasteles y una amarga infusión preparada por un esclavo oriental, probablemente un tártaro, o un mongol, a la que llamaron *tchai*,^[6] luego manifestaron sus protestas y deseos de paz con el poderoso rey de Aragón, de su buena disposición para seguir viviendo en concordia y buena vecindad, y concluyeron declarando solemnemente que si el Dios Único disponía que cesase la guerra, ésta se detendría de inmediato; pero si Alláh deseaba que los defensores del islam luchasen por sus tierras, sus casas, y el cementerio donde reposaban los huesos de muchas generaciones de sus antepasados, entonces la guerra seguiría.

—Así dijeron, que afirman repetir palabras del propio emir de Valencia.

El mesnadero no pudo contener una expresión de iracundo despecho:

—Esto es: no quieren rendirse... ¡Muy bien! Pero nosotros los vamos a obligar. Cazaremos a esos perros y Dios hará el resto. —Su voz encerraba, más que otra cosa, frustración—: ¿Y qué más pudiste descubrir que nos sirva?

El enviado contó que pese a que inmediatamente le vendaron los ojos, notó la silenciosa presencia de mucha gente, y sólo una vez escuchó un grito de mujer injuriándole, coreado por algunos más a los que rápidamente impusieron silencio. También le llegó el olor de establos, el relinchar de caballos... Seguidamente se encontró en presencia del *qaid*^[7] que mandaba la guarnición, rodeado por sus lugartenientes, todos gente de guerra, como podía apreciarse sin ninguna duda. Fue recibido en una habitación de la planta baja de la torre, sin vista alguna al exterior, y a la salida sí tuvo la certeza de haber oído voces infantiles.

Pero lo más importante era su certeza de haber descubierto qué clase de gente era la encargada de defender la aldea y con la que habrían de enfrentarse si no había otra solución. Aseguró que se trataba de guerreros turcos, a quienes definió como unos mercenarios a los que llamaban *agzaz*, emigrados al África en tiempo inmemorial,

temibles cuando emprendían la guerra santa, que por ello fueron siempre muy considerados por los invasores almohades, y hábiles en el manejo de un arco que llevaba su nombre: *guzz*.

Una vez impuesto de esta información, el mesnadero se reunió con sus capitanes. En su opinión, el lugar respondía a la idea elaborada en un principio: el bastión —las murallas y la torre— habían formado un todo con la aldea, pudiendo así estar preparado para la defensa, ya que los sólidos aunque averiados muros protegían el caserío, que sin duda debía de estar ya bien fortificado en las construcciones que daban al exterior. Posiblemente contaban con víveres suficientes para resistir un asedio, y aunque se traba de una simple alquería, sus defensas, el foso recientemente excavado —si no muy profundo, capaz de entorpecer una embestida de la caballería—, y lo desvalido del terreno alrededor, hecho de canales de riego, huertas, pocos árboles y algún talud, con el suelo reblandecido por las lluvias, constituían serios obstáculos a tener en cuenta si se contaba realizar un asalto. Sin duda casi toda la población rural había sido evacuada apenas supieron del avance cristiano, y suplantada por guerreros y cuantos civiles decidieron permanecer.

—Sabiedo que hay familias, mujeres y criaturas, creo que se defenderán como demonios... O tal vez cederán a cuanto se les ordene... Ya pensaremos nuestra estrategia, y Dios dirá.

El gerundense no cabía en sí de ira. La fatalidad lo había colocado ante su primer encuentro y su primera decepción, dejando su orgullo hundido en el fracaso. Estaba furioso, al comparar esta resistencia del enemigo con el avance incontenible de la hueste durante la primera campaña, e incluso en la que recién se acababa de iniciar, donde salvo algunos escollos —Burriana, El Puig, la misma Valencia—, todo lugar ante el que se alzaron los estandartes reales, a poco enviaban a sus parlamentarios solicitando las condiciones para su rendición. Ahora se le ocurrió que estaba obligado a hacer cuantos esfuerzos fueran precisos para que su nombre no figurase entre los ineptos y derrotados.

Transcurrió otro día sin más acción que el esporádico vuelo de alguna flecha en busca de su objetivo, que los sitiados dirigían con harta precisión a los sitiadores cada vez que algún descuidado se ponía a tiro. Pero entre tanto los espías descubrieron que por aquel Beniarbá no cesaban de pasar pertrechos al enemigo por caminos libres del control de la fuerza cristiana, los que al parecer iban directamente encaminados a la capital del reino; esto significaba que si no era eliminado aquel obstáculo, contribuiría a hacer el sitio a Valencia largo y conflictivo.

—Muy bien —dijo Dalmau—. Vamos a estudiar nuestro plan y hagamos que no reciban carga de una sola acémila.

Para poner en práctica sus palabras, a la siguiente noche se desplazaron sigilosamente los ingenieros, expertos en su cometido, bajo la dirección de un maestro pisano de reconocida fama, *messer Giovanni*. Llegaron hasta la acequia principal, previamente señalada por los exploradores, y en unas pocas horas

destruyeron cuantas tajaderas fueron capaces; la operación fue cuidadosamente controlada, ya que el objetivo era el de anegar los accesos al poblado, pero no provocar una inundación que luego podría traer graves consecuencias a sus propios autores.

En la siguiente jornada se completó totalmente el cerco, pero el contacto entre ambos bandos siguió limitado al esporádico intercambio de proyectiles y a los gritos de burla o amenaza. Lo que más irritaba a los aragoneses eran las puyas e invectivas de los tagarinos,^[8] quienes expresándose en la misma habla que éstos, les dedicaban toda suerte de improperios, que los cristianos unas veces tomaban a zumba, y otras se apoderaba de ellos tal furor, que respondían con una lluvia de flechas, lo que podía prolongarse hasta que se calmaba su iracundia. Pero ni los musulmanes parecían afectados por las lagunas provocadas por sus enemigos al romper las acequias, ni en el mando cristiano se mostraban intenciones de lanzarse a un asalto. Era bien sabido que conquistar una posición que contara con suficientes defensas y con una guarnición dispuesta a no ceder, suponía tarea difícil y costosa para cualquier ejército.

Sin embargo, el mesnadero venía madurando su plan, que reveló cuando hubo calculado los detalles. Su ejecución iba a tener lugar dos días más tarde, expresamente demorado para realizarlo en la festividad de Nuestra Señora la Blanca; decisión muy personal del adalid en memoria de su difunta madre, navarra criada en el monasterio de Usua y por tanto fiel devota durante toda su vida de la sagrada imagen allí venerada, que según piadosa tradición fue encontrada por un pobre pastor en el interior de profunda cueva, gracias al insistente aviso de una paloma.

La fuerza designada, y a la que cabría el honor de entrar en combate a la cabeza de todas las demás, iba a ser la del contingente reclutado por la baronía de Vilademuls; privilegio que sus responsables y mandos se encargaron de divulgar y exaltar entre su gente, lo que servía para mitigar temores y miedos en unos y llenar de vano orgullo a otros. Entre jinetes y peones participarían trescientos hombres, y como fuerza de choque, iniciando la operación, marcharía una vanguardia de un centenar de almogávares.

El almocadén mayor de esta fuerza mercenaria, quien tenía la costumbre de pavonearse presumiendo de la valentía, el arrojo, la combatividad de su gente, a los que llamaba, parodiando a los romanos, «mis legionarios», había advertido a éstos la víspera:

—Mañana me vais a enseñar con qué materia os hizo el padre que os abatanó, hijos de puta, pues que todos han de estar pendientes de lo que sois capaces y esto llegará a oídos del mismo rey *en Jaume*, con todo lo que eso significa. Así, cada uno se comportará como ya sabe, y al que no, habré de castigarlo. No sé aún con cuál castigo, pero juro por Dios que lo haré, y el que sea lo recordará siempre. Que Nuestro Señor os guíe y os acompañe.

Indiferentes a lo que el destino dispensaría a bastantes de ellos cuando entraran en el inminente combate, muchos se fueron a la acampada que a cierta distancia de los

militares ocupaba aquella caterva heterogénea de seguidores de la tropa, buscando entretenerse jugando y entrapándose con los tahúres o divirtiéndose con las ramerías.

En la madrugada, todavía de noche, se dijo una misa a la que asistió toda la mesnada. Dirigiéndose especialmente a los que pronto iban a entrar en combate, el celebrante recalcó las promesas de costumbre:

—Todo aquel que hoy, con el alma limpia de pecado tras recibir con toda su devoción a Nuestro Señor Jesucristo, que combata con todo su entusiasmo puesto en Él y en su Santísima Madre, si cayera frente al enemigo recibirá su recompensa inmediata. Porque inmediatamente de abandonar este miserable mundo de lágrimas y tristezas, en ese preciso momento y ni un instante después, empezará a disfrutar la maravillosa presencia de Dios Nuestro Señor en su Paraíso, que es el colmo de la felicidad y la dicha.

Luego, con apenas las primeras luces del alba empezaron a moverse los almogávares hacia su objetivo. Aguardando en sus puestos quedaban los infantes, en espera de intervenir una vez rota la primera defensa enemiga; los arqueros, en una segunda línea, vigilaban para desde sus posiciones proteger el ataque; y finalmente, la caballería. Toda aquella ala del cerco, en total silencio, casi conteniendo la respiración, quedó pendiente del avance de los hombres, a los que veían adelantar moviéndose como sombras, andando con ligereza sobre aquel terreno enfangado, ahora salpicado de los charcos dejados por las lluvias.

Apenas alcanzaban las primeras casas de la aldea cuando de su interior brotó un furioso batir de tambores, gritos y carreras, simultáneo al alboroto que llegaba del otro extremo del poblado, donde el adalid Dalmau tenía ordenado simular un ataque como maniobra de diversión. Llegados los primeros asaltantes a su objetivo, una lluvia de saetas y flechas cayó sobre ellos, evidenciando que los sarracenos no estaban desprevenidos. Entonces avanzaron los arqueros hasta ponerse a tiro, dando respuesta al enemigo, y el aire de la amanecida se llenó del agudo silbar de aquellos mensajes de muerte.

Una vez la vanguardia hubo alcanzado la proximidad de las casas, con arietes se derribaron puertas y se abrieron orificios en las paredes, lo que supuso un largo y duro trabajo, ya que casi todo estaba reforzado con rollizos y otros materiales, y por estas aberturas se lanzaron en tromba; pero la sorpresa fue encontrar un interior desierto, lo que les obligó a nuevos esfuerzos para abrir un paso en los cerramientos que daban al interior del poblado.

Apenas asomados por estas troneras fueron recibidos por una mortal lluvia de proyectiles, e inmediatamente les atacó una multitud de guerreros lanzando tan salvajes gritos como salvajes eran las peculiares vociferaciones de los atacantes, entablándose feroz lucha cuerpo a cuerpo donde vocerío, blasfemias, ayes de dolor y

muerte, hacían una espantosa melodía a juego con el entrecocar de las armas, el sordo golpear sobre los cuerpos, el retumbar del acero golpeando sobre los escudos.

Cuando pareció conveniente sonaron los clarines en el campamento, imponiendo sus agudas notas sobre el fragor que venía del asalto, y las haces de Vilademuls se lanzaron a toda carrera en apoyo de los almogávares, entre el batir de los tambores, la sonoridad estimulante de las trompetas y los gritos clamorosos dándose ánimos unos a otros. Pero cuando ya alcanzaban su objetivo, un sordo retumbar de cascos que se acercaba veloz hizo a los hombres frenar su impulso, buscar inquietos, doblemente puestos a la defensiva; demasiado tarde: surgiendo como fantasmal aluvión vino a caer sobre ellos, con feroz violencia, una partida de jinetes, casi demonios que descargaban sin darse reposo toda clase de armas sobre los sorprendidos peones, que en estos momentos no sintieron sino que sus corazones se llenaban súbitamente de incontenible pavor.

Llena de confusión, la gente se mostró desconcertada primero, indecisa después, y cuando aquel alud que prodigaba el terror y la muerte empezó a destrozar filas; cuando el arrollador empuje de los caballos, y los gritos, y el espectáculo de los cuerpos que iban cayendo como mies salvajemente segada, las cotas claveteadas de saetas y dardos o desgarradas por las lanzas, las bestias pisoteando a quienes gemían malheridos, a los muertos, a los que se retorcían agónicos entre ríos de sangre, ya no hubo sino una masa de hombres llena de pánico.

La resistencia fue débil. Los más bravos, o los desesperados, vendieron caras sus vidas; la mayoría entendió que no tenía otra salvación que la huida, porque era como una proverbial leyenda la imbatibilidad de una carga de caballería contra la gente de a pie, y entonces ya no hubo sino una desordenada y veloz carrera hacia las posiciones del cerco, apenas protegidos por el tiro de los arqueros.

Los musulmanes, una vez rechazado el ataque enemigo remataron su juego, lo que en su estrategia llamaban el *kar wa-farrar*, repentina y violenta embestida e inmediata huida; así que tan inesperadamente como se habían aparecido, volvieron grupas, y fue como si se desvanecieran en la ligera bruma que los primeros pálidos rayos de un melancólico sol levantaban de la tierra.

El estupor y la rabia cundieron en el campo cristiano; pero lo que se impuso con angustia fue la suerte de lo que aún quedara de la fuerza almogávar lanzada al primer asalto, ahora a merced de un enemigo que sin duda los masacraba sin piedad en el interior de la aldea.

—¡Llaman a retirada! ¡Llaman a retirada! —gritaba el adalid como un energúmeno, coreado por sus lugartenientes.

Sonó insistente el clarín, y bajo un manto de proyectiles de toda clase, lentamente, sin dejar de defenderse y luego a toda carrera, los almogávares ganaron sus posiciones a resguardo del hostigamiento enemigo.

Vino entonces la vergüenza al campamento cristiano, el pesar y el irascible furor. Por el contrario, frente al dolor de la derrota —los ayes de los heridos, el sentimiento

general de los compañeros de los muertos, la valoración de las pérdidas—, en el recinto de Beniarbá todo eran gritos de victoria, música y canciones, y más de uno se dejó ver en la distancia haciendo gestos obscenos a un enemigo que no podía sino maldecirlos furiosamente.

Aquella misma tarde convocó el adalid a sus caballeros. Con acento acusador explicó que sin duda se había valorado mal el número y la combatividad de los moros, al parecer, muy superior a los cálculos elaborados con arreglo a las informaciones que poseía, con lo que arteramente descargaba en otros la responsabilidad de su fracaso. Y luego de discutir todas las posibilidades para reducir a aquel enemigo, al final no quedó más que la única posible: continuar el asedio.

Antes, uno de los caballeros más jóvenes había propuesto como feliz idea recabar el auxilio de otro mesnadero:

—¿Y qué si pidiésemos la ayuda del castellano Rui García, que debe de andar a no más de dos jornadas? Él lleva máquinas de guerra muy poderosas.

Había obviado descuidadamente lo que ya todos sabían, y era cuánta vanidad, cuánta ambición y a qué cimas podía llegar la soberbia del gerundense en tocando a la posibilidad de que el tan anhelado éxito de la operación se le atribuyese a otro; postura que en verdad no era exclusiva del carácter del mesnadero, sino el mismo sentimiento que guiaría a cualquier otro en sus circunstancias. Pero el muchacho ignoró cándidamente toda la arrogancia, el engreimiento, la codicia que anidaban en el adalid, quien sin duda no vacilaría en diezmar a toda su tropa antes que ceder un ápice de sus laureles a un rival. De modo que haciendo un violento esfuerzo para disimular este nuevo ingrediente que colmaba su cólera, con una mirada de lo más fría, el acento glacial:

—Si creéis que no me basto para acabar con esa gente, os doy completa libertad para ir con ese Rui o con quien mejor os parezca... Caballeros, hemos terminado. El Señor nos acompañe y nos ilumine.

—Amén.

Hacia el ocaso se enviaron parlamentarios al enemigo para acordar una tregua y retirar a muertos y heridos de ambos bandos. Como la mayoría de las bajas cristianas quedaron en el interior de la alquería, los sarracenos las evacuaron ellos mismos, evitando la curiosidad de sus sitiadores, e incluso hicieron entrega de cuantos cayeron heridos, hasta los moribundos, sin rematar a ninguno, como era costumbre, guiados en la idea de crear dificultades de cuidados entre sus atacantes. Por el contrario, los musulmanes pudieron salir hasta el cementerio para enterrar a sus muertos, sin que en ningún momento se produjera el menor incidente.

Antes de retirarse, caballeros y donceles se reunieron a platicar bebiendo unas jarras de vino, comentando las incidencias y haciéndolo con no más interés del que pondrían en una partida de ajedrez, recordando cuanto había acaecido desde que abandonaron el campo de Barcelona. El sentimiento que parecía dominarles no era sino como una impaciencia por limar obstáculos y dar acción a sus días; tal vez por

eso algunos envidiaban a las maltrechas fuerzas de Vilademuls, que al menos habían podido entrar en combate. Nadie demostraba el más ligero síntoma de preocupación por su persona, porque sentían la guerra como algo tan connatural, habían estado preparándose tantos años para ello, que difícilmente se les ocurriría que la vida pudiera entenderse de otro modo.

—No estuviste afortunado proponiendo a Dalmau la ayuda del castellano —habló uno burlonamente al que provocara la cólera del mesnadero.

—Lo adiviné casi cuando lo decía. ¿Pero no es de necios empeñarse con un asedio tan largo, con más pérdidas, más muertos, si mi propuesta ayudaría a resolverlo?

Un navarro, ya experimentado en guerra, respondió:

—Tienes buena parte de razón, pero ignoras que aquí cada uno buscamos un beneficio, y Dalmau no va a permitir que nadie le reste ventajas.

—Bien que dices, Íñigo Arnedo. Cierto que venimos a la guerra porque nos gusta, si lo hemos soñado desde niños. Pero además, estamos, y Dalmau más que otros, por hacernos, no con miserables despojos tras cada combate, que eso queda para nuestra gente, o para la canalla que nos viene siguiendo desde el primer día... Buscamos participar en el reparto de lo que arrebatemos al moro, lo que significará estar en la estima del rey y así dar galanura al nombre que llevamos de nuestros mayores.

—Ésa, ésa es la verdadera razón de la guerra y de todas las guerras.

—¿No crees, pues, que lo primordial sea liberar las tierras de infieles y ponerlas bajo la fe de la Iglesia de Jesús? —seguía el muchacho.

El navarro hizo un gesto vago:

—Sería largo de explicar. Pero no podemos olvidar el fundamento de lo que mueve todo esto: cada vez que se organiza hueste es porque la corona necesita más, pues que magnates, la corte, las ciudades, piden y exigen más; y los obispos, y los abades... Y nosotros también. También nosotros estamos sujetos a necesidades, y ambicionamos cosas, y las queremos... Así, la guerra no es sino inventarse un enemigo, invocando siempre una poderosa razón que arrastre a todo el reino, para arrebatarle cuanto posee y permitir sin muchos escrúpulos acabarlo, y luego quedar sus tierras, su oro, sus riquezas y su gente... Con esto se cierran las bocas que protestan y desestabilizan el reino, las bocas que ponen en apuros la autoridad real. Al reino de Aragón, por fortuna, le ha tocado estar cerca de infieles que poseen cuanto ambicionamos y a los que podemos acabar sin cargo de conciencia, bendecidos por todo el orbe cristiano y hasta envidiados por los genoveses, por los venecianos... Otros han de contentarse guerreando cristianos contra cristianos, como a veces hacemos aquí, para que al fin sea el más fuerte quien acabe al débil. Esto es así según mi modo de ver, y no sé de otra explicación que me convenza de lo contrario, a no ser la que os haya traído a cada uno de vosotros a esta guerra.

—Cierto que me lleno de confusión.

—Eres muy joven. El tiempo te abrirá los ojos, como le sucedió a Dalmau, que

tengo la certeza de que desde el momento en que entendió el juego, está dispuesto a sacarle todo el partido.

Tras un silencio, otro aventuró:

—¿Quizá Dalmau contará mañana algo de sus planes, si los tiene?

—Quizá. Pero dudo que tenga alguno.

Mas a la mañana siguiente no se hizo sino disponer la ceremonia que tendría lugar en honra a los muertos. Los sarracenos, durante la misa, respetaron a sus enemigos sin hostilizarlos; tan sólo estuvieron contemplando la función desde la muralla, en silencio, más curiosos que otra cosa.

Terminado el entierro de los muertos, *en* Dalmau se retiró a su tienda sin dirigir la palabra a nadie.

VII

Transcurrieron otros dos días durante los que ninguno de los bandos se decidió a romper aquella no pactada tregua. Como era habitual cuando alguien se ponía a tiro, unos y otros intentaban abatir de cualquier modo al incauto, pero esto venía a ser casi una especie de juego para distraer la obligada inactividad; lo más frecuente eran las voces e insultos que estallaban de cuando en cuando, sin motivo, o la pasiva, casi indiferente calma.

En el campamento cristiano reinaba la incertidumbre más absoluta, porque ni Dalmau explicaba a nadie sus intenciones, ni hablaba apenas con nadie; tanto por parte de los caballeros como entre la soldadesca, en todos cundía una especie de desánimo, extendiéndose día a día las murmuraciones. Unos opinaban que el adalid era un cobarde; otros, un loco; los más, que no estaba preparado para la misión encomendada.

Pero fue entonces, cuando más crecían los rumores, que en la mañana del tercer día los musulmanes abrieron los portones en la entrada principal de la alquería y una numerosa partida de jinetes, pertrechados de su armamento habitual, luciendo el pendón verde adornado con el creciente islámico y al mando de un *arif*^[9] se dejaron ver en la explanada que daba acceso al recinto. Cundió la alarma entre los cristianos, se dieron nerviosas órdenes a gritos, y a poco la mesnada toda se disponía a repeler lo que parecía iba a ser un ataque. Pero los sarracenos no hicieron intención de moverse de su sitio; tal como llegaron, sin descabalgar y enfrentando en la distancia al campamento *rumi*, allí permanecieron, relevándose periódicamente a cada llamada a la oración, hasta el ocaso. Al anoecer se oyó la voz del almuédano convocando para el *salat Madrid* —el último rezo del día—, y del modo en que vinieran, igualmente se marcharon.

Al día siguiente se repitió la exhibición ante la perplejidad de los sitiadores, ignorantes del sentido de lo que parecía, más que amenaza, ridícula aparición de los que ya se sabía eran gente de una ferocidad extrema. Pero *en Dalmau*, sin dar explicaciones a nadie, decidió imitar la pantomima, y así comenzó su representación, en la que, apenas aparecidos los moros instalándose ante sus murallas, en el campamento se formaron dos, tres escuadras de jinetes dedicados a hacer idéntico juego: contemplarse de lejos, relevarse, y concluir el espectáculo al oscurecer.

Esto dio lugar ahora a que entre la fuerza cristiana cundiera el mayor de los asombros, preguntándose unos y otros en qué pararía aquel incomprensible juego que era más burla del enemigo que estrategia de ninguna clase. El adalid parecía no enterarse de cuanto se murmuraba entre la gente; su carácter introvertido y distante

no dejaba adivinar sus proyectos, y tan sólo sus escasos allegados insinuaban alguna vez la idea de que preparaba algo, palabras en las que no confiaba nadie.

Dos días más tarde, en el de la celebración de la Virgen de la Antigua —la tradición aseguraba que se había aparecido sobre un moral hacía ya más de doscientos años—, mucho antes de que en el campamento se llamase a la tropa para la distribución del primer rancho, todos se sorprendieron al advertir la presencia madrugadora de los infieles, los cuales empezaban a hacer su aparición a una hora muy temprana, que no era la de su costumbre. Apenas prestó nadie atención a lo que ya se consideraba habitual; tan sólo, y a regañadientes, los caballeros designados la víspera empezaron a prepararse para responder, como ya iba siendo estúpida rutina, al espectáculo.

Pero a poco y repentinamente los aires se estremecieron con las voces de alarma de las centinelas, gritando por encima del estruendo producido por un furioso galopar de caballos lanzados cuesta abajo, mezclado a los alaridos que proferían sus jinetes. Y en medio de la sorpresa, con las primeras luces de un sol que aún no apuntaba por encima de la lejana serranía, un huracán sobrevino con incontenible violencia sobre el campamento, precedido de mortal nube de flechas, En cuestión de segundos todo se llenó de confusión, y el griterío de unos y otros parecía aumentar el desbarajuste creado, silenciando los ayes de quienes tuvieron la fatalidad de ser blanco de los primeros disparos; y en la conmoción general que alborotaba al campamento de un rincón al otro, poniendo bruscamente en pie a los que todavía luchaban por arrancarse al sueño, como una legión diabólica salida de los infiernos, la caballería sarracena.

Tomás, cerca de su joven señor, ambos aún dormidos, irguióse rápido ante el estruendo, y cuando fue dueño de sus sentidos —un instante— asomó la cabeza por la abertura de la tienda y vio, precisamente en aquella zona del campo, cómo un nutrido grupo de jinetes arrollaba en brutal carga la ineficaz defensa de unos pocos decididos peones que por propia iniciativa habían intentado contener la avalancha; acudieron otros, y ya no hubo sino el violento entorchocar del acero, los gritos y reniegos mezclados al relinchar de los caballos; y los gestos de fiereza, el espanto en muchos, las maldiciones, las blasfemias y el incesante aullar de los atacantes. Numerosos cuerpos salpicaban el suelo como tristes despojos, muertos unos, otros heridos, todos con el miedo reflejándose en los rostros descompuestos por la sorpresa.

Un resuelto grupo de infantes reunidos por varios caballeros se revolvían denodadamente contra el enemigo buscando clavar sus lanzas en el vientre de los animales, descabalgando jinetes, herir, defendido el cuerpo bajo los escudos. Otros, fruto de aquella habitual indisciplina y del individualismo, tan comunes, todavía perdieron un tiempo precioso moviéndose indecisos, sin saber adónde acudir, sin nadie que reaccionara con la suficiente energía y juicio para agruparlos y organizar la defensa, causa lamentable de que así se perdieran muchas vidas. Durante una eternidad todo estuvo inmerso en puro desorden antes de que los mandos consiguieran apenas dar

una respuesta al ataque.

Entre tanto, la caballería, que se disponía para seguir el cotidiano juego a los musulimes, aceleró sus preparativos y avanzó en busca de entrar en la refriega; embutidos los jinetes en sus rígidos arneses, cubiertos igualmente los animales con pesadas bardas de malla, lo que convertía a ambos en una poderosa mole acorazada, no debían parecer a sus enemigos sino una especie de imponente muro de metal del que emergía el lastre de las lanzas, un todo moviéndose lenta y torpemente, por contra a la vertiginosa movilidad de los moros, cubiertos por ligeras cotas de malla y un casco de hierro, al brazo la adarga para protegerse y proteger al caballo; adarga tan resistente que podía rechazar no sólo las flechas, sino incluso las lanzadas del enemigo. Como las cabalgaduras iban por completo desprovistas de defensas, sus evoluciones se ejecutaban con una celeridad asombrosa.

Los demás caballeros, sorprendidos en medio del descanso, arrancados al sueño tan brutalmente, ya no disponían de un solo instante para revestir su atuendo de combate. No cabía sino lanzarse a luchar casi a pecho descubierto para intentar rechazar el ataque.

—¡Vamos, Tomás! ¡Vamos pronto, o de aquí no la contamos!

Advirtió el muchacho en la voz de su joven amo un leve temblor de miedo, y se le ocurrió que debía de ser la misma sensación de inseguridad, de desconfianza, de desamparo, que él mismo sentía; de repente unas incontenibles ansias le incitaron al vómito, pareciéndole que de un momento a otro iba a caer desmadejado. Hizo un esfuerzo, y con manos agitadas por un leve temblor ciñó precipitadamente y a viva fuerza la cota al *cavaller*, reteniéndole para que no se lanzara al combate con la sola ineficaz protección del gambax; seguidamente empuñó su ballesta y colgó al hombro un carcaj.

En precipitada carrera llegaron hasta donde un nutrido grupo de jinetes se dedicaba a atacar furiosamente alrededor de la tienda donde lucía en un mástil la enseña cuadrada del adalid. Éste y un grupo de caballeros e infantes luchaban a la desesperada contra al menos una docena de enemigos, haciendo uso de los escudos para a duras penas protegerse de los brutales golpes que recibían de aquellos dispensadores de la muerte armados de espadas y de sus morilleras hachas de doble filo. Al menos seis u ocho hombres yacían por tierra, revueltos cristianos y musulmanes, y ante la tienda del mesnadero se agitaba un caballo presa de violentos estertores.

Lo primero que advirtió Tomás fue cómo uno de los asaltantes hacía piafar a su montura, de modo que las patas delanteras del animal cayeron sobre el arrinconado *en Dalmau*. Éste, a medias protegido con el pesado escudo, no pudo evitar el ser derribado, momento que aprovechó su enemigo para picar a la bestia, lanzándola sobre el caído; levantó el hacha, a punto de descargar el mortal golpe... pero unos segundos antes fue a su encuentro una de aquellas certeras flechas que Tomás disparaba sin error, la que vino, en efecto, a clavarse en la garganta del moro. Y fue

entonces que el escudero se sintió viviendo la más extraña escena, como si todo se detuviera un instante; el caballero, al sentirse herido de muerte, había frenado maquinalmente al animal, y como coincidiera con su brazo armado a punto de golpear, todo pareció que se paralizara... Unos instantes... Una ínfima fracción del tiempo... Luego el cuadro volvió a cobrar vida: el caballo reinició su carrera, el hacha cayó al suelo y el moro se desplomó con la inercia de un cuerpo ya sin vida.

Quedó Tomás unos segundos como aturdido, y más que nada lleno de asombro al comprobar lo fácil que le había sido terminar con el infiel; luego, todavía tardó en darse cuenta de que acababa de matar a un hombre. Esto, y más que nada el espectáculo de tanta barbarie que veía a su alrededor, fue lo que pareció despertarle una agresividad de la que no era muy consciente, haciéndole olvidar por completo sus terrores de hacía un momento; envuelto ya en una situación de la que se sabía uno de sus protagonistas, buscó seguir lo mejor posible el papel que le habían asignado.

Acercose hasta el adalid, ayudándole a incorporarse, y creyó leer en sus ojos el reflejo de todo el pánico que sin duda experimentara cuando tuvo la muerte tan cerca; tampoco dejó de advertir la furia con que una vez repuesto se lanzó a la refriega. Luego descubrió a Francesc lidiando con uno de los asaltantes, al que había derribado de su cabalgadura; a Guillem, «el de las putas» —mentalmente siempre lo llamaba así—, repeliendo con otro compañero la acometida de un enemigo... Ya iba a intervenir en auxilio de cualquiera de ellos cuando unos feroces gritos le hicieron volver la cabeza, descubriendo horrorizado la ferrada punta de una lanza buscando su cuerpo... Jamás acertó a explicarse cómo fue capaz de esquivar el golpe, apuntar a ciegas el arma, disparar... y salvar la vida. ¿Un milagro? ¿Eran verdad, pues, los milagros, bendito Dios de los cielos?

Luego, y como en torno a Dalmau parecía que se desarrollaba lo más violento del combate, tomó del suelo el hacha del hombre al que había matado antes, y moviéndola furiosamente con ambas manos se fue abriendo camino entre los sarracenos, clavándola con brutal enojo en el muslo de uno, destrozando la espalda a otro, desgarrando el lomo o desjarretando al caballo más cercano, usando el arma tanto para repartir la mortandad con sus fuertes brazos a derecha e izquierda como para defenderse de un golpe, una lanzada, una estocada...

En medio de aquella rápida sucesión de imágenes acertó a ver cómo uno de los caballeros que luchaban junto al mesnadero, un poco a su izquierda, caía con la cabeza abierta por brutal golpe; el hacha con que le habían herido rompió el casco, hendiendo el cráneo hasta los ojos. Inmediatamente su matador fue a repetir la hazaña sobre la persona de un jovencísimo peón, balanceando el hacha para golpear, pero su estrella le puso en el camino de uno de aquellos mortales proyectiles cuyo destino iba siempre con infalible precisión al sitio donde Tomás fijaba la mirada; éste comprobó con aquella salvaje satisfacción que ahora le dominaba cómo el jinete, tras un espasmo convulso, caía pesadamente al suelo.

Y de pronto empezaron a oírse agudos gritos por encima de todo el estruendo de

la lucha, los asaltantes iniciaron el comienzo de una retirada defensiva, sin dejar de pelear, y una vez reagrupados salieron en veloz carrera para refugiarse tras los muros de la alquería. Habían vuelto a repetir su maniobra, el *kar wa-farrar*, la audaz carga de sorpresa, el violento golpear sobre el contrario y la rápida huida. Todo en un tiempo tan breve que apenas si dio ocasión a la caballería cristiana para intervenir.

Acabado el combate, corrió el escudero a interesarse por su señor. Francesc limpiaba en un manto recogido del suelo la sangre que le manchaba rostro, manos, piernas; corrió hacia él para abrazarle, todavía bajo la excitación de los momentos vividos, y luego empezaron a reír nerviosamente, burlándose cada cual del aspecto del otro, sucios de sangre propia y ajena, de barro y polvo, los petos desgarrados en múltiples lugares por donde asomaban las heridas... Acudieron otros caballeros, escuderos, peones, tratando de disfrazar con nerviosas chanzas la tensión que les duraba del rudo encuentro, reviviendo, ahora conscientemente, los peligros, dando rienda a una alegría con la que trataban de escamotear sus tan recientes miedos.

Más tarde, cuando junto a otros defensores dejaba que los físicos curaran las heridas, oyó Tomás sus particulares relatos a unos y otros, más o menos exagerados y fantaseados, comentando que fueron no menos de doscientos los jinetes que intervinieron en el ataque, de los que en el campamento dejaron veinte caballos muertos o inútiles —a éstos se los sacrificó inmediatamente— y treinta jinetes, según un veterano cabo de peones que esperaba turno para que le recompusieran un brazo roto:

—Ahora estarán en el Paraíso ese que cuentan, con Mahoma, que es su dios o algo así, donde se dice les ponen un sinfín de mujeres bellísimas, buena comida y mejor vino, amén de otras cosas que no diré aquí. —Y mirando al capellán de una de las haces de Aragón al que en la refriega habían abierto un buen agujero en la cabeza —: Señor padre cura, esos infieles, mírese como se mire, dan a sus muertos mejores premios que los que promete nuestra Iglesia, o al menos así lo entiendo, que no sé si cuanto digo sonará a blasfemia, o a herejía, que no es mi intención, pero sí mi sentir.

—No te preocupes, valiente: a ti, que irás sin duda al Cielo, tu ángel de la guarda se encargará de que te corten la lengua. Así no hablarás como un asno.

Fue aquélla una de las noches en que el plantel de mujeres dedicadas a satisfacer los apetitos de la soldadesca casi no dio abasto. Tampoco dejaron de presentarse jóvenes caballeros y un par de aquellos empobrecidos señores, ya veteranos de acudir a la hueste en busca de verse alguna vez favorecidos por una suerte que nunca acababa de llegarles, todos dispuestos a divertirse tanto con las hembras como en las interminables partidas de dados, de las que muchos salían convencidos de cuán gran verdad encerraban las palabras de san Cipriano al atribuir la invención de aquel juego a los mismísimos demonios. Pero el consumo de aquel vino aguado que expedían los mercanchistes les hacía olvidar promesas, y al día siguiente volvían a las andadas. Tomás, arrastrado por Guillem *el de las putas* y otros compinches, y porque tampoco le desagradaba, decidió unirse a sus camaradas, olvidando las incidencias de un día

tan agitado.

VIII

A partir de tan aciaga jornada, *en Dalmau* se apareció víctima de la más violenta irritabilidad; mohíno y solitario, hizo un largo recorrido por el cerco, silencioso y hosco, reprendiendo y regañando, para entregarse a mascullar toda clase de juramentos cuando descubrió a la caballería mora vuelta a su teatral aparición de cada día, lo que obligó a los cristianos a imitarles, insatisfechos y molestos los hombres. En toda la mesnada crecieron las murmuraciones y comentarios; había quien manifestaba una nerviosa impaciencia ante lo que se tildaba de vergonzosa situación, y otros que la aceptaban con pasividad, dedicados a la indolencia más absoluta y holgazaneando a placer, a lo que ayudaba el tiempo, ya primaveral. El campo de la gente civil —aquel amontonamiento de hombres y mujeres de toda calaña— se empezó a ver concurrido casi todo el día por cuantos consideraban la diversión su único objetivo.

Muchos cruzados se despidieron: unos volvían a sus casas; otros manifestaron propósito de juntarse al ejército del rey Fernando de Castilla, personaje de una piedad desconocida en todos los reinos hispanos, cuya vida parecía estar dedicada casi exclusivamente a ganar tierras a los infieles que moraban a lo largo del Betis, aunque también se le sabía monarca generoso, pues sus repartimientos y mercedes tras cada conquista se habían hecho proverbiales.

Cuando las impacencias y el consiguiente malhumor, sobre todo entre los jóvenes de la baja nobleza, se hacían ya insostenibles, al día siguiente se recibió una inesperada y no menos importante visita. Se trataba del obispo de Albarracín, junto al depuesto rey moro de Valencia, sidi Zeyt Abuceyt, ambos al frente de una respetable fuerza compuesta de cristianos y un buen número de guerreros musulmes. La explicación estaba en que Zeyt Abuceyt, tributario del rey de Aragón, al ser destronado por Aben Zeyant, que ahora defendía Valencia contra las armas cristianas, no pudo sino buscar refugio entre sus aliados. Su antigua amistad con Exímeno, ordinario de Albarracín, le condujo a ello, y ahora se dirigían a reunirse con don Jaime para ayudarle a expugnar la ciudad.

Pareció que Dalmau pretería su desagradable humor de aquellos días, y hasta fue capaz de poner buen semblante al recibir a tan ilustres huéspedes. Pero se vio obligado, pese a su orgullo, a humillarse ante sus subordinados, a quienes antes convocó secretamente:

—Ruego a todos, por la salvación de sus almas, y espero que me esté escuchando Nuestro Señor para comprometer así a cuantos están aquí, no comenten, no demanden auxilio, no muestren pesar ante nuestros visitantes por no haber rendido

aún a esos infieles de enfrente. Yo prometo por mi honor que Beniarbá será una victoria nuestra, de cada uno de nosotros —pidió, rogó, casi amenazó, haciendo visibles lastimosos esfuerzos para vencer la repugnancia que para él significaba lo que se aparecía como un vergonzoso anonadamiento de su persona—. Así, por esta reunión a la que os he convocado, retengo a cada cual la palabra y el honor.

Pero durante los dos días en que la gente del obispo permaneció acampada en el asedio, hombres de uno y otro lado tuvieron ocasión de xontarse cuanto les vino en gana. Ninguna acción bélica llegó a producirse; el enemigo quizá recelaba sobre que la presencia de nueva tropa podía significar un ataque decisivo, por lo que abandonaron la costumbre de aparecer como hasta entonces; pero los visitantes se enteraron de la diaria comedia que se jugaba entre uno y otro bando, de la luctuosa derrota en aquel primer intento por apoderarse de la aldea, y del ataque por sorpresa de la caballería mora.

Tal vez por ello y en la mañana de su partida, fray Exímeneo —era de la Orden de la Merced—, en la misa que ofició para la mesnada dirigió a los hombres unas palabras que todos entendieron bien alusivas:

—Hijos míos, con la fe que sé os guía por la bula que el Santo Padre tiene otorgada a esta cruzada, estoy cierto de que muy pronto ese foco donde se resisten la idolatría y la impiedad, esas murallas que tenemos enfrente, muy pronto estarán teñidas con el bermejo de la sangre de los enemigos del Señor, bajo los pendones de nuestra santa religión, la única que puede salvarnos. Y también esa Valencia, donde todavía no se adora al Dios verdadero, pero que a no tardar ha de verse en manos cristianas. Por eso yo, y los que conmigo vamos a encontrarnos con nuestro rey, a quien he de contar de vuestro entusiasmo en esta justísima guerra, estamos seguros de que en el mismo momento en que dé a besar mi anillo a don Jaime, todo este territorio será ya suelo santificado por vosotros a mayor gloria de la Iglesia de Nuestro Señor Jesús. Lo que a Él y a su Santísima Madre, y a todos los santos que disfrutaban su eterna presencia, pedimos y suplicamos...

—¿Qué rayos te piensas que puedan ganar esos moros que van con el obispo? —preguntaba a Guillem, como experimentado veterano, uno de sus habituales.

—Mira, yo no lo sé bien. Pero imagino que van lo mismo que nosotros, cada cual a lo suyo, ¿no? Y te diré más, y es que cuando cojo alguna conversación de los señores, es lo mismo, que lo que los trae de cabeza es pensar en qué les tocará a la hora de los repartimientos, y en eso no nos diferenciamos ninguno... Y con los moros pues pasa igual, mismamente como nosotros, cuando poco nos importa si los despojos que vas a arrancarle a un muerto son de un moro de por aquí o de un fraile vizcaíno... Todos tenemos metido en la cabeza qué podremos sacar cuando entremos en Valencia, que no hacemos más que soñar con el botín... Y no sólo Valencia: que lugares hay en los que seguro se ha de conseguir más provecho.

—A lo mejor tienes razón. He oído a uno de esos germanos que andan por aquí, que apenas se les entiende lo que dicen, burlarse de que nos hemos estancado frente a

esos perros que nos destrozan cada vez que quieren, en lugar de cercarlos y seguir adelante, porque estamos perdiendo más de una oportunidad que aprovechan otros.

—Yo no veo en todo esto más que la cabezonería de ese mesnadero loco que nos conduce, metida en la mollera la idea de apuntarse una victoria de lo más tonta, que por su maldita culpa nos está costando muchos muertos. ¡Muertos nuestros, voto a Satán!

Como de costumbre, para relegar presagios acabaron la conversación en la bulliciosa acampada donde sus ocupantes garantizaban tanto la distracción como la diversión. Y también sus broncas, de las que más de uno salió para irse a reposar bajo la tierra de aquellos huertos en donde empezaba a madurar la naturaleza.

Al fin pareció que el adalid salía de su tan dilatado letargo, que muchos ya venían considerando embrujo o enfermedad de lunático. Dalmau había madurado un plan y lo expuso: el viernes siguiente iban a lanzarse al asalto de la aldea, no por donde ya lo intentarían, sino precisamente por el frente; se trataría de derribar los portones de la muralla y por esta vía penetrar en el recinto. Si escogió un viernes no fue más que en la creencia de que siendo día sagrado para los mahometanos, podría encontrárseles más desprevenidos. Y todos aprobaron la idea.

El viernes amaneció con la promesa de una jornada radiante. Llevaban ya casi una semana sin lluvia, y al alba el firmamento tachonado de estrellas pareció a todos un feliz augurio. El ataque empezó como siempre, iniciado por una fuerza de mercenarios almogávares seguida por una línea de peones. Apenas se acercaban al objetivo, los adarves se llenaron de ruido, de griterío y de gente, a quienes los arqueros hicieron ponerse a resguardo para impedir que estorbaran el trabajo de los artificieros que ya estaban tratando de derribar las puertas. Al mismo tiempo se empezaron a aplicar escalas contra los muros, y por ellas comenzaron a trepar los hombres, sin que los arcos dejasen de batir continuamente el interior de la aldea, esperando así estorbar la afluencia de defensores. Pero éstos disparaban desde cualquier parte contra la masa de hombres amontonada en el llano, así como sobre cuántos intentaban salvar la resistencia agolpada en la muralla. El vocerío, los ayes de heridos y moribundos, se mezclaban con el resuello de los combatientes, las órdenes dadas a gritos, los clarines cantando instrucciones a las distintas haces buscando de coordinar el asalto.

Los primeros almogávares que consiguieron rematar los últimos peldaños de las escalas y saltar al recinto, cien veces rechazados, pisando sobre los heridos, sobre los cadáveres de sus propios compañeros, apartando violentamente al que de repente se quedaba inmovilizado mientras la vida se le escapaba, de bruces al borde del objetivo, lo hicieron casi al mismo tiempo en que los ingenieros derribaban las puertas. Trepano con la agilidad de ardillas, aquellos hombres montaraces, salvajes, lanzando horrendos alaridos más fieros que los del enemigo, empezaron a

introducirse en el poblado; por los portones derribados se desbordaba una avalancha de decididos peones.

Al ver logrado el principal de sus objetivos, los gritos de ánimo de los asaltantes hacían una rara mezcla con las blasfemias e imprecaciones que eran de júbilo, junto al horrísono vocerío de los almogávares. A las haces de las que formaba parte la mesnada de Mataplana les fue encomendado el asalto a la aldea, precisamente por el mismo lugar donde los de Vilademuls tuvieron tan lamentable derrota. Un centenar de caballeros, entre los que formaba el de Malpás con su escudero, junto a un buen número de peones, iniciaron el ataque a pie, y para su sorpresa les fue relativamente fácil reducir a los defensores que resistían, dedicándose ahora a un vertiginoso reparto por el dédalo de callejas que formaban el caserío, matando o hiriendo a todo cuanto se les ponía delante.

Pero no duró mucho una internada que pareció tan sencilla, porque al desembocar en la plazuela del mercado vino a su encuentro una enconada masa de defensores que ya estaban esperándoles, con los que se entabló, en medio de la dificultad que suponía la falta de espacio, una feroz lucha cuerpo a cuerpo, es decir, un apretado amasijo de contendientes cubiertos de sudor y sangre, del que arrancaba, ahogado por tanto esfuerzo, el clamor de una desesperada resistencia en unos, de ánimo y resolución en los otros.

Cuando Dalmau consideró la necesidad de reforzar a los asaltantes, nuevos efectivos de peones abandonaron sus posiciones del cerco y en veloz carrera alcanzaron la alquería, donde salvando pilas de muertos y heridos, animales que huían despavoridos y obstáculos de todas clases, se lanzaron febrilmente en busca de posiciones donde poder participar de la lucha, siendo la masa de combatientes tan apretada que sólo podían enfrentarse los que lo hacían hombre contra hombre.

Entre tanto los ingenieros habían acometido el derribo de un lienzo de muralla, suficiente para que una vez abierto dejara espacio por donde la caballería de Vilademuls se lanzó en tromba, con su adalid a la cabeza, irrumpiendo atropelladamente en el recinto. La estrechez de las callejas dificultaba tanto el paso que hubieron de avanzar en fila, por lo que algún que otro jinete prefirió desmontar, haciendo el camino a pie. No encontraron apenas resistencia hasta asomar a un espacio, ya cerca de los límites del poblado, donde les aguardaba un nutrido grupo de guerreros ante la mezquita; allí las ballestas sarracenas derribaron a media docena de caballeros.

Pero Beniarbá estaba finalmente ganado. Nuevas oleadas de peones hicieron de impetuosa inundación, recorriendo cada una de las callejuelas, rincones y viviendas, hiriendo y destrozando cuanto se les ponía por delante; hasta tropezar con el trozo de muro que daba al caserío donde, bien pertrechados, los musulimes detuvieron el avance haciendo una cerrada cobertura que todavía fue capaz de causar bastantes bajas a los enardecidos infantes. Aquí fue abatido el inefable Guillem *el de las putas*.

Replegaronse los invasores ante la furiosa resistencia del enemigo, que desde la

torre, de las murallas y desde algunas construcciones, lanzaban tal aluvión de proyectiles que obligaron a buscar amparo en las casas vecinas, siempre perseguidos por un alud de flechas, dardos y bodoques, causa de un cierto número de bajas. Resistencia inútil y que bien poco preocupó a los cristianos. Y así terminó la batalla.

El último peón en buscar refugio lo hizo arrastrando por un pie a un musulmán herido, y una vez a resguardo del enemigo, sacó una daga y rasgó ferozmente el costado del prisionero, por donde extrajo una sanguinolenta masa de vísceras que enarboló frente a sus compañeros, quienes celebraron la macabra exhibición con estruendosas carcajadas. En aquel momento, en todas y cada una de las comunidades religiosas de toda la cristiandad se rezaba la hora nona, *Latus ejus Nona biperti*, recordando la pasión de Jesucristo, cuando en dicha hora le rasgaban el costado.

Durante el tiempo que siguió, todo el mundo pudo comprobar cómo el adalid recobraba mejores modos, olvidada aquella inercia casi enfermiza, preso quizá de injustificados miedos; porque al decidirse a obrar conforme a la confianza en él depositada, el resultado no pudo ser más provechoso, y esto era permanente motivo de conversación entre sus subordinados. De este modo, no transcurrió ni una semana y ya los sitiados ofrecieron su rendición, que Dalmau aceptó sin condiciones, dejando a los vencidos el que se acogiesen a su clemencia.

Salieron los moros cabizbajos y humillados y se les encerró en lo que fueron sus antiguas viviendas y casernas; algunos quedaron apartados, con las pocas mujeres y criaturas supervivientes, para en su momento ser vendidos como esclavos; a otros, los reconocidos como más violentos y sanguinarios, se les degolló.

Cuando en aquel otoño se conquistó al fin Valencia, muchos de los vencidos en Beniarbá entraron en la ciudad como vencedores bajo los estandartes cristianos.

IX

Tras la conquista de aquel desgraciado obstáculo surgido en el camino hacia el dominio de la comarca levantina, parte de los efectivos de la mesnada abandonó la campaña, cumplidas sus obligaciones de vasallaje, reemplazados por nuevos contingentes. También acudieron de otras tierras —Lombardía, Vizcaya, Flandes, y hasta sajones y anglos—, la mayoría caballeros de fortuna buscando medro bajo el pretexto de ganar la bula de cruzada.

Los ya veteranos no pudieron gozar la emoción de hacer su triunfal entrada en Valencia, rendida después de aquellos cinco largos y penosos meses de asedio, donde se decía que fue con el tesón y el arrojo de unos mil jinetes y sesenta mil peones que se consiguió vencer la resistencia de los pertinaces fieles a Mahoma. Se contaba también que la llegada de don Jaime fue un espectáculo para no poder olvidarlo jamás.

Continuó así la lenta, imparable conquista de aquel país en el que la política del rey imponía causar el menor daño posible a la riqueza de cada ciudad, cada pueblo, y huertos, y sembrados; porque toda destrucción, las talas, los destrozos, no irían luego sino en contra de los intereses de los mismos conquistadores, y éstos, con toda lógica, no pretendían apoderarse de un territorio yermo y hambriento, sino todo lo contrario. Junto a tal previsión de orden económico, el monarca concedía a los moros el derecho a quedarse en lo que hasta entonces fuera suyo —su patria—, dedicado cada cual a sus ocupaciones anteriores a la presencia cristiana, evitando así la masiva afluencia de nuevos pobladores, lo que iría en perjuicio de la Confederación, sobre todo de campesinos atraídos ante la posibilidad de cambiar sus vidas y enriquecerse en los territorios ganados. De ahí que todas las capitulaciones se firmasen a tenor de la que sirvió para la de la capital: «*Volemus et concedimus quod omnes illi mauri, qui rimanere voluerint in termino Valenciae, remaneant, in nostra fide salvi et securi*». ^[10] De este modo, fiados sus habitantes en tales promesas, fueron cayendo sucesivamente las bien explotadas tierras y ricas villas al sur de la ciudad con más convenios pacíficos que enfrentamientos armados.

Una tarde, marchaba la mesnada por el valle espléndido del Júcar, con un panorama de montañas que a medida que avanzaban se hacía más agreste, hasta descubrir una población asentada en la cima de aquel horizonte. *En Dalmau* comentó a sus caballeros:

—Si no me engaño, creo que estamos llegando al lugar que buscamos, y pronto

nos lo van a confirmar los exploradores.

Porque se encaminaban al encuentro de la hueste real, establecida frente a una de las ciudades más opulentas del reino, a la que los moros llamaban Medina Xateva.

Hasta entonces poca actividad bélica habían tenido, consiguiendo la mayoría de las veces la capitulación de cada plaza ante la que hacían su amenazadora presencia, cosa que venía sucediendo a casi todas las otras fuerzas de invasión, por lo que las acciones de guerra, por lo menos tan largas y crueles como la felizmente rematada en Beniarbá y en algunos otros puntos, no habían vuelto a repetirse.

Palpable se advertía la satisfacción del adalid. Lo que ya se venía pregonando como gesta —durísimo asedio, conquista y destrucción de lo que, abundando en toda clase de exageraciones, se contaba con minuciosos detalles— llevaba naturalmente aparejado el nombre del mesnadero, junto a las infladas historias que parecían aumentar a medida que pasaba el tiempo: algo como diez mil de aquellos feroces turcomanos aliados de los moros, vencidos por un puñado de cristianos; miles de muertos, miles de prisioneros, cantidades ingentes de provisiones de todo género... Ello hacía prever que todo esto pronto se cantarían con cuantas épicas fantasías urdiera la mente de cualquier trovador, lo mismo en castillos y palacios como por las ferias y mercados de muchos reinos de Hispania. El nombre de Pere Dalmau estaba ya en todas las bocas.

El mismo obispo de Albarracín, forzoso conocedor de la noticia, quiso también sentirse protagonista y contó al rey cómo durante su breve estancia entre los sitiadores de Beniarbá, sus prédicas, consejos y sermones habían contribuido al sobrehumano esfuerzo que tanta gloria daba ahora a las armas de Aragón, agregando de su cosecha unas imaginarias cualidades sobre el adalid, hombre de tan acendrada piedad y humildes sentimientos que, según tenía recogido por testigos de buena fe, su devoción a Nuestra Señora la Blanca había movido a la misma Madre de Jesús para hacer su aparición durante el asalto a la inexpugnable fortaleza enemiga, facilitando así la victoria de las armas cristianas. Todo lo cual obligó a don Jaime a manifestar su generosidad concediendo al «héroe», a la hora de los repartimientos, cuarenta tahúllas de tierras de labor y dos casas, con lo que le distinguía hasta casi al nivel de los caballeros de la alta nobleza.

Durante ese tiempo, tanto Francesc como su escudero se habían convertido en dos veteranos combatientes. A ambos se les respetaba, cada cual en su medio; al joven *cavaller*, por su prudencia, sus modales, que no desentonarían de hallarse en la corte; a Tomás, por aquel su carácter introvertido, pero justo y leal con sus compañeros; a ambos, por su denuedo, por su arrojo, por cómo enfrentaban al enemigo, de lo que ya dieron las mejores pruebas en aquellas jornadas de Beniarbá.

Tomás había comentado a su amo un día, con una expresión en el rostro de evidente perplejidad, casi molestia, tras la conquista de Valencia:

—Lástima que no acude ningún santo en nuestra ayuda cuando estamos en peligro, y sí a otros. ¿Tal vez es que sean preferidos del cielo?

Hablaban sobre el famoso asedio del rey a la fortaleza de El Puig, donde, según contaban, se obraron prodigios que rápidamente se difundieron entre la tropa, como la milagrosa patada del caballo de don Jaime, que hizo manar una fuente; o la batalla final, donde cuarenta mil sarracenos atacaron a las escasas fuerzas cristianas, y gracias a la inesperada ayuda del propio san Jorge, que se apareció a caballo luciendo una gran cruz roja en el pecho, la victoria fue para los defensores de la fe de Cristo.

Francesc hizo un gesto de confusión:

—No me atrevería a dudar de esos milagros, aunque en algún momento la cabeza me guió el pensamiento a lo contrario, Dios me perdone. Lo que no puedo creerme es cuanto corre sobre los de Beniarbá, que eso sí lo vivimos... Y por cierto que hay rumores de cierto malestar en el rey, pues que a él le ayudó un santo, aun siendo el bendito san Jorge, en tanto Dalmau recibió el auxilio de la mismísima Santa María. —Luego, queriendo atajar lo que tomaba visos de una confianza rayana en la blasfemia, le riñó riendo—: Pero ¿cómo osas hacer burla del favor de los santos? —Y a seguido, volviendo a su seriedad—: Aunque confío no haya de estar nunca tan en grave peligro que necesite la intervención de alguno para mi socorro, si bien, no dejo de invocarlos cada vez. —Se persignó devotamente al hablar.

—Opino igual, pero a veces...

Independientemente de que habían crecido juntos, de su intimidad al quedar el siervo como criado directo del *hereu*, la guerra, lejos del señorío, de privilegios y apoyos para el uno, de familiares y amigos para los dos, obligándoles a valerse por sí mismos en medio de toda clase de dificultades y peligros, había estrechado la mutua confianza. Ambos se habían descubierto y confesado recíprocamente que amaban aquella vida: avanzar buscando lo desconocido, conocer lugares y gente distintas; el combate, exponer la existencia en cada encuentro y sentir como una especie de placentero escalofrío que era el miedo al enfrentar al enemigo; y entregarse a aquella especie de juego mortal donde se encaraban las habilidades de cada contendiente, su fortaleza, perdida toda consciencia de lo que se era para transformarse en un ser distinto, con la mente funcionando como algo ajeno, en busca de adivinar las intenciones del contrario; luchar con todas sus fuerzas hasta casi el agotamiento... Y luego, masticar la victoria, llenarse de un orgullo que no tenía parangón con ninguna otra satisfacción... Todo esto suponía una sucesión de emociones difícilmente explicables.

Cada uno miraba al futuro de distinto modo. En Tomás no había sino saberse fuera de su condición de campesino al que un albur sacó de la rutina de un trabajo para el que venía destinado desde generaciones, sin más porvenir que un día buscar moza en cualquiera de las aldeas del señorío, casarse y tener unos hijos que repetirían la misma historia de sus ancestros, lo que ya continuaría exactamente igual, con toda certeza, hasta el fin de los tiempos. Pero ahora todo había cambiado. Se sentía otro;

en comportamiento, en saber, en experiencias. Fuera de lo que le ocupaba el presente, por su cabeza no había rondado cómo sería el porvenir.

Para Francesc era distinto. El joven caballero aspiraba a subir, a escalar cimas que le permitieran un día ofrecer a su padre el fruto de sus enseñanzas; fruto que habría de ser, naturalmente, material: nuevas tierras, honores, y ya que no le cupo en suerte ninguna de las dos mil casas tomadas como parte del botín a los moros valencianos que optaron por exiliarse, repartidas por don Jaime entre sus seguidores —esto lo comentaban todos y cada uno de los jóvenes caballeros, ocultando burlescamente una desilusión más que anunciada—, confiaba en que al menos más adelante podría ver recompensados sus esfuerzos.

El joven de Malpás planteó un día a su escudero si no le ilusionaría establecerse en el venturoso país que estaban conquistando. Ésa podía ser una excelente ocasión de mejorar y cambiar de vida, porque a medida que se ganaban nuevas tierras crecían las posibilidades de obtener una parcela en aquel bendito suelo que la Providencia ponía en manos de sus libertadores, y esto con todas las ayudas y plácemes de la administración real, dado que en el país seguirían viviendo sus habitantes sarracenos y esto, a no largo plazo, habría de imponer una política de repoblación con cristianos. Francesc estaba seguro de que su padre no pondría impedimentos para acceder a esta mudanza.

Tomás se quedó pensativo y dijo que lo estudiaría. Dos días más tarde se hallaban al pie de aquella gran ciudad cuyas murallas parecieron a todos las más poderosas y extensas jamás vistas.

El lugar señalado por el gerundense gozaba de una fama que ya había llegado a oídos de sus hombres, lo que incentivaba a la tropa, porque cualquiera podría obtener beneficios muy por encima de los saqueos efectuados en cualquiera de los caseríos y aldeas que llevaban recorridos. La gente, siguiendo la inveterada costumbre española de no esforzarse en pronunciar debidamente los nombres indígenas, rebautizó inmediatamente a Medina Xateva y la llamó Játiva.

Llegados a las inmediaciones de la ciudad frente a la que la hueste real se encontraba acampada, acomodose la fuerza junto a los otros, y aquella misma noche los adalides de cada mesnada acudieron para cenar con don Jaime y sus lugartenientes, asesores, clérigos, nobles y otros magnates, donde se discutieron diversos planes con vistas a rendir la ciudad. De aquella velada salió el acuerdo de establecer el sitio.

A la mañana siguiente la hueste formó en gran parada, animada con el ondear de banderas y el acompañamiento de la música, de modo que desde el primer adalid al último peón pudieron disfrutar vitoreando al rey, el cual revistó a todos y desfiló rodeado de su habitual séquito de obispos, nobles, caballeros y hombres de armas, llevando, como de costumbre, su maravillosa cruz de alabastro y plata; a su lado,

cabalgando en bella jaca, su inseparable y hermosa doña Berenguela Alfonso. Aquella visión enardecía los ánimos, y Tomás pensó que ninguna regalada existencia de huertano rodeado de infieles podría ni compararse a la excitante vida militar. Así se lo manifestó a su amo, el cual pareció sentirse bien satisfecho de la respuesta.

Pero lo cierto era que Medina Xateva, o Játiva, no iba a ser una presa fácil. Esto se vio inmediatamente, dado que la ciudad, edificada en la cima de un monte de difícil acceso, estaba defendida por un sólido recinto de murallas y torres, y tampoco cabía duda de que se hallaba bien pertrechada, tanto de guerreros como en vituallas.

A los pocos días de iniciarse el cerco recibió don Jaime la visita del prelado Vidal Canelles, obispo de Huesca. Esto no hubiera tenido más importancia para los de Malpás, ya que el ilustre personaje venía acompañando al rey en aquella guerra, y lo único que se comentó entre los caballeros fueron sus —al parecer— infinitos conocimientos; estaba reconocido como eminente jurista y encargado, se decía, de dar sus fueros al nuevo reino que se estaba conquistando.

Con el séquito del ordinario oscense venía un hombre de su confianza, letrado, caballero de la orden de San Jorge de Alfama, frey Bertrán Barrau, pariente en tercer o cuarto grado de un miembro del contingente de la baronía de Mataplana, el *cavaller* Guilerm Barrau. Frey Bertrán, sabedor de la presencia de su deudo en una de las mesnadas, manifestó deseos de recibir su visita. Y de parte de lo que conversaron, Guilerm Barrau hizo sus confidencias a su amigo Francesc, el cual más tarde lo comunicó a su escudero.

Según contara el freire a su familiar, la situación al otro lado de los Pirineos, en el Languedoc, seguía casi tan candente como cuando muchos años atrás chocaron las apetencias e intereses de la monarquía francesa, aliada con el papado, en contra de los condes occitanos. Tratados y acuerdos no habían solucionado definitivamente la cuestión, porque en todo el país, desde la nobleza al último campesino, latía el sentimiento de su pérdida independencia; esto, desgraciadamente, muy ligado también a la herejía cátara, causa —o pretexto— para aquella nunca olvidada intervención de los caballeros del norte, enrolados en lo que se declaró cruzada y que ni mucho menos fue ahogada.

A pesar del tiempo transcurrido, todavía muchos condes, vizcondes y *castellans* de la baja nobleza languedociana recordaban los vínculos que habían unido a su país con la corona de Aragón, y muchas críticas, bastante acerbadas, se vertían hacia la persona del rey don Jaime, a quien consideraban infiel a la política transpirenaica de su malogrado padre, muerto valientemente mientras defendía, precisamente, una postura de la que ahora su sucesor se había desentendido por completo, dedicando sus esfuerzos a ampliar fronteras a costa de los reinos musulmanes.

Dado que la rebeldía, los encuentros, la larvada guerra, no habían cesado durante tantos años, ahora, contra las intenciones del jovencísimo rey francés, Luis Nono, estaba llegando un momento en que definitivamente iba a jugarse el futuro libre de todo aquel país. Por ello el conde de Foix, el vizconde de Narbona y muchos

componentes de la alta y la baja nobleza, junto con la gran mayoría de los habitantes de la región, a cuyo frente se situaba el siempre enérgico, inasequible al desaliento, Raimundo, séptimo conde de Tolosa, buscaban el momento de recuperar sus libertades y desengancharse del vasallaje francés.

—Por lo que me cuenta el caballero Guilerm, tratan de engrosar sus fuerzas y llaman a todo el que se preste a combatir bajo sus banderas. Piensan que si consiguen levantar al país en contra de los franceses, el mismo *en* Jaume se verá obligado a intervenir, pues los pactos de señorío no se rompieron nunca.

Francesc estaba acostumbrado, desde la infancia, a tratar a su escudero más como amigo y confidente que como a servidor, postura que, a diferencia de lo que era habitual en otros, no varió con los años. Ahora se permitió confiarle sus opiniones, contándole cómo ya algunos de sus compañeros estarían tan dispuestos como él para cambiar sus destinos, pues se les presentaba una ocasión que enardecía el espíritu guerrero de todos. Porque los jóvenes caballeros contaban bastante poco dentro del aparato de la burocracia real y sus influencias, siendo apenas unas figuras desvanecidas ante personajes y nombres que gozaban de unos privilegios que ellos no disfrutaban y que quizá no llegarían a disfrutar jamás si no les acompañaba un golpe de suerte. ¡Y el tiempo pasaba tan aprisa!

—Así, señor, entiendo que te propones mudar de camino. ¿Quiere eso decir que iríamos a la guerra contra el rey de Francia?

—En efecto.

—Me gustaría —contestó simplemente el mozo.

Don Jaime se vio obligado a renunciar a Játiva. Era uno de los objetivos más difíciles de cuantos tropezara en su campaña, por lo que se decidió a abandonar e invadir el emirato de Denia. La víspera del levantamiento del campo, Pere Dalmau habló con el lugarteniente del rey, Pedro Carrós, para comunicarle que ocho caballeros de la mesnada y sus escuderos y criados solicitaban licencia para regresar a Cataluña.

Cuando los que abandonaban fueron a despedirse del adalid, éste tuvo corteses palabras para todos; sus éxitos y su popularidad parecían haber obrado el milagro de convertirlo en un hombre casi afable.

Al llegar el turno a Francesc de Malpás, luego de los cumplidos, le preguntó:

—¿Qué se ha hecho de vuestro escudero? Hacedle venir, os ruego.

El joven llamó a Tomás, quien entrado en la tienda saludó respetuosamente al que hasta ahora había sido su comandante. Dalmau le acogió de un modo insólito, asombrando a los circunstantes cuando vieron al orgulloso mesnadero invitar al muchacho para que se acercase:

—¿Cuál es tu nombre, hijo? —Y sin duda lo sabía.

—Me llamo Tomás, señor.

—¿Tomás? Es nombre poco frecuente a mis oídos —casi bromeó.

—Es el nombre de un santo apóstol de Nuestro Señor, señor.

—Lo sé, Tomás, lo sé... —Luego—: Te he llamado porque éste era mi deseo, que si durante tanto tiempo no me he preocupado de ti, tal vez pensaste que mi memoria sea flaca, o que no sé valorar a los hombres, y nada más lejos de la verdad.

Seguidamente se refirió, dirigiéndose a cuantos se hallaban en el recinto —ninguno de los presentes ignoraba el hecho—, al episodio que tuvo lugar en Beniarbá, cuando el ataque de los caballeros moros estuvo a punto de hacerle morir, estorbado por la oportuna intervención del joven escudero.

—Supe desde un principio que salvaste mi vida y nunca te di las gracias, pues si es deber de todo combatiente, y sé que tú eres de los mejores, el defender la vida de su señor a costa de la propia, no quiero que guardes de mí el recuerdo de hombre desagradecido. Toma. —Le entregó una bolsa donde se adivinaba una cantidad de dinero—. Y ahora, acompáñame.

Salieron todos fuera. Tras la tienda del mesnadero, uno de sus criados sostenía por la brida a un hermoso ejemplar de caballo, un alazán de buena alzada, luciendo guarnicionería mora y una silla de jineta hecha en cuero moruno. Todos reconocieron a uno de los ejemplares capturados en Beniarbá, sin duda de los más bellos y mejor enjaezados.

—Acepta este regalo. Que cuantas leguas que con él cabalgues te conduzcan siempre a los mejores destinos.

Tomás no cabía en sí de la sorpresa. Emocionado, hincó una rodilla en tierra y besó respetuoso la mano al adalid sin pronunciar palabra; porque se había quedado mudo de asombro por cuanto estaba ocurriendo, donde su humilde persona era la que protagonizaba la escena, haciendo que la timidez le enrojeciera el rostro. Al mismo tiempo sentía la satisfacción del maravilloso regalo: sus ojos iban atolondrados de los sonrientes —y también envidiosos, y sorprendidos— rostros de unos y otros, para fijarlos luego en la bella estampa de aquel animal que era ya suyo...

Abandonó la partida el campamento. Tenían sobradamente ganada la cruzada de la bula concedida por el papa para aquella guerra: «Otórgote plenaria indulgencia y remisión cumplida de todos tus pecados, ahora y en cualquier tiempo confesados, olvidados o ignorados, y de las penas que por ellos eras obligado a padecer en el Purgatorio».

Lo cual era bastante reconfortante para sus conciencias.

X

Quando a su vuelta de la guerra de Valencia Francesc de Malpás visitó a su padre, se llenó de sorpresa al encontrar al *cavaller* postrado en el lecho, ajeno a cuanto sucedía a su alrededor, sin otra compañía que la de dos buenos monjes de Ripoll dedicados a preparar su alma para recibir a Dios.

No estaba enfermo, no padecía ningún mal —al menos, visible—, pero de repente sintió que nada le importaba ya del mundo: familia, intereses, amigos ni cuanto de siempre fueron motivos para una constante actividad, un buen día dejaron de preocuparle; y entonces se le ocurrió que sin duda y repentinamente había llegado a la extrema vejez, aunque no era aún ni sexagenario. Presintiendo que el final de sus días le rondaba ya cerca, obró como mandaba la costumbre: meterse en cama y esperar resignado la llegada de la muerte, sumido en un ensimismamiento del que a duras penas lograban sacarle los religiosos con sus pías conversaciones, al tiempo que con su esfuerzo conseguían despertar su interés y con ello que no muriese de inanición, alimentándose gracias a la insistencia de los frailes, ternes en que su deber era hacer reflexión sobre su vida y pedir al cielo el perdón de sus pecados. En ningún momento quiso recibir la visita del curandero, de algún físico enviado por la baronía de Mataplana, ni a nadie —tal como repitió a los suyos desde el primer momento— que osara contradecir la voluntad del Señor, que en su opinión había decidido llamarle a su seno.

Escuchó con cierta curiosidad los relatos que le hizo su hijo sobre todo aquel tiempo de lejanía entregado a la lucha contra el moro, y hasta pareció sentirse satisfecho con cuanto le contaba. Desde su postración hablaba poco, y esta vez tan solo musitó:

—Cierto que cuanto dices es lo que esperaba de ti.

Con tan tristes perspectivas y en la certeza de que ya nunca más volvería a ver a su padre, Francesc se despidió con su bendición y la de su llorosa madre.

Por su parte, Tomás tuvo menos contratiempos. Su gente le acogió con una mezcla de sentimientos entre la sorpresa, la admiración, la curiosidad y el recelo; en la mentalidad de los suyos era un ser que pertenecía ya a otro orden en aquella sociedad, dado que un hijo crecido prácticamente junto a los señores, que ahora venía de la guerra, con un aspecto, un habla, unas experiencias tan ajenas a lo que constituían las costumbres de Malpás, unido a su próxima partida hacia otros países lejanos, no podría guardar mucha semejanza con padres, hermanos y parientes. Y con la bendición paterna, esta vez jinete sobre aquel hermoso animal con que le obsequiara *en Dalmau*, capaz por su sola presencia de despertar la admiración de

ambos, juntose a su amo y ambos partieron a reunirse con los demás, citados en Puigcerdà.

No es que al otro lado de los límites del reino las cosas sucediesen, comparando situaciones y sistemas, de modo muy distinto a lo que el grupo de catalano-aragoneses había dejado a sus espaldas. Lo más notable estaba en que ellos venían de una tierra que, a diferencia del resto de Europa, estaba repartida entre gente que creía en un verdadero Dios que envió a su único hijo, Jesucristo, a redimir al género humano, y otros que vivían inmersos en el error de unas falsas doctrinas.

En todo aquel país de la antigua Occitania, el recuerdo de la invasión musulmana, quinientos años atrás, apenas si dejó alguna huella, por lo que los relatos de los caballeros españoles despertaban a veces en muchos de sus habitantes —los más enclaustrados, los más ajenos a cuanto no fuese su rutinario vivir de cada día— una especie de curiosa fascinación cuando les oían contar sobre aquellas feraces tierras del mediodía donde reinaban unos hombres sobre una multitud de súbditos de otra raza, con otras costumbres, fieles a otra religión... Un mundo completamente diferente a lo que era común y universalmente aceptado en casi toda la cristiandad. En ocasiones se encontraron con gente que les habló de algún caballero del lugar, algún segundón, o un miembro de la baja nobleza, de quienes se decía que andaban en la guerra contra los mahometanos, que muchos confundían con alguna cruzada y el rescate de los Santos Lugares.

Los viajeros contaban entonces de su participación en este continuo batallar, de sus lances y aventuras y del compromiso contraído por cada una de las monarquías hispanas, cuyo primordial objeto era el de ir conquistando territorio a aquel enemigo de la doctrina de Cristo y ponerlo bajo la potestad de la Santa Iglesia de Roma; y aclaraban seguidamente, para no crear confusión ni culparse de mentir por omisión, que tan piadosos afanes no significaban que entre unos reinos y otros no abundasen las naturales querellas y conflictos, y los enfrentamientos y rivalidades entre barones y condes, por ejemplo, y entre la baja nobleza, y en las ciudades, y entre parientes y vecinos, como sucedía, ciertamente, en todo el continente, quizá desde tiempo inmemorial.

Así lo comentaban una noche en que disfrutaron de la hospitalidad del señor de La Quillane, familiar de frey Bertrán Barrau; éste, al indicar a sus reclutados el itinerario a seguir en su proyecto de unirse a los rebeldes contra el monarca francés, no había omitido señalarles, cuando había posibilidad, los puntos en que serían acogidos como amigos por personajes que, sin duda, estarían dentro de la conspiración. El anfitrión, hombre alejado de aventuras desde hacía ya años, que llevaba una vida de aislamiento casi total entre masas de fresnos y abetos, luego de meditar las palabras de sus huéspedes opinó —y todos reconocieron que bien sabiamente— que si el sarraceno poseía tierras, riquezas y mucho de todo lo que

ambiciona el hombre, en verdad que no había necesidad de matarse entre cristianos; y lamentó que en la vieja Occitania no hubiesen quedado moros en quienes desahogar intenciones y a los que arrebatar lo que en buena ley habría de ser patrimonio de los que creían en el Dios verdadero. Esto, por contra a las inacabables tensiones que parecía que sacudiesen al mundo entero, donde por un lado estaban las pugnas del reino de Francia con sus vecinos ingleses y la nobleza del sur; o los conflictos que enfrentaban a otros reinos, en los países de más allá del Ródano, que le habían dicho incluso de una sorda guerra a la que no se veía final, entre el emperador Federico y el papado... todo esto, sin hacer cuenta de la gran preocupación que para la cristiandad toda suponía la angustiada necesidad de liberar la Tierra Santa, que luego de siglo y medio de organizar cruzadas con tal fin —ya se habían llevado a cabo seis—, nunca se llegó a la culminación definitiva que estaba en el anhelo de todo buen creyente.

Opiniones del mismo tenor las oyeron en varias ocasiones, en tanto continuaban su marcha en busca del lugar donde, según las instrucciones recibidas, al parecer, se les esperaba.

En ocasiones, sobre todo al disfrutar el descanso de la acampada, se entretenían en largas conversaciones, por lo común refiriéndose al motivo de su aventura, o a recordar la inacabable serie de incidencias acaecidas durante su reciente batallar, donde afluían los nombres de tantos compañeros caídos en combate.

—Recuerdo un maldito día en que Joan, el de Vic...

—Y aquel borgoñón tan gallito... ¿Cuál era su nombre? Estaba loco, seguro... Que lo mató una flecha, tan tontamente... ¿Recordáis?

Pero no era precisamente con palabras y frases elegiacas, sino con admiración, con afecto y hasta con un punto de envidia, que rememoraban la gallardía, el valor de algunos de los compañeros muertos en los habituales alardes de —con harta lamentable frecuencia— insensato arrojo de unos y otros, fruto de una mezcla de la acostumbrada indisciplina, y el orgullo, y la inexperiencia. Y la mala suerte.

—Sí hay algo que hace que me sienta extraño a cuanto hasta ahora imaginé, y es que vamos a una guerra donde el enemigo ya no son infieles, sino cristianos como nosotros. Y esto tampoco sería para dar sobresalto. Pero es que buscamos de apoyar precisamente a herejes y a quienes defienden a herejes... ¿No nos ponemos contra el mismo Dios al ir contra su Santa Iglesia?

Era, en electo, inquietante, en cierto modo. Tras un silencio, alguien aventuró:

—Sé firmemente que ir contra moros y matarlos es bien visto a ojos de nuestra Madre la Iglesia, y por tanto también ha de serlo a Nuestro Señor, pues que matamos a sus propios enemigos, cosa que tengo sabida de siempre, que así lo oí al capellán de mi casa, y a mi padre, y a todos. Pero es cierto que ahora...

Terció alguien para poner fin a las dudas:

—Descargad vuestras conciencias, pues que ciertamente la gente con la que vamos a juntarnos debe de ser cristiana, sin duda... Y católicos, como nosotros... Y si entre medio hay algún hereje, ¿pues qué más da? ¿Acaso no nos aliamos más de

una vez con moros para ir contra cristianos? ¡Dejaos de charla y durmamos ya, que la fatiga me pesa, y oír vuestros reconcomios de viejas me produce el mayor fastidio!

De este modo desenfadado hacían camino, bromeando casi todo el tiempo, porque en verdad, a ninguno preocupaba mucho entrar en detalles sobre casi nada. Estaban viviendo lo que su naturaleza les pedía, es decir, la posibilidad de la aventura, del gesto heroico, del lucimiento personal en algún insólito acontecimiento que pusiera a prueba la rectitud de sus ideales caballerescos y la fortaleza y destreza de sus aptitudes guerreras. Sus impacencias se basaban fundamentalmente en esta inquietud que les pedía el cuerpo: la acción. El solo hecho de cambiar sus hábitos —ya sabían qué cosa era guerrear contra el moro; se imponían, pues, nuevas experiencias—; viajar a través de aquel desconocido país, descubrir las costumbres de otras gentes y, sobre todo, la incógnita a la vuelta de cualquier recodo del camino, colmaba en parte sus deseos de enfrentar lo inesperado, lo sorprendente, lo nuevo.

Después de cruzar las fronteras del reino de Aragón a través de angostos desfiladeros, salvando caudalosos torrentes, protegiéndose de toda suerte de fieras — osos, lobos, jabalíes; alguno de éstos, bien recibido para satisfacción de los estómagos de la comitiva—, seguían por los difíciles caminos que bordeaban un río salvaje al que los naturales llamaban Aude. Durante aquellos días, recorriendo tierras tan inseguras como cualquier otra, no habían faltado los incidentes al uso y los peligros, tan frecuentes para todo el que se aventuraba a los caminos. Entre los muchos lances, unos cómicos, otros dramáticos, habían tenido que defenderse de una cuadrilla de audaces bandoleros que les atacó cuando circulaban por la garganta de Carcanières; habían repartido golpes y estocadas en diversas ocasiones sobre los servidores de algún señor, apostados para cobrar a un precio caprichoso el peaje de un puente, de un paso; y siempre fiados en las confidencias hechas a Guilerm, seguían la marcha, pernoctando en bosques o al pie de montañas, padeciendo las imprevistas tormentas de aquel verano tórrido y el crudo frío de las alturas cuando no conseguían hallar albergue donde disfrutar la hospitalidad de algún castellano — siempre, enemigos del francés—, algún señor afincado entre campos de cereal o pastizales, con los que, cuando se producía, iban enterándose de cuanto estaba ocurriendo en el país.

Confirmando lo que ya más o menos conocían, la situación en todos y cada uno de los antiguos condados occitanos continuaba viviendo prácticamente las mismas tensiones que cuando se desencadenaron los primeros conflictos, cuarenta años atrás; una y otra vez escuchaban la ya sabida historia, narrada por unos con rencor, por otros con la pasividad del que no se siente afectado. Entonces el motivo fue la extensión de aquella herejía que como mancha de aceite cada vez abarcaba más espacio, la de los cátaros, también llamados albigenses desde que sesenta años atrás —en el mil ciento setenta y seis— fueron condenados en el concilio de Albi. Perseguidos por Roma en todos los países donde hicieron irrupción, exterminados en la mayoría de ellos, habían encontrado benevolencia y acomodo particularmente en el

Languedoc, donde señores y habitantes de las ciudades, así como muchos servidores de la catolicidad —abades, canónigos, párrocos e incluso algún obispo— cayeron en la confusión de la execrable secta. Fue entonces cuando el papado, advirtiendo con alarma la cada vez más peligrosa situación, que lo ponía al borde de un tremendo cisma, pidió a los fieles su apoyo; se predicó una cruzada y se creó un formidable ejército dirigido por los señores del Norte y muchos altos dignatarios de la Iglesia de Francia, llevando la guerra con la crueldad y la barbarie que se estimaron necesarios para eliminar definitivamente a todo partidario del error. Los pasivos protectores de los herejes fueron, muertos unos, encarcelados otros, y despojados de sus Estados o sometidos a las exigencias de los ejércitos triunfantes, todos. Luego se impuso un acuerdo para finalizar la contienda, firmado en Meaux, donde triunfaron las tesis más intransigentes de la Iglesia, con el establecimiento de la inquisición dominicana en detrimento de los tribunales arzobispales; pero sobre todo ganó la corona de Francia, cuyos límites se ampliaban por el sur, frenando así los viejos afanes expansionistas del reino de Aragón.

Sin embargo, la nueva situación creada no se mantenía, pese a los años transcurridos, sino por el poder de las armas y el temor; porque desde el primer momento, tanto la nobleza como el pueblo se dedicaron a manifestar una tenaz resistencia en contra de todas las imposiciones del invasor: los condes, rebeldes a los acuerdos, soñaban con volver a su perdida independencia, ternes en la reivindicación de sus fueros y libertades; gran parte de la Iglesia episcopal, llena de rencor y malquerencia al verse relegada por el predominio de las Ordenes mendicantes; burgueses y hombres de las ciudades, en permanente renegar contra cada disposición impuesta por la Iglesia y apoyada por el Estado, que estorbaba sus economías y sus procedimientos mercantiles. Tan sólo los campesinos siguieron en su vivir ancestral, consultando diariamente el cielo y explotando sus tierras, ocultando cosechas y distrayendo diezmos. En cuanto a la gente de abajo, la plebe, hizo como siempre: aceptar las cosas, unos con indiferencia, otros con humor si podían llenar el estómago; rebelde y malhumorada si escaseaba la pitanza.

Ciertamente, lo que en verdad imperaba era el miedo. Los herejes se dedicaron a esconder su sectarismo, y los verdaderos católicos a demostrar con toda claridad que lo eran; porque para todos existía una amenaza, y eran los tribunales de la Santa Inquisición. Cualquiera podía verse, con fundamento o sin él —la denuncia de un vecino, de un pariente—, llamado a declarar ante el juez. En el mejor de los casos todo quedaba en un susto pasajero lindando con el terror, que podía alargarse lo que mandara el proceso; pero para otros significaba, simplemente, la prisión, temporal o de por vida, y para muchos, la hoguera.

Pero la rebeldía no cesó en ningún momento: incidentes callejeros, protestas ciudadanas, abucheos y expulsiones de frailes, rechazo a declarar ante los tribunales, ocultación de herejes y negativa a pagar los diezmos; ésta, sin duda, era una de las cuestiones más perseguidas, que Roma vinculaba bastante estrechamente la defensa

de su doctrina y la de sus intereses económicos, tan celosamente defendidos a lo largo de los siglos.

Y los incidentes armados. Porque nadie había aceptado de buena fe el sometimiento a la monarquía francesa, bajo el cetro, desde hacía cuatro años, de Luis Nono, joven de una espiritualidad y unos sentimientos religiosos dignos de todas las alabanzas; educado por su madre, la reina Blanca de Castilla, mujer de una entereza admirable que anteponía, por encima de todo, cuanto emanaba de las santas prescripciones de la religión —llegó a proclamar que prefería ver a su hijo muerto antes que en pecado mortal—, el rey no había dudado en seguir la política de su difunto padre en cuanto a las tierras del sur, manteniendo la vigencia del Tratado de Meaux. Y como quiera que ninguno de los condes independientes había aceptado sino por la fuerza esta imposición, seguía una resistencia sorda en todo el país occitano, pese a la proliferación de excomuniones repartidas por la Iglesia.

Una de aquellas tardes, llegados a la entrada de un angosto valle al fondo del cual se descubría una población, pareció que aquél sería el punto de su destino. Para salir de dudas acercose un criado hasta donde había unos campesinos, y así supieron que la villa se llamaba Alet, y si buscaban las tierras de La Mothe habrían de seguir camino hacia unas colinas que se divisaban cerrando el horizonte. Y así lo hicieron.

De este modo fueron a parar hasta una sólida construcción de piedra y madera, edificada en medio de campos de labor y bosques; luego supieron que aquellas tierras habían sido alodio de una familia de caballeros rurales durante generaciones, hasta que el último descendiente, quizá contagiado de los acontecimientos, se llenó del afán de aventuras; unas inquietudes, un deseo de emular a sus vecinos de la baja nobleza que le llevaron a emprender costosas acciones de guerra. Empeñado en préstamos que cada vez debilitaban más su economía, llegó un momento en que ya no cabía prolongar más las hipotecas de casas y tierras. Su principal acreedor era un hombre del Rosellón aragonés, Pere Alvers, perteneciente a aquella élite de ciudadanos que se llamaba la *màmitjana*; una clase media cada vez más pujante, casi equiparada a muchos sonoros nombres de la nobleza y aun superior, porque si ambos estamentos eran dueños de haciendas, estos mañosos negociantes cuya reputación se conocía en cada uno de los emporios del Mediterráneo tenían, además, capital.

Pere Alvers había dedicado muchos años al riesgo de las actividades mercantiles; luego, prudentemente, abandonó las empresas marítimas, las inversiones en la compra de mercancías ultramarinas y cuanto suponía exponerse a la aventura —piratas, naufragios, saqueos.

Para entonces su negocio era la banca —*taula*—, dedicada al cambio de cuanta moneda circulaba por la Confederación debido al cada vez más creciente comercio exterior, y al préstamo, condenado por la Iglesia al considerarlo usurario, de lo que él acostumbraba a defenderse recordando, en confianzuda burla, al que podía estimarse

como el primer banquero de la Iglesia, luego papa Calixto Primero, del que bien dignamente se diferenciaba por su reconocida honestidad, tan diferente a la de aquel pontífice señalado con el estigma del estafador.

El *canviador* Alvers solucionó los problemas de Joan La Mothe de forma que a ambos pareció acertada, y sin duda que su propuesta no la hizo por puro altruismo, sino buscando el acomodo de las partes: renunciaba a ejecutar los préstamos, permitiendo el disfrute y la explotación de sus —ahora— propiedades hasta el final de los días del arruinado caballero, y por el contrario firmó el compromiso de desposar a su hijo Arnaud con la hija única de su deudor, la joven Aurembiaix. Matrimonio que hubo de retrasarse tres años, dado que el mozo se encontraba combatiendo en Egipto, cruzado contra los musulmanes en aquel quinto fracaso de la cristiandad empeñada en humillar el poderío mahometano. De este modo y conforme pasó el tiempo, todo fue de los Alvers-La Mothe.

El matrimonio del hijo del prestamista con la hija del insensato caballero no constituyó algo anómalo por aquellos días, cuando los arruinados nobles casaban con las hijas de los mercaderes, desechando prejuicios en busca de disfrutar todos los lujos que el progreso ponía al alcance de quienes podían pagarlos. Con esto se cumplían los vaticinios que casi medio siglo atrás pronunciara Andrés Agnelo, arzobispo de Rávena: «Los esclavos contraerán matrimonio con las hijas de su señor; de los que han nacido de la impureza saldrán los jueces y caudillos militares que cambiarán el mundo».

El hombre que acogió a la pequeña tropa de catalano-aragoneses, el hijo del cambista Alvers —que apenas abandonadas sus aventuras en Oriente no hizo sino acrecentar la fortuna y los negocios de su progenitor— se apareció como un personaje afable, de maneras caballerescas, que recibió a sus visitantes con todos los honores. En cuanto llegaron los hispanos dio muestras de una hospitalidad exquisita, lo que en cierto modo chocaba con las rudas maneras y la tosquedad de la mayoría de sus invitados, todavía inmersos en los hábitos de su reciente etapa de combatientes.

Aquella noche ya tuvieron una larga velada, donde el anfitrión informó a los recién llegados sobre la situación. Según contara, todo el país estaba en franca rebeldía, ansioso de expulsar a los franceses ocupantes de sus tierras, si bien existía una especial animadversión contra los clérigos en general y contra los inquisidores dominicos en particular, a los que el pueblo culpaba de todos sus males. Así, el Languedoc bullía de rumores, unos en torno a la persona del ambiguo conde de Tolosa, que de cuando en cuando ordenaba prender a algún hereje y lo mandaba a la hoguera, en tanto que los que le conocían bien sabían de sus ocultas intenciones para llamar a la sublevación; otras veces corría la noticia de que el rey Jaime de Aragón, fiel a la política de su padre, pronto intervendría para recuperar el vasallaje de los condados ocupados; el tercer personaje y quizás el más importante era el emperador

Federico, el cual, cada vez más distanciado de Roma, se preparaba para invadir el reino de Francia y así liberar a la Occitania; y finalmente estaba el rey de Inglaterra, Enrique Tercero, en permanente estado de guerra contra la monarquía francesa, al igual que sus antecesores, quien sin duda habría de romper muy pronto las hostilidades en defensa de sus posesiones en el continente.

Lo que sorprendió a los visitantes fue conocer que el levantamiento ya estaba en marcha, pero que quien lo encabezaba no era ninguno de los antiguos poderosos barones del país de Oc:

—Es Raymond Trencavel, que nunca dejó de titularse vizconde de Béziers, de Albi, de Razés y de Carcasona. Y somos muchos los que le apoyamos, y muchos más los que están dispuestos a unírseles. Así lo han prometido y en ello confiamos.

Uno de los catalanes apuntó:

—El vizconde Trencavel ha estado mucho tiempo en tierras de Aragón, huésped del rey don Jaime.

—Cierto. Allí buscó protección contra sus enemigos y contra los asesinos de su padre.

—¿Dónde se encuentra, pues, ahora?

—Está aquí, y posible sea que esta misma semana tengamos un encuentro con él y con otros caballeros para estudiar nuestros planes. Porque lo que se ha dispuesto es de ir a la conquista de Carcasona.

Luego abundó en informaciones, complacido de contar a los nuevos aliados cuál era la situación y las esperanzas que abrigaba de dar un final feliz a sus proyectos, que según sus palabras parecían ser los de toda la comarca. Ya un gran número de villas y ciudades se habían declarado abiertamente por las justas reivindicaciones del vizconde; así, Laurac, Saissac, Montolieu, Montreal, la muy importante y vecina Limoux... Un verdadero cerco de poblaciones aliadas en torno a Carcasona.

—Y con Carcasona y toda la región de nuevo bajo su legítimo dueño, no tardarán en unírseles el de Foix, y el de Commiges... Y quién sabe si hasta podríamos recibir la ayuda de nuestro *en* Jaume, que ciertamente no sería aquí un extranjero, como no lo fuera en el pasado su malogrado padre.

No estaría el futuro tan claro como lo pintaba el anfitrión, o era el tal hombre precavido, ya que un mes antes había enviado a la familia —su mujer, sus hijas, algunos criados, algunos bienes— a residir en sus tierras del Rosellón, cerca de una ciudad llamada Elna, donde aguardarían el resultado de todo lo que se preparaba y que muy pronto habría de conmover a todo el Mediodía de una punta a la otra.

A la vista de tales argumentos y entusiasmo, no había dejado de parecer extraño a los hispanos que una persona de su clase, manifiestamente acaudalada, mostrara tanta entrega a la rebelión, con todo cuando ésta entrañaba de incertidumbre, de riesgo incluso de la vida. Luego supieron la explicación, basada, al parecer, en la mediación con que la Iglesia, imponiendo su sabia doctrina, enseñó y guió siempre a los pueblos por el recto camino de las Leyes Divinas; Leyes que ahora se hallaban reguladas por

las severas interpretaciones que de ellas hacían los Tribunales de la Inquisición, y que en cuanto a la actividad de mercaderes y negociantes se aparecían llenas de prohibiciones, de molesta fiscalización; sobre todo, aquella su tenaz insistencia por condenar los préstamos que banqueros e inversionistas proporcionaban a los que eran capaces de arriesgarse dentro del complejo mundo de las operaciones mercantiles, lo que había dado lugar a un creciente movimiento de oposición por parte de aquella cada vez más vigorosa clase que era la burguesía, cuya actividad hiciera prosperar y crecer no sólo a los habitantes de las ciudades, sino a todo el país. Esta censura estaba produciendo un continuo empobrecimiento, un retroceso en los intercambios comerciales y la emigración de mucha gente, más la escasez de mano de obra, tanto en el campo como en la industria. Por eso la *màmitjana* apoyaba la decisión de unos rebeldes que podían restituir el sistema de libertades anterior a la influencia francesa sostenida por el clero.

Aquel mismo día los hispanos conocieron a varios de los soliviantados occitanos que, como ellos, estaban prestos para el inicio de las operaciones, aunque no iban a recibir la visita del esforzado Raymond Trencavel, atado por otros puntos de la comarca en la preparación de la rebelión. En todos ardía un entusiasmo contagioso, y no parecía sino que aquella inercia, aquella espera hasta ponerse en marcha, su deseo de entrar en acción, consumía sus nervios. Cada mañana y cada tarde, la para entonces nutrida reunión de jinetes y peones mataba el tiempo fatigando el cuerpo en rudos ejercicios de armas, haciendo galopar los caballos y rompiendo lanzas contra un estaferro; luego, las veladas se hacían largas hasta casi la madrugada, libando las buenas existencias de la bodega del anfitrión mientras conversaban sobre el único tema que absorbía sus pensamientos: la guerra, el combate, la venganza.

No tardó el grupo del que formaban parte Francesc y Tomás en conocer las condiciones humanas en las que vivía el país, en muchos aspectos parecidas a las de los reinos ibéricos. Sin duda existía una bien marcada diferencia económica —y desde luego, social— entre aquellos hombres, jóvenes y maduros, de la baja nobleza occitana, y el banquero Alvers. Los nobles, arruinados por las continuas guerras, acusados de turbulentos y expropiados de sus casas, castillos y tierras por la justicia de los invasores franceses; muchos, perseguidos por la Inquisición, que los denunciaba por herejes; hipotecadas sus propiedades para permitirse el placer de agrupar a gente armada que acompañara a las huestes de condes y barones, deseo hecho de confusas interpretaciones en donde se mezclaban, por supuesto, el odio y el afán de revancha, primero, y luego el ánimo belicoso de todos, con el sueño siempre puesto en la aventura y el lucimiento personal, y andar en coplas de trovadores que pregonaran su heroísmo, su cortesía con las damas, el ancho corazón en defensa del desvalido; casi todos hundidos en una miseria que sobrellevaban estoicos, seguros de cambiar su suerte por el único medio de que disponían: su destreza en el combate; su

arrojo, su valor.

Sin duda esta gente miraba al cambista desde el orgullo de sus blasones, que en más de uno estaban chafarrinados de frustraciones y descalabros; los mismos sentimientos que albergaban los magnates, empezando por el propio vizconde. Pero Arnaud Alvers y otros como él poseían el resorte imprescindible para culminar los proyectos nobiliarios: dinero. Sin dinero no se conseguiría comprar voluntades de los funcionarios franceses o de los familiares de la Inquisición, ni adquirir armas, ni contratar los servicios de extranjeros que se prestaran a seguirlos en el combate. Así, cada uno en busca de su objetivo, se aceptaban mutuamente.

Tomás, con aquel su talante de exterior impasible, reservado en demostrar sus pensamientos, por dentro lleno de idénticas impaciencias bélicas que el resto de la gente aposentada en la finca, no poseía más fuente de información que las confidencias que le suministraba su señor. Al igual que los demás, dedicaba las jornadas a los ejercicios de armas, a conversar con unos y otros y a esperar la orden de marcha. En ocasiones se atrevió a matar el aburrimiento escapando con alguno de sus compañeros para internarse en los tupidos bosques, donde la infalible puntería de su ballesta les reportaba, invariablemente, alguna presa de pelo o pluma que acto seguido era consumida en algún calvero, a escondidas de los servidores del cambista.

Una tarde y con las últimas luces escapó solitario hasta rodear la zona habitada de la casa, hacia donde se apilaban los troncos de la última tala, justo al lado de los corrales; había oído a uno de los criados quejarse de los continuos asaltos que hacían los zorros al gallinero, y esto le dio la idea de cazar a una de aquellas astutas alimañas, con cuya cola adornaría la silla de su cabalgadura. Dispuso, pues, un cebo con pescado salado en el acceso al camino, de modo que cuando se acercara la raposa su olfato la llevara hasta la vecindad del lugar desde el que, convenientemente apostado, podría cazarla fácilmente; acostumbrado a tales menesteres, nadie sospecharía de su escondido acecho, donde guardando una total inmovilidad pero con todos los sentidos bien alerta, esperó la llegada de la oscuridad.

Transcurrió como una hora, y era ya noche cerrada cuando su oído le hizo redoblar la atención. No era un animal lo que se acercaba, sino, con reposados andares... uno... dos hombres. Se detuvieron donde colocara el cebo, murmurando algo, y a continuación reemprendieron confiadamente la marcha. ¿Quién, quiénes podrían ser? ¿Espías del enemigo? ¿Amigos, quizá, del banquero?

Acostumbrado, como un animal, a ver en la oscuridad, cuando los dos personajes estuvieron a su altura y los descubrió desarmados, supo que era gente inofensiva; no obstante, saltó al camino como un gato y se plantó ante ambos, apuntándoles el arma.

—¿Quién anda?

Ninguno de los dos pareció sufrir apenas un sobresalto, lo que no dejó de causar cierto asombro al muchacho. Uno de ellos respondió con apacible voz:

—Somos los buenos hombres que llevan el Espíritu Santo a los creyentes y a todo aquel que teme a Dios. Si tú, quienquiera que seas, eres hombre de bien, ninguno tiene nada en contra del otro.

Descabalgó Tomás la ballesta, e iba a decir algo cuando su interlocutor extendió el brazo para entregarle una moneda:

—Encontramos un cebo, adivino que puesto por ti para cazar un animal. Lo hemos destruido, y que este dinero te compense. No es justo matar animal de sangre.

No dio tiempo a Tomás para responder. Oyó rumor de pasos a sus espaldas, vislumbrose el resplandor de unas antorchas y al volverse vio que se acercaba Arnaud Alvers en compañía de alguno de sus huéspedes y varios criados. Casi todos, al llegar ante los visitantes, se arrodillaron e hicieron tres profundas inclinaciones que por poco tocaban con sus frentes el suelo, al tiempo que se dejaba oír, con voz de profundo respeto, a uno de los caballeros:

—Dadnos la bendición de Dios, buenos cristianos.

El de más edad se encargó de responder:

—Que Dios os bendiga, arranque vuestras almas de la mala muerte y os lleve a buen fin.

El *tauler* se dirigió ahora al asombrado escudero:

—Éstos, hijo, son los buenos hombres que traen el Espíritu Santo. Yo los acojo siempre que lo necesitan, y más porque ahora, cuando nos preparamos para la guerra contra un poderoso enemigo, es bueno tener la protección de cuanto viene del buen Dios. Si quieres escuchar su sermón, ven, y avisa a tus compañeros. Nadie os obliga, pero no es malo oír la palabra del Evangelio, y confieso que a mí me conforta.

A medias adivinó Tomás el pragmatismo con el que le había hablado, pero sí comprendió que se las veía con aquellos herejes de los que oyera hablar, los cátaros, cierto además de que sin duda muchos de los que en aquel momento se hallaban en el alodio, así como criados y servidores, profesarían esa doctrina contraria a la de la Iglesia católica, es decir, la suya, la que desde siempre supo que estaba obligado a cumplir y en la que había de creer, aunque no supiera exactamente en qué.

Reuniéronse en la sala todos cuantos moraban en la finca, unos por ver qué iba a ocurrir, otros por respeto, manteniendo una actitud reverencial los que se adivinaban creyentes; curiosos, los demás.

Los dos ancianos, a los que llamaban perfectos, aceptaron la cena que les ofreció su anfitrión, consistente en un caldo de pescado, unos *empastatz* y un trozo de queso. Y debían de estar bien hambrientos, pues que si parca fue la refección, sí que la acogieron con buen apetito, en tanto la concurrencia los observaba en silencio.

Entendió Tomás que aquéllos serían sin duda sacerdotes de la secta, y aunque se mantuvo todo el tiempo en guardia por si allí se producía algún fenómeno extraño de magia o brujería, poco a poco fue cediendo en su hostilidad conforme escuchaba el sermón del anciano que parecía tener más autoridad. Su voz sonaba en un tono agradable, y aunque sin duda el orador escogía sus palabras para que le

comprendieran los asistentes menos cultivados, para muchos casi todo el discurso fue materia incomprensible. Habló de que el mundo, a diferencia de la falsedad que contaban otras religiones, no fue empresa de Dios, sino de Satanás, ya que todo cuanto existía de mal estaba en él, por lo que los buenos cristianos sólo conseguirían la felicidad escapando cuanto antes de la miseria de aquella cárcel diabólica que era el cuerpo, hecho de la materia obra del Demonio, y desprendiéndose de él para que lo verdaderamente valioso del hombre, el espíritu, pudiese ir a Dios. Condenó las guerras, aun cuando fuesen tan inevitables como la que los buenos hijos del Señor estarían forzados a entablar en defensa de la justicia divina, y terminó dando la bendición a todos los asistentes del mismo modo como había saludado a sus correligionarios cuando les descubriera Tomás:

—Que Dios os bendiga, arranque de vuestras almas la mala muerte y os lleve a buen fin. *Benedicite. Parcite nobis. Amen.*^[11]

XI

El ejército reunido por el vizconde Trencavel se puso en marcha a principios de septiembre, y el ataque a Carcasona comenzó el día diecisiete. Al gran número de efectivos humanos —jinetes, peones, escuderos, técnicos de todo oficio a cargo del gran acopio de maquinaria y enseres— uníase la abundancia de pertrechos dispuestos tanto para el asedio como para cuando llegase el momento ineludible del asalto; porque a los rebeldes habían llegado noticias de que en la villa, al tenerse conocimiento del inminente ataque, fueron a encerrarse, con Guillaume des Ormes, senescal real, el arzobispo de Narbona y el obispo de Tolosa, lo que significaba que iban a tropezar con una enconada resistencia. De modo que cuando la partida que acaudillaba Arnaud Alvers acudió a reunirse con el grueso de la sediciosa hueste, no les sorprendió demasiado descubrir aquella abundancia de material camino de su objetivo: catapultas, ballestas lanzadoras de saetas, torres, casamatas móviles, arietes, escalas... Y lo comprendieron mejor al avistar la ciudad.

Guilerm Barrau no pudo evitar de expresar su pensamiento en voz alta, y con él traducía el de sus compañeros:

—Me temo que ésta, empresa harto difícil ha de ser.

En efecto: Carcasona se aparecía como un objetivo que, ya contemplado en la distancia, daba una arrogante sensación de fortaleza inexpugnable. Levantada en la cima de una colina desprovista del menor resguardo, defendida por una poderosa muralla doble en la que se apoyaba una sucesión de robustas torres circulares de gran altura, su sola visión ya imponía una impresión más que disuasoria para todo el que pretendiera conquistarla. A Tomás le pareció como si cada uno de aquellos macizos torreones —alguien le dijo que eran alrededor de cincuenta— les lanzara un mudo y siniestro desafío, anuncio de ignoradas desgracias, aun cuando no captara de tan descomunal arquitectura más que su impenetrable geometría.

La pequeña tropa que durante aquellos días había ido incrementándose en el caserón del alodio La Mothe era ya un conjunto de quince caballeros y unos cuarenta infantes, todos bien armados; que al que faltó lanza, perpunte o espada, allí acudió Alvers con sus buenos sueldos y libras tornesas a remediar carencias. Ahora, hechos a la situación y ansiosos por entrar en combate, apenas llegados y precedidos por el cambista —cosa que no dejó de causar cierta admiración en los demás—, se dispusieron para cumplir con el motivo de su presencia ante los imponentes muros de la fortaleza, es decir: tratar de expugnarla con el menor riesgo posible para sus vidas.

Se empezó por atacar los arrabales situados extramuros; un nutrido contingente de caballeros y peones los conquistó sin apenas esfuerzo, con la complicidad de sus

habitantes. La partida de catalano-aragoneses, a retaguardia del grueso del ataque, apenas fue ocupada la barriada, se retiró al campamento.

Se comentó luego de los bárbaros incidentes producidos una vez ganadas aquellas posiciones, donde asaltantes y vecinos no hicieron sino dedicarse afanosamente a buscar enemigos de su causa, dando lugar a una serie de brutales asesinatos.

—Han degollado a muchos, entre los cuales buen número de clérigos —comentó un joven ampurdanés aquella noche, cuando tras cenar unos bocados se dedicaban a la acostumbrada tertulia.

—Unos treinta, oí decir.

—¿Y no se opuso a ello el vizconde Raymond?

La respuesta vino de labios de un sombrío caballero de Serrellongue:

—¿Acaso eran amigos nuestros esos muertos? Y si no, ¿cómo habría de oponerse, ni cómo osará oponerse nadie a librarnos de quienes nos vienen causando tanto daño desde tanto tiempo? Y digo que cuando conquistemos la ciudad habrá de hacerse lo mismo con los demonios que están dentro.

Se refería, y era ésta opinión bien extendida entre los que más profundo odio sentían hacia sus enemigos, al deseo de exterminar a funcionarios franceses, inquisidores y familiares del Santo Tribunal, delatores e incluso a las altas jerarquías de la Iglesia de Roma, a la que al parecer odiaban todos. Alguno cantaba ya sus intenciones para, inmediatamente de ocupar la villa, encaminarse a la catedral y exhumar los restos de aquel cuyo nombre seguía siendo objeto de todas las maldiciones: el conde Simón de Montfort.

—Haremos con sus huesos tal que los inquisidores con nuestros muertos: quemaremos lo que quede de ellos y esparciremos las cenizas, no sea que por magia diabólica retorne ese maldito. —Y el que así hablaba, sin la menor duda, se manifestaba convencido hereje.

Conquistados los arrabales, en parte incendiados por las irascibles tropas del vizconde, se empezó el cerco a la villa. Las máquinas de guerra empezaron a hablar las primeras, arrojando proyectiles ininterrumpidamente; los ingenieros dedicaron sus esfuerzos a salvar los fosos y se cavaron una serie de minas. Con esto algunos trozos de muralla empezaron a desmoronarse, y fue cuando se inició el primer asalto. Mas, pese al brío y los esfuerzos de los atacantes, los sitiados opusieron tan tenaz resistencia y dieron tantas pruebas de valor, que el enemigo se vio obligado a desistir.

El grupo acaudillado por Alvers, que con otros contingentes había emprendido su acometida por el puente levadizo que comunicaba la puerta de Narbona, al retirarse con el malestar del fracaso no pudo sino dedicar sus maldiciones al conjunto de aquellos sólidos torreones que la defendían, cuya guarnición, a pesar de haber sido tan duramente machacada por la artillería, fue capaz de repeler todos los ataques.

Luego comentaban entre ellos las incidencias, terminando por repetirse unos a otros con grave preocupación lo que era ya opinión generalizada:

—Esto, o se gana por hambre, o no se gana.

Lo que no fue obstáculo para que continuara el asedio con tenacidad.

En los siguientes días se lanzaron nuevos ataques, intentos frustrados que no llegaron a conseguir sus propósitos; los sitiados resistían tan ferozmente como feroces eran los malogrados esfuerzos de sus asaltantes.

A las tres semanas del cerco, de un continuo batir de las máquinas de guerra, de la media docena de ataques realizados, Carcasona seguía imbatida. Tres barbacas estaban ya parcialmente destruidas, el castillo de la puerta de Narbona se veía quebrantado, las murallas del recinto interior, en muchos puntos, destrozadas. Y entonces se procedió a un asalto general.

La batalla fue dura, y pareció como que la gente de Trencavel iba por fin a conseguir sus objetivos, porque no sólo las huellas de la artillería acusaban el gran daño causado a las fortificaciones, sino que sabían por evadidos de la ciudad del extremo agotamiento a que estaban llegando sus defensores; por eso se repetían, llenos de fe, una consigna que corría en bocas de todos: «Si echamos a los franceses de Carcasona, los echaremos de todo el país». Y así el combate fue de lo más encarnizado, aunque infructuoso: de nuevo fueron rechazados.

Pero se sabía al enemigo ya tan exhausto, sus defensas empezaban a mostrarse tan maltrechas, que la idea extendida por todo el campo era que en una siguiente acometida conseguirían sus propósitos; por tanto el entusiasmo se mantuvo hasta el último momento. Hasta el momento en que el destino se volvió definitivamente contra los empeñados luchadores, porque llegó la noticia de que un poderoso ejército real acudía ya desde la Provenza, forzando jornadas, en socorro a los sitiados, y ante esta amenaza el vizconde no tuvo otra opción que ordenar la retirada; pues si abandonar el asedio suponía un doloroso revés, enfrentarse a las fuerzas del francés significaba una temeridad que conduciría al desastre total.

En la noche del once de octubre y ante la inminencia del peligro, se empezó a levantar precipitadamente el campo. Fueron aquéllas unas horas tristes, de desaliento, cuando tantos proyectos se convertían súbitamente en nada; un mes de esfuerzos, de confianza en la victoria, de entusiasmos, y de repente caían el abatimiento y la desesperanza sobre aquellos miles de hombres que estuvieron ciertos de cambiar su suerte y la de la Historia, ahora convertidos en fugitivos al amparo de las sombras, llevando el recuerdo de los amigos muertos, cuidando a los heridos y sintiendo el peso de la desilusión.

Raymond Trencavel y su gente fueron a refugiarse entre sus adictos de la cercana Montreal, esperando unos acontecimientos que ya se adivinaban: la rebelión había fracasado, aunque todavía se alzaban las voces de muchos de aquellos orgullosos nobles, tercos en no ceder.

Los hispanos, sucios, cansados, casi todos mostrando en sus carnes las huellas del roce de un dardo, de una piedra, varios enseñando los vendajes de unas urgentes curas hechas por los cirujanos durante el mismo combate, lamentando la pérdida de algún amigo, de muchos de sus mejores peones y servidores, decidieron acampar

fuera de la villa. Todos parecían dominados por la incertidumbre, porque si habían aceptado con entusiasmo el unirse a aquella empresa, considerándola justa y propicia además para darles el relumbro que buscaban, ahora no sentían más que un profundo desencanto, como una mezcla que tenía tanto de desamparo como de vacilaciones.

No pasó mucho tiempo antes de que el ejército de Luis Nono se presentara a las puertas de Montreal, iniciando ahora el cerco a los sediciosos. El descalabro estaba ya en todos los ánimos.

Los catalano-aragoneses, reunidos en cónclave, barajaron las perspectivas de futuro tras el fracaso de sus proyectos. Cada cual expuso sus opiniones, inciertas, vagas, como si esperasen confiada —o resignadamente— ver surgir por arte de magia la señal que les indicaría la postura a tomar. Les llegó por el entonces bien abatido Arnaud Alvers, quien vino a comunicarles el funesto desenlace: ante el giro que había tomado la situación, el vizconde, para no caer en manos del enemigo, preparaba su huida. Decidido a refugiarse en el reino de Aragón, se había dispuesto una comitiva en la que podrían formar los caballeros hispanos y sus hombres, en el bien entendido de que cada cual estaría libre de hacer de su persona lo que estimara más conveniente.

Decepcionados por la esperada noticia, muchos optaron por el regreso: al menos la guerra al moro seguía en Hispania, porque si Aragón parecía haber frenado su expansión una vez conquistada Valencia, los castellanos seguían presionando por las feraces tierras del sur ibérico. A esta decisión se unieron algunos caballeros occitanos.

La evasión se hizo sin problemas, pues cundió la voz de que había sido a propuesta del mismo rey Luis, quien, sin claudicar de su política, unía a ésta los sentimientos de su acendrada piedad; por lo tanto, pareció que fue por sus instrucciones que se facilitara la huida del rebelde, previa a la rendición de la villa.

Pocos quedaron de la mesnada puesta en pie de guerra por el cambista, entre los cuales, los hispanos, muchos heridos o resentidos de los combates, junto a algunos de los caballeros languedocianos, abatidos y desilusionados todos, ahora estrujándose la mente sin saber qué camino seguir. Por ello que la mayoría aceptó de buena gana la invitación de Alvers para ir a reponerse de sus heridas físicas y del ánimo en sus tierras.

Pasaron días, semanas. Poco a poco, fatigados por una inercia que no estaba en sus costumbres, muchos fueron despidiéndose para emprender los caminos hacia los que les guiaba su talante. Los occitanos que aún permanecían allí —señores rurales empobrecidos por la guerra, exiliados y sin recursos—, ganados por aquella inactividad, entregados a plácida holganza durante la que, gozando de la hospitalidad de su huésped, podían disponer de un refugio y disfrutar de buena mesa y mejores vinos, dejaban pasar el tiempo sin tomar partido en ningún sentido, como si esperasen

un milagro. De cuantos quedaron, alguno se sintió invadido por una especial curiosidad ante la habitual presencia de aquellos a quienes llamaban los buenos hombres, cuyo comportamiento, su manera de enjuiciar la vida y la sociedad, la rectitud que parecía presidir sus pensamientos, sus actos y el modo como interpretaban la religión, sin duda les hizo ganar más de un adepto.

El *cavaller* de Malpás, cada vez más incómodo por tanta indolencia, se confió a su escudero: tenía que romper con aquella vida que más parecía cosa de mujeres, o de ancianos; e incluso, y esto quizá sería lo peor, debía huir de aquellos sermones que por curiosidad o aburrimiento oyó más de una vez, notando con cierto pavor cómo se llenaba de dudas y vacilaciones en sus creencias de siempre; además, no podía encadenar su juventud a un ocio que le conturbaba el ánimo; y había también, y en esto creyó entender Tomás el principal móvil de la decisión de su señor, sus temores por lo que durante aquel tiempo hubiera ocurrido en el feudo. Si su padre había muerto, su obligación era hacer acto de presencia en lo que ahora sería su responsabilidad, y además, hacerlo de manera que en sus cavilaciones consideraba de lo más perentorio y urgente, porque temía cualquier acción que pudiesen emprender sus dos cuñados, gente de la pequeña nobleza del Pallars que le doblaban la edad, codiciosos y hábiles en jugar con malas artes.

—Malpás no fue nunca apetencia de nadie, creo. Es tierra, y lo sabes como yo, bien pobre, y difícil su explotación. Vivimos mal, pero lo hacemos en lo que es nuestro. Pese a ello, mis cuñados siempre dejaron entrever cómo gustarían de poseerlas, en su nombre o en el de cualquiera de mis sobrinos, y esto significaría enfrentarme a todos. Mi madre es ya mayor, no tardará en ir a encerrarse en algún convento... Así, prepárate, que saldremos pasado mañana, y Dios nos asista.

Comunicó su decisión al huésped, y éste, haciendo gala de su generosidad — como hacían los grandes señores y como había hecho ya con todos los que se marcharon—, le obsequió con una bella capa aguadera en escarlata de Flandes: vestimenta de reyes. La misma atención tuvo con el oscense Fernando Andrés, que partiría igualmente con Francesc, y todos fueron satisfechos con los estipendios que los organizadores de la subversión acordaran desde un principio. La despedida fue triste, y a la vez, amable.

Pero un suceso vino al día siguiente a perturbar los proyectos. Mediada la mañana hizo irrupción una comitiva formada por dos frailes predicadores y un seglar, escoltados por un sargento de armas y una pareja de infantes, quienes solicitaron ser recibidos por el señor.

En tanto la gente armada permanecía en el exterior, Arnaud Alvers salió a encontrar a los visitantes, absolutamente desconocidos, excepto uno de ellos: un mercader vecino de la cercana Alet, al que con cierta frecuencia había encargado y adquirido las sedas, los linos y otros artículos de alta calidad que el pañero se hacía traer de Grecia, de Italia, de Oriente.

Cubiertos los protocolarios saludos, habló uno de los frailes:

—Venimos a entregaros una citación del Santo Tribunal para que seáis servido de acudir a prestar declaración. Debo deciros, por si lo ignoráis, que tenéis un improrrogable plazo de quince días para hacerlo —anunció con voz opaca, indiferente, casi maquinal.

Arnaud recogió de sus manos el comprometedor aviso, preceptivo en los procesos inquisitoriales y sin el cual todo cuanto ésta actuase no tendría validez jurídica.

—¿Puedo saber la causa por la que se me cita?

—Eso, hijo mío, ha de ser el juez quien os lo comunique. Y a más diré, que antes acudáis, más será en vuestro favor —agregó otro de los predicadores. Esperó una respuesta pero, al no llegarle, añadió—: También tenemos mandato de hacer registrar vuestra propiedad, y para ello solicitamos vuestra ayuda y la de vuestros servidores.

Tratarían de encontrar alguna prueba inculpatória, de la clase que fuese, que sirviera para atestiguar el motivo de una supuesta acusación; que ya Alvers adivinaba no podía ser sino de hereje, o de lo que era en realidad: simple protector de éstos. Y como los perfectos cátaros habían marchado la víspera, no puso objeción alguna para que frailes y soldados se lanzaran a explorar la casa, ante la desdeñosa actitud del burgués y la muda burla de sus criados.

Una vez concluida la estéril inspección, al marchar se encontraron al grupo formado por los huéspedes y sus escuderos y servidores, quienes seguían deambulando por la explanada ante la casa fingiendo indiferencia a lo que estaba ocurriendo; fue uno de los frailes, el más anciano, quien se atrevió a preguntar, con una afirmación que sonó extrañamente irónica:

—¿Acaso mantenéis guarnición en vuestra casa, hijo mío?

—Satisfaré vuestra curiosidad diciéndoos que son mis invitados para las partidas de caza que tengo costumbre de hacer en su época.

—Abundantes y ricas han de ser vuestras tierras, que entretienen a tantos.

Con lo que el cortejo de frailes y soldados partió.

Apenas desaparecieron, todo fue un bullir de preguntas, de zozobra e imprecisos temores, de indecisiones y consejos, sugerencias, proyectos. Una citación del Santo Tribunal era motivo para que todo el país, desde el conde soberano al último campesino o siervo, sintiesen, seria inquietud unos, helor de la sangre los más; pues si la severa actuación de sus jueces era bien conocida en todos los reinos donde se había establecido, en el Languedoc, vivero de herejes, soliviantado por constantes revueltas y en continuo enfrentamiento a las disposiciones de la Iglesia, su rigor tenía fama de ser particularmente duro. Que los inquisidores hubiesen hecho acto de presencia no significaba sino que Arnaud Alvers estaba en las miras del Tribunal, donde sin duda se había recibido la denuncia formulada por alguien que sabía o sospechaba de la protección que el cambista, aun cuando se presumía su estado dentro de la fe católica, dispensaba a los herejes.

Éste, tratando de disimular la intranquilidad que el suceso le producía, actuaba ante sus amigos como si estuviera ya disculpándose frente a sus acusadores, haciendo

protestas de su fe romana, contando de sus días de cruzado cuando combatía en Egipto contra el poder mahometano, donde llegó a ganarse el aprecio del mismo rey de Jerusalén, Joan de Brienne, quien le tomó tal afecto —narraba, como pensando en voz alta, sin dirigirse a nadie—, que hasta le incluyó en su séquito cuando fue a celebrar sus bodas con la que ya sería su tercera esposa, doña Berenguela, hija del rey Alfonso el Cuarto de Castilla.

Se dividieron las opiniones; alguien propuso la huida. Pero ¿adónde? El brazo de la Inquisición era largo, su paciencia, infinita, y por mucho tiempo que transcurriera, si el sospechoso era apresado podía lamentar seriamente no haber sido más prudente. Otras se referían a los incidentes ocurridos en muchos lugares, donde los inculpados se negaron en más de una ocasión a recibir la citación judicial; a frailes maltratados al insistir en su cometido; a denunciados que encontraron la protección y ayuda de los obispos, siempre enfrentados a la supremacía de la justicia dominica; pero también, compungidos, contaban de cómo, al final, tanto nobles como plebeyos acataban por igual, doblegados, resignados, las disposiciones inquisitoriales, siempre vencedoras sobre cualquier tipo de resistencia, tanto de los poderosos señores como de los preladados.

Al final se impuso lo que en el fondo cada uno sabía que era la solución inevitable: Arnaud Alvers debería acudir ante los jueces.

El Santo Oficio había llegado a la región hacía dos semanas, instalándose como tribunal ambulante en un convento de Alet. Su actuación comenzó siguiendo lo acostumbrado al iniciar sus funciones: convocar a la población y a cuantos habitaban en los alrededores para un sermón en el que compelerían a todo el que se supiera hereje para que, en el plazo de quince días, hiciera su presentación y confesara su delito, con lo que obtendría la máxima benevolencia; esto se llamaba tiempo de gracia. Asimismo, se proclamó el edicto de fe, dirigido a cualquier encubridor de herejes o sabedor de la existencia de herejes, para que se aprestase cuando antes a informar a los jueces. Todo este discurso utilizando un verbo lleno de piedad, de comprensión para la oveja descarriada, salpicado a trechos de veladas amenazas frente al que se mantuviera pertinaz en el error y al que encubriese u ocultase a los enemigos de la fe, con el requerimiento a cuantos asistían sobre su deber de denunciar —y denunciarse— por todo cuanto la Iglesia entendía como delitos contra su propia ortodoxia.

Aun siendo notoria la aversión del país a las actuaciones clericales, dada la conocida abundancia de herejes o simpatizantes con los seguidores de la doctrina cátara —y otros, simplemente indiferentes—, no tardaron en llegar a los frailes las delaciones de quienes consideraban en conciencia informar sobre lo que sabían o simplemente sospechaban de algún vecino, de un conocido, de un pariente; todo lo cual era escrupulosa y minuciosamente investigado.

En La Mothe transcurrió una semana en que, al pesar del fracaso sufrido ante los

muros de Carcasona, se unía esa preocupante nueva situación que afectaba al anfitrión y amigo; situación que debería afrontar ya, sin más demoras, desechando cuantas aventuradas propuestas le hicieron unos y otros; la mayoría, descabelladas.

Recibió Arnaud entonces la secreta visita de uno de aquellos ministros del catarismo, un perfecto que aún ejercía como párroco en una aldea vecina, el cual se dedicó a refrescar la memoria religiosa del cambista, previniéndole contra las argucias de los jueces, cuyos interrogatorios encerraban con frecuencia preguntas difíciles de comprender para cualquiera que no fuese asiduo de la Iglesia, lo que provocaba situaciones bien incómodas a los imputados.

De todos modos, el Tribunal estaba obrando con Alvers tal y como era su prudente costumbre al enfrentar casos parecidos: disponiendo todos los medios para evitar una publicidad infamante sobre quien todavía no era reo de acusación formal.

Decidido a enfrentar los hechos y escoltado por dos de sus hombres, el cambista acudió al requerimiento de los jueces. Vestido con sencillez pero evidenciando cierto lujo agregado a aquel aire de displicente elegancia que le era habitual, apenas si le hicieron aguardar una media hora antes de conducirlo hasta la amplia pieza sumida en una oscuridad que difícilmente desvelaban unas antorchas murales, junto a los candeleros que aparecían sobre la mesa tras la que se hallaban los jueces presidiendo el tribunal; algo más apartados, otros dos frailes, y cerca de donde se situó el acusado, el notario encargado de tomar puntual relación de cuando acaeciera a partir de entonces. Todos, vestidos con el hábito de Santo Domingo, en un ambiente impregnado de un desagradable olor, mezcla de humedad y cera quemada.

—Arrodillaos —oyó Arnaud una voz, sin acertar su procedencia.

Mientras obedecía, sus ojos se clavaron en el rostro del juez presidente, personaje de aspecto grave en quien no apreció seña alguna de animosidad; parecía, simplemente, que cumpliera una obligación que borraba de sí todo sentimiento más allá de la observancia estricta de sus funciones.

Le pusieron delante una cruz, haciéndole jurar que respondería con la verdad a cuantas preguntas iban a formularsele, incluso si fueran en su contra. Luego se le invitó a sentarse, e inmediatamente comenzó el interrogatorio; primero, su filiación: nombre, naturaleza, domicilio, familia, ocupación... Pensó Alvers si sería beneficioso para su persona, y se puso a contar de la ya lejana época de su juventud, cuando fue a combatir en aquella Quinta Cruzada contra los sarracenos; pero advirtió, sorprendido y a la vez con cierto recelo, que su historia se escuchaba con curiosidad, pero sin despertar demasiado interés.

Oyó ahora la voz grave del juez:

—¿Sabéis por qué estáis aquí?

—Me pienso que por un error.

—¿Tenéis algún enemigo? ¿Sabéis de alguien que os pueda tener ojeriza?

—Ciertamente, no creo tener enemigos, pues que siempre me dediqué a llevar una vida limpia y transparente bajo lo que considero que son los mandamientos de nuestra religión.

—¿Cuánto tiempo hace que no confesáis ni recibís al Señor?

—Con toda certeza, un mes. Que como entiendo estaréis informado de mi presencia en el sitio de Carcasona, tuve a bien poner mi alma en paz por si llegaba mi hora, para así alcanzar la misericordia divina por mis indudables pecados.

Ni el rostro del inquisidor ni los de sus acompañantes parecieron afectados por nada de cuanto oían; tan sólo sus ojos, cuando hablaba el compareciente, parecían escrutarle con profunda intensidad.

Hízose cargo ahora del interrogatorio otro de los componentes de la mesa, y ya fue éste quien se dedicó durante un tiempo sin fin a someter al *tauler* a toda suerte de preguntas relativas a la fe, especialmente en las que tocaban a las doctrinas esenciales de la Iglesia: la Santísima Trinidad, la divinidad de Cristo, la Redención, la virginidad de la madre de Jesús, la resurrección de la carne, el Espíritu Santo... A todo lo cual Alvers respondía, afirmativamente, cuando tenía certeza, o recitando la coletilla habitual en uso cuando algo no era bien comprendido: «Creo y obedezco todo lo que dispone y manda nuestra Santa Madre Iglesia»; porque en realidad y desde que le sometieran tales cuestiones siendo un niño, jamás se planteó dudas sobre tan graves asuntos celestiales, cuando los que en verdad le preocuparon siempre se hallaban firmemente atados a la tierra y dependían del estado de los caminos terrestres o de los del mar; y del costo de sus compras, y de los mercados, y...

Tras examinar despaciosamente unos escritos, el juez presidente reanudó su actuación:

—Naturalmente, sabéis de esa herejía cuyos miembros se dicen ellos mismos cátaros.

—Sé que existen.

—¿Os consideráis perteneciente o simpatizante con tal secta?

—He sido siempre y sigo siendo un buen cristiano, católico creyente en las verdades de nuestra Santa Iglesia y en cuantas verdades la Iglesia Romana nos manda creer.

—Pero hay pruebas y testigos de que recibís y alojáis en vuestra casa a esos herejes.

—Permitidme que dude de esas pruebas, y más aún de esos testigos. Sí debo deciros que a mi casa llega mucha gente, algún viajero, alguien a quien sorprende la noche haciendo camino y viene suplicando un rincón en el que guarecerse. Yo albergo a todo el que acude a mí, sin hacer preguntas ni recibir nada a cambio, pues que entiendo así ha de ser la caridad a la que nos obliga el amor al prójimo por mandado del mismo Dios.

—Entonces, ¿creéis que esa caridad puede usarse tanto con el que se manifiesta fiel a la Ley Divina como con el que reniega de dicha fidelidad? Erráis, pues, en

vuestro juicio, que por cima de la misericordia ha de estar la justicia, y no ha de gastarse la misma caridad con el hermano que con el enemigo. Máxime, con un enemigo de Dios.

—Así será, tal que decís, y si así lo manda nuestra Iglesia.

El inquisidor se dirigió ahora al notario:

—¿Cuál es la ocupación que el reo manifiesta ser la suya?

—Dijo ser comerciante.

Hizo el juez un gesto que se adivinaba despectivo; echó luego otra ojeada a sus escritos, y a continuación:

—Este tribunal tiene oído que de siempre practicasteis la usura, lo mismo en el país de vuestra residencia habitual, que es el Rosellón, como durante el tiempo en que vivisteis en Barcelona, y así, igual en otros lugares. Supongo no ignoráis que la usura constituye grave pecado que nuestra Iglesia prohíbe y condena.

Arnaud dejó retratar en su rostro una expresión de asombro, e inmediatamente se lanzó a disertar explicando en qué consistía la realidad de su oficio, el cual cumplía una necesidad primordial para el reino y para todos los reinos, ya que el comercio entre los distintos países, cada vez más activo, y el tráfico de monedas, hacían imprescindible la existencia de cambistas y banqueros, profesión que, según sus conocimientos, la hubo siempre en todo el mundo. En cuanto a sus actividades mercantiles, las definió como simples inversiones, nunca usura; sencillamente, se trataba de compromisos entre partes, una de las cuales necesitaría disponer de capital para sus empresas, capital que la banca Alvers, actuando como era costumbre, facilitaría bajo la forma de sociedad, en tanto la otra parte aportaba sus conocimientos mercantiles: comprar, transportar, vender. Los beneficios se repartían así equitativamente. ¿Podía esta actividad, dirigida a acrecentar la riqueza del reino, al igual que sucedía en otras repúblicas, como Venecia, como Génova, considerarse usura? Esta materia ocupó gran tiempo de discusión sin que el inquisidor pareciera convencido de cuantos argumentos esgrimía el acusado.

Vino luego un largo intervalo de silencio durante el que el juez se demoró, al parecer embargado en el examen de una documentación, lo que Arnaud tradujo como un ardid dispuesto para impacientarle y provocar una reacción contraria a su defensa. Finalmente se decidió, y clavándole la viveza penetrante de sus ojillos:

—¿Os afirmáis en que, como seguidor del vizconde Trencavel, juntasteis gente de guerra y mercenarios extranjeros, y que habéis participado en el asedio a Carcasona, como ya sabíamos y vos mismo acabáis de confirmarlo a este tribunal? Decid pues: ¿qué os guió a ello? No sois de estas tierras, ya que tenéis casa y familia en el Rosellón y allí habéis ejercido siempre vuestros negocios, es decir, en el reino de Aragón. No adivinamos qué sentimientos o qué intereses os llaman a esta pugna, a enfrentaros a la legítima autoridad del rey de Francia, a ayudar y confraternizar con excomulgados y herejes.

Arnaud no podía permitirse vacilaciones:

—Debéis saber que mi esposa y toda su familia nacieron y vivieron siempre en estas tierras. Yo mismo vivo aquí desde mi matrimonio, salvo el tiempo en que he debido ausentarme por cuestión de mis ocupaciones; aquí nacieron mis hijas y aquí vivo en la actualidad. Creí en la causa del vizconde Raymond Trencavel porque éste es el solar de su linaje desde hace siglos, y no vi que fuera justo arrojarlo de su casa; de ahí mi voluntad de auxiliarlo, sin mirar que otros, aun sin que tenga certeza de ello, buscasen su propio beneficio, herejes o no. También he de decir que he aceptado nuestra derrota con toda humildad, por ser la voluntad de Dios, como lo es todo, y así lo han aceptado el vizconde y todos cuantos estuvimos en Carcasona. —Y a continuación—: Pero ¿sabéis?... En verdad que toda esta situación no me viene sino creando seria inquietud desde muy atrás, que ya venía discurriendo el modo como habría de evitar sus consecuencias sobre mí y sobre los míos.

Tal como lo tenía ensayado, empezó a contar de su preocupación ante las graves dificultades que se vivían en el país; aquella herejía de los cátaros y su represión, a su entender, había sido causa de que se trastocara toda la sociedad, empezando por la situación que se había creado en los que fueron condados independientes, ahora bajo el vasallaje del reino de Francia, con todo cuanto esto significó de mudanzas y trastornos en lo que de siempre se había conocido: tierras que pasaron a poder de nuevos amos, emigración de campesinos y artesanos, ruina de mucha gente y, en suma, una general transformación. Él, en vista de los acontecimientos, y casi obligado más tarde por el natural desgaste de los años, venía pensando en retirarse a vivir con los suyos en su país del Rosellón, pero era un deseo de continuo reprimido por su temor a que algo o alguien guiase la rapiña de algún resuelto señor y le fuesen arrebatadas sus propiedades occitanas, por lo que, al meditar sobre ello, no había encontrado mejor solución que disponer su seguridad bajo la honrada y discreta administración de la Iglesia. De acuerdo con su esposa, y buscando de alcanzar gracia del Cielo para cuando Dios dispusiera de recogerlos, decidieron hacer legado de los rendimientos que durante veinte años produjesen la mitad de las tierras de La Mothe, recibiendo a cambio, para después del fallecimiento de ambos cónyuges, los sufragios que habrían de servir en beneficio de sus almas. Meditaron un tiempo respecto a qué órgano de la Iglesia confiar sus bienes, si ponerlos bajo la protección episcopal o la de una Orden religiosa. Y entonces estallaron los acontecimientos: la violencia, la rebeldía, los motines y la guerra... Pensaba ahora que tal vez incurrió en error al imaginar que si la Casa Trencavel recobraba sus Estados, podría sentirse protegido de las consecuencias de aquella y de cualquier otra guerra, convencido de que la incertidumbre no iba a concluir jamás... Ahora, con el rey de Francia afianzando sus conquistas en el Mediodía, cierto de que en breve habrían de implantarse leyes y disposiciones desconocidas, quizá lesivas para la gente de su clase, no hecha para las rebeldías, se le había ocurrido aconsejarse de una institución tan respetable y sabia como era la Orden Dominica, cierto de que con su ayuda habría de conseguir una seguridad difícil de hallar por otros caminos.

Todo aquel discurso fue pronunciado sin énfasis, con toda la sencillez de que pudo valerse, y escuchado con la mayor atención. Al terminar, el juez tan sólo se permitió un simple comentario:

—Habéis hablado en términos que son elogio para la persona de ese noble rebelde que es el vizconde Trencavel. Debo deciros que me asombra vuestra ignorancia, que es la de muchos de vuestra condición, al aceptar la legitimidad del poder si se halla en manos de quienes están en vuestra personal preferencia. Sabed que la legitimidad de los príncipes está en la Iglesia, y en su nombre, es el Santo Padre quien únicamente posee las facultades divinas para concederla. —Oración siempre a punto en boca de los representantes eclesiásticos y más que sabida por el banquero. Luego, con acento desabrido—: Tampoco me haréis creer en vuestra ignorancia sobre la excomunión que pesa sobre el vizconde Raymond Trencavel.

Y con esto dio por terminado el interrogatorio. Pero el clérigo que asistía al juez le advirtió:

—Vendréis mañana a la misma hora para continuar vuestra declaración.

XII

Durante diez días continuaron las obligadas visitas de Arnaud Alvers al Tribunal, adonde acudía cada mañana para someterse a los interrogatorios, donde apenas si era cuestionado sobre asuntos personales, y sí sometido a complicadas preguntas acerca de los dogmas que enseñaba la Iglesia como verdades reveladas por Dios; de las cuales, no sólo el cambista, sino cualquier otro mediano creyente impuesto en la doctrina, ni siquiera hubiese comprendido el enunciado de cada materia: continuas y difíciles referencias a la omnipotencia del Creador y a los fines de la creación, al alma, a la resurrección y al Juicio Final; y a los Misterios, la Revelación... A gran parte de este interrogatorio no podía dar sino una única respuesta, ya apuntada por su amigo el párroco, en diferentes versiones, a tenor, más o menos, de:

—Hay cosas en nuestra religión que el hombre no puede entender sino por su fe en la autoridad de nuestra Santa Iglesia, y a ella me someto, como buen cristiano que me precio de ser. En lo que la Iglesia tiene dispuesto, en eso creo.

Y su respuesta no era un subterfugio, sino lo que en verdad sentía; porque no era un teólogo capaz de razonar sobre cuestiones impenetrables en las que jamás estuvo interesado y que nunca le pasaron por la mente. En aquella situación lo que más le afectaba era una sorda irritación ante su impotencia: sentirse vejado, sufrir la arbitrariedad de unas instituciones omnímodas, de un poder inquietante, dependiente de la resolución de unos hombres a quienes consideraba unos fanáticos resentidos con la vida, con la humanidad, con el mundo, complacidos en doblegar y humillar a todo aquel que pudiera sospechase contrario a la imposición de su suprema autoridad.

Naturalmente, las vicisitudes de aquellos días eran vividas por los amigos del acusado como cosa propia, y apenas regresaba de su cotidiano viaje a Alet era asaeteado a preguntas para informarse con los máximos detalles de cuanto hubiese ocurrido durante su permanencia con los inquisidores; entre éstos, surgiendo cada noche de las sombras, el párroco-hereje, quien acudía a escuchar el relato y daba sus consejos profesionales al amigo, animándolo con sus palabras:

—Ese juez sin duda os trata con harta discreción, pues sabiéndoos hombre acaudalado e influyente no desea ir demasiado lejos, aunque para ellos no sean barreras ni la nobleza ni la sangre cuando están seguros de la culpabilidad de un acusado. Con vos existe una duda, posiblemente por no ser de plena confianza vuestro delator, y en esto he de reconocer que los inquisidores tampoco se dejan guiar por sospechas. Aparte está vuestra oferta, ya que prefieren beneficiarse sin necesidad de un largo proceso y una condena, pues son soluciones siempre escandalosas y

provocadoras de incidentes y críticas, tanto del pueblo como de los obispos. Así, un milagro viene obrando en vuestro favor, que de declararos culpable, vuestra ruina y la de vuestra familia estarían ya más que aseguradas, y en sentenciar no sentirían dudas ni vacilaciones. No siempre son tan blandos, y por lo que barrunto y veo, día ha de llegar en que su poder nos hará temblar a todos.

Entre tanto ya habían menudeado por aquellos días las visitas al solar de La Mothe de un inteligente y hábil hermano predicador llegado del convento de Avignon, experto contable de la orden, con quien Alvers, ayudado por su propio administrador, concluyó el compromiso contraído; en este caso, a beneficio de la religión dominicana.

Una de aquellas tardes, bien pasada la hora de completas y ya casi en plena noche del avanzado otoño, con el fragor de una fuerte lluvia cayendo desde que oscureciera, uno de los criados llegó hasta donde, como de costumbre después de la cena, estaban reunidos el anfitrión y los pocos caballeros que aún permanecían en su casa. Habló el servidor discretamente y en voz muy baja al oído de su amo, el cual asintió, y una vez solos sorprendió a todos informándoles de que acababan de anunciarle la visita de aquel comerciante en paños, familiar del Santo Oficio, que acompañaba a los frailes la mañana en que éstos llegaron para entregarle la citación del juez inquisidor.

—Me dice Bernard que viene desalentado y temeroso, pidiendo que lo reciba enseguida y a solas. Apenas pasó del zaguán.

Cundió el asombro entre los presentes; la incertidumbre y el recelo. El burgués hizo un gesto recomendando serenidad, porque era su carácter el de hombre reposado, raras veces excitable, y salió al encuentro del visitante. Éste aparecía prácticamente enmascarado, envuelto en una de aquellas amplias capas impermeables, tan habituales, tejidas con cordoncillos de lana, áspera y fuerte, cuya capucha ocultaba casi totalmente el rostro.

—Señor... —balbuceó entrecortado. Y a continuación hincó ambas rodillas en tierra y quiso besar las manos de Arnaud.

—Os lo ruego —dijo el comerciante. Y con sus fuertes brazos obligó al otro a enderezarse—. Decidme qué es lo que buscáis y a tales horas.

Con voz donde se mezclaban el temor y la zozobra, entrecortada y a duras penas comprensible, contó de cómo aceptara formar entre los familiares del Tribunal de la Inquisición, tres en total para toda la región, pues los privilegios que el cargo llevaba aparejados eran causa de que mucha gente los ambicionara, y él no hizo sino aceptar y bendecir lo que estimara momio —nunca mejor aplicada la expresión— que le llegaba como caído del Cielo, si bien sus funciones eran tan sólo meramente burocráticas y auxiliares: debía hacer de introductor de los frailes en sus relaciones con la vecindad, o acompañarlos cuando, como en el caso del cambista, necesitaron de alguien que les condujera al lugar que buscaban; jamás se le ocurriría la idea de

denunciar, aunque lo supiera de cierto, a ninguno de sus vecinos, con quienes había convivido durante toda su vida.

—En todo este tiempo estuve maldiciéndome por cometer la torpeza de venir a vuestra casa por asunto tan grave. Que ciertamente deseo contaros y sé por conversaciones que cojo al vuelo, que ya vuestra persona nada ha de temer de los cargos que se os imputaron, que no hay pruebas, y sin duda sea cuestión de nada que se os conceda inmediata absolución. Pero es por distinto motivo que vengo a veros, por advertiros y preveniros sobre la persona que os denunció, que he sabido fue uno de vuestros vecinos, el caballero Guillaume Authier.

—¿Sabéis que todo el tiempo estuve sospechándolo?

Abundó ahora el pañero contando cuanto sabía acerca de las aviesas intenciones del delator, al que el banquero apenas conocía; sabía sólo de su adhesión a la herejía tiempo atrás, y que más tarde, abjurando de sus errores y reconciliado con la Iglesia, había aportado a ésta informes que la Inquisición estimó valiosísimos. Pero el atribulado visitante traía nuevas en cuanto se refería a Arnaud Alvers, contra quien parecía existir una enemiga de intenciones que iba más allá de la propia denuncia; porque el señor de Authier y sus hijos lo que ambicionaban era quedarse, por los medios que fuesen, con las tierras de La Mothe, codiciadas de toda su vida. Frustrados en sus intenciones por la que llamaban «condenada intervención» del viejo Alvers cuando éste hizo su trato con el antiguo propietario de la hacienda —el insensato suegro de Arnaud—, no habían cejado en sus pretensiones.

—Al saber que pronto estaréis fuera de las pesquisas de los jueces y enterados del acuerdo a que habéis llegado con los inquisidores, he oído jurar a dos de sus hijos, gente muy violenta, sabedlo, que si no hay condena de la Iglesia —y esto significaría perder su esperanza en quedarse vuestra propiedad—, La Mothe no seguirá en manos de un hereje, que así os motejan. Lo que quiere decir, si no ando errado, que maquinan algo en vuestra contra, del modo que sea... Y yo, como no he olvidado que vos fuisteis siempre amable y generoso conmigo, a fuer de hombre de bien he creído mi deber avisaros, aunque esté en el peligro de ser descubierto, lo que me acarrearía gran daño. Pero de no hacerlo, ¿cómo podría acercarme al altar para recibir dignamente al Señor?

Poco más permaneció el pesaroso hombre en la casa. No hizo sino reiterar su devoción al *tauler* y encarecerle el secreto de su visita; y con esto despidiose y salió a hundirse en las tinieblas y la lluvia.

Arnaud informó a sus inquietos amigos de lo sucedido, y tras un cambio de pareceres se optó, si todo iba tal y como se esperaba —es decir, la resolución favorable por parte de la Inquisición—, por salir del país y encaminarse al Rosellón, donde el cambista, amparado en las leyes aragonesas, podría vivir sin recelos.

—Pero no os marcharéis solo —dijo Guilerm Barrau—. Que como bien sabéis, nosotros estamos por volver a Cataluña, así que iremos con vos hasta Elna, y luego seguiremos, yo a Barcelona, Francesc a su casa, y Berenguer Andreu y su primo, a

sus tierras. Estos nuestros amigos —señaló a los jóvenes caballeros occitanos sin proyectos—, que como sabéis ya han aceptado de acompañarnos, en Aragón o en Castilla van a encontrar donde emplear sus brazos para causas dignas. Creo que así iremos todos protegidos.

Proposición que se encontró bien aceptable.

Un par de días más tarde, el conjunto de frailes llegados a Alet para cumplir con su sagrada misión, junto con tres cruzados colaboradores en las tareas inquisitoriales y dos miembros de la Milicia de Jesucristo —éstos llegados expresamente para el acto—, ambos luciendo la cruz blanca y negra distintivo de la Orden, recibieron a Alvers con gran reserva, no exenta de solemnidad, en la vieja iglesia del convento que era su transitoria residencia. Durante la misa, uno de los caballeros milicianos hizo desde el púlpito un piadoso discurso exaltando, muy por encima de cuanto suponen riquezas y disfrutes terrenales, los bienes espirituales que proporciona al alma el mantenerse dentro de las enseñanzas de la Iglesia, una y verdadera. Y luego, tal como era costumbre, leyeron primero, y se hizo entrega seguidamente al ya libre de tacha, del documento que le absolvía: «En el nombre de Dios Nuestro Señor, este Santo Tribunal de la Inquisición declara que no habiéndose probado con legitimidad cargo alguno que os haga sospechoso de herejía, os consideramos, a vos, Arnaud Alvers, dentro de nuestra Santa Iglesia Católica, exhortándoos a manteneros siempre conforme a lo que ésta ordena y establece para sus fieles».

Colofón que, como era costumbre del sagrado organismo, dejaba en suspenso la posibilidad de, un día, tropezar con uno de aquellos indicios que podrían servir para encausar de nuevo al sospechoso.

La marcha se dispuso con diligencia. Días antes ya había ordenado el dueño de la casa apartar una gran variedad de enseres y muebles, objetos de su particular interés que se cargaron en dos carros:

—Por si un día se tornan los tiempos, vuelvo, y descubro que muchas cosas que me son queridas desaparecieron por la rapiña de algún fraile.

La expedición iba a estar bien nutrida en gente y pertrechos, pues al grupo de caballeros y sus criados y escuderos se agregarían diez o doce servidores de Alvers.

La víspera de la partida tuvieron la inesperada —o preparada— visita de aquel perfecto que ya todos conocían. Vino con su inseparable compañero, y una vez recibidos por el dueño de la casa con los especiales distinguidos modos que usaba con estos a los que llamaban los buenos hombres, en un aparte se dirigió a sus amigos:

—Como bien sabéis, me considero hombre en la fe católica, y no por los aprietos en que tan recién me puso la Inquisición. Pero siempre y a la par he respetado y

respeto a estos buenos amigos. Que siempre me guió la idea de que dos protecciones valen más que una, y por ello invito al que así lo quisiere a recibir el *melhorier*.^[12]

Participaron todos, porque la aventura de un viaje nunca dejaba de preocupar a cualquiera en la necesidad de hacerlo, y en el fondo del corazón más inmerso en sus creencias siempre late un punto de duda, de desconfianza, mezcladas con supersticiones ancestrales; no era raro por tanto que mucha gente recibiera los sacramentos de la Iglesia y la bendición de los perfectos cátaros. Así que nadie tuvo empacho en recitar la plegaria que cualquier devoto católico aceptaría sin mucho reparo:

—Vengo ante vosotros y ante vuestra Santa Orden a pedir perdón y misericordia por todos mis pecados. Rogad a Dios por mí para que me perdone. *Benedicite. Parcite nobis.*

—Que el Señor Dios os perdone y os conduzca a buen fin.

—Amén.

La salida se hizo muy temprano, en la oscuridad de una mañana donde las tinieblas aún tardarían en disiparse, porque el invierno se había adelantado y del nublado cielo caía una incesante llovizna que el viento arrastraba con molestas ráfagas, haciendo la marcha lenta y dificultosa. Siguiendo un tortuoso camino que conducía hacia el levante, por un territorio cada vez más escarpado que obligaba necesariamente a desplazarse con gran lentitud a causa de los dos carretes, al nacer el día se descubrieron en medio de un desolado paisaje de rocosas montañas apenas salpicadas de matorral.

A mediodía vadearon un bien crecido arroyo cuya impetuosa corriente iba camino de encontrarse con el caudaloso Orbieu, y como la operación, embarazada por las dificultades y esfuerzos causados por el paso de los carros, les entretuvo más de lo pensado, aprovechando que había cesado la lluvia se decidió hacer un alto para descansar y llenar los estómagos de hombres y bestias. Acampados en un desapacible espacio sembrado de cantos rodados, junto al mismo vado sobre el que se alzaban las desnudas cumbres, entre elevados peñascos y al resguardo de la rocosa pared, se hizo una frugal comida.

—Esta noche podremos dormir en la Combescure, y pasado mañana creo que ya habremos cruzado la frontera —informó el guía de la expedición, un criado de Alvers nacido en aquella desolada región.

Tomás hizo como siempre: comió algo apartado la hogaza de pan y el queso que le correspondían, las aceitunas y el trozo de tocino. Luego fue a ocuparse de su caballo, hablándole, palmeándole el cuello y acariciando el suave befo; porque lo mimaba como a una doncella, que no se cansaba de admirar una y otra vez su bella estampa.

Entonces descubrió a Hamet, el mudéjar valenciano —un esclavo del caballero

Andreu— que se alejaba y subía una especie de milenaria senda natural excavada por las aguas en la caliza, dirigiéndose hacia un aislado bosquecillo de castaños que cubría una terraza asomada sobre el cauce. Y fue adivinar sus intenciones y sentir la misma imperiosa necesidad: evacuar el vientre.

Tras los pasos del moro, al adentrarse entre los árboles en busca de un lugar apropiado, salvando el tupido matorral y evitando dañarse con ramas y leños medio podridos, le sorprendió descubrir al musulmán agazapado al filo de la arboleda, examinando atentamente el terreno, un dedo sobre los labios con el que le reclamó silencio en cuanto sintió su presencia. Una vez juntos, en voz como un susurro:

—Aquí otra gente. Ya vi huellas cuando hizo día, y andan pisando roca, como para escondiendo pasos; dos, todo este tiempo, pero ya no más de uno —dijo, con aquel su peculiar modo de expresarse en un lenguaje salpicado de vocablos árabes.

Tomás sabía de la prodigiosa habilidad de muchos de aquellos hombres en el arte de descubrir un rastro y seguirlo; para él tampoco era muy difícil, aunque valorase justamente las superiores dotes del musulmán.

El anuncio que acababa de darle hizo su efecto inmediato, fiel a todo lo que su carácter guardaba como herencia genética indeleble, es decir, su condición silvestre, montaraz, instintiva como la de un animal bravío, lo que sin duda complementaba aquella introversión y casi aspereza en el trato con desconocidos y aun con sus iguales; era el alma vigilante del cazador, y a la vez de la presa puesta a la defensiva.

—¿Dónde están ahora? —preguntó con mudo gesto, al tiempo que preparaba su inseparable arma.

Por toda contestación el otro le invitó a seguirle, y casi reptando comenzaron a moverse por el áspero terreno. Apenas emergían de entre la maleza cuando el musulmán se detuvo; luego señaló al frente, donde en la culminación rocosa del lugar, agazapado y sin duda dominando el lugar en que la expedición estaba acampada, a través de la vegetación se descubría la presencia de un hombre. Otra vez por señas indicó Tomás a su compañero de regresar donde los otros y advertirles de la asechanza a que eran sometidos por el extraño, que bien podía formar parte de una cuadrilla de forajidos o de la de cualquier noble de los que habitualmente se dedicaban al bandolerismo.

Apenas partiera Hamet, llegó hasta el escudero un clamor de gritos, un alboroto que hizo ponerse en pie al hombre al que observaba, a quien vio disponer su arco, sin duda buscando un blanco entre los viajeros. Pero no tuvo tiempo ni de tensar la cuerda, porque cabalgando por los aires le llegó la silenciosa muerte que Tomás sabía dispensar a todo el que le fuese enemigo, y en cuestión de un instante se desplomaba desde su atalaya; hacia donde trepó su matador con la ligereza de una ardilla, descubriendo cómo una partida de hombres armados se dedicaba a embestir impetuosamente a sus desprevenidos compañeros, repartiendo golpes sin encontrar apenas réplica.

Actuando con aquella innata rapidez de reflejos que le era propia, al tiempo que

armaba la ballesta se iba haciendo cargo de la situación. Los atacantes bien podían ser una veintena, algunos a caballo, la mayoría a pie, entre los que destacaba un corpulento hombrón que parecía dar las órdenes, colérico en su violencia, sañudo en azuzar su cabalgadura hacia donde casi todos los caballeros y sus servidores se habían refugiado, tratando de protegerse entre los carros; al gigante seguían una docena de peones armados de espadas y lanzas, en tanto otros embestían a los sobresaltados viajeros hostigándolos contra la pared de roca. Y con esto ya supo Tomás dónde estaban el corazón y el nervio del ataque.

Centró ahora su atención en aquella vanguardia que tenía más cerca, la más virulenta; vio cómo el furibundo jinete manejaba hábilmente con la diestra una enorme hacha de guerra, en tanto la mano izquierda sostenía una larga y puntiaguda espada. Entre éste y sus hombres habían ya sembrado la muerte a su alrededor, y cuando Tomás descubrió los cuerpos inanimados de sus compañeros yaciendo grotescamente como muñecos desarticulados, cuando vio cómo se retorcían los heridos, sintió, pese a la frialdad que le caracterizaba, una mortificante sensación de amargura mezclada con un furioso deseo de venganza.

Estudió al caballero que dirigía el ataque; debía ser de natural tan soberbio que, despreciando al enemigo —y aunque se protegía con una cota de malla—, tan sólo cubría su cabeza con un bacinete, desechando el yelmo, que colgaba del arzón de la silla. Pudo así contemplar las facciones del energúmeno, donde se reflejaban los instintos más salvajes de que jamás tuvo memoria, el cual acompañaba su arremetida lanzando estridentes gritos que se imponían sobre el fragor de la pelea, lo que excitaba la agresividad de los suyos. No había posibilidad de error alguno: aquél era el objetivo que había que eliminar. ¿Querría el buen Dios, querrían san Jorge, y el Santiago Matamoros de los castellanos, acudir en su ayuda, como le contaron sucedió a veces?... No obstante, la distancia y las continuas evoluciones del blanco no se prestaban a realizar con éxito su plan, así que optó por dejarse resbalar, casi como un fardo, por entre las rocas, hasta un punto desde el que dominaba el cuadro de más cerca. Cuando emergió de entre los peñascos vio cómo el caballero, haciendo terribles molinetes con su hacha, sesgaba el hombro de uno de los criados de Arnaud, retrocediendo luego el brazo ágilmente para casi decapitar a uno de los escuderos.

Tomás apuntó con cuidado a la cabeza del jinete al tiempo que lanzaba un penetrante grito que quería remedar los alaridos de los almogávares; y dioses y santos, o el azar, premiaron su ingenio: aquel que le parecía monstruoso demonio volvió un instante la cabeza, y fue en ese instante preciso que una flecha rasgó veloz el frío aire de la mañana para ir a clavarse profundamente en la garganta de su destinatario. En cuestión de segundos el combativo gigante se desplomó.

Cundió entre sus seguidores el estupor, frenaron de momento su acometida; pero ya reaccionaba otro de los jinetes, quien blandiendo una descomunal espada y entre gritos y maldiciones arrancó frenético su caballo hacia el lugar en que se encontraba el ballestero. Mas tampoco los hados le fueron propicios, porque si bien tuvo la

oportunidad de descargar el acero sobre su enemigo, ya no fue sino con la inercia de un miembro que se acercaba a la muerte tan rápido como su dueño: esta vez la flecha vino a introducirse en un ojo del agresor cuando dejaba caer el brazo armado; tras vacilar unos segundos sobre la montura, cayó sordamente bajo las patas del animal.

Pero Tomás ya no pudo sentir la satisfacción de esta segunda victoria: la impetuosa acometida del caballero había logrado asestarle un duro tajo a lo largo del costado derecho, abriendo una herida desde el hombro a la cadera; perdió el equilibrio, se golpeó duramente contra las rocas y luego ya no tuvo más consciencia de lo que pasaba.

No podría decirse que la Combescure fuese una fortaleza, pese a su aspecto cuando se la contemplaba desde la lejanía. Levantada cien años atrás sobre las asperezas que dominaban un desfiladero fabricado por las aguas a lo largo de muchos milenios, surgía coronando aquel paisaje de montaña duro, violento, desolado. Realmente no consistía sino en una maciza construcción dominada por una corpulenta torre cuadrangular, sobre la coronación de un mar de rocas grises que parecían talladas a mano en lo más abrupto de los Corbières. Su aislamiento, su lejanía, fuera de los caminos habituales, habían permitido a Guilhaber, señor del lugar, mantenerse lejos de enfrentamientos con los nuevos poderes del Languedoc, sobre todo en cuanto a las disposiciones dictadas que obligaban a dismantelar este tipo de fábricas, una de las condiciones más firmemente impuestas desde hacía ya años, con miras a ir afianzando el poder real por encima de los privilegios de nobles y señores. Aquí fue donde vino a refugiarse la expedición tras el lamentable contratiempo de la emboscada, decididos a permanecer los días necesarios hasta recuperarse en lo posible de sus quebrantos.

Cuando Tomás recobró sus facultades y supo el resultado de tan desgraciado suceso, sintió lástima en lo profundo por las pérdidas sufridas, a la par que una orgullosa satisfacción por el protagonismo de su intervención, que bien podía considerarse decisiva, al decir de todos.

En efecto, y tal como ya avisara a Arnaud aquel pañero de Alet, después del encuentro pudieron comprobar que habían sido sus rencorosos enemigos personales, los señores de Authiers, quienes organizaron y ejecutaron aquella alevosa emboscada, donde perecieron, llorados por todos, dos caballeros occitanos y varios escuderos y servidores, y particularmente sentido por sus amigos, el bravo Berenguer Andreu. Sus cuerpos habían sido recogidos, trasladados hasta la Combescure, y a lo largo de una triste y lluviosa mañana, en el centro del patio amurallado, especie de barbacana del caserío, se les organizaron solemnes y extraños funerales —alguien dijo que tenían de la religión de los cátaros, y otro, que más parecían los ritos secretos que, según rumores, practicaban los caballeros de la orden del Temple. De todos modos, nadie pidió explicaciones al anfitrión, quien se encargó de disponer los actos así como de

dar honrosa sepultura a los muertos.

Por contra, fueron los dos belicosos hermanos Authiers quienes cayeron bajo la eficaz intervención de Tomás, con lo que el resto de los atacantes, tras abandonar a sus muertos y heridos —rematados éstos salvajemente por los vengativos y al fin triunfantes viajeros— huyeron en total confusión.

—En mi casa podréis permanecer todo el tiempo que os plazca —había dicho el *castellà*, viejo amigo, y quizá también deudo, del banquero—. No es probable que venga nadie persiguiéndoos hasta aquí, pues raras veces vemos extraños. De todos modos, la frontera está casi al otro lado de aquellos picos.

Los que tuvieron la fortuna de escapar ilesos del combate no tenían reparo en seguir camino; pero había media docena de hombres, entre ellos Tomás, tan malheridos que ponerse en marcha supondría sin duda sucumbir antes de alcanzar un refugio donde poder reponerse. El mismo Alvers mostraba una profunda cuchillada en un muslo, lo que parecía que iba a impedirle cabalgar durante algún tiempo.

—Soy de la opinión que no puedo estorbar los planes de ninguno por la desgracia propia —decidió el cambista—. Vos, Francesc, ya me tenéis manifestada vuestra necesidad de regresar a vuestra casa y poner orden en vuestros asuntos. Y lo mismo vos, Roger. Y vos, y vos —se dirigió a todos—. Como en pocas jornadas, sin apresurarnos, podemos estar en mis tierras del Rosellón, estimo acertado que cada cual parta a su destino, que yo y los otros seguiremos haciendo uso de la hospitalidad de mi pariente Guilhaber hasta que volvamos a sentirnos con fuerzas para emprender viaje.

Y así se hizo. Lastimosos y sentimentales fueron los adioses entre los que partían y quienes aún iban a permanecer en el Palau. Francesc de Malpás y su escudero no ocultaron la tristeza que embargó a ambos, hasta casi las lágrimas, aunque se prometieron mutuamente un pronto reencuentro. No volvieron a verse jamás.

Entre las propiedades que el *tauler* poseía en diversos lugares de la Confederación, ninguna como la que consideraba su verdadero hogar, el Mas d'Alvers: un caserón fabricado en piedra, alzado sobre un suave remonte en medio de una gran extensión de tierras situadas como a dos leguas de Elna; predio lindando con el caprichoso Tech, poco caudaloso en el estío y de efectos devastadores cuando traía sus arrolladoras crecidas. La vivienda, como era costumbre en las familias rurales, había ido agrandándose con el tiempo a la medida de las necesidades de sus moradores; de ahí que su arquitectura fuese anárquica, sin reglas, pero agradable de contemplar.

Con su gran sentido de la hospitalidad, lo primero que hizo el banquero fue acomodar lo mejor posible a los lesionados; a continuación hizo venir a un médico judío, experto cirujano, el cual se ocupó de atender a todos. Gracias a que eran hombres jóvenes y de robusta complexión y a que sus heridas no fueron de excesiva gravedad, ninguno corría peligro. El más resentido era Tomás, víctima de aquella

gran cuchillada que por fortuna no llegó a dañar órganos ni huesos, más profunda a la altura del hombro y la cadera; sin embargo, y a pesar de los ligamentos aplicados por sus compañeros en cuanto pudieron recogerlo una vez concluida la lucha, no se pudo evitar la hemorragia, de manera que su estado no era grave, pero sí de una extrema debilidad.

—Eres un hombre muy fuerte —le animó el físico—. No morirás de ésta.

En lugar de aplicar ungüentos y emplastos para conseguir la cicatrización, como era costumbre, el judío, acudiendo a extrañas artes que no dejaban de sorprender a los demás, sólo cuidaba de mantener la herida limpia, salpicándola en ocasiones de una especie de tierra verdosa de moho —como hacían los campesinos cuando se cortaban manejando una herramienta— y dejándola expuesta al ambiente lo más posible; así consiguió —y todos lo entendieron más cosa de magia que ciencia— verla sanar, al tiempo que obligaba al escudero a guardar reposo y alimentarse del modo que consideró adecuado: sustanciosos caldos, huevos crudos, carnes, pan de salvado y leche; dieta que Tomás, en verdad, nunca degustara en tales cantidades y con tanta frecuencia.

Pero todo parecía poco a la familia Alvers para cuidarle; porque la historia de su eficaz intervención, sin la cual, según decían sus compañeros, hubieran asesinado a todos, hacía que le colmasen de atenciones. Ello ocasionaba al nada comunicativo muchacho sentirse lleno de apuros ante una solicitud que más bien le embarazaba; quizás hubiera preferido, como cualquier animal del bosque, retirarse a lo más profundo de la espesura y cuidar de sí mismo.

Aunque sin duda lo que más le confundía era la asidua presencia de la hija mediana de Arnaud, Adalmodis. De ésta no podría decirse que fuera una muchacha bonita; y sin embargo, la dulzura de su carácter, la coherencia de sus razonamientos, su sencillez, y como principal adorno, una continua, amable sonrisa, combinadas con una cierta coquetería en el vestir junto a un discreto uso de los afeites, la hacían singularmente atractiva. Todo esto unido a una infinita piedad, bien lejos del pragmatismo de su padre.

El herido la trataba con gran respeto, asombrado de aquella cierta familiaridad que la joven le dedicaba, y las más de las veces deseó no verla aparecer, sobre todo al principio, aunque luego la costumbre le hizo apreciar y agradecer su presencia.

Así transcurrió un mes. Tomás, restablecido, empezó a plantearse el regreso a Malpás. Durante este tiempo no había tenido noticia alguna ni del *cavaller* ni de nadie; ignoraba cuanto pudiera acaecer más allá de las copas de los árboles, brillantes por una monótona y continua lluvia, y el distante reflejo de las aguas del río. Empezaba a sentir una cada vez más creciente incomodidad, en parte por el tan dilatado y desacostumbrado ocio, en parte por lo que consideraba abusiva prolongación de la hospitalidad que disfrutaba entre aquella amable familia que le

trataba casi como a un igual.

Maduraba sobre el modo en que plantearía a su huésped su necesidad de partir, cuando una tarde éste le envió recado para que se le reuniera. Le hizo sentar ante el gran fuego que ardía en la chimenea, y haciendo uso de sus maneras de hombre de negocios que no pierde su tiempo en divagaciones, fue directamente al grano. Empezó diciéndole cuánto le agradaban, tanto a él como a su familia, aquel su comportamiento serio y decidido, valeroso y cabal; que nunca iban a olvidar —e insistía sobre lo que Tomás empezaba ya a considerar como algo lejano, cuya intervención tampoco habría sido tan crucial— su ingenio y su valentía en aquel combate empeñado con sus enemigos, que salvaron, indudablemente, tanto a él como a cuantos sobrevivieron a la emboscada, de morir; y luego, tras el panegírico, reveló el verdadero fin de aquella conversación. Se trataba de su hija Adalmodis, quien había desvelado el secreto sentimiento que le había despertado el hombre a quien consideraba salvador de su progenitor, sentimiento que la muchacha había confesado a su madre: estaba enamorada del escudero. Arnaud, al saberlo, quería a su vez conocer el parecer del mozo, ya que ante esta situación no estimaba adecuado el que ambos jóvenes vivieran bajo el mismo techo. Terminó invitando al escudero para que le comunicara su apreciación sobre tan delicado asunto, y al final:

—Si mi hija te despierta alguna pasión, no tendré reparo alguno en que te desposes con ella, que sé eres hombre de bien. Lo demás correrá de mi cuenta.

Confuso por aquellas palabras, Tomás se sintió extraño a lo que sucedía, como si todo lo que acababa de oír se refiriese a otro y no fuera Tomás del Torrent el personaje que, sentado ante el fuego, se imponía de tan increíble situación, en la que de nuevo aparecía como uno de los principales protagonistas.

Al final hizo como siempre que un asunto arduo le martilleaba sin saber qué partido adoptar:

—Lo he de pensar, señor.

Se casaron dos meses más tarde, y fue un matrimonio tan feliz como pueda entenderse la felicidad conyugal en cualquier época. Tomás demostró ser un buen administrador de las tierras de su suegro, tornó su espíritu inquieto en sedentario y hasta fue capaz de iniciar con buena mano la explotación de unas canteras de calizas que la familia poseía en la vecino Trouilles, muy cerca de donde la poderosa orden del Temple alzaba una de sus casas más principales, la Mas Deu.

Tuvieron quince hijos. El último fue bautizado con el nombre del santo obispo de Tours: Martín.

XIII

Martín

Por supuesto que nunca fue consultado sobre los designios paternos respecto a su persona. Su infancia transcurrió feliz bajo la dulce vigilancia de una madre cuyo espíritu se prodigaba lleno de afectos para cuanto la rodeaba, ya fuesen sus familiares, los criados o la misma naturaleza. En alguna ocasión raras veces, porque su padre, hombre poco hablador, menos aún se le ocurriría hacerlo en son de chanza, oyó decir a éste:

—Más parecéis una de esas mujeres de los cátaros, que jamás osarían matar ni un conejo, que así se lo prohíbe su religión.

Y es que su madre era toda bondad, y sin duda lo que más lejos estaba de su pensamiento era apartarse un ápice de lo que ordenaba la Iglesia: así, desde que su hijo empezó a adquirir consciencia de cuanto lo rodeaba, es decir, a pensar y comprender, jamás faltó día sin que influyese en su ánimo despertando e incentivando sus sentimientos para lo que ya estaba decidido, quizá, desde antes de que naciera.

De aquellos primeros años de su infancia guardaba unos recuerdos imprecisos; lo mismo le venían a la mente escenas, frases, momentos que recreaba con toda nitidez, como se le quedaban en profundo vacío largas etapas de su vida. A su padre siempre lo vio distante, silencioso, como ajeno a todos, aunque con el tiempo llegó a adivinar su verdadero carácter de hombre observador, intuitivo, como en permanente guardia, en un estar siempre a la defensiva; pasaban los años, y en lo físico a él le parecía no apreciarle cambio alguno: siempre con aquel aspecto fornido, vigoroso, ágil, tan en contraste con el dulce aire de su madre.

De manera igualmente confusa miraba a sus hermanos, ya que la diferencia en años, unida a los vientos que soplaron para unos y otros, habían hecho, de los más, ignorados desconocidos, y del resto, casi todos personajes inaccesibles a su entendimiento. Porque de los siete varones y ocho hembras nacidos del matrimonio del escudero Tomás y la burguesita Adalmodis, los dos que precedían a Martín se fueron prematuramente a gozar las bienaventuranzas celestiales a poco de asomarse a contemplar el mundo con su mirar ambiguo; las muchachas mayores se distribuían entre las casadas con hombres cuyos destinos las alejaron del país, y dos que optaron por desposarse con el Señor Jesucristo; otras dos más jóvenes entraron al servicio del veguer de Vilafranca, de donde saldrían para hacer, sin duda, un casamiento

aceptable.

Entre los varones, el mayor —casi un gigante extranjero para la mente del niño— se ocupaba del patrimonio familiar, cuya mayor parte le pertenecería por ser el *hereu*, de acuerdo con la costumbre. Los dos que le seguían optaron por dedicarse en armónica sociedad al comercio de paños, bien reputados desde Barcelona y Montpellier hasta muy al interior del reino de Castilla; habituales en los mercados de Xalo —Châlons— y Sencantí —Saint Quintin—, en ocasiones viajaban hasta Génova o Venecia, y por lo menos una vez al año visitaban a sus proveedores de los reinos moros de al-Ándalus, lo que les obligaba a aparecer muy de tarde en tarde por el solar de sus mayores. Había asimismo un monje benedictino perdido en la lejanía de algún monasterio germano, y finalmente dos gallardos jóvenes entrados al servicio de la más poderosa y noble orden de la caballería: la de los *Templarii milites*, una de cuyas casas tenía asiento en la vecina Elna.

Lo que jamás olvidó fue aquel desamparo, su terrible abatimiento al sentirse abandonado por sus padres en aquella mañana lluviosa, bajo la tutela del maestrescuela del cabildo catedral. Meses de escondidas lágrimas, de íntima tristeza, y sobre todo, con una intensidad que amargaba cada momento de sus días, de nostalgia de su madre. Mucho le costó vencer la congoja, la incertidumbre, los miedos, al verse en un ambiente desconocido que se le antojaba hostil, enfrentado de golpe a un nutrido conjunto de extraños, tanto maestros como condiscípulos, donde a los caprichos y mimos sucedía una cosa hasta entonces ignorada: la disciplina; y entre tanta mudanza, la necesidad obligada de la convivencia junto con el incontestable sometimiento a unas estrictas reglas y horarios.

Luego, poco a poco fue haciéndose a la nueva realidad. Tras muchas noches de vigilia su ánimo terminó acomodándose y disponiéndose, con la natural suavidad en un niño al que sus hábitos de la primera infancia habían dado una condición dócil, lo que le llevó a adaptarse al irremediable apartamiento de lo que había significado su vida hasta entonces.

Desde muy pequeño ya adivinó cuál había de ser su futuro, avisado y animado por aquellas piadosas conversaciones con su madre, quien desde bien temprano supo despertarle, si no una vocación, sí algo parecido a un entusiasmo ante el privilegio de, un día, dedicar su vida al servicio del Señor, formando parte de los elegidos para estar más cerca de los santos y del mismo Jesucristo. Su mente estaba llena de relatos maravillosos, de milagros, de apariciones y de los nombres de tantos héroes que jamás ciñeron espada ni lanza para defender la fe, ni adarga para protegerse del enemigo impío. ¿Cabría mayor felicidad que la de estar un día junto a aquellos bienaventurados?

Comenzó, pues, a iniciarse en los rudimentos de la educación. Lo primero, enseñarse a descifrar aquellos difíciles signos que luego formaban palabras; conocer y saber contar en el debido orden los números, y luego garabatear ambos en la tablilla, lo que significaba un verdadero esfuerzo de atención y pulso, con el

trasfondo temeroso de la opinión del maestro, quien nunca parecía contento con sus ejercicios. La base principal del estudio era la *Ars Grammatica* en su versión *minor*, de permanente actualidad pese a haber sido compuesta, hacía ya siglos, por Elio Donato, por cuyo nombre se la conocía, que tanto profesores como alumnos la llamaban así, simplemente, «el Donato». Luego, siguiendo el recitado cantarino del maestro, había que aprenderse el salterio y la doctrina sagrada en latín, canturreo del que nadie entendía una sola palabra, pues que ninguno de los pequeños oyó jamás, fuera de cuando iba a la iglesia, expresarse en tan rara jerigonza; y a cantar diariamente en desafinado coro los versos didácticos que aparecían en la *Chartula* — la cartilla— escrita en latín por un monje benedictino de Cluny, Bernardo de Morval, sin otro objeto que fustigar todo cuanto podía entenderse como apetitos y deseos pecaminosos. Tenían además largas homilías sobre comportamiento y moral, en las que continuamente les recalaban y remachaban en contra de los peligros mundanos, la vanidad, las tentaciones y los vicios, insistiendo sobre todo en los de la carne, lo que causaba cierta perplejidad en los más inocentes, que atribuían a indigestiones y dolores de tripa la templanza carnal, mientras en los más crecidos despertaba curiosos interrogantes y sonrisas y miradas cómplices; y los rezos, que se hacían asimismo en latín, sonando a toda la clase como algo exótico donde se guiaban por los acordes y la rima.

Pero indudablemente lo que ejercía enorme influencia sobre las tiernas mentes de los niños eran las periódicas charlas sobre temas religiosos, que con rutinaria perseverancia constituían el meollo de su formación. A ellas asistía todo el colegio, dándose al menos una vez por semana, aparte de las que podían surgir si se conmemoraba alguna efemérides de la Iglesia. Los temas escatológicos afluían con harta frecuencia en estas prédicas, donde los novísimos se explicaban del modo más sencillo, buscando el que todos pudieran entender su sentido sin lugar a equívocos, siempre cargados de tintes que llenaban de pavor al auditorio al oír de las inquietantes postrimerías —muerte, juicio, purgatorio, infierno y gloria—, pintadas de manera que cada palabra se clavaba como un dardo en el pensamiento de cualquiera de los escolares, desde los más pequeños a los que ya andaban por los grados superiores. Generalmente de esto se encargaba un sacerdote ya entrado en años, personaje de rostro severo al que jamás se vio sonreír, de quien decían que en la excitación de su verbo y por permisión del Espíritu Santo, sus ojos en ocasiones despedían chispas: cosa que algún pupilo afirmaba seriamente haber sorprendido más de una vez, cuando el orador jugaba con aquella voz llena de altibajos, que obligaba a la audiencia a permanecer en continua atención. Sin duda, asistir a una plática del padre Mateli significaba retirarse con los ojos brillantes, conteniendo las lágrimas, el corazón encogido por la certeza de haber ofendido al buen Jesús.

De este modo se ocupaban las jornadas de las dos docenas de párvulos, muchos, hijos de terratenientes, de burgueses y hasta de caballeros, aunque la primera intención al crearse las escuelas de la Iglesia fuera formar a los vástagos de familias

pobres y sin recursos. Éstos —más de la mitad del alumnado, tanto en el parvulario como entre los mayores— gozaban de privilegios vedados a los ricos, pues si la educación se impartía gratuitamente, los hijos de familias pudientes habían de pagar el internado.

Para Martín, como para todos, una de sus primeras pruebas consistió en someter el metal de su voz a la docta opinión del maestro de coros, sin cuya aprobación hubiera tenido que someterse a un severo adiestramiento; dado que la enseñanza que se daba en la escuela catedral iba primordialmente dirigida para en el futuro dar servidores a la Iglesia, si el chantre detectaba durante los oficios una atonía en el canto, las consecuencias podían ser decepcionantes, puesto que desde hacía casi seiscientos años, en el Octavo Concilio de Toledo se dictaminó que todo el que no fuese capaz de cantar himnos, antífonas o salmos, no se podría ordenar. Martín no tenía mal oído, y su vocecilla aguda, con el ejercicio y una buena aplicación, sin duda habría de hacer un buen papel en el futuro.

Toda esta didáctica, necesario es repetirlo, era impartida bajo la rigidez de una severa disciplina donde cada falta, cada error, travesura, rebeldía, desobediencia, recibía de inmediato su castigo; era norma que no transcurriera una semana sin que todos y cada uno probara en la mano —o en ambas— el agudo escozor de la férula, que arrancaba penosas lágrimas al más templado.

Al iniciar el siguiente curso hubo de enfrentarse a otro problema: la iniciación al estudio y ejercicio para hablar la vieja gloriosa lengua del Imperio, el latín. El que se enseñaba era aquel latín ya bastardeado desde hacía siglos y del que usaba la gente dedicada a ciertos oficios —notarios, escribanos, físicos, clérigos, algún comerciante—, es decir, el ya vulgarizado *sermo plebeius*, que era el que se daba en todas las escuelas de la cristiandad europea, misión que generalmente se encomendaba a un profesorado poco ducho, licenciados que cobraban bien aquel modo de hacer degenerar la pureza de la lengua. Pero esta asignatura se consideraba de lo más primordial y, degenerada o no, había que esforzarse en aprenderla; y componer, traducir, hablar. Al chiquillo, aun sabiéndolo, le parecía absurda esta insistencia de la Iglesia, máxime cuando su madre le contó una vez que el mismísimo rey Jaime hablaba lemosín, «como todo el mundo». De modo que así se le ocurrió comentarlo con un compañero, y llegada su ingenua observación a oídos del celoso maestrescuela, éste le amonestó con cierta severidad:

—Martín, se te acogió en esta casa porque recibas una formación que puede convertirte, si al final muestras debida devoción, en un fiel servidor de nuestra religión. Pero recuerda que el Señor sólo te concederá su gracia si cumples, siempre, con lo que manda nuestra Madre la Iglesia por boca de cada uno de los Santos Padres, que la vienen rigiendo desde un principio por la voluntad de Dios. Esto no deberás olvidarlo jamás.

Como correctivo le impuso copiar veinte veces los versículos diecinueve y veinte del Libro de Isaías: «Si quisierais y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisierais y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada, porque la boca de Jehová lo ha dicho».

Lo que no significa que el pequeño sufriera ningún tipo de acoso por parte de sus enseñantes; al contrario: éstos valoraban y justipreciaban con satisfacción los aprovechamientos de su alumno, el cual no sólo manifestaba una inteligencia receptiva y de razonar bien aceptable, sino que en cuanto miraba a la religión, sus muestras de piedad, fruto indudable de la influencia materna, se mostraban ahora de tal modo que merecían el abierto aplauso de sus maestros.

—¿Acaso tú, cuando llegue el momento, profesarás? —le había preguntado uno de sus condiscípulos.

Casi sin pensarlo respondió:

—Me gustaría... ¡Tengo tanto miedo de arder en el Infierno!

Cada mes su madre le hacía un par de visitas; en ocasiones, no en todas, su padre la acompañaba. Días antes ya andaba preso de nerviosismo, y luego, el pesar de la separación le duraba hasta que la disciplina escolar se imponía, obligándole a observar un comportamiento conforme con sus aspiraciones de futuro.

Una de aquellas veces Adalmodis se apareció radiante. Charló mucho con su hijo, y en contra de lo habitual, sin demostrar tristeza alguna cuando se despidió, quiso dejar flotando una especie de enigma que parecía sonar bien alegre:

—Creo que muy pronto nos llegará gran noticia, y de ella saldrás beneficiado si así lo quiere nuestro Señor, hijo mío.

Esto dejó al pequeño lleno de curiosidad e incertidumbre.

Sin que transcurriera mucho tiempo después de tan misteriosas palabras, un día se anunció a los alumnos que al domingo siguiente se oficiaría una solemne misa votiva de rito pontificio-episcopal, en acción de gracias por la gran noticia que acaba de transmitirse a toda la cristiandad: la elección para ocupar el trono de san Pedro, tras la muerte de Urbano Cuarto, del que hasta aquel momento había sido cardenal y obispo de Santa Sabina. Se contó que el nuevo pontífice procedía también del país de los francos, como su antecesor, y que en el mundo fue un inteligente abogado que, entrado en religión, había asumido la gran responsabilidad de convertirse en Vicario de Cristo, poniendo así fin al enojoso pleito que durante cuatro meses mantuvo al mundo católico sin su máximo representante, culpa, como tantas veces, de los intereses, las políticas, las presiones y las rivalidades de todos y cada uno de los componentes del colegio cardenalicio.

Entre los personajes del entorno del que acababa de coronarse papa con el nombre de Clemente Cuarto figuraba un fraile predicador, un maestro en leyes natural del Rosellón, fray Bertrán Oliver, quien por su abuela materna estaba emparentado con los Alvers. Martín tenía vagamente oído de la existencia de aquel lejano pariente de su madre, al cual no había visto jamás; tampoco le impresionó demasiado cuando

Adalmodis, en una de sus visitas, con una mirada que rebosaba confianza y satisfacción, le informó del nombramiento de su deudo como uno de los principales funcionarios de la curia romana, en la Cancelaría Apostólica, cerca del cardenal-canciller de San Lorenzo in Dámaso.

Entrado el curso siguiente y cuando apenas si empezaba a deletrear con alguna soltura, el profesor de gramática, *dom* Raimund, llegó a tenerle en tanta estima que con frecuencia, y mientras duraba la clase, le distinguía invitándolo a subir al estrado, donde de pie y ante un atril que soportaba un descomunal volumen de la *Legenda aurea*, de Varaggio —que se tenía como precioso regalo del autor— leía trabajosamente en voz alta y monótona las vidas de los santos; documento escrito en un lenguaje farragoso, cansado, sin interés; lectura a la que no atendía absolutamente nadie y de la que él mismo no retenía una sola palabra de tan tedioso relato, mientras la clase seguía del todo ajena a su trabajo.

Uno de sus compañeros le había preguntado, con cierta sorna:

—¿Acaso no te irrita leer esas historias que no escuchamos ninguno, y me parece que ni a ti mismo interesan?

Pensó unos segundos la respuesta. Se sintió en cierto modo avergonzado de la observación, como si le hubiesen descubierto la intimidad de un secreto que creía bien guardado. Luego:

—Cierto que esa lectura me aburre, y casi diría que me enoja, de lo que al momento me siento arrepentido. Pero me dijo el padre confesor que debo aceptarlo como un sacrificio en el camino para ganar el Cielo.

Y el otro, entre curioso y asombrado:

—Tú te quedarás en la Iglesia, ¿verdad?

Sintió que se ruborizaba al contestar:

—Pienso que lo mejor, si quieres salvarte, es quedar al servicio del Señor. Eso es lo que se nos dice de continuo, ¿no?

Con lo que tanto el profesorado como sus compañeros, a tenor de los frecuentes similares razonamientos del chiquillo, empezaron seriamente a considerarle un futuro servidor del Señor Dios.

No transcurrió mucho tiempo sin que, autorizado por sus padres, le preparasen para el acto formal por el que iniciaría su sagrada vinculación a la Iglesia. Cuando su maestro lo consideró conveniente, activó, visiblemente satisfecho, los preparativos para la ceremonia, de modo que una mañana la catedral se llenó de fieles asistentes a una misa que oficiaría el reverendísimo Berenguer de Cantallops, ordinario de la diócesis, durante la cual cinco niños, entre ellos Martín, iban a recibir la primera de las órdenes sagradas, la *prima tonsura*, ceremonia por la que se ofrecían para dedicar

sus vidas a los divinos misterios de la religión. Padres, parientes y amigos atendieron con impaciencia al sacrificio, hasta que después del *Kyrie* hicieron su aparición los aspirantes, vistiendo hábito talar, una vela en la mano y el roquete recogido. Avanzando con cierta timidez, emocionados, se fueron acercando al altar, mientras resonaban en el templo los cánticos del Salmo Quince de David. Luego, a cada uno se les fue cortando parte del cabello haciendo la señal de la cruz, y tras nuevas oraciones y salmos, los ordenados fueron revestidos con la sobrepelliz.

A partir de aquel momento serían considerados ya clérigos, con todas sus responsabilidades y bendiciones, obligándose por las promesas a que los exhortaba la epístola de san Pablo que acababan de escuchar «a vestir al nuevo hombre que es criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad».

XIV

Martín no supo penetrar del todo lo que significaba aquella ceremonia por la que en su nombre lo prometían para servir a la Iglesia. Pero su madre se encargó, radiante de alegría en cada una de sus visitas, exultante, de hacérselo comprender, terminando invariablemente por dedicarle el mismo o parecido discurso:

—Hijo, en ti hallo el gran regalo que esperé durante toda mi vida, que apenas nacido lo estuve rogando a Dios nuestro Señor, y a *dom* Jesucristo, y a su divina madre, y a todos los santos... Porque, no sé, pero algo me dice en el corazón que estás llamado a grandes cosas... Sí, Martín, hijo mío: tú serás mi gran consuelo en los últimos días de mi vida, que se lo pido de continuo a la Santísima Virgen...

—Madre, ¿es que piensas morir? —preguntaba ingenuamente el niño, alarmado por las exageradas palabras de la ilusionada mujer.

Fue al año siguiente cuando cobró consciencia del sesgo que ya se aparecía como el de su vida presente y futura. No era infrecuente en el alumnado que muchos abandonaran la escuela antes de completar unos sencillos, simples estudios primarios; la mayoría volvía a sus casas llamados por las necesidades familiares —ayudar a la economía paterna, necesitada siempre de brazos para sacar adelante las tierras sin excesivos gastos—; otros, aun con sus rudimentarios conocimientos, marchaban a emplearse como pajes de algún burgués en cualquiera de las ciudades de la corona, cada vez más ricas, a Perpiñán, a Narbona, Barcelona o Montpellier; muchos, con apenas doce años, a enrolarse en la mesnada de cualquier empobrecido señor, que no escaseaban rebeldes e inadaptados miembros de la nobleza dispuestos a vender sus servicios donde se los pagaran; aunque más atractivas eran aún las noticias que circulaban sobre los preparativos que, animados por el piadoso espíritu del rey de Francia, se disponían para emprender una nueva Cruzada, con todo cuanto de beneficios podían obtenerse en este tipo de empresas si había un poco de suerte; y si no quedaba otro recurso, siempre estaría, para quien disfrutase de un ánimo aventurero, el irse a engrosar alguna de las numerosas partidas de bandoleros que pululaban por todo el continente, donde cabía la posibilidad de hacer fortuna por procedimientos más rápidos y quizás menos peligrosos que enfrentando al moro. Todos, naturalmente, engreídos por sus conocimientos, aunque fuesen menguados, salpicando frases en latín y prestando saberes tan importantes como poder interpretar cualquier documento, y hasta redactarlo.

Pero Martín seguía caminos distintos. Una mañana de domingo la catedral se llenó de

gente interesada por algún motivo en la ceremonia que iba a celebrarse: deudos, parientes, amigos, vecinos y notables de la región, entre los que aparecía Tomás del Torrent acompañado de su emocionada mujer, varios de sus hijos, sus mujeres, algún nieto, algunos criados...; todo el mundo en espera del inicio del acto, entregada a deambular impaciente a lo largo de la nave central, apoyándose en los pilares cuando el cansancio les pedía este alivio o en conversación por las naves laterales; los que se acercaban hasta el altar hacían distraídos y admirativos comentarios por aquel exorno, abundante en luces y flores, o por el brillo del oro y la plata en candelabros y demás objetos sagrados, así como por las que se adivinaban ricas alfombras; y, naturalmente, por el trono, con dosel, que ocuparía el *venerabilis* Berenguer de Cantallops, de nuevo en el camino de Martín hacia su entrega a los oficios sagrados. Porque iba a celebrarse una misa de pontifical, expresamente dispuesta para conceder órdenes a media docena de personajes que todavía mezclaban pensamientos píos con juegos y travesuras de niños.

Apareció finalmente el obispo, vestido de roquete y capa, seguido del capítulo de canónigos; subió enseguida a ocupar su trono, rodeado de un nutrido grupo de ministros y acólitos, y empezó la ceremonia.

Alternando las oraciones con los himnos que entonaba el coro, entre tanto ya habían hecho acto de presencia los protagonistas, vistiendo la sobrepelliz, cada uno portador de una vela, esforzándose por mantener un paso solemne cuando avanzaron hasta llegar a las gradas de acceso al altar. De este modo continuó y fueron sucediéndose los ritos de la liturgia, rezos contestados por las frescas voces que cantaban antífonas y salmos, hasta que cuando el maestro de ceremonias lo dispuso, en medio de un respetuoso silencio, se escuchó la lectura que el notario, con voz monótona, hizo acerca de las prescripciones de costumbre referidas al acto; seguidamente se adelantó el arcediano, pronunciando en voz muy alta el nombre de cada niño y la orden que se le iba a conferir. El último, Martín, que se ordenaba de acólito; por aquella solemnidad recibía al mismo tiempo el ostiariado —guardián de las puertas del templo—, el lectorado —lector de los libros sacros—, y la ordenación como exorcista, que le facultaba para expulsar a los demonios en el nombre de Dios; al ordenarse de acólito, todo le conducía ya hacia las sagradas órdenes mayores.

Nuevamente la voz sin matices del notario:

—Martín d'Alvers —llamó.

—*Adsum*^[13] —se oyó apenas la vocecilla del pequeño. Y fue a arrodillarse, esperando que el prelado actuara con el ritual de costumbre.

Éste le presentó el candelero con una vela y las vinajeras, para a seguido pronunciar un largo y convencional discurso donde le recordaba que desde aquel momento quedaba destinado al servicio del Señor; a continuación se dirigió a la concurrencia en petición de unir sus ruegos para que el recién ordenado cumpliera fielmente su compromiso con la Iglesia. Se cantó luego la Epístola y continuó el larguísimo y complicado ceremonial, hasta que el obispo regresó a su trono y con las

oraciones de costumbre terminó la emotiva función.

Ahora, tras recibir las órdenes menores, lo que podía considerarse el verdadero camino para una total entrega a la religión, puesto que la simple tonsura no era tenida por la mayoría de los teólogos sino como un aceptable ofrecimiento, pero no mucho más, Adalmodis no dejaba, en cada una de sus visitas, de invitar a su hijo para que perseverase en acrecentar su fe, animándolo para la práctica de ejercicios piadosos, desentendiéndose si se rezagaba en composición o en los números, entusiasmada cuando lo sabía cada vez más interesado en las Escrituras, o de la asiduidad con que frecuentaba los sacramentos.

Como quiera que el cabildo catedral proyectaba la construcción de varias capillas en la nave del templo orientada al mediodía, intentaron sus padres, por la insistencia de la ilusionada Adalmodis, adquirir una de ellas y dedicar sus beneficios para el hijo; mas como surgiesen obstáculos en conseguir este objetivo, por habérseles adelantando otros feligreses, su madre trató de consolarlo con frases a tenor de:

—Tú no has de preocuparte, que tendrás tu capilla catedral, te lo aseguro — ignorando que el pequeño no tenía necesidad de que le confortasen en tal sentido, ya que eran otros los asuntos que le inquietaban.

Por ejemplo, cuando se le ocurrió solicitar del eclesiástico que explicaba los Libros Sagrados una licencia para conocerlos, no en las edulcoradas y poéticas versiones que se dictaban en los ejercicios en clase, a modo de encantadoras sagas que llenaban la imaginación de los niños, sino directamente, del original que se guardaba como uno de los tesoros de la seo; a lo que éste, con toda suavidad, le explicó:

—Martín, antes de leer la Sagrada Biblia en sus textos habrás de profundizar en el estudio de la lengua, dominarla; sé que todavía compones y traduces mal. No estás preparado para comprender todo el sentido de lo que tradujo san Jerónimo para nuestro conocimiento, eres todavía muy pequeño, y aun llegado el momento en que puedas leer las Sagradas Escrituras, necesitarás años y años de aplicación y estudio hasta que tu razón las comprenda, porque es su fondo misterioso y difícil de penetrar, como que están inspiradas por el mismo Dios nuestro Señor; complicadas hasta para quien dedica a ello toda su vida, por muchos de sus párrafos que hay que saber interpretar sin caer en equívocos, llenos de alusiones y alegorías para cuya comprensión y recto entender hay que estar altamente preparado, y no sólo en el conocimiento del lenguaje, como te he dicho, sino muy particularmente en su intención.

Todavía argumentó pacientemente con el curioso discípulo, queriendo persuadirle para que se resignase a aceptar de buen grado los relatos que diariamente dictaba al alumnado con su correspondiente explicación, lo que estimaba suficiente para que se diera por satisfecho. Finalmente, y como deferencia especial, lo invitó a acompañarle

hasta el sólido armario donde se guardaban los tomos del Antiguo y del Nuevo Testamento, voluminosos ejemplares de la *Vulgata*, protegidos por gruesas tapas de madera policromada a las que guarnecía una variada colección de piedras preciosas sin labrar: granates, zafiros, rubíes, turquesas...

Pero lo cierto era que la escuela catedralicia empezaba a servirle ya de poco. Debido a las prisas de la Iglesia por aumentar sus centros de enseñanza, empezaba a escasear el profesorado, por lo que, para cubrir esta necesidad, el cabildo de la seo de Elna, como los de otras ciudades, contrató a una serie de clérigos, maestros en diversas ciencias, que iniciaron los primeros contactos con el alumnado e incluso atendieron las primeras clases de su asignatura. Mas, a poco, éstos fueron acordando con jóvenes licenciados, de una preparación insuficiente, que los sustituyeran, dedicándose los avispados titulares a otros menesteres que les interesaban o atraían más. El resultado fue caer en un proceso educativo pobre en iniciativas, que no provocaba en los discípulos demasiado interés y menos entusiasmo; en suma, un decaimiento de la enseñanza que los escolares, aun con su mentalidad infantil, intuían, sintiéndose vacíos y sin apenas alicientes.

Martín lo comentó un día, incidentalmente, con su madre. Ésta, despreocupada por cuanto no fuese lo que atañía directamente a las prácticas religiosas, no dio demasiada importancia a las inquietudes del pequeño. Pero se permitió comentarlo con su marido, y Tomás sí se inquietó hasta romper con su acostumbrada aparente despreocupación de las cosas y declarar a la mujer:

—Yo no supe nunca leer, ni escribir, y mi instrucción no fue sino la de ir por la vida y aprender de oír y ver. Nuestros hijos se mueven bien por el mundo gracias a sus propios afanes, que nunca me preocupé de señalarles camino, pues que si lo quisieren, aquí comerían y vivirían sin fatigas, con suficiente holgura. Pero Martín es distinto. Ese niño quiere saber, y eso a mí, que envidié de siempre al que entiende lo que dicen los libros, que enseñan a conocer multitud de cosas que a uno le están vedadas, me pesaría como gran pecado no poner medios para que aprenda y llegue tal vez a sabio. O si fuese lo que vos preferís, a papa. Pues que todo no se resuelve confesando y recibiendo al Señor Dios a diario. O al menos, así es mi entender.

Adalmodis no supo nunca de qué medios se valió su esposo, pero cuando en octubre empezó el siguiente curso, Martín ya no figuró entre los educandos de la escuela catedralicia, sino en la que en su convento tenían establecida aquellos inquietos frailes, los predicadores, cuyo interés parecía estar dirigido a formar un ejército de disciplinados defensores de la doctrina de Jesucristo, bien instruidos y con tan amplios conocimientos como para no dejarse apabullar por los discursos de cualquiera que intentase contrariar los dogmas de la fe católica.

La casa que albergaba a la comunidad dominica en Elna era un amplio edificio en cuya arquitectura, todavía, se reflejaba algo del estilo cisterciense que durante tanto tiempo se impusiera en todo el occidente europeo. En ella residían aquellos frailes mendicantes cuya Orden, a los cincuenta años de su fundación, había crecido tanto en número como en popularidad desde que el genio de un castellano que se llamó Domingo de Guzmán, pusiera en marcha aquellas milicias de fervorosos apóstoles dedicados, casi exclusivamente, a predicar la fe en Cristo y a extirpar las herejías; podía afirmarse, sin error, que habían llegado a convertirse en la fuerza más entusiasta y combativa de la Iglesia.

El convento de Elna, enclavado en la misma ciudad —inteligente medida adoptada por la Orden desde sus comienzos: mantener un permanente contacto con el pueblo y vigilar que ninguna oveja se descarriara—, no disponía de escuela para niños y jóvenes, porque su principal misión consistía en enseñar a muchos clérigos, aun de otras religiones, sobre todo a sacerdotes y párrocos del clero secular, cuya carencia de la instrucción más elemental los obligaba a acudir a los dominicanos para aprender de estos eruditos de la Iglesia cuestiones tan elementales como los mandamientos, los pecados —y su clasificación— y los sacramentos; siempre empleando técnicas de memorización, de rimas, sin profundizar demasiado en el sentido de cada lección, que ya cada cual sacaría sus conclusiones. Lo que sí merecía destacada atención era la preparatoria de neófitos, celosamente encargada de instruir, fomentar y guiar las vocaciones de cuantos se acercaban con la ilusión de pertenecer a la Orden, cuyo número crecía por momentos.

Ingresado Martín en la casa, inició su preparación bajo la responsabilidad de un estricto e intransigente maestro. Sus jornadas empezaron a transcurrir dentro de un sistemático estudio de cuanto atañía a los objetivos que el concurso de postulantes pretendía alcanzar; desde luego, frecuentar los sacramentos y conocer las Constituciones de la Orden; después, instruirse y preparar inteligencia y voluntad con vistas a las renunciaciones que habrían de hacer en cuanto a la vida en el siglo, para a cambio conquistar los bienes espirituales que les proporcionaría el formar parte de las milicias de Jesucristo; y fortalecer el ánimo en contra de cuando pudiera estorbar lo que no fuera entregarse por completo al fin perseguido, es decir, impregnarse totalmente de la doctrina para un día salir al mundo y predicarla a las gentes, defendiéndola incluso con la vida. Luego, como imposición de lo más imperativa estaba el compromiso por el que habrían de considerarse sometidos, siempre, a una absoluta y rígida obediencia. Por encima de cualquiera de los votos que en su día habrían de formular, el primero de todos era éste: la obediencia.

Lo cual no significa que cuanto antecede hiciera creer a los jóvenes aspirantes que en tales fines concluía su dedicación; porque con frecuencia ya se encargaba el maestro de repetirles que una vez dominados deseos, pasiones, vicios, tentaciones, y

lentos de la vocación que la gracia de Dios les inculcase, con la que podrían estar capacitados para profesar, tendrían que esforzarse para adquirir una formación tan amplia como sus posibilidades intelectuales les permitieran en cuanto a saberes de artes y de ciencia, filosóficos, de oratoria, capaces de presentarlos ante el mundo como abanderados de una religión donde cada uno de sus componentes se apareciera plenamente convencido de sus argumentos, haciendo sus exposiciones con el empleo del lenguaje adecuado, razonando con autoridad científica ante ciertos auditorios, utilizando el lenguaje del pueblo llano cuando fuese necesario y siempre enseñando un espíritu a tono con los tiempos: moderno, alegre, convincente.

Como exótica novedad, tres veces por semana acudía Martín a las lecciones en lengua árabe que impartía un hermano lego murciano; otros internos aprendían el hebreo de un judío converso. Ello, dada la finalidad de la Orden, tenía su plena justificación, tal que les repetía con machacona insistencia el maestro de acólitos:

—Recordad que nuestra primera misión ha de ser predicar la doctrina, tal como lo señalan nuestras Constituciones: *Specialiter ob praedicationem et animarum salutem*^[14] por lo que muchos de vosotros se verán alguna vez ejerciendo su ministerio en tierras de paganos, o discutiendo los extravíos de quienes desafían la verdad de Jesús. Para ello es del todo indispensable conocer la lengua de esos infelices.

Ahora, venerables nombres que antes le sonaron a remotos personajes empezaron a hacerse cercanos y familiares. El primero de todos, aquel gran artífice creador de la Orden, el santo Domingo de Guzmán, de quien se contaban la gran cantidad de hechos sobrenaturales que habían jalonado su vida de apóstol, lo que evidenciaba una deferencia especial por parte de las potencias celestiales; los sueños en los que se le aparecieron Jesucristo, la Virgen, los santos Pedro y Pablo; sus milagrosas levitaciones; la resurrección de muertos, aparte de una vida austera, piadosa, totalmente entregada a Cristo, lo que al parecer le atrajo tan virulento odio de los poderes infernales que un día el mismo Satanás le arrojó un pedrusco, conservado por la Iglesia en el convento de Santa Sabina... Y estaban además aquellos venerados Juan de Wildeshausen, Hugo de Saint-Cher, Humbert de Romans...; en el ejemplo de sus vidas, de su fe, de los prodigios que la divinidad obró siempre en sus personas, estaba el espejo en que cada uno de los novicios debería fijarse, con las miras puestas para un día imitar en lo posible a tan admirables varones, como ya lo hacían aquellos respetados hermanos cuyos hechos llenaban de satisfacción y orgullo a la Orden: Raimundo de Peñafort, Alberto Magno, Tomás de Aquino y tantos otros de menor renombre.

Pero siendo la fe cristiana en su conjunto lo que animaba el pensamiento de la religión dominica, existía en ésta una especial dedicación que se manifestaba en todo momento y que tuvo sus orígenes en el propio fundador, y era su particular devoción a la Virgen. Porque fue ésta, desde un principio, la inspiradora que con sus apariciones, su influencia, originó la creación de la Orden. Es por ello que como

especial ejercicio estaba la práctica de rezar los Misterios del Rosario, es decir, la repetición múltiple de avemarías, que en unos pocos años se habían reducido de las ciento cincuenta que probablemente fijara el santo Domingo, a las cincuenta que se rezaban por entonces, aunque en el pasado se hubiese hecho por centenares y aun millares. Siempre, según insistía el maestro, en el intento de que el pensamiento se abismase totalmente en cada uno de los Misterios para desarrollarlos, imaginarlos, vivirlos; ejercicio intelectual difícil de cumplir, porque la fijación de la mente vagaba de inmediato entregada a mil musarañas, y quedando el rezo como algo maquinal, ajeno, adormecedor en su monotonía.

El fervor mariano creó entre muchos de los postulantes una peligrosa reacción, porque sus sentidos empezaron a confundir, en nauseabunda simbiosis, el amor acendrado que había que dedicar a la Madre de Jesús con otra clase de amor; éste, mundano, mancillado, sucio del más abyecto de los pecados. Martín oyó una vez, horrorizado, cómo uno de sus compañeros se deleitaba cada noche imaginándose unido sexualmente a la que la Iglesia, pese a tanta discusión, tanto argumento, a las muchas razones en pro y en contra y a la infinidad de debates entre teólogos, consideraba inmaculada.

—Pero ¿quién podrá resistir, si de continuo nos hablan y nos hacen tener presente en la imaginación a la más perfecta de las doncellas, cuyo nombre, que en hebreo es *mará*, se refiere a hembra hermosa, apetitosa para el deleite? —confesaba con cinismo uno de los que se ufanaban sin el menor pudor de tales pensamientos.

Todavía aquel perverso y sacrílego atractivo llegaba más lejos, y era que en el *scriptorium*, donde trabajaban con los frailes algunos hermanos legos, había uno de alma tan corrompida, que a escondidas, hurtándolo a la severa vigilancia del maestro, se dedicaba a representar las que se aparecían figuras femeninas, despojadas sus cabezas del casto velo, con los senos al descubierto y las vestiduras alzadas hasta los muslos, siempre nimbadas de una celestial aureola, los ojos como en un éxtasis que más que pensamientos divinos dejaban adivinar una repugnante entrega al vil placer de la lujuria; imágenes acabadas con un realismo del todo distinto al que se estilaba para decorar paredes de basílicas y palacios, libros miniados o cualquier otra representación artística, como queriendo reproducir el ideal de la belleza helénica. El miserable vendía o cambiaba sus producciones por pequeños favores, e incluso se llegó a descubrir cómo muchas de sus más acabadas obras le sirvieron para mantener con algún muchacho el vicio nefando que causara la destrucción de Sodoma.

Martín oyó rumores de los durísimos castigos a que serían sometidos los inculpados. Se sorprendió ante la levedad de los impuestos a los causantes de tanto horror, *peccatum illud horribile, inter christianos nom nominam dum*,^[15] uno de los compañeros mayores le informó en un tono que al muchacho sonó un tanto cínico:

—Expulsaron a tres asnos que ni por milagro pasarían las pruebas. Tocante al

pintor, le han condenado a cincuenta latigazos y lo trasladan al convento de Avignon. No vi sus dibujos, pero tengo oído que son excelentes. Quizás hemos perdido a un gran artista.

Cuando acabó el curso, el maestro de neófitos le felicitó; luego el prior mandó llamar a sus padres y conversó largamente con ellos. Su hijo debería marcharse a continuar los estudios; era material aprovechable y allí ya no iba a avanzar en nada; la fe y la Orden —esto último suponía la intención de Martín de continuar en el futuro con los padres predicadores— necesitaban de estas promesas para conseguir sus postulados.

—Sabedor de vuestros deseos para que Martín dé cuanto valga para el servicio de Dios, ya avisé a nuestro colegio de París. El Señor ha derramado sus bienes espirituales sobre vuestro hijo y sobre vosotros, y creo no equivocarme en cuanto digo, *Deo volente*.^[16]

De acuerdo con cuanto dispusiera el prior del convento dominico de Elna, marchó a París, incorporándose como pupilo en la Escuela de Extranjeros de Saint Jacques, donde comenzó su enfrentamiento a las artes liberales, la iniciación a la enseñanza superior. En aquel primer período, que duraría tres años, sus estudios iban a basarse en tres materias —de donde su nombre de *Trivium*—: la Gramática, la Retórica y la Dialéctica.

Durante el largo viaje, días y días para recorrer las más de doscientas leguas que le separaban de su destino, descubrió nuevos paisajes, gente diferente, arquitecturas distintas, lo que mantuvo su espíritu distraído y despreocupado al tiempo que compartía impresiones con cuatro de sus condiscípulos que llevaban igual destino; todos bajo la custodia de dos serios, silenciosos predicadores. Una vez en París fueron a aposentarse en el convento de los frailes dominicos, a quienes la gente llamaba jacobinos por llevar su residencia el nombre de Saint Jacques. Martín apenas si notó la mudanza, como si nada hubiese cambiado de una casa a la otra, porque escasa diferencia había entre ésta y la de Elna: los mismos olores, idénticos sonidos, el mismo abandono y descuido en la limpieza, en el aseo... a todo lo cual estaba bien acostumbrado. También sintió una especie de emocionado escalofrío cuando le dijeron que santo Domingo estuvo alojado allí...

Luego, una irreprimible nostalgia, una tristeza, unidas a una vaga sensación de desamparo, se le conjugaron ante la mudanza. Que eran su apartamiento de Elna —aunque apenas la conocía, pues raras veces anduvo sus calles—, a la que consideraba como cosa propia y de la que se sentía en cierto modo orgulloso, no ya tanto por ser una de las ciudades más prestigiosas del reino, sino por el recuerdo de la bienaventurada santa Elena, feliz descubridora de la cruz donde crucificaron a Jesús; con este alejamiento vinieron el cambio radical en su nuevo ambiente escolar, la diferencia en las costumbres y en la gente y, por encima de todo, la distancia que ahora se interponía entre su nueva residencia y el Mas d'Alvers, es decir, entre él y su madre. Muchas veces se preguntó el porqué de ir a París: ¿acaso no tenían más cerca una de las universidades más antiguas y celebradas de Europa, la de Tolosa, donde la enseñanza gozaba de buen crédito y merecida reputación? Aunque en ningún momento se permitió ni siquiera insinuarlo; su timidez y aquel noble sentido de la obediencia que de siempre tuvo a sus padres, unido a lo que el tiempo de escolar le había inculcado del contacto con el clero —y más aún, entonces, cuando formaba ya parte de la misma Iglesia—, no le hubiesen permitido manifestar la contrariedad que le causaba el nuevo rumbo que le hacían imprimir a su vida.

Al igual que en aquella su primera salida para irse al internado de la escuela catedral, de nuevo sus recuerdos familiares le provocaron insomnios, desasosiego, un infundado temor a lo desconocido. Y evocó los días de su ya brumosa infancia, en los atardeceres de verano, sentado a los pies de su madre, viendo ocultarse el sol tras las montañas, en tanto les llegaba una brisa que a él siempre se le antojó que traía olores del cercano mar; o las lluviosas mañanas invernales, frías y desapacibles, cuando su madre, antes de obligarle con fingido enfado a abandonar el lecho, se dedicaba durante largo rato a acariciarlo mientras le hablaba dulcemente; y el regocijo cuando alguno de los hermanos ausentes aparecía, unos con mujer e hijos, otros —los templarios— narrando hazañas que, al recordarlo, le parecía como si su padre las escuchara enmascarando una expresión que podría ser irónica.

Entre tanto se había convertido casi en un maduro adolescente, no por la edad, pero sí por las graves decisiones que, nacidas de los deseos e intenciones de otros —sus padres—, había aceptado dócilmente. Desde muy temprano ya hubo de acostumbrarse a afrontar la vida por sus propios medios, a resolver situaciones y problemas de los que unas veces salía airoso, otras, menos; casi siempre con un regusto de insatisfacción. Todo lo cual le había obligado a adoptar una actitud más seria, más reflexiva; también, más cauta.

La universidad parisina podía considerarse un mundo aparte, independiente, soberano, revoltoso y políglota, aunque la lengua común para toda aquella muchedumbre de profesores y alumnos fuese el latín. El territorio donde se asentaba la cada vez más nutrida agrupación de colegios, iglesias y conventos ocupaba un paraje montuoso en la orilla izquierda del Sena, donde Clodoveo, rey de los francos, fundara una abadía para recoger el cuerpo de santa Genoveva. Allí fueron un día a refugiarse los profesores y maestros de la escuela catedral que ejercían en la isla de la Cité, decididos a liberarse de la tutela que el obispado ejercía sobre ellos, poniéndose bajo la del abad de Santa Genoveva, cuyas prerrogativas le hacían exento de la autoridad episcopal; de esta continua rivalidad entre el clero secular y el regular nació lo que se conocería como Barrio de las Escuelas, que ya iba convirtiéndose en uno de los focos culturales más afamados del Occidente. Aquella nación encabezada por eruditos, intelectuales, pensadores, doctrinantes, dedicados a explicar sus conocimientos —ciencia o conjetura— a los miles de discípulos que acudían a sus cátedras, gozaba de unos fueros y privilegios que hacían de ella un reducto desconectado del resto del país. Tanto, que hasta se la conocía como el País de Garlande, del nombre de un eminente archidiácono de la diócesis parisina, protector y favorecedor de estos disidentes cuando crearon aquella república de sabios y aspirantes a serlo.

El día en que se iniciaba el curso vino a darles la bienvenida el rector de la Escuela, aquel polémico fray Tomás, el de Aquino, a quien empezaban a llamar

Doctor Angelicus, cuyas controvertidas definiciones sobre la fe andaban en boca de todo el mundo; incluso Martín, ajeno a las profundas discusiones que enfrentaban a grandes doctores y maestros en su interpretación de la doctrina sagrada, sabía de los apasionados comentarios que se hacían al respecto, tanto en el mismo seno de la Orden de Predicadores como entre el profesorado de la universidad y los alumnos de los cursos superiores, e incluso oyó a alguien comentar que en Roma tenía tantos adversarios como admiradores de sus glosas.

Dirigió el tan discutido teólogo unas palabras de salutación al alumnado, animándolos al estudio, la perseverancia, la búsqueda incesante de la verdad en la fe, la limpieza de corazón... A Martín el discurso le pareció reiterativo y aburrido, similar a los muchos ya oídos en anteriores circunstancias, y al igual que la mayoría de sus condiscípulos se distrajo mirando con impaciencia a uno y otro lado. De cuando en cuando se fijaba en el orador; era un hombre voluminoso, totalmente fuera de la idea que se había formado de un personaje al que pintaban tan espiritual, y que él se imaginaba casi incorpóreo; lo descubrió mantecoso, de cara redonda y mirada cambiante, unas veces llena de mansedumbre, otras con relámpagos de energía. No le impresionó.

Al iniciar el *Trivium*, Martín vino a formar parte de una de las cuatro naciones en que se dividía la Facultad de Artes: la *Nación francesa*, donde figuraban los profesores y estudiantes de procedencia latina —franceses, italianos, hispanos— y los griegos. La esencia del estudio era la Gramática; la Gramática Latina, por supuesto, considerada básica para formar al alumno. Porque para educar al joven y hacer de él un ser capaz de razonar, de entender y pensar, habría de conocer perfectamente la estructura de un lenguaje, sin el cual no existiría nada de lo que representa una sociedad encaminada a su perfeccionamiento; y la lengua por excelencia no podía ser otra que el latín, vestigio todavía, aunque tan degradado, de una época en la que pudieron entenderse todos los pueblos civilizados. Naturalmente, había que olvidarse de aquel latín grosero, de aquel tosco hablar y redactar aprendidos en las escuelas catedrales y en los conventos; para alcanzar una instrucción adecuada, servir decorosamente a la Iglesia y vivir en el mundo de la cultura, se hacía imprescindible instruirse en lo que rectamente se conocía como lengua latina, es decir, la que hablaron y escribieron los clásicos; y naturalmente, en sus reglas —la ortografía, la etimología y la prosodia—, haciéndolo con el rigor debido; que su necesidad se imponía dentro de una colectividad que aspiraba al conocimiento supremo, es decir, cuanto emanaba de la omnipotencia divina, haciéndose imprescindible para el entendimiento entre las élites de las diversas ciencias, por contra al habitual uso de las lenguas romances, habla del común del pueblo sin formación.

Y para cumplir con tales exigencias estaba el padre Esteban, quien desde un principio se apareció como hombre inflexible en la necesidad de prestar el máximo de

atención a sus lecciones:

—Al término del curso no quedará quien no lea de corrido y puntualmente a César y a Virgilio. Caso contrario... —Y dejaba una incógnita amenaza en el aire.

De modo que nuevamente volvió Martín a encontrarse con el *Donato*, en su versión ahora en tres tomos del *Ars major*, infinitamente más complicado y difícil que el texto aprendido en la escuela de Elna. Y si en algún momento llegó a calificar de arduo, complicado y hasta superfluo el aprender tanta minucia que pensaba iba a servirle de poco en el futuro, por el tesón que ponía en asimilar y porque a medida que avanzaba en el estudio iba despertándosele un cada vez mayor interés, fue culminando lecciones y exámenes, cada vez más placenteramente identificado con las materias del curso. Porque aparte de las gramaticales, había llegado a sentir el supremo atractivo de la Retórica, arte de bien decir y convencer para, como había dicho san Agustín, *Ut veritas pateat, placeat et flectet*;^[17] asignatura iba adornada de agradables pasajes de los clásicos griegos y romanos: Aristóteles, Platón, Séneca, Cicerón... A ésta disciplina, y casi como hermanadas, estaba unida la Dialéctica, el arte de saber discutir.

Pero a lo que con más ahínco se aferraba era a hacer que toda su persona se compenetrara de la idea de Dios. Deseaba con todo fervor sentirse plenamente identificado con la divinidad y hacer suyas, naciéndoles sin esfuerzo de lo más hondo de sus sentimientos, las prédicas, recomendaciones y exhortaciones de los sacerdotes encargados de simultanear, con los estudios, las homilías y sermones encaminados a mantener vivo el espíritu religioso de los jóvenes. Deseos que, por muy íntimos, eran manifiestos para los condiscípulos más allegados a su persona, lo que le había ganado la consideración de muchos de sus asiduos. Esto, sin ser obstáculo para que alguno le zahiriese en ocasiones con festivas chanzas.

Una tarde, salidos de una tanda de ejercicios de piedad, uno de sus habituales le habló:

—Adivino como que te hubieses propuesto llegar a la santidad, ¿eh, Martín?

Y otro, embromándole:

—¿Es eso cierto? Habrás pues de poner empeño y prisas, que un ermitaño de Arlés, según dicen, anda por ahí anunciando el próximo fin del mundo.

Y un tercero:

—¿A qué tal burla con Martín, siendo de entre todos uno de los mejores, que ni discute ni es acusica? A más, eso que cuentas del fin del mundo será una invención del tal ermitaño, algún necio con visiones quizá demoníacas.

Temerosos, realizaron una santiguada general, al tiempo que el primero, súbitamente serio, puntualizó:

—Lo que decís del fin del mundo podría ser cierto, que el Evangelio ya dice que nadie conoce el día, ni la hora; que nadie lo sabe en el Cielo: ni la Virgen, ni Jesús, ni ningún santo, ni los ángeles. Tan sólo lo sabe el Padre.

—Pues un monje lombardo escribió que ha de ser como la muerte, que puede

llegar de pronto, lo mismo en el día como en la noche, y que hasta puede tomarte en pecado, aunque sea venial —contado con voz penosa, en el fondo un aliento de temor.

Nuevamente se persignaron, y ya se guardó el preceptivo silencio.

El motivo de aquella charla, casualmente, venía a coincidir con la inquietud que por esas fechas atormentaba la mente de Martín con más frecuencia de lo deseado, y que desde aquellas ya lejanas predicaciones le llenara del natural desasosiego: la idea de la muerte. En muchas ocasiones había meditado sobre el gran misterio que encerraba el morir, unido a ideas tan imponentes, tan inabarcables como el acabar, la infinitud, la eternidad... Lo que significaba abandonar todo cuanto de bello encerraba el mundo, que pese a sus maldades y tentaciones no carecía de atractivos, por ser obra de Dios: las voces del coro en la capilla, el suave tacto de la seda, los colores del cielo al atardecer, el perfume del heno recién cortado, saborear un buñuelo mojado en miel, como aquellos que tan maravillosamente sabía hacer su madre... Y no volver jamás a encontrarse con los seres queridos, con nada de cuanto amaba...

Al acudirle tan tristes ideas no podía evitar que las lágrimas rodasen por sus mejillas; luego se sobreponía, tratando de reconfortarse al pensar en aquella otra vida que el Señor Dios tenía reservada para todo el que hubiese sabido guardar sus mandamientos, donde por una inconcebible sucesión de siglos se gozaba la presencia del Padre Eterno, de su Corte, con todos los santos y las almas de los bienaventurados —entre las que sin duda estaría su madre. Esto debía de producir una dicha sin comparación con nada de lo que pudiera satisfacer al hombre en su vida terrena. ¡Ah, aquellos insensatos desobedientes, Adán y Eva, por cuyo pecado el Supremo Hacedor condenó a toda la humanidad a sufrir hasta que llegara el final de los tiempos, esperando la resurrección de la carne!

Muchas veces quiso saber qué clase de falta tan terrible debió ser la de los Primeros Padres como para provocar en Dios una cólera tan pavorosa, a la vez que infinita, obligándole hasta el punto de condenar a sus criaturas con tan cruel castigo; un castigo, el del Infierno, que no terminaría nunca...

—... y lo que «nunca» significa no es cosa capaz de comprenderla el pensamiento humano. Un castigo que no terminará nunca quiere decir que durará lo que es la infinitud de la eternidad... ¿Y cómo es la eternidad? Imaginad, hijos míos, que uno de esos molestísimos insectos que cada noche vienen a invadir nuestro sueño, las chinches... O mejor, por ser más pequeño: un piojo que se os desprendiera del cuerpo y una vez en el suelo tratara de llegar a la luna, y lo hiciera, digamos, un millón de veces... Pues así y todo, todavía no habría comenzado la eternidad. Y esta eternidad en los Infiernos supone arder ya para siempre, y siempre es como la eternidad que os digo, sin posibilidad de salir jamás, jamás, jamás... Y sobre todo, el peor de los castigos: no alcanzar a poder ver nunca, nunca, a Dios Nuestro Señor...

Pero del pecado original nadie le daba una explicación satisfactoria. En cierta ocasión el hermano Roger se sacudió la pregunta como era de rigor:

—Ése es otro misterio de nuestra santa religión, y nuestros misterios hay que aceptarlos, creerlos y no escarbar en ellos, que sería tarea inútil para la inteligencia del hombre.

Uno de aquellos discípulos de los que viajaron con él desde Elna, con quien a veces entretenía conversaciones, le había manifestado en cierta ocasión el asombro que le producía ser consciente de la infinita bondad de Dios, y que sin embargo, como está anunciado, fuese capaz, el día del Juicio Final, de sentarse en su trono celestial y poner las almas de los justos a un lado, premiándolas con la Gloria, y sin el menor vestigio de piedad arrojar a los Infiernos a cuantos pecaron. Y sin posibilidad de perdón, sin atender a un arrepentimiento, aunque fuese tardío, sordo a las súplicas, a los lamentos... Para toda la eternidad...

—Si no pecase al pensarlo, de ser cierto lo que dicen los Evangelios, y no lo pondría en duda, a mí esto me parece una venganza feroz. ¿No?

Pero Martín se abstuvo de responder.

Las vacaciones las pasaba en su casa. Y cada vez se sorprendía, con escondido disgusto, con penoso remordimiento, al confesarse que ya no le atraía como antes el lugar donde había transcurrido la época más feliz de su vida. Ahora echaba de menos la multitud de atractivos que eran los de su diario acontecer en el ambiente universitario, con compañeros que pensaban, aspiraban y sentían más o menos como él; encontraba como si el Mas d'Alvers flotase en un cotidiano acontecer rutinario, donde su familia vivía sin sobresaltos, pero sin alicientes, desinteresados por nada que no fuesen las minucias domésticas de aquella vida apacible —sin duda, feliz—, ni por nada que estuviese más allá de los límites de sus tierras. Esto le parecía como si, ignorando los acontecimientos que movían al mundo —y en este concepto cabía también, naturalmente, el Mas d'Alvers—, la vida de sus moradores se hiciera más pequeña, menos atractiva, más vulgar.

Entre otras cosas, nadie parecía haberse interesado por la muerte del rey de Francia, aquel santo Luis Nono, el más fervoroso defensor de la religión, a quien Dios sometiera a las más terribles pruebas antes de llamarlo a su lado. Martín había vivido con intensidad, como toda la nación francesa, las exequias y el duelo cuando trajeron a París el cadáver de tan gran personaje, ejemplo cristiano de paciencia y resignación cuando en su vida de luchador por la fe el Señor lo había probado, como a Job, haciéndole sufrir derrotas, humillaciones, cautiverio, enfermedades; y la muerte de su fiel hermano, el conde de Artois; y la de su hijo. Y al final, la propia, por causa precisamente de los mismos infieles sarracenos a los que había ido a combatir en aquellas sus dos frustradas empresas que fueran las dos últimas Cruzadas. Pero ¡son tan inescrutables los designios del Señor! Tampoco oyó a nadie de la familia, salvo a sus hermanos los pañeros, interesarse por la figura del nuevo monarca francés, Felipe Tercero, del que se ignoraba cómo habría de comportarse

con sus vecinos de aquende y allende los Pirineos... Temas que en la universidad se comentaban, se discutían, eran motivo de polémica y provocaban el apasionamiento de los que se entregaban a tales debates.

En cada una de sus visitas, al principio pasaba el tiempo en el normal intercambio de información sobre cuanto se refería a las vidas de unos y otros —sus padres, sus hermanos, sus sobrinos—; por su parte él contaba cómo se desenvolvían sus estudios, las anécdotas y la picaresca de la vida estudiantil. Luego, los días iban sucediéndose en aquel perezoso discurrir de las horas, sintiendo en su interior el aguijoneo del regreso, de la vuelta a las inquietudes, a la imperiosa necesidad de dedicarse a saber interpretar y asimilar las enseñanzas que diariamente se impartían; a los comentarios con los profesores, los compañeros, sobre mil diferentes asuntos.

Porque en el ambiente escolar, en aquel reducto que era el exclusivo País de Garlande, saboreaba la satisfacción de sentirse parte de las legiones de muchachos de toda la cristiandad que se formaban para un día servir, primero, a la Iglesia —los que fueran a entrar en religión—, y luego a la pujante sociedad que se estaba creando en cualquiera de los reinos de la Europa que rezaba unidad. Martín había llegado a integrarse de tal modo en esta colectividad que la disfrutaba todo el tiempo. Aparte del estudio, de su diario enfrentamiento con los tratados de Prisciliano, de atiborrarse con los comentarios de tanto analista sobre los errores de Avicena, de Averroes, o de los mismos Platón y Aristóteles, y de aceptar dócilmente las indicaciones de su confesor para reanudar las clases de lengua árabe como asignatura especialmente adicionada para él y otra media docena de alumnos —lo que significaba el sacrificio de más horas dedicadas al estudio, compensado con el largo paseo hasta el Colegio de Misiones que la Orden mantenía cerca de la bulliciosa rue Du Fouarre, donde se impartían las enseñanzas de árabe, hebreo y griego—, y fuera de asistir a las lecciones magistrales de alguno de los sabios doctores que frecuentaban las aulas... aparte de todo esto estaba el drama del vivir cotidiano: amalgama de momentos difíciles, apurados, y ratos divertidos, cómicos o ridículos. Y a la mente le acudían la figura del padre Fructuoso, *el Larguirucho*, que con tanta frecuencia tartamudeaba en sus sermones, provocando la sañuda burla del alumnado —«Hace que la misa dure el doble»— y la del padre Reinaldo, con sus mohines nerviosos, que interrumpía con frecuencia la clase para ir a evacuar la vejiga, por una enfermedad, decían los malintencionados, contagiada de una ramera; o el profesor de Gramática, buen enseñante pero duro, incansable, pronto a la reprimenda y el castigo, a quien motejaban como *el Nerón del Saint Jacques*; y sus compañeros: el grupo de los que siempre andaban inventando travesuras —dos italianos, dos provenzales y un renegrado y bullicioso muchacho dálmata—; y los serios, los que dedicaban el tiempo libre entre clases a enfrascarse en un libro, memorizando lecciones en tanto paseaban desentendidos del mundo, conocidos como *los peripatéticos*; y otros que dedicaban el recreo a encerrarse en la biblioteca, lo que hacía él mismo con bastante frecuencia cuando no estaba enredado en conversaciones, generalmente polémicas, con unos y

otros...

Y luego, París.

Sin explicarse bien el porqué, sentía el hechizo de aquella ciudad que crecía por ambas orillas del Sena e iba extendiéndose a salvo de las zonas pantanosas o los bosques, colinas y arroyos. En ella todo le parecía motivo de admiración, empezando por el carácter independiente, alegre y hasta frívolo de sus habitantes —le habían dicho que sumaban la enorme cifra de doscientos mil, cuando en Elna no eran ni tres millares y la mayor población del reino catalano-aragonés, Barcelona, sabía que apenas pasaba de los treinta mil. En las mañanas de los domingos y de muchas festividades de la Iglesia, los estudiantes salían después de la misa, con la excepción de los castigados, en grupos reducidos y en compañía de un par de frailes a pasear por la ciudad, siempre sin alejarse mucho de la escuela. A Martín le encantaba cuando recorrían los muelles, admirando el continuo tráfico de tanta embarcación cargada con productos de mil sitios, y el ir y venir de la gente, y sus voces, y aquel movimiento, todo impregnado de un colorido fascinante; a veces cruzaban el río hasta la bulliciosa plaza de Grève, cuya proximidad al puerto la convertía en una prolongación de aquel incesante desfile de mercancías en que burgueses y comerciantes hacían sus operaciones. Aunque por su vecindad, lo más frecuente era pasear la gran isla de la Cité, donde Martín era capaz de permanecer un tiempo infinito perdido en admirar los detalles de aquella impresionante obra que iba a ser la catedral de Notre Dame, en cuya construcción se venía tardando ya todo un siglo, y se decía que aún estaba a falta de bastantes detalles ornamentales.

Pero sin duda lo mejor eran las salidas, tres veces por semana, para trasladarse a la clase de árabe, a la que solía ir acompañado de un clérigo joven, estudiante avanzado, que en cuanto dominara la lengua se iría a predicar a tierras africanas. Ambos sentían por todo la misma curiosidad; tanta, que en más de una ocasión estuvieron de acuerdo en distraer el tiempo recorriendo las tortuosas y vocingleras calles, los mercados, sin dejar de admirarse ante la magnificencia de iglesias y palacios allí donde los había.

Porque a pesar de su todavía corta edad, Martín ya sentía cómo vibraba su ánimo ante el prodigio de tanta belleza arquitectónica como podía admirarse dentro del recinto de aquella ciudad, aquel París que a veces se le antojaba lleno de irresistible magia. Primero, desde luego, la catedral; luego, la Santa Capilla, mandada construir por el buen rey Luis sólo para guardar aquellas preciosas reliquias que Balduino, emperador de Constantinopla, tenía empeñadas a los venecianos; la infinita piedad del desventurado monarca le impulsó a adquirirlas por un costo, al parecer, incalculable, aunque en verdad no tenían precio: la corona de espinas, los clavos, el trozo de madera de la cruz... Imponente y también impresionante el palacio real, que se contaba que fue edificado sobre la residencia de los Césares, cuando París se llamaba Lutecia; y no menos asombroso el lienzo de murallas alzadas durante el reinado de Felipe Augusto, con el gran torreón del Louvre dominando todo un

enorme espacio; y la cada vez más creciente sucesión de iglesias que salpicaban tanto el recinto como las zonas extramuros, desde las que ya contaban con varios siglos de existencia a las más modernas. Esto no era privativo de la ciudad, porque la fiebre de la construcción para el culto se había extendido por toda la cristiandad y ya parecía como si se hubiera entablado una vana rivalidad entre los fieles de cualquier núcleo de población, grande o pequeño, cuyos moradores estaban empeñados en levantar templos, capillas, santuarios o simples ermitas. En cuanto a las metrópolis, favorecidas por una cada vez más pujante riqueza, la burguesía no regateaba esfuerzos para levantar «su» catedral, símbolo de un auge del que se enorgullecían: Chartres, Colonia, Reims...

Cuando quiso darse cuenta se encontró con que los largos días dedicados al estudio, los que le parecieron cursos interminables, la espera impaciente de las vacaciones, la vida reposada y sana en el Mas d'Alvers junto al habitual hormigueo, como un desasosiego por volver a París, al Saint Jacques, habían pasado con inesperada rapidez. Como de repente, una tarde se encontró reunido con los suyos bajo el cielo azul del Rosellón, ciertamente orgulloso de su licenciatura en las Artes Triviales; confuso por las demostraciones de alegría de su madre y la sonrisa cachazuda de su padre. Él también se sintió feliz.

Poco antes de comenzar el segundo ciclo de los estudios, en una sencilla ceremonia, Martín y otros seis compañeros tomaron el hábito de la Orden de Frailes Predicadores: la túnica blanca y el manto negro con la capucha; como enseña principal, el escapulario blanco postulado por el santo Reginaldo de Orleans, quien enfermo y en trance de morir recibió la visita de la Santísima Virgen, la cual, apenas le hubo sanado le indicó de sustituir el roquete por la virginal enseña.

Martín, durante la ceremonia, llevado de la emoción, apenas pudo contener las lágrimas.

XVI

El *Quadrivium* significaba pasar de los estudios gramaticales y de letras a los científicos, esto es, cuatro cursos dedicados a la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía, asignaturas que no tenían otro objeto sino ampliar los conocimientos del alumno mediante una didáctica encaminada hacia sus particulares relaciones con la religión.

Al igual que en el *Trivium*, el sistema para la enseñanza de este segundo ciclo de estudios se basaba en las teorías expuestas por una serie de admirados varones que se dedicaron en el pasado y dedicaban entonces a investigar, analizar, descubrir y opinar con sus particulares conclusiones sobre cuanto inquietaba al hombre, tanto en el estudio de la naturaleza como en lo que tocaba a la divinidad; herederos del saber de la antigüedad, de los filósofos griegos, de los pensadores de Roma y la ciencia de los árabes y cuantos fueron seguidores y continuadores de todos ellos a lo largo de los siglos; frecuentemente aparecía el fruto de sus meditaciones, capaces de revolucionar, en ocasiones, mucho de lo que se había aceptado y sancionado anteriormente, excepto si rozaban la religión: que osar dar nuevas interpretaciones en cuestiones teológicas —materia donde proliferaban complicadas definiciones de dogmas y glosas ortodoxamente sancionadas por la Iglesia— podía ser motivo de censura e incluso de severas sanciones. En aquel momento eran muchos los nombres que brillaban en las constelaciones de las diversas ciencias, descollando los de universal resonancia, como aquel genio de las teorías científicas y metafísicas, Alberto Magno, el *Magister Albert*, o el artífice de las definiciones filosóficas, Alejandro de Hales, *Doctor Irrefragabilis*, o el autor de aquella divulgadísima enciclopedia que era el *Chatolicon*, Juan de Balbi, señalado por sus despectivos comentarios hacia la sociedad laica, a la que tildaba con dura aspereza de torpe, ignorante, zafia y estúpida.

Pese a ello, no faltaban entre estos mismos genios los transgresores, los irónicos, los críticos, los sutiles analistas de un determinado, laborioso, apenas inteligible argumento, al que eran capaces de descubrir errores y oponer sus diferencias, levantando entonces, tras cada uno, a masas de fervientes defensores de las diversas proposiciones y silogismos; por ejemplo, las encontradas razones entre los planteamientos teológicos de fray Tomás, el de Aquino, y los del general de la Orden de los Franciscanos, fray Buenaventura, al que la voz pública consideraba no sólo un asombroso predicador, sino también un santo. Todos estos genios ostentaban el respetado título de *auctores*, y se estudiaban a través de sus escritos, aunque lo más frecuente era hacerlo mediante la interpretación de sus comentaristas; muchas veces

éstos intercalaban sus particulares puntos de vista sobre el asunto tratado, con lo que llegaban a exponer una versión casi distinta de la idea original.

Naturalmente, por tratarse de una comunidad humana, no escaseaban las envidias, la vanidad, los celos de las medianías capaces de escarnecer desde sus cátedras las teorías de los aplaudidos y consagrados; era una manera de hacerse notar para arrancarse al anonimato. Pero todas estas discusiones, esta afluencia de razonamientos filosóficos que pronto se encargaba de refutar algún otro genio, quien a su vez recibía la oportuna contrarréplica, no eran sino variaciones dentro de un mismo juego; simples apasionamientos de cátedra, el prurito de la prevalencia intelectual, la vanidad... Porque donde en verdad se fijaban los recelos de mayor alcance era en aquellos nombres que surgían por ciertos horizontes, envueltos en un peligroso olor a hostilidad antidogmática, a descomposición de toda la estructura. Sobre éstos sí planeaba el ojo avizor de Roma, como un ave de presa, dispuesta para, a la mejor ocasión...

Con los años Martín pudo constatar, con algo que sintió como penosa añoranza, la inconsistencia de tanto axioma que el tiempo había condenado al olvido, junto a los nombres de aquellos que fueron capaces de creer en la inmortalidad de su efímera gloria.

Aun sabiendo que la ciencia de los números cada vez ayudaba a resolver más incógnitas, tanto para traducir a la naturaleza como incluso en las profundidades de la metafísica, sin querer huía a las soluciones incontestables, porque le parecía más hermoso nadar entre las nebulosas de lo irreal, lo misterioso, lo utópico. De todo el cuadro de asignaturas, su devoción estaba en los Libros Sagrados: su conocimiento, su interpretación, continuamente dedicado a profundizar en el misterio de lo que la divinidad quiso transmitir al hombre inspirándole su voluntad.

Luego estaba la Geografía, cuya enseñanza impartía el anciano fray Ascanio —había quien le calculaba más de cuarenta años—, muchas de cuyas lecciones parecían ser fruto de sus propias experiencias —así lo insinuó en varias ocasiones, sin alardear de protagonismo alguno—, de cuando recorrió el mundo como mensajero de la palabra de Dios. Apenas hacía, como era el sistema de toda la enseñanza, explicaciones sobre textos de sabios polígrafos, sino que manifestaba sus propias opiniones, sin indecisión alguna, en apoyo o rechazo a las teorías de nombres cuyas conclusiones eran aceptadas como irrefutables; desde luego, apoyando sus argumentos en las Escrituras, al menos siempre que podía.

—Aunque hubo geógrafos en la antigüedad, y todavía algún demente, en la creencia de que la Tierra sea redonda, esto, a más de ser imposible, no es acorde con los Libros Sagrados. Que de serlo, ya lo dirían, y no es así.

Afirmaba sus razones y entusiasmó y admiró a sus curiosos alumnos mostrándoles un mapamundi, trabajo de un miembro de la Orden, que presentaba,

como era habitual, a Jerusalén como ombligo del mundo, con la señal del punto donde debió estar el Paraíso; todo adornado de dibujos de fieras mitológicas y animales extraños que impresionaban el ánimo.

También acostumbraba a extenderse informando sobre las particularidades de muchos reinos, tanto de Europa como de Asia y África, que daba la impresión de conocer de visu, abundando exhaustivamente sobre las características de la Tierra Santa; luego maravillaba al auditorio contando de su visita al sepulcro de los santos Reyes Magos, en una ciudad de la Lorena que se llamaba Colonia; o la emocionante contemplación del monte Ararat, de cumbres cubiertas de nieve, a cuya cima tenía Dios prohibido que ascendiese ningún mortal, para preservar la inviolabilidad de la legendaria arca del padre Noé, cuyos perfiles podían distinguirse de lejos, en la cumbre del pico más alto, desarbolada y como una seria advertencia a los hombres; y las confidencias de los santones indios, idólatras pero poseídos de gran sabiduría, quienes le contaban de sus conocimientos, de su modo de vivir y de algunas peculiaridades y rarezas de su país; como, por ejemplo, la existencia de unos árboles, especie de higueras, cuyos frutos se aparecían, primero como unos pies, luego unas piernas, y a medida que iban desarrollándose daban lugar, llegado el mes de mayo, al nacimiento de una hermosísima mujer colgando de una rama por los cabellos; en junio ésta caía a tierra, dejando oír un extraño grito: «¡huc-huc!».

Relato que, naturalmente, provocó sarcásticos comentarios, risas y casi un verdadero alboroto en la clase, cuyo motivo el buen fraile parecía no comprender, por lo que se mostró perplejo a la vez que irritado por aquella falta de respeto y decoro por parte de quienes eran, muchos de entre ellos, sacerdotes o aspirantes a serlo.

Por no se sabe qué medios, habían insinuado a Martín que en el futuro la Orden ya le tenía destinado a predicar a los infieles agarenos; de ahí que le hubiesen insistido en los estudios del árabe. Esto lo comentaban también sus compañeros, y alguno ya le sugirió el modo cómo el padre geógrafo parecía dirigirse a él y a otros en sus condiciones, cual si los preparase para el momento en que se encontraran en los remotos, desconocidos países en los que habría de desenvolverse un día.

—Tendrás gran cuidado, al viajar por lejanas tierras de paganos, de no tropezar con las tentadoras frutas del *huc-huc*, no sea que por mor de esos árboles el maldito Satanás te convierta en dueño de un harén, como los sarracenos... ¡Un harén de verduras! —se chanceaban así, cuando encartaba, sus compañeros.

Y no era que dudasen de la veracidad de lo que había contado el maestro, sino que les divertía imaginar a Martín enfrentándose a situación tan anómala, posiblemente sin saber cómo reaccionar frente a tan extrañas y provocativas frutas-mujeres. Al muchacho se le quedaban estas ironías en el ánimo; imaginábase recorriendo aquellas mal dibujadas tierras de infieles y toparse, de repente, con uno de los tan asombrosos árboles del fraile: ¿sería capaz de resistir la tentación de los fantasmas que le venían al pensamiento y que con toda su energía trataba de ahuyentar? Confió sus temores uno de aquellos días al padre confesor, y éste le dio la

solución:

—Hijo mío, nuestro santo fundador, Domingo de Guzmán, supo resistir a la carne de modo que virgen fue a reunirse con el Señor, pues que no hay prenda tan hermosa como la castidad. Utiliza el cilicio y el Demonio dejará de tentarte. También —concluyó— podrías rezar la oración a la Cruz de San Benito, que siempre hizo tantos milagros.

A partir de aquel día acostumbró a ceñirse la cintura con una cadenita salpicada de puntiagudos alambres, que al principio pareció dar buen resultado; además se dedicó cada mañana, al despertar, y cada noche al acostarse, a recitar los versos de san Benito, aunque se decía que eran más cosa de hechiceros que de asistencia celestial:

*Vade Retro Satana,
Numquam Suade Mihi Vana;
Sunt Mala Quae Libas.
Ipse Venena Bibas.*^[18]

Al poco tiempo hubo de admitir las confidencias de otros compañeros aquejados de similares escrúpulos: el remedio servía de poco. Y lo peor era con cuánta frecuencia los más guasones, los chirigoteros de siempre, sobre todo el muchacho dálmata, acostumbraban a dejar oír, como si fuese el grito de alguna extraña ave, el *¡huec-huec!* del relato de fray Ascanio, con lo que ya todos sabían la clase de perfidia que insinuaban.

Una materia que le pareció bien interesante era la Astrología. Martín encontró desde el momento de su iniciación en ella el atractivo de lo misterioso, el arcano indescifrable que sólo se explicaba, como tantas otras cosas, por teorías sin confirmar, es decir, por la simple especulación de los que osaban asomarse a un campo tan impenetrable.

—Viene a ser como hablar de los sagrados misterios de nuestra religión —comentó sarcásticamente uno de los compañeros, al que llamaban *Kinós*, perro, en griego, por cierto tic que le sacudía el rostro a veces, haciéndole enseñar los dientes —; no hay explicación razonada, todo queda al amparo de la fe y, o lo aceptas, o te condenas *in aeternum*.

Palabras que entendió Martín como espeluznante herejía y que no se atrevió a repetir a nadie.

De cara a esta ciencia, la preocupación de la Iglesia estaba en separar lo que podían aceptarse como principios científicos —mayormente tomados de los astrónomos

árabes—, de la tan extendida superstición sobre los astros y sus influencias en la vida de los humanos, creencia que aceptaba prácticamente todo el mundo, desde príncipes y cardenales a navegantes y mendigos. Habían sido ya varios los Concilios en los que incluso se llegó a amenazar con la excomunión a quien consultase a los magos, y el mismo que fuera rector de la escuela, Tomás de Aquino, lo había dejado bien claro: «Se puede aceptar el estudio de los astros para conocer los fenómenos del cielo; pero es supersticioso aceptar que éstos dirijan la vida de los hombres».

A pesar de tales advertencias, la gente creía en el Zodíaco y sus casas, al igual que en la virtud de las piedras; casi todos los frailes de la escuela llevaban sobre su persona alguno de estos talismanes —sortijas, colgantes o dijes— con una esmeralda, cuya asistencia servía para expulsar a los demonios; y desde luego, raro era el alumno que no lucía al menos su laspilázuli contra el mal de ojo. Martín, por supuesto, llevaba su esmeralda antidemonios y su lapislázuli, aunque no tenía mucha fe en sus poderes.

Entre tanto, un luctuoso suceso vino a sacudir a la Orden de Predicadores, a la Iglesia y a toda la cristiandad. Andaba ya Martín en su segundo curso del *Quadrivium* cuando una mañana, estando en clase de Música, un hermano lego irrumpió comunicando una noticia que el profesor, seguidamente, se encargó de transmitir a los alumnos: se suspendía la actividad docente para acudir de inmediato a la iglesia. Donde se congregó todo el colegio, desde los superiores al último estudiante; y allí anunció el prior con voz solemne, en la que traslucían escalofríos de dolor, la triste noticia: acababan de saber del fallecimiento de aquel genio de la catolicidad, del gran teólogo que había sido el irrepetible Tomás de Aquino. Precisamente Su Santidad le había autorizado para que volviese a París, cuya Facultad de Artes venía reclamándolo incesantemente, si bien deseaba que primero fuese a Lyon, donde iba a tener lugar un Concilio Ecuménico que entre otras importantes cuestiones plantearía la unión con la Iglesia de Oriente, y en el que sin duda la palabra del *Doctor Universalis* hubiese sido decisiva.

Fueron, por tanto, amargos días de luto en la escuela y en toda la universidad, y los actos honrando su memoria, las misas, los discursos, llenaron muchas horas de los que en vida admiraron al santo hombre y no tendrían en adelante otro consuelo que la lectura de su doctrina, puesta de manifiesto en una copiosa obra.

Pocos días más tarde acaeció algo, pero esta vez afectando directa y sorpresivamente a Martín. También sucedió en horas lectivas, cuando un hermano vino con una orden del subprior conventual, fray Edelmiro, para que el joven acudiese inmediatamente a su presencia, lo que motivó el gesto torvo, los gruñidos de protesta y el rezongar malhumorado del profesor de Geografía.

El muchacho, todo azorado, contuso y sin acertar a adivinar cuál podía ser la causa de tan inusual llamada, acudió presto a hacer antesala para ser recibido por un

personaje tan reverenciado y tan distante como podía serlo el mismo prior. Era ésta la primera vez que iba a estar cerca, e incluso hablar —suponía, en medio de toda su zozobra— con aquella especie de semidiós, de quien se decía que albergaba cierto resentimiento desde que años atrás le apartaron de su alta responsabilidad, juntamente con el depuesto inquisidor general de Francia, de quien fuera su mano derecha.

Un hermano le indicó el momento en que le recibirían; llegado éste, le hizo una seña, precediéndole para abrir la puerta que llevaba hasta el sanctasanctórum del superior, adonde penetró sin levantar la mirada del suelo.

—*Dominus tecum*^[19] —le castañetearon los dientes al saludar con voz humilde a quien adivinó, más que ver, sentado tras una mesa sobre la que de soslayo descubrió un enorme rosario en madera de olivo, sin duda traído de Tierra Santa, y un espeluznante cráneo, ambas piezas emergentes entre pilas de libros y documentos.

Tardó el padre Edelmiro en levantar la cabeza de su trabajo, fijando entonces sobre el muchacho una mirada penetrante, escrutadora, quizá reminiscencia de su tiempo de inquisidor; no respondió al saludo, pero con un gesto le invitó a tomar asiento. Seguidamente empezó a hablarle, y pareció a Martín como que lo hacía con una especie de distante deferencia, aun sin perder aquel aire serio y autoritario, pero mostrando indudables signos de una cierta consideración. Como hombre obligado a no perder su tiempo, inmediatamente informó al mozo sobre el objeto de la entrevista; se había recibido en el Saint Jacques una comunicación procedente de Roma, donde por instrucciones expresas de fray Bertrán Oliver, de la Orden de Predicadores y alto funcionario en la Cancelaría Apostólica —Martín adivinó que el subprior sabía perfectamente de quién hablaba—, se indicaba la conveniencia de disponer para que el joven emprendiese viaje y se encontrara en la ciudad de Lyon a finales del siguiente mes de abril —andaban ya finalizando marzo—, con ruego de que no se vieran afectados sus estudios.

Como notase la expresión de perplejidad reflejada en el semblante de su pupilo, se avino a explicarle: en primer lugar mostró cierto asombro cuando Martín le manifestó no conocer sino de nombre a su pariente, que el Santo Padre Gregorio Décimo, al ocupar la cátedra de San Pedro, había retenido consigo. Dado que muy pronto iba a comenzar en Lyon un Concilio, que sería el Vigésimocuarto Ecuménico, sin duda fray Bertrán deseaba encontrar allí al muchacho, por razones en las que fray Edelmiro, delicadamente, no osaría jamás entrar. Y con esto dio por concluida la audiencia.

XVII

Llegó a Lyon con el séquito del abad cisterciense de la Grâce Dieu de Monmouth, y fue a alojarse en el convento de los padres predicadores, que era como su casa natural; apreció que le acogiesen con amabilidad, e incluso con algo que estimara como una cierta consideración. Al día siguiente el subprior le mandó llamar para comunicarle cuanto a su presencia allí se refería. Le pareció que todo estaba previsto y que se hallaban tan sólo esperando su llegada, ya que —le informó— fray Bertrán iba a recibirle en su residencia, hasta la cual sería guiado por un hermano, dado el total desconocimiento que el joven tenía de la ciudad, pese a que en sus varios viajes, yendo o viniendo de París, siempre estuvo obligado a pasar por tan estratégico lugar, la primitiva *Lugdunum* gala; con este su antiguo nombre, siguiendo la costumbre de la Iglesia, se denominaba el Concilio que iba a inaugurarse en unos días.

Lyon era una vieja ciudad de glorioso pasado, edificada sobre las estribaciones de una escarpada meseta, la Fourvière. Sus calles ascendían bruscamente desde la orilla de un río, el Saona, y en medio de aquel dédalo de retorcidas vías que configuraban la población, sobre la desordenada aglomeración de tejados, se elevaban los edificios que de siempre recordaban al hombre la omnipresencia de Dios: la catedral, el arzobispado, iglesias y conventos. Más al norte, en una zona llamada Vaise, sobre una altura que era prolongación de la Fourvière, se divisaba la silueta del castillo de Pierre-Scize, siniestra aun en la distancia, donde los obispos, señores de la ciudad, encerraban a sus enemigos políticos. Porque era aquél un enclave independiente, gobernado sucesivamente por obispos y canónigos que se titulaban condes de Lyon, tenaces defensores de sus privilegios contra las ambiciones de sus vecinos, los condes de Forez. Éstos, y pese a contar con los deseos del pueblo por sacudirse el vasallaje eclesiástico, nunca consiguieron conquistar la ciudad, motivo para una sucesión de violentos encuentros que más de una vez tiñeron las calles de sangre. Ahora, gracias a la mediación de Pedro de Tarentaise, inteligente y hábil miembro de la Orden de Predicadores, cardenal-obispo de Ostia y decano del Sacro Colegio, la ciudad aparecía envuelta en una tensa calma que le daba un aspecto de absoluta normalidad.

Casi al final de una empinada calle salpicada de nobles edificios, muy cerca del arzobispado, se alojaba fray Bertrán. Martín agradeció su compañía al hermano que le había guiado, y una vez franqueada la entrada se encontró en un amplio vestíbulo bellamente decorado, donde había por lo menos una veintena de personas, tanto clérigos como seglares, en grupos, aislados, conversando entre sí o entregados a solitarias meditaciones. Le invadió su natural timidez de las veces —pocas— en que

se había encontrado en parecidas situaciones, sin saber qué hacer o dónde colocarse, insignificante mozalbete pese a su crecida talla y a su precoz corpulencia, vestido con el hábito de la Orden, que no revelaba personalidad.

Miraba ya a un lado y otro buscando inspiración para hallar y aguardar resignadamente en el rincón más alejado, cuando se le acercó uno de los estirados recepcionistas que se movían de un lado a otro, y hablándole, primero en italiano, e inmediatamente en un bien aceptable latín, le preguntó qué deseaba. Se lo dijo, pareciéndole como si no hubiese comprendido, pues la respuesta que le llegó, amable y a la vez evasiva:

—Es la hora de la comida y las visitas se interrumpen hasta nona. Te sugiero, si no solicitaste ya audiencia, que lo hagas ahora, aun cuando...

Le interrumpió uno de los ujieres, que venía del fondo de la sala:

—Eres Martín d'Alvers, supongo. —Y cuando éste asintió—: Te ruego me acompañes.

Fue, utilizando un contoneante andar que al muchacho pareció ridículo, precediéndole a través de una sucesión de ricas estancias envueltas en suave penumbra, dejando a sus espaldas las sorprendidas miradas de los que se quedaban aguardando.

Inútil expresar cuánto desasosiego, cuánta inquietud invadían entonces el ánimo del joven, no sólo por el hecho de tan insólita invitación, que ya provocara toda clase de incómodos comentarios entre sus compañeros del Saint Jacques, sino por lo que significaba de trastorno en su acompasada y metódica vida: primero, viajar hasta allí en extraña y poco amable compañía, seguidamente, hospedarse en lugar extraño, entre aquellos amables pero desconocidos hermanos dominicos, y luego entrevistarse con su desconocido y extraño pariente, ignorando el porqué de esta perentoria cita, para cuyo cumplimiento sabía se esforzó la Orden poniendo en marcha todos los procedimientos; moviéndose además ahora por el marco de un ambiente y un lujo para él absolutamente insospechados, lo que a su pesar le producía una cierta sensación de inferioridad.

Llamó su introductor quedamente a una puerta, abrió el ujier de cámara, de quien advirtió de reojo la respetuosa inclinación que le dedicaba, y al salir de la penumbra le pareció que se sintiera trasladado fuera de la realidad —o tal vez su ánimo estaba ya conturbado por tanta novedad—, totalmente cegado por el raudal de luz que entraba por una ventana. No pudo notar sino que pisaba sobre las gruesas alfombras que revestían el pavimento de una vasta sala, y luego, un poco a su derecha, recortándose contra el violento resplandor de la soleada mañana, dos figuras sentadas en torno a una mesa.

—*Dominus vobiscum*^[20] —saludó, sin saber a quién, haciendo una ligera inclinación.

—¡Ah, Martín, Martín! ¡Gracias sean dadas a Dios, que al fin has llegado! —Oyó una voz franca, afectuosa, que le alivió no poco de su malestar, al tiempo que le

llenaba de grata sorpresa; porque le había hablado en lemosín—. ¡Adelante, adelante! ¡Acércate, hijo mío!

Avanzó con paso medurado, queriendo evidenciar el respeto que le merecía su interlocutor, y entonces pudo ya descubrirlo. Era un hombrecito de escasa corpulencia, muy calvo, con una grande y ganchuda nariz, cuya mirada, todo el rostro, denunciaban un carácter amable y benévolo dentro de una expresión inteligente que sin duda revelaba tenacidad. Vestía el hábito de la Orden, pero no en el tejido basto que señalaban las *Consuetudines*, sino en otro que se adivinaba ligero y de agradable tacto; el mismo escapulario iba ribeteado con un armonioso hilo de oro. Todo ello, captado por el joven en rápido vistazo, al compararlo con su propia vestimenta sintió le invadía un cierto rubor, quizá por ser consciente ahora de lo que en ningún momento se le ocurriera dentro del ámbito conventual o en la escuela.

No se levantó, pero cuando el joven iba a besarle la mano lo tomó afectuosamente por un brazo, se detuvo mirándole unos instantes sin dejar de sonreír y luego le obligó a sentarse a su lado.

—¡Cuánto me recuerdas a tu abuela! También se llamó Adalmodis, como tu madre. Cierto que tienes un sello de familia, y en verdad me alegra.

Martín permanecía en silencio, apenas esbozando una tímida sonrisa, y ahora se volvió para mirar al otro personaje. Se sorprendió tanto, que por un momento creyó haber dejado traslucir su extrañeza; porque se trataba de una mujer. Una mujer ya algo mayor —debía de tener veinticinco o treinta años—, rubia, elegantemente vestida y sin duda muy bella. Le acudió un sentimiento que embargó su espíritu de confusión y sin querer, mentalmente, empezó a recitarse las estrofillas de San Benito: *Vade retro...*

Entre tanto su pariente había reanudado la comida, evidenciando buen apetito, al tiempo que explicaba, o ampliaba, cuestiones referentes a su persona, hablando con la dama en italiano, idioma que Martín comprendía sin mucha dificultad. Pero casi inmediatamente, como saliendo de una distracción, señaló las abundantes viandas que aparecían sobre un aparador al fondo de la pieza, junto al que se mantenían dos servidores, tan inmóviles como si no fuesen de carne y hueso:

—¡Pero!, ¿cómo? ¡Ni aun te dije de acompañarnos! —Hizo un gesto y en el acto acercose solícito el que sería ujier de viandas—. Supongo que no vas a negarlo a comer con nosotros... ¡Seguro que no! —Y reía abiertamente.

Tuvo Martín un amago de resistirse, por cortedad, pero como gozaba de un permanente buen apetito, aparte de lo atractivo de la oferta, que no aparentaba ser ni sombra de lo que se comía en cualquiera de los refectorios conventuales de su Orden, agradeció la amable insistencia de su pariente y aceptó.

Prefirió acercarse hasta el aparador, y su asombro no tuvo límites al descubrir tantas desconocidas exquisiteces y ser incapaz de identificar casi ninguna. Dispusieron para su uso un par de anchos recipientes de bruñida plata, donde siguiendo las indicaciones del invitado empezaron a servirle porciones de huevos

rellenos, verduritas y salsas, empanadas de pescado; y varias clases de carnes en diversas preparaciones, y riñones en salsa, criadillas, acompañados de ensaladas y purés... Riendo interiormente ante espectáculo tan tentador, por un momento le acudió al pensamiento el pecado de la gula —pecado mortal, del que habría de confesarse—; pero decidió seguir adelante, aceptó cuanto se le ofrecía y volvió a la mesa, comenzando de inmediato a devorar con claras señales de disfrute, observado con simpatía por ambos adultos.

Mientras se entregaba a tan placentera ocupación atendía y respondía, con dificultad, a la conversación de fray Bertrán y la dona Emilia; pero su mente estaba en otras cosas. Porque ahora le pareció que el sùmmum de lo que podría entenderse por verdadera felicidad, un real disfrutar del ser, no sería posible concebirlo sin la satisfacción de vivir una existencia pródiga en momentos como aquéllos: estar cómodamente sentado rodeado de lujos y deleitándose bajo la caricia del sol, contemplando allá abajo el hormiguero humano, del que no llegaban ni sus olores ni su bullicio; y dejar reposar la vista sobre el río, la península, y al otro lado, el brillo de las aguas del caudaloso Ródano; y disponer de servidores pendientes todo el tiempo del menor gesto; y degustar cada vez que quisiera aquellos manjares nunca soñados; y conversar de cosas elevadas, y también de las simplezas de cada día junto a una mujer tan bella como...

—¡Ah, no, no! —se le escapó el grito, separando de sí la comida al tiempo que se oprimía con todas sus fuerzas los costados para sentir los pinchazos del cilicio.

Se alarmaron fray Bertrán y la dama; acudieron los servidores, espantados por la contracción que reflejaban las facciones del muchacho.

—¡Debió de ser una espina, o tal vez un hueso! —intentaba comprender el anfitrión, de pie junto a su pariente, con gesto preocupado.

Martín hizo un supremo esfuerzo, tratando de esconder el terror que de repente se había apoderado de todo su ser ante la acumulación de pecaminosas ideas que en crescendo nublaron su mente, como si el propio Lucifer hubiera invadido su cuerpo. Y haciendo suya la coartada que le proporcionaba fray Bertrán, agregó otro pecado, el de la mentira, fingiendo haberse dañado la encía con un huesecillo.

Ya no probó ni un bocado más. Porque la agitación que le invadía estaba causándole tal trastorno, que de repente había mudado su apariencia reposada y amable en verdadera intranquilidad, por lo que aun sin acertar la real causa del cambio, fray Bertrán excusó con corteses frases el prolongar la sobremesa, acordando entonces de verse al día siguiente en aquel mismo lugar, donde le dedicaría todo el tiempo comprendido entre tercia y sexta —desde la entrada de la mañana hasta mediodía. Luego comerían juntos, confiando en que no se daría ningún otro percance como el que tan lamentablemente había sufrido su invitado.

Llegado al convento, corrió Martín a refugiarse en la iglesia cuando acababa el oficio

de nona. Arrodillado en un rincón, empezó a rezar fervorosamente, avergonzado por cuantos insensatos pensamientos estuvieron asaltándole durante su permanencia junto a su pariente; porque había sido capaz de sentir gula, malsanos deseos de molicie y holganza, envidia y —quizá peor—, nauseabundas fantasías inspiradas por lo que adivinó un amago de lujuria... ¿Cabía mayor culpa?

De sus congojas vino a sacarle una voz, al tiempo que le ponían una mano en el hombro:

—*Qui sine peccato est vestrum, primus in illam lapidem mittat.*^[21]

Levantó la cabeza, sobresaltado, ya que no oyó acercarse al padre que de pie a su lado le miraba con una amistosa sonrisa. Y no tuvo más respuesta que estallar en sollozos.

Allí permanecieron, sentados el uno junto al otro, el todavía niño y el ya casi anciano; Martín, vaciando su corazón de toda la maldad en que se creía hundido, acongojado por todas las torpezas que se le habían incrustado en el alma, olvidando las promesas con su religión. Y para su asombro y reconciliación, durante largo tiempo estuvo escuchando a su acompañante, quien le contó de tantos que pecaron contra Dios y contra los hombres y que un día, tocados de la gracia divina, fueron capaces de llevar sus nombres a los altares. Siendo aún tan joven, ¿sería capaz de entregarse a la desesperanza?

A Martín, cuando llamaron a vísperas, le pareció como si antífonas y salmos se elevaran materialmente a las alturas y que su misma alma volaba con ellos.

Su segunda entrevista con fray Bertrán, dentro de similar acogida, amistosa y familiar, tuvo un carácter mucho más íntimo. Parecía que el alto cargo curial tratara de averiguar todo cuanto en su interior pudiese guardar el joven, como un anticipo de lo que daría de sí una vez llegado a la edad viril, tanto en cuestiones de fe, moral e instrucción religiosa como —especialmente— en cuanto a sus capacidades de razonar, sus inquietudes intelectuales y las motivaciones de su espíritu. Empezó hablando en lemosín, quizá para darle más confianza, pero a poco siguió la conversación en la lengua de la Iglesia, expresándose de un modo elegante y fluido que Martín encontró casi perfecto.

—Yo prometí a tu madre, hace de esto mucho, que si uno de sus hijos llegaba a la religión, ya me preocuparía de él. Tienes un hermano al que no conozco, benedictino en tierras de germanos. Pero tú, desde un principio, parece que has venido como a mi encuentro, de modo que tu hábito es mi hábito, tu religión es la mía. No veo en esto sino la mano protectora y benigna de Nuestro Señor.

A continuación llevó la conversación, hábilmente, de modo que pudo ir averiguando muchos de los conocimientos que Martín, pese a sus pocos años, tenía ya adquiridos, y cómo era capaz de razonar y exponer los argumentos de la escolástica siguiendo la autoridad de los más eminentes pensadores de la Iglesia.

Hasta que en algún momento al joven se le ocurrió que empezaba a pecar de una cierta pedantería con aquella exposición de saberes que, por su parte, su interlocutor escuchaba atento, sin pronunciar apenas palabra, asintiendo con gestos, tan sólo interpolando de cuando en cuando alguna exclamación, permitiéndose alguna frase, una sonrisa.

Abandonó luego fray Bertrán su, al parecer, complacido escuchar, para abundar festivamente —porque así era su carácter, festivo, aunque se le adivinaba en permanente vigilia enmascarada tras su aspecto despreocupado y amistoso— y contar generalidades, anécdotas y curiosas incidencias desde su llegada a Lyon; y sobre el Concilio, y el papa, y la curia romana. Apenas empezara, ya captó la atención de Martín, hecho todo oídos, interesado por tan asombrosas confidencias y un tanto sorprendido por aquellas noticias que le descubrían un mundo lleno de fatigas tan similares a las que se vivían en el siglo; sorprendido también por la manera confiada y llana con que le hablaba, sin reparos para criticar, incluso bastante acerbamente, la actitud partidista del colegio cardenalicio. Pareció al muchacho como que juzgaba a todos aquellos prelados, o a casi todos, desde su posición como familiar de la corte papal, desde su postura de alto funcionario de la Iglesia universal y, quizá más que nada, desde la particular visión de su Orden; eran, pues, los cardenales, en su opinión, una nutrida pandilla de rebeldes —diez años atrás Urbano Cuarto había elevado su número, de ocho a veintidós—, donde cada uno hacía su política con arreglo a sus particulares preferencias e intereses. Debido a tal actitud la Silla de Pedro estuvo, tras la desaparición de Clemente Cuarto, casi tres años en sede vacante, y todavía podría haberse prolongarse lo indecible si no hubiera sido por la enérgica actitud de Buenaventura, el franciscano, que llegado a Viterbo y pese a la dulzura de su carácter, fue capaz de sublevar al pueblo para que éste, exasperado, encerrara a los cardenales en el palacio papal, amenazando con mantenerlos allí hasta que no eligiesen pontífice; de allí salió finalmente alguien que andaba por San Juan de Acre como legado en Siria, Teobaldo Visconti, quien ni siquiera estaba ordenado, y que ahora determinaba los destinos de la Iglesia con el nombre de Gregorio Décimo.

—Ciertamente, al fallecer el papa Clemente, Dios le tenga en su gloria, pensé que volvería a Narbona, pues es normal: a pontífice nuevo, caras nuevas. Pero encontré en Su Santidad, sin esperarlo, a alguien que sin pretexto alguno me dijo que mi presencia le era necesaria. Y en Roma sigo. El papa es, te aseguro, un hombre de carácter, pero se enfrenta a muy duros problemas. Esperemos que el Espíritu Santo nos ilumine a todos y que de este Concilio salga beneficiada nuestra Iglesia.

—Se dice que lo primero será que nuestros hermanos griegos abandonen su actitud de distanciamiento con Roma.

—Ése es asunto de lo más fundamental, aunque haya muchos otros, y en todos se habrá de ir con gran tacto... También, que uno de los mayores deseos del papa sería el de emprender nueva Cruzada contra infieles, cuestión que no parece que se tome con mucho interés por unos y otros... ¡Lástima que se nos murió el llorado Luis de

Francia!

Luego abundó contándole del litigio entablado por la nominación de emperador del Sacro Imperio Romano, cargo al que aspiraron varios candidatos, entre ellos Alfonso Décimo, rey de Castilla, el cual seguía terne en su pugna por conseguir el favor del papa, negando la validez del ya elegido, Rodolfo de Habsburgo, a pesar de que éste hacía ya ocho meses que fuera coronado en Aquisgrán:

—Tengo oído que ese rey castellano es hombre cultivado, y así nadie comprende su obstinación, pues incluso insiste en acudir a Lyon para verse con Su Santidad y discutir lo que ya es cosa hecha y más que pasada. Y lo cierto es que el papa jamás tuvo la menor intención de elegirle.

A su hora se sirvió la comida, abundante, salpicada de platos tan exquisitos como los de la tan lamentablemente acabada la víspera, esta vez sin sobresaltos. Durante la misma continuaron conversando sobre diversas materias, hasta que acabados los postres fray Bertrán dio por concluida la entrevista; tenía que despachar algunos asuntos con su principal, el cardenal-canciller, que estaría ya despertándose de su siesta y, además, atender a la mucha gente que aguardaba audiencia. Sin olvidar sus afectuosas demostraciones, manifestó al muchacho su intención de encontrarle en alguna de las sesiones del Concilio, cuyas líneas generales expondría, por encargo del papa Gregorio, el franciscano Buenaventura, recién creado cardenal-obispo de Albano.

No pudo asistir a ninguna; tampoco volvió a verse con su pariente. Pero sí fue testigo de la llegada del viejo rey Jaime, que según contaban, aunque andaría ya por los setenta años, aún guardaba una prestancia envidiable. Martín, junto con otros hermanos como él, súbditos del monarca, vitoreó y gritó al paso de su rey, al que guardaba especial devoción por alguna de las historias de las que raramente acertara a oír a su padre.

Verdaderamente fue aquél un desfile inolvidable, al que ayudó el día, que estrenaba un mayo primaveral, y el paso del cortejo, con la gallarda figura del monarca sobre su caballo blanco, rodeado de nobles y magnates, entre los vítores de la multitud, llenó a los rosellenses de entusiasmado orgullo. Sobre todo cuando alcanzaron a presenciar la recepción que hacían a su rey los cardenales, los obispos del reino de Aragón, los caballeros de la Orden del Temple con el maestre de Ultramar a la cabeza...

Luego supieron de la cariñosa acogida de que le hiciera objeto el papa, tratándole casi de igual a igual, hasta el punto de sentarle a su lado e incluso pidiéndole de cubrirse en su presencia. Después... Después ya escasearon las sonrisas. Porque don Jaime, si estaba en Lyon no era precisamente por atender a la invitación de Su Santidad asistiendo al Concilio; cada cual hacía su juego: el del papa consistía, entre otros, en aquel su deseo de convocar a la cristiandad para una nueva Cruzada, propuesta que el aragonés acogió con interés, real o fingido, pues cinco años antes, presionado por la Iglesia, había aceptado unirse a aquella desgraciada empresa que

tanto daño causara al santo rey Luis de Francia, y apenas embarcado regresó, a causa del mal tiempo, se dijo, aunque por bajo se comentó que no era sino que no podía soportar el separarse de la ricahembra que le sorbía el seso, doña Berenguela Alfonso. Pero ahora sí se mostraba interesado en el proyecto, comentándose su oferta de no sólo poner hombres y pertrechos, sino que él mismo se embarcaría para ir a Tierra Santa; mas cuando enseñó su jugada, consistente en pedir al papa que le coronase, éste le recordó los nunca preteridos compromisos de su padre, el malogrado Pedro Segundo, contraídos y no cumplidos: el reino debería volver al vasallaje de Roma y pagar los tributos atrasados de los setenta años transcurridos desde entonces. Y ya se rompió la cordialidad.

Pocos de sus súbditos de Aragón, de Cataluña, de Valencia, llegarían a conocer el destino de parte de sus impuestos, invertidos en financiar el enorme costo de aquel viaje, para el cual el rey había tenido incluso que empeñar su corona a un prestamista de Montpellier... *Élil*, que dice la Biblia hebrea: ¡el esfuerzo inútil!

No dilató mucho Martín su presencia en Lyon, que cumplidos obedientemente los deseos manifestados por fray Bertrán, ya nada le retenía. Emprendió, pues, viaje a Elna para pasar sus vacaciones, donde daría satisfacción a su madre y a su siempre introvertido padre.

Por entonces llegaron también sus hermanos los mercaderes, Bartomeu y Joan, con sus mujeres y un nutrido cortejo de traviosos chiquillos, fámulas y criados. Se les veía opulentos, sin duda porque el primer objetivo de sus vidas era el trabajo; pues si lo establecido era dedicarle nueve o diez horas diarias, ellos empleaban quince, y con harta frecuencia, si sus intereses lo demandaban, no se permitían de guardar domingos ni fiestas eclesiásticas. Ambos anunciaron, con patente orgullo, cómo se les había propuesto para formar parte entre los honrados miembros del poderoso Consejo de Ciento de Barcelona.

XVIII

La última observación que le había hecho fray Bertrán fue:

—Me informarás conforme termines el *Quadrivium*. Mientras, estudia. Estudia para conseguir una buena formación, y no ya sólo en lo que atañe a la fe, que sé te lleva por los caminos de quienes vivieron para defender nuestra religión, sino que los tiempos imponen conocer mucho de lo que toca a las ciencias profanas, que también son necesarias.

Durante los dos años que ahora transcurrieran, el recuerdo de su viaje a Lyon, de las conversaciones mantenidas, primero con fray Bertrán, luego con alguna gente de la curia romana a la que tuvo ocasión de conocer, se le mantuvo fresco en la memoria, fomentando una expectativa ilusionada que no sabría describir, pero que llenaba de lisonjera esperanza su idea de futuro. Así, apenas obtuvo su licenciatura en Artes cuidó de que su madre lo comunicara cuanto antes al tío; luego, como pasara el tiempo sin obtener la menor respuesta y él jamás osara insistir, pensó que todo había sido albergar unas ideas en cierto modo infantiles, y entonces consideró como más atinado seguir los consejos de sus maestros. De modo que se preparó para ingresar en la facultad de Teología.

Tenía diecinueve años; era un mocetón en cuyo rostro se reflejaba la misma expresión de nobleza y sensibilidad que mostraban los rasgos de su madre; un algo aristocrático que le hacía no pasar inadvertido. De su padre heredó, aunque no tan acusadamente, cierta necesidad de estar alerta frente al mundo; su temperamento flexible, enemigo de lastimar los sentimientos de los demás, no le impedía aferrarse a lo que a su entender considerase razonable, y entonces era capaz de defender con cierto apasionamiento lo que estimaba justo y acertado, aunque años de esfuerzos le habían hecho refrenar cualquier gesto malhumorado, el amontonarse en contra de nadie; porque entonces consideraría que pecaba contra alguno de sus semejantes, y Dios se lo tendría en cuenta.

A pesar de esta decisión, sentía un cierto desencanto, como una frustración ante el silencio de fray Bertrán. Los días pasados en Lyon, las breves pero intensas horas de amable charla con su pariente, le habían dejado una confusa sensación que no acertaba a explicarse: ¿era el sueño de encauzar su vida hacia perspectivas donde poder servir dignamente a la Iglesia, entregándose totalmente a una tarea que imaginaba plena de satisfacciones? Se creía llamado a grandes trabajos en defensa de su profesión, y para su fuero interno, el horizonte de una vida monacal, aun cuando abrigara la idea de dedicarse a la investigación —siempre el estudio de los Evangelios—, o incluso el rutinario peregrinar en la misión evangelizadora que era

fundamental en la Orden, no le despertaban demasiado entusiasmo, aunque estuviera decidido a aceptar cuanto el Señor, mediante las decisiones de la Orden, le deparase.

Entre tanto, aquellos dos últimos años habían sido pródigos en acontecimientos; fue como un vértigo, un oleaje que aun afectando directamente a la Iglesia, repercutía por cada uno de los reinos cristianos.

Los designios del Cielo obligaron a que el último curso del *Quadrivium* estuviera salpicado de interrupciones, donde se alternaron los días de duelo y misas de *Requiem* con las misas del Espíritu Santo y las solemnes de acción de gracias. Primero, por el fallecimiento del papa Gregorio, que en enero del mil doscientos setenta y seis, cuando regresaba del Concilio de Lyon, vino a entregar su alma a Dios. Designado sucesor el decano del Sacro Colegio, Pedro de Tarantaise, que una vez coronado en San Pedro adoptó el nombre de Inocencio Quinto, apenas transcurridos cuatro meses fue también llamado por el Señor; corrió a poco un velado rumor de que hubiera sido envenenado... En julio el colegio cardenalicio eligió de entre sus miembros a un genovés que se llamó Adriano Quinto, el cual no llegó a figurar como Vicario de Cristo sino poco más de un mes. En septiembre, después de algunos contratiempos, y casi forzados, los cardenales daban a conocer su elección de nuevo pontífice: un hombre de mentalidad más científica que eclesial, nacido en Lisboa, a quien llamaron *el Hispano*, que se presentó a la cristiandad como papa Juan Veintidós... y que se mantuvo apenas seis meses: tuvo la desgracia de que al visitar las obras que había ordenado realizar en el palacio papal de Viterbo, el desplome de una pared le ocasionara la muerte. Por fin, en noviembre del siguiente año, mil doscientos setenta y siete, el mundo tuvo nuevo motivo de regocijo: fue elegido un miembro de la poderosa familia Orsini, Juan Gaetano, a quien Urbano Cuarto, hacía tres lustros, nombrara inquisidor general para todo el orbe católico, y que se coronó papa Nicolás Tercero.

En tan sólo dos años se habían sucedido cinco pontífices; era difícil de explicar cómo en los cuatro consecutivos cónclaves no pareció que los electores contasen con el favor del Espíritu Santo, sino más bien que las decisiones de aquéllos fueran reprobadas por el Juez Supremo, y Él sabría por qué. Anomalías de parecido cariz ya se dieron en el pasado, con papas cuyo pontificado duró tan sólo unos meses, los de algunos, sólo unos días, y en determinadas ocasiones, en medio de tumultuosas elecciones, unas horas. Hubo quien tembló al reflexionar sobre tales sucesos y hasta sintió el castañetear de dientes, repitiendo con el salmista: «El hombre es semejante a la vanidad, sus días son como la sombra que pasa».

Pero en este período no sólo se había visto afectada la Iglesia. En el mundo del poder temporal, el de los reyes y los príncipes, también reinaba la agitación de una época donde parecía que cuanto más se acercaba el fin del siglo, todo se movía con más rapidez.

En la corona de Aragón había acaecido lo que podría llamarse el acabar de una época, porque a los sesenta y tres años de glorioso reinado, el Conquistador había ido a rendir su alma al Altísimo. Esto trajo como consecuencia, por aquel modo desatinado de entender la política, donde el reino se consideraba patrimonio real, que el testamento de *dom* Jaime dispusiera la desmembración de la monarquía, de modo que Cataluña, Valencia y Aragón pasaron a manos de su hijo Pedro, y el resto, a Jaime, quien reinaría desde Mallorca sobre las islas vecinas y las baronías y condados transpirenaicos. Lo que significaba que el Rosellón había dejado de formar parte de la confederación catalano-aragonesa.

Martín, que acababa de matricularse en la facultad de Teología, tuvo ocasión de encontrarse con uno de sus antiguos profesores del convento de Elna durante una visita al de los jacobinos, el cual le traía noticias de sus padres; pudo así oír de labios del buen fraile la opinión generalizada de la gente que se preocupaba por unos acontecimientos que sin duda repercutían sobre todos:

—Habría disgustos, pues que el rey *dom* Pedro es hombre soberbio; pero su idea de gobernar, muchos quisiéramos la hubiese tenido su padre. Porque ¿a qué romper la unidad del reino? El rey de Francia es rey de Francia, y el de Castilla ha dispuesto ya que Castilla es indivisible: ¿por qué no ha de haber un único rey de Aragón y de sus Estados? ¡Ay, que *en* Jaume fue gran guerrero, gran conquistador, buen cristiano al que nuestra Iglesia debe mucho! Pero no supo mirar al futuro con la clara visión que requieren la política y el progreso de un reino.

Y agregó la inquietud con que se había recibido el nuevo estado de cosas, donde para empezar, Pedro, proclamado rey por las Cortes de Zaragoza, Barcelona y Valencia, había declarado que no recibía la corona «ni de la Iglesia ni contra la Iglesia», anunciando así con toda claridad que se arrancaba definitivamente a las pretensiones feudales de la Santa Sede. E inmediatamente había comenzado un duro hostigamiento en contra de su hermano, durante el que se habló incluso de impugnar el testamento paterno.

Fue entonces cuando Martín recibió noticia de su pariente, quien le urgía a ponerse en camino para que se le reuniera lo antes posible en la Ciudad Eterna. Ante tan perentoria llamada no pudo sino abandonar París y emprender viaje hacia aquel fanal cuyo solo nombre evocaba los más caros sentimientos a todo cristiano.

Utilizando el servicio de postas que acababa de poner en marcha la universidad parisina, expresamente para uso de profesores y estudiantes, cansado, maltrecho de tantos días de viaje, llegó a su destino, que no era otro que el convento dominico de Santa Sabina, fundado unos cincuenta años atrás por el propio santo Domingo, y donde además había dictado sus enseñanzas el recordado Tomás de Aquino; todo lo cual producía una natural emoción en el muchacho.

Al día siguiente y a temprana hora —ni siquiera tuvo fuerzas para asistir a los

oficios, y además, ni le requirieron para acudir—, apenas recuperado, recibió aviso para que se dispusiera a salir, que ya le estaban aguardando. En la portería se encontró con un miembro de la Orden, de más o menos su edad, quien al verlo aparecer le sonrió de un modo que Martín quiso entender entre simpático, irónico, también un tanto inquisitivo, como si tratase de adivinar su carácter en rápido vistazo.

—¿Es a ti a quién espera fray Bertrán Oliver?

—Yo soy. Me llamo Martín d'Alvers.

—Y yo, Antonio del Sasso. *Ut vales?*^[22] —saludó, confianzudo.

—*Quomodo vales?*^[23] —respondió Martín, más formal.

A continuación se pusieron en camino hacia la Cancelaría Apostólica, en un largo paseo que les condujo, siguiendo la orilla del Tíber, hasta el antiguo y apenas habitado Campo de Marte, donde se ubicaba lo que posiblemente podría considerarse el departamento administrativo más importante de la Iglesia: un mundo hermético desde el que se autorizaban cuantas decisiones dedicaba la Santa Sede a todo el orbe, cristiano y pagano, por la expresa voluntad de Dios hablando por boca de su Vicario, y donde se guardaban centenares de miles de documentos cuidadosamente archivados. Allí todo aparecía inmerso en laborioso trabajo, del que se ocupaba un nutrido ejército de afanados clérigos y algunos seculares; todos, al parecer, embargados por la importancia de su cometido. Al menos, ésa fue la impresión que sacó Martín durante aquel brevísimo recorrido junto a su guía, sin detenerse ni una sola vez, mientras atravesaban galerías y estancias donde por doquier surgían dependencias llenas de atareado personal.

Mientras, Antonio del Sasso había ido explicándole que su pariente, tras la proclamación de Su Santidad Nicolás Tercero, tenía a su cargo la responsabilidad de los archivos de la Iglesia, pero que aparte de dicho cometido el papa se servía también de sus buenos oficios, con cierta frecuencia, para confiarle algunas misiones especiales cerca de otros reinos, no exactamente como legado apostólico, sino más bien *legado in pectore*. De todo lo cual, dijo, tendría Martín conocimiento cuando fray Bertrán regresara, pues precisamente se encontraba comisionado en uno de aquellos viajes, si bien, por las noticias que se tenían, su vuelta era ya cuestión de pocas jornadas; no sabía, o no quiso decirle, por qué lugares del mundo anduviera. En cuanto a él, Antonio se retrató, en tono irónico, como un simple servidor y colaborador para todo cuanto le mandara su superior. Y no aclaró más.

Tras detenerse unos minutos para orar en la basílica de San Lorenzo, levantada en el centro del palacio, fueron hasta una construcción adosada al edificio, como un apéndice de éste, donde se situaba la residencia que servía de albergue a muchos de los encargados de mantener en plena dinámica a toda aquella maquinaria.

—Fray Bertrán dispuso que te alojes aquí. El hermano Damián, que es el aposentador, ya te indicará cuando venga. Entre tanto, si no estás cansado, podríamos conversar.

No dejó de sorprender a Martín lo que consideró una indudable falta a la

disciplina cuando Antonio le condujo a través de una serie de estancias y luego, por una difícil escalera de caracol, hasta una sala que parecía un *scriptorium*, aunque su nuevo amigo le explicó que allí no se copiaban libros ni trabajaban miniaturistas embelleciendo sus páginas, sino que se redactaban las cartas apostólicas más secretas, las más comprometidas, cuyas copias se archivaban en las estancias vecinas, bien lejos de la curiosidad de quien no estuviera suficientemente autorizado.

En tanto le informaba de este y otros detalles, avivó los rescoldos de una gran chimenea, agregó unos troncos, y cuando ambos estuvieron acomodados sacó un puñado de higos secos, ofreció al otro y le preguntó:

—¿Acaso oíste hablar de los Hohenstaufen? ¿No? Lo suponíamos. Y pluralizo porque esto es lo que pensamos tu tío y yo... Porque es tu tío, ¿verdad?

Obviando las reglas, lo que en cierto modo preocupaba y hasta escandalizaba a Martín, estuvieron de conversación hasta sexta, hora en que pasaron al refectorio; volvieron luego a donde habían estado antes, reanudando Antonio, curiosamente interesado Martín, el complicado argumento de una historia que se remontaba a la lejanía de un pasado que pareciera estuviese de la más rabiosa actualidad.

Todo partía de la fascinación que los príncipes alemanes sintieron siempre por el sur y por resucitar lo que fuera el antiguo Imperio Romano, lo que les llevó a ambicionar el dominio de Italia, hecho que forzosamente había de tropezar con los intereses del poder temporal de la Iglesia. Así que durante décadas todo fue un continuo chocar abundante en acuerdos, traiciones, alianzas, denuncias, reconciliaciones y anatemas; y desde luego, sangre.

La política del palacio de Letrán, que maniobraba con una sutileza que con harta frecuencia se cambiaba en agresivo llamamiento a la violencia, mantenía, desde hacía prácticamente dos siglos, una idéntica línea, fijo su rencor sobre una dinastía a la que en los ambientes pontificios se consideraba maldita: la de los Hohenstaufen. Esta enemiga era arrastrada, con más o menos virulencia, por todos y cada uno de los sucesores de San Pedro, empezando por la santidad de un Honorio Segundo cuya elección al solio pontificio pudo considerarse, benignamente, bastante dudosa, y que continuaron los otros veintidós Santos Padres, sus continuadores como Vicarios de Cristo. Hasta el actual, Nicolás Tercero, quien parecía contemplar la situación de un modo diferente.

Todo empezó con el matrimonio de Enrique, hijo de Federico *Barbarroja*, emperador de Alemania, con Constanza de Sicilia, por el cual este reino pasó a la casa de los príncipes alemanes; y de este matrimonio nació la verdadera bestia negra de aquellos tiempos: Federico Segundo. Coronado y consagrado emperador, bien pronto dio señales de un extraño modo de entender la vida y la política, el trono y el gobierno, la religión y la ciencia; inteligente, cultivado, con ideas y proyectos de Estado que no encajaban en lo que era la mentalidad de los tiempos y, por supuesto,

mucho menos en la de la Iglesia. Sin duda, el no llegarse jamás a un entendimiento entre el Imperio y Roma se debió a la ausencia de un mínimo sentido de sumisión del emperador a la potestad eclesiástica, lo que le valió excomuniones, amenazas y guerras; a todo ello pudo resistir, como resistió a las acusaciones del papa Gregorio Nono cuando éste lo declaró perjuro, hereje y ateo «que niega la inmortalidad del alma»; efugio, como otros recursos, de los que la Iglesia sabía hábilmente servirse para de este modo invitar a la guerra santa.

Murió Federico cargado de anatemas; su hijo y heredero, Conrado Cuarto, trató de defenderse contra aquel alud de rencores que caían sobre su persona, pero falleció a poco de hacerse cargo del Imperio. Y entonces apareció la figura de su hermanastro, Manfredo, quien hubo de ocuparse del gobierno en la Italia imperial como regente en nombre del duque de Suabia, su sobrino —un niño aún—, llamado Conradino.

Manfredo, personaje de talla, hombre de modales y costumbres bien admiradas por todo el que llegó a tratarle, hizo cuantos esfuerzos pudo por llegar a una inteligencia con el papa entonces reinante, Alejandro Cuarto; pero el empecinamiento del palacio de Letrán convertía cualquier acuerdo en letra muerta. Es más tarde cuando accede al pontificado un hombre de baja extracción, un ambicioso clérigo francés, inteligente a la vez que astuto, quien con el nombre de Urbano Cuarto se convierte en cabeza de la catolicidad. Continuador del ya secular odio de la Santa Sede hacia los hombres del Imperio, impotente para solucionar la rebeldía, decide pedir ayuda a sus compatriotas, dando la investidura del Reino de las Dos Sicilias —considerado feudo de la Iglesia— a Carlos de Anjou, hermano del piadosísimo Luis. El legítimo heredero, Conradino, queda así, por decisión del palacio de Letrán, fulminado de sus derechos.

Guerrearon los franceses contra los imperiales; vencen; muere Manfredo, y el odio del papado lo hace suyo el nuevo rey, quien pone en prisión a la viuda de su enemigo, la princesa griega Elena, y a dos hijos de Manfredo: todos morirán sin haber recobrado la libertad.

Comportándose los franceses en Sicilia y Nápoles con todo el despotismo de unos conquistadores, sus excesos conmueven de tal modo a la población, que piden al joven Conradino de acudir a reconquistar lo que legalmente le pertenecía. Éste así lo hace; acude a Italia el aún casi niño con sus partidarios, entabla combate con sus despojadores, obtiene alguna victoria. Pero la suerte le vuelve la espalda: es derrotado. Acusado de rebelde y traidor —éste ha sido siempre el cínico recurso de los tiranos en todos los tiempos— y de haber injuriado a la Iglesia, el mismo Carlos de Anjou ordena su ejecución, siendo decapitado en Nápoles junto con otros de sus amigos y seguidores, en la triste mañana del veintinueve de octubre de mil doscientos sesenta y ocho. El papa recibió la noticia con la satisfacción de saberse libre del último de los enemigos de los Estados Pontificios, el último de los Hohenstaufen; si bien, poco le duró el contento, porque exactamente un mes más tarde era llamado por Dios a dar cuenta de su ministerio, lo que no dejó de provocar supersticiosos

comentarios y temores en mucha gente.

Pero Conradino, momentos antes de que el verdugo segara su cabeza, arrogante, se había descalzado un guantelete, lo mostró al gentío agolpado al pie del patíbulo y fue a arrojarlo entre la multitud al tiempo que decía: «Que alguien lo haga llegar hasta donde mi tío Pedro, que será rey de Aragón».

—*Dom* Pedro, que ya reina en Aragón, es casado con la reina Constanza, hija mayor de Manfredo. Esto supongo lo sabes, ¿no? ¿Vas entendiendo la historia?

—Creo que sí. Además, sé que la reina Constanza es siciliana.

—Pues aquella boda no agradó a todos, ¿lo sabías también? Esto fue en tiempos de Su Santidad Urbano Cuarto, quien luchó con todas sus fuerzas para impedirla... Y yo —miraba ahora a los ojos del interesado Martín, como queriendo adivinar su reacción— entiendo lógico el defender a la Iglesia y sus intereses. ¿Pero tan difícil será que el hombre que se convierta en Padre Santo deje de pensar más como príncipe de las cosas terrenas y busque la paz?

Sorprendió a Martín su razonamiento, pero hizo por obviarlo:

—Entonces, ¿ahora?...

El guantelete de Conradino lo recogió alguien que fue a ponerlo en manos de un ilustre siciliano, un médico de gran reputación, noble, que había vivido en la corte de Federico Segundo, que fue amigo de Manfredo y que amó a Conradino. Éste era Giovanni de Prócida, quien también había recibido las represalias francesas, aunque por indudable milagro —intervención de la divina Providencia, decía— se libró de perecer junto con los más de mil seguidores de los Hohenstaufen ejecutados por los nuevos dueños del reino. Activista incansable, estaba dedicado, más que nada, a soliviantar los ánimos patrióticos de sus conciudadanos, con lo que buen número de sicilianos y napolitanos se hallaban en permanente conspiración contra los angevinos.

En cuanto a la persona de Carlos de Anjou, rey de las Dos Sicilias por voluntad de la Santa Sede, se decía que era hombre ambicioso, cruel, violento; su carácter en nada recordaba los nobles sentimientos de su hermano Luis. Tanto Carlos como el crecido número de franceses que en aquellos diez años de su dominio habían emigrado a la isla, entre cortesanos, funcionarios, comerciantes y soldados, cuyo comportamiento con la población imitaba el mismo despótico gobernar del rey, todos se habían ganado el desprecio y el odio de la mayoría de la población; a la crueldad de Carlos y sus allegados del palacio real iba pareja la de sus compatriotas, implantados más como ocupantes que como pacíficos conciudadanos, por lo que napolitanos y sicilianos ansiaban arrancarse aquel castigo que venían soportando desde tantos años.

—Su Santidad piensa que el rey Carlos bien que perjudica ahora a la Iglesia. Se ha rumoreado incluso que podría darse una invasión de los mahometanos, que siempre estuvieron en buena amistad con el emperador Federico y sus hijos, y si los infieles llegan a un acuerdo con los que andan por enemigos de los angevinos, sería algo demasiado peligroso. Así que por mandato del Santo Padre estudiamos la

situación, para lo que incluso se está en conversaciones con el emperador de Constantinopla.

Relato que estaba dejando a Martín sumido en el más profundo de los asombros, preguntándose al mismo tiempo cuál sería su papel en todo aquel enredo que sonaba a cualquier fantasía aventurera, menos a sus aspiraciones en la religión.

XIX

Al día siguiente, Martín, de la mano de aquel locuaz y cada vez más confianzudo Antonio —que por su carácter, sus desenvueltas maneras y su modo de expresarse, sin inhibiciones, con una libertad que estaba fuera de cuanto a él le inculcaran desde niño, motivaba su continuo asombro—, entró a formar parte del reducido círculo, la élite que eran los colaboradores directos de fray Bertrán Oliver: ocho frailes predicadores, casi todos gente en la treintena, excepto dos graves cuarentones que no por ser de más edad parecía que ejercieran predominio alguno sobre los otros.

Aún no se tenían noticias sobre el regreso de la cabeza que dirigía aquel limitado grupo en el complejo de la Cancelaría, por lo que Antonio se ofreció, hasta la llegada de su pariente, para dar al forastero en sucesivas jornadas una idea, lo más amplia posible, sobre lo que era Roma, la urbe a donde se dirigían las miradas de toda la cristiandad.

No dejaba de sorprender a Martín aquella libertad para disponer con tanta independencia de sus personas, aunque las *Reglas*, dentro de un pragmatismo hecho para allanar cualquier norma en pro de obtener resultados, no incidían precisamente en una rigidez extrema; pero en este caso...

Según le informó su tan reciente amigo, existían unas *Guías del viajero*, especialmente referidas a los lugares sacros de la villa, que podían prestar algún servicio al visitante, aunque ninguna, en su opinión, tenía verdadero valor histórico. La más conocida, *Marabilia Urbis Romae*,^[24] podía incluso confundir al ingenuo que diese crédito a sus informaciones.

—Yo no les doy mucho valor, créeme. Si te interesa admirar cuanto de notable haya en Roma, a mi lado vas a aprender mucho más.

Lo que entendió Martín, y ya venía deduciéndolo desde que empezó a intimar con su despabilado compañero, era que éste, con alegre desenfado y expresándose en todo momento con aquella libertad que era propia de su carácter, se apartaba bastante de todo lo que hasta entonces él había considerado la ortodoxia de una morigerada vida de clérigo.

Desde el primer momento se le había ocurrido que Roma era una ciudad que existía, simplemente, porque reposaba sobre algo mágico. Todo en ella le sonaba a milagro, a una especie de embrujo que creía rozaba los arcanos de la divinidad; porque una esencia de la divinidad debía de residir allí, dentro del perímetro que rodeaban sus

murallas. Su mismo legendario nacimiento, obra mitológica de los hijos de un dios pagano, Marte; su evolución a través de los siglos, salvando victoriosa tantos escollos puestos en su camino hasta convertirse en luz de la humanidad, especialmente por haber sido designada por el mismo Jesús, apuntándola como cabeza de su Iglesia, representación de su divina voluntad... Claro que no podía compararse, ni en extensión ni por el número de sus habitantes, con París, que sobrepasaba con creces a la vieja *Dea Roma*, asentados los no más de treinta millares de romanos a ambos lados del Tíber, entre una serie de colinas que la enmarcaban a juego con la impresionante muralla aureliana. Por el contrario, estaba sembrada de opulentas edificaciones dedicadas a honrar y adorar a Dios —basílicas, iglesias, conventos—, junto a un sinnúmero de lugares, testigos de la historia de la cristiandad.

Porque, ¿cómo no estremecerse de la más profunda emoción al venerar aquella piedra donde quedaron impresas las huellas del mismo Jesucristo, vuelto a la tierra para, ante la huida del bendito Pedro, su sucesor, querer de nuevo inmolearse por la salvación de los hombres? ¿O al ascender humildemente, trabajosamente, sobre las rodillas, por la Santa Escalera del palacio de Pilatos, la misma que recorrió el Mesías para ser juzgado? ¿Ni dejar que asomaran las lágrimas ante la columna donde flagelaran al Hijo de Dios? ¿O postrarse consternado frente a las reliquias conservadas en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén trozos del *lignum crucis*, un clavo de la Pasión y el afrentoso *Inri*?...

Después estaba la arquitectura urbana: una ciudad sembrada de torres y casas fortificadas, atalayas, muros y recintos donde la aristocracia vivía permanentemente atrincherada en defensa de sus privilegios, imponiendo peajes, espionando cualquier movimiento de los clanes enemigos; veinte años atrás habían sido derribadas ciento cuarenta de estas fortalezas donde se albergaba aquella élite senatorial hecha de terratenientes, militares y eclesiásticos cuya influencia movía los destinos de la ciudad; pero la fisonomía romana parecía haber cambiado poco, destacando orgullosamente, por sobre aquella sucesión de baluartes, la *Turris Mayor* —la torre más alta de la ciudad—, levantada por la familia Segni.

Luego, y casi a su pesar —porque estaba educado en el resentimiento contra aquella civilización, la romana, donde imperaron la idolatría y el vicio, pródiga en dar mártires a la verdad cristiana—, Martín no pudo sino rendirse y admirar los arruinados vestigios aún desafiantes, restos del mayor imperio que vieran los siglos. Paseando los lugares ahora casi desiertos, destrozados, desvalijados, de donde antaño emanaba todo lo que podía afectar a la humanidad, le sobrecogió un sentimiento de tristeza, de compasión y también de certidumbre sobre cuán miserable, qué desvalido animal era el hombre frente a la omnipotencia de la divinidad. Porque ¿qué fue de los preclaros varones que paseaban, reían y discursaban por entre aquella miseria en que se había convertido el Foro, ahora habitado por gente ruin, invadido de tenduchas y tratantes de ganado? ¿Qué de tanto admirado, festejado, respetado o temido asiduo de templos y palacios, del circo y el anfiteatro? De ellos sólo quedaban sus espíritus,

rondando por entre los despojos de lo que fuera espléndida expresión de una arquitectura que, todavía, a pesar de no ser ya más que ruina, sin sombra de su antiguo esplendor, podía maravillar a cualquiera capaz de evocar tanta grandeza.

No pudo menos que compartir aquellas emociones con su compañero, y así ambos entretuvieron varios días recorriendo cada uno de los lugares que eran objeto de la predilección de Antonio, lo que no le defraudó. De este modo anduvieron por la Vía Sacra, la calle más antigua de Roma; el Palatino, que fue la zona residencial más elegante de la época imperial; y recorrieron la desmantelada osamenta de lo que había sido una de las obras más impresionantes de todos los tiempos, el anfiteatro Flavio, al que llamaban el Coliseo, cerca del gigantesco y bellissimo Arco de Constantino; y se dejaron envolver en la grata penumbra de lo que fuera Panteón dedicado a todos los dioses, trocado en iglesia de Santa María de los Mártires; y discurrieron a lo largo de la ribera del Tíber; y siempre conversando animadamente llegaron hasta la robusta mole del que fuera mausoleo de Adriano, convertido en fortaleza luego y cambiado su nombre por el de Sant'Angelo, cuando durante una epidemia de peste el papa Gregorio Magno acertó a descubrir, encaramado sobre el monumento, al mismísimo arcángel san Miguel, que le anunciaba desde lugar tan original el fin de la plaga.

Durante este tiempo intercambiaban ideas. Martín, reservado, no tantas; porque la amplia exhibición de conocimientos de su compañero le hacía sentirse — interiormente molesto consigo mismo, sin duda— en cierto modo, acomplejado. Él no sabía mucho más allá de sus estudios y de su aplicación en las definiciones teológicas de los tantos maestros cuyas lecciones había tenido ocasión de escuchar en París; sus razonamientos siempre tenían el fondo de la escolástica. En cambio su amigo se le aparecía como alguien que pese a sus pocos años discurría, polemizaba, criticaba y discutía sobre cualquier asunto. Con frecuencia lo hacía utilizando unos argumentos que a Martín le recordaban los de un Siger de Brabant, al que tantas veces escuchara en su escuela de la rue de Jouarre, o los de cualquiera de sus seguidores: Boecio de Dacia, Bernier de Nyvel...; o los razonamientos del franciscano Roger Bacon... Todos ellos puestos en las vigilantes miras de la Iglesia por sus teorías, cercanas unas, y heréticas, con toda evidencia, las otras.

En ocasiones Antonio le hacía preguntas embarazosas:

—¿Te parece acertado que nuestra Orden se ocupe en materias de fe desde el Santo Tribunal?

Y como Martín, prudentemente, le manifestara su falta de conocimientos para emitir una opinión ajustada, Antonio le confió sus dudas recordándole cómo ya uno de los últimos maestros generales dominicos, Juan de Wildeshausen, se había manifestado contrario a vincular a los predicadores con la Inquisición; y Humbert de Romans, que dimitiera del generalato, fallecido hacía ya diez años, afirmó en algún momento que la institución inquisitorial se entendía como «cosa odiosa que privaba de todo su efecto a la primera misión de la Orden, que sería la predicación».

—Nadie acepta reconocer estas verdades y poner remedio, pero algún día nos

pesará como baldón que habrá de afectar, no sólo a nosotros, sino a toda la Iglesia.

Críticas, más o menos acerbas, expresadas en ocasiones con un cierto amago de violencia, que decía no tener más causa que el reconocimiento de su propia impotencia por ver acabada una parte del entorno eclesial, al que tildaba de farisaico, tomado el adjetivo en su sentido más peyorativo.

En otra ocasión se refirió, chanceante, a los censores eclesiásticos, entre quienes había figurado uno de sus actuales compañeros en la Cancelaría, una de cuyas principales misiones consistía en examinar y enjuiciar las lecturas que la Iglesia consideraba que podían o no ponerse en manos de la grey cristiana.

—No sé si sabrás que muchos de esos escritos se guardan con gran cuidado en la biblioteca de la Cámara Apostólica, de donde gozo el privilegio de poder sacarlos y leerlos a mi antojo. Y lo que me pasma es el criterio de selección que se sigue para aceptar a unos o rechazar a otros, para lo permitido y lo prohibido. ¿Por cuánto tiempo no seguirá en discusión Tomás de Aquino, al que no dejan en paz los franciscanos? E incluso en nuestra misma Orden, ya sabes, hay muchos que siguen insistiendo, que desearían que se lanzara anatema sobre su obra... Por otra parte, te creo enterado, tú mejor que otros, de cómo el año pasado el obispo de París hizo condenar muchas de sus proposiciones.

—No traté jamás al reverendo Esteban Tempier, y sí puedo decirte que cada cual daba de su persona una opinión. Pero todo París sabía de su ojeriza al de Aquino.

—Verás cómo entre él y otros de su juego harán que algún día sea excomulgado. Aunque, a fuer de sincero, padre Martín, ¡muchas de las opiniones del de Aquino me parecen tan absurdas, tan sin sentido, tan indemostrables! Otras las encuentro terriblemente oportunistas, como haber convertido a Aristóteles en filósofo cristiano, con la ayuda de Alberto Magno... Es hasta ridículo. ¡Después de tantas prohibiciones, cuando siempre se le consideró ateo! ¿Qué habrán sentido los muchos que sufrieron injustamente por ir delante de los tiempos?... Desde luego, puedo asegurarte que no seré yo quien haga como tanto ignorante, incapaces de comprender cuestiones de lo más elementales, pero que ante cualquier teoría expuesta por Tomás de Aquino se apresura, igual que hacían los discípulos de Pitágoras, a proclamar como necios su *Magister dixit*...^[25]

Martín se abstenía de contradecirle, guardando sus comentarios discretamente, aunque tantas veces le escandalizara oírlo expresarse en aquel tono, generalmente burlón, a veces hasta sarcástico, con el que se atrevía a expresar sus más duras críticas sin consideración a nada ni a nadie. Parecía estar en una continua lucha contra todo, y desde luego, contra sí mismo.

Regresó fray Bertrán de su viaje. La bienvenida a Martín fue de lo más amable, y hasta calurosa. Se interesó por si le agradaba hallarse en Roma y si le habían instruido, aunque fuese someramente, acerca de las funciones que se desarrollaban

bajo su dirección, al tiempo que le prevenía sobre el clima de la ciudad, dañino para ciertos temperamentos por las fiebres de las tierras pantanosas; en suma, se esforzó por hacerle grata su estancia, tratándole con evidente afecto.

—Mañana, y de acuerdo con las instrucciones que se ha servido darme el Santo Padre, hablaremos y discutiremos sobre varios asuntos.

Fue una reunión con todos los componentes de aquel reducido círculo de sus íntimos colaboradores, donde fray Bertrán expuso en líneas generales la situación respecto al Reino de las Dos Sicilias, que tanto inquietaba al papa. Había viajado a Constantinopla, como legado secreto de Su Santidad, haciéndolo paralela e independientemente a la embajada pontificia que iba a continuar los principios de acuerdo apuntados en el Concilio de Lyon, con miras a la unión de las Iglesias romana y griega. Su cometido consistió en mantener un par de entrevistas secretas con el soberano del oriente cristiano, Miguel Paleólogo, sobre las pretensiones de Carlos de Anjou, quien llevado de su desmedida ambición tenía puestos los ojos en el viejo Imperio de Bizancio. Como la posibilidad de unirse ambas Iglesias, la de Roma y la de Constantinopla, era el ansiado deseo de todo pontífice desde el momento mismo de la ruptura, y era bien sabido que el de Anjou reinaba por la protección del palacio de Letrán, vista la situación, cada vez más grave, a la que por causa del insensato modo de gobernar del rey francés se estaba llegando en las Dos Sicilias, lo que ponía en serio peligro no sólo su estabilidad, sino también, en parte, la del continente, todo indicaba la conveniencia de ayudar a los patriotas sicilianos y desposeer al francés de la corona, cuyo destinatario aún no aparecía claro en las intenciones del papa.

El siguiente paso consistía en mantener una entrevista secreta con los conspiradores sicilianos, la cual se produciría apenas se dieran las condiciones más favorables para llevarla a cabo.

Martín se encontró frente a unas perspectivas totalmente distintas a las que desde un principio se había formado. Fray Bertrán le sugirió —casi le ordenó— que abandonara cualquier proyecto que no fuese dedicarse a penetrar la política del papado, con lo que ayudando a mantener e incrementar la hegemonía de la Iglesia, sin duda alcanzaría grandes beneficios de todo orden. Por otra parte, eso no sería obstáculo para que continuara sus estudios teológicos, ya que existía una escuela de la Orden en la que destacados doctores impartían su ciencia, aun cuando no gozara del prestigio de la escuela de París.

—Hay además dos enseñantes de nación árabe, y como recuerdo que ya me hablaste sobre tus estudios de esa habla, deberás continuarlos y ampliar tus conocimientos, que el saber otras lenguas es necesario... Porque tengo mis dudas acerca de que el Espíritu Santo obre sobre ti igual milagro que con los Apóstoles de Nuestro Señor el día de Pentecostés... Cierto también que dudo mucho sobre lo que

san Pablo cita sobre tan singular carisma, pues que nunca conocí a nadie que lo disfrutara sino a costa de grandes estudios y mucho esfuerzo —le aconsejó, al parecer, divertido con su propia ocurrencia.

Palabras que sembraron en Martín igual desconcierto que cuando Antonio del Sasso daba rienda a sus disquisiciones, con aquel su tan particular modo de opinar en cuanto a dogmas y principios eclesiásticos. No parecía sino que en Roma, y particularmente dentro de la curia, se trataran las cuestiones de la religión de un modo casi frívolo, rondando casi la impiedad.

Empezaron a discurrir sus días, moviéndose cada vez con más desenvoltura en el ambiente al que se acababa de incorporar, tratando de instruirse acerca de la política eclesial en aquel gabinete desde el que fray Bertrán transmitía las más reservadas decisiones del papa y sus asesores —casi todos, parientes del Santo Padre, beneficiados por los lazos familiares que les unían a aquél—; asistiendo a muchas de las lecciones magistrales impartidas por los numerosos doctores de la Iglesia que acudían a Roma, y acudiendo puntual a sus estudios en la lengua de los sarracenos. Aparte de esto que podríamos llamar obligaciones, le complacía su cada vez más recia amistad con Antonio, pese a que a medida que pasaba el tiempo lo encontraba más inquietante y hasta importuno; porque Antonio le mantenía el ánimo casi continuamente turbado, con aquella su invariable forma de enjuiciar cuanto se movía entre cielos y tierra, lo que en cierto modo trastornaba sus principios, influenciándolo hasta un punto que en ocasiones se le antojaba casi peligroso.

Hasta un día en que su pariente reclamó su presencia para anunciarle con evidente afecto y complacencia:

—Martín, hijo mío, es hora de que profeses. Vas a ser ordenado.

Lo fue un mes más tarde, junto a otros cuatro acólitos, y la ceremonia tuvo la brillantez debida, aunque echó de menos el que sus padres no hubieran podido asistir a un acto tan trascendental para su vida. Para toda su vida.

Dos semanas más tarde formaba parte del séquito que acompañaba al legado apostólico *missi*^[26] en Sicilia, fray Bertrán Oliver.

Resultó aquél un viaje lleno de novedades, interesantes para unos, llenas de aprensión para otros; porque se hizo surcando el mar Tirreno, embarcados en una esbelta galera de la flota pontificia, una fusta aparejada con dos palos y velas cuadradas, cuyo andar se complementaba con dos órdenes de remos. Embarcados en el puerto romano de Ostia y navegando a largo de costa, es decir, sin perder de vista la tierra, el trayecto más duro fue cuando abandonaron la escala en Salerno hasta el golfo de Palicastro, donde hubieron de refugiarse dos días esperando que amainara la violencia del viento africano, que les obligó a navegar casi a palo seco. Tal inclemencia causó a la mayoría de los viajeros unos trastornos de los que prácticamente no se recuperaron hasta arribar a San Giovanni, en la Calabria. Cruzado el estrecho que separa el

continente de la isla llegaron a Messina, donde la mayoría de los maltratados pasajeros se apresuraron a dar las gracias a Dios por el feliz final de la travesía; muchos, prometiéndose no volver a repetirla, cosa que estaba fuera de toda lógica.

Demorose la expedición con tres días de descanso, para que sus miembros pudieran reponerse de todo cuanto padecieran durante el viaje. Probablemente fray Bertrán no había sufrido mucho; pero le plugo la regalada hospitalidad, el buen tiempo y el clima de los que disfrutó con su cortejo, y así todos apreciaron su exagerada indisposición, que beneficiaba a cada cual.

Por su parte, Martín y Antonio, insensibles a los estragos del mar, curiosos, con deseos de descubrir y conocer, apenas desembarcados se dispusieron a visitar la ciudad, abandonando en el supuesto lecho de sus males a sus compañeros, en quienes sin mucho esfuerzo se descubrían sus falsos achaques. Pasearon la urbe, admiraron sus edificios, muchos fabricados con lava volcánica, gozaron la panorámica del cinturón montuoso que la enmarcaba hasta el mar, y les divirtió pasear por el mercado y oír los pregones ofreciendo tentadoras naranjas, limones, pescados y verduras. Pero su mayor interés se centró en las explicaciones sobre aquel impresionante cono volcánico que se divisaba desde cualquier punto como un enorme gigante amenazador, el Etna, al que la gente llamaba el Mongibello; que hubo quien les aseguró saber firmemente que era aquélla la morada del padre de todos los dioses —tal vez Júpiter, pensó Martín—, ser terrible, capaz de encolerizarse de modo que desde la cima lanzaba sus rayos, haciendo temblar a toda la tierra, y en medio de un tremendo rugir devoraba una, dos ciudades, hasta que se calmaban sus furores.

Entretenidos durante aquellos días de perezoso vacar, gozando el regalo de aquella agradable temperatura compartido con las visitas a algunos de los monumentos que la catolicidad tenía allí levantados a la gloria del Señor, no faltaron incidentes, discusiones, diferencias de puntos de vista y juicios sobre cualquier cosa, pese a la cordialidad que reinaba entre ambos frailes. Uno fue, por ejemplo, al visitar la catedral, donde se conservaba una carta que la Santísima Virgen dirigiera a los primitivos habitantes cuando tuvo conocimiento de su conversión; noticia que llenó de interés a Martín, pero que el otro desechó con descarado escepticismo, disuadiéndolo de investigar sobre tan extraordinaria reliquia, que calificó de superchería supersticiosa, lo que no dejó de enfurruñar a su decepcionado amigo.

Un nuevo motivo de acritud surgió a la mañana siguiente, cuando regresaban de orar en la iglesia de Santa Anunciata. Ya al llegar se habían tropezado con un amontonamiento de lastimosa humanidad, hecho de mendigos, lisiados y vagabundos, cuyo solo aspecto denunciaba la más extrema indigencia; cuadro que no era sino el habitual a la puerta de cualquier establecimiento religioso de cualquier población. Los rostros angustiados, los gimoteos en demanda de limosna, se exageraban implorando la compasión de todo viandante que se acercara, lo que no

mentía la evidencia de su infortunio.

—¡Pobre gente! —se condolió Martín. Y repartió unas monedas sobre los que se le acercaban, motivando el que los demás se lanzaran ávidos, tendiendo las manos y lloriqueando sus penas—. Lo siento, no tengo más. Pediré al Señor por vosotros. —Y los bendijo, haciendo una expresión de afecto a los miserables.

Cuando abandonaron el templo, Antonio inició una de aquellas reflexiones en voz alta a las que le tenía acostumbrado:

—Ahí dejamos a un puñado de nuestros hermanos y hermanas, gente a la que se ignora en nuestra sociedad, porque no cuentan para nada... Todos queremos aparecer ciegos para no ver su miseria, y el que la ve quiere dar las soluciones más necias, como Boecio, por ejemplo. ¿Has leído su *De consolatione philosophiae*? Opina que Dios envía al hombre sufrimientos y penalidades para así poder salvarlo... Y en verdad, es lo que tenemos asumido en la Iglesia, ¿no?... Pero ¿quién ha preguntado a esta gente si acepta con gusto su pobreza y su hambre a cambio de la promesa en una esperanza? Pienso que de encontrarme en tal situación, tarado, olvidado de todos, no sería capaz de resignarme cuando viera a tanta gente, gente de la nobleza, clérigos, príncipes, ricos, poderosos, bien comidos, que además, y tal como creemos y enseñamos, un día disfrutarán las mismas bienaventuranzas que ellos, con la diferencia de que los que en este mundo ya fueron favorecidos por la Providencia llevarán la ventaja de haber gozado un anticipo de la felicidad eterna... Un mundo que para los elegidos no habrá sido un valle de lágrimas, sino un anticipo del Paraíso.

Martín no supo argumentar una dialéctica contraria a sus palabras. Resignadamente, como en anteriores ocasiones, repitió:

—Tú eres un ministro de la Iglesia de Dios y sabes dónde encontrar explicación a tus dudas. Todo está dicho en los Evangelios.

Antonio fue a decir algo; abrió la boca, dudó. Optó por callar.

Cuando fray Bertrán lo consideró oportuno puso término al descanso y organizó la marcha. Pero ahora no iba a participar todo el séquito, sino tan sólo media docena de sus asesores más inmediatos; y tal vez, por simple y desinteresado afecto, Martín y Antonio. Con ellos sólo irían veinte criados.

La comitiva partió bien temprano, camino de una ciudad, Acium, alzada entre el mar y las faldas de aquel imponente volcán del que les contaran en Messina, el Etna; durante los tres días invertidos hasta llegar a su destino, a lo largo del litoral, no dejaron de tener sobre sus cabezas aquella impresionante masa, cuya cima estaba cubierta de nieve que de cuando en cuando se dejaba ver entre los vapores que no eran sino la respiración del amenazador Mongibello.

—Ya vimos otro volcán cuando navegábamos hacia acá, el Vesubio, junto a Nápoles, que según las historias se tragó varias ciudades romanas, y que sin duda, que parece sea cosa cierta, estarán allí enterradas.

Acium era una bonita ciudad, levantada sobre una impresionante masa rocosa, que decían que era fruto de las sucesivas erupciones del Etna a través de los siglos. A su pesar, una de las cosas que llamaron la atención de Martín —pecadora atención— fue la sorprendente belleza de las mujeres, cuyas facciones —las de aquellas que no iban tapadas, herencia del dominio islámico en la isla— le recordaban las de las decoraciones paganas; e inmediatamente de esto se conturbó de tal modo que aquella misma tarde hubo de ir a confesar su amago de impuros pensamientos. Aunque Antonio, con aquel su talante llano y burlón, le hizo un comentario como si hubiese adivinado su pensamiento:

—¡Señor, y que abundan aquí las bellas mujeres! Seguro que ninguna ha de quedar moza, y siendo una tentación, pocas vocaciones habrán de darse. ¡Se las adivina bonitas incluso a las que andan veladas!

Pero Martín no respondió. Había recordado las palabras que Mateo pone en labios de Jesús: «Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón». Mentalmente se puso a rezar sus avemarías.

El motivo que se diera para aquel viaje no fue sino el de visitar algunas casas de religiosos donde, por cuestiones de índole interna no resueltas satisfactoriamente por el Capítulo de la provincia, se imponía el arbitraje de alguien provisto de la autoridad suficiente para dictar sus decisiones en nombre del Santo Padre. Esto había obligado a realizar una previa, minuciosa pesquisa, mirando que en ninguno de los dos conventos de la Orden en los que se detendría fray Bertrán fueran a encontrarse con partidarios de los angevinos, cosa que en realidad no podría darse más que entre el clero secular, desde párrocos a obispos, la mayoría en buenas relaciones con el poder.

La verdad era muy otra. Se trataba de efectuar el encuentro previamente concertado y que se había estado preparando con todo cuidado, para sostener una entrevista con el conspirador Prócida y sus secuaces. Fray Bertrán ya había informado de la importancia de la reunión, en la que el papa tenía especial interés y para la que había insistido con deseos de llegar a una inteligencia de la Iglesia con los conjurados: instancia que se aclaró tanto para Martín como para Antonio cuando supieron que esta inclinación de Su Santidad Nicolás Tercero se basaba en algo de tipo muy personal y afectivo, pues que en el pasado el físico Giovanni de Prócida había salvado su vida cuando no era más que el cardenal Orsini.

El encuentro tuvo lugar en una casa rural al sur de la ciudad, en un lugar llamado Aci-Trezza, entre huertos de limoneros y naranjos, desde la que se divisaban, emergiendo del mar, las rocas basálticas que al decir de los naturales fueron arrojadas por Polifemo a Ulises y sus compañeros cuando trataba de evitar la huida de éstos.

Martín acertó a ver, tan sólo unos momentos, al dirigente de la conspiración antifrancesa, cuando éste salió a despedir a su visitante. Le sorprendió que fuese ya tan mayor, aunque parecía revestido de un aire de nobleza y arrogancia que sin duda

habría de impresionar a cualquiera que le tratase, no ya sólo sabiendo de su gran cultura y sus adelantados conocimientos en medicina, sino por aquel porte de gran señor que parecía aureolar su figura.

A los pocos días de su regreso a Roma, fray Bertrán comunicó a sus colaboradores que el papa, de acuerdo con los patriotas antiangevinos, estaría de acuerdo para en principio ofrecer la corona del Reino de las Dos Sicilias a Pedro Tercero de Aragón. Luego supieron que Prócida había abandonado la isla, embarcando rumbo a Hispania para mantener una entrevista con el aragonés.

Martín volvió a su cometido en los Archivos; continuó sus estudios de Teología y permaneció ajeno a cuanto se trataba de la política lateranense respecto a Sicilia. Lo que sí aprendió ahora fue a conocer todos, o al menos parte de tantos entresijos que se cocían dentro de aquel complejo mundo que era la curia romana, lleno de intrigas y dominado por idénticas pasiones a las que andaban por el mundo, con sus envidias, sus intereses, sus odios; aunque tampoco faltaban las almas bondadosas de muchos hombres ejemplares, pacientes, que parecía que nadaran contra corriente en busca de ver realizada la paz y la concordia de los Evangelios. Por ellos sentía especial veneración.

Cuando confió esto a Antonio, le oyó opinar, entre resignado y molesto:

—Quien intente cambiar lo que se mueve aquí dentro pierde el tiempo, porque tropezará con el muro de todos los que escogieron esta profesión nuestra para medrar y vivir lo más holgadamente posible a costa del altar. Muchos, muchísimos de nuestros hermanos están por su propio beneficio, y apuesto a que más de uno ni siquiera cree en lo que hace.

Con infinita paciencia, interiormente espoleado a su pesar, Martín soportaba a diario los discursos de su amigo, quien parecía haber encontrado en él a la persona adecuada para volcarle todas sus protestas, sus escepticismos, sus dudas continuas, sus agrias críticas, violentamente insultantes a veces, en contra de muchas definiciones de teólogos, de admirados doctores, sancionadas por la Iglesia. Martín ya no se molestaba en aconsejarle que adoptase los únicos remedios que en su opinión podrían curarle aquella aberración que por momentos le conducía por los caminos más tenebrosos: la lectura de libros edificantes —«No fui capaz de descubrir alguno que enseñe con un mediano juicio cuál sea la verdad»—, el trato asiduo con los más doctos y venerables hermanos de la Orden —«¿Me crees capaz de soportarles sus citas de san Agustín y de Tomás de Aquino, con tanta incoherencia que me sé?»—, e incluso la asiduidad a los sacramentos, cuando ya le tenía confesado cuán difícil se le hacía creer que Dios se encontrara en una simple oblea, o en un vaso de vino, convertidos en carne y sangre del Señor merced a una fórmula que se venía discutiendo desde hacía ya siglos y que todavía era motivo de desacuerdos e impugnaciones dentro de la misma Iglesia: idea que, además de incomprensible, le

producía a Antonio una nauseabunda sensación de rechazo, de repugnancia, pareciéndole como que bordeara algo entre la magia y los ritos paganos, e incluso cosa peor.

En cierta ocasión Martín, harto de sus protestas, casi le gritó malhumorado:

—¿Qué pretendes, entonces? ¿Inventar una nueva herejía, insensato? ¡Tendrías que abandonar la religión y dedicar tu tiempo a predicar todos los monstruosos errores que los demonios fabrican en tu mente!

Y ahora Antonio, riendo, casi divertido, contestó:

—Sería insensato dedicarme a pregonar sofismas, como muchos, y buscar luego el apoyo de algún príncipe enemistado con Roma, que acogería todo cuanto pudiera ocurrírseme... No, padre Martín. Hace tiempo descubrí que mi verdadera devoción y mi fe están en el hombre, sin ningún poder sobrenatural por encima de su libertad.

Palabras que sonaban a pura blasfemia, o a algo más tenebroso aún.

Entre tanto seguían esperando noticias sobre lo que iría a suceder en Sicilia. Pero todo quedó súbitamente detenido aquel mismo verano: en agosto, cuando se encontraba en Soriano nel Cimino, el papa Nicolás Tercero falleció repentinamente.

XX

Tras la muerte del papa empezó a transcurrir el tiempo —días, semanas, meses—, con la Silla de Pedro en confusa sede vacante, interregno que siempre dejaba todo como en suspenso, tanto en la Iglesia como en la política de los reinos europeos, puestos los ojos de toda la cristiandad en la residencia papal de Viterbo, donde tenía lugar el cónclave. Hasta que otra vez y ante la morosidad de los cardenales, los ciudadanos, impacientes, como ya ocurriera en el pasado varias veces, decidieron mediar en la pugna: invadieron el palacio, amenazaron a los príncipes de la Iglesia y hasta retuvieron a dos de ellos, obligándolos, apremiándolos a la elección. Forzados a romper su inoperancia, alumbrose entonces y se anunció al universo católico, en febrero del siguiente año de mil doscientos ochenta y uno, en quién había recaído la elección: resultó ser otro cardenal francés, el cual tomó el nombre de Martín Cuarto. A continuación los habitantes de Viterbo fueron excomulgados por los hechos vandálicos protagonizados durante el cónclave, y ya ningún papa volvería a poner sus pies en la ciudad durante ochenta y seis años.

La proclamación del nuevo pontífice fue aplaudida por Antonio con aquella jovialidad que era su constante cuando no le soliviantaban cuestiones de conciencia:

—Su Santidad, que elige tu propio nombre, sin duda habrá de tenerte en alta estima —bromeó—. Seguro que ya tiene sus planes respecto a ti. Espero que entonces no irás a olvidarme.

Los hechos resultaron lastimosamente distintos a la burlona premonición de Antonio, porque el pontífice no hizo, apenas consagrado, sino seguir la política de sus predecesores de su misma nación, derogando cuanto se había dictado anteriormente y que no fuera conforme a sus personales aficiones. Estas se referían, entre muchas otras, al Reino de las Dos Sicilias, porque durante el cónclave ya las presiones de Carlos de Anjou jugaron un gran papel en la elección de su compatriota, en pago de lo cual una de las primeras disposiciones salidas de Letrán fue la de nombrarlo senador romano.

Poco después fray Bertrán recibía órdenes expresas de Su Santidad, transmitidas por el cardenal Savelli, para que abandonase inmediatamente cualquiera de las actividades que se apartasen de su puesto en la Cancelaría, junto a la disolución de aquella especie de «gabinete subversivo» creado por su antecesor; a continuación debería aguardar instrucciones respecto al tiempo venidero. Con lo que se creó una penosa situación de abatimiento y rostros mohínos, que la cabeza de aquel activo

grupo trataba de consolar, aunque Martín creyó adivinar en su pariente toda la frustración, el desencanto y, tal vez, en lo más hondo de su mollera, la más profunda sensación de impotencia.

—Nuestra *Regla* tiene como primordial la obediencia. Si son éstos los designios del Señor, hágase su voluntad —concluyó fray Bertrán, luego de comunicar a sus colaboradores las perentorias instrucciones del papa.

Martín, a tenor de toda esta mudanza, encontró hueco para ironizar a su amigo:

—Creo, padre Antonio, que como arúspice hubieras tenido poco éxito en la antigua Roma, porque todo está saliendo completamente al revés de como anunciaras. Pero así es la voluntad de Dios, como nos ha dicho fray Bertrán, y hemos de conformarnos.

El otro aceptó la broma, mitad a risa, mitad dando suelta a sus arrebatos:

—Noto que falta en tus palabras una resignada cita a Job, pero la sobrentiendo... ¿Y me dices que todo esto ha sido voluntad de Dios? ¿O de nuestro nuevo papa, entregado en cuerpo y alma a los suyos, a los franceses? ¡Ah, padre Martín! Pronto habrás de dar razón a mis palabras.

Vetadas las actividades atípicas de fray Bertrán, su misión y la de sus colaboradores quedó circunscrita a la específica con la que figuraban en la curia romana, es decir, el Archivo. Otros fueron separados de sus puestos para volver a la vida conventual.

Martín continuó dedicado a sus obligaciones, tratando de desechar lo que a su pesar había ido ganándole desde que entró en el círculo de su pariente, que era aquel tufillo de aventura con el que pensaba que podría servir mejor a la Iglesia. Redobló interés y esfuerzos en el estudio, porque seguía decidido a obtener su doctorado en Teología, al tiempo que fray Bertrán lo requería para ayudarlo en la redacción de unos comentarios sobre *Los principios de la naturaleza*, de Tomás de Aquino, a lo que se prestó con gusto, por ser tarea de su agrado. Sin embargo, cometió la indiscreción de leer unos párrafos a Antonio, y la reacción de éste no pudo ser más irónica; haciendo aspavientos de ofendido, entre un cúmulo de burlones comentarios que eran casi irritado escarnio, se sorprendía por cómo podía fray Bertrán —y el mismo Martín, por lo visto— apoyar tan extrañas teorías, tan fuera de razón, como que el tiempo tuvo un principio indivisible; que el efecto podía ser tan simultáneo a la causa como para no mediar tiempo entre ambos; o que la omnipotencia de un Supremo Creador dispusiera caprichosamente de un tiempo sin objetivo «para así manifestar su poder...».

—Pero ¿qué necesidad podía tener para tal manifestación, y ante quién? Me cuesta que alguien pueda seriamente sostener tanto error que se elimina por simple lógica, por la más elemental reflexión... Más valiera a fray Bertrán que dejase la pluma y dedicara su tiempo a estudiar con más seso las incongruencias de Tomás. Y tú, mi querido padre Martín, profundiza analizando sin hacer concesiones a lo que han dicho los genios, que no quisiera saberte engrosando el número de los que

aplauden cualquier respetable mojigatería lanzada por cualquiera de ellos.

Fue en mayo cuando llegó la noticia que culminaba el proceso: en el último Consistorio y directamente propuesto por un cardenal-relator a instancias del Santo Padre —y, natural— mente, sin que se alzara ninguna voz en contra, por ser universal la autoridad del papa—, fray Bertrán Oliver fue confirmado obispo coadjutor de Girgenti, una antigua ciudad al sur de Sicilia. El titular de la diócesis había llegado a convertirse, con los años, en un anciano decrepito, haciéndose necesario el auxilio de alguien capaz de cambiar una situación que no podía mantenerse mucho más tiempo. Debido a ello, el nombramiento conllevaba el derecho a sucesión.

Fray Bertrán pareció que aceptaba con manifiesta complacencia la alta distinción de que le hacía objeto el sucesor de Pedro, estimando que con ello se desvanecían los temores de una posible ojeriza por parte de la cúpula de Letrán, lo que no era poco. Y como sería lógico que tras recibir el nombramiento se entretuviera recreándose en adivinar cómo iba a ser el futuro, tal vez le alegró pensar que podría descansar de un agitado vivir en permanente guardia, rodeado de enemigos y de falsos amigos; porque Girgenti gozaba, entre otras cualidades, de un buen clima, según le habían informado, lo que suponía, efectivamente, un premio a tantos años de esfuerzos y desvelos por la Iglesia.

Sin embargo, mucha gente del círculo de amigos y familiares del nuevo prelado pareció entenderlo de otro modo; alguno dedujo, y otros comentaron, que posiblemente en el entorno de los nuevos validos y asesores de Su Santidad habían urdido que en aquella apartada diócesis, comparable, según informes, a una especie de desierto habitado por gente ruda y poco cultivada, bien lejos, además, de Roma, el incómodo personaje acabaría plácidamente sus días en una especie de dorado exilio, sin que le pasara por la mente dar nuevos quebraderos de cabeza. Aunque también parecía como si en el fondo de aquel nombramiento latiera una especie de burla, pues si la «conspiración» antiangevina había conducido al fraile, por mandato del papa Nicolás, a intervenir en la política siciliana, a Sicilia precisamente se le enviaba; desde luego, seriamente advertido en cuanto a su cometido: debería rehuir el mezclarse absolutamente en nada que ni de lejos estorbara las intenciones de Letrán —esto es, del pontífice—, quien seguramente esperaba del nombrado un fiel cumplimiento a sus recomendaciones, al menos por agradecimiento a la distinción de que le hacía objeto.

Cuando fue a hacer la obligada visita antes de su partida, Martín Cuarto no dejó de repetirle, en conciliadora y a la par severa admonición, que cuidara bien de no inferirse en nada que estuviese fuera de su ministerio como ordinario de una región donde todavía, y eran estas noticias confirmadas, se daban rituales mágicos conservados del paganismo, y en la que permanecían, y esto era lo más grave, reminiscencias y costumbres del tiempo en que por allí anduvieron los mahometanos;

los mismos que apoyaron en el pasado la presencia de aquel ateo y hereje que fuera el emperador Federico.

Poca gente tuvo ánimo de acompañarle. Sicilia era una tierra que en Roma sonaba con reminiscencias africanas, con un clima tórrido y habitada por gente medio salvaje, indómitos montañeses que no obedecían sino a sus bárbaras ancestrales costumbres; por otra parte, demostrar simpatía o afectos hacia una persona que podía considerarse más o menos caída en el desagrado de la nueva corte papal, pese a la distinción de que era objeto, no parecía tentar a nadie de los que hasta hacía muy poco buscaban el saludo, la sonrisa, la conversación del que gozara de altos privilegios, ahora camino de un posiblemente feliz ostracismo.

Pero Martín y Antonio bien que se alegraron cuando fray Bertrán los designó para figurar como familiares en el séquito privado del nuevo obispo.

Efectivamente, Girgenti era un lugar dotado de múltiples encantos. Levantada sobre una altura desde la que se dominaba una vasta extensión de un mar espléndidamente azul, el antiguo *Mare Africum*, radiante bajo un sol que no parecía que enturbiaran jamás las nubes, era ciudad con un pasado cargado de historia: la que empezaba a interesar a Martín, espoleado por las inquietudes de Antonio, el cual parecía fascinado ante todo cuanto se refiriese a una época, ya bien lejana, en que un pueblo excepcional, el de los griegos, había sembrado su civilización a todo lo largo de aquel espacio marino que los romanos, con su mentalidad imperialista, llamaron *Mare Nostrum*. Resultaba fascinante descubrir la abundancia de espléndidas construcciones de las que aparecían sembrados los alrededores, muchas todavía bien conservadas, otras en lastimosa ruina, lo que no impedía que el ánimo se llenase de admiración ante el genio de unos hombres que dejaron tanta huella de imperecedera belleza doquiera fueron a establecerse: templos grandiosos, santuarios, restos de edificios y numerosas, bellísimas esculturas; todo, aún lleno de una majestad que llamaba a la evocación más respetuosa, y que a Martín le hizo recordar sus ya lejanos paseos por los Foros romanos.

La consagración del nuevo prelado gozó de la espectacularidad que conformaba la deslumbrante liturgia de la Iglesia, y más en acto tan solemne, aunque la catedral estuviese todavía inacabada. Previamente y desde Roma habían sido vencidos todos los obstáculos que sin duda iban a oponerse a esta elección; porque de siempre fueron reyes, príncipes y señores quienes presionaban para imponer a sus favoritos, arrastrando con ello a los partidarios de unos y otros, lo que daba ocasión a duros enfrentamientos, perturbaciones y sangrientos disturbios que con frecuencia mantenían a una diócesis sin gobierno durante largo tiempo. Dentro de este partidismo no dejaba de figurar la misma Iglesia, donde la simonía era preocupación constante de los papas, que aunque éstos se arrogaban la potestad de cualquier nombramiento eclesiástico, era muy normal que prevaleciera la imposición de los

poderosos, apostando por la nominación de «uno de los suyos»: parientes, amigos, benefactores...

Pero esta vez todo marchó, de grado u obligadamente, con al menos una apariencia de armonía. Porque el cabildo catedral obedeció, aunque fuese a regañadientes, las instrucciones del metropolitano; la nobleza indígena fue amordazada o permaneció a la expectativa hasta conocer a aquel obispo que les imponía el papa francés —por lo menos, no era francés—; y los franceses acataron disciplinadamente las órdenes emanadas del palacio real de Palermo, tanto los funcionarios como el clero. En cuanto a los otros diocesanos del arzobispado, se limitaron a hacer el papel que les había asignado su superior por orden de la Santa Sede: asistir a la ceremonia y proceder a la consagración de su colega.

Empezados los actos a la hora tercia, en una radiante y calurosa mañana de domingo, fue el ordinario titular, el anciano Arnaldo Odorici, quien pronunció las fórmulas del pontifical para la consagración del fraile dominico. Y todo se desarrolló en un ambiente de piadosa unción que fue muy del agrado de la gran concurrencia asistente al acto.

El palacio episcopal no era sino un voluminoso cuerpo del mismo convento de predicadores, algo desvencijado, que acusaba las huellas de un cierto abandono, pero sirvió para la recepción en que los invitados acudieron para conocer y presentarse al flamante dignatario de la Iglesia; aparte de los eclesiásticos, la aristocracia de la comarca, los señores campesinos y los burgueses, asistió el justicia de la Sicilia Oriental, Juan de San Remigio, que era al mismo tiempo gobernador de Palermo, acompañado de vistoso séquito.

—Os suplico que aceptéis la firme voluntad de nuestro señor el rey Carlos, que así me rogó os lo transmitiese, para disponer de cuanto consideréis necesario para el mejor provecho de vuestra diócesis y de toda la iglesia de Cristo —le saludó, haciendo gala de la más exquisita cortesía—. También tengo el honor de transmitir los fervorosos saludos de nuestro virrey, *sire* Hérbert d'Orleans, quien no ha podido abandonar Messina para acudir a testimoniaros su devoción.

—Una de mis primeras oraciones ha sido dedicada al rey, y con él a sus dignos representantes. Dadles mis afectos con mi bendición, os ruego —le respondió el fraile.

Cuando a la hora nona ya se habían despedido todos los invitados y en el palacio no quedaban más que los allegados al nuevo obispo y la servidumbre, ya en la intimidad, Martín se acercó a su pariente, hincó una rodilla en tierra y luego de besar su anillo le saludó, todo emocionado, con los ojos brillantes:

—*Salve, Bertran, Agrigento Dei et Apostolicae Sedis gratia episcopus!*

Antonio no sintió embarazo alguno cuando más tarde reprochó a Martín lo que en su opinión había sido una actuación ridícula, agregando que incluso su mismo pariente debió de considerar aquel impulso un poco tonto; que él, si no fuese por lo bien que creía conocerle, casi lo hubiera entendido pura comedia. Martín, ahora

arrepentido de su arrebató y casi avergonzado, aceptó los calificativos, pero en su fuero interno sintió que le hubiese gustado en aquel momento abofetear a su desconsiderado amigo.

Desgraciadamente, el anciano Arnaldo Odorici entregó su alma al Señor al filo de aquel mismo verano, que se presentaba caluroso y seco. Reunido el capítulo catedral bajo la dirección del vicario capitular, de sus deliberaciones salió el nombre que ya se esperaba: el de aquel extraño, aquel desconocido fraile dominicano impuesto desde Roma, quien por tan aciaga circunstancia se convertía, efectivamente, en obispo de Girgenti.

Fray Bertrán apenas introdujo cambios en la administración de la diócesis. Incluso aceptó la permanencia del mismo vicario general que lo fue de su antecesor, un personaje de modales bruscos, acostumbrado a dirigir el obispado actuando como si fuese el verdadero prelado; la diplomacia imponía obrar con discreción antes de proceder a renovar cargos, si es que se considerase necesario. Por ello, también dejó en su lugar al arcipreste, hombre de parecidos aires; ambos, sin duda, bien molestos por encontrarse inesperadamente con alguien que en cualquier momento podía enviarlos de párrocos a cualquier aldea perdida en la montaña.

Al poco decidió el nuevo obispo completar su casa, llamando a algunos de los criados que le servían en Roma, quienes se presentaron al cabo de cierto tiempo con impedimenta y pertenencias de su amo. Entre éstas destacaba una buena cantidad de libros, de los que pronto se esparció el rumor de que eran de lectura prohibida para los fieles, por contener proposiciones heréticas; un infundio, dedujeron Martín y Antonio, esparcido por aquellos componentes de la curia episcopal opuestos desde un principio al nombramiento de fray Bertrán.

Pero la nota de originalidad más destacada fue la llegada de aquella mujer encantadora, ya conocida por Martín en Lyon, la dona Emilia, quien fue presentada como la persona encargada de gobernar, administrar, velar y dirigir todo el complicado protocolo del palacio. Martín no pudo evitar que le asaltase, muy a su pesar, otra ráfaga de pensamientos similares a aquellos que ya padeciera en Lyon; y volvió a avergonzarse de la íntima amistad que se apreciaba entre su pariente y la bella dama, asombrado de que ésta se comportase, entre aquellas paredes, como la auténtica esposa de una tan alta dignidad de la Iglesia.

Pasada la canícula, cuando los calores cedieron algo, y en previsión de que el siroco, al decir de los campesinos, no soplaría con mucha virulencia aquel otoño, el prelado empezó a proyectar su obligada visita a la diócesis, que estuvo demorando porque

aún no se hacía a aquel cambio de clima, que en ocasiones parecía como si ardieran los cielos. Era idea de fray Bertrán la de acercarse a la mayoría de las poblaciones que conformaban su distrito, y cuando el arcipreste se ofreció obsequiosa y respetuosamente para hacerlo en su lugar, porque también era uno de sus cometidos, se negó en redondo: aquél era su deber y por lo tanto iba a cumplirlo personalmente.

Con lo que se procedió a organizar el viaje, empezando por disponer cuanto sería necesario para los desplazamientos. En principio y como introductor idóneo del cabildo, fray Bertrán juzgó conveniente que le acompañara el arcediano, y el tren se formó con veinticinco mulas cargadas con toda la impedimenta que se consideró precisa, ya que dada la escasez de medios del país no parecía justo, en conciencia, hacer uso del obligado hospedaje que habrían de proporcionar los párrocos. Los criados se contaron en número de cuarenta, pues si el tercer Concilio Lateranense prescribió que para un obispo no pasaran de treinta, se argumentó sobre las dificultades del territorio y su peligrosidad, por lo que la cifra se consideró conveniente y acertada.

Y ya con todo dispuesto se inició la marcha, bordeando la costa hacia Limata. Quiso luego el reverendo proseguir al interior del país, de modo que sin arredrarse ante los obstáculos, atravesando montañas, salvando secos cauces de torrentes que en invierno se desbordaban arrasando cuanto encontraban a su paso, cruzando estrechos puentes y por caminos difíciles, bajo un sol todavía implacable durante el día y sufriendo el frío nocturno, sin dejar de atender su ministerio ni demostrar el menor cansancio, se hizo la preceptiva visita a Ravanusa, luego a Delia, y a Canicatti y Racalmuto, desde donde ya se emprendió el regreso.

Durante una larga sucesión de días, los que no eran naturales de la isla pudieron conocer algo de su geografía; de la gente, casi nada. Era aquél un país dividido en vastos latifundios repartidos entre unas cuantas familias, las cuales tenían arrendadas las tierras a colonos, éstos a otros colonos, y así se explotaba aquella inmensidad dura, difícil para el que no estaba hecho desde su nacimiento a tan abrupta orografía; a descubrir en el lugar más insospechado, colgando de las nubes, una aldea; y a la sequedad de sus campos, y al monótono paisaje de polvorientos olivos, entre los que con frecuencia podía descubrirse la majestuosa presencia de unas abandonadas columnas dóricas, o el pórtico de un derruido templo que ya no servía de cobijo más que a las alimañas. A veces se divisaba algún hato de cabras derramándose por la falda de una montaña, y a labradores entregados a sus faenas; o algún señor, a la cabeza de una partida de criados bien armados, que acudía al límite de su feudo para recibir a la comitiva. Las villas del recorrido se aparecían como adormecidas bajo el imperio del sol, y si no fuese por el anuncio de que llegaban visitantes de tal calidad, tendrían todo el aspecto de unos enclaves deshabitados.

En estos lugares, donde nunca ocurría nada capaz de despertar a sus moradores de una somnolencia que tenía como de hechizo, la presencia de nada menos que el obispo movilizaba no sólo a las villas, sino a todo el contorno. Eclesiásticos, algún

noble, hacendados y un centenar de villanos se congregaban desde las afueras para vibrar, emocionarse y deslumbrarse apenas se avisaba la llegada del cortejo.

Fray Bertrán, si lo permitía el terreno, viajaba acomodado en la silla gestatoria obispal, el faldistorio, protegido de la intemperie por un liviano dosel, llevado por media docena de criados, aunque lo más frecuente era que se viese obligado a cabalgar, dado el difícil estado de los caminos. Cuando llegaba al lugar de destino lo hacía montado sobre una robusta mula blanca, desfilando por entre las dos apretadas filas que formaba la entusiasmada gente hasta la puerta de la iglesia, donde le aguardaban el párroco y sus acólitos revestidos para la ocasión, entre un alegre tañer de campanas y las aclamaciones de los fieles. Los hombres iban engalanados con sus mejores prendas; muchas mujeres conservaban la vieja costumbre sarracena del velo, lo que no evitaba que manifestaran su insuperable belleza, al decir de Antonio, siempre tan audaz en sus comentarios sobre casi todo lo que prohibían las *Reglas* de su Orden. Tampoco escapaban a los ojos de los visitantes las figuras demacradas de muchos de aquellos campesinos, marcados por la enfermedad, las epidemias, la desnutrición; las mujeres de mediana edad se veían ya envejecidas; el aspecto de los niños era lastimoso.

Luego seguían las ceremonias, que en ocasiones el mismo ordinario procuraba acortar, sobre todo en las localidades más pequeñas; y por último acudían los notables, que saludaban al pastor de almas, y el que tenía el privilegio de acomodarlo en su casa marchaba orgulloso junto a tan preclaro huésped; volvían las aclamaciones y se repetían las bendiciones a derecha e izquierda, entre el repique de campanas, mientras moría la tarde, las montañas se vestían de mil tonos de grises y el cielo se hacía cárdeno.

El séquito se acomodaba entre el vecindario y la visita duraba un día, dos, a lo máximo, durante la cual se cambiaban impresiones con el párroco en tanto el arcediano y sus auxiliares inspeccionaban todo cuanto atañía a su misión; mientras, el prelado recibía y conversaba con la gente de la comarca —señores campesinos, colonos enriquecidos—, y en ocasiones aceptaba visitar algo que los naturales consideraban cosa digna de su atención: un puerto de pescadores, panoramas de montañas y valles sobrevolados por algún buitre, un águila. Y también alguna ruina de cuando la isla se llamó Magna Grecia; más de una vez le obsequiaron, como rareza y curiosidad, con viejísimas monedas griegas, en plata o en cobre, estampadas con el águila o el cangrejo, que con frecuencia encontraban los labradores en su rutinario mover de las tierras.

Todavía volvió el obispo a viajar en invierno, aprovechando los gratos días de sol, por la costa occidental, hasta Sciacca, la segunda población importante de su diócesis; villa imponente, dentro de un gran recinto de murallas, donde se le alojó en uno de los dos castillos que señoreaban la ciudad. Para cuando tuviesen un tiempo más estable había planeado hacer la ruta más difícil, hacia el interior, hasta Bivona, de donde ya le habían suplicado los señores el honroso favor de su visita.

Pero lo más notable fue que, sin proponérselo, porque ya había aceptado lo de entregarse a su ministerio, es decir, hacer una vida sosegada y tranquila y rodearse de todo el lujo y las comodidades que su rango le procuraba, fray Bertrán empezó a verse envuelto en una situación que cuando menos podía calificarse de delicada y hasta comprometida, de la que hizo partícipe a los hombres de su confianza —su secretario, su capellán, su amanuense y los dos jóvenes clérigos que formaban parte de los familiares de su casa.

Se trataba del ambiente de conspiración antifrancés que reinaba entre las clases altas del país, donde la nobleza, los señores feudales, la burguesía de las ciudades más populosas —sobre todo en Palermo—, arrastrando con ellos al pueblo, alentaban una sorda lucha contra el gobierno del rey Carlos de Anjou y contra todo lo francés. Alguien había desvelado en el seno de este ambiente las anteriores actividades del obispo de Girgenti, y a él acudían, con más frecuencia de lo que estimara la prudencia, los que se decían patriotas decididos a librarse de la presencia angevina. Y sin querer, ganado nuevamente del entusiasmo que poco tiempo atrás había puesto en la misión que le encomendara el fenecido papa Nicolás, escuchando cada vez con más interés las manifestaciones de sus visitantes, sintiéndose luego ganado por sus quejas, empezó, primero, por aconsejar; luego se prestó a que alguno de aquellos notables se reuniesen en el palacio, y por último llegó a convertirse en una especie de fanal al que acudían unos y otros en busca de consejo, de refugio, de ayuda.

De todo lo cual, a distancia, participaban Martín y Antonio con el entusiasmo de una situación llena con los atractivos de un incierto peligro, lo que no dejaba de arrebatarse sus jóvenes espíritus.

XXI

Uno de sus principales deseos, cuya realización el obispo no quería demorar por más tiempo, era la continuación de su visita diocesana. El siguiente itinerario habría de ir por el interior, hacia el norte, por la zona más abrupta y difícil en la orografía de la región. Tampoco podía olvidar su promesa de acudir nuevamente a Sciacca para, a mediados de junio, en el día de la festividad de San Calogero, asistir a la peregrinación anual hasta el santuario donde se veneraban sus restos. Claro que todo este programa habría de dejarse aplazado para después de la Cuaresma, por lo que no sería ya hasta los primeros días de abril que se pusiera en ejecución.

—No deja de admirarme la energía que derrocha nuestro reverendo —había comentado el siempre mordaz Antonio—; nada le agota: ha realizado penosos viajes que a más de uno dejó con los huesos triturados, ceta como propia la responsabilidad del convento, mantiene bajo su puño a esa gama del cabildo que todavía nos mira como a intrusos, se entrevista con los enemigos del francés, y es de suponer que también cumple con sus deberes domésticos... Aparte de que aún saca tiempo para dictarte sus reflexiones teológicas, tal vez su cometido más inútil... Pero no tomes mis palabras como censura. Te engañarías, porque lo admiro, y aparte de respetarle, siento por él verdadero amor. Lo cual no quita para que te haga una privada crítica a sus comentarios filosóficos y teológicos, que me parecen tan simples como los tantos que ya conocemos. También he de decirte que en cierto modo lo envidio, ya que gusta de lo bello, y para su goce, lo posee y disfruta... No creo que fray Bertrán se deje arrastrar nunca por imitar a aquel papa, Ceferino, y vestir de saco y cubrirse de cenizas... Además, sería de pésimo gusto.

Palabras que mortificaban a Martín pero a las que no podía oponer una defensa de su pariente, siendo éste de un pragmatismo tan asombroso, capaz de cumplir del mejor modo sus deberes como hábil regidor de la diócesis, pero sin olvidar los que al parecer consideraba que debía a su cuerpo mortal.

El Miércoles de Ceniza, día en el que empezaba la conmemoración más penosa de la liturgia católica, el pueblo fue convocado, como de costumbre, para acudir al templo. En todas las iglesias se había tendido un gran lienzo blanco entre el presbiterio y la nave, para recordar a la grey que se iniciaba el período de penitencia. En la catedral, el prelado marcaba la frente a los fieles con la ceniza; y con su bendición, las terribles palabras que acongojaban el ánimo de cada uno: «Polvo eres, y en polvo te has de convertir».

Después vino la Semana Grande.

Parecía que un velo de tristeza flotara sobre la ciudad, sobre los campos, sobre el paisaje marino, como si algo sobrenatural invadiera de tinieblas lo que unos días antes estallara en luz cegadora; una sensación que no era perceptible con los sentidos, sino por la piedad. Era la época en que la devoción de los fieles se entregaba dolorida a recordar todo cuanto sufriera Jesucristo, Hijo único de Dios, quien le enviara a la Tierra para predicar a la humanidad Su Verdad y librarla del poder del Mal. La Iglesia invitaba a que cada cual hiciera todo el esfuerzo mental por solidarizarse con los padecimientos de Aquél cuyo destino había sido ya anunciado por los profetas.

—Me tildarás de cuanto se te antoje —decía Antonio del Sasso a su amigo en la mañana del Martes Santo, cuando Martín se desvestía los ornamentos luego de decir la misa—, mas pienso, y me digo que a Jesucristo Hombre, fuera de su origen divino, no puedo imaginarlo sino como una más entre las muchas víctimas de su época, o de cualquier época, o una cualquiera de las muchas víctimas que hoy las leyes y costumbres, justas o injustas, condenan a morir, tal que ocurrió siempre y me temo sucederá siempre. Así que estos padecimientos de Jesús no serían distintos a los de otros que igualmente los sufrieron en su tiempo, o en este nuestro mismo tiempo...

Martín se quedó mirándole, lleno de asombro, súbitamente irritado:

—Pero ¿eres capaz, precisamente en estos días, de manifestar pensamientos tan irreverentes? ¿Te das cuenta de que hablas de Nuestro Señor como si se tratara de un hombre cualquiera, un... un...?

—¿Por qué te escandalizas? No quiero molestarte, pero cuando me acuden estas reflexiones necesito comentarlas con alguien; alguien dispuesto a oírme, que sea capaz de compartirlas, o de discutir las, de llevarme a contrario convencimiento, de disipar mis dudas... Pero en ti no encuentro más que quejas y rechazo si te propongo hablar de algo que tanto ha de preocuparnos a la humanidad.

—¿Yo? ¿Es que tratas de hacer de mí un renegado, un blasfemo? —Sintió un repeluzno por todo el cuerpo, como si la posibilidad de ser tenido por solidario del rebelde pudiese llegar a oídos del Ser Supremo y su Corte; en aquel momento casi le parecía sentir el irritado ojo de Dios clavado en su persona. Se apresuró a protestar—: No, Antonio, te lo ruego: no participaré jamás de tus pensamientos. Y me duele advertir que vas seguro a tu condenación si no eres capaz de enderezarte, pues cada vez te encuentro más hundido en algo que hasta me daría espanto pronunciar.

—Te entiendo: empiezas a considerarme un hereje, casi un ateo, porque tú sigues el camino marcado sin detenerte a reflexionar sobre cuanto te han dicho, aceptándolo todo, y si te atreves a analizar algo, siempre lo harás sin apartarte de los cánones fijados por los clarividentes doctores de nuestra Iglesia Santa, y Católica, y Romana, y...

—¿Ves? ¡No tienes más que burla hacia nuestra religión!

—Pero no tengo el atrevimiento de interpretar a Dios con la insensatez que acostumbra esa gente a la que tú admiras y sigues con tanta fidelidad... Y en lugar de

entregarnos a ritos sobre cuya efectividad tengo cada vez más serias dudas, ¿no sería más grato al Señor si nos preocupásemos, precisamente en estos que hemos convertido en tristes días, por esa inmensa porción de Su pueblo que vive hundido en la miseria? ¡Tendríamos que hacer de todo el año una Cuaresma, y dolernos por cada hombre, y cada mujer, y cada niño que mueren a diario por el hambre, la enfermedad, hundidos en nuestra indiferencia, porque nos es más cómodo ocultar su desagradable visión!... No queda mejor remedio a sus males sino la muerte... Aunque también sea injusto vivir miserablemente, como esos campesinos que descubrimos de continuo, hambrientos, enfermos, luchando por sobrevivir, en tanto otros muchos viven, *vivimos*, gozando unos privilegios que multitud de nuestros semejantes no habrán de alcanzar jamás... Y me dirás que a qué este discurso: pues así es el sentimiento que me despierta esta que llamamos Semana de Pasión... —Y a seguido—: Además, estoy cierto de que cuanto te digo no deja de martillearte, pues sabes bien que no busco más que la verdad. Igual que en el fondo de tu conciencia haces tú, aunque no te atreves a confesártelo ni a ti mismo.

Por la noche, a solas con sus pensamientos, las protestas de Antonio, efectivamente, le martilleaban el cerebro, cediendo en parte a cuanto de verdad le parecía que encerraba la hondura de su sentido; pero decidido, sordo a no obedecer más que lo que ordenaba su religión por mandato de la Santa Madre Iglesia.

Desde el Lunes Santo el clero hacía vida prácticamente en el templo, dado a los rezos tanto de día como de noche. Martín, sin explicárselo, se había sentido desde aquel mismo Domingo de Ramos especialmente conmovido; su devoción le ganaba de modo que le parecía no haberse hallado nunca tan lleno de fervor, hasta el punto de que en algún momento fue tal su trastorno, tan fuera de la realidad, que incluso llegó a creerse que estaba poseído del favor del Espíritu Santo, que le envolvía como en un manto protector... Hasta que fue capaz de arrancarse tan peregrina sensación, temeroso de que no fuera más inspiración diabólica que resultas de un místico deseo de entregarse a Dios.

Después de aquella última conversación con Antonio, cuya actitud le preocupaba y dolía como si llorase ya su pérdida, por él hacía sus oraciones, pidiendo con todo fervor que la gracia divina le iluminara. Aunque cada vez con más frecuencia no dejaba de admitir muchos de sus razonamientos, especialmente cuando daba libre curso en voz alta a sus ideas, como era su costumbre, llamando su atención sobre cuestiones que a él nunca se le ocurrirían, como si viviese en el plano superior de un mundo insensible a donde no llegaran multitud de situaciones del diario acaecer, que así le pasaban desapercibidas. Y es que la naturaleza humana está hecha para aceptar circunstancias extremas considerándolas normales, hasta que algo, de repente, mueve a la razón para rechazar lo que el hábito convirtiera en usual. Entonces sentía la tortura de aquellas observaciones de Antonio en cuanto a la extrema pobreza y

condición de tanta doliente humanidad; de los siervos, de los campesinos, de los esclavos y los tullidos, y los de mente extraviada, que no podían ganarse el sustento; de cuantos lo mendigaban a diario, sin duda con infinitamente peor resultado que ellos, los de su Orden, que figuraban, precisamente, y ahora casi le sonaba a sarcasmo, entre las «Ordenes mendicantes»...

¿Podía en verdad aceptarse el que hubiera pobres «porque su existencia era grata a Jesús y a la Virgen, ya que la limosna por amor a Jesucristo y su Santa Madre hacían bien al alma, siendo esta caridad prueba de tal amor»? ¿Que los Cielos tolerasen a hombres cien, mil veces más ricos que un millón de pobres? Porque cualquier ser humano disponía del mismo número de órganos y similares necesidades: una boca para comer, un estómago, un par de ojos para ver, dos brazos, dos piernas...; nadie necesitaba mil veces más órganos que otro... ¿Sería entonces cierto que Dios permitía la pobreza para que estos ricos, con sus limosnas, ganasen Sus favores cuando les llegara el momento de comparecer ante Él? Pero quizá lo más inquietante fuese descubrir la cruel realidad que ya Antonio le hiciera notar a raíz de su contacto con el pueblo siciliano, esto es, que los pobres no se tenían en cuenta para nada en aquella sociedad de clérigos y seglares, y que se decía cristiana; era como si no existiesen.

Según trascendiera por comentarios de algún indiscreto del entorno lateranense, se dieron rumores acerca de ciertos proyectos del Santo Padre referidos a las órdenes mendicantes, las cuales iban a disfrutar plena independencia de la autoridad ordinaria, especialmente en cuanto se refería a las facultades de la confesión y la predicación. Quizá por ello, y adelantándose a las instrucciones de Roma, el Jueves Santo el obispo designó a Martín para que pronunciara el sermón en una de las tres únicas misas que se oficiaban en aquel día sagrado.

Lo hizo en la segunda, luego de que se bendijeron los óleos y se preparara el crisma. Sabedor de que el Señor no le había concedido el don de la oratoria, cada vez que estaba obligado a subir al púlpito lo hacía convencido de su poca elocuencia, por más que cuando preparaba una homilía se sentía complacido de su contenido, siempre sacado de su propio magín, pues desechaba los sermonarios al uso de gente poco inspirada; pero luego, al comunicarlo a los fieles, sentía cómo se le escapaban sus más brillantes ideas, sumergida la mente en unas nebulosas que, gracias al Cielo, apenas conseguía salvar ayudado por el vibrante eco de su voz, que al decir de muchos —confidencialmente sabía que, la mayoría, mujeres— cautivaba al auditorio tan sólo por la musicalidad sonora de su verbo. Sin embargo, aquella vez lo hizo con tal sencillez y al tiempo tal apasionamiento, que fue el comentario de mucha gente; mucha gente que se sintió interiormente afectada por cómo censuró el fariseísmo de cuantos pasaban por almas caritativas que haciendo limosna de lo que tenían por inservible y sobrante, se creían ya en gracia de Dios, de cuya hipocresía y falsedad

habrían de dar cuenta cuando se presentaran ante el Juez Supremo.

—Es extraño que escogieras el tema de la pobreza en un día como el de hoy —le dijo luego el obispo—. Además, olvidaste recomendar que la limosna ha de ser en principio para socorrer a las órdenes mendicantes, y en primer lugar, la nuestra, que por ella nos mantenemos tantos viviendo en el sacrificio de enseñar la Verdad y estar en un continuo rogar a Dios... ¿O acaso no te consideras ya predicador? No me sorprendería que nos llegase alguna queja... ¡Ah, Martín!, ¡es el padre Antonio, que te contagia!

Creyó advertir en el tono de su pariente algo parecido a la ironía, oyéndole clamar porque cualquier beneficio fuese, en primer lugar, para la Orden de Santo Domingo; lo que le hizo recordar las muchas voces que de tiempo atrás alzaba cierto clero, defensor de sus privilegios y caudales en contra de quienes hacían exaltación de la pobreza. Porque era cosa sabida —repetían hasta la saciedad— y aceptada, que si había pobres no era sino por permisión divina, y siendo esta voluntad de Dios, una divina finalidad debería haber.

El Sábado Santo, cuando en la bendición del cirio pascual se cantaba el himno de San Agustín, *O, felix culpa, quae talem et tantum meruit habere redemptorem*,^[27] con el que se daba gracias a Adán y Eva por aquel su pecado que habría de heredar toda la humanidad, haciendo que el Creador, en Su misericordia y al tiempo para calmar Su enojo, enviara a su propio Hijo para ser sacrificado, Martín, casualmente, cruzó su mirada con la de Antonio. En los ojos de éste le pareció ver una chispa de elocuente ironía.

Llegó el esplendor del Domingo de Resurrección, con toda la grey cristiana abarrotando las iglesias y las calles, con los jubilosos gritos de ¡aleluya! con que se saludaba la gente; y las sonrisas de felicidad, y la música. Era el preludeo de la vuelta a la normalidad de cada día.

Durante la comida el obispo volvió a referirse a lo que consideraba una de las primeras cuestiones de su gobierno: la continuación de su visita pastoral, que deseaba reanudar cuanto antes. Parecía como si con aquella vuelta a lo que debería ser la verdadera dedicación eclesiástica se encontrara cada vez más entregado a su ministerio, con sus luchas de cada día, con problemas a resolver, que fray Bertrán, a sus no más de sesenta años, dominaba a la perfección; feliz, aunque conservara cierta nostalgia del tiempo en que fue uno de los principales personajes de la Roma católica, y por tanto, de toda la cristiandad, aun actuando casi en las sombras; nostálgico de cuando gozaba la confianza del pontífice y se encargaba de transmitir sus deseos más personales y secretos. Incluso había hecho sus confidencias a Martín:

—Sobrino, creo que ha llegado para mí la hora tranquila de la reflexión y el estudio. Como bien sabes, ha mucho que medito sobre cuestiones de nuestra fe, y no se me ocurre sino seguir mis comentarios sobre lo que nos tienen legado nuestros

santos maestros, especialmente Tomás, al que siguen queriéndomelo echar por tierra con todo su sabio discurso, con toda su ciencia, que creo que estamos obligados a defender... Y para eso cuento con tu ayuda, querido padre Martín... Pero no comentes nada a nuestro descarriado Antonio, que un día, si Dios no lo remedia, acabará ante nuestros hermanos del Santo Tribunal.

En la madrugada del lunes al martes, a la hora de laudes —todavía de noche—, cuando se dirigían a la iglesia se escuchó un cierto alboroto en la calle; impacientes golpes sonaron a poco retumbando en la puerta, y al abrirla, se oyeron las voces de gente en demanda del obispo. Luego, precipitados pasos resonaron en el solitario silencio del templo, y cuando llegaron hasta el sorprendido fray Bertrán, éste reconoció entre los que así irrumpían a varios de los que con frecuencia acudían a las tertulias antiangevinas.

—¡Reverendo, la revolución! ¡Ha estallado la guerra! —le saludó uno.

Y tras besarle el anillo por turnos, se apresuraron a contar cómo acababan de recibir noticia, por unos correligionarios llegados en una galera, sobre los sangrientos desórdenes que el mismo Domingo de Resurrección habían tenido lugar en la capital del reino, Palermo, que se decía iban extendiéndose con vertiginosa rapidez de una punta a otra de la isla.

Todo empezó por un incidente surgido durante la fiesta con que se celebraba la Pascua, en un lugar cercano a la capital, Monreale; que no hubiese llegado a mayores de no ser porque hubo una mujer ultrajada por soldados franceses, a los que los sicilianos, en respuesta, habían asesinado. De esta chispa había brotado un levantamiento general de la población, en el que cayeron miles de soldados, funcionarios y nobles franceses, así como muchos clérigos notados por su odiosa colaboración con los angevinos. El mismo justicia, Juan de Sanremigio, había salvado la vida casi milagrosamente huyendo a refugiarse, contaron, en el castillo de Vicari, donde aguardaba la llegada de los socorros que no tardaría en enviarle el virrey desde Messina.

El prelado escuchó, al igual que los otros, el inquietante relato. No dio opiniones, sino que aconsejó la prudencia debida y quedar a la espera de acontecimientos. Lo único que se le ocurrió fue que orasen por las almas de cuantos habían caído en estos enfrentamientos, especialmente los religiosos, y pedir a Dios trajese la paz al ánimo de los hombres; sobre todo, que prevaleciera la voluntad del Señor. Ello no evitó que en el ánimo de todos se incubara una seria preocupación.

Girgenti amaneció en la tranquila serenidad de cada día. Pero mediada la mañana llegaron unos buhoneros procedentes de Casteltermini, quienes contaron en el mercado la especie, sabida por unos cofrades, de cómo toda la ciudad de Corleone se

había levantado en armas, soliviantada por la población calabresa, y después de exterminar a cuanto francés o simpatizante de los franceses hallaron a su paso, juntaron una armada de varios millares de voluntarios y salieron hacia Palermo, donde dos días atrás se había desatado una revolución en contra del rey Carlos. Se decía que casi toda la isla ardía ya en la violencia, y que el pueblo no se había puesto límites para desatar su odio, cometiendo toda clase de brutales venganzas. Al parecer, capitaneaba la sedición un rebelde llamado Rogerio Mastrangelo.

La noticia se extendió con rapidez por la ciudad, pero todo continuó al ritmo de siempre, quizá teñido de una leve tensión que no rompía el discurrir habitual de cada jornada. Girgenti dejaba pasar las horas, y al atardecer, como de costumbre, empezó a desperezarse del sopor de un día cálido y tranquilo, ahora que el sol permanecía más tiempo regalando su presencia en un cielo pintado de cegadora luz.

Entonces, sin que nadie se explicara su origen, estallaron los desórdenes; grupos de gente armada con los medios más rudimentarios brotaban de cualquier barrio, acudían del campo, surgían de los olivares y las barracas de la playa, e incluso de las pequeñas aldeas cercanas, dirigiéndose resueltamente hacia los lugares donde estaban ciertos de encontrar franceses, sus amigos y sus aliados. Todo en medio de un frenético vociferar de injurias antiangevinas, mezcladas con canciones que tenían un cierto regusto a las melodías del tiempo en que en la isla las iglesias se mezclaban con las mezquitas.

Los desmanes, las salvajadas, la violencia, acompañados de un continuo alboroto, un griterío incesante de los revoltosos, duraron un tiempo infinito, lo mismo que el miedo en la gente que permanecía en sus casas entregada a la oración, esperando el fin de unos sucesos que alarmaban a todos.

En la iglesia, el clero intercalaba los oficios con las preces, aguardando con natural intranquilidad el resultado del levantamiento. Cuál no sería su sobresalto cuando sobre el entonar de los salmos de maitines empezaron a oírse unos gritos ensordecedores, un vociferar que atravesaba los muros, mezclados con canciones, denuestos y alguna blasfemia. Luego empezaron a golpear violentamente las puertas.

—Acompáñame y abre —ordenó el obispo a un hermano lego.

Lo hizo lleno del natural recelo, con indudable temor, pero decidido a afrontar valientemente la situación. Tras él marchó la comunidad entera, muchos, francamente angustiados. Martín recordaría más tarde cómo, mientras seguía los pasos de su pariente, se sintió ganado de una confianza que le hizo olvidar aquel principio de miedo que empezara a ganarle cuando se inició el alboroto, como si se supiera gozando de una protección superior, y por tanto, divina, que le borraba cualquier inquietud ante lo que iban a encontrar fuera. Ideas que luego tuvo que confesar, arrepentido, como siempre, de lo que pensaba no que era más que soberbia y envanecimiento.

Fue abrir las puertas y descubrir una masa humana que abarrotaba la plaza, hecha de gente de toda catadura y pelaje, sin que faltara la presencia de bastantes mujeres,

que en esta clase de situaciones parece que contagien a sus compañeros de una agresividad muy por encima de la normal en los varones; casi todos armados del modo más heterogéneo, sudorosos, los rostros resplandecientes de euforia a la luz de las numerosas antorchas que portaban, que en cuanto apareció la enjuta figura del obispo rodeado de sus frailes prorrumpieron en entusiasmados gritos y aclamaciones.

De esta multitud se destacaron varios caballeros, quienes hincados de rodillas fueron a besar respetuosamente su anillo. Uno de éstos se dirigió con emocionado acento al prelado:

—Reverendo, hoy, gracias sean dadas a Dios, hemos señalado ésta como gran jornada de alegría, porque con Su ayuda confiamos que nuestra tierra empiece su verdadero vivir, dentro de lo que manda nuestra Santa Iglesia. Pero no como lo desea el señor papa *dom* Martín, sino como lo quiso el mandato de Su Santidad Nicolás, cuya alma Dios habrá recogido, y del cual vos fuisteis su leal enviado. Aquí estamos, pues, para agradeceros lo que antes hicisteis por nosotros, de lo que siempre fui testigo, pues ya me cupo el honor de conoceros cuando os entrevistasteis con el señor Giovanni da Prócida, a más de que al disponer el Cielo que vinieseis como nuestro obispo, en todo momento habéis prestado apoyo a nuestra causa. —Y vuelto a la multitud—: ¡Dios bendiga a nuestro obispo y nos lo conserve muchos años!

Y cuando ese gentío, obediente, aclamó a fray Bertrán, Martín sintió que se emocionaba, y un escalofrío le corrió por la nuca, pensando que seguramente las mismas sensaciones las compartían sus compañeros amontonados tras el ordinario. Éste había recompuesto la expresión del rostro, y de la incertidumbre y la desconfianza había pasado a reflejar todo cuanto cualquier humano expresaría en parecidos momentos: una satisfecha sonrisa empequeñecía aún más sus ojillos sagaces; porque es difícil resistir a la vanidad, al elogio, al hecho de sentirse una especie de epicentro en tales circunstancias. Quizás estaba reviviendo sus días de personaje importante, respetado, agasajado; quizás incluso sopesaba insensatamente la valoración de su ministerio y esta popularidad que nacía libre y espontáneamente hacia su persona por parte del pueblo.

Su respuesta fue convocar a los fieles para una solemne misa en pro del bien y la paz —se cuidó prudentemente de no invocar banderías— y rogar por todo aquel que padecía las consecuencias de tan azarosas circunstancias.

La sublevación antiangevina, extendida por toda la isla, supuso en principio la venganza de los sicilianos sobre cuantos eran considerados sus enemigos, es decir, franceses de toda condición —cortesanos, nobles, funcionarios y soldados—, clérigos secuaces de la política de los papas franceses, y con extrema saña, todos aquellos que aceptaban y se beneficiaban del patrocinio que otorgaba el pontífice al rey Carlos de Anjou, los llamados güelfos. Porque de mucho tiempo atrás, desde hacía siglo y medio, existían a lo largo de Italia dos partidos, dos modos de interpretar la política,

dos bandos irreconciliablemente enfrentados: el de los gibelinos, al que seguían nobles, señores y una gran parte del pueblo bajo, cuya filosofía podía entenderse afín a la de los monarcas de estirpe alemana del Sacro Imperio y cuyos objetivos, por tanto y desde el primer momento, chocaron con los intereses del poder temporal de la Iglesia; y los güelfos, apoyados por la alta aristocracia, defensores de la política del palacio de Letrán —que era la suya— y la legitimidad del papa, entre otras, para considerarse, como representante universal de la obra divina, con derecho a disponer de todos y cada uno de los reinos del mundo y entregarlos a quienes a juicio del Sucesor de Pedro serían merecedores. Ambas posturas venían desde muy atrás combatiéndose sangrientamente por toda la península, decididos unos a liberarse de la arbitraria hegemonía pontificia, terner los otros en mantenerla, junto con sus privilegios. Era de rigor que la lucha de los sicilianos contra la imposición extranjera degenerase en parte hacia el lado cainita de la guerra civil.

Las noticias, entre tanto, iban conociéndose en Girgenti con arreglo a las distancias. Sucesivamente se supo que el gobernador de Palermo, Juan de Sanremigio, que huyera con parte de la guarnición al estallar el motín, había perecido con sus hombres —fray Bertrán ordenó el rezo de preces por su alma y las de sus compañeros—; Messina se había unido a los sublevados, siguiendo el ejemplo de casi todas las demás ciudades, y el virrey había huido con trescientos hombres, refugiándose en la inexpugnable ciudadela de Sperlinga, cerca de Nicosia, a donde habían ido a sitiarse los rebeldes.

En cuanto al rey Carlos, que se hallaba en Etruria, al conocer tan alarmantes sucesos sufrió un violentísimo ataque de cólera, al tiempo que juraba su intención de exterminar a todos los sicilianos; imprudentes palabras que alguien se encargó de propagar —sin duda para exacerbar los ánimos— agregando unas supuestas amenazas sobre repoblar la isla con franceses. Pese a todo y venciendo dificultades de todo tipo, consiguió armar hueste y desembarcar en Messina, a la que puso apretado cerco con toda clase de máquinas de guerra; y ya, a partir de ese momento, todos los ojos, desde Roma a los de cada uno de los reinos vecinos, quedaron clavados en cómo se decidiría aquel enfrentamiento, donde de un lado estaba el deseo por parte de Carlos de Anjou para recuperar el reino y tomar venganza de sus enemigos, y por otro se había hecho pública la decisión de los sitiados: morirían todos honrosamente antes que volver al yugo de los angevinos. Por último, cada vez se hacía más insistente el rumor, como una esperanza en boca de casi toda la población siciliana, comentado con preocupación en muchas cancillerías: los próceres del levantamiento andaban en la idea de ofrecer la corona al rey Pedro Tercero de Aragón.

Los acontecimientos habían interrumpido, forzosamente, los proyectados viajes del ordinario. Éste continuaba rigiendo la diócesis sin aparentar sentirse afectado por la situación, simultaneando sus obligaciones pastorales con el seguimiento de cuanto ocurría en el reino, en casi permanente contacto con los sublevados, quienes

acostumbraban a visitarle interesándose por las reacciones que la sedición habría provocado en Roma. De momento la Santa Sede mantenía una tensa calma a la espera de resultados, sin duda, porque si bien Carlos de Anjou había proclamado que rendiría a Messina muy pronto y, según sus palabras, «entonces sabrían los sicilianos lo que significaba sentir el peso de su justicia», lo cierto era que pese a la dureza de los enfrentamientos la ciudad seguía resistiendo las acometidas del sitiador.

Todo hacía prever que la postura del pontífice sería contraria a lo que sucedía en la isla. Ya se habían difundido los pormenores de su cólera cuando supo que la reina de Aragón, Constanza, acompañada de sus tres hijos y del rebelde Giovanni da Prócida, había sido recibida con toda clase de honores en el Palermo libre de la presencia francesa. Resucitaban los miedos del papado, pues siendo Constanza hija del desgraciado Manfredo —vencido y muerto por Carlos de Anjou—, única heredera legítima del reino, de nuevo volvían los fantasmas de los odiados Hohenstaufen a las pesadillas de la Iglesia. Martín Cuarto sabía, como cualquiera, que cuando Constanza contrajo matrimonio con Pedro, hijo del poderoso rey de la Confederación catalano-aragonesa, aportaba, con su dote de cincuenta mil onzas en oro, algo mucho más valioso: sus derechos al trono de Sicilia. Tal vez en Letrán ya hubo entonces quien adivinó que la ceremonia nupcial de aquel trece de junio iba a originar, veinte años más tarde, consecuencias muy en contra de sus proyectos e intereses.

Lógicamente, Martín y Antonio estuvieron desde un principio a favor de los sublevados, aunque Martín, mentalmente, sintiera sus dudas sobre la licitud de un movimiento que despreciaba la autoridad de la Iglesia; en contra de la rotunda actitud de su amigo, el cual acostumbraba, de cuando en cuando, a repetir cuantas historias iban llegando a su conocimiento, muchas ya contadas y recontadas por unos y otros, sobre el ultrajante sistema de gobierno de los angevinos, aquel su abrumar al pueblo con una intolerable carga de impuestos, sus modos despóticos y crueles, lejos de iniciar esfuerzo alguno para ganarse el afecto de la gente...

Pero a medida que pasaban los días, las noticias eran que la rebelión, salvo en contados lugares donde aún se defendían las guarniciones francesas, había triunfado, aunque aún podía considerarse como punto clave de la situación la resistencia de Messina, que seguía duramente asediada por las tropas del De Anjou.

Se supo entonces que los aragoneses habían enviado una embajada a los sicilianos proponiéndoles de limpiar la isla de franceses a cambio de ofrecer la corona del reino a Pedro, del cual se decía haber considerado llegado el momento de reclamar los legítimos derechos de su mujer.

Entre tanto, y mientras pasaban los rigores del verano, fray Bertrán posponía el continuar su proyectada visita pastoral. Hasta entonces y desde los acontecimientos revolucionarios, tan sólo en junio había podido cumplir su promesa de peregrinar en

sus fiestas al santuario de San Calogero, de donde regresó con harta fatiga, lo que le decidió a aplazar sus viajes para mejor ocasión. Sin embargo, no fue capaz de renunciar a la propuesta de uno de sus asiduos, el señor de Terme, Giovanni de Terme, en cuyo feudo abundaban el conejo, la liebre, el buitre y el águila, quien se holgó cuando recibió la respuesta del obispo aceptando su invitación para concurrir a las partidas de caza que especialmente había organizado para su regalo. De modo que en los primeros días de septiembre, olvidadas sus anteriores quejas sobre el cansancio de los viajes y el agobio del calor, fray Bertrán encabezó con su huésped la cabalgata cinegética.

Fueron unas memorables jornadas, a las que concurrieron numerosos notables de la región, formando así una nutrida mezcla de eclesiásticos y seglares, donde no faltaron las damas; entre ellas, por su belleza, su elegancia y aquel apuesto modo de cabalgar, destacó la dona Emilia, la atractiva «gobernanta» del palacio episcopal. Tal vez fuese el anfitrión quien más disfrutara durante aquellos días, feliz mientras paseaba a su ilustre invitado por entre sus huertos de naranjos, o a través de dilatadas plantaciones de la caña de azúcar traída por los árabes, amigos de aquel anatematizado Federico Segundo; organizaba alegres comidas camperas, cuando apretaba el sol, a la acogedora sombra de frondosas higueras...

A mediados de aquel septiembre se hallaban hospedados en el castillo de un familiar de Giovanni de Terme, el caballero de Prizzi; y aquí recibieron la noticia que todo el país estaba esperando: el rey de Aragón había llegado a Trápani con una poderosa armada; luego se trasladó a Palermo, donde el parlamento le ofreció la corona. Unos días más tarde era coronado rey por el obispo de Cefalú.

XXII

La política del Mediterráneo se movía ahora de modo que todos los países ribereños fijaban sus miradas sobre un mismo punto. Ya antes, cuando el rey de Aragón armaba aquella imponente flota de ciento cincuenta galeras y naves, Felipe Tercero de Francia, al que llamaban *le Hardi*,^[28] le advirtió que cuidase de no ir contra su tío, el rey Carlos de Anjou, que era uno de los doce hijos que la pía Blanca de Castilla diera a su real esposo. El de Aragón, usando de aquella diplomacia, parecida al manejo de los sarracenos cuando querían ocultar sus intenciones, respondió con la ambigüedad de un *cadzur*,^[29] llevó su armada al África, distrajo un tiempo combatiendo al moro, y cuando lo consideró conveniente, desoyendo opiniones, ordenó a la escuadra poner rumbo a Sicilia, donde casi de inmediato fue proclamado rey. Seguidamente envió su embajada al angevino, conminándolo a que olvidase toda pretensión sobre Sicilia, a lo que el francés respondió con su argumento de más peso: el reino pertenecía a la Santa Sede, y ya el papa se encargaría de defenderlo.

En respuesta y para despejar cualquier duda sobre lo que tenía bien decidido desde un principio, Pedro lanzó sobre las guarniciones francesas a dos mil feroces almogávares traídos con su expedición, quienes destrozaron materialmente cualquier intento de prolongar la resistencia; un mes más tarde los angevinos levantaban precipitadamente el sitio a Messina y embarcaban rumbo al continente.

Lo que no significaba que las tensiones hubiesen concluido, porque la ambición y el carácter de Carlos no se amoldarían a tal descalabro, dedicándose entonces a remover cielos y tierra en busca de restablecer la situación. En la tierra estaba seguro de contar, llegado el momento, con el auxilio de su sobrino, Felipe de Francia; pero la ayuda más eficaz la esperaba del Cielo, de Roma. Y aquí sí que intervino prestamente su paisano el papa, quien ordenó a Pedro de Aragón que se retirase inmediatamente y devolviera Sicilia «a su legítimo rey». Conminación a la que el aragonés respondió con los mismos diplomáticos efugios que eran su modo de ganar tiempo.

Al poco, desde el palacio de Letrán se hizo pública la noticia que todas las cortes esperaban: Su Santidad había excomulgado al rey de Aragón. Unos meses más tarde lo declaraba desposeído de sus reinos —que la Santa Sede seguía considerando feudos propios—, a los cuales puso en entredicho. Esto significaba que en toda la Confederación quedaba suspendida cualquier manifestación religiosa, desde los oficios a la sepultura en sagrado; Pedro Tercero dejaba de ser rey por la decisión del pontífice; sus súbditos quedaban desligados de prestarle obediencia; podían proclamar a otro soberano e incluso atentar contra su vida. En suma: ya no era nadie.

Días más tarde el obispo de Girgenti convocó a capítulo al cabildo catedral, canónigos y beneficiados. Una vez oídos y despachados los asuntos que miraban a los quehaceres diocesanos, ordenó se leyese la bula de censura. A continuación pidió una oración para que el Espíritu Santo iluminase, en primer lugar, a Su Santidad, y luego al causante de tan severas medidas.

Fue el arcipreste quien a continuación, rezongante, hizo un único comentario:

—*Censura Romano Pontifici speciali modo reservatae*. —Y su voz dejaba escapar, sin el menor titubeo, la opinión que le merecía la situación que se había creado.

—Será que las cosas no se llevaron a modo —deslizó prudentemente el vicario.

—Pero éstos han sido los resultados —gruñó el deán—. Así lo ha querido el rey de Aragón y éstas son las consecuencias de andar a la enemiga de Su Santidad. Porque ya lo dice el Evangelio de san Mateo en boca de Nuestro Señor: «El que a vosotros oye, a mí oye; el que os desprecia, me desprecia». Y no se puede dar la espalda a una decisión del papa, porque es el papa, y el papa habla en nombre de toda nuestra Santa Madre Iglesia.

Se hizo un silencio espeso. Los presentes, unos por respeto, otros por temor a represalias, se abstuvieron de intercalar comentario alguno, y así, unos distraían la mirada en el espacio, entornados los ojos, como sumidos en profunda meditación en tanto pasaban las cuentas del rosario; otros examinaban con profundo interés los bocetos aportados por el artista que iba a encargarse de pintar los frescos que adornarían las paredes de la catedral; alguno repasaba cualquier documento, y los más recorrían con ojos ausentes los dos murales que representaban escenas de la vida de Domingo de Guzmán, o se autohipnotizaban fijando la vista en la luz de los candelabros.

Fray Bertrán, como si no hubiese prestado atención a lo oído, al tiempo que daba por concluida la reunión, se dirigió al secretario del obispado:

—Se dirán misas en todas las iglesias de la diócesis pidiendo al Altísimo Su Gracia para la majestad de Pedro Primero de Sicilia, soberano de este Reino.

No pasó mucho tiempo sin que llegase la respuesta a aquella su clara postura de apoyo al agresivo monarca, pues a poco recibía invitación para asistir a una convocatoria del capítulo provincial de la Orden, a donde acudió puntualmente. En ésta, que era reunión extraordinaria, no iba a tratarse nada referido a asuntos de la religión dominica, sino que se ocuparía exclusivamente de la situación que se había creado en el reino; lo que desde un principio no engañó a la perspicacia del obispo de Girgenti, puesto en evidencia cuando, tras los preliminares, todo giró en torno a su persona.

El superior mayor se encargó de exponer las quejas que de continuo se recibían de Roma en tono, invariablemente, levemente acusatorio, sobre el modo como fray Bertrán venía apartándose, con total albedrío, de cuantas disposiciones habían sido dictadas respecto a la política de la Santa Sede en su pleito con el censurado «exrey» de Aragón. Las denuncias de Letrán insistían sobre el partidismo del obispo hacia las acciones del aragonés, tan evidente, según los comunicados pontificios, que había llegado a constituir verdadera piedra de escándalo a los ojos, tanto de la Iglesia siciliana como de los fieles, lo que en conjunto venía a significar una postura hostil hacia la comunidad y un claro desacato al Santo Padre. La Orden había venido soslayando del mejor modo la reiteración de acusaciones, pero éstas llegaron a hacerse ya tan perentorias, tan conminantes, que se hacía necesario dar una respuesta acorde con los hechos. Hacía ya más de un año que Roma esperaba, con su proverbial paciencia, hasta ver que el ordinario de Girgenti reconsideraba su actitud y admitía públicamente la ilicitud del usurpador del Reino de Sicilia y la obligación de apoyar la reinstauración del monarca legitimado por la Iglesia.

El obispo se defendió de estos y los demás cargos, y durante largo tiempo, escuchado con toda atención por los auditores, expuso detenidamente los motivos que le habían impulsado a inclinarse por quien lo hacía. En primer lugar hizo referencia a lo que ya era bien conocido, es decir, el torpe modo de gobernar de Carlos de Anjou, quien jamás consiguió una mínima adhesión del pueblo; brevemente, por considerarlo aún materia reservada a la Cancelaría, contó del encargo que le hiciera el fallecido Nicolás Tercero para remediar la situación en Sicilia, donde no dejaba de cernerse la amenaza de una invasión sarracena; y dado que Pedro de Aragón fue coronado rey por la Iglesia siciliana y entre las obligaciones de un obispo estaba la de aceptar, en el nombre de Dios, al soberano del reino donde residiera, no había hecho sino plegarse a las circunstancias; agregando el hecho, sabido por todos, de cómo el país, con la excepción de algunas minorías, había solicitado la intervención aragonesa para librarse del dominio angevino.

—Si hubiésemos optado por mantener una postura favorable al rey Carlos, cierto que tendríamos la enemiga de toda la isla, porque sabemos, aunque no sea ésta la opinión que ha venido manteniendo la Santa Sede a través de los tiempos, que los sicilianos han deseado desde siempre volver a ser gobernados por sus antiguos reyes y emperadores, que ahora están representados por el rey Pedro, y ahí creo que está todo el solivianto de quienes aconsejan al Santo Padre —concluyó, osada, arriesgadamente; aunque ésta era una opinión que estaba en el pensamiento de todos.

—Un rey que ya no es nada, pues que así lo decidió el papa, reverendo.

—Pero no olvidemos que cuenta con el favor de sus súbditos, porque tanto la Iglesia de aquel reino como los fieles han hecho oídos sordos a las censuras de Roma. Mantener una postura de severidad, en mi humilde opinión, incluso podría hacer peligrar la fidelidad de quienes siempre fueron buenos católicos, obedientes a la Santa Sede.

Esta insinuación, siempre en la cauta prevención de la Iglesia, con el miedo al cisma y la herejía, no era ajena a las preocupaciones de aquellos hombres, y tal vez por ello no fue comentada.

Las Órdenes Regulares, por espíritu de solidaridad, raramente aceptaban una acusación contra cualquiera de sus miembros, y por supuesto los predicadores no estaban por enviar a Roma un informe que condenara la actuación diocesana de fray Bertrán, como se decidió unánimemente. También por unanimidad convino el capítulo en lamentar privadamente la actitud del papa, que de no mantener tan obstinada protección a su paisano el De Anjou, podría haberse llegado a una solución más ventajosa para la Iglesia.

En junio la agresividad de la armada aragonesa, bajo el mando de su joven, pugnaz, se decía que hasta cruel almirante, Roger de Lauria, la llevó a un duro enfrentamiento con sus enemigos; éstos sufrieron tan espantosa derrota en aguas de Malta, que las banderas de Aragón señorearon sobre aquellas islas. Noticia que, paralela al nulo efecto que las censuras eclesiales habían producido en el excomulgado Pedro y su reino, sembraron nuevo desconcierto e iracundia entre sus contrarios, tanto en el palacio de Letrán como en la corte de Nápoles.

Acontecimientos que se vivían con cierta aprensión en el entorno del obispo de Girgenti, porque todo cuanto favorecía a aquella nueva bestia negra de la Santa Sede que era Pedro de Aragón, indudable reencarnación del maldito Federico Segundo Hohenstaufen, así como sus partidarios, estarían en la hostilidad del papa, con todas sus consecuencias de rencores y condenas. Temores que a no tardar se convirtieron en realidad cuando un mes más tarde, en mitad del verano, fray Bertrán fue requerido para acudir a Roma.

—¿Por qué os alarmáis? —decía el ordinario, tratando de levantar el ánimo de los suyos—. Esto no es más que una nueva jugada de nuestros amigos de Roma, a las que ya estamos acostumbrados. Además, tenemos un precedente en esta clase de zancadillas, quizás hechas de buena fe.

Y se refería a las vicisitudes padecidas, hacía ya setecientos años, por un su lejano antecesor en el obispado de Girgenti; un hombre inteligente, cultivado, que se llamó Gregorio y también fue obligado a acudir a Roma para dar cuenta de unos supuestos cargos de los que salió exculpado; al extremo de que la Iglesia lo tenía elevado a los altares.

—Y no es que yo aspire a tanto...

Días más tarde, fray Bertrán partía a enfrentarse con lo que ya sospechaba.

Carlos de Anjou encontró, como esperaba, su mejor defensor en el implacable Martín Cuarto, el cual no estaba por aceptar hechos consumados. Como quiera que el

anatema de la Iglesia apenas si hizo mella en los estados catalano-aragoneses, el siguiente paso fue mucho más aventurado y radical, porque Su Santidad ordenó al destronado Carlos de ir hasta la corte de su sobrino, *el Atrevido*, y ofrecerle, en nombre de la Santa Sede, la corona de Aragón para su tercer hijo, Carlos de Valois. Y Felipe Tercero de Francia aceptó, dando a su hijo, en nombre del pontífice, las investiduras como rey de Aragón, Cataluña y Valencia, así como la de conde de Barcelona.

Entre tanto, los acontecimientos siguieron velozmente. Tras la partida de fray Bertrán llegaron instrucciones desde la Provincia de la Orden de Predicadores, por las que cuantos familiares habían figurado entre los colaboradores del obispo iban trasladados a diferentes conventos. Martín y su compañero Antonio se encontraron formando parte, el primero, de la comunidad dominicana de Tortona, al norte de la península, y su amigo, a unas treinta leguas de éste, en el convento de Turín.

A Martín, después de casi cinco años de actividad fuera de las rígidas normas de un convento, el cambio le desazonó. Acostumbrado a una disciplina relajada, tanto en la Cancelaría, primero, como luego en Girgenti, donde únicamente había de dar cuenta de su trabajo a fray Bertrán —y él fue siempre responsable cumplidor de sus obligaciones—; alojado hasta entonces de modo bien distinto a la promiscuidad del dormitorio común; regalándose con la excelente cocina que formaba tan importante complemento en la vida de su pariente... Ahora tenía que habituarse al estricto cumplimiento de las Ordenanzas, al obligado silencio conventual, al trato con padres y hermanos —no siempre fácil—, a costumbres y usos diferentes y a la severidad guardada en cuanto al régimen de comidas, que la mayoría de los días eran las verduras —espinacas, habas—, la sémola y la carne salada, cuando no tocino, lo que normalmente se servía en el refectorio, y tan sólo en jueves y domingos se disfrutaba de la carne fresca, no siempre, por supuesto, de la mejor calidad. Mudanzas todas que en ocasiones debió de reflejar inconscientemente en alguno de sus gestos, en su actitud —aun cuando aceptara dócilmente lo que entendía mandato de la voluntad del Señor—, y que le valió la sorda enemiga de más de un miembro de la comunidad; muchos, concedores de lo que entenderían envidiada posición del joven desde que apenas concluyera sus estudios, ahora en furtivo regocijo al verlo sumiso a lo que hipócritamente llamarían «una cura de humildad».

A pesar de todo, él seguía interiormente empeñado en considerar aquel brusco cambio obra de la Providencia, que le ponía a prueba, y lo más importante, le alejaba de la compañía de Antonio, a quien seguiría profesando siempre idéntica amistad, pero cuyas vacilaciones, que ya eran más que escepticismo, no hacían sino mortificar su fe. De modo que ahora se dedicó, con toda su voluntad, a penetrar tan profundamente como le era posible en afianzar cuanto encarnaban sus creencias.

Desde su llegada, al ser recibido por el prior, había confesado a éste sus

dificultades para mantener un diálogo público que le hiciera convincente a la hora de predicar; pero como tenía que cumplir con el fundamento de la Orden, enseñar la doctrina cristiana, le encomendaron para explicar las Sagradas Escrituras en la escuela de niños. El resto del tiempo que le dejaban libre sus obligaciones, con el beneplácito del superior, lo dedicaría a la biblioteca y a escribir.

No es que el ideal de su vocación fuese precisamente derrochar infinitas dosis de paciencia tratando de que la fe penetrara en las tiernas cabezas de los pequeños, pero como esto era lo que le habían encomendado, no hizo sino prestarse a obedecer. Empezó congregando a una veintena de chiquillos para hablarles de aquellas hermosas historias que durante todo el tiempo mantenían a su auditorio en suspenso, contándoles de la creación del mundo, del pueblo hebreo y su continua lucha contra idólatras y paganos, del paso del mar Rojo, y de Jonás y la ballena, y de David y Goliat...; bellas narraciones que para su joven auditorio sonaban como una larga serie de maravillosos cuentos inacabables e inolvidables.

En ocasiones —más de las que hubiera deseado—, mientras narraba los acontecimientos del Antiguo Testamento, o cuando hablaba de Jesucristo, de su vida ejemplar, de sus milagros y de su muerte, le venían a la memoria aquellos fogosos parlamentos, aquel desbarrar de Antonio del Sasso; sus ironías, su crítica de casi cualquier sagrado dogma, su desconfianza por casi todos los escritos de los Santos Padres, su mofa cuando leía en voz alta algún comentario de los más preclaros nombres de la Iglesia, a quienes con toda clase de burlonas muecas ponía el mismo colofón: «Creo que ni él mismo fuera capaz de comprender lo que había escrito». Este desprecio, este orgullo intelectual que le llevaba a encolerizarse, como en una rabieta infantil, contra los autores de obras cuyo contenido calificaba, invariablemente, de inconsistente, monótono, abrumador, vacío de todo pensamiento mínimamente aceptable por la razón, igual lo dedicaba a cualquier anodino y edulcorado fraile «que consagró sus últimos días a fastidiarnos inventando tonterías», como hacía más de un respetado teólogo del momento. Pese a sus esfuerzos, le acudía el recuerdo de aquellos soliloquios con que solía obsequiarle, a los que él asistía como mudo y único oyente: «Es que no acierto a explicarme... ¿Por qué se revistió la doctrina de tanta cuestión enmarañada y confusa, continuamente en discusión, tan lejos de la comprensión del hombre, siendo éste su destinatario? ¡Son misterios! ¡Acéptalos, cree en ellos sin preguntar, porque así lo han decidido unos cuantos iluminados!... No cabe duda, entonces, de que serán muy pocos los que puedan llegar a penetrar las leyes divinas, dado el modo como ha acordado nuestra Iglesia que han de ser interpretadas... O como pretende interpretarlas cada cual... Pero ¿y el resto de la humanidad? A nadie llegará ni sombra de lo que se discute en las alturas de la Iglesia, y si así fuese, nunca comprenderán nada, no entenderán nada de cuanto se les ocurre a esos intuitivos, esos proféticos doctores, porque para la masa basta con

cuatro simplezas, y con ello estiman suficientemente adoctrinada a la grey, a la que además infunden el temor a graves penas para todo el que se deslice por caminos fuera de esa ortodoxia de la que nadie les ha informado»... «Las Escrituras se han ido convirtiendo, mediante sus inteligentes intérpretes, en un laberinto de oscuridades. Nuestros exégetas las han llevado a un atolladero sin salida, sin explicación plausible, y sólo cuando una cuestión se plantea con difícil respuesta, la aclaran, como siempre, con el recurso habitual: ¡misterio! Pero ¡ay del que intente insistir, rebatir, dar otras soluciones que contengan una cierta dosis de sensatez!... Entonces, ¡anatema!... Así llegamos a trabalenguas que se leen con asombro, que bien mirados son de lo más cómicos, como el enigma que nos plantea Gregorio Nazianceno explicando a Cristo: “Es como lo sabe el Padre que lo engendró y el Hijo que fue engendrado; lo que de ahí pasa está envuelto en una nube, fuera del alcance de la mirada del hombre...” ¿Qué quiso decir con tanto enredo? Antes de decidirse a contar tal galimatías, ¿no hubiera sido preferible callar?... Pero nuestra Iglesia amordaza a quienes osan pronunciarse por una fiel lectura de los Evangelios, a cuantos recomiendan no inventar, no interpretar, no tergiversar, mirando de impedir que se conduzca a los fieles por caminos que en nada reflejan lo que en verdad dicen las Escrituras. ¿Tan difícil será hacer un discurso con la suficiente lógica como para que de continuo no nos asalten las dudas? ¡Y gracias a que tales “razonamientos” no trascienden al pueblo llano, que de serlo, sin duda se volverían locos! Porque ¿quién es capaz, para creer y amar a Dios y guardar sus Mandamientos, de aprenderse la infinita serie de interpretaciones inventadas por unos y otros, y saber comprenderlas?». O bien: «Resulta de lo más confuso, y éste sí que es verdadero misterio, que Dios escogiera a “Su pueblo” de entre unas pobres tribus de belicosos pastores, ofreciéndoles una Tierra, la Tierra Prometida, “que no era Suya”, sino que habrían de arrancarla a sus legítimos dueños exterminando a todos: hombres, mujeres, ancianos, niños... ¿Puede aceptarse que el Señor ordenara algo tan injusto, tan cruel? Pero lo extraño es que esta gente, asistida de continuo por la protección milagrosa de Jehová, según nos dice la Biblia, con tanta frecuencia se olvidara de Él para adorar a los ídolos... Se me antoja esta actitud muy similar a la de los Apóstoles seguidores de Jesús, testigos de tantos milagros que nos cuentan Marcos y Lucas, y a pesar de ello nunca acabaron de creer del todo, que ya lo dice San Juan: “Habiendo hecho delante de ellos tantas señales, no creían en Él...”. Hasta el mismo Pedro, primera cabeza de la Iglesia, negó al Señor... ¿Cómo podían dudar de todo lo sobrenatural que se dice acaecía ante sus propios ojos?... ¿O es que nunca vieron nada?»...

Martín respondía siempre lo mismo: todo era cuestión de fe, de rogar al Altísimo para alcanzar la gracia, y terminaba con los argumentos habituales, es decir, que él siempre sería obediente a cuanto ordenaba Dios por boca de Su Santa Iglesia.

Entonces, al evocar estas discusiones, interiormente sonreía al recordar la expresión malhumorada de su amigo cuando le calificaba de conformista, sin dialéctica ni recursos para demostrarle que estaba equivocado. ¿Qué nuevos

disturbios estaría ocasionando en el convento de Turín?

Entre tanto, la situación en Sicilia continuaba sin cambios. En junio del año siguiente, coincidiendo con el aniversario de la derrota angevina en Malta, la imponente fuerza que Carlos de Anjou tenía dispuesta se vio totalmente destrozada en aguas de Calabria, en un nuevo encuentro con la armada de Aragón bajo el mando de aquel hábil Roger de Lauria. Y no solamente quedó destruido su ejército, sino que el mismo príncipe de Salerno, hijo de Carlos, fue hecho prisionero por su rival. A continuación los aragoneses desembarcaron en el continente, invadiendo y adueñándose de todo el sur del reino de Nápoles; acontecimientos que colmaron la indignación del Santo Padre, el cual urgió perentoriamente a Felipe el Atrevido para que se pusiera en marcha y fuese a ocupar los reinos que había otorgado a su lujo. Además, para incentivar a la cristiandad, concedió bula de cruzada a cuantos participaran en la guerra, lo que demostraba basta dónde podían llegar sus rencores.

A Martín tales noticias, recibidas siempre con harto retraso, confusas, cuando no tergiversadas, le parecía se refiriesen a un remoto pasado del que con trabajo lograba recordar su protagonismo, aunque hubiera sido tan superficial; a este respecto se le ocurría en alguna ocasión imaginar los comentarios de Antonio y, entonces, a escondidas de toda mirada indiscreta, sí que reía de buena gana. En cuanto a la suerte de fray Bertrán, el subprior del convento, conocedor de toda la historia y adivinando su natural inquietud, en cierta ocasión y muy privadamente le hizo la caridad de informarle: obligado a dimitir como obispo de Girgenti —cosa más que esperada—, la Orden había dispuesto, a instancias del Santo Padre, su traslado a Hispania, cerca del superior provincial en aquellas tierras. Noticia que tranquilizó la preocupación que durante tanto tiempo venía amargando su recuerdo; porque no podía olvidarse de su pariente, quien siempre le dispensó tan paternal afecto.

De todos modos, obrando con lo que estaba cierto no era sino pecaminoso egoísmo, ahora se había empeñado en desentenderse de cuanto atañía a la doliente humanidad, esforzándose para llegar a aceptar sin rechazo alguno la vida conventual; y el estudio, la meditación, los oficios; y entregarse a aquellos niñitos que oían sus historias religiosas siempre felices. Porque había llegado a vencer la especie de abulia que le ganara cuando se dedicó a sembrar un poco de instrucción en aquel alborotador grupo de chiquillos puestos bajo su responsabilidad; ahora descubrió que su quehacer no sólo le gustaba, sino que le llenaba de íntima satisfacción al comprobar cómo estas criaturas enmendaban sus modales, su habla, poco a poco invadidos por saber cosas que adivinaban que existían fuera de su acostumbrado vivir y el de sus progenitores. Asimismo, por aquellos días dio fin a su segunda obra, reflejo de tantos estudios sobre las Escrituras; naturalmente, sin apartarse un ápice de la ortodoxia que imponía la escolástica, si bien, con cierto resquemor, pensando en las acerbadas críticas que podría dedicarle Antonio si aquellos escritos llegaban a sus

manos.

Poco antes de la Navidad y para su sorpresa, el prior dictó nuevas disposiciones respecto a su persona. Se trataba de ir como acompañante de dos de las más reputadas glorias de la casa, oradores de gran valía, muy admirados por el joven, quienes a su profundo conocimiento de la doctrina de Cristo unían el admirable modo de explicarla con un verbo que de costumbre llenaba a su auditorio de una edificante piedad. La Orden esperaba cosechar buenos frutos con esta misión, porque anunciar la llegada de nuevos personajes, precedidos de una bien aireada fama, siempre conseguía despertar la curiosidad y el interés de ciudades y pueblos, donde esta clase de acontecimientos suponían romper por unos días con hábitos y rutinas, moviendo a gente de toda condición. Así, el capítulo estimó conveniente que un hermano joven como Martín sería de buena ayuda a los oradores, asistiéndolos cuando lo necesitaran.

El superior acabó de informarle:

—Se trata de predicar a Jesucristo en esas tierras del Languedoc que padecieron la espantosa herejía que, al parecer, todavía mantiene enhiestas algunas cabezas de tan temible hidra. Como te he dicho, los padres a quienes vas a acompañar, el padre Dídimo y el padre Zacarías, nacieron y vivieron mucho tiempo, en el Montpellier uno, y el otro en Pau, así que hablan igual que tú, o sea, la lengua occitana, o muy parecida. Por eso hemos estimado conveniente tu compañía. Hasta puede que Dios Nuestro Señor haga un milagro concediéndote el don de la oratoria. Recuerda además que el primer predicador que fue a convertir y arrancar del error a aquella gente no fue otro que nuestro santo fundador, Domingo de Guzmán.

XXIII

Tal como le había contado el prior, aquellos herejes, los cátaros, que aparecieran en Occitania casi cien años atrás con sus falsas y malvadas doctrinas, tan perniciosas y a la vez tan sutiles que fueron capaces de embaucar a miles de infelices, no habían sido del todo extirpados; la guerra que provocaran estos apóstatas, durante la que pareció que fueron totalmente exterminados por los cruzados de Cristo, no pudo acabarlos definitivamente. Lo curioso era que, habiendo sido borrados a sangre y fuego de sus últimos puntos de resistencia en el Languedoc, bastantes habían ido a refugiarse en la Lombardía, muy cerca de Tortona, amparándose en la reprobable tolerancia de las ciudades italianas del norte, desde donde mantenían un continuo flujo de conspiradores y subversivos entre Milán, Brescia, la cercana Pavía y los antiguos condados herejes de Tolosa, de Foix y otros.

La vigilancia espiritual sobre las regiones en que se sabía la existencia de aquellos focos de enemigos de la fe —no por reducidos menos peligrosos—, nunca fue abandonada, encargándose de ello tanto la Orden de Predicadores como los Franciscanos. Pero el temor de la Iglesia estaba en Occitania, pues si allí fue donde con mayor intensidad se propagó el error, cabía el peligro de que nuevamente brotara, aun de las cenizas de las hogueras en que ardieron cientos de sus seguidores. Se imponía, por tanto, visitar aquellas tierras y recordar a los pueblos el auténtico mensaje de Cristo, y de paso avisar a los fieles, intimidándolos amorosamente, del peligro a que exponían vidas y haciendas caso de caer en la herejía.

La comitiva, verdadera misión evangelizadora, sin sombra de todo aquel ostentoso aparato de que se rodeaba fray Bertrán Oliver en sus viajes, dedicose con entusiasmo a su tarea apostólica. Ya apenas atravesado el Ródano, y con el auxilio de las casas de la Orden, empezaron a organizarse sucesivas tandas de sermones populares, empezando por Aviñón, donde se encontraban en aquel enero del mil doscientos ochenta y cinco. Y adonde les llegó noticia del fallecimiento de Carlos de Anjou, por cuya alma se ordenaron misas, y del cual oyó Martín a un padre de la Orden lo que entendió un bien justo responso:

—Con tanto poder, no le rodeó más que la desgracia. No fue rey amado, perdió de un modo lamentable a su hijo Carlos, preso de su peor enemigo, el rey de Aragón, y luego, todos sus deseos de venganza por ver a su sobrino sentado en el trono aragonés se los acaba de vedar la muerte. Dios, cuyos designios nadie conoce, tenga piedad de su alma.

La misión continuó camino del antiguo baluarte de la heterodoxia, Tolosa. Así fueron recorriendo aldeas, villas, ciudades, en las que el fervor que levantaban sus

prédicas bien compensaba las fatigas de los viajes. Desgraciadamente ya no era posible convocar aquellas famosas controversias como las que dieron fama a Domingo de Guzmán, en las que los extraviados quedaban siempre vencidos, bien por la dialéctica del santo, bien por algún milagro puesto en su apoyo por los Cielos para así afirmar la veracidad de su doctrina; pero corrían otros tiempos: cierto que nadie contrario a la ortodoxia de la religión que predicaba la Iglesia Católica osaría manifestarlo públicamente.

Tampoco era infrecuente el penoso espectáculo que ofrecían muchos de los asistentes a aquellos verdaderos discursos de Dios, quienes en grupos de veinte, de cincuenta y aun más, tras oír a los frailes se dedicaban, en el atrio del templo y a veces dentro de la misma iglesia, a flagelarse salvajemente recitando padrenuestros y avemarías; visión más lamentable que piadosa al contemplar espaldas y brazos de aquellos posesos, hombres, mujeres e incluso niños, bañados en sangre.

Dentro de su cometido, sin ningún personalismo, Martín se sentía felizmente entusiasmado con aquella actividad. Jamás había ejercitado, en los años que llevaba consagrados a la Iglesia, una vida tan pletórica de los ideales que siempre soñara: oír, como en un retorno a la dedicación de los primitivos cristianos, comunicar a las gentes la palabra de Dios, regocijándose al descubrir la emoción que cada sermón producía entre los piadosos oyentes; pero sobre todo, llevar una existencia de verdaderos frailes mendicantes, con austeridad, con humildad, sin el menor atisbo de aquella insolente vanidad, de la arrogancia de que tantas veces fuera testigo, de la concupiscencia, y la simonía, lo mismo en Roma que en Girgenti e incluso en muchos conventos de la Orden.

Poco después, otra triste noticia vino a sacudir a la catolicidad: a finales de marzo falleció Su Santidad el papa. Martín, al saberlo, inmediatamente pensó en fray Bertrán y en todo el grupo de sus colaboradores, perjudicados por aquel hombre que tan fríamente acabara con quienes entorpecían sus intenciones; le hubiese gustado saber si alguno de ellos dedicó una oración al muerto, como hizo él mismo y como estaba seguro que no haría Antonio del Sasso. La nueva llegó a los misioneros cuando se encontraban organizando sus jornadas de predicación en una villa cercana a Béziers, y casi inmediatamente, el anuncio del nuevo sucesor en la Silla de Pedro: el cardenal Savelli, quien quiso honrar la memoria de aquel otro Savelli, su familiar, que fuera papa Honorio Tercero —el combativo enemigo de la herejía albigense, el tenaz adversario del emperador Federico Segundo— coronándose papa Honorio Cuarto. Martín compartió los comentarios que circulaban entre las casas de la Orden en que se detenían: aquél probablemente sería un papa de transición, ya que cuando del cónclave salía elegido un anciano, y además, de delicada salud, siempre era con las miras puestas en alguien que pronto le sucedería para imprimir nuevos bríos a la Iglesia.

—No sería peregrino suponer que si los cardenales llegaron esta vez a tan rápido acuerdo, sin duda fue esperando ver qué bando vence en el próximo consistorio —

opinó un fraile del convento de Narbona.

Continuando su itinerario, ahora el país que recorrían se presentaba espléndido, acogedor bajo el delicioso mayo primaveral, donde parecía que con el buen tiempo la gente acudía en mayor número a escuchar los sermones, e incluso que se las adivinaba más dispuestos a seguir las exhortaciones de los oradores. Al margen de tales sensaciones, dentro de Martín bullía una latente emoción, algo que se le antojaba como que respiraba los aires de su tierra, de su casa, tan cercana y a la vez tan lejos; porque de todo punto le sería imposible desertar de sus obligaciones y viajar hasta el Mas d'Alvers, y abrazar a su madre, besar la mano a su padre, ver a su gente... Resignada y obedientemente, sin manifestar emoción alguna, seguía atento a su deber, aunque se le ocurrió que posiblemente los dos ancianos tenían ya adivinados sus sentimientos.

Una de aquellas mañanas, encontrándose en la comarca de Minerve, hasta donde habían decidido acercarse para llevar el mensaje evangélico a una región tan apartada, Martín recibió un aviso del padre Zacarías, al cual encontró a la cabecera de su compañero Dídimos, aquejado éste de no sabían qué dolencia, postrado por la fiebre. Ambos le informaron de cómo, tras haber analizado la situación, habían llegado a lo que se consideró más adecuado para cumplir su compromiso con la feligresía, esto es, que fuese el joven quien, pese a su escasa experiencia, se encargara de dirigirse a los fieles convocados, que acudirían en gran número, sin duda, procedentes de toda la región. Zacarías prometió reunirse con él en la iglesia apenas llegara el físico y los tranquilizara, tanto a él como al enfermo.

—No será necesario, padre Martín, que te esfuerces ni exageres por hacer un discurso como los de nuestros más famosos predicadores que figuran en los sermonarios, y además, aquí la gente apenas los comprendería. Pero esos tus estudios de las Escrituras, tu gran conocimiento de ellas, tu dedicación a escribir sobre tanta grandeza, que además, con tal sencillez enseñas en nuestra escuela, han de servirte, y bien. Seguro que con tales conocimientos y la ayuda del Espíritu Santo, tus palabras dejarán gran recuerdo en la parroquia.

Naturalmente, la propuesta implicaba una necesidad, y en cierto modo un ruego para salvar una situación. Por más que se sintió preso de las acostumbradas tribulaciones, vacilando entre la confianza de que era objeto por parte de sus experimentados acompañantes y el conocimiento de sus limitaciones, se dispuso con la mejor voluntad a entregarse y salvar del mejor modo posible aquella dificultad.

No supo cómo resultó lo que en principio calculara breve y después se extendió más de lo pensado. Su oración versó sobre cómo Dios, natural dueño y Señor de todo cuanto había creado, se afligía y sentía la grave ofensa que es el pecado. Si todo cuanto existía sobre la tierra no era debido sino a Su obra, nacida de Su omnipotente voluntad, sus criaturas tenían la ineludible obligación de servirle y obedecerlo; por lo tanto, ¿cómo podía el hombre atreverse a ofenderlo desacatando Sus mandamientos, pecando contra Él y contra sus semejantes? Y de singular modo, ¿cómo podía

despreciar de manera tan ignominiosa al Señor de cuanto existe, apostatando de su sagrada doctrina, de la que había dejado como única depositaria a la Santa Iglesia Católica? Porque era la apostasía, quizá más que ninguno, el pecado más grave, igual que negar Su autoridad suprema sobre todo lo existente y apartarse, enemistarse, despreciar Su profundo amor. Podía afirmarse que tan sórdida rebeldía se asemejara a la de los ángeles que capitaneó Lucifer, condenados desde entonces a sufrir los eternos castigos del Infierno. Sin embargo, la bondad del Señor, en su infinita piedad, había instituido unos caminos capaces de volver a las almas descarriadas a su benevolencia. Por esta senda de salvación el pecador debía sentir, primero, verdadero arrepentimiento de sus ofensas; luego, confesar con sinceridad su culpa y llenar su corazón de amor y respeto a su Dios; y finalmente, aceptando con humildad la pena correspondiente, cumplir la penitencia que en Su nombre le impusiera quien por mandato divino estaba facultado para atar y desatar en la tierra lo que Dios luego ataría y desataría en los Cielos. ¿Cabía modo más simple, más hermoso, de congraciarse con la voluntad del Altísimo?

—Padre Martín, no es que desee halagar tu vanidad, que todos podemos caer en tal vicio, pero he de felicitarte por tu sermón. El argumento me pareció bien acertado, la exposición fue clara, y si en algún momento hubo algún concepto, alguna expresión difícil, fuiste directo al corazón de la gente, sin duda por el efecto armonioso de tu voz, un don que te ha dado el Señor para que difundas Su verdad — le dijo el padre Zacarías una vez concluida la ceremonia—. Noté además cómo al ir concluyendo te dominaba algo como una emoción, cosa natural si se piensa...

Pero Martín le oía sin escucharle. Ahora, sumido en profunda cavilación interior, estaba preguntándose por qué, a medida que pronunciaba su oración, su mente, detrás de sus palabras, le había hecho sentirse como si caminara en falso, escéptico de cuanto comunicaba a su fervoroso auditorio; sobre todo, como si lo descubriera por primera vez, cuando insistía en los poderes sacerdotales, de los que él mismo estaba revestido y por los que podía hacer que un alma se salvara, o condenarla para siempre...

A mediados de mayo llegaron, en su camino hacia Tolosa, a las murallas de Carcasona, ciudad que a Martín pareció impresionante; sensación que se le hizo aún más acusada al descubrir, acampada extramuros, a una ingente multitud de efectivos militares, es decir, lo que parecía un ejército inmenso.

Una vez en el convento dominico, lo primero fue informarles de la noticia que más importancia tenía para la Orden: en el capítulo reunido en Bolonia se acababa de recibir al nuevo maestro general, cuya designación había recaído sobre el provincial de Hispania, fray Munio de Zamora; noticia que Martín recibió con sobresalto —no supo si de alarma o de gozo— por lo que tal acontecimiento afectaría a fray Bertrán, puesto, por decisión del pontífice que acababa de entregar su alma a Dios, bajo la

autoridad de quien ahora se había convertido en cabeza suprema de la Orden.

En cuanto a la presencia de tan numerosa tropa, les contaron que el papa Honorio, haciéndose eco a cuando dejara dispuesto su antecesor, había urgido al rey de Francia para que se aprestase a ocupar los reinos catalano-aragoneses, de acuerdo con las disposiciones de la Santa Sede. Y Felipe *le Hardi*, quizás un poco remiso al principio, decidido al fin, había puesto en marcha aquella imponente fuerza de invasión, donde se decía que iban más de treinta mil peones, entre infantes y ballesteros, casi veinte mil caballeros y cincuenta mil cruzados, de los cuales seis mil eran mercenarios del papa; en total, más de cien mil hombres, a cuya cabeza marchaba el propio rey, acompañado por su hijo y heredero, Felipe, y el investido rey de Aragón, Carlos de Valois.

Las nuevas llenaron de aprensión a Martín al saber que la invasión iba a efectuarse por el Rosellón, lo que significaba que toda aquella maquinaria bélica, haciendo a la inversa el legendario camino de Aníbal, necesariamente habría de atravesar Elna en busca de los pasos obligados para cruzar los Pirineos. Como notasen sus acompañantes aquel su estado de ánimo, visiblemente deprimido, Martín no tuvo inconveniente en manifestarles el motivo de su preocupación. El padre Dídimo, que era de natural optimista, quiso tranquilizarle:

—No parece que haya de haber guerra alguna, que cuentan será como un paseo por todo ese país donde el pueblo está ansioso de recibir a los cruzados, pues tiempo ha que las censuras de la Santa Iglesia tienen soliviantada a la gente, deseosa de que tal situación acabe. Tampoco la nobleza está ya en favor del que fue su rey, ese violento *dom* Pedro, o al menos así se manifiestan los de Aragón, aunque alguien ha contado que en Cataluña estén más de su parte, no sabiéndose, pero, cómo habrán de tomar la decisión de Su Santidad, que acaba de renovar las sanciones a esos reinos. No tienes, pues, motivos de inquietud, padre Martín, y una vez concluya nuestra misión, hemos decidido llegar hasta donde tus familiares, que para entonces ya todo habrá terminado.

Palabras que en cierto modo, a la par que de consuelo le llenaron de agradecimiento. Más tarde, cuando los vaticinios de fray Dídimo resultaron tan errados, a Martín se le ocurrió, pecadoramente burlón a su pesar e incluso sintiendo una especie de lástima, que el buen fraile nunca podría alcanzar honra de profeta.

La maquinaria de guerra organizada para invadir el reino catalano-aragonés inició su marcha hacia el sur a través de las tierras y con la aquiescencia de Jaime, rey de Mallorca, tan hijo del Conquistador como lo era el rey de Aragón, su malquisto y enemistado hermano. Jaime pensó que las circunstancias le eran propicias para vengarse del avasallamiento a que lo tenía obligado el intolerante y ambicioso Pedro, y permitió que la fuerza invasora de Felipe Tercero de Francia atravesara libremente sus Estados limítrofes con Cataluña. Así fue conquistada Perpiñán; Elna quiso resistir

la acometida, rebelde a las deplorables medidas de su rey, y fue salvajemente tomada al asalto. De allí, los invasores prosiguieron su avance: por el coll de la Maçana traspasaron la muralla de los Pirineos, cayendo sobre Perelada, Castelló de Ampurias, Rosas, San Feliu de Guíxols, Blanes... Parecía una marea incontenible, desbordada, que apenas encontraba obstáculos, camino de la codiciada joya del reino: Barcelona.

Pero decididos a no dejar núcleos enemigos a retaguardia decidieron frenar su avance, resueltos a conquistar la plaza más importante en toda la región, Gerona, donde a finales de junio iniciaron el sitio. La ciudad estaba defendida por Ramón Foch de Cardona, que ya tenía el valeroso ejemplo que acaba de dar unos de sus pares, el vizconde Dalmau de Rocaberti, quien en la defensa de Perelada, al no poder resistir la acometida del enemigo, se decidió por la tierra quemada: ordenó evacuar la población y seguidamente la entregó a las llamas; así, los cruzados no encontraron más que ruinas y cenizas.

Incidentes que no habían enturbiado lo más mínimo el decidido ánimo del rey francés y sus seguidores. Hasta que coincidiendo con los cada día más agobiantes calores de agosto les llegó noticia del descalabro sufrido por las cuarenta galeras de su escuadra, dispuestas para arribar a Barcelona, donde aguardarían la victoriosa llegada de Felipe y su comitiva. Todo por culpa de la mala fortuna, pues se tropezaron en el golfo de Rosas con aquel audaz almirante de la flota aragonesa, Roger de Lauria, y allí el destino les deparó una espantosa, luctuosa derrota, salpicada de violencia y crueldad; porque luego se divulgaron incidentes del combate, proezas de valor de uno y otro lado; pero lo que más se refería y quedó grabado en la memoria de la gente, con indudable repugnancia y cólera por parte de los vencidos, con feroz regocijo en la mayoría de los vencedores, fue la bárbara actuación del capitán de la escuadra de Aragón, el cual, en venganza por una serie de supuestas atrocidades cometidas por los invasores al penetrar por el Rosellón, ordenó que al día siguiente de su victoria todos los prisioneros heridos, que pasaban de trescientos, fuesen atados con maromas y arrojados al mar; a los que resultaron ilesos, más de dos centenares y medio, les hizo sacar los ojos y así fueron enviados al campamento de los invasores. Tan sólo respetó la vida del almirante enemigo y cincuenta caballeros.

—No toda la culpa será de ese calabrés, que dicen fue orden del rey el que se cometieran tales atrocidades. Que *dom* Pedro, cuando puede tomar desquite, a más de vengativo no tiene la mínima piedad —comentó un caballero en el convento de Labast.

Martín pensó que aquel modo de obrar no tenía nada de cristiano, sino que recordaba las monstruosas historias referidas a los antiguos reyes orientales, donde la venganza estaba por encima del perdón. Y a su mente, sin querer, acudió aquel pasaje del *Éxodo*, cuando el pueblo de Israel se decidió por adorar a un becerro de oro y Moisés, por orden del enfurecido Jehová, ordenó a los hijos de Levi: «Poned cada uno su espada sobre su muslo: pasad y volved de puerta a puerta por el campo, y matad cada uno a su hermano, a su amigo, a su pariente»; y así perecieron tres mil

hombres a los que Dios libró de los egipcios, pero no de su ira. Lleno ahora de perplejidad se preguntó si podía sentir repugnancia por la crueldad de Pedro Tercero y alabar la del Señor.

Entre tanto se había producido un cambio en la actitud de la nobleza de Aragón, que de mantener una postura altiva, indiferente y hasta enemiga hacia su rey, siempre en demanda de beneficios y privilegios, al obtener las concesiones que reclamaban se dispusieron diligentemente a enfrentar a los invasores. Y juntaron sus mesnadas con la hueste real para combatir a los cruzados.

La infeliz Gerona, falta de recursos, con la población muriendo materialmente de hambre, el cinco de septiembre hubo de rendirse a sus sitiadores. Pero éstos apenas pudieron permanecer un mes; la misma hambre que les había permitido conquistar la plaza se volvió contra ellos, lo que unido a las enfermedades convirtió a la orgullosa fuerza atacante en un ejército desmoralizado: a finales de septiembre ya comenzaban a retirarse. Así, todos los miedos y rencores acumulados por los papas, la confianza de Felipe el Atrevido, de sus hijos, de sus seguidores, acababan en cruel fracaso; Carlos de Anjou estaría revolviéndose en su sepulcro, agitado de un violento ataque de la cólera que en vida tanto le dominara.

Para colmo de infortunios, uno de aquellos tristes días otoñales, apenas iniciado octubre, el rey de Francia entregaba su alma a Dios. Sucedió muy cerca de aquella ruina en que sus defensores convirtieran a Perelada. Tenía sólo cuarenta años.

Cuando su joven hijo pidió a su tío y enemigo, el victorioso Pedro, permiso para retirarse con el cadáver del monarca fallecido, respetando su abandono del país sin ser atacado, el aragonés accedió. Y cumplió su palabra; pero en aquel estilo que marcaba su carácter resentido, lleno de aborrecimiento, de inextinguible odio hacia todo el que se le enfrentaba; comprensible ahora, obligado a defenderse de la enemiga de tantos que, infructuosamente, habían buscado de acabarlo: desde las alturas del Coll de Paniçars se entretuvo viendo desfilar los restos de aquella orgullosa armada que, investida de la autoridad de la Iglesia, había pretendido destruirle. Dejó pasar, en efecto, a toda la vanguardia de los que se retiraban: el conde de Foix, a la cabeza de varios centenares de caballeros, seguidos por el cadáver de su cuñado el francés; y sus hijos, y su escolta. Luego, cuando empezaba a discurrir el resto del ejército, con los cruzados, y los mercenarios del papa, de repente aquellos desmoralizados infantes sintieron caerles un furioso alud de endemoniados almogávares abriendo paso a la hueste aragonesa, todos descargando, como haciéndolo suyo, el odio de su rey, que era como una locura.

Comandando aquella agresiva turba se encontraba el caballero Ramón de Urg, cuyo nombre estaba unido al de la baronía de Mataplana. Con él figuraban, y se distinguieron en el combate, dos jóvenes *cavallers* procedentes del Pirineo catalán, cuya casa era vasalla de la de Mataplana desde hacía casi un siglo. Se llamaban Ramón y Jaume de Malpás.

Rechazada la invasión, sin mostrar agresividad pero avisando de su disposición amenazadoramente para no dejarse avasallar ni por reyes ni por papas, Pedro Tercero se dispuso a embarcar para Mallorca, decidido a castigar la colaboración que su hermano Jaime prestara al monarca francés. Pero a casi un mes de la muerte de Felipe, el rey de Aragón fue a seguirle a las incógnitas tinieblas del Más Allá.

XXIV

Quando los padres que dirigían la misión consideraron culminados sus objetivos, puesto fin a sus largos, cansados itinerarios de evangelización, con la satisfacción de saber de muchos descarriados reconciliados con la Iglesia, su último acto consistió en una gran concentración en Foix, donde ayudados por otros miembros de la Orden se organizaron sermones y misas al aire libre, actuaciones que estuvieron en todo momento acompañadas de gran gentío.

Para dar un fin adecuado a tanto esfuerzo, coincidieron con la celebración de un auto de fe en el que ardieron dos herejes relapsos, un hombre y una mujer, lo que fue seguido con toda atención por la gran multitud que, avisada como de costumbre y cada vez que tenía lugar un piadoso acto de tal naturaleza, acudió con voluntariosa curiosidad a presenciarlo. Esto constituía ya un pretexto que servía al vecindario y a toda la comarca para solazarse en el lugar festejando la jornada, al parecer, con más entusiasmo que cuando asistían a un día de mercado. Según comentaba luego la gente eclesiástica —monjes, frailes, clero diocesano, familiares del Santo Tribunal—, aquella sagrada función pareció haber servido de gran provecho a muchas de las almas que desde bien temprano ocuparon sitio en el quemadero tratando de no perderse detalle del espectáculo; todos queriendo ignorar cómo atraía la macabra ceremonia a las multitudes, en especial si el reo era una mujer, que si no era previamente estrangulada, su contemplación retorciéndose entre las llamas, sus gritos, el mirar desencajado, parecía desatar la lujuria de más de un piadoso feligrés, cuyas consecuencias había de pagar más tarde su piadosa cónyuge.

Para Martín, obligado a estar presente, constituyó un espectáculo deplorable, si bien guardose de hacer comentario alguno. Sí estuvo recordando cuando sintió por primera vez la mordedura de los escrúpulos que manifestaba Antonio del Sasso: «¿Por qué no confesamos nosotros, los predicadores, ser los verdaderos y únicos autores que ordenan a la justicia quemar a un hereje? Pues cuando el inquisidor ordena relajar a quien declaró culpable, pidiendo hipócritamente que no resulte derramamiento de sangre ni pena ordinaria, si el juez tarda en cumplimentar la sentencia, inmediatamente lo apremian, e incluso lo acusan de hereje, sospechoso de proteger a herejes... Así que somos nosotros, los predicadores, quienes lo queman... ¿O no?». Pensamientos que le hacían sentirse incómodo, sabedor de que era su conciencia la que le reprochaba una cierta parte de complicidad en la muerte de un semejante, fuese o no culpable.

Luego, y por complacerle, que las impaciencias debían reflejarse continuamente en toda su diaria actividad, el regreso se hizo en dirección a Perpiñán, y de aquí al

Mas d'Alvers.

Lo que sorprendió y alarmó al joven fue encontrar a su padre apartado de cualquier actividad, convaleciente de algunas heridas que recibió cuando se defendía de una partida de mercenarios alemanes que acudieron al llamamiento del pontífice para expugnar de sus estados al rey de Aragón. Por el contrario, tuvo la alegría de reunirse con miembros de su familia a quienes no veía desde años; algunos, como sus hermanas, una que vivía en Prades, la otra en Navarra, le eran tan desconocidas como sus maridos. Así, el intercambio de noticias fue continuo durante los días de descanso en la finca, también gratamente aprovechados por los dos predicadores a quienes Martín venía secundando en la misión, lo mismo que los hermanos legos que les acompañaban.

Pero lo que inmediatamente requirió el interés del muchacho fue informarse acerca de lo sucedido, primero a su padre, y luego al país. Tomás, alentado por tener a tanta familia alrededor, mudó de hábitos y volvió a sentir el gusto de sentarse en la cocina, ante la chimenea siempre animada por un buen fuego, cuya vecindad todavía era reconfortante.

Contó luego de cómo el veguer de la región estuvo informándole de la próxima llegada de los cruzados, a quienes el rey Jaime había concedido de atravesar el país camino del reino de su hermano. Entre sus obligaciones estaba la de albergar por unos días, en tanto se reorganizaba la hueste invasora luego de la toma de Elna, a cuatro caballeros de los que prestaron oído a la petición del pontífice; encargo nada grato, ya que toda la comarca hervía de horrendas historias sobre el comportamiento cruel y salvaje de los franceses y sus aliados una vez rendida la ciudad, que no contentos con asesinar, saquear y violar, prendieron fuego a la catedral con gran número de indefensos ciudadanos dentro.

Los obligados huéspedes resultaron ser cuatro segundones bávaros con su séquito de escuderos y criados, a ninguno de los cuales conseguía apenas entender nadie, pues sólo hablaban la bárbara lengua de los germanos. Exigentes desde un principio y llenos de prepotencia, recién llegados empezaron a comportarse con la rudeza de unos conquistadores, lo que Tomás disimuló con aquella paciencia que era una de sus características, al tiempo que le traía lejanos recuerdos de otra época. Lo primero fue reclamar las mejores habitaciones de la casa, lo que entraba, sin imponerlo, en las costumbres de todo anfitrión, para inmediatamente dejar aparecer sus maneras arrogantes, imperativas, en el modo de dirigirse a los criados de la finca como si fuesen propios, despectivos con los propios huéspedes; asimismo, obligaron a que les sirvieran sus comidas apartados de todos, y no los guisos habituales, sino que obligaban diariamente a sacrificar pollos y algún cordero. Por otra parte, sus criados y escuderos robaban cuantas provisiones hallaban en su continuo merodear, y una vez descubierta la bodega, ya no hubo noche en que no terminaran todos completamente embriagados; borracheras que con frecuencia les daba por insultarse unos a otros y hasta a echar mano a las armas, dispuestos a zanjar sus discusiones del modo más

violento.

—Son jóvenes, carecen de la necesaria templanza —los excusaba Tomás; y con sus palabras intentaba desechar sus propios celos y temores. Porque a tan desagradables inconveniencias había ordenado se hiciera discreta salvedad, en espera paciente de que aquellos indeseables, llegado el momento, desaparecieran.

El incidente surgió la víspera de su anunciada marcha; a la caída de la tarde acudió a él uno de los nietos, el primogénito de la familia, lloroso, preso de nerviosismo, comunicándole que varios de los escuderos y criados de aquellos hombres habían penetrado en su vivienda, aprovechando la ausencia del padre, y una vez allí habían organizado una escandalosa bacanal, donde el vino había desatado sus instintos más bajos, lanzándolos desenfrenadamente hacia las mujeres: su madre, sus hermanas, las criadas. Éstas inmediatamente corrieron a refugiarse donde buenamente les pareció que podrían estar a salvo, pero aquellos depravados estaban destrozando puertas y librando obstáculos, de modo que el muchacho, al que habían golpeado brutalmente cuando intentó contener a tales fieras, llegó aterrado, buscando el auxilio de su abuelo.

Sin perder tiempo acudió Tomás a donde los caballeros, quienes empezaban sus libaciones tras la cena, rogándoles que fuesen a poner orden ante los desmanes de su gente. Sin comprender muy bien de qué les hablaba, escucharon las quejas del huésped, pero interpretando gestos y lo que a medias podía comprender uno de ellos, que hablaba algo de francés, le siguieron hasta la vivienda del hijo, donde apenas entrar se vieron inmersos en el estruendo de voces, risas, golpes contra puertas y muebles y el gritar aterrado de las mujeres, más de una con las ropas desgarradas, salpicadas de moraduras y arañazos, perseguidas y acometidas en alocadas carreras por la lujuria de aquellos bárbaros. Escena que, en lugar de provocar el rechazo de los señores, fue recibida por éstos con alegres risotadas, incitados para unirse a la improvisada fiesta.

Como Tomás se interpusiera para tratar de impedir tan injusto comportamiento, dos de aquellos energúmenos forcejearon con él hasta derribarlo; seguidamente esgrimieron sus dagas, amenazando con darle muerte allí mismo si les obstaculizaba el juego. Todo, sin que cesara el vociferar divertido de los hombres mezclado a los gritos de pánico de las mujeres, entre carcajadas, muebles derribados y el abundante correr del vino.

Algunos criados de la finca que habían acudido soliviantados por el tremendo alboroto, permanecían apartados, contemplando de lejos cuanto sucedía sin atreverse a intervenir. Al ser descubierta su presencia:

—¡Eh, vosotros! —gritó uno de los jóvenes—. ¿Qué ahí romo estúpidos? Traer aquí fuera mesas, traer asientos, aquí, aquí fuera, que seguimos fiesta, sí.

Salieron al patio tirando de las mujeres, en tanto los atemorizados servidores disponían cuanto les habían ordenado. El que hablara antes se dirigió a Tomás:

—¡Tú, anciano, presto! ¡Traer tú el mejor vino que guardar para tu!... El mejor...

Y si tardar mucho, gente tuya va a perder nariz, oreja... Pero lindas muchachas van perder otra cosa, si aún tienen... ¡Que son buen bocado estas campesinas, amigos! — Y empujó rudamente a Tomás, apremiándolo a ejecutar su mandato.

Todo iba acompañado de un incesante reír, de gestos obscenos, de empellones a las hembras, de forcejeos y forzado besuquear.

Y de repente, en cuestión de momentos, la diversión, el escándalo, empezaron a enmudecer. Al principio pareció que nadie se percataba del motivo; luego, el escenario se llenó de un pesado silencio roto por alguna exclamación de sorpresa, algún sollozo, algún ahogado lamento de mujer, y lo que hasta entonces fuera alegre orgía dio paso al estupor y la alarma; siguieron gritos llenos de iracundia, de sobresalto ante lo inesperado, lo desconocido, que finalmente estallaron en una violencia de alaridos pronunciados en el habla de los teutones.

Primero cayó el más audaz, el más alegre y decidido, cuando se alejaba de la fiesta arrastrando por el pelo a una de las muchachas: había dejado escapar roncros estertores de ahogo, hizo luego unos traspies, y a poco se desplomó agarrado desesperadamente a la flecha que acababa de atravesarle el cuello; casi inmediatamente le siguió uno de los escuderos, y a continuación otro de los jóvenes nobles. Fueron unos instantes de incertidumbre que aprovecharon con rapidez los criados al adivinar que era Tomás, con su vieja ballesta de guerra, quien tomaba venganza del agravio; empuñando palos y útiles de labranza la emprendieron sobre los agresores, golpeando sin piedad al que caía. Éstos se defendieron hasta donde les fue posible, utilizando sus armas el que las tenía a mano y haciéndose de cuanto pudo servirles para rechazar la acometida. Así malhirieron a varios de sus atacantes, mataron al viejo que cuidaba las cuadras y rajaron la cara a su nieto, un muchacho, casi un niño. Ya Tomás, bajando desde su puesto en el arranque de las escaleras, se incorporó a la lucha blandiendo un enorme espadón de hoja triangular que dando signos del ardor que le provocaba la cólera manejaba con una sola mano.

Terminó la lucha con una respuesta tan cruel como la que causara la actuación de los cruzados y sus servidores, porque Tomás ordenó degollar a los heridos; luego se sacó un carro, cargaron en él los despojos, y el macabro convoy partió buscando las aguas del Tech, que les servirían de sudario. Todo había sucedido con tal rapidez, que todavía se preguntaban sus participantes si fue realidad o alucinación; pero allí estaba aquella enorme mancha de sangre que ahora trataban de hacer desaparecer, y en el aire aún resonaban las voces de los muertos, y en más de uno persistía el recuerdo de las facciones de aquellos alocados jóvenes... Había desaparecido toda la risueña poesía de los colores de la tarde, en el verdor de las trepadoras que ascendían por la pared, en el canto de las aves que, indiferentes, se bañaban en las últimas luces del día.

Martín oyó horrorizado la tremenda historia. Hubo un silencio que turbó la voz queda de la madre:

—Damos gracias a Nuestro Señor, que por Su providencia nos ayudó a librarnos

de tan grave peligro.

Tomás hizo un gesto:

—Es de suponer que fuera también Dios quien nos envió a esa gente indeseable, y al no agradarnos su compañía, se los hemos devuelto. Que visitantes de ese jaez no son aquí de buen recibo... Y ya, que piense mejor el Señor Dios lo que hace.

Adalmodis se persignó por lo que todos considerarían un comentario bien irreverente; los predicadores se dieron por no enterados; los demás, aun los que tenían oída la historia muchas veces, sonreían felices del buen final de la aventura, aprobando con satisfacción, de singular modo, el colofón de venganza puesto al mismo.

Más tarde, Martín preguntó a su padre:

—¿Cómo no tuvisteis clemencia de esos desgraciados, a los que ordenasteis matar una vez vencidos?

—Primero, porque de dejar alguno libre, sin duda volvería con más y en mayor número, y entonces seguro que vuestro padre no estaría hablándoos ahora, señor fraile. Luego, si como dice vuestra madre, fue todo obra del buen Dios, ya sabrá Él qué ha de hacer con esa gente, que a juzgarlos se los envié.

Nuevamente en su convento de Tortona, Martín agradeció sin palabras la muda opinión satisfecha que adivinara en sus superiores, sin duda por los comentarios que fray Dídimo y fray Zacarías hicieran de su comportamiento durante aquellos meses de predicación, donde la buena fama de ambos oradores cobró nuevas cimas de popularidad.

Pero apenas reintegrado empezó a sentir algo como nostalgia, una especie de añoranza de la larga temporada en que había llevado una vida donde casi a diario encontraba nuevas ocasiones para descubrir, en su cotidianeidad, experiencias, motivaciones de las que siempre podía aprender algo; esto, unido al recuerdo indeleble de su tiempo bajo la tutela de fray Bertrán, donde sin la rigidez de disciplina alguna cumplía unas funciones que sentía gratificantes; o las mismas perturbadoras conversaciones con el rebelde Antonio... Ahora, la vuelta a las observancias conventuales, que nunca había ejercido tan estrictamente, le pareció llena de monotonía, con sus rígidas normas, de continuo bajo la severa asechanza de un celador; con aquellas insípidas confesiones públicas en los capítulos, donde cada cual se acusaba de faltas que parecían inventadas, por lo simples, probablemente callando otras mayores; la desagradable vigilancia en la vestimenta para descubrir si alguno ponía seda o lino entre la piel y el rudo contacto del hábito...; y sobre todo, el forzado silencio, la incomunicación, salvo en el breve lapso en que estaba permitido hablar.

Volviendo a lo que ya había hecho costumbre, la mayor parte del tiempo lo dedicó a la biblioteca, aunque ésta no fuese muy rica en obras de su interés; y al estudio, a

sus escritos. Luego se le designó para instruir a hermanos recién ingresados en la Orden, muchos sin otro conocimiento religioso que lo que se les presumía de vocación; como quiera que se le autorizó para simultanear esta ocupación con las clases a los niños, consideró la sobrecarga de trabajo como un regalo, ya que al menos le permitía hablar, más o menos a su antojo, aunque lo que más oyese no fuera sino su propia voz.

Cuando uno de aquellos días fue avisado por el superior:

—Nos pareció, padre Martín —y este plural siempre le recordaba, burlonamente a su pesar, a los Apóstoles del Señor cuando se referían a ellos mismos inspirados por el Espíritu Santo—, que aun cuando tienes en tan mal concepto tu propio discurso, tendrías que obligarte a predicar —y al notar ya la expresión incómoda de su interlocutor—: No olvides que en nuestro propio entorno tenemos a mucha gente que ignora, o que distrae, los más fundamentales principios de la Ley de Dios; que apenas sabe rezar; gente sencilla que estamos obligados a socorrer espiritualmente en bien de sus almas. Así, hemos estimado que del mismo modo que con un lenguaje sencillo, sin términos de difícil comprensión, enseñas con paciencia a los neófitos, y que de igual modo enseñas a los niños, tendrías que hacerlo a los adultos de la región.

Y se extendió refiriéndose a la falta que cometería la comunidad toda abandonando a aquella gente, sumida en su ignorancia de una debida enseñanza religiosa.

—Subes al púlpito con miedo, y ése tal vez sea el origen de tus dificultades. ¿Piensas acaso que Tomás de Aquino fuera en todo momento buen orador? —Iba Martín a darle su respuesta de siempre: «El Señor no quiso concederme el don de la elocuencia». Pero el prior dio por concluida la charla—: Ve, padre Martín, y dispón para salir en cumplimiento de la que es primera regla de nuestra Orden.

Si por un lado esta propuesta iba a concederle el arrancarse a la monotonía conventual, sí le desagradaba interrumpir sus estudios, sus escritos; pero la idea de aquella cierta libertad que suponía enfrentarse al mundo era más fuerte: salir a los caminos, respirar otros aires, descubrir algo de cuanto alentaba más allá del recinto monástico...

Proyectos que quedaron en suspenso cuando a los pocos días de sostener aquella conversación, en el refectorio, y precisamente con Martín en el púlpito entregado a leer la epístola de Pablo a los tesalonicenses, de repente el prior sufrió unas convulsiones, se llevó las manos a la garganta y a continuación se desplomó sobre la mesa. Probablemente lo último que oyera fueron las palabras que recitaba el joven fraile: «Seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor».

Continuó, pues, dividiendo su tiempo entre la catequesis a los niños, que era la labor más fácil y grata, y el difícil adoctrinamiento a los donados: muchos, tan torpes, que

Martín abrigaba serias dudas de que alguna vez llegaran a cantar en el coro.

Entre tanto, y para su mayor desasosiego, aparte de la nostalgia por el feliz encuentro con los suyos, le volvían cada vez más impetuosas las sensaciones que experimentara al pronunciar aquel obligado sermón, lo que era ya una auténtica ansiedad. En sus horas de meditación, arrodillado en la iglesia, se confesaba la necesidad de entregarse a un ejercicio de auténtica sinceridad con su conciencia, donde escarbando en el fondo de su corazón pudiera responderse con toda lealtad a los miedos que le asaltaban; por momentos le acuciaba una especie de urgencia por saberse en el pleno conocimiento de si verdaderamente era fiel a sí mismo, si sus sentimientos eran idénticos a como se manifestaba exteriormente, a como le consideraban los demás; si sentía infaliblemente su ministerio —sagrado ministerio— con verdadera entrega, o si éste había quedado reducido a un simple acomodo a las circunstancias, un barniz externo, sin profundidad, de cuya mudanza ni siquiera él mismo era del todo consciente. En síntesis, tenía que autoconfesarse y plantearse sin género de dudas si su fe era real, o sólo el deseo de que lo fuese. Pero todo se quedaba en proyectos; cada vez que lo intentaba huía del momento en que sería capaz de pensar intensamente en el motivo de su desazón —una angustia, ya—, como si le avergonzara presentarse ante Dios confesándole sus dudas, mostrándose desnudo de ficciones; porque frente a Dios no cabían disfraces. Sí estaba cierto de que llegado tan crucial momento iba a enfrentarse a algo que sería lo más difícil de toda su vida; que esa ansiedad podía conducirle por caminos decisivos: por un lado, si era capaz de vencer aquella resistencia a entregarse con toda su voluntad al Señor, permanecería ya para siempre dentro de lo que desde niño creyó ser su destino; sí estaba cierto de no sucumbir a la posibilidad, por una inercia del espíritu, por cobardía, de continuar en la religión escondiendo sus vacilaciones, disimulando, engañando, mostrándose falsamente entregado sin descubrir a nadie sus ambigüedades. Y luego estaba la elección más peligrosa, la más audaz, que le llenaba de terror: porque si después de esta lucha no fuese capaz de aceptar con toda limpieza lo que mandaba la fe en el Cristo, antes que ofenderle a Él y engañar a sus prójimos con su hipocresía, se vería forzado a abandonar la Iglesia y enfrentarse al siglo, con todas sus consecuencias.

Pero siempre se resistía a acometer ese análisis, pensando remotamente, como en un fatalismo tan ajeno a sus creencias, que algo sobrenatural e insospechado habría de venir muy pronto a aclararle su estado de ánimo. En cuanto a buscar consejo del padre espiritual, la sola idea le aterraba.

Uno de aquellos días acudió a visitar el convento un asiduo de la comunidad, el señor de Torre Nardi, pariente del subprior, del que con regular frecuencia se recibían sus dádivas para el mantenimiento del parvulario. Esta vez, además, llegaba acompañado del vino que producían sus tierras de Asti, siempre bien recibido y festejado. Como manifestara deseos de asistir a una de aquellas clases que estaban a cargo de Martín,

hasta allí le acompañó su deudo, abandonándolo luego para ir a sus obligaciones antes de pasar al refectorio.

Apenas desapareció el superior, el señor de Torre Nardi, cuidando de que ninguno de los niños sorprendiera su gesto, sacó un libro de bajo su manto y lo entregó al joven, murmurando:

—Es del padre Antonio del Sasso. Me rogó os pidiese que no seáis demasiado riguroso en vuestra crítica.

Sin decir palabra, Martín escondió la obra entre los legajos que guardaba en un armario, y en cuanto tuvo ocasión, lleno de curiosidad, feliz por el recuerdo que al cabo del tiempo le dedicaba su amigo, desenvolvió el atado. Eran una buena cantidad de páginas, escritas por alguien bien experto en su oficio; aunque se había empleado la letra monacal, no era de caracteres tan desmesurados como se hacía de costumbre, sino muy regulares, lo que implicaba un texto más denso, y en ninguna hoja descubrió iniciales floreadas, adornos ni iluminaciones, de donde dedujo se trataba de algo —ya lo sospechaba, tratándose de Antonio— compuesto para la controversia. Su título, *De diversis quaestionibus*, y debajo el nombre de su autor: Antonio del Sasso, O. P.

No le sorprendió encontrar, ya desde el comienzo de su lectura, la influencia de aquellos libros prohibidos por la Iglesia que Antonio se hacía prestar subrepticamente de la biblioteca de la Cámara Pontificia. Se dedicaba la obra a una variedad de temas filosófico-religiosos, razonadamente expuestos —a juicio del autor—, de donde se llegaban a conclusiones cuyo contenido era más que inquietante. Martín reconoció en sus páginas, presentadas con cuantos argumentos parecieron necesarios, todas aquellas conversaciones en que permanentemente salía el inconformismo del joven polemista para aceptar lo que no se le aparecía aceptable para la razón, por mucho que lo avalaran todos los gloriosos nombres de la Patrística y la Escolástica.

Empezaba definiendo a Dios, describiéndolo como «esencia» purísima, increada, eterna, ubicua, omnipotente, sabia, que velaba por el perfecto funcionamiento de Su obra con Su divina Providencia, manifestada bajo el amparo de un conjunto de inteligentes leyes físicas inmutables, imperturbables, inalterables, que por ninguna circunstancia podrían cambiarse, ni desviarse, ni modificarse jamás y bajo ningún concepto; el hombre y cuantos seres vivos forman parte de la Creación participaban de idénticas funciones naturales: nacer, crecer, procrear y «transformarse» —no decía morir—; pero al hombre se le habían otorgado cualidades superiores que lo situaban muy por encima en esta escala, pues concediéndole Dios el participar de algunos de Sus atributos, aunque no fuese sino a un nivel ínfimo, le había dotado de una mente inquieta, capaz de pensar, animada de un estimulante afán por la actividad intelectual, que la llevaba a un permanente estado de curiosidad en busca de la interpretación, tanto de las leyes de la física como las metafísicas, para profundizar lo mismo en el conocimiento de la materia que lo rodea como en los insondables abismos

escatológicos. Con ello se establecía un supuesto designio en el ser Supremo, invitando al hombre por medio de la inteligencia de que lo había investido como su mejor don, para que fuese capaz de comprender los arcanos de Su obra y con esto acercarse más a Él; para despertar la vitalidad de su raciocinio, incentivarlo y elevarlo a las alturas sublimes del razonamiento y la reflexión, lo había dotado de un hálito especial, el alma, por cuya mediación el espíritu se arrancaba a las pasiones nacidas de su propia naturaleza, inclinándose a amar el bien, la moral, la sabiduría, la perfección, la justicia y, en suma, la virtud... Todo expuesto con el detenimiento que su autor consideró obligado para la mejor comprensión de sus argumentos, donde apenas podía hacerse coincidir algo de su contenido con la ortodoxia de la Iglesia; el pensamiento de antiguos filósofos griegos caminaba junto a las proscritas doctrinas de Averroes, y en el fondo general de la obra se dejaba casi adivinar un temerario síntoma de larvado ateísmo.

Durante los días que siguieron, Martín dedicó el tiempo de que pudo disponer para analizar cuidadosamente la obra, y no llegó a otra conclusión que la que ya dedujera desde un principio. En primer lugar se daba a entender la existencia de Dios, pero no como Ser Supremo que creó al hombre a su imagen y semejanza, sino confundiénolo con un puro panteísmo donde Dios y Naturaleza venían a ser lo mismo; la Divina Providencia se traducía en los mecanismos de evolución y defensa que las leyes de esta misma Naturaleza imponían sobre el mundo, por lo que era deducible que, por la misma inmutabilidad de dichas leyes, se negaba la evidencia cierta de cuantos milagros, apariciones y otros prodigios atribuidos de siempre a un origen celestial, obra de la divinidad, se habían producido desde el principio de los tiempos, como afirmaban los Evangelios y daban tantos testimonios los santos; todo elemento vivo, animal o vegetal, diferenciándose del hombre en la superior inteligencia de éste, había sido puesto sobre la tierra para experimentar idénticas motivaciones de supervivencia y continuidad; y en cuanto al alma, no aparecía como la entiende la religión, sino que dejaba de ser inmortal para convertirse simplemente en el motor del pensamiento, con un ansia de conocimientos que reflejaba la herencia misma de aquella Curiosidad Primera, origen de toda la maldad del mundo. Es decir, una versión totalmente materialista, sin referencias a nada sobrenatural, esencia y fundamento de la religión; en su obra, y siguiendo a Averroes, Antonio del Sasso daba a entender que la humanidad habitaba un mundo nacido de una evolución natural, eterno como la materia de que se había formado, donde la muerte de todo ser vivo, como un accidente físico, no era más que una transformación de la misma sustancia cósmica.

Sintió Martín todo el pesaroso efecto que le había ocasionado aquella lectura, cuyas páginas, pese a ello, continuó repasando una y otra vez, del todo entristecido al ver confirmarse lo que en realidad sabía, o al menos sospechó siempre, y era que su amigo, definitivamente se había dejado hundir en las conclusiones más pavorosas; toda una perspectiva sin esperanzas, de abandono y desprotección, donde el hombre

se encontraba solo en un mundo hostil, sin el consuelo de la divinidad, sin el amparo de la benigna Potencia Superior a la que volver la mirada en demanda de ayuda frente a los azares del vivir. ¿Cómo pudo caer en un pesimismo tan descorazonador? ¿Y cómo se sentiría ahora, vacío, sin fe, aislado en una sociedad que multitudinariamente lo esperaba todo de un Padre que lo era Todo?

Mezclando las ideas de Antonio con sus propias cavilaciones, con aquella aprensión que le mordía desde que le asaltaron aquellas abominables dudas, sonreía, interiormente irónico, al recordar cómo había esperado confiadamente —e ingenuamente— el signo sobrenatural con que la divinidad acudiría a apagar sus vacilaciones; en cambio, había recibido un escrito que alentaba una doctrina mucho más peligrosa que cualquier herejía.

Interiormente abatido, continuó con sus obligaciones sin dejar traslucir sus miedos; asistía casi maquinalmente al rezo de los oficios; enseñaba, dos veces por semana, los rudimentos de la fe a aquellos esperanzados novicios; y dedicaba el tiempo necesario a la enseñanza de aquella historia llamada sagrada, donde se cantaban las glorias y miserias del Pueblo de Dios; sólo que ahora no se sentía capaz de vivir los maravillosos relatos con el alegre entusiasmo de antes. Era una actuación similar —o consecuencia— que sentía le embargaba cada vez que se ponía a explicar —y explicarse— los misterios de la fe a su auditorio de neófitos.

Unos días más tarde fue llamado por el recién elegido nuevo prior. Temió que éste le transmitiera la decisión de su antecesor en cuanto a la necesidad de salir a predicar. Pero el motivo fue completamente distinto: un venerable padre, fray Bernardo, habría de trasladarse por un tiempo indefinido de visita a un monasterio del interior del país. Se había decidido que Martín podría ser la compañía idónea para asistirle.

XXV

Como quiera que esta decisión se tomó cuando se acercaban los gozosos días de la Navidad, la partida —aunque se había hablado de una necesidad de vital urgencia—, se pospuso hasta un mes más tarde, para evitar en lo posible al anciano padre Bernardo los rigores del invierno. Una vez hechos los preparativos, que no requerían grandes medios, se pusieron en camino a temprana hora de una mañana, ya bien avanzado febrero, sin otro acompañamiento que los dos hermanos legos que habrían de ocuparse de las dos acémilas y la impedimenta. Viaje que harían a pie, como mandaban las Reglas que dictara santo Domingo para vivir a imitación de los Apóstoles del Señor; porque las bestias sólo les servirían para transportar el equipo y las vituallas, y en los tramos más difíciles, para que fray Bernardo, a quien sin duda pesaban sus años, no se agotara por el camino. Aunque tampoco era infrecuente que estos decididos predicadores utilizaran los medios más rápidos para llegar hasta donde había que difundir la palabra de Jesús, que el pretexto del dinamismo de su propia misión les servía para hacer uso de ellos.

Respecto a su destino, Martín sólo fue informado de que se dirigían al interior del país, en busca de un monasterio enclavado en el corazón de la cordillera apenina, San Benito de Trébbia, fundado por los benedictinos hacía ya algunos siglos y residencia entonces de una comunidad de monjas dominicas que lo habían rebautizado como Santa Domitila de Trébbia. Por más que el joven daba vueltas a su cabeza tratando de adivinar el motivo de aquella expedición, que atravesaba un territorio de lo más escarpado y casi desierto, no acertaba con alguna respuesta plausible. Su acompañante, hombre recluido en sí mismo, de escasa y nula comunicación, más esquivo que sociable, no hizo referencia en ningún momento a la finalidad de tan arriesgado viaje, todavía a merced de los últimos coletazos del invierno, por una región donde podía surgir cualquier peligro a la coronación de cualquier altura. Tampoco Martín, en las escasas palabras que intercambiaban a diario, se atrevió a preguntar. Pero lo que no dejaba de sorprenderle era que fray Bernardo, respetado por su avanzada edad —debía de tener ya cerca de los sesenta años—, admirado por sus indudables virtudes y sus amplios conocimientos, lo mismo en Teología como en Ciencias, lo era más especialmente como exorcista. ¿A qué podía ir un anciano exorcista, con cierta urgencia, al parecer, a un convento de monjas?

Del monasterio de Santa Domitila tan sólo sabía, por lo que se informó en Tortona, que era refugio y casa de oración de una comunidad de monjas —alguien le dijo que había al menos un centenar— dedicadas en principio a su vocación espiritual de alabar al Señor, y como misión cristiana, conducir por los caminos de salvación a

cuantas descarriadas y herejes se sentían llamadas por la bondad del Cielo para enderezar sus vidas. Allí se hallaban antiguas seguidoras de nefandos errores, arrepentidas —o repudiadas— concubinas de dignidades eclesiásticas o de simples monjes, y barraganas de párrocos, y apartadas de la prostitución, y doncellas que dejaron de serlo por algún percance. Todas regidas por una abadesa cuya jurisdicción abarcaba un extenso territorio sobre el que guardaba tal autoridad, que obviando las disposiciones del Cuarto Concilio de Letrán sobre la congregación de monasterios, que se diera hacía ya setenta años, el de Santa Domitila se mantenía, no sólo con total independencia, sino gozando de prerrogativas que contadamente se daban ya en la Iglesia.

Quince días más tarde llegaban los dos padres a su destino, luego de un viaje difícil en que a los vientos y las rociadas de la lluvia durante el día sucedieron las noches heladas teniendo siempre enfrente las cumbres cubiertas de nieve. Durante tan largo trayecto, el inconveniente añadido había sido el de no encontrar más cobijo que el que buenamente les proporcionaron pastores, algún hacendado y, en contadas ocasiones, el refugio de una parroquia.

Siendo en su origen de fundación benedictina, el monasterio estaba enclavado en las alturas de la cordillera que atraviesa la Emilia, en una meseta rodeada de montañas cuyos perfiles se recortaban con dureza, apenas matizadas sus laderas por bosques de castaños, pinos y hayas. Distribuido en dos grupos principales de edificios, el más antiguo, que daba su nombre al lugar, de factura románica y aspecto imponente, era el convento de las religiosas, del que sobresalía la cuadrada torre de la iglesia; algo alejado, más moderno, en el centro de un hayedo, aparecía el palacio abacial. El otro conjunto lo formaban dos grandes cuerpos, de una arquitectura sencilla, como fue deseo del fundador de la Orden, de techos muy inclinados, para aliviar el peso en las nevadas, donde se acomodaban, en uno, las legas huidas de las tentaciones del mundo, y en el otro las novicias; el todo cerrado por un muro que además abarcaba el huerto, gallineros, almacenes y jardines. Como elemento algo desusado, también se ubicaba en el recinto la hospedería para visitantes distinguidos, lo que se explica por el hecho de que al haber permanecido desde su fundación en manos de religiosos, no se hicieron cambios al ser ocupado por una comunidad de monjas, salvo la necesaria ampliación del conjunto. Éste consistía en un vasto espacio en el que, arbitrariamente distribuidos, se descubrían patios y zonas de labor salpicados de edificios que eran el albergue de viajeros, la residencia de los capellanes y administradores, el hospital y el resto de cuanto atañía a la vida de la comunidad: viviendas de los trabajadores, horno, molino, cuadras y establos. Todo rodeado por una segunda muralla donde se abría una sola puerta, con lo que Santa Domitila de Trébbia era autosuficiente para su mantenimiento, acorde con las *Reglas*, y así evitaba toda necesidad de contacto con el mundo exterior.

Aquí llegaron los predicadores, recibidos con la sobriedad y el recato de aquellas aisladas mujeres, para ser conducidos al interior del segundo recinto, hasta la

hospedería, como únicos, aislados y solitarios ocupantes.

Al día siguiente, después de laudes y cuando empezaba a romper una bella y fría mañana de aquel largo invierno, la abadesa envió recado para recibir a sus visitantes. Fray Bernardo pidió a Martín le acompañase, y de ese modo, guiados por una hermana de torpes andares, ruda campesina totalmente muda que sólo sabía mirarles con expresión de animal huidizo, toda curiosidad, en lugar de dirigirse al convento, donde supuestamente estaría el locutorio de la clausura, fueron por un sendero empedrado que atravesaba el hayal hasta el palacio.

Era sorprendente descubrir aquel edificio que parecía que flotara aislado entre la arboleda, fabricado en aquel estilo ojival que tan escasa aceptación tenía en el país, contrastando la gracia de su arquitectura con la imponente solidez de las otras construcciones; resultaba agradable contemplar sus arcos lanceolados, la aparente ligereza de los pilares y todo el conjunto en sí, que sin apartarse del orden románico ya acusaba el encanto de la piedra hecha filigrana.

Ambos frailes fueron introducidos en un salón de la planta baja, enorme pieza con todo el muro que daba al mediodía abierto por grandes ventanales hasta el techo, separados por casi frágiles columnitas; el suelo aparecía cubierto de ricas alfombras y una gran chimenea caldeaba la estancia para mitigar el helor de la mañana. Sin duda la abadesa, apenas anunciaran la llegada de los frailes, debió adoptar aquella apostura con que se aparecía, de pie sobre un estrado cubierto de bello tapiz, a su espalda el trono bajo dosel; alrededor de la tarima había seis religiosas, subprioras y consejeras, a las que se adivinaba entradas ya en años, lo que no podía afirmarse porque todas, al igual que la superiora, cubrían sus rostros con velos. Ello, unido a la distancia que imponía el protocolo, hizo difícil al joven satisfacer su curiosidad: que hubiese querido saber cómo sería el semblante de aquella mujer que se veía bien erguida, con un indudable aire altivo, vestida con el hábito de la Orden, el pectoral marcando ligeramente el busto. Pero con su imaginación quiso adivinarla de buena figura, y por la voz dedujo que no sería ninguna anciana.

La entrevista duró lo suficiente para que la sorpresa y el asombro hicieran temer a Martín que en su rostro se reflejase el pasmo que le ganaba a medida que iba enterándose del motivo de aquel viaje. La abadesa, dejando pasar extrañamente un lapso de silencio que el joven fue incapaz de interpretar, pero que intuyó casi embarazoso para cuantos se encontraban presentes, como si estudiara con rara curiosidad a ambos frailes, una vez dio la bienvenida a fray Bernardo —ignoró totalmente a su acompañante—, y encomiando lo que trascendía de los grandes conocimientos del anciano en todo cuando miraba a la Iglesia y a las cuestiones de la fe, entró a relatar los sucesos que habían motivado su llamada.

Éstos habían comenzado unos meses atrás, y fue más tarde que llegó a sus oídos noticia de extraños acontecimientos de los que eran protagonistas tres hermanas de la comunidad, quienes empezaron, sin razón aparente, a entregarse a una especie de casi continuo éxtasis que las obligaba a permanecer largas horas en oración; contaban,

cuando se les preguntaba, con frases entrecortadas y veladas palabras, de visiones místicas y de estar señaladas por la gracia de Dios y sus ángeles.

Relato éste que creaba un ambiente de lo más delicado; por diversos motivos la Iglesia no era capaz de aceptar situaciones de tal magnitud sin un profundo examen de los hechos, cuando era casi norma que las historias de sus protagonistas se aparecieran envueltas en una exposición de incoherencias de difícil credibilidad; aparte de que más de una vez no eran sino fruto de verdaderas alucinaciones provocadas por diversidad de causas, sobre todo si los fenómenos se daban en mujeres, cuya naturaleza se consideraba más propensa para fabricar estados de ánimo que no tenían causa ni favor alguno de la divinidad. Todo esto, con independencia del protagonismo que adquirirían los señalados: una sumidad que de improviso los colocaba por encima de cualquiera de su entorno, lo que chocaba con la incuestionable preeminencia jerárquica; cuestión esta de suma importancia que apresuraba a urgir una investigación exhaustiva, en busca de cerciorarse sobre si los afectados gozaban, en efecto, del especial favor del Cielo, o si por el contrario sus manifestaciones no eran sino fruto de un anormal estado psíquico, más próximo a trastornos nerviosos y alucinaciones sin fundamento. En más de una ocasión se adivinaba no ser todo sino un grosero juego del actor en busca de destacar su personalidad, y entonces se imponía una dura lucha para desenmascarar al hipócrita, al falsario, que buscaba con sus engaños alzarse sobre cuanto hasta entonces le estuvo, por muchos motivos, muy por encima de sus méritos.

Tan insólita situación, cuidadosamente estudiada por el capítulo reunido para tal fin, condujo a un razonamiento de lo más lógico, plenamente compartido por la abadesa, el director espiritual del monasterio, los padres confesores, auxiliares y administradores, así como las subprioras de la clausura: en tan confuso asunto podía estar entrometida la mano del Demonio, lo que pondría en gran peligro, no sólo a las tres mujeres, sino a toda la comunidad, a la misma Orden e incluso a toda la cristiandad; eso si no se trataba de un aventurado juego hábilmente llevado por las jóvenes. Así que la abadesa hizo que acudiesen a su presencia, apremiándolas para que explicaran sin rodeos la verdad de lo que contaban.

Entre lágrimas, vahídos y desmayos, acabaron por confesar su secreto. Todo empezó cuando una de ellas, sor Magdalena, despertó sobresaltada una noche, atraída por un fuerte resplandor que le llegaba desde el cielo a través de una ventana; era como si con un espejo le reflejaran sobre el rostro una luz, con tal intensidad que la arrancó al sueño. Dado que no había luna, ni tormenta —pensó que el fenómeno pudiera deberse a un relámpago—, acercose a mirar al exterior, para descubrir en el cielo lo que le pareció una gran estrella que se movía en el espacio, balanceándose suavemente, que permaneció así un buen rato, y que de repente desapareció.

Contó el suceso a sor Leocadia, y ésta a sor Inés, y ya las tres, curiosas, se dedicaron cada noche a vigilar por turnos. Durante toda una semana, y apenas anochecía, les llegaban puntualmente aquellas señales luminosas, que desaparecían

poco antes de maitines. Luego, de súbito, la extraña señal dejó de verse durante todo un mes, y ya no pudieron descubrirla por ningún rincón del firmamento.

Cuando, bastante decepcionadas, pensaron que el fenómeno había concluido, la primera noche de luna nueva fue sor Leocadia quien, por puro azar, tuvo la dicha de descubrir la misteriosa aparición, que aquella vez fue desplazándose, lenta, muy lentamente, hasta situarse sobre el monasterio; descendió luego despacio, su poderosa fuente de luz convertida en apenas un resplandor, para ir a situarse sobre una especie de gruta construida a un extremo del recinto, entre unos sauces que crecían en el rebase de la cisterna que daba agua a la comunidad. Allí se veneraba la figura en mármol de una doncella que se consideraba fuese la imagen de santa Domitila, por más que, hacía ya años, un padre franciscano que por necesidad hubo de hospedarse en la casa, afirmó que se trataba de una de aquellas falsas deidades del panteón romano. Opinión que fue unánimemente rechazada por las religiosas, por venir de quien procedía.

Sin dudar ya de que se trataba de un mensaje del Cielo, las tres jóvenes burlaron hábilmente la vigilancia de la hermana celadora y salieron de la casa para encaminarse al oratorio, donde se arrodillaron entonando jaculatorias, los ojos clavados en aquel objeto que se adivinaba por encima de la luz...; y que parecía descender...; muy lentamente, casi como si estuviese inmóvil en el espacio. Luchando cada una contra su propio miedo, atraídas por la curiosidad y más que nada, ciertas de que todo aquello no podía ser más que un mensaje de la divinidad, continuaron de hinojos, sin otro amparo que el fervor de sus oraciones. Hasta que transcurrido un tiempo que les pareció infinito descubrieron, mudas de asombro, cómo a poca distancia de donde se hallaban, en total silencio, acababa de posarse un carro de fuego, que ciertamente no sería como aquél en que fuera arrebatado el profeta Elías.

Pero su estupor, su espanto, llegaron al paroxismo hasta dejarlas sin aliento, a punto del desmayo, cuando del carro, por algún lugar que no acertaron a descubrir, descendió un ángel que se acercó y empezó a hablarles en una lengua que sin duda sería la que se usa en el Cielo, o tal vez la del Paraíso, que ninguna supo interpretar. El divino mensajero, ante la incompreensión, se limitó a contemplarlas detenidamente; luego hizo un gesto, que sería de despedida, y a continuación volvió al carro, el cual en un instante desapareció en la noche.

Portento de tal magnitud las dejó como si todo hubiera sido un sueño, pero temiendo haber sido víctimas de alguna maniobra de las fuerzas del Mal, decidieron no referir su aventura a nadie.

Cuál no sería su sorpresa, su alegría, cuando a la semana siguiente el carro de fuego volvió a aparecer, volvió a dirigirse al oratorio de la santa y volvió a posarse en tierra. Y allá que como sombras fueron las muchachas, encontrando la sorpresa de que ahora no fue un solo ángel, sino tres, los que acudieron al encuentro. Y además, hablaban y respondían lo mismo en romance como en el lombardo que hablaba sor

Inés; sor Margarita contó que le pareció como que se ayudaban de una especie de diadema que llevaban sobre la frente, como un adorno.

A las preguntas de aquellas sesiones de interrogatorios, largas, intensas, reiterativas sobre un mismo tema y a la vez mil y mil veces cambiantes, puestas las mentes de quienes las formulaban en el escalofrío de estar oyendo, efectivamente, como si les llegara un discurso de las potencias celestiales por mediación de aquellas candidas intérpretes, sus respuestas: «Pues no, no tienen alas, como san Miguel, como san Rafael, como los otros ángeles y arcángeles que sabemos. Son como hombres». «Ninguno dijo que era el profeta Elías, que temblábamos al hacer la pregunta. Y hasta pareció que se reían por ello». «Y también, que pese al anuncio del profeta Malaquías, Elías no ha de volver. O al menos, así lo entendimos, aunque nos pareció otra vez como que reían al contarlo»... Esta última respuesta y la zozobra de las hermanas estaba más que justificada, sabido que el regreso del profeta Elías a la tierra, según anuncia la Biblia, precederá «al día grande y terrible en que el Señor vendrá a juzgar al mundo», lo que las tenía llenas de preocupado pavor. De manera que cada noche repetían la escapada, y cada noche, sin falta, tenían su amistosa conversación con aquellos enviados celestiales, a quienes describían como hombres altos, de rostro inteligente que acentuaba la belleza de sus divinas facciones; aunque la voz les parecía un tanto ronca, acompañaban su diálogo con modales y gestos tan suaves y agradables, que apenas se reunían con ellos, las tres se sentían totalmente cautivadas de su amistosa presencia.

En las repetidas y exhaustivas sesiones a que fueron sometidas, obligadas a abandonar en cierto modo aquel estado de ánimo —como si flotasen—, para hacerlas reflexionar sobre sus angelicales entrevistas, ellas mismas se sorprendían al constatar que eran los visitantes quienes se aparecían con más deseos de saber, cuando por pura lógica tendrían que conocerlo todo; preguntas, a muchas de las cuales las simples jóvenes no tenían respuesta. Por ejemplo, al principio parecieron muy curiosos por saber quién era el señor con más poder que conocían, y ellas respondieron, devotamente, que era Dios, y luego, como su digno representante, el papa; se interesaron también por cosas tan extrañas como si el hombre era capaz de volar, y también si podía entenderse con los animales —con los caballos, y las aves, y los gatos—, lo que no supieron si atribuir a un especial sentido del humor de estos seres, o a que ellas no comprendieran la pregunta; asimismo revelaron que los hombres, la humanidad, poblaban la tierra desde hacía un tiempo incalculable, y que, además, repartidos por el cielo había muchos más... Sin duda, razonaron, se referían a la existencia de los descendientes de otros Adanes y otras Evas, quizá repartidos por Dios entre las infinitas estrellas del universo...

Y en cuanto a las esperadas, asombrosas revelaciones que más acuciaban, e inquietaban, y mantenían en vilo tanto a la abadesa y sus consejeras como a los padres demandantes, las respuestas de las muchachas les creaban una cierta perplejidad, sobre cuyo análisis pasaban luego horas tratando de interpretarlas. «No,

no nos han hablado ni de Jesucristo, ni de su Santísima Madre, ni de los santos, ni de nada que se refiera a la Gloria de los bienaventurados... Tal vez sea porque esta materia no ha de hablarse con simples mortales»... «Si son o no católicos, eso no nos lo dijeron, pero siempre entendimos que como enviados de Dios, pues lo serán»... «Una noche les llevamos un libro de Salmos y el *Canticum canticorum*, para que los bendijesen, y no lo hicieron, sino que los tomaron y los devolvieron al día siguiente»...

Y con la asiduidad de tales entrevistas, lo que empezó entre miedos y el santo temor a la omnipotencia divina, seguido de fervorosos coloquios en los que las tres designadas por el Espíritu del Señor parecían beber todos los instantes de tan portentosa relación, desembocó en embriagadoras noches, haciendo deleitosa realidad los cantares salomónicos: «Mi amado metió su mano por el agujero y mis entrañas se conmovieron dentro de mí... Y mis manos gotearon mirra...». En aquel primer contacto y en cuantos se sucedieron, les pareció que algo de la divinidad las penetraba hasta lo más hondo de su ser, inundándolas de la más suprema voluptuosidad; algo que les embargaba tanto la mente como los sentidos. En esta mezcla del espíritu y la carne vivieron felices y emocionadas, tras descubrir aquel goce de formar sus cuerpos un todo con el cuerpo sagrado de aquellos ángeles bellísimos, en quienes descubrieron, para su sorpresa y divino delirio, que tenían sexo, como ya lo hicieran las mujeres del Génesis, de ahí el entusiasmado arrobamiento de las felices hermanas al recordarlo, las miradas perdidas en un infinito al que nadie más que ellas llegaba. Tal vez aquella especie de éxtasis fuera similar al que vivieron las bíblicas mujeres de los primerísimos tiempos: «Viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomáronse mujeres... Entraron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos».

—Sí, madre: estoy encinta. Espero un hijo del Cielo —confirmó la hermana Margarita, enseñando a su auditorio una beatífica sonrisa.

Las otras dos, manifestando en sus rostros toda la decepción y el pesar que les causaba, declararon no haber alcanzado dicha tan suprema.

XXVI

La situación creada con el relato de las tres jóvenes, de confirmarse su veracidad —aunque no fuese dentro de una verdad impoluta, dadas las circunstancias—, y no una mera fantasía, o una alucinación colectiva, o algo más vituperable, podía considerarse como algo singular, un hecho con todos los aspectos de un verdadero y portentoso milagro como jamás se había dado en la ya larga historia de la Iglesia, tan llena de hechos sobrenaturales como lo era la Iglesia misma; porque desde un principio siempre estuvo asistida de la protección, y el amparo, e incluso la presencia real de Jesús, de la Virgen y de tantos santos que estuvieron prestos a guiarla, aconsejarla, defenderla: victoriosas batallas sobre el infiel, inspiración para la recta marcha de la doctrina, apariciones cuando la divinidad aconsejaba levantar obras que dignificaran su propio culto... Pero ahora se trataba de hechos tan por encima de lo imaginable, tan imprevisibles, donde parecían mezclarse lo divino y lo humano, que fuera de la perplejidad causada en quienes los conocían, su interpretación se hacía poco menos que imposible; hacía falta el concienzudo estudio de un avezado glosador de la doctrina para dar una explicación que no se apartara un ápice de los postulados de la fe. Asimismo, se hacía del todo imprescindible obrar con una prudencia y un sigilo tales que impidiesen la propagación de tan insólita historia, cuyas consecuencias, si llegaba a difundirse antes de recibir el inapelable dictamen de la Iglesia, podían ser causa de inimaginables trastornos.

Aunque las tres protagonistas ya fueron separadas del resto de la comunidad una vez confesaron su historia, para impedir que lo ya de por sí extraordinario se convirtiese en fantástica leyenda, luego se tomó la decisión de aislarlas del todo; por lo tanto, y dado que la hospedería en que se alojaban los dos frailes era una bien amplia construcción, tan vasta como para en ocasiones albergar al obispo y los familiares de la diócesis cada vez que se producían sus visitas, o a algún señor de la comarca, protector del monasterio, que en sus apariciones lo hacía con criados y la compañía de algún allegado o amigo, fray Bernardo propuso, y la abadesa acordó, como lugar de retiro para las hermanas, disponerles una habitación en la misma casa.

A continuación se planteó la principal incógnita a resolver, que consistiría en adquirir la absoluta certeza del estado de sor Margarita; de ser cierto su embarazo había que descubrir con clara y total evidencia al o a los causantes de esa preñez, sobre cuyo origen, prudentemente, nadie emitía opiniones. Una vez se llegase al conocimiento real de algo en tan inquietante cuestión que era quizá lo más importante, se procedería del modo que se estimara más adecuado. A este propósito la abadesa informó al exorcista sobre el discreto recado que, hacía ya casi un mes, había

enviado con objeto de obtener un dictamen profesional que sacara a todos de dudas, lo que coincidió, una semana más tarde, con la llegada al monasterio de un padre del estudio general dominico de San Eustargio de Milán, practicante de la medicina antes de entrar en religión, para examinar a las tres mujeres, y especialmente a la que se decía embarazada. Después de permanecer casi diez días entregado a su menester, sin más compañía que la de la hermana enfermera del hospital, su informe estuvo tan lleno de vacilaciones y vaguedades, fue tan irresoluto, que lo mismo podía ser cierto que, en efecto, la hermana Margarita se encontraba en estado, como que todo era fruto de una alucinación, propia, decía, de la mente patológica que se daba en ciertas mujeres, capaz de manifestarse con los mismos síntomas de una auténtica preñez. Era lógico que ante las supuestas sobrenaturales causas —que el antiguo galeno había llegado a conocer—, tan fuera de las costumbres humanas, su diagnóstico había de manifestarse lleno de una más que cauta prudencia. Pero lo que sin la menor duda pudo constatar fue que en sor Margarita se había operado la interrupción del menstruo desde hacía tres meses, apreciando la secreción de un líquido lechoso por los senos, más los síntomas naturales de un embarazo, —vómitos, mareos, inapetencia—. Asimismo —y sin la menor vacilación— pudo afirmar que las tres, efectivamente, habían conocido varón.

Fue entonces cuando fray Bernardo decidió intervenir:

—Esto, tal que lo sospechó la madre abadesa, y de ahí el que solicitara mi presencia, no puede ser obra más que de los espíritus maléficos. Las fuerzas del Mal quieren señorear sobre nuestras pobres hermanas, y así habrá que luchar y expulsar de sus cuerpos al maldito de Dios.

Porque el anciano estaba convencido de que en toda esta maraña fabulosa, más que de personajes afines a la divinidad, se trataría de demonios, íncubos lujuriosos seductores de las ingenuas muchachas, de cuyos cuerpos se apoderaron para una vez seducidas arrastrarlas con sus impuras tentaciones a los abismos infernales.

Y con la aquiescencia de la superiora, empezaron los ritos.

Las supuestas posesas, que en su tranquila reclusión dedicaban el tiempo a orar, a la costura o a hilar, bajo el cuidado de una celadora encargada de pasar, en incansable rutina, las cuentas del rosario, no parecían en nada afectadas por la situación. Durante horas manteníanse en el obligado silencio que mandaban las *Reglas*, posiblemente entregadas a la añoranza de aquellos placenteros amores tan lastimosamente acabados, en los cuales parecía haber tanto del espíritu como de la carne, habría que investigar hacia cuál de los dos se inclinaban más sus sentimientos. Desde su tranquilo retiro fueron conducidas una mañana hasta la capilla de la hospedería, donde las esperaban el experto demonólogo, la abadesa, algunas subprioras y los padres encargados de los diversos servicios eclesiales y administrativos del monasterio. Todos los clérigos —incluido Martín, naturalmente—, revestidos para la

ceremonia que se iba a celebrar.

La capilla hacía un cuerpo independiente adosado al edificio, para evitar que hubiese dormitorios sobre su sagrado recinto. Construcción de una sola nave, sus proporciones eran las adecuadas para, si se producían visitas y había obligación de oficiar, cupiesen, al menos, una veintena de asistentes. Apenas cruzado el umbral aparecían las viejas piedras, de un gris que patinaba de moho, y un fresco medio borrado por el tiempo en la pared, junto a la puerta de acceso; sobre ésta, como una especie de techumbre artesonada, el pequeño coro de las religiosas, y al fondo, el altar, separado de la nave por un cancel: todo sumido en una penumbra que las oscilantes luces parecía que incrementaran, más que desvelar, y que incluso se acentuaba con los primeros vislumbres de un día lluvioso que se colaba a través de los altos ventanales pegados al techo. Y el fuerte olor, en el que se mezclaban los de anteriores ceremonias con los propios de un espacio que la mayor parte del año permanecía cerrado; a Martín se le ocurrió por un momento que «oliera a mujer»: una especie de vaho que tenía la fetidez del pecado. Toda esta acumulación de sensaciones producía una impresión extraña, como si los tiempos se hubiesen detenido entre aquellos muros, donde el pisar de la comitiva sobre las húmedas losas resonaba con estrepitoso eco.

Por primera vez se encontró Martín con las causantes de tanta conmoción, advirtiéndole que, aunque cubrían los rostros con el velo, se las adivinaba muy jóvenes. En contra de lo que había temido —porque la seguridad con que se había expresado fray Bernardo en cuanto a la posesión demoníaca de las muchachas parecía no dar lugar a dudas—, no manifestaron rebeldía alguna cuando vinieron a ocupar el lugar que se les designó, y durante la misa su comportamiento fue de tanta unción que resultaba de lo más edificante para cuantos estaban presentes.

Concluido el oficio, fray Bernardo las hizo acercarse hasta la pila bautismal, y allí, con un hisopo, las roció abundantemente mientras declamaba la fórmula de ritual:

—*Exorcizo te, immundissime spiritus, omnis incursio adversarii, omne phantasma, omnis legio, in nomine Domini Nostri Jesus Christi, erradicare et effugare ab hoc plasmate Dei.*^[30]

Pasaron luego al primer coro, donde continuaron las aspersiones al tiempo que se recitaban letanías y otras deprecaciones, y después de recorrer en procesión la nave se detuvieron en el coro ante el altar, donde el anciano hizo la imposición de manos, sin interrumpir los rezos, respondidos desde el otro lado por los demás presbíteros. Martín le ayudó con el pesado volumen de las Escrituras que usaba la religión dominica —el que revisara Hugo de Saint-Cher, que era el oficial de toda la Iglesia—; colocado sobre la cabeza de cada una de las protagonistas en tanto seguían las fórmulas y oraciones, se vio que éstas aceptaban todo sin hacer el menor gesto de repugnancia, por lo que el fraile se creyó obligado a explicar:

—Temo que si el Libro de Dios no roza directamente la frente de estas hermanas,

su efecto se haga más difícil sobre el poder de quienes las dominan.

Accedió la abadesa y las jóvenes, obedientemente, se despojaron de sus velos. Era la primera vez que Martín contemplaba el rostro de alguna de aquellas mujeres. Tal como ya pensara, eran muchachas que apenas rozarían los veinte años, muy bellas, quizá por su juventud, que dulcificaba la tosquedad de sus rasgos campesinos —todo esto le vino al pensamiento en disparado torrente, sin querer—, que con mirada dulce y como resignadas se dejaron restregar incontables veces el Libro Sagrado sobre la cabeza, entre humaredas de incienso, plegarias e invocaciones, sin que para nada mudasen su actitud, lo que pareció causar una cierta perplejidad en el exorcista, mezclada con algo parecido a la frustración y el desencanto. Mas no por ello abandonó su trabajo, entregado a los ritos que a la hora sexta —mediodía—, se interrumpieron para la comida.

Más tarde, una vez salidos del templo, donde el anciano estuvo rezando con su acompañante las oraciones de nona, sin que mediase previa introducción empezó fray Bernardo por vez primera a hacer partícipe al joven de su opinión sobre cuanto estaba sucediendo; porque hasta entonces y desde que emprendieron viaje, fiel a las *Reglas* o haciendo gala de la introversión que le caracterizaba, nada afectuoso, más bien arisco, y aparte de alguna necesaria observación, en ningún momento había dirigido la palabra a su compañero; menos aún se refirió a la misión encomendada.

Ahora, en tanto Martín le escuchaba respetuosamente, se dedicó a conjeturar, casi como si soliloquiase, respecto a lo que todavía no se podía calificar como algo concreto, sino de mil maneras, todas especulativas, todas plausibles: burla de las jóvenes, autosugestión, burda y simple fornicación con cualquier campesino, alucinación por alguna causa desconocida... O un milagro. Un milagro de tal trascendencia, tan portentoso, tan magnífico, como jamás sucediera desde que Jesús abandonó la Tierra para ir a sentarse junto al Padre. Aquello cobraba infinitamente más importancia que cuantas veces el Mal'ak Yahvé —el Ángel del Señor—, según refiere la Biblia, amparó al pueblo de Israel, que siempre actuó de manera invisible; más valor que cuando Jehová y sus ángeles conversaron con Abraham para predecirle que a sus cien años «su semilla le haría padre de muchedumbre de gentes». Si la aparición del arcángel Gabriel a María anunciándole el portentoso misterio de la encarnación en su seno del Hijo de Dios tenía tanta trascendencia para los creyentes, lo sucedido en Santa Domitila pasaba de lo imaginable; de confirmarse su veracidad, sería como volver al principio de los tiempos bíblicos. ¿Qué iba a suceder cuando la hermana Margarita, si se cumplían lo que son las inmutables leyes de la naturaleza humana, diese a luz el fruto de lo que había sido, según el relato de las tres mujeres, un asiduo copular con los emisarios del Cielo? ¿Acudiría entonces alguna autorizada presencia enviada por la divinidad para explicar este nuevo misterio?

Y, por último, cabía otra posibilidad; la más angustiosa, la que parecía atemorizar al buen fraile, por una parte, pero también como si la desease, como si al confirmarse, su función le diera el más absoluto protagonismo, y era el que todo no fuese sino una

maniobra de los poderes infernales. Hipótesis todavía lejana, porque hasta el momento ninguna de las supuestamente poseídas había presentado los síntomas de cuantas infelices criaturas albergaron alguna vez dentro de su carne mortal a los espíritus de las tinieblas, pues de sus labios no salían blasfemias ni obscenidades, su comportamiento cristiano seguía siendo, ahora, quizá más fervoroso que antes, y con toda unción, cada mañana oían misa y recibían a Jesús. Pero ¿cómo llegar a una explicación fidedigna que más o menos tarde habría que comunicar a la Orden, a Roma y a toda la cristiandad?

—Entonces, padre Bernardo, ¿crees que todo sea obra del Demonio, aunque sin dar señales?

—¿Y quién te dice que no sea mismamente Nuestro Señor quien lo manda, aunque no seamos capaces de interpretar sus fines?

Y le recordó que todas las acciones que Satanás ejecuta no son sino con permiso de Dios, tal que acaeciera con Job cuando puso a prueba su fidelidad. ¿Por qué no iba a consentir que las hermanas, aunque ganadas por el pecado, pudieran manifestarse con la misma piedad externa que antes de ser tomadas por el Maléfico? E incluso se atrevió a hacer una referencia al Libro de Henok, tan discutido por la Iglesia, que narra de los primeros tiempos del Génesis y de aquellos ángeles lascivos y rebeldes que se unieron a las hijas de los hombres y a los que Dios entonces convirtió en demonios, relegándolos a los profundos Infiernos. ¿Acaso no se encontraban ante parecida situación? Si el Señor castigó a aquellos ángeles indóciles, con Lucifer a la cabeza —que algunos Padres afirmaban que era un arcángel— precisamente por el pecado de lujuria, el mismo que parecía que hubiesen contagiado estos misteriosos fornicadores a las inocentes monjas, ¿acaso no estaban ante una situación de similares características? Por ello insistía en la necesidad de invocar los poderes de la divinidad para vencer al Mal.

—Pero un demonio, aunque posea a una doncella, no puede arrebatarse la virginidad, padre Bernardo. Y las hermanas, según sabemos, desgraciadamente la han perdido, sea por causa humana o de otra naturaleza...

—¡Ah! Se valen de mil tretas, como ya determinaron tantos de nuestros sabios doctores, y nuestros santos, con sus experiencias, y todo lo que han aprobado nuestros teólogos. Sabes que san Agustín, y lo mismo Tomás de Aquino, y muchos otros, preocupados por todo el peligro que suponen estos engendros malditos de Dios, nos dejaron escrito que...

Aparentando la misma respetuosa atención del principio, el pensamiento de Martín se había trasladado con sus recuerdos a otro lugar, a aquellos días postreros de su estancia en Sicilia, cuando ya se adivinaba que fray Bertrán no tardaría en sufrir las consecuencias de haber caído en desgracia ante el papa. Escuchaba al impetuoso Antonio, como siempre, hablar sobre la inacabable profusión de cuestiones que éste

interpretaba, enmendaba y contradecía a su modo —materias todas sancionadas por la religión—, aun a sabiendas de que incurría en anatema. Aquella vez fue porque, a su entender, iba contra la inteligencia que Dios puso en el hombre el aceptar como irrefutables las cogitaciones de tanto erudito que al referirse a cuestión tan complicada como las oscuras razones del Omnipotente para permitir la existencia de esos execrables enemigos, los demonios, opinaban y dogmatizaban casi alegremente, sin el más ligero apoyo de lo que se aparecía del todo indemostrable. «Nuestra fe, tan cargada de supersticiones, disfrazó los mitos paganos de Roma, que ya traía los de Babilonia y Egipto, los mezcló a la herencia que ya teníamos de los judíos, lavó algunas leyendas presentándolas con otra cara, y así la cristiandad vive hundida en un desconocimiento absoluto de en qué cree, ignorante de nada que no sea afirmar, ciegamente, “Yo creo”. Y no sabe en qué. Pero como en cualquier época nunca dejó de ser peligroso el hacer preguntas sobre cuestiones que son pedestal de muchos, y no hay respuesta real y veraz que satisfaga al que se inquieta, seguimos dentro del mismo mundo pagano y sensual, bajo una capa de artificialidad adornada con el miedo a lo desconocido. Difícil pretensión es querer explicar lo irracional, y sin embargo nuestros santos, nuestros comentadores, nuestros doctores, se han atrevido desde siempre a interpretar a Dios mediante lo que llamamos Revelación; todo, valiéndose de leyendas convenientemente traducidas y el agregado de esos sus sofismas hueros, sin ninguna razón para ser aceptados, porque “testimonian” con la necia firmeza de quien no ha podido ser testigo absolutamente de nada... ¿Cómo supo san Agustín que un tierno niño que muera sin bautizar ha de sufrir las mismas penas, los mismos tormentos que un adulto condenado?... ¿Y qué decir en cuanto a la Revelación, que por más que he intentado aclarar razonadamente cada uno de sus capítulos no acierto a comprender a ninguno de sus comentadores: ni a los reverenciados nombres de nuestra Patrística, ni a Agustín, ni a Tomás? ¡Ah, pero qué poco cuesta discurrir rectamente y no perderse en vaguedades sin sentido! Aunque hay gente que gusta de sembrar la confusión, que cuanto más inverosímil sea la fábula, más fácilmente penetrará en la cabeza del que está esperando para aceptarla... De modo que creen firmemente, convencidamente, en esas terribles descripciones que se nos han dado del Purgatorio, del Infierno, y siguen, y aún seguirán apareciendo nuevas historias de quienes están empeñados en contarnos sus alucinaciones... Como si lo hubiesen visto todo». Y él, como siempre: «Me apena oírte hablar así, padre». Y Antonio: «¿Acaso me ves como un ser vacío y sin esperanzas? Te equivocas. Hay mucho mal contra el que combatir, y lo que ves en mí no es sino que repugno acomodarme, como tantos, a lo que divulga cualquier iluminado, sin detenerme a reflexionar. Si Dios nos puso en el mundo fue para obrar con justicia, pero no por eso hemos de recibir recompensas ni castigos. Ésa fue la creencia de los judíos hasta la llegada del Mesías, con el cual cambió todo el error. Pues, ¿sabes? De veras os envidio a tantos crédulos y confiados, felices al vivir en la esperanza de una eternidad fantástica de la que jamás habló nadie sino con misterios

y oscuridades. Mientras estemos en el mundo, eso es ya como un asomo de felicidad, del cual, por suerte, no despertaráis para daros cuenta de su frustrante irrealidad»... Conversaciones del mismo tenor que Martín venía considerando como la más clara evidencia, no ya de unas posturas heréticas, sino de un peligroso ateísmo.

Pero fray Bernardo, imperturbable, pese a que sus exorcismos no parecían avanzar ni un ápice para demostrar la certeza de sus conjeturas, continuaba su misión. Cada mañana, ya sin más compañía que la de Martín y alguna hermana celadora que acompañaba a las implicadas, se dedicaba a sus ritos:

—*Adjuro te, serpens antique, per Judicen vivorum et mortuorum, per factorem tuum, per factorem mundi, per eum qui habet potestaten mittendi te in gehenna ut ab hoc famulo Dei, quid ad sinum Ecclesiae recurrit, cum metu et exercitu furoris tui festinus discadas...*^[31]

Parecía inasequible al derrotismo, y cuando prudentes y hábiles interrogatorios entre las familias de trabajadores del monasterio —una mujer, dos muchachos, dos hombres— confirmaron haber visto alguna noche las misteriosas «estrellas danzantes», pareció que su decisión se hacía más sólida:

—No me cabe duda, padre Martín: son los demonios. Pero con la ayuda de Dios, yo he de desenmascarar a esos odiosos íncubos que apresaron las almas de nuestras hermanas.

Agregó luego algo que el joven oyó con cierta inquietud no exenta de curiosidad. Porque durante largo rato estuvo exponiéndole sobre la necesidad, para llegar a una total entrega a la divinidad y estar en verdadera unión mística con Dios, de dedicarse a una continua meditación, a la oración, a reflexionar sobre los misterios; pero esto habría de ir acompañado de una incesante mortificación del cuerpo, del modo que fuese, para así alejar todo cuanto suponen deseos y pasiones que puedan apartar del pensamiento puesto en el Señor.

—El hombre, a su pesar, se llena de actos que conducen al pecado, como la gula y la molicie; y de perversiones con las que el Demonio trata de apartarlo de su obligada dedicación a Dios. Si el cuerpo es débil, vencerán las potencias de las tinieblas, y ya su alma deja de pertenecerle: pertenece al Infierno, que será su destino final. Si el hombre es capaz de no rendirse, castigará su cuerpo hasta quedar exánime; dolido en lo que es materia, reconfortado en su espíritu... Vengo pensando en que sería de buen resultado flagelar a los demonios que tienen aprisionadas a nuestras hermanas, pues si ciertamente estas criaturas se mantienen fieles a la Verdad Divina con el pensamiento, también es cierto que con sus cuerpos pecaron, y si fue o no con ángeles, aceptaron entregarse a extraños cuando ya eran esposas de Cristo.

Poniendo en práctica su decisión, que estaba por completo dentro de la ortodoxia del ritual, a la mañana siguiente el padre Bernardo recibió a las muchachas como cada día e inició las exhortaciones, rezos y aspersiones de costumbre, pero,

rompiendo con lo que hasta entonces había considerado lenidad en el trato con los presuntos demonios, ahora hizo aparecer unas disciplinas de cuero rematadas por bolas de hierro, que esgrimió decididamente, y sin dejar de recitar conjuros fue azotando —sin ninguna violencia, ciertamente, bien por falta de energías, bien por su voluntad— a las tres arrodilladas monjas, las cuales, a poco, dejaron ver los ojos bañados en lágrimas, seguramente más por la humillación y por el terror a que fuera cierto lo de su posesión, y no por el dolor que sintieran en sus carnes. Todo lo cual causó en Martín una impresión de lo más profunda, porque siempre tuvo un corazón sensible a cuanto suponía violencia e injusticia y ahora, en su fuero interno, pensaba que concurrían ambos sentimientos; en contra a la pasividad con que las dos legas acompañantes presenciaban la escena, en cuyos ojos creyó leer algo que escondía oscuro placer y hasta profunda satisfacción morbosa, casi lúbrica.

A la mañana siguiente el anciano tuvo que interrumpir su ajetreada dedicación con el hisopo, la flagelación y los interrogatorios, aquejado de fuertes dolores en pecho y espaldas que apenas le dejaban permanecer en pie, lo que permitió a las tres religiosas un descanso en la continua inquisición a que se veían sometidas.

Pero al otro día fray Bernardo amaneció aún peor, preso de dolores tan agudos que se vio imposibilitado de levantarse. El cuerpo todo le ardía por la fiebre, y cuando Martín se detuvo a su lado, procurándole ánimo, le tomó una mano, aprisionándola nervioso:

—Padre Martín, ya ves cuánta razón había en mis presentimientos y temores, que ciertamente los demonios se alzaron en mi contra al sentirse azotados en los cuerpos de esas desgraciadas mujeres. Confieso, si no estuviera cierto de la bondad del Señor, el miedo que me produce saberme acechado por el Infierno. Reza por mí y por mi alma, te lo ruego.

Sintió Martín compasión de su aspecto, viéndole todo tembloroso y lleno de temor, la mirada desencajada, aunque todavía fue capaz de retenerlo, sin deshacer el apretón, insistiendo en sus recomendaciones, previniéndole contra el poder de aquellos astutos servidores de Satanás, y citando de memoria, como si recitara, todo cuanto la Iglesia, por boca de sus más respetados teólogos, tenía expuesto sobre tan ardua cuestión; hasta pareció que este ejercicio le calmara aprensiones y dolores.

Cuando por la tarde fue a hacer una nueva visita al enfermo y apreció el nulo cambio operado en su estado, pareció que el anciano hubiese hecho ahorro de fuerzas, aguardando hasta tenerle a su lado para repetirle las mismas o cuantas nuevas observaciones se le ocurrían. Finalmente hizo una última recomendación, y hasta la expresión de su rostro se mostró como invadida de algo que Martín no supo bien interpretar:

—¿Harás lo que dice san Agustín en su *De Spiritu et Anima*? Cuenta que esos tan terribles enemigos son como animales del aire, muy astutos y difíciles de sorprender, y que hay que ir, cuando están cerca, con gran cuidado, porque, además, no pueden ser muertos sino cuando están dormidos... —Acentuó la extraña expresión de su

arrugado rostro—. Aunque nuestro santo Domingo fue el primero y más grande azote contra la herejía, recuerda cómo san Agustín dejó en su *Liber de Fide ad Petrum Diaconum*, que sin duda las almas de los judíos y las de los herejes habrán de sufrir el fuego eterno, en lo que estoy perfectamente de acuerdo... Pero también te confieso que yo siempre he estado con la idea de un gran pensador de nuestra Orden al que conocí en Franconia, fray Guillermo de Würzburg, quien siempre aconsejaba como la mejor medicina arrojar a esos perros al fuego en su pecadora carne mortal, para que así paguen anticipadamente con sus malditos cuerpos, aquí, en la Tierra, a vista de las buenas almas, exactamente como disponen, cuando es posible, los jueces del Santo Tribunal... Por eso quiero hacerte mi más encarecida recomendación, padre Martín: no te confíes en ningún momento, mantente siempre en guardia, protégete de lágrimas y bellas palabras, porque has de recordar de cuántos disfraces se sirve el Maligno para engañar a los incautos. Tampoco deberás olvidar que son reos de ejemplar castigo todos aquellos que ofenden a Nuestro Señor, y es por ello que me aferro a la idea de que lo sea en este caso, el prestarse a copular con demonios. He, pues, de insistirte: para desagraviar a Dios no cabe más que un único modo, y es purificar los cuerpos del pecado del modo que te digo. ¡No lo olvides en ningún momento, padre Martín! No olvides que tú mismo estás ahora en peligro de caer en manos del enemigo más despiadado que pueda existir en la Creación.

XXVII

Al principio se sintió desorientado. Había aceptado la costumbre de acompañar a fray Bernardo en su diario quehacer junto a las supuestas posesas, a verlo y ayudarle en aquel arduo bregar entre conjuros y deprecaciones, y ahora pensaba que al caer en una prolongada inactividad sería como estar en pecado, porque faltaría a las *Reglas* de la religión a la que se había entregado: predicación, docencia, estudio. Tampoco había llegado a compenetrarse mucho —nada— con los padres encargados de la administración, o los que tenían a su cargo los obligados piadosos deberes para con la comunidad, encomendados a los frailes que residían extramuros de la clausura, muchos bien rebasado ya el medio siglo, disfrutando aquella especie de sinecura, recompensa a posibles sacrificios por la religión y la Orden en sus mejores años, cuya existencia se había amoldado a una manera de vivir sin inquietudes ni afanes, monótona, uniforme, tan distinta a los postulados de los dominicos, que tenían señalados de siempre, como una constante, incluso antes que la misma contemplación, la actividad y el estudio. Martín consideraba a estos hombres unos adocenados, unos rutinarios de mentalidad parecida a la de tanto párroco del clero secular, curas de misa y olla, e incluso se le ocurrió que más de uno, no motivado por nada que pudiera entenderse como sexualidad, se creería un poco gallo en aquel gallinero donde languidecían más de cien mujeres. Podía comprender sus recelos ante la presencia extraña, aun siendo accidental, primero hacia el anciano, y de rechazo, por lógica, a su acompañante. Circunstancias que le hacían sentirse solitario y ocioso en un lugar que por momentos encontraba más raro y casi hostil, aparte ya de la sensación que le causaba su aislamiento en aquel agreste paisaje de montañas. Por eso no dejó de sorprenderle saber de la frecuencia con que gente de distintas procedencias, llegado el buen tiempo, desviaba su ruta para detenerse en Santa Domitila: cortejos eclesiásticos, nobles y señores camino de Roma y peregrinos que visitaban santuarios, en cuyo recorrido no podían faltar las oraciones ante las reliquias de la santa que daba nombre a la casa: sus manos con los estigmas —según el documento que lo atestiguaba—, conservadas en hermético estuche de oro guarnecido de piedras, obsequio de la veneración de los fieles. Esto prestaba al lugar, pese a su lejanía y apartamiento, una frecuencia de viajeros que cuando se trataba de gente de pro —Martín pudo ser testigo de dos de éstas: una peregrinación de caballeros templarios camino de postrarse a los pies del Santo Padre, y la visita del obispo de Ravena, aunque no acudiese al encuentro de ninguna—, se organizaba un verdadero revuelo, con todo un ceremonial que podía prolongarse hasta dos y tres días.

En esta perplejidad inactiva le agradó que uno de los frailes de la administración del convento, más joven y más sociable que los otros, se inclinase a su compañía, al descubrir que ambos participaban de idéntica afición por el ajedrez. Se trataba del padre ecónomo encargado de administrar la explotación de los bosques, actividad que al parecer le permitía disponer de enormes lagunas de tiempo ocioso, ya que contaba con la colaboración de dos hermanos legos que realmente hacían su trabajo. De modo que, obviando las *Reglas* y las reiteradas prohibiciones de la Iglesia a sus servidores en contra de esta dedicación pecaminosa, ambos se vieron clandestinamente envueltos en el frenesí de algo que les apasionaba, enfrentados ante un bello tablero que tenía heredado —preciosa reliquia— el adversario de Martín. Empezó ahora a hacersele a éste más llevadero aquel exilio, sobre todo cuando escuchaba la diversidad de asuntos que acudían a la mente de su contrario, el cual, aunque el ajedrez no sea juego que requiera de mucha conversación —muy al contrario—, no vacilaba en saltarse prohibiciones, y entre cada movimiento daba rienda a lo que era una lógica y humana necesidad de charla, que en él se convertía en sabrosa y hasta interesante verborrea. Aparte de conservar una variada colección de anécdotas que recordaba de sus años de predicación, lo que más atrajo al joven fraile fue descubrirle el amplio conocimiento que tenía sobre la vida de todo lo que se movía en Santa Domitila. Y lo contaba sin matizar ni opinar, descuidadamente, alegremente, como el que narra una serie de historias sin más consecuencias.

Sin duda el alfa y omega del convento lo constituía la superiora, mujer de recio carácter, pese a no contar aún muchos años, de claro juicio, piadosa, heredera de aquel vasto territorio ganado por sus antecesoras, donde ejercía suprema autoridad. Las contribuciones de la comarca sometida a su potestad absoluta habían hecho de la casa una de las más ricas del país, pese a estar enclavada en una zona de escasa población; pero extensas tierras de sembradura y abundante ganado, bosques y continuas donaciones, hacían del monasterio uno de los más opulentos y envidiados, a más de poderoso.

Oyendo a su interlocutor contarle, deshilvanadamente, pormenores más o menos intrascendentes sobre aquella soberanía que gobernaba la comunidad, Martín vino en saber que la madre Consolación de la Santísima Virgen había llegado al convento hacía ya como tres años, ganándose de inmediato la reverencia de la comunidad; esto, unido a las instrucciones venidas de la superioridad, la elevaron bien pronto al rango de abadesa, y en verdad que sus cualidades, su modo de conducir aquel complejo, y sobre todo su inteligencia —«algo poco frecuente en una mujer», en opinión del padre Gregorio—, la hacían objeto de merecido acatamiento y un profundo respeto.

De tales charlas se informó de que la dama en cuestión no era italiana, sino que, nacida en el ducado de Estiria en tiempos del rey Ottokar de Bohemia, a poco su padre pasó al servicio de Rodolfo, que luego sería emperador del Sacro Imperio, por

lo que su educación transcurrió en la corte del fundador de la dinastía de los Habsburgo. Muy joven fue dada en matrimonio a un miembro de la poderosa familia Visconti, el conde Lucchino, sobrino del arzobispo Otón de Visconti, señor de Milán; mas apenas pudo saber que tenía un esposo, porque éste, arrebatado por la sangrienta guerra que su tío venía manteniendo en defensa de su autoridad, contestada por los papistas güelfos y apoyada por los imperiales gibelinos, cayó en uno de los continuos enfrentamientos que durante tantos años asolaron la Lombardía. Casi una adolescente y ya enviudada, el arzobispo resolvió otorgarle nuevo esposo en la persona de otro pariente, el conde Galeazzo Visconti, que casi la triplicaba en edad y no sentía más ilusión por los días en que se concertó el matrimonio que la de marchar a Tierra Santa para defenderla de las acometidas sarracenas. Allí partió ciertamente el esforzado paladín, y ya durante un tiempo que se hizo eterno la abandonada muchacha no supo qué se hizo del marido: hasta que el arzobispo la informó, ocho años más tarde, de cómo nuevamente era viuda, muerto el caballero en una de las acostumbradas ofensivas de los musulmanes contra el bastión de los cruzados, San Juan de Acre. Y ahora su pariente decidió que la pérdida de dos esposos no podía significar, con toda evidencia, sino que la voluntad del Cielo llamaba a la joven para dedicar su vida a la Iglesia: de modo que no encontró vía más apropiada para el futuro de la muchacha que invitarla a entrar en religión.

—Nuestra abadesa es mujer de gran cultura, por lo que oí, y además sé que en el palacio guarda una abundante colección de libros que trajo de su casa en Milán, muchos en lenguas extranjeras, dicen: que jamás pasó alguno por mis manos. Aunque no sé si ella leerá algo, con tanto gobierno de esta casa, pese a la ayuda de las subprioras y la de los padres que cuidamos todo, que apenas si le dejarán tiempo para acudir al coro. Pero una mujer tampoco ha de estar muy versada en teologías, digo yo... Yo, desde luego, jamás puse los pies en el palacio abacial, que aquello es clausura y a todo varón está prohibido el acceso, que, como sabes, hacerlo acarrearía graves sanciones... Esto, salvo alguna ocasión muy especial, cuando sor Consolación dispone de recibir en el salón del trono a algún cardenal, o al arzobispo... O como el día en que fuiste con el padre Bernardo a vuestra presentación... ¿Y cómo está el padre Bernardo, padre Martín?

A veces hacía referencia a lo que, posiblemente, formaba parte de algún que otro cauteloso comentario en el seno de los frailes de la comunidad, referido a aquella biblioteca privada que la abadesa hiciera trasladar cuando estableció su dominio sobre Santa Domitila, contándole que por alguna reservadísima confianza supo que allí se guardaban obras incluso de los antiguos filósofos paganos de Grecia y Roma, junto a gran número de otras procedentes de un arruinado monasterio germano, todas heredadas de su familia por la madre Consolación. En cuanto a la primitiva biblioteca benedictina, confirmó lo que Martín ya sabía, y era que cuando los Predicadores vinieron a ocupar aquellas instalaciones que fueron de los hermanos de San Benito, éstos, extrañamente, no retiraron nunca aquella buena colección de legajos y folios

que se guardaban en el monasterio, a cargo —esto, confidencialmente— de una monja bibliotecaria de poco seso.

—Santa Domitila posee muchas y buenas obras, y yo a veces pido a la hermana que está a su cuidado alguna lectura para mi recreo: los Santos Padres, *Comentarios...* Pero en la propia de la abadesa tengo entendido que hay cosas de gran altura, e incluso escritos, algunos, que parece sustentan especies contrarias a la fe... Ya sabes: de éstos a los que no puede un cristiano ni acercarse... Aunque dudo de que sea cierto. Obras, todas, aun siendo propiedad de sor Consolación, que forman ya el tesoro de esta casa, y abundan no sólo en latín o en griego, sino también en lenguas romances.

Informaciones que despertaban en el joven el prurito de poder curiosear entre aquel caudal bibliomántico, espoleando su interés por conocer el pensamiento de tantos hombres que pasaron sus vidas reflexionando sobre cuanto atormenta a la doliente humanidad; esto incentivaba su continuo deseo de ampliar conocimientos, no ya sólo en materia de fe, sino en los infinitos arcanos de la ciencia, cuyo camino no podía ser otro que la lectura. Que siempre recordaba las palabras del maestrescuela de Elna, clavadas, como uno más, entre sus recuerdos infantiles: «A partir del momento en que aprendáis a leer, ya nunca más podréis dejar de hacerlo, porque la lectura os despertará el apetito del saber, y el saber no tiene límites, que linda con la Suprema Sabiduría, inalcanzable para el hombre, ya que ésta sólo reside en Dios». Sí sentía un cierto recelo por la advertencia del padre Gregorio sobre la posibilidad de que, entre muchas nobles ideas encerradas en aquellos imaginados anaqueles, se agazaparan otras sembradoras de incertidumbres, lo que a su pesar lo incitaba con una curiosidad que sabía estaba en lo prohibido.

Cada mañana y al atardecer pasaba como un par de horas a la cabecera del enfermo, al que atendía un físico —más bien curandero— con sangrías, tisanas y pócimas que no conseguían eliminar las fiebres y la postración del anciano. Tampoco había podido acertar un diagnóstico sobre las causas de su enfermedad, o al menos se resistía a revelarlo, y así se había creado una situación algo inquietante.

Una de esas veces fray Bernardo, mirándole con fijeza, casi implorando, le rogó que no dejase interrumpir por más tiempo el tratamiento de exorcismos a las hermanas supuestamente endemoniadas; no se atrevería a pedirlo a ninguno de los otros frailes que vivían en el monasterio, pero Martín —entendía—, sí estaba obligado a no dejar que se perdieran en poder del Demonio las almas de aquellas mujeres.

—Padre, no sé cómo obrar, que nunca hice exorcismos.

Le respondió, sorprendentemente irritado, pese a su postración:

—Pero recibiste el orden, y lo aceptaste. A más, has visto ya muchas veces el modo en que procedo. Debes, pues, reunir a esas desgraciadas, y entiendo como medida más eficaz para luchar con el Enemigo, usar la disciplina. No olvides que el Diablo huye a los latigazos —le habló con súbita dureza, sobreponiéndose al abatimiento en que lo mantenía la fiebre.

Martín abrigaba sus dudas sobre el juicio emitido por el anciano respecto a la posesión de las jóvenes. Sabía además que en muchas ocasiones la insistencia de los exorcistas sobre los supuestos posesos, en lugar de remediar la situación, la empeoraba, llegando a enmarañar la mente de tal modo que lo que podía ser simple obnubilación temporal de los sentidos se convertía en verdadera confusión, donde el presunto endemoniado creía ser, realmente, elegido protagonista de la atención diabólica.

Pero, obediente a lo encomendado, a la mañana siguiente pidió que se le reuniesen las jóvenes, quienes acudieron puntuales a la capilla. Una vez revestido salió a la lobreguez de la nave, y mientras decía la misa, de repente se sintió lleno de fe, de confianza, esperanzado en la Providencia divina, cierto de que el Señor iba a escucharle «a él» y se operaría el milagro de ver que los demonios abandonaban furiosos los cuerpos de las hermanas para volver a los Infiernos; y al venirle esta idea sentía como que se le erizaba el cabello de puro miedo.

Imitando el ritual de fray Bernardo, volvió a las aspersiones con el hisopo, hizo en procesión el recorrido del templo con las tres mujeres, seguido de dos hermanas legas; y la imposición de manos, la exposición de las Escrituras, sin dejar de repetir exorcismos:

—*Ecce crucem Domini, fugite partes adversae, vicit leo de tribu Juda, radix David. Exorciso te, creatura ligni, in nomine Dei Patris omnipotentis, et in nomine Jesu Christi filii ejus Domini Nostri, et in virtute Spiritus Sancti...*^[32]

De improviso se sintió incapaz de continuar. Temblando interiormente, estupefacto al tiempo que dolido por los pensamientos que empezaron a asaltarle mientras recitaba las oraciones, de pronto se encontró ridículo, incrédulo de cualquier posibilidad de obtener una respuesta que le afirmara en el poder de aquel rito. Al hilo de tan blasfema ocurrencia y a su pesar, también le vino el preguntarse cuánta complicada fantasía podía haber en toda la liturgia de la Iglesia... Y se acordó de Antonio y sus dudas, de sus sarcasmos cuando criticaba lo que su razón entendía irrazonable; del modo, que él siempre le censuró como falta de piedad, cuando calificaba de ceremonias de paganos y de fórmulas mágicas lo que eran verdaderos dogmas de fe...

Pretextando sentirse mal a causa del calor, dio por concluida la sesión y se retiró a su alojamiento, presa de tal aturdimiento que por un momento pensó que iba a volverse loco. Sin embargo, por cumplir honestamente con lo que creía su deber y a pesar de todos los reparos que su conciencia le ponía por delante, decidió continuar sus contactos con las jóvenes, más que nada por servir de apoyo moral a las ya bien atribuladas mujeres. Pero no en la capilla, cuya atmósfera maloliente le hacía sentirse incómodo, sino en el atrio por el que se accedía a la misma, donde a partir de la siguiente mañana empezaron sus encuentros, siempre bajo la vigilancia de alguna celadora —alejada, eso sí, de las conversaciones. Naturalmente, la recomendación de ayudarse para aquellas sesiones de unas disciplinas con las que propinar latigazos a

las jóvenes, escapaba por completo a su intención; por el contrario, quiso dar a las reuniones un carácter de charla espiritual, en donde la prédica encaminada a incentivar la devoción de las encausadas le pareció que también sería beneficiosa para él mismo.

Pero después de varias sesiones se le hizo evidente que, poco a poco, aquella su primera intención flaqueaba, y si se descubrió alarmado al principio, luego aceptó saberse ganado de una irremediable curiosidad, incapaz de resistirse a oír una y otra vez pormenores de aquellas milagrosas entrevistas, siempre evitando en lo posible cualquier referencia al supuesto contacto carnal mantenido con los celestiales visitantes, aunque en más de una ocasión esto, necesariamente, saliera a relucir. Desde luego, para todo el que conocía lo sucedido era el pensamiento más a flor en la mente de cada cual, incluido Martín, que no podía dejar de imaginar a aquellas muchachitas, mientras escuchaba a unas y otras, entregadas a una concupiscencia — ¿habría quizás una concupiscencia angelical?— que estarían evocando ahora de continuo.

Pero decidido a emplear su propio sistema, apartándose de las fórmulas dictadas por la Iglesia, consideradas como el método adecuado, infalible y único, y desechando como principio la aferrada idea de la posesión demoníaca mantenida por quienes estaban en el asunto, sin haber indagado más en lo que había de confidencias y declaraciones por parte de los hijos de Dios, Martín se empeñó en ir desvelando circunstancias y menudencias pasadas por alto en los interrogatorios, pues eran, en su opinión, el lado más misterioso e interesante de la historia y el que, quizá, podría allegar algo de luz a tan confusa situación.

Así pudo saber que aquellos a quienes las jóvenes llamaban ángeles, en contra de las continuas, veladas alusiones de los otros religiosos, que no hacían del suceso sino una sucesión de lujuriosas orgías, acostumbraban a mantener con ellas largas conversaciones referidas con frecuencia a parecidas cuestiones. Las jóvenes se referían a los argumentos de su devoción, o a los más simples, sacados de las Escrituras, de los que obtenían, según iba deduciendo Martín, respuestas de lo más extrañas. Por ejemplo, cuando la hermana Leocadia se refirió a Noé y el Diluvio del que habla el Génesis, los visitantes les dijeron que tales calamidades las padecía la Tierra a cada infinito número de años, siempre por causas de la propia naturaleza y no por mandato de ninguna suprema autoridad; sobre la destrucción de Sodoma y Gomorra contaron que a lo largo de los siglos fueron muchas las ciudades enemigas —de Dios, suponían ellas— que fueron aniquiladas de igual modo, convertidas en cenizas, y que en el futuro indudablemente lo serían otras, porque el hombre no iba a dejar nunca de amar la guerra; lo que suponía que tampoco dejaría de ser pecador.

—No, no, jamás nos invitaron al carro de fuego, que bien que nos hubiese gustado ir con ellos a dondequiera que vivan, con otros ángeles y bienaventurados. Sí

nos dijeron que por el cielo van muchos, y entonces recordamos el salmo de David, que dice que «los carros de Dios son veinte mil, y millares los ángeles»... Son más veloces que el viento, y no como el de Elías, tirado por caballos, sino que éstos parecen correr solos por todo el firmamento.

—¿Y el Cielo, hermana? ¿Cómo describían el Cielo, la presencia del Señor y la Virgen? Y de los santos... Porque hablarían de ellos, es de suponer...

Por toda explicación les habían contado que el Cielo no tenía fin, y que en millones y millones de leguas todo estaba poblado de estrellas; que éstas eran más grandes que el sol, aunque también las había más pequeñas, y alrededor de cada una discurrían muchos mundos parecidos al nuestro, y que eso era el Cielo, donde vivían millones de almas.

—¿Pero de Jesucristo, hermana? ¿De todo aquello, que debe de ser grandioso?

Ellas habían deducido que sus visitantes serían una especie de ángeles de la guarda que recorrían el universo vigilando y ayudando a la Providencia —que es el cometido para el que fueron creados estos seres celestiales—, misión que sin duda desenvolvían en un cielo inferior al que ocupa la Divina Corte; pero, al disponer de toda la eternidad, una vez hecha su labor retornarían, sin duda, a donde según el Libro de Daniel «millares de millares de Ángeles sirven al Señor y millones de millones le asisten». Al menos, esto fue lo que entendieron las muchachas cuando finalmente, con hartas muestras de sentimiento, sus visitantes se despidieron para volver a los trabajos encomendados por el Altísimo.

—¿Y nunca hablaron de un regreso?

—Dijeron que sus obligaciones eran muchas, pero acaso volveríamos a encontrarlos un día.

Martín no se cansaba de escuchar aquellas pasmosas revelaciones, cada vez más confuso, cada vez más lleno de curiosidad e interés. Como cuando la hermana Inés contó del asombro que pareció que experimentaban sus visitantes al referirles sobre la cría de animales domésticos —corderos, gallinas, bueyes—, los cuales, llegado un tiempo, se sacrificaban y se comían, pues eran criaturas puestas en la Tierra expresamente para servir de alimento a los humanos. Era ésta una de las cosas, entre otras igual de normales para cualquier cristiano, que parecían ignorar, al punto de notarles incluso una cierta expresión entre sorprendida y hasta de repugnancia.

—Sí, padre: contaron que hay ángeles que son como ellos, como hombres, pero también los hay que son mujeres, todos con la misma autoridad, dispuesto así por el Señor.

Conversaciones que tenían al pobre fraile sumido en un aturdimiento del que no conseguía extraer alguna luz que le señalara un camino para sacar conclusiones. Pero cada vez más decididamente interesado por el sesgo que tomaban sus investigaciones, y dado que la Orden concedía prioridad al estudio incluso con prevalencia al rezo, resolvió dedicar la mayor parte de su tiempo a aplicarse en consultar, indagar y rebuscar entre cuantas fuentes consideró adecuadas: las existentes en la biblioteca de

Santa Domitila. Esto le decidió a solicitar con frecuencia casi diaria a la hermana bibliotecaria —gracias a que, como ya le informaran, estaba bien provista—, queriendo refrescar las que entendía opiniones incuestionables que sobre los ángeles, y el Cielo, y sobre tanto arcano, dieran docenas y docenas de lúcidos, profundos, irrefutables teólogos, donde brillaban los razonamientos del de Aquino o su inveterado oponente, el franciscano Buenaventura; y volvía a las conclusiones acordadas en Letrán, con lo que acababa del todo perplejo al querer comparar a esos ángeles, con apetitos tan similares a los de los hombres, con cuanto él siempre había entendido sobre los serafines, los querubines, los tronos... ¿O tenía razón fray Bernardo y se enfrentaba a verdaderos demonios? Porque, ciertamente, en sus manifestaciones, a tenor de lo que contaban las testigos de aquella visita, en nada reflejaban lo que a este propósito cuentan las Escrituras.

Entre tanto, y notándolo con cierta alarma, el vientre de la hermana Margarita iba aumentando sensiblemente a medida que pasaban los días.

Una de aquellas tardes en que a través del locutorio solicitaba a la hermana Jacobina alguna lectura capaz de señalarle un norte en sus preocupaciones, ésta le avisó:

—Padre Martín, nuestra señora madre abadesa me dio recado para que la visitéis luego de completas.

—Muy bien, hermana. ¿Vendrá la madre al locutorio?

—Os recibirá en el palacio.

—Muy bien. Mañana vendré a recoger los libros que os he solicitado, si disponéis de ellos.

Volvió a la hospedería sumido en confusión. En primer lugar, sor Consolación había venido ignorando hasta entonces su presencia en el monasterio, como si jamás hubiera traspasado sus puertas; aparte del día de su presentación y del inicio de los exorcismos, ya no había vuelto a encontrarla, y las veces que ofició en la iglesia para la comunidad, mientras estaban las religiosas tras la clausura, no supo si se hallaría o no al otro lado de la celosía. El motivo de su inesperado aviso le despertaba ahora una cierta sensación de incomodidad, porque se había creado una imagen inconcreta del personaje a través de cuanto tenía oído sobre éste, lo que le suscitaba la necesidad de algo que sería como prevención y hasta la conveniencia de guardar una prudente distancia.

Con el sol todavía bordeando el filo de las cumbres se acercó hasta la residencia abacial. La puerta que daba al ancho vestíbulo estaba abierta, y una hermana lega empezaba ya a prender las luces para cuando cayese la oscuridad. Preguntó por la abadesa, y, luego de pedirle que aguardara, la vio ascender la ancha escalera que conducía a la planta alta del edificio.

Pasó un buen rato y, de repente, como si surgiese por arte de magia, se encontró

con la presencia de sor Consolación ya casi en los últimos peldaños. Y hubo de confesarse cómo se sintió azorado, confuso interiormente, balbuceando apenas su ceremonioso saludo, al que ella respondió con naturalidad, en aquel tono neutro que ya le conocía de las dos únicas veces en que oyera su voz.

Caminando con ligereza le precedió hasta una sala donde ya esperaban las subprioras, para dirigirse hacia un rico sillón bizantino de alto respaldo incrustado de marfil y esmaltes, donde tomó asiento manteniendo el cuerpo erguido, casi rígido. Con un gesto invitó a Martín a que ocupase un faldistorio en madera de ébano, formalmente alejado del espacio que ocupaban las religiosas, dominado por éstas, dada la posición que le habían señalado, lo que le hizo sentirse vergonzosamente sumiso, turbado además al adivinar, fija sobre su persona, la mirada a través del velo, sin duda llena de indiferencia —e imaginó que hasta con menosprecio— de aquella arrogante mujer... Ideas todas que le cruzaron como relámpagos en un instante, y cuya reacción fue sentir un ramalazo de ira que le enrojeció el rostro, de lo que más tarde, y como siempre que se descubría arrastrado por una pasión, no dejó de arrepentirse.

Sor Consolación inició de inmediato la conversación; lo hacía en la lengua de la Iglesia, y a él no dejó de producirle una discreta hilaridad su voz cantarina con reflejos del imborrable acento germano.

—Te hice llamar, dado que el padre Bernardo sigue enfermo y desde entonces vienes tú ocupándote de nuestras hermanas, por mi deseo de conocer si vas consiguiendo su recuperación o si, en efecto, los demonios se obstinan en no abandonar sus cuerpos.

Continuó manifestándole con cierta preocupación todo lo que la contrariaba aquella situación, máxime cuando habían ido extendiéndose los rumores fuera del recinto de Santa Domitila, y a saber qué clase de fantasías correrían ya por boca de muchos. Urgía, pues, comunicar lo sucedido a la Orden, pues tal dilación era contraria a su deber, sobre todo si el embarazo de sor Margarita seguía, al parecer, su proceso natural.

Martín no tuvo otra opción sino comunicarle, con palabras que luego pensó carecían de vivacidad y de confianza en su labor, lo que había hecho hasta entonces, del escaso adelanto conseguido, y como única ganancia, del estado de gracia en que creía que se hallaban las tres mujeres, que hasta aquel momento no habían incurrido en ninguna de las execrables abominaciones características de la posesión satánica. No podía darle noticias más halagüeñas, lamentablemente, y tampoco era capaz de predecir cómo iba a substanciarse todo aquel confuso misterio.

—¿Crees, en tu opinión, que sea misterio?

—Señora, he de confesarte que mi conocimiento no puede ir más lejos. Trato de averiguar lo más posible e incluso estoy dado a releer a muchos Padres de la Iglesia y a grandes teólogos, buscando un camino que pueda llevarnos a buen fin, pero el Señor no me concede más luz, y así, todo está como acabo de referirte.

Le pareció que no quedaba muy satisfecha con sus pobres explicaciones —no podía estarlo—, lo que le hizo sentirse más infeliz, y a poco concluyó la entrevista. Tal vez, y en un gesto de protocolaria cortesía, le despidió animándolo para seguir en su misión y que no dejase de comunicarle cualquier incidencia.

Dos días más tarde le envió nuevo recado, y con la misma inquietud que la vez anterior acudió prestamente al palacio, siendo introducido en una bella estancia con todo el aspecto —pensó— de ser el gabinete particular de trabajo de la abadesa. Mientras aguardaba la presencia de sor Consolación y el séquito acostumbrado, sin osar moverse y como clavado en el lugar hasta donde le acompañara la hermana que lo había recibido, le entretuvo admirar el rico decorado de la pieza, cuyas esbeltas ojivas se orientaban al espectáculo de montañas que se divisaban al poniente, maravillado del lujo y la calidad del mobiliario, las alfombras, la gran chimenea. Luego se atrevió a caminar unos pasos en dirección a los ventanales, distraídamente, infantilmente, queriendo apreciar distintas perspectivas del paisaje. Y de improviso descubrió la angosta entrada a una habitación remetida entre dos columnas, inadvertida hasta entonces, cuya puerta entornada le permitió descubrir que se trataba de un oratorio, posiblemente el privado de la superiora...; cuya figura, en efecto, descubrió ahora, arrodillada en la semioscuridad que apenas desvelaban los últimos postreros resplandores del crepúsculo.

Retrocedió en el acto, asustado de su imprudencia. Y al momento oyó el roce de los hábitos, sus pasos, y al casi tropezarse, aquel apagado «¡Ah!», que no supo si era de sorpresa, de reparo en un transitorio olvido... o de fastidio. Pero sin explicarse el porqué, creyó adivinarla desprovista de aquella suficiencia de la que siempre la creía revestida, como si una preocupación rondase ahora su pensamiento.

—Padre Martín... Te ruego disculpes mi tardanza, que entretuve en mis oraciones más tiempo del pensado... Es mi oratorio. —Manifestaba un evidente nerviosismo, y ahora casi se hizo a un lado, como huésped ceremonioso que invitara a un visitante a conocer su casa—. Aquí se guardan unas reliquias de nuestra santa que no exponemos nunca: el cilicio del que no quiso separarse jamás —suspiró, y al joven le pareció hasta que fuera como un quejido— y la corona de espinas que se ponía cuando se retiraba al descanso. Porque decía que así pagaba su parte por la continua ofensa que la humanidad hacía a Jesús...

Martín permanecía inmóvil en aquel umbral, avergonzado como un escolar cogido en falta, con sólo la rotación de sus pupilas que se movía, recorriendo, sin verlos, los detalles del reducido altar —los candelabros, el relicario... Mas, de súbito, algo atrajo su atención, e involuntariamente adelantó un paso; el retablo, fabricado en una sencilla orfebrería de plata sobre la que destacaba una artística cruz de oro, estaba adornado con una tabla que representaba «La Anunciación». Olvidado de todo protocolo acercóse para admirarla más de cerca, ahora que una suave luminosidad

irrupía casualmente a través de la pequeña vidriera llevando los reflejos de la tarde primaveral, con lo que pareció que alumbrara mágicamente la escena representada.

Porque le había sorprendido su factura, que no era la habitual en los frescos o en cualquier otra obra de las que adornaban iglesias y conventos, ya que su creador había confeccionado ésta como si pretendiera inspirarse en el lejano arte de los antiguos griegos, apartándose de lo que hasta entonces fuera simple iconografía para convertirla en una escena llena de movimiento y asombroso relieve. Las figuras, sobre el fondo de arquitectura y personajes con el que empezaban a sembrar sus trabajos los pintores, destacaban con una fuerza sorprendente; la del arcángel aparecía, ciertamente, adornada de un maravilloso encanto; pero toda la seducción estaba en aquel rostro de la joven que recibía su visita, representada de un modo ciertamente audaz, como Martín no viera antes en sitio alguno. Y es que María no era allí una tímida y recogida muchacha cuyo semblante emergiera de entre los pliegues de un velo, sino que su intérprete, no sólo había querido retratar la perfección de la belleza femenina en aquel rostro lleno de espléndida juventud, inmerso en una atmósfera, se diría, irreal, sino que se atrevió a enmarcarlo, con sin igual osadía, entre las ondulaciones de una dorada cabellera.

Sintió, inexplicablemente, que se aceleraban los latidos de su corazón; y lo extraño fue que no le acudía remordimiento alguno, ni se creyó culpable por las sensaciones que le habían invadido tan súbitamente, tan por sorpresa, consciente a medias de cómo toda su persona se sublimaba como presa de una tentación que tenía de mundana, vecina, como otras, al pecado; y en esta ráfaga de emociones, de pensamientos, era consciente de que no hacía nada por evitar aquel su estado de ánimo, como embobado en la arrobada contemplación de la que mostraba sus hermosas facciones resaltadas en el nimbo.

—Me parece como si estuviera en presencia de un milagro... murmuró.

—Sí —la oyó como en un hilo de voz—. Creo sea uno de los más bellos pasajes de la vida de la Virgen... Lo pintó un discípulo de un sienés llamado Duccio. Fue un encargo del arzobispo de Milán... —Y ahora pareció que hablase para sí—: ¡Hace ya tanto tiempo!

Sin volverse, la vista todavía recreándose en la pintura, con un tono de voz que a él mismo le pareció sonara contra su voluntad, se oyó responder:

—Perdona mi atrevimiento, señora, pero si siempre guarde, y guardo, todo mi respeto para cuantos asuntos de la vida de la Madre del Salvador, y de Jesucristo, y de los santos, vi representados por muchos artistas, y esto bien que sirve para incentivar la fe en el pueblo de Dios, ahora he de confesarte que la causa de mi asombro la provoca ese rostro, que no parece que sea de este mundo... —Y como si pensase en voz alta—: Hasta diría que el pintor tuvo una visión celestial, porque esas facciones no pueden pertenecer sino a alguien que no es terrenal...

De pronto fue consciente de que estaba yendo demasiado lejos, que rompía todo protocolo, e hizo por arrancarse a esta especie de extraño embeleso que, lleno de

vergonzoso pudor, pensó que casi rayaba en lo ridículo. Caído en aquella exageración que posiblemente habría de interpretar bien desfavorablemente su interlocutora, quiso rectificar, y con gesto y voz humildes, la mirada puesta en el suelo, se excusó:

—Nuevamente te ruego que disculpes mi osadía y trates de no interpretar mis palabras como irreverencia, que no fueron sino fruto de mi carácter neciamente imprudente.

Retrocedió un paso acompañado de una inclinación previa a la retirada, y luego alzó los ojos; y por un instante creyó que soñaba, y todo su ser se estremeció como si una corriente lo agitara. Porque sor Consolación había alzado su velo, mostrándole el rostro.

Hay momentos en que las acciones de los humanos no parecen responder a un acto meditado, sino que es el subconsciente el que toma todo el protagonismo y obra de modo completamente ajeno a la voluntad. Tal vez fue la causa de que Martín, sintiendo su cuerpo flotar en una ingravidez como la que provoca la fiebre, se oyó casi musitar:

—Así que eres tú misma, señora...

Hincó una rodilla, la mirada humildemente baja, tomó la orla de su manto y depositó en él un reverente beso. Al abrir los ojos descubrió ante su rostro la mano de sor Consolación, y sin saber qué lo impulsaba la tomó entre las suyas. Y todo su ser se hundió en un plano desconocido, fantástico, cuando sintió el contacto de su piel en los labios.

XXVIII

A partir de entonces empezó a vivir en medio de un desasosiego que con dificultad trataba de esconder. Porque no había momento del día —e incluso de la noche— en que su pensamiento no se encontrara sumido en el recuerdo de toda aquella sucesión de hechos encadenados en un vértigo que parecía arte de hechicería. Primero, la magia del cuadro, ante cuya influencia se sintió inexplicablemente invadido de una fascinación que todavía trataba de desentrañar; luego, la inesperada actitud de aquella mujer, a la que humildemente consideró siempre tan lejos de su persona, tan por encima, en parte por cuanto tenía oído de ella —su noble ascendencia, sus supuestos grandes saberes de todo orden, su alta disposición para regir de manera notable aquel complejo religioso—, en parte por la indiferencia que le había demostrado desde un principio; y también por aquella especie de coraza de que la creía revestida, quizá más que nada por su aire altanero, aparte de todo lo que en su imaginación había ido creándose respecto a una persona tan llena de poder, adornada de una serie de cualidades que su pensamiento, devotamente sumiso, colocaba en lo más alto. Y de repente creía haber descubierto que era mujer. Y él se descubrió tan pobre hombre como los infelices mortales de la mitología griega que a veces se encontraran, llenos de temor, frente a una diosa a la que su presencia despertaran súbita pasión... ¿O eran sólo meras conjeturas que su desbocada imaginación se inventaba? Queriendo escapar —sin demasiado empeño— al embrujo que padecía, se dijo que tal vez en aquella confianza de la superiora al dejarle ver su rostro no hubo intención alguna de pecado; esto y dejarse besar la mano sin duda no entrañaron para una persona de su condición más que la condescendencia del amo que se deja lamer por su perro... Pero ¿no estaba cayendo en pensamientos de lo más execrables, impropios de su ministerio, de sus afanes por encontrar la felicidad suprema refugiándose en el deseo de todo creyente, que era fundirse con la divinidad? Y le venían las recomendaciones de san Pablo: «Al hombre le sería mejor no llegar a la mujer»...

Maquinalmente, continuó haciendo su vida de todos los días; sobre todo pasaba mucho tiempo junto a fray Bernardo, cuyas fiebres no parecían remitir, leyéndole párrafos de las Escrituras con la esperanza de sentir el beneficio en su propia persona. Siguió dedicado cada mañana a conversar con las tres «posesas», cuya compañía ahora a duras penas conseguía despertarle interés, porque su pensamiento vagaba continua, incesantemente, hacia un mismo objeto, despegándole de nada que no fuese la sugestión de unos ojos a juego con aquellos pómulos que conferían al semblante unos rasgos casi orientales, donde la boca, de un dibujo perfecto, y la arrogancia de

una figura llena de gracia, elegante y majestuosa en sus menores gestos, derrochaban un encanto al que difícilmente se podía resistir... ¡Y aquella mirada, y el contacto de su mano! ¡Y aquel beso largo del que le pareció no podría arrancarse jamás! Temió ser lo que le había nacido como una sumisión ciega de su innata sensibilidad, admirador de cuanta belleza era capaz de hallar en la obra divina, estaba convirtiéndose peligrosamente en un deseo que era ya anhelo y obsesión, dolorosamente irresistible, de disfrutar de la continua presencia del objeto de sus desvelos; es decir, que sin ánimo ni voluntad de frenarlo, descubría que se le había despertado lo que habría de ser el amor; un amor tan en contra de sus aspiraciones a sentirlo sólo de Dios.

A pesar de sus frecuentes, peligrosas vacilaciones, el arraigo de su fe le hacía temer si no había sido él quien había caído en la posesión diabólica, e incluso llegó a imaginar que la misma abadesa podría estar dominada por uno de aquellos temibles súcubos dedicados a perder a los hombres y hundirlos en la miseria del pecado. Pero inmediatamente rechazaba ambas suposiciones, sobre todo respecto a sor Consolación. Porque ¿cómo una criatura dueña de tanto embeleso podía albergar ni sombra de maldad? Y aún fue capaz, sin querer todavía confesarse que estaba cayendo en la perdición, de atreverse a considerar cuán poco le afectaría saber que aquella mujer había conquistado sus pensamientos usando de sortilegios.

Durante muchos días no supo qué había sido de ella; ni ella volvió a llamarle, ni tuvo la menor noticia. Las veces en que ofició la misa, y a su pesar, durante la liturgia, distraído en aquella sucesión de ideas sacrílegas, no podía dejar de imaginarla espiándole desde la clandestinidad del coro. Incluso dedicó parte de su tiempo a recorrer con toda osadía algunos espacios del huerto y los jardines, zonas de estricta clausura dentro del recinto monasterial, expuesto a ser acremente reprobado; por allí paseaba fingiéndose distraído en la lectura, el rezo y la meditación, lo que acentuaba su sensación de culpabilidad. Pero no podía remediarlo, y se entregaba a tales riesgos fiado en la posibilidad de tal vez descubrir, aunque fuese de lejos, a la causa de su perturbación; engañoso pretexto que le mortificaba, pero al que vivía aferrado como único recurso. ¿Qué diría Antonio del Sasso si conociera su estado de ánimo, aquella inesperada rebeldía, aquel placer íntimo por el que estaba relegando todo lo que hasta entonces fueron sus aspiraciones y toda su vida?

Interiormente amargo, sufriendo lo indecible, ya que era consciente de la grave ofensa que hacía a Dios al dejar albergar en su alma unos sentimientos que aún no acertaba a explicarse, pero que sabía que deberían pertenecerle sólo a Él, pasaba el tiempo sin que la situación experimentara el menor cambio, sintiéndose por dentro desgarrado, miserable, quejoso de su desventura al no poder librarse de la ponzoña que le roía. Como remedio a sus males, aunque lo adivinara lacerante, decidió proponer a fray Bernardo su regreso a Tortona, pese a las dificultades y hasta el peligro que supondría trasladar al enfermo, con el pretexto de que allí podría ponerse al cuidado de un médico más docto que el que ahora lo atendía. Solución que se le

antojaba cruel y desalmada, pero que, en su trastorno, imaginó que podría solucionar el abatimiento en que estaba viviendo.

Entonces le enviaron recado de parte de la superiora para que acudiese aquella misma tarde al palacio abacial.

A partir de recibir ese aviso se vio sumido en una agitación que era puro desasosiego, hilvanando pensamientos descabellados, sintiéndose a ratos feliz sin explicarse el porqué, sabedor de que en el fondo subyacía un móvil delictivo del que no quería ser consciente, liberado como por milagro de aquella lastimosa murria de tantos días, que nadie advirtiera porque en su vida de religión, privado de manifestarse abiertamente, enmascaraba todo sentimiento sin que asomara al exterior.

Harto de contar el tiempo hasta la hora señalada para ser recibido, acudió puntualmente a la residencia abacial. Con el mismo protocolo de siempre fue conducido, esta vez al gran salón de recepciones que conociera el día de su presentación con el padre Bernardo, donde quedó aguardando unos minutos: los que transcurrieron hasta que la abadesa hizo su aparición, seguida por dos de sus subalternas. Las tres saludaron al joven sin detenerse, pero esta vez ella no fue a ocupar el estrado donde se alzaba el trono, sino que se dirigió a un rincón de la pieza; luego hizo un gesto al fraile para que tomara asiento, e inmediatamente procedió a informarle del objeto de su llamada. Con aquella voz que siempre le parecía distante, quizás ahora en un tono menos autoritario que de costumbre, empezó a contar sobre la gran preocupación que ella, y en su nombre toda la comunidad, sentía por el estado de fray Bernardo, la inquietud de si no sería, tal como se murmuraba, obra de los hijos del Mal, y con el lamentable añadido de no poder atenderlo como sería su deseo, primero, porque el hospital del monasterio no permitía la estancia de varones, y luego porque la enfermería del segundo recinto, cuya techumbre se había derrumbado con los temporales del último invierno, no estaba en condiciones para albergar a nadie. El capítulo había considerado entonces la posibilidad —y la necesidad— de trasladar al enfermo, bien a la población más cercana, bien a un convento situado a no muchas leguas, residencia de una comunidad franciscana, donde podría recibir las atenciones que su estado requería.

Todo lo cual estuvo escuchando el joven sin alterar un músculo del rostro, sintiendo que conforme aquellas palabras penetraban en su cerebro, una punzante sensación de malestar, casi una agonía, iba apoderándose de su cuerpo, adivinando ya cuál iba a ser el colofón a la conversación.

—En cuanto mira a nuestras hermanas, poseídas o enfermas, hemos considerado que tendrías que prolongar tu permanencia en Santa Domitila el tiempo necesario hasta tener una certeza, sea la que sea. De no ser así habrá que comunicarlo al Provincial para que otras instancias tomen las medidas que crean oportunas, a lo que me resisto, porque no deseo airear tanto esta desagradable situación. Es por ello que

tenemos necesidad de tu ayuda, al menos hasta que nuestros superiores decidan. También quiero manifestarte nuestra preocupación, si es cierto que el padre Bernardo ha sido enfermado por los poderes infernales, del riesgo que corres al sustituirlo, pues los demonios buscarán venganza en ti, por lo que te dejamos la decisión que creas conveniente para salvaguardar tu persona.

Sintió como si, a punto de morir congelado, de repente lo acercaran al reconfortante calor que hacía que la sangre volviese a correrle por el cuerpo. Estuvo a punto de caer de rodillas, lanzar un grito de júbilo, romper en estridentes carcajadas, como un orate... Pero sólo fue capaz, maquinalmente, de recitar su voluntad de continuar en Santa Domitila hasta donde fuese necesario; en el fondo de sus torpes palabras no había sino el gozo de seguir viviendo la incógnita de una situación a la que no sabía interpretar.

—... si es que crees puedan serte de utilidad. Así que, también en capítulo, hemos acordado que puedas libremente disponer de los que se guardan en esta casa —había seguido hablando la superiora. Y él, con esfuerzo, logró que no le asomara al rostro la expresión de perplejidad que hubiera reflejado al no recoger nada de cuanto le había dicho, embargado por la ola de felicidad que le invadía.

Pareció que ella captara su embarazo, porque continuó en igual sentido, para contarle del abundante material —confesó desconocerlo en su práctica totalidad— entre el cual, posiblemente, podría encontrar algo que le ayudase en los ejercicios de exorcismos que debería seguir practicando sobre las tres polémicas hermanas.

Sin más, y casi bruscamente, la abadesa se despidió, dejando que las otras dos le acompañasen por un largo pasillo hasta una habitación en la misma planta baja, donde tres de sus paredes aparecían cubiertas por estanterías en las que se acumulaban libros, manuscritos, legajos y documentos. El centro lo ocupaba una gran mesa de roble con varios asientos alrededor; sobre el tablero, dos candelabros de bronce y un atril. Al fondo se descubría un portón con postigo.

—Ésta es la puerta que deberéis utilizar, padre —le dijo una de las mujeres, señalando la que sin duda daba al exterior—; no queráis entrar o salir por la que acabamos de hacerlo, pues estará siempre cerrada, a más de prohibida para vos y para cualquiera ajeno a la clausura.

No pudo menos que confesarse perplejo, sumido en la incertidumbre de su futura actuación a partir de la entrevista. Pero lo más importante era aquel paulatino acercamiento, la ruptura de un hielo que antes le pareció humillante menosprecio y entonces, aun con tan vagos indicios, sentía que calmaba en parte aquellos desconocidos sentimientos que venían ocupando todas las horas de todos sus días; y se recriminó al descubrir con cuánta indiferencia aceptaba su miserable estado. Luego, como regalo añadido a su alegre cambio de ánimo, estaba la posibilidad de hurgar en aquella biblioteca que desde un principio, apenas tuviera conocimiento de

su existencia, ya le anduvo escociendo de atrozante curiosidad. Esto colmaba sus aspiraciones en cuanto a sus continuos deseos de saber, conocer, instruirse y deleitarse con los escritos de hombres que dejaron plasmados, en papel o en pergamino, el fruto de sus meditaciones, de sus fantasías e imaginación, y de unas excogitaciones que podían o no ser atinadas, pero que nunca carecerían de valor; al menos por la posibilidad de poder extraer un juicio de cuanto expresaron unos y otros.

Continuó sus conversaciones matutinas con las tres muchachas, siempre en un tono coloquial y amistoso, sin sombra de amenazas ni ritual de exorcismo contra los supuestos demonios, de cuya existencia cada vez dudaba más, aunque no fuera ésta la opinión de los administradores, por las noticias que le transmitía el padre Gregorio, su compañero en los enfrentamientos del jaque-mate. Empezó a dedicar su tiempo especialmente a la joven embarazada; le parecía que su estado podía no ser sino parte de lo que ya había empezado a considerar una historia inverosímil, un increíble enredo, consecuencia de los mismos hábitos de las religiosas, de su enclaustramiento, de la uniformidad de una disciplina capaz de alterar la condición femenina, propensa a dejarse llevar por sueños y quiméricas visiones, sobre todo si no había una auténtica vocación religiosa; por todo ello, a medida que profundizaba en los desatinados relatos de aquellas supuestas visitas de los ángeles, más lo interpretaba como una alucinación sufrida en su conjunto por las muchachas. A más, en sus conversaciones con aquel hermano físico de Milán, éste ya le había contado cómo alguna vez se producían extraños fenómenos en la mujer, en que los signos de preñez podían aparecer tan reales que engañarían al más experto, y esto tanto en las hembras humanas como en las de muchos animales. De modo que en aquel momento, en sus entrevistas, hacía especial hincapié para convencer a la joven de la falsedad de su estado, aunque desconfiara de que el tratamiento fuese lo necesariamente eficaz como para deshacer situación tan complicada, y con ella toda la turbulenta historia.

Al mismo tiempo, empezó sus visitas a la biblioteca del palacio abacial. Lo hacía casi subrepticamente, sabiendo que por una inesperada e insólita decisión se le había permitido contravenir una rigurosa regla de la Orden. Después fue perdiendo la timidez, y ya podía decirse que pasaba tardes, y a veces parte de algunas noches, encerrado entre aquellas paredes, olvidándose incluso del rezo de las Horas, embargado por la lectura de cada uno de sus descubrimientos.

El conjunto de obras reunidas era bien abundante, y ya una primera lectura de títulos le despertó el más vivo interés; un entusiasmo de maníaco del libro, más bien. Allí estaban el *Timeo*, *Las Metamorfosis*, Cicerón y Sócrates, en griego o en latín; las traducciones de Dionisio el Areopagita hechas por Scot Erigena al lado de sus polémicas obras —*Liber de Praedestinatione* y *De divisione Naturae*—, y junto a san Agustín, el revolucionario Siger de Brabant, al que recordaba de sus años en París, cuando asistía a sus discutidas lecciones de la rue de Jouarre. Poco más lejos, en taalik árabe, y también en doble versión, cúfica y romance castellano, varios tratados

de astronomía; y colecciones de láminas sembradas de extraños mapas representando tierras ignotas; y otras llenas de enrevesados juegos matemáticos; y métodos que explicaban aquella ciencia esotérica que era la alquimia...

Deseando cumplir con lo que la abadesa le había encargado, se dedicó afanosamente a rebuscar, entre toda aquella acumulación de ciencia y pensamiento, las obras de cuantos conocidos exégetas, o cuantos nombres sabía, o intuía, o aventuraba, dedicaron gran parte de sus vidas a investigar y escribir sobre la peliaguda cuestión de la posesión diabólica, los hechizos y la brujería, y de otros muchos que contaron las asombrosas experiencias personales o familiares vividas y padecidas por cualquiera de dichos motivos. Escudriñando entre los estantes halló escritos de los Padres de la Iglesia, y de teólogos y hombres de recta conducta, cuyas meditaciones y razonamientos habían cimentado las bases del credo católico. La mayoría le eran bien conocidos, frescos en su memoria, que apartaba por considerarlos escasamente afines a lo que buscaba; otros se le quedaban ahora en la lejanía de una gloria que marchitaron los años; y luego, aquellos sobre los que poco o nada trascendiera, expresamente olvidados, capaces de exponer unas interpretaciones originales, matizadas con apenas una blanda divergencia sobre lo que ordenaba la ortodoxia católica. Buscó incansable en cuantos quiso adivinar la posibilidad de esclarecer sus dudas, buceando entre añejos folios, muchos, vírgenes de la curiosidad de ningún humano; otros, tan manoseados, que en ciertas páginas casi desaparecía lo escrito. Labor que le embecía hasta casi la embriaguez y el cansancio; tanto que en dos ocasiones cayó cruzado de brazos sobre la mesa, rendido por el sueño. Porque rastreando sobre lo que descubría interesante, surgían otros temas igualmente atractivos, y de éstos pasaba a otros, lo que en ocasiones le causaba tal aturdimiento, que hacía un esfuerzo y se apartaba de la tarea, abría el postigo que daba al exterior y dedicaba un tiempo a andar por entre la arboleda del jardín —otra osada transgresión de las *Reglas*— pasando las cuevas del rosario.

Sus esfuerzos iban compensándose a medida que proseguía la búsqueda. San Justino hablaba de la copulación de aquellos ángeles con las hembras de los humanos, de la que nacieron los demonios; Clemente de Alejandría, *el Pedagogo*, hacía continuas referencias a la castidad, contando cómo los ángeles sucumbieron a la tentación y menospreciaron la gloria celestial para gustar de las mujeres de la tierra; san Juan Crisóstomo se preguntaba cómo hombres y mujeres se entregaban a satisfacer su sexualidad en lugar de dedicar sus días a esperar la venida del Reino de Dios; san Jerónimo, el genial intérprete de los Evangelios, el polígrafo por excelencia, también contaba historias y asombrosos relatos en los que intervenían los habitantes de las tinieblas; y luego san Hipólito, san Hilarión, san Basilio, san Macario... Sin contar los más recientes estudios de Alberto el Grande y Tomás de Aquino... Observó Martín que casi todas las referencias iban dirigidas al hombre en contra de la compañía femenina; que alguno consideraba el matrimonio como algo enemigo de un recto mantenerse en la adoración a Dios; que las segundas nupcias,

por supuesto, eran tenidas como una especie de poligamia... Pero, lamentablemente, de todas cuantas denuncias le aparecían teniendo por causantes del pecado a los servidores del poder infernal, ninguna daba una solución efectiva para destruir la influencia de tan odiosos enemigos, cuyo poder parecía ser tan robusto como para haber prevalecido, tal vez desde la víspera de la Creación, por encima de los esfuerzos del Bien para contrarrestar su poderío.

«No me sirven de nada», se repetía mentalmente, decepcionado y casi al borde del desespero; sobre todo, con una desagradable sensación de inutilidad, de impotencia, que le hacía enrojecer pensando en cómo consideraría sor Consolación lo infructuoso de sus esfuerzos. A veces permanecía indeciso sobre qué camino seguir, preguntándose si todo aquel interés le conduciría a lograr un resultado positivo, o si, efectivamente, como empezaba a creer, el Señor lo consideraba un pobre tonto sin capacidad para obrar en Su nombre.

En éstas, una tarde, curioseando por entre las repletas estanterías, casi distraídamente, empezó a descubrir otro tipo de obras. En medio de los pensamientos de tanto nombre famoso aparecían los de anónima celebridad, desconocidos y olvidados los más, pero peligrosos como la picadura de un escorpión. Se trataba, en casi todos los casos, de doctores de alguna universidad —Bolonía, París, Oxford—, o residentes en oscuros e ignorados monasterios de todo el continente —muchos, sin duda, ya desaparecidos de uno u otro modo—, lo mismo benedictinos que franciscanos o cluniacenses, la mayoría tomados por el mismo mal: la herejía, cuando no un claro ateísmo.

Empezó por dedicarse a una larga lectura de títulos, escogiendo el que más llamaba su atención, hojeándolo un tiempo para, a seguido, atraído por algo, acudir al siguiente, para proceder de igual modo con cualquiera de los que al momento despertaba su curiosidad, por lo que la gran mesa aparecía casi totalmente cubierta de volúmenes abiertos por donde había algo que motivaba su interés, y sobre éstos, infolios descuadernados, rollos de pergamino difícilmente atirantados, algún antiquísimo becerro llegado, quién sabía cómo, de cualquier centro de culto cristiano desaparecido hacía décadas...

Actuando con lo que reconoció como un malsano interés curioso, punible, sin posibilidad de indulgencia —y a pesar de ello—, en lugar de enriquecerse con los tratados espirituales que se le ofrecían se dedicó, apenas descubiertos, o intuidos, casi con frenética curiosidad, a leer e intentar comprender todo con cuanto de prohibido iba tropezando.

Había un legajo incompleto, obra de un cisterciense, un llamado Franciscus de Günninfeld, en el cual se planteaban los mismos o parecidos argumentos, iguales críticas y enigmáticas preguntas, tan azarosas, que tantas veces oyera a Antonio del Sasso, los mismos que, dolorosamente para su conciencia, él mismo se había formulado más de una vez. En opinión de su autor, todo el basamento del cristianismo descansaba sobre algo incomprensible y absurdo —así lo calificaba,

absurdus— nunca debidamente explicado, que era el Pecado Original —¡de nuevo el mismo impenetrable enigma!—, sin cuya existencia, desatinada como una fábula, las Escrituras no tendrían más interés que narrar historias y acontecimientos de unos pueblos perdidos entre las vicisitudes de otros muchos del Oriente —amontas, cananeos, filisteos, medos... El Nuevo Testamento carecería de argumento para su redacción, ya que no se refiere sino a la venida de Cristo a la Tierra para inmolarse por salvar a la humanidad, heredera de aquel extraño Primer Pecado... El soliviantado fraile preguntaba, y se preguntaba, por qué el Artífice Supremo, creador de todo, rector de cuanto había surgido de Su voluntad, conocedor del pasado y sabedor del futuro, no previó —¿o más bien permitió?— la desobediencia de Adán y Eva; cómo no fue capaz de abortar la rebelión de Lucifer y sus secuaces; y cómo luego, siendo, como era, omnipotente, no tuvo poder para destruir a estos emisarios del Mal; cómo, por la falta de aquellos dos desventurados —él los calificaba de inexpertos, y también, con toda dureza, de *imbecillis at tonitus*— que fueron los llamados Primeros Padres, fue capaz de hacer heredera de su extravío a toda aquella desventurada humanidad que con tanto amor, se decía, pusiera en el mundo, condenándola a los castigos más horribles, y ya por los siglos de los siglos, hasta un final sin fin. Le resultaba sorprendente y basta terrible descubrir cuánta animadversión, cuánto rencor, de cuánto aborrecimiento, casi odio, era capaz el Señor de la Creación, condenando a todas sus criaturas por un delito ajeno, para cuya remisión fue capaz de permitir el sacrificio sangriento de Su propio Hijo Único, decisión, agregaba, que ningún padre, ninguna fiera —Saturno, que devoraba a sus hijos— sería capaz de concebir. Al final llegaba a la más descalificadora conclusión, considerando absolutamente falsa una doctrina sin base alguna irrefutable, como la que sostenía la Iglesia Católica en el nombre de Dios.

Otro, un teólogo comentarista de las Escrituras, planteaba desde el monasterio de Morbach similares cuestiones, asombrado de que un pueblo, el judío, preferido por el Señor desde que apenas se asentaron los cimientos del mundo y donde dispuso que naciera su Hijo, siendo por tanto testigo de la pasión y muerte de Aquél Su enviado, prestara oídos sordos a tanto hecho sobrenatural, a milagros y portentos de todas clases obrados por quien decía ser el Mesías, realizados a vista de su gente, de sus paisanos, de sus amigos, y que a pesar de todo lo rechazaran, despreciándolo, firmes en mantenerse en la Ley de Moisés. Así, los seguidores de la nueva doctrina se vieron forzados a olvidarse de aquellos principales destinatarios de las divinas prédicas —el Pueblo de Dios— y a buscar adeptos entre los gentiles. ¿No podía, benignamente, calificarse este rechazo, a más de decepcionante, como lamentable falta de previsión?

Otros se repetían manifestando su perplejidad por el modo en que Dios había dispuesto que se conociera Su existencia, permitiendo la de innumerables pueblos paganos, adoradores de monstruosos y sanguinarios ídolos, o la de otros falsos dioses que abundaban por todo el mundo. También censuraban la proliferación dentro de la cristiandad —suponían que con la permisividad divina—, de tanto intérprete de Su

doctrina, lo que daba lugar a feroces enfrentamientos, a manchar las gradas del altar con la sangre de millones de infelices, o extraviados, bajo la dura y vengativa represión de los más fuertes, los más organizados, los más capaces de sostener por la fuerza sus doctrinas, con lo que señalaban acusadoramente a Roma. ¿Ocultaba esto alguna suprema finalidad?

Incluso un dominico exponía con evidente pesar —de sus páginas se deducía fácilmente haber pertenecido al Santo Tribunal— por qué no se inculcó en el hombre, desde un principio, la Verdad absoluta, el designio de Dios al crearle, evitando así que quienes habían alcanzado el supremo don de esta revelación se sintieran obligados a imponerla a base de persecuciones, torturas, guerras, exterminio... A Martín le vino de inmediato que aquellas frases podrían haber sido escritas, la misma víspera, por Antonio del Sasso.

Todo lo cual sumía al atribulado joven en un proceloso mar de encontradas ideas donde su mente imaginaba, elevándose como un burlón espíritu por encima de tanto caudal de herejía, la figura del mismo Antonio, que le dedicaba un gesto de afectuosa chanza.

Por entonces se organizó el traslado de fray Bernardo al convento de franciscanos. Martín lo despidió envuelto en una dualidad de sentimientos, pesaroso por su lamentable estado y también aliviado de su marcha; porque nunca descubrió en el anciano la menor dosis de confianza, de amistad, ya que no de afecto, sino que en todo momento pareció estar recluido en sí mismo, alejado, sin un atisbo de apego a nada. Sí le prometió que no descuidaría el estar sobre las posesas e informarle apenas hubiera conseguido el fin que perseguía.

Fue durante una de estas apasionantes veladas de lectura y estudio cuando una noche, silenciosamente, se abrió la puerta que conducía a las dependencias abaciales y en su marco se recortó la figura de sor Consolación. A la luz del candelero que portaba, Martín descubrió que venía con el rostro despojado de su habitual velo.

XXIX

Ensimismado en la lectura, en un primer instante no supo si aquello podría ser ilusoria aparición, un ser auténtico, o fruto de que en sus pensamientos esta imagen le estaba de continuo presente. Consciente de que no era alucinación, sino realidad cierta, una placentera amalgama de sensaciones le recorrió el cuerpo, porque a la sorpresa siguió la violenta emoción que puso su corazón a latir desbocado; tanto, que temió que llegase a oídos de su inesperada visitante. Esto, junto a una oleada de confusión, de nerviosismo, con el fondo de una inmensa alegría, de satisfacción y dicha; sentimientos que no recordaba que en su vida le hubiese proporcionado jamás nada, ni divino ni humano, y que en aquel momento hubiera podido exteriorizar de mil alocados modos. Y nunca mejor expresado, porque como loco se sentía desde aquellos últimos contactos con la persona que tan radicalmente estaba subvirtiendo todo cuanto hasta entonces habían sido sus ideales, sus deseos, sus fines.

Fue capaz de reaccionar con cierta presteza, levantándose para dedicar una profunda inclinación a la que tan inesperadamente irrumpía allí, sola y a tales horas, sabiéndole a él su único ocupante. Casi balbuceó una respetuosa salutación:

—*Dominus tecum.*

Ella, sin apenas mirarle, no hizo sino un ligero movimiento de cabeza, como parecía ser su costumbre —algo como una displicencia, sin ninguna intención, que dedicaba a su entorno—, al tiempo que sus ojos recorrían la mesa abarrotada de libros, unos abiertos, como si expusieran confiadamente su contenido, otros con señales para una posterior lectura; y volúmenes apilados, rollos de pergamino, legajos, visibles todos bajo las luces de los candeleros de los que Martín estaba bien provisto. —*Magnum marc ingrederis*^[33] —sonó su voz, que a él le pareció irónica, al reparar en tal desorden.

—Pero no debes preocuparte, señora —se apresuró a contestar—: hice relación del lugar que ocupa cada obra, y allí volverán todas, tenlo por seguro.

La abadesa hizo un gesto, como quitando importancia a la observación:

—Quise decir que es ardua la tarea en que me supongo andas, y casi adivino que no será ya tan sólo por encontrar nuevas fórmulas de exorcismos.

Otra vez creyó Martín que sus palabras llevaban una cierta ironía; tampoco había en ella sombra de aquel tono apático con el que siempre creyó que se le dirigía en cada audiencia. Confundido por aquella inesperada presencia, ofuscado cada vez que se atrevía a mirar su rostro, rendido como un guiñapo al ser consciente de aquella materialización de la galanura, del más discreto encanto, de la hermosura hecha realidad, conjunto que ya pensaba, en su amarga torpeza, que idolatraba, temió, en

tanto ella echaba rápidas ojeadas sobre el material acumulado sobre la mesa, sus posibles reproches si descubriría en qué clase de lecturas se había embebido.

La oyó hablarle, como si creyese obligado explicar su intempestiva presencia:

—Deseé visitarte por si mi ayuda pudiera servirte. ¿Conoces la lengua de los griegos?

—No, señora. No la hablo, y apenas si soy capaz de leerla.

—Te traduciría muchos de los escritos que aquí guardamos, que posiblemente los habrá que contengan algo interesante para lo que buscas. —Dejó la luz sobre la mesa, al tiempo que dirigía un rápido vistazo a una de las obras de las que Martín tomaba sus notas—: *Commentarius in librun Geneseos*,^[34] de Claudio de Módena... —Lo miró como advirtiéndole, pero sin acritud—: Debes saber que todos los escritos de ese monje están rigurosamente prohibidos. Lo recuerdo bien porque el arzobispo los apartó muy cuidadosamente antes de confiármelos, creyendo que sería difícil que alguna vez salieran a la luz aquí, en este escondrijo de Santa Domitila.

Respondió con acento resignado:

—He de confesarte que no sólo leo, y estudio, y medito lo que escribe ese hereje, sino que voy descubriendo a otros caídos en similares errores, lo que me llena de inquietud y de gran confusión; pero quiero saber cómo es el pensamiento de esa gente. Sé que soy culpable de esta falta, y hasta me creo un pobre desobediente Adán entrando a comer de la fruta prohibida, pero necesito conocer otras opiniones, otros razonamientos, de los que siempre he carecido.

Sor Consolación guardó silencio; luego, tal vez adivinando todo el revolucionario amasijo de ideas que bullían en la mente del joven, donde mezclado con su interés por la erudición era fácil descubrir la confusión que le despertaba su presencia, quedó un momento dubitativa. Pero al momento, y haciendo una mueca, como si desechara algo inconveniente, fue a sentarse al otro lado de la mesa. Entonces, al contemplar su rostro iluminado por los candeleros, Martín casi perdió la noción de sí mismo, como si buceara en un espacio irreal.

—Podrás comprenderme si te digo la razón —dijo, sin saber bien por qué.

Y a seguido, casi en ingenua confesión, se atrevió a contarle algo de su vida en aquellos inquietos últimos años, refiriéndose en particular a su amistad con Antonio del Sasso; amistad a la que no podría renunciar, pese a lo negativo de su trato, siempre confundiéndolo y atormentando su conciencia con la desgarrada rebeldía de sus razonamientos.

—Él leía todo, lo mismo prohibido que herético, y hasta de ateos excomulgados. Quizá por eso sabía muchas cosas que yo ignoraba. Y ahora, cuando pienso como haya sido un superior designio que no deja de maravillarme, en el que intervienes tú, y que gracias a tu benevolencia podré conocer el pensamiento de otra gente, confieso que me enriquece y me interesa leer sus razones y discutir las conmigo mismo, cierto de que no van a hacerme perder la fe, pero sí acercarme lo más posible a la verdad.

—¿La verdad? —Lo miró con un gesto de duda—. La verdad puede ser tan

subjetiva como cada uno la entienda, bien lo sabes. ¿O será tu verdad igual a la mía, o a la de esos herejes a los que estás leyendo?

Martín sintió que le nacían una serie de audaces respuestas que antes ni hubiese imaginado; pero se atrevió a ser sincero:

—Señora, sólo puedo responderte que cada vez me siento más lleno de perplejidad y dudas en todo cuanto nos rodea, salvo en mi amor a Dios Nuestro Señor.

Escuchó su respuesta haciendo por evitar la influencia de aquellos ojos dominadores:

—No serás único. El ideal sería nacer ya en posesión de todo el conocimiento, pero seguramente Dios quiere que nos esforcemos, que indaguemos para acercarnos a la perfección. «Su perfección». Y esto lo entiendo tarea inalcanzable.

—Sí, sí, es cierto. Pero yo creo que de estar dedicado a una continua búsqueda, tal vez algún día pueda el hombre, no digo llegar, ni acercarse... mas, por lo menos, comprender a la divinidad. ¿O es que acaso no fue así como debieron lograrlo los santos? ¿O como adquieren el conocimiento los hombres sabios, nuestros teólogos, nuestros filósofos?

La abadesa hizo un gesto, como un reflejo de incertidumbre.

—Y habría que examinar profundamente las opiniones de los santos, y de los teólogos, para tener la certeza de que cuanto dejaron dicho son verdades absolutas, aun cuando estuviesen en la idea de que sus conclusiones la habían encontrado. Porque las tantas hipótesis que conocemos, aceptadas, sí, pero siempre meras hipótesis sin confirmación de la evidencia, para mí no son más que una explicación provisional, especulaciones que el paso de los tiempos puede quizá destruir. Lo que hoy se acepta como irrefutable puede convertirse mañana en falso... Porque sea fruto de una confianza ilusoria, o un involuntario error... Así sucedió siempre, y ahora, y ciertamente, lo será en el futuro.

Conversación inagotable que mantenía al joven fraile en vilo, embargado de la placentera dualidad que eran, por un lado, gozar de la presencia de la tan para él fascinante compañía y, por otra, escucharla razonar, manifestándole su interpretación en cuanto a tantas similares cuestiones de las que él mismo era partícipe. Dada su total inexperiencia en el trato con mujeres, le entusiasmaba no descubrir en sor Consolación nada de aquel concepto en que se tenía a las entradas en religión, alguna tratada por él en muy contada ocasión, generalmente incultas, rutinarias en su profesión, la mayoría entregadas a la vida conventual como refugio y subsistencia contra la adversidad de los tiempos. Continuamente tenía que hacer esfuerzos para atender a las palabras de su interlocutora, o disimular su distraído embeleso asintiendo con maquinales movimientos de cabeza para ocultar sus emociones. Porque se sentía embargado de admiración, como en un sueño maravilloso donde podía disfrutar de la contemplación, ahora sin recato, de aquel rostro que se le antojaba perfecto, en el que aparte de su rara belleza se reflejaba aquella expresión

inteligente, hablándole en un latín que él saboreaba palabra a palabra, siguiendo aquellos medidos gestos que le parecían el *súmmum* de la gracia.

Y en medio de todo, todavía no era capaz de hacerse a la idea de que aquella mujer hubiera descendido hasta él, no ya sólo distinguiéndolo con tan singular confianza, no por cambiar ideas sobre el amplio abanico de incógnitas que mutuamente se confesaban, sino rompiendo de un modo tan atrevido, tan resuelto, con la disciplina, obviando la severidad de las *Reglas* para ir a encontrarle a solas, en la noche, sin más distancia entre ambos que la mesa sembrada de libros prohibidos... ¿Podía ser que el tedio y su juventud la hubieran impulsado a buscar la compañía de alguien en quien presumiera el gusto de conversar, y así apartarse, al menos unas horas, a la uniformidad de sus diarias obligaciones?

Con harto sentimiento para el fraile, poco antes de vigilia se despidió, y aún fue capaz de hacerle una promesa:

—Si tienes necesidad de mi ayuda para los textos griegos, házmelo saber. También, como comprendes la lengua de los sarracenos, te informo de que aquí guardamos una buena colección de obras de Aristóteles escritas en ese lenguaje.

Sonreía ahora abiertamente, y a Martín le pareció que su rostro era como el anticipo de un amanecer radiante.

Volvió al anochecer del día siguiente. Y ya continuaron las veladas, en las tibias noches estivales, platicando al mismo tenor que en su primer encuentro. Martín acabó por sentirse cómodo en su presencia; y se atrevió a contradecirla cuando entendía que alguno de sus juicios no casaba con sus propias ideas; e insistían y divagaban sobre aquellos conceptos referidos al modo de interpretar cuanto atañe a las grandes incógnitas: Dios, el hombre y su finalidad, el mundo, las ciencias, la vida... Y la muerte.

—Como bien sabes, ha sido aquí, en tu biblioteca, donde por vez primera he encontrado caminos distintos a los que enseña la Iglesia. Todavía, cuando leo a esos hermanos que opinan de modo tan distinto, me siento en falta, como si pecase... No te aconsejaría intentar siquiera ojear ninguno de ellos... Pero también creo necesaria la independencia del pensamiento para expresarse sin ataduras, y profundizar en lo que nos concierne a todos, que no ha de ser patrimonio exclusivo de quienes expusieron sus infalibles conclusiones para ordenar, sin que se permita la menor duda, sobre toda la humanidad. Si el hombre no tiene libertad para pensar y decir qué piensa, entonces esa humanidad avanzará muy poco —decía Martín.

La abadesa se obstinó en penetrarse también de los planteamientos filosóficos y teológicos de muchos de aquellos autores, contrariando un cierto sentido protector del fraile, temeroso de descubrirla cayendo en el error. Las noches llegaron a convertirse en una animada sucesión de horas de apasionado intercambio de razones, de comentarios y controversias. Pero a Martín no le abandonaba un instante la influencia

magnética de aquella mujer por quien se sentía irremisiblemente subyugado, y a medida que pasaban los días, con una más creciente intensidad. Empezó a vivir únicamente para esperar ansioso el anochecer, momento en que se abría la puerta de la biblioteca y entraba sor Consolación; entonces la sala parecía llenarse de una luminosidad irreal, y él, en su entusiasmo, sentía que emanaba de su sola presencia.

Jamás se le pasó por la imaginación el llegar a mantener con una mujer cualquier clase de trato: menos, como el que sostenía con la abadesa, desvinculados ambos de sus especiales circunstancias, cuya violación los ponía al borde de la excomunión, aun tratándose de una relación llevada dentro de un plano, se diría, intelectual. Martín hacía memoria; aleccionado de siempre y temeroso de la vecindad femenina, intuía todo el peligro que encerraba esta confianza para la integridad de sus afanes espirituales, si desde pequeño había oído las mismas advertencias previniéndole contra un ser que tenía algo de diabólico, que era egoísta, perverso por su propia naturaleza, lleno de falsedad y promesas que conducían al hombre, irremediablemente, a su perdición. Comprendía cuánto padecimiento podía acarrear semejante trato, porque a veces se sentía eufórico, invadido de felicidad; otras, desanimado y triste, tal vez sin causa aparente. Divagando sobre lo que estimaba «prodigioso regalo del Cielo», que así se atrevía a calificar aquella sucesión de encuentros con la abadesa, a veces le entraba la desazón de una sospecha; desconfiaba de la atención que le dedicaba una persona que, apartada su alcurnia, era su inteligencia y aquel asombroso razonar lo que cada vez le impresionaban más, humildemente obstinado en imaginar que sor Consolación no buscaba en sus entrevistas sino un simple escape a sus inquietudes filosóficas, o al monótono pasar de los días. Pero así y todo, nada le ensombrecía el placer de estas veladas, durante las cuales, poco a poco, fue conociendo retazos de la vida de aquella mujer; porque sus temas de conversación divagaban en multitud de objetivos.

—Yo vine al mundo lejos de aquí, en Estiria. ¿Sabes acaso dónde es?

Lo sabía; no lo había olvidado desde que le hiciera la confidencia el padre Gregorio. Después, poco a poco, a retazos, sacando conclusiones de lo que ella misma le dejaba saber, conoció trozos de su vida; del papel privilegiado que jugaba su padre cerca del que ya era emperador, Rodolfo de Habsburgo; de su matrimonio, casi una niña aún, con el conde milanés, al que nunca vio más de una docena de veces y al que retrataba en sus recuerdos como un joven cultivado, gentil —descripción que Martín sentía cómo le mortificaba interiormente—, dominado por su tío el arzobispo, siempre ocupado en las cuestiones de aquella guerra por afianzar su autoridad.

A veces se perdía en largos monólogos, pensativa, como si se encontrara en completa soledad, sin la presencia de aquel testigo que bebía ávido cada una de sus palabras. En más de una ocasión se confesó quejosa por lo que consideraba una especie de insatisfacción de su vivir; había confiado al principio en que una vez entrada en religión le sería fácil acomodarse al ejercicio de la piedad, olvidada de todo cuanto suponía su vida anterior en el mundo: el trato cortesano, la riqueza y el

lujo, sus conversaciones con muchos de cuantos hombres sabios pasaban por la corte. Ansió dedicarse con todo su ser a la profesión que el destino le había otorgado como un regalo: buscar intensamente a Dios, entregarse totalmente a Él, no sentirse substancia, materia, sino espíritu fundido con la divinidad. Y sin embargo...

—No puedo evitar el enorme vacío que hay dentro de mí; un algo que me hace sentir indiferente a casi todo. En medio de la multitud sé que estoy sola. No creo que Dios en el Cielo ni nadie en la Tierra tome en cuenta la manera en que cumplo mis obligaciones con Santa Domitila, con la comunidad, con las pobres que tenemos aquí recogidas... Porque no es aceptable el obrar sin amor, que más lo hago por ser fiel a lo que tengo prometido. Pero lo cierto es que cada vez me lleno más de una insatisfacción que no logro remediar cumpliendo con mis deberes.

Aquel delicioso pasar de cada noche suponía para Martín, con las primeras sombras, el disfrute de unas horas de radiante felicidad, aunque tan breves, que más de una vez llegó a invocar ingenuamente el espíritu de aquel afortunado Josué que pudo prolongar el tiempo obligando al sol a detenerse en su camino. Y sin embargo, en medio de tan placentero discurrir del tiempo, no podía evadirse al temor de que un día, por alguna causa desconocida, todo el encanto pudiera romperse. Y al ocurrírsele tales ideas se sentía inundado de amargura, de un vacío en el alma y los sentidos, confesándose que si tal sucediese sería para él como morir. «Es que ya no soy yo —se confesaba, mitad quejoso, en parte feliz— ella ha trastornado mi vida, mis devociones; me ha convertido en otro ser. ¿Cuánto habré de sufrir todavía?»

Pero no se atrevía a pedir consejo a Dios. El solo pensarlo le llenaba de confusión: le hacía sentir avergonzado.

Finalizaba ya el verano y las noches se volvieron súbitamente frías. En la biblioteca se encendía cada tarde la gran chimenea, de modo que cuando llegaba Martín, la sala estaba ya inmersa en una agradable temperatura; una buena provisión de troncos, apilados en una oquedad junto al hogar, servía para mantener el recinto confortable, sobre todo cuando el anómalo investigador prolongaba las veladas, que era lo más frecuente. Sus encuentros con la abadesa cambiaron; Martín pasaba gran parte del día, apenas había comido, encerrado entre sus libros, leyendo, tomando apuntes y redactando. Mas apenas aparecía sor Consolación, abandonaba el estudio y ambos iban a sentarse junto al fuego, en un canapé relleno de plumas, donde iniciaban el habitual amable coloquio sobre los muchos temas que iban surgiendo. Conversaciones intrascendentes ahora, pero que parecían absorberles sin sentir el menor tedio; que es, sin duda, el amable platicar, la seductora fascinación de los sexos.

Una de aquellas noches la conversación fue girando hasta desembocar en lo que sería el futuro; lo que el futuro depararía al mundo, y a la cristiandad y sus problemas, y al incesante contender de príncipes y reyes; por último, a ellos mismos.

El de la abadesa no tenía alternativas, decía, perdida la pensativa mirada en el baile de las llamas, convencida de que su vida habría de continuar ya para siempre en Santa Domitila, sin cambio alguno día tras día, año tras año, y allí indefectiblemente habría de acabar.

Martín carecía de proyectos propios, cuando era la Orden la que disponía de su persona; y al reflexionar sobre esto sintió una especie de incomodidad. Lo manifestó con cierta pesadumbre:

—Creo que empiezo a preocuparme, como no lo hice jamás, por mi destino. Ya muchas veces me dijeron que tendría que ir a países de infieles a predicar nuestra religión... Esta idea me tenía bien alegre, porque sería entregarme del todo a cumplir las obligaciones de nuestra Orden enseñando los mandamientos de Dios... Pero ahora, sin embargo, la sola idea de marcharme...

Oyó su voz como algo que le llegaba desde otra dimensión; y tardó unos inacabables, eternos segundos, hasta que la mente fue capaz de asimilar sus palabras. Entonces le pareció como que se hundía en una vorágine donde todo era aturdimiento, estremecido hasta no tener consciencia de nada real.

—Comprendo cómo has de sentirte, y todo por mi falta de generosidad contigo. Porque te has enamorado de mí. Pero no me arrepiento, y que el Señor se apiade de mi alma.

Aquella noche la abadesa de Santa Domitila de Trebbia se convirtió para Martín en Alejandra. Todo había sido tan sorprendente, los hechos se precipitaron de modo tan inesperado, que pareció como si ambos apenas pudieran salir del asombro que les producía su mutua declaración de amor; un amor del que durante toda aquella etapa habían estado conteniendo la urgencia de su manifestación.

Ya las veladas perdieron bastante de su interés por las ciencias; olvidaron casi por completo el acercarse a tantos temas escabrosos y difíciles que embargaban su tiempo real mientras los pensamientos, enmascarados en la charla, giraban en torno a la acuciante necesidad de sincerarse recíprocamente y con ello poner al descubierto sus emociones.

Pasados unos días, hechos ya al nuevo sesgo que habían adquirido sus relaciones, la amistad, la confianza, adquirieron un matiz más personal, más íntimo. En medio de los inagotables y renovados motivos que acudían a la conversación, ahora tan simples, casi infantiles, pero preciosos, surgidos durante las horas en que permanecían juntos, se confesaron sobre la raíz de sus respectivos amores; y lo hicieron con la deliciosa satisfacción de los enamorados, exponiendo sin pudor el fondo de sus sentimientos.

Ella, con toda sencillez, el rostro que parecía resplandecer de satisfecha felicidad, estuvo reviviendo, complacida al contarle con la musicalidad de su voz, cómo desde aquella primera entrevista, al día siguiente de la llegada de los predicadores, sintió de repente algo inopinado y extraño al descubrir a Martín junto a fray Bernardo; fue una impresión tan fuera de su carácter, de sus pensamientos y de lo que había sido su vida, especialmente desde que profesó, que en medio de la conversación que mantenía con el anciano exorcista continuamente le estuvo rondando un velado temor a lo sobrenatural, al poder de los brujos, a la influencia demoníaca que parecía, en efecto, infiltrada en el monasterio. Optó durante la entrevista por ignorar la presencia del joven, y ya en el tiempo que siguió, no sólo procuró evitarlo, sino incluso olvidar su existencia. Esfuerzo inútil, porque en sus sueños estaba Martín, y en sus oraciones, y en el coro; las veces que él oficiaba en la iglesia de la comunidad no perdía un instante para contemplar su figura a través de la celosía, y era tan arraigada aquella ofuscación, que cada vez se le hacían más patentes sus miedos ante la sospecha de si no sería ella, ciertamente, quien estaría dominada por las tentaciones de Satán.

Despreciándose a sí misma por su debilidad, se entregó a toda clase de sacrificios, a rezar fervorosamente pidiendo la liberación de aquella desconcertante presencia que no la abandonaba un momento; a solas en su oratorio rogaba a Dios para contarle de

su pesadumbre, de la pecadora obsesión que atenazaba sus sentidos y todo su ser, llorando por el continuo sufrimiento que padecía, por su conducta de simulaciones hecha de penosos esfuerzos para esconder la enfermiza locura de amor que la atenazaba, que la hacía sentirse trastornada, deseosa de morir si la omnipotencia divina no le concedía el remedio que podría volverla a la vida.

Hasta llegar a un momento en que sintiéndose frustrada porque el Señor parecía indiferente a sus súplicas, abandonada en su angustia sin tener consuelo alguno, pensó que había hecho lo imposible por huir de la tentación sin encontrar la ayuda suprema que podía salvarla de caer en lo que no podía considerar sino la culminación de la ansiada dicha. Así que decidió desentenderse de todo, tanto obligaciones celestiales como terrenas, resuelta a rendirse a los deseos de su corazón, a satisfacer las ansias que la tenían en aquel sinvivir.

—Confieso que te amé desde el momento en que te vieron mis ojos, cuando lo más lejano que estuviese en mí sería el llegar a enamorarme. Enamorarme por primera vez en toda mi vida. Y ahora sé que mis miedos eran reales: porque eres el demonio de la tentación. —Se persignó, sonriendo con maliciosa coquetería.

Todo lo cual embargaba a Martín de placer; también de una cierta vanidad, aunque en alguna que otra ocasión recelara sobre si aquellas emociones que ambos compartían no nacieron, en efecto, de una influencia salida de más allá de las percepciones humanas, del seno de un mundo que está por encima de los mortales. Tampoco dejaba de temer que todo no fuese más que un sueño del que despertaría para volver a lo que ya, comparado con éste su vivir de ahora, consideraba una existencia llena de escasos y confusos alicientes: casi extraña.

—Tú, señora, fuiste objeto de mi curiosidad antes de conocerte. En cada rara ocasión en que estuve cerca de ti me desconcertaba tu sola presencia, y sentí como un temor cuando supe y después adiviné todas las cualidades que te hacen ser como eres; cuantas veces pensé en ti, y fueron muchas, me sentí confuso, sin osar confesarme qué me atraía de tu persona, pero muy lejos siempre de poder llegar a tu vecindad... Y cuando te vi en aquel cuadro, un anticipo celestial de tu belleza, y cuando tu crueldad me hizo quedar deslumbrado al descubrirme tu rostro, ya no fui yo. Aquel día me convertí en lo que soy ahora: tu esclavo.

—¡Vaya, que tu galantería bien denuncia que entre los tuyos no debieron faltar poetas o trovadores, que entiendo abundan en tu país!

—Pero cuanto te digo no son cantos de poeta, sino la verdad de lo que sentía y siento.

—Que bastante mal disimulabas, porque fueron muchas las noches en que pude sorprenderte hecho una estatua, fija en mí tu mirada, y no acierto a explicarme cómo no pudiste adivinar desde un principio mis pensamientos, que caminaban a la par de los tuyos, temerosa, conforme avanzaba la noche, del acabar del tiempo, del momento de nuestra despedida, soñando ya con nuestro próximo encuentro.

Él, turbado por la franqueza con que su enamorada le hablaba, en ocasiones le

rehuía tímidamente la mirada, casi ruborizándose. Pero le emocionaba oír, dedicadas a su persona, aquellas palabras que le penetraban hasta lo más profundo.

Una de aquellas noches, con acento de fervorosa sinceridad, la oyó decirle:

—¿Sabes, Martín? Te confieso que he venido a ti con todas sus consecuencias, y que ahora me siento llena de felicidad, distinta... otra persona. Y si alguna vez los Cielos rompen este amor que me has despertado, que no sentí jamás por nada ni por nadie, estaría dispuesta incluso a dar mi vida por haberla vivido a tu lado el tiempo que sea.

Invadido por la emoción, por primera vez se atrevió a tomar ambas manos de la joven para retenerlas sobre su rostro. Y por primera vez las cubrió de besos.

Sus días empezaron a discurrir lleno de una energía, de una actividad que era casi una sorpresa para él mismo. Abandonó aquella pasividad malsana que estuvo llenando sus horas con un vacar enfermizo y ocioso, dedicado a casi vegetar dentro de un tiempo gris, sin alicientes. Ahora sus entrevistas con las tres hermanas adquirieron otro sesgo; pareció como que las inoculara con unas conversaciones que no tenían nada de místicas, ni referencia alguna a nada sobrenatural, sino a lo cotidiano de unos seres víctimas de extrañas alucinaciones. Y el milagro se produjo cuando el volumen del vientre de sor Margarita empezó a disminuir, cesaron los vómitos, le volvió el apetito y finalmente la hermana enfermera le informó:

—Padre, sor Margarita ha vuelto a tener lo de las mujeres.

Posiblemente el espíritu impresionable, simple, de mucha gente, podría interpretarlo como un milagro; pero resolver, por puro obrar de la naturaleza, cuestión tan peliaguda, lo llenó de una especie de orgullo, sobre todo cuando se conoció la noticia dentro de la comunidad y empezó a recibir las felicitaciones, sinceras o no — reticentes, la mayoría—, de los otros frailes; y las más entusiastas, en privado, de la abadesa. Después se celebró una misa votiva cantada y, naturalmente, *De Ángeles*, a la que asistieron cuantos habitaban dentro del recinto monasterial; aunque no se dieran explicaciones acerca de su intención, casi toda la concurrencia conocía el motivo, sobre todo cuando las tres mujeres que durante tanto tiempo mantuvieron en vilo la tranquilidad de Santa Domitila ocuparon lugares destacados en el templo.

Y como quiera que toda la historia de las entrevistas con los «ángeles», y el trato carnal de éstos con las monjas, y el supuesto embarazo de sor Margarita, eran ya noticia en el sordo runrún de la comunidad monasterial, sor Consolación, resuelto el tan inquietante problema de la supuestamente preñada, dio comunicación oficial — aunque lo tenía informado desde un principio— a la superior instancia del Provincial de la Orden, quien decidió el inmediato traslado de las protagonistas de tanta inquietud a uno de los conventos más aislados del país, el de Santo Domingo del Monte, ya en los confines de la Apulia.

—¿Por qué tal decisión? —preguntó Martín a su amada—. ¿Se supone que van a

desdecirse de algo, si no se han retractado ni de una sola parcela de sus sueños?

Alejandra hizo un gesto nervioso, retorciéndose las manos:

—Lo siento... Lo siento de veras... Egoístamente, pecadoramente, he librado a Santa Domitila de una difícil, si no grave, situación. Lo que sí me entristece, que así se me ha comunicado, es que ahora esas desgraciadas pasarán al cuidado de los inquisidores...

Para Martín supuso una desagradable noticia, pues era su pensamiento muy contrario a los tribunales donde con tal protagonismo actuaban los predicadores. Pero sí que seguía martilleándole el dictamen de aquel médico que, una vez examinadas las «posesas», dictaminó que las tres habían tenido ayuntamiento carnal con varón. ¿Cómo podía entenderse tal anomalía en muchachitas que llegaron vírgenes al convento cuando decidieron dedicar sus vidas a la religión?

Días más tarde llegó, con la antelación suficiente, noticia de una más de las no pocas visitas que recibía el monasterio, si bien ésta era de excepcional importancia, ya que el personaje que con su comitiva se acercaba no era sino el gobernador de Roma, Latino Malabranca, cardenal y obispo de Ostia. Santa Domitila se preparó para acoger al ilustre viajero, de cuyas etapas, y a medida que pasaban las fechas, se iban recibiendo noticias. Hasta que la víspera de su llegada se presentó un grupo destacado del séquito, los aposentadores que lo precedían para comprobar la idoneidad del acomodo de tan reverencial príncipe de la Iglesia.

Sor Consolación, ataviada con todo el lujoso atuendo de su dignidad, con báculo y pectoral, salió a la puerta de la abadía para recibir al reverendísimo, acompañándolo con su cortejo hasta la hospedería. Martín, que formaba parte de la recepción, en un segundo plano, dirigía de cuando en cuando furtivas miradas a la dueña de su persona, y no podía menos que considerarla un ser sobrenatural: al donaire que irradiaba su sola visión se unían ahora la suntuosidad y majestad de su tocado, que la hacían aparecer —y esto se le ocurrió con toda naturalidad, sin sentir reproche alguno— como una mitológica diosa bajada del Olimpo. Al tiempo, sin poderlo evitar, le mortificaba su propia pequeñez, subordinada en todo aquel imponente ceremonial; porque a su pesar le venía la presunción de la superioridad del varón sobre la hembra, tal vez heredada en sus genes.

Ya no pudo disfrutar de su cercanía durante las tres jornadas que demoró el cardenal en Santa Domitila. Supo entonces que seis años atrás Latino Malabranca, como legado del papa, había hecho de mediador en los enfrentamientos que habían convertido Florencia en campo de continua guerra entre güelfos y gibelinos; su presencia en Santa Domitila se debía a una nueva visita a la ciudad del Arno, de donde regresaba luego de intentar otra vez restablecer paz y concordia entre los dos irreconciliables bandos. Seguidamente había subido hasta Bolonia y Parma, y después se dirigía a Plasencia, aunque antes decidiera desviar su ruta para encontrarse

con las dominicas de Trebbia; porque habían llegado a Roma noticias sobre extraños sucesos que tenían que ver con la fe.

Fueron aquéllos, como siempre que se producían hechos de tal naturaleza, días bien agitados. Al igual que en similares ocasiones, se rompió de un modo desconcertante la habitual tranquilidad del monasterio; el hervidero del acompañamiento, el equipaje, la comitiva, la numerosa escolta, sirvieron para sembrar de novedad, de colorido, de desacostumbradas voces, ruidos, risas, no sólo el recinto exterior, sino también el de la clausura. Además, también estaba la presencia de los otros destacados personajes de la curia romana que acompañaban al eminentísimo, entre los cuales no faltaban funcionarios de Letrán, teólogos y juristas dominicos, amén del obispo de la diócesis, con el que iban otros dos ordinarios, cada cual con sus acostumbrados séquitos, asomando sin recato la ostentación y el lujo en todo momento, y no sólo cuando aparecían en la solemnidad de las varias funciones religiosas que se prodigaron en aquellas jornadas.

Sin sospechar que sería objeto de su atención, Martín fue requerido para acudir ante el primer representante del Sacro Colegio, el cual, tras los informes suministrados por sor Consolación acerca de los extraordinarios hechos acaecidos en el monasterio, tenía deseos de conocerlos en detalle por boca de alguien que estuvo pendiente de sus protagonistas.

Obviando la clausura, sor Consolación había puesto a disposición de su visitante el gran salón del palacio abacial para recibir a las dignidades del convento y resolver asuntos con sus próximos. Al joven le impresionó hallarse frente a uno de los más altos dignatarios de la Iglesia, azorado ante su presencia; luego, al recordarlo, pensó en cómo le había chocado comparar la decrepitud que ya acusaba el todopoderoso señor de Roma en contraste con el porte de su amada, imperturbable, lejana, envuelta en aquel halo majestuoso y elevado del que sabía vestirse, rodeados por media docena de personajes del entorno del cardenal y las prioras del monasterio.

Invitado a contar cuanto sabía respecto a las supuestas angelicales visitas, Martín narró la historia tal como la tenía oída, evitando referirse a los motivos más escabrosos o los relatos que estimaba más absurdos e increíbles, y de este modo, escuchado atentamente por su auditorio, sin dar importancia a su mediación —que para su fuero interno estimaba de lo más irrelevante—, dejó a todos llenos de asombro.

—Has de agradecer a Dios Nuestro Señor que oyó tus súplicas y así salieron los mensajeros del Infierno del cuerpo de nuestras hermanas, cuestión que, a no ser por sus difíciles e intrincadas explicaciones, habría de ser conocida por toda la cristiandad para mayor gloria de la bondad de Jesucristo y la poderosa mediación de su Iglesia sobre sus enemigos —le dijo luego el anciano, como una felicitación. Pero antes de despedirle agregó unas palabras que el joven fraile no esperaba—: Sin duda me alegro en el Señor por tu piedad y por tu entrega a la salvaguarda de nuestra fe, hijo mío. No creas que me es desconocida tu devoción a nuestra Santa Iglesia, que sé del

inteligente fervor que expones en tus escritos... Sí —sonreía, bondadoso; y a continuación, bajando algo la voz—: Como también sé que en vida de nuestro llorado santo papa Nicolás serviste los intereses de nuestra Iglesia en toda aquella confusión siciliana... Pero sin duda estás llamado a mejores obras, lodo sea en recuerdo del santo fundador de nuestra religión, nuestro Domingo de Guzmán.

El príncipe de la Iglesia hizo ademán, sin levantar el brazo, para darle a besar el luminoso zafiro que adornaba su anillo. Cuando Martín se inclinaba, reverente, aún le retuvo:

—Nunca te viste con fray Munio de Zamora...

—Sé que es nuestro maestro general, reverendísimo.

—Estamos esperándole en Roma. —Y a seguido—: Viene acompañado por una persona de tu devoción: fray Bertrán Oliver... Tendría que pensar para que te vengas a Letrán, donde siempre son necesarios jóvenes con tu formación, hijo mío.

Hizo un gesto, esbozando una media sonrisa que Martín no supo interpretar, y con esto concluyó la audiencia.

Desconfiado por naturaleza —la naturaleza de su padre, sin duda— esperó aquellos días sumido en una inquietud que le quitó el apetito, sintiendo una continua opresión dentro del pecho que le invadía de inexplicable angustia; quiso desentenderse, obstinado, de la causa de aquella extraña sensación de desencanto, aun sabiendo que todo el malestar no tenía otro motivo que los días en que Alejandra permaneció apartada de él. Y empezó a crearse fantasmas; a divagar en continuas pesadillas que ninguno de sus intentos conseguía arrojar. Todo porque su incesante cavilar lo impulsaba a imaginar a su amada como un ser distante, posiblemente olvidada ya de sus promesas de amor; arrepentida, seguramente, de haber otorgado su confianza a un simple fraile que la distraía unas horas hablando sobre temas que no tenía posibilidad de discutir con nadie en el monasterio.

Partió la muchedumbre que constituía el séquito del cardenal Malabranca, con lo que volvió a Santa Domitila el sosegado vivir de cada día, y a la perturbadora presencia de extraños siguió aquella especie de mágica envoltura de suaves ecos, como un murmullo de la naturaleza que flotara sobre el entorno, cuyo recogimiento sólo turbaban las voces de las religiosas cada vez que acudían al coro con el melodioso entonar de sus cánticos ascendiendo hacia las cumbres que rodeaban el valle.

Vuelta la normalidad tras aquel intermedio de voces y presencias, durante unos días estuvo sin dejarse ver de nadie, sin salir de la hospedería, sin acudir a la biblioteca abacial, comiendo apenas, escondiéndose como animal perseguido. En contra de sus más íntimos deseos, pero amargado por la decepción que su desafortunado cavilar le

había creado, no se le ocurría otra solución que pedir su inmediato regreso a Tortona y olvidar, si fuera posible, aquella terrible aventura, abortada apenas en su inicio. Su otra inquietante preocupación era plantearse honestamente el futuro en cuanto a la rectitud de sus creencias, como le venía asaltando desde que empezó a leer lo prohibido; pero ésta era la cuestión que menos le mortificaba, confiando en que no eran más que simples dudas pasajeras que sabía que padecieron los más grandes genios defensores de la fe; él no había perdido la fe; él no iría a formar en la pobre legión de los señalados como malditos de Dios.

Pero no era dueño de su voluntad; más fuerte que sus miedos era el amor, su violenta necesidad de amor. De modo que, vencido, sin poder resistir más, un atardecer sombrío que ya presagiaba la vecindad del invierno, cabizbajo, encaminó los pasos al palacio, penetró en la biblioteca y, sin intención de reanudar su actividad intelectual, que tanto le apasionara, se dejó caer pesadamente, como un fardo, en el canapé ante la chimenea; desanimado, rumiando una tristeza que sentía que le ahogaba, que casi le impedía respirar.

Ensimismado, con la mirada perdida en su interior, permaneció un tiempo que no supo calcular. Hasta que en un determinado momento se le hizo perceptible que el fuego ardía en la chimenea, como dispuesto para recibirle, como siempre... Se incorporó a medias, huero de ideas, al tiempo que el deslumbrante destello de un relámpago hacía palidecer la luz de las velas, seguido por el fragor de un trueno que sacudió el edificio y puso un eco de temblequeante música en los vidrios de los ventanales del edificio. Y de repente, por puro instinto, algo le hizo volverse con la heredada rapidez de los cazadores furtivos; se había abierto la puerta que ponía en comunicación el interior del palacio, y en el umbral, con un candelero en la mano, apareció la figura de Alejandra.

—¡Martín! —Dejó la luz sobre la mesa; sonrió, sus facciones expresando alegría y dolor a un tiempo, y con sus pasos menudos, gráciles, avanzó rápida a su lado—. ¡Bendito sea Nuestro Señor!

Un escalofrío de emoción le sacudió todo. La visión de la mujer a la que amaba tan profundamente, yendo a su encuentro, borró de inmediato sus rencores, sus dudas, sus absurdas sospechas. El corazón le latió alocado, y cuando la recibió en sus brazos creyó que iba a desfallecer por la perturbadora sensación de sentir aquel cuerpo que le parecía como si se refugiara en el suyo; y luego fue un nervioso temblor, y los párpados pestañeando imparablemente, y el aspirar su perfume era como un dulce narcótico que le embriagaba los sentidos, y la presión de sus brazos colgados de su cuello...

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró apenas—. ¡Te amo, te amo, te amo, Alejandra!

Y así continuaron un tiempo inacabable, mientras la lluvia que acababa de desatarse provocaba un fragor como si la tierra fuera a quedar sepultada por un nuevo diluvio.

—Martín, apenas me dejas respirar... ¿Cómo puedes ser tan fuerte?

Fue como si volviera en sí. Deshizo el abrazo, mirándose en la alegre sonrisa que ella le dedicaba, y cogidos de la mano fueron a sentarse, como hacían de costumbre, ante la chimenea.

Luego fue el desgranar de los reproches; esos que nacen de un conjunto de falsos agravios, de torcidas interpretaciones, producto más de la imaginación que de causas reales; ella, dolida por aquel modo de ocultarse durante tantos días, como si hubiese decidido romper con su amor; él, molesto por su ausencia de tanto tiempo, dejándole olvidado para sumergirse en la protocolaria estancia de Latino Malabranca.

—Pero ¿de qué otro modo obrar? No es la primera vez que me has visto obligada por parecida necesidad... Sé sensato, amor mío... Cada noche, apenas ido el cardenal, bajé hasta aquí en tu busca, y cada noche la pasé en vela, preocupada, llorando tu ausencia y sin acertar a explicarme la causa de tu desaparición. Hasta indagué por si tal vez estuvieses enfermo...

—Y yo no sabía si odiarte o seguir entregado a tu amor; pensé que habías decidido olvidarme.

—Pero ¿por qué? —Apartose para mirar su rostro, que recorría con inquietud, ansiosa, y luego hizo una rara expresión que imprimió en sus bellas facciones como un rictus triste y hasta desesperado—. Ahora ya no hay nada importante para mí que no seas tú. Te dije que me entregué a tu amor con todas sus consecuencias, y nunca me arrepentiré de haberlo hecho.

A continuación se inclinó sobre él, y Martín sintió sus labios depositados dulcemente sobre los suyos. Y al percibir el delirio de aquella nueva sensación, toda la agitación que no había cesado de mantenerlo en permanente trastorno desde que se abrazaran, se convirtió ahora en un universo de emociones que, sin explicarse el porqué, se le ocurrió que habría de ser como la visión beatífica que alcanzan los bienaventurados, o incluso más... Y ni siquiera le pasó por la cabeza la idea de arrepentirse al concebir tal blasfemia en aquel momento.

En dulce coloquio, musitando frases, ella con la cabeza reclinada sobre el hombro del joven, tomadas las manos, transcurrió el tiempo. Hasta que llegó el momento en que obligadamente habrían de separarse.

—Alejandra, amada mía, he de marchar. El tiempo no consiente en detenerse para nosotros, y se acerca maitines.

Un espantoso trueno rubricó sus palabras. Ahora pareció que la lluvia se hiciera aún más impetuosa, como si los cielos volcaran cataratas de agua sobre la Tierra.

—¿Cómo podrás llegar a la hospedería bajo la tormenta, si llueve como no recuerdo haber visto jamás? Si lo haces, mañana puedes estar enfermo. —Dudó un instante; luego, como decidiendo algo que ya tuviese calculado—: Ven.

Le tomó de una mano, se apoderó de una luz y abandonaron la biblioteca, saliendo al corredor que llevaba a las dependencias abaciales; apenas dados unos pasos, Alejandra se detuvo ante un estrecho postigo, casi imperceptible en el

contorno de un arco adintelado, abrió, y empezaron a ascender por una angosta escalera empotrada entre dos muros, cuyo último peldaño moría ante una puerta de la planta superior; franqueada ésta, se encontraron en una vasta pieza alumbrada por dos grandes candeleros de bronce dorado.

Martín miró en su torno, curioso. Aunque abundaba un rico mobiliario, parecía que éste apenas conseguía llenar algo de tanta amplitud, donde destacaba la gran chimenea esculpida en mármol del país, que todavía daba calor y creaba un ambiente acogedor y grato; delante, un diván de factura oriental, recubierto con un tapiz púrpura. A un lado, bajo la inexpresiva mirada de una imagen, el almohadón de damasco para el rezo; luego, una pesada mesa de madera con adornos de bronce cuyo tablero aparecía sembrado de pliegos y folios, posiblemente el rincón de trabajo más personal de la superiora; finalmente, centrado entre dos ventanas, el lecho, encerrado entre pesados cortinajes, de proporciones tan desmesuradas como era costumbre entre la nobleza y las clases acomodadas. Todo el piso revestido de alfombras, amortiguadoras de cualquier sonido.

—Avivaremos el fuego —dijo ella casi en un susurro. Y arrojó dos grandes leños que inmediatamente empezaron a prender.

Luego invitó a su enamorado a acompañarla en el canapé, y durante un buen rato ambos permanecieron sin decir apenas palabra, con las manos cogidas, contemplando la danza de las llamas, gratamente abrigada su mutua compañía en el reconfortante calor. Quietud que no tardó en derivar, como el fluir de una corriente, primero en la dulce suavidad de los besos, repartidos casi inocentemente; luego, en otros más apasionados; el abrazo se hizo más cerrado, como si fundieran sus personas. Después, todo se convirtió en desbordado torrente.

Al cabo, ella apartó sus brazos, acarició suavemente la cara del joven y se levantó:

—Anima un poco ese fuego... Permíteme... Vuelvo enseguida...

Martín, preso de la misma tensión que no le había abandonado desde que volvió a encontrarse con su amada, la vio dirigirse al otro lado del imponente lecho, oculta a su vista por los bordados tapices pendientes de entre las vigas de la elevada techumbre, que prácticamente convertían la cama en un aposento aislado dentro de la alcoba. Ignoraba el propósito de Alejandra al arriesgarse a conducirlo hasta allí, y al tiempo que trataba de explicárselo se iba sintiendo poseído de una vaga mezcla de emociones que eran intuición, y temor, y desasosiego, latiendo junto a unas ansias que le mantenían en turbadora intranquilidad.

Se volvió al oír un susurro. Alejandra, desprovista del hábito, se le presentaba cubriendo su desnudez con un blanco cendal de puro lino, tan sencillo y tan fino que su único adorno era la fascinante transparencia que dejaba ver su cuerpo.

XXXI

Abrió los ojos y por unos segundos no tuvo noción de dónde se encontraba, tratando de descifrar los dibujos que el oro y la plata hacían sobre el fondo color zafiro del dosel que allá arriba, muy alto sobre su cabeza, apenas quedaban desvelados en la semioscuridad del lecho. Pero al instante le volvieron los recuerdos, y ahora supo que aquel peso que le oprimía era un muslo de Alejandra; que aquella suavidad aterciopelada eran «sus dos pechos, como dos cabritos mellizos» —le vino el cantar salomónico—; y que los dos hermosos ojos que estaban mirándole, la cabeza apoyada en una mano, reclinada sobre él, eran los de su amada; y en un instante revivió la inmensidad de las horas de vigilia de aquella noche, y sintió el feliz cansancio. Hizo un mohín satisfecho, de niño mimado, con los párpados apretados al adivinar la sonrisa que ella le dedicaba al saberle despierto. Sintió ahora su brazo que se deslizaba, y su mano acariciándole suavemente, en lento recorrido, al tiempo que su pierna se frotaba dulcemente con la suya. Y sin abrir los ojos aceptó los besos que ella empezó a prodigarle, blandos y dulces al principio, apasionados a medida que se sucedían. Y otra vez, sumido en la oleada del placer, le acudieron los poemas del Canticum: «Panal de miel destilan tus labios, ¡oh esposa! Miel y leche hay debajo de tu lengua...».

Después, todo fue sentirse inmerso en un hervidero de ideas encontradas, cada una pugnando por imponer la fuerza de los argumentos que él mismo se planteaba. Durante días, aun sin dejar de acudir puntual, ansiosamente, a lo que sentía como inefables encuentros, prolongados hasta altas horas de la madrugada, su mente empezó a debatirse, sumido en continuo reconcomio, y a discutir consigo mismo sobre el trascendental cambio que había dado a su vida. Era una especie de disgusto interior, una sensación de fracaso ante aquel sucumbir frente a lo que hasta entonces creyó haber vencido, junto al hecho de faltar al compromiso que le venía impuesto por su profesión, todo lo cual se resumía en un continuo y molesto sentimiento de culpabilidad.

En contra se le aparecía la imagen de aquella mujer excepcional, y sólo al evocarla, al recordar pormenores de sus relaciones, sus gestos, su modo de mirarle, su voz, su alegre y desenfadada manera de estar, como si su intimidad viniese de lejos, y sobre todo, aquel modo de entregársele, de desearle tanto como él la deseaba, sin falsos pudores, apasionada y sinceramente... Entonces el corazón le latía con una violencia que superaba toda aprensión; y consideraba un milagro el haber podido

acceder al conocimiento de algo tan lleno de emociones como era el amor. Además, ¿no podía considerar que todo no había sucedido sino por la voluntad del Señor? Ya el Libro de la Sabiduría advierte de «los muchos pensamientos que alberga el corazón del hombre, pero que será el consejo de Jehová el que prevalecerá...». ¿Entonces? Si fue la voluntad de Dios la que le condujo por el camino del sacerdocio, era, sin duda, también Suya la voluntad de llevarle por los derroteros en que ahora andaba; cierto que en el fondo de su pensamiento era ésta una explicación a la que no encontraba mucha racionalidad. Pero dentro de todo este cavilar, lo que prevalecía firmemente en su ánimo era la incuestionable y firme decisión de permanecer para siempre al lado de Alejandra, a la que no podría abandonar, ya, jamás.

Sor Consolación actuó con presteza, adivinando en Martín toda su preocupación — más bien temor, angustia— cuando, terminada su misión en Santa Domitila, esperaba, lleno de incertidumbre y amarga congoja, recibir las inexplicablemente demoradas órdenes para su regreso a Tortona. Ciertamente que tal pensamiento lo tenía sumido en un continuo suplicio, lo que le hacía concebir las ideas más disparatadas, las decisiones más violentas; todo, antes que una renuncia a su amor. Pero la habilidad de Alejandra y su obstinación, adelantándose a los acontecimientos y valiéndose de sus influencias, consiguieron el fin que ambos deseaban.

—Martín, hoy es uno de nuestros muchos días más felices.

—Yo si estoy a tu lado soy la persona más feliz. Pero ¿a qué tanto entusiasmo?

Y ella, triunfante:

—Por bula apostólica se te concedió conventualidad en esta casa, y tu cometido es el que sin duda más ha de complacerte: clasificar, ordenar y hacer un estudio de cuantos escritos custodiamos en la biblioteca del palacio... Por no ir contra las Reglas, alguien habló de trasladar ese material a la hospedería exterior, con lo cual estarías ya tan lejos de mí como si te hubieses marchado de Trebbia. Pero me opuse tenazmente a permitir una mudanza, alegando el posible deterioro de las obras, y así conseguí para ti, con autorización del provincial, sin que suponga falta grave, la dispensa de clausura —sonreía, con aquella expresión insinuante que él había aprendido a interpretar—. ¿Comprendes que la noticia me haga sentir alegre, sobre todo por quitarte tu gran preocupación? Y la mía, claro... —Y agregó—: Alguien propuso que simultanearas esta difícil tarea con ir de coadjutor del padre Giuliano, a lo que me opuse totalmente, alegando la importancia de tu trabajo en la biblioteca. — Ahora, sonriendo, pícaro—: No consentiría que fueses el confesor de tanta descarriada como tenemos por aquí, todas desfalleciendo por aunque sólo sea hablar con un hombre... Especialmente un hombre joven y guapo como es mi esposo. ¡Me devorarían los celos!

Porque desde que empezó la intimidad de sus relaciones, habían discutido sobre si sería lo más acertado convertirse en marido y mujer. No era ésta una idea que

preocupara especialmente a la joven, pero Martín se había obstinado en sacrificar su unión, pese a todos los impedimentos eclesiásticos —el primero, sus votos solemnes, que les obligaban por su vinculación espiritual con la Iglesia. Pero satisfecho el natural deseo de yacer, tan imperioso, él sintió una necesidad de conciencia, buscando el que Dios mirase su lazo de amor con benevolencia, aunque no podría esperarlo de quienes actuaban en Su nombre sobre la faz de la Tierra. Desde luego, ni remotamente consideraron el apartarse de la religión, lo que hubiera sido una apostasía y un desprecio; porque ¿cómo olvidar la lección de san Pablo cuando dice a los efesios que «son ciudadanos con los santos y domésticos de Dios»? Pero Martín juzgaba humillante el que su amada pudiera sentirse rebajada a la condición de cualquier concubina de monje o barragana de párroco de aldea; idealizándola del modo en que lo hacía, deseaba, aun manteniendo aquellas relaciones clandestinas, que éstas estuviesen revestidas de toda la dignidad.

Continuas y sucesivas veladas consumieron en conversaciones y larguísimos debates respecto a tal proyecto, en los que Martín estrujó materialmente, en primer lugar, sus conocimientos teológicos; luego, todo lo que la patrística, los comentaristas de los Padres, los doctores, dijeron sobre ello, y finalmente, las últimas posiciones de la Santa Sede.

—Sería difícil conceder que nuestro matrimonio se haga ofensivo a los ojos del Señor para que no podamos continuar sirviéndole.

Y recordaba lo razonable de tantas proposiciones manifestadas por muchos clérigos, a lo largo de los siglos, desde que el cristianismo se hiciera universal, cuando afirmaban que determinados preceptos eran de difícil cumplimiento para los fieles, entre los que tal vez el principal fuese la abstinencia de la carne; mociones que, implacablemente, eran rechazadas por la Iglesia y condenadas. Entre otras, desde luego, el matrimonio de ordenado con monja, que si siempre estuvo gravemente prohibido, desde el Primer Concilio de Letrán, hacía siglo y medio se consideraba nulo, a más de censurado con excomunión.

—Pero Jesús predicó el amor sobre todas las cosas —alegaba ella—, y a nosotros nos ha unido el amor, y no tan sólo simple deseo... Sin que esto no signifique que me desplace el haber consumado como es ley: que «hemos dormido, y dormimos, desnudo con desnuda». ¡Sería horrible prohibírnoslo!

—Ni tan siquiera se me podría ocurrir.

Martín sentía ahora como una reafirmación de su fe; un sentimiento reconfortante que lo convirtió en un hombre que lo esperaba todo de la bondad divina, y si muchas de las interpretaciones dogmáticas de la religión seguían llenándole de dudas, como a cualquier otro servidor de la Iglesia —se le ocurría que similares inquietudes asaltarían al mismo Santo Padre—, enturbiando a veces sus convicciones, en el fondo sentía el latido de un sentimiento que lo impulsaba a aceptar con decisión sus creencias de toda la vida; y al reflexionar sobre ello se convencía de que la causa estaba en el sorprendente descubrimiento del amor, materializado en el gozo de la

unión de hombre y mujer, lo que le inclinaba a asombrarse ante la sublimidad de toda la misteriosa y compleja maquinaria puesta por el Señor para regocijo y satisfacción de sus criaturas, capaz de fabricar emociones en la naturaleza humana que, en verdad, no podía calificar sino como verdadera dádiva; tanto, que en ningún momento aceptó ya reconocer el pecado en esta clase de relaciones, precepto de una Iglesia de hombres orientada por hombres a los que sin la menor duda renunciar a la mujer no supuso sacrificio alguno, pues que fueron ascetas, místicos, o especialmente dotados para romper con lo que el mismo Dios había dispuesto para toda Su creación.

—El amor carnal podrá ser pecado, según en qué circunstancias, o en el pensamiento de aquel que no lo conozca, y pues que en ningún párrafo de las Escrituras se dice que esté vedado al hombre, soy del convencimiento de que el Señor nunca inspiró su prohibición. Como además ya lo dijo al dar compañera al primer hombre, que así lo cuenta el Génesis: «Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra, y sojuzgadla...». Adán y Eva no podrían multiplicar sino como es ley natural. Nosotros, por tanto, obraremos como nos dicta nuestra conciencia, e imploraremos Su bendición.

Así lo hicieron, en una ceremonia en la que tampoco eran innovadores, puesto que muchos clérigos, incapaces de aceptar la castidad como obligación para mantenerse en su apostolado, acostumbraban a romper las severas imposiciones de Roma obrando como Martín y Alejandra, que una noche, reunidos secretamente en el oratorio privado de la abadesa, frente a aquel retrato, origen y cómplice de su acercamiento amoroso y actuando ambos como ministros en el sacramento — cuestión que les había mantenido sumidos en complicadas averiguaciones y consultas, vacilando entre lo que cada teólogo opinara al respecto—, se convirtieron en marido y mujer, si no ante el mundo, sí a sus ojos y a los de Dios.

Recibió Martín la bula por la que permanecería en Santa Domitila, y para él se inició una época plena de satisfacciones gozando el placer del estudio, de la investigación, que vertía incansable y complacido en infinidad de páginas —llegó a escribir dos nuevos libros; sólo uno se apartó, en alguna proposición, de la más irreprochable ortodoxia, por lo que salvo esta censura, recibió sus elogios, tanto de la Orden como de Roma. Tiempo que complementaba con el que pasaba junto a la mujer que le había descubierto lo que entendía ya como plenitud de la vida, llenándole de sensaciones desconocidas, de una gozosa nueva manera de existir. Con independenciam de este grato diario pasar, Alejandra le contó de la altísima consideración que había llegado a alcanzar en el seno de la comunidad, donde se le tenía en un concepto que rondaba lo fantástico, que aparte de los méritos que se le atribuían como a personaje virtuoso sabio, entregado al estudio, era capaz de asombrar por sus dotes de taumaturgo, siendo terror del Demonio y sus secuaces. Noticia que por un lado le hizo sentir una especie de vanidad, por otro le impulsó a burlarse tanto de quienes divulgaban tales

exageraciones como de sí mismo.

Dado que pasaba casi todo el día encerrado entre las colecciones de la biblioteca, sor Consolación ordenó, como atención especial, que se le sirviesen allí mismo las comidas, suministradas de la cocina del palacio, con el pretexto de no que no perdiese ni un momento de su valioso tiempo, con lo que volvió a revivir la ya lejana época en que disfrutaba de los privilegios de formar entre los familiares de fray Bertrán; al mismo tiempo pudo comprobar la excelente calidad de la cocina abacial, privilegiada, naturalmente.

Después de completas ella acudía a reunírsele ante el fuego, y sin demorar mucho, cuando todo el monasterio, y el valle, y las montañas, reposaban en el silencio de la noche, subían al dormitorio. Juego éste que a él le hacía sentirse intranquilo y, muchas veces, preocupado ante la posibilidad de que alguien pudiera descubrir todas las artimañas de que habían de valerse para ocultar sus relaciones, se lo confiaba a la joven. Pero Alejandra no se mostraba mínimamente inquieta; en primer lugar, decía, sus encuentros tenían lugar a horas en que todo el monasterio estaba entregado al descanso, y si con cierta frecuencia ella olvidaba de acudir a maitines, nadie iba a tener el atrevimiento de reprochárselo; luego, cuando Martín huía furtivamente de lo que consideraba su cámara del amor —aquel enorme lecho cerrado por los espesos cortinajes, del que había de descender auxiliado por un escabel—, lo hacía mientras la comunidad estaba reunida en el coro. Sin contar la rígida autoridad que la abadesa imponía sobre sus subordinadas, que ninguna, de remusgar algo, osaría dirigirle la más leve insinuación sobre su conducta.

—Pero alguien, entre los padres, entre las hermanas, podría sospechar. Me temo que es cierto cuanto oí sobre que el amor no puede esconderse, ni disfrazarse: se nota como un halo que flota sobre la persona, por más que disimule —insistía él.

—¿Se nota en mí, pues? —sonreía ella, coqueta. Y a seguido—: Martín, no te dejes llevar por preocupaciones sin fundamento. No te creo capaz de albergar temores de muchacho.

Estas palabras le mortificaban, haciéndole sentir subestimado, falta de carácter frente a la seguridad y la energía que ella constantemente manifestaba; al tiempo que descubría cómo la mujer es infinitamente más valiente, más osada que el hombre, capaz de todo cuando el amor, como un virus, se infiltra dentro de su ser.

Pese a esta confianza, seguían guardando sus precauciones, porque ninguno desearía llegar al escándalo, con todas sus dolorosas consecuencias, sin por ello dejar de sentirse dichosos de gozar aquel tiempo que era de ventura, donde el día carecía de importancia y era la noche, que los reunía, la constante de sus pensamientos; para él, horas vividas dentro de un mundo que nunca imaginara, satisfecho y un punto envanecido al descubrirse objeto de aquella casi voracidad de su amada, su inagotable deseo, aquel ardor que parecía transformarla, entregada apasionadamente al placer que casi arrancaba a su pareja, para luego caer rendida en el cansancio de la excitación amorosa. Comportamiento que Martín no sabía si era el normal en toda

mujer, o si la naturaleza de Alejandra así lo demandaba, pero que de todos modos le llenaba de satisfacción.

Luego estaban sus conversaciones sobre las intrascendencias de cada día. Él le contaba cualquier pensamiento o frase especialmente curiosa extraída de sus lecturas, o sobre alguna de las frecuentes anotaciones marginales, satíricas unas, otras de una obscenidad sorprendente, que podía encontrar en muchos de los manuscritos que repasaba durante sus horas de solitaria labor en la biblioteca. Alejandra le hablaba sobre la presencia de algún visitante o cualquier episodio acaecido en la comunidad, unas veces entre burlas, otras dando rienda a un rencoroso malhumor. Y las confidencias, casi en susurros, que a él a veces le turbaban, pero que ella contaba sin conceder ninguna importancia a aquellos sus relatos íntimos, recordando cuán difícil le había sido olvidar las tentaciones de la carne, confesándole cómo en ocasiones hubo de recurrir al consuelo de un sofisticado olisbo —regalo de una parienta, Catalina Visconti—, cuyo empleo, sin duda, calmaba su necesidad del momento, dejándole a cambio un desagradable sentimiento de culpabilidad, de repudio a su debilidad, que intentaba purgar entregándose a continuos ejercicios de devoción y sacrificio.

—Pero no podía evitarlo: el deseo era más fuerte que mi voluntad, y no era capaz de resistirme cuando la cabeza se me iba y no podía dejar de pensar en ello, sabiendo que luego me sentiría igual de mal, que tras el placer sufriría el desprecio de mí misma... Y a pesar de tales desvaríos, cada vez me sentía más despegada del mundo, de las tentaciones que nos acechan al otro lado del claustro, y si a veces sentí tan violenta necesidad de calmar mis deseos a solas, estaba absolutamente convencida de que ya nunca, jamás hombre alguno perturbaría mi vida. Cuando a veces nos llegó noticia de alguna hermana que no fue capaz de resistir y abandonó la Orden, o de otras acusadas de mantener relaciones con varón, yo me decía a mí misma, con total convencimiento, que eso nunca, nunca, nunca podría sucederme a mí... Y sin embargo, mira...

Noche tras noche, a través de estas conversaciones, Martín descubría un fantástico mundo secreto, misterioso, en que una corriente invisible parecía mantener en continua tensión las fantasías eróticas de la mayoría de las mujeres recluidas en Santa Domitila, provocando frecuentes dramáticas situaciones que jamás traspasaban los muros del convento. Relatos que el joven retrataba en su imaginación, haciendo que su libídine se excitara para descargar en la narradora su *appetitus vel usus delectationis venereae*.^[35]

Martín se sintió habituado a este modo de emplear sus días, pareciéndole como si toda su vida hubiera sido igual. Trabajaba a gusto en la biblioteca, aunque había momentos en que sentía que le pesaban todas las horas de soledad absoluta, de absoluto silencio, sin nada que viniese a alterar su aislamiento, de modo que ya al caer la tarde, al contemplar los plomizos cielos, o el lento caminar del sol hasta perderse tras las montañas, o la lluvia, o la nieve de aquel último invierno, largo y

riguroso, su cuerpo se agitaba en la intranquilidad de la espera, impaciente. Apenas ella asomaba, acudía a encerrarla entre sus brazos, besándola como si lo hiciera por primera vez; pero sabía que no era sólo la pasión amorosa lo que le hacía desear su compañía, sino también la mera presencia humana, escuchar una voz familiar, preguntar y ser respondido, el intercambio de ideas, de opiniones.

Como clérigo tenía obligación de oficiar, algún domingo, la misa conventual de tercia; aparte, durante la semana decía tres misas votivas, sin ninguna aplicación especial. Este era, junto con alguna partida de ajedrez, el único tiempo que le arrancaba a su encierro en la biblioteca y a los brazos de Alejandra, lo que en modo alguno significa que le sirviera para apenas entablar conversación con nadie, a excepción de los acostumbrados soliloquios del padre Gregorio por encima de sus piezas; porque en Santa Domitila todos sus moradores guardaban escrupulosamente el obligado silencio, cuestión que, pese a sus hábitos de toda la vida, en ocasiones consideraba penosa, y más de una vez le venían sus recuerdos de Letrán, llenos de una actividad dinámica, en permanente contacto con sus compañeros, y sobre todo con Antonio del Sasso y su vehemencia.

Una noche Alejandra vino con una noticia importante. Fue en la primavera del año siguiente, corriendo los primeros días de abril:

—Su Santidad ha muerto. Dios haya acogido su alma —se persignó.

Más tarde llegó a saberse que el repentino fallecimiento de Honorio Cuarto sucedió cuando, terne en continuar con aquel empecinamiento estéril que era la política de Roma, confirmaba por cuarta vez la bula de excomuniación contra Alfonso, rey de Aragón, seguidor de la política de su padre, y contra su hermano Jaime, rey de Sicilia pese a la inextinguible oposición de la Iglesia. Hecho que, dada tan dramática circunstancia, sobrecogió a muchos, fue motivo de regocijo para otros y, naturalmente, dio inicio en toda la cristiandad a las habituales especulaciones que se producían ante la expectativa de un nuevo pontífice. En el colegio cardenalicio volvieron las acostumbradas pugnas, dedicados los príncipes de la Iglesia a formar sus banderías; y los reyes, la nobleza, los señores, dados esforzadamente a sus intrigas y manejos buscando que el designado fuese alguien que protegiera sus intereses.

La elección del nuevo pontífice se produjo más de diez meses después de la desaparición de su antecesor, recayendo sobre alguien no precisamente muy dado a los hombres de la religión dominica, pues el cardenal Jerónimo de Ascoli era general de los franciscanos cuando fue a ocupar el solio pontificio con el nombre de Nicolás Cuarto.

Martín sabía de las muchas obligaciones que requerían la permanente atención de la

abadesa para una buena gobernación de Santa Domitila, por ser amplia su jurisdicción y numerosos los intereses por los que había de velar. Su emplazamiento, lejos de los principales enclaves donde se decidía la marcha del mundo, y sobre todo, de la Iglesia, no significaba que su aislamiento fuese tan completo que hiciera del monasterio algo desentendido de su contemporaneidad, siendo frecuentes los viajeros, mensajeros de todo tipo de noticias, que gustaban de pernoctar en su recinto para acercarse a rezar las preces de costumbre ante las reliquias —Martín sospechaba que falsas— de la santa de Trebbia. Pero lo que molestaba al fraile era que Alejandra se viera obligada a recibir y atender, con arreglo a su rango, a visitantes cuya estancia la obligaban a no disponer plenamente de su persona, lo que provocaba el disgusto de su enamorado, quien adoptaba a veces enfados casi infantiles, enmascarados con frecuentes comentarios, irónicos en ocasiones, del tenor de: «Gustaría saber si esos desconsiderados vienen a reponerse de las fatigas del camino con la buena acogida y mejor cocina de que aquí disponen, o si eres tú quien los trae».

Entre las personas a las que con cierta frecuencia aludía la abadesa figuraba el arzobispo de Milán. El anciano conservaba por sor Consolación un paternal afecto que ella reciprocaba, manifestado en la regular correspondencia que venían manteniendo, aunque el eminentísimo Otón de Visconti jamás se dejara ver por aquellas tierras, y tal vez por ninguna fuera de su feudo milanés, siempre en guardia o en guerra contra sus enemigos. Pero un día recibió Alejandra a un mensajero portador de una misiva del empecinado príncipe, avisándole de la próxima llegada de alguien para quien sabía que habría de otorgar la mejor acogida y los auxilios que demandare, como era costumbre; el arzobispo terminaba agregando que el visitante, Tomasso di Cassano, la informaría sobre el motivo de aquel viaje, tan alejado de la diócesis.

El anunciado llegó una mañana con nutrido séquito de criados y gente de armas. Tomasso di Cassano —naturalmente, pariente del arzobispo, porque el nepotismo se ejercía a todos los niveles, no ya sólo como regalo a un familiar, sino como protección contra posibles traidores— pertenecía al cabildo catedral de Milán, pero sus funciones eran más de hombre de guerra que clericales, ocupado en mantener en continua alerta a sus cuerpos armados frente a cualquier conato hostil de los papistas güelfos. Podría considerarse a Tomasso un hombre atractivo, dadas sus maneras, su juventud, su porte lleno de arrogancia, de no ser por el desagrado que causaba contemplar su rostro comido de viruelas.

Poco duró su estancia: pernoctó aquella noche en el monasterio y a la mañana siguiente, luego de escuchar misa, reemprendió la marcha. Cuando Alejandra se reunió con su amado, lo primero fue hacerle partícipe de las extraordinarias confidencias del visitante:

—Tomasso me ha traído el afecto y la preocupación del arzobispo, sí; pero también ha querido ponerme al corriente del secreto motivo de su viaje.

Y le contó que unos meses atrás el anciano recibió la visita de un viejo ermitaño, un monje lombardo que desde su juventud se dedicó a recorrer el Oriente, el cual le

informó de cómo a través de una larga serie de averiguaciones y pesquisas había llegado a saber el emplazamiento en que se hallaba un retrato que el mismo Dios Padre, como portentoso milagro, trazara de su Unigénito. El ermitaño, Palemón — nombre bien común en su congregación—, había confirmado el tradicional conocimiento que desde muy antiguo se tenía sobre las relaciones que pudo haber mantenido Jesús con un rey de Edesa a quien llamaban el Negro. Éste le habría solicitado por carta el envío de un retrato, para con su ayuda extender entre su pueblo la doctrina que predicaba Aquél del que sabía era un hombre bueno; el dicho retrato le fue enviado por el propio Mesías, y del mismo se dijo, desde un principio, la pasmosa referencia de que había sido el mismo Dios Todopoderoso su sobrenatural autor, aunque otra gente aseguraba que fue el propio Jesucristo, quien, al enjugarse el rostro en un lienzo, le dejó estampada su faz.

Como quiera que el monje Palemón había indicado al arzobispo el lugar donde se presumía que se hallaba tan venerable reliquia, éste decidió que fuese a encontrarla alguien bien apegado a su entorno, y fue Tomasso el elegido para encontrar una remota iglesia perdida en las anfractuosidades de la Maggiorasca, en busca de tan preciada joya, cuya posesión, sin duda, daría más lustre y valor a la archidiócesis que presidía Otón de Visconti.

—Según me dijo Tomasso, el arzobispo cree que hallazgo de tal naturaleza revalidaría la presencia de la familia al frente de los destinos del Milanésado. En la corte de Milán... quiero decir —corrigió— todos los Visconti andan esperanzados en el éxito de esta secreta gestión, por ser el dicho retrato cosa sagrada y tan portentosa, pues que tendríamos la verdadera cara de Jesús, ¡hecha por Él mismo, Dios mío! —decía persignándose.

Martín pareció maravillado ante la noticia. Luego recordó, y contó a su amada, cuántas reliquias pertenecientes tanto a la infancia como a la adolescencia del Salvador habían acabado en el olvido, lo que no dejaba de causarle extrañeza. Se sabía que los Apóstoles pudieron conservar algunas, entre las cuales un pañal de los que la Virgen utilizara para el Niño; pañal que por circunstancias cayó en manos del rey de Túnez, y tras muchas vicisitudes fue entregado a Geraldo, obispo de Lérida.

—Sin embargo, siendo el Sagrado Pañal objeto tan venerado, escasas noticias hay de él. Lo mismo que con el Sacrosanto Prepucio de Jesús, cuando fue circuncidado. Inocencio Tercero, en su *De misae Mysteriis*, cuenta que un ángel se lo entregó al emperador Carlomagno, quien lo puso en el tesoro de la catedral de Aachen, y recuerdo, según me contó alguien, que en Letrán se guarda parte de esta carne del bendito Niño, conservada por la Virgen, aunque, ciertamente, te confieso que jamás la vi.

Y al acabar de pronunciar estas palabras se sintió sorprendido al descubrirse hablando en el sentido en que lo hizo, e incluso estuvo por atreverse a confiar a Alejandra sus dudas sobre tales supuestas reliquias, que, en contra de su voluntad, repugnaban su cada vez más peligroso modo de analizar toda circunstancia que se

apartara de una interpretación veraz y lógica.

Todo transcurría en el más apacible deslizarse del tiempo, sin alteraciones. Martín llegó a plantearse alguna vez cómo sería su vida al cabo de los años; su vida y la de Alejandra, naturalmente, puesto que a ella la consideraba parte de su persona. Había rebasado ya los treinta años; había escrito seis obras de las que en cierto modo se sentía satisfecho, aunque a veces sonreía cuando venía a su mente la posible crítica que pudiera hacerle Antonio del Sasso, censurándole el no haber descubierto nada nuevo, pese a los elogios de alguna gente que alabó sus conclusiones, su investigación, su permanente estar en el estudio de los Libros Sagrados.

—Antonio estaría todo el tiempo cubriéndome con sus sarcasmos —le explicaba a Alejandra.

—¿No sabes nada de él?

—La verdad es que no sé nada de nadie. Ni siquiera he tenido la menor noticia de mi pariente, fray Bertrán. Lo último que supe es que andaba por tierras del reino de Castilla... Quizá nadie se acuerda de mí. Pero como lo más importante que hay en mi vida eres tú, ¿qué necesidad tengo de los demás?

Finalizaba ya el verano de aquel año del Señor de mil doscientos ochenta y nueve. Desde hacía un tiempo, Martín notaba una cierta sombra de inquietud en su amada; sensación que cada vez se le hacía más palpable, percibiéndola como un velo de preocupación incluso en muchos de sus momentos más íntimos. A sus preguntas, ella siempre respondía con una sonrisa, queriendo desvanecer todo cuidado.

Hasta que un día se lo dijo:

—Martín, estoy encinta.

A lo largo de aquellas felices relaciones que venían durando ya tres años, Alejandra había experimentado faltas que pudo eliminar acudiendo a los procedimientos que desde tiempos remotos eran una secreta enseñanza mantenida entre cuchicheos de mujeres —nodrizas, casamenteras, alcahuetas, esclavas, parteras, monjas— haciendo uso de una variedad de artemisia, o de un hongo que se encontraba a veces en el centeno, y de otros parecidos remedios. Pero ahora todos los intentos habían resultado infructuosos, y así llevaba transcurridos casi tres meses.

—He decidido ir a Milán.

XXXII

Empezaron a discurrir los días. Y las semanas. Pasaron dos meses.

Martín, sumido en una creciente agitación que conforme transcurría el tiempo iba convirtiéndose en desasosiego, sin tener la menor noticia del paradero de la joven desde su partida, cada vez se sentía más penetrado de una inquietud convertida ya en verdadera angustia. Se daba cuenta entonces de toda la soledad que era su vida, sin nadie en quien confiar sus pensamientos, con quien desahogar cualquier preocupación, o siquiera mantener un simple coloquio intrascendente, como los que eran parte de su diario estar junto a la mujer que amaba. En aquellos días se afirmó en creer que su presencia en el monasterio, entre los más de dos centenares de sus habitantes, transcurría tan ignorada, a la par que tan fuera de lo que suponía el mecanismo de las Reglas, que a veces imaginaba que si desapareciera, apenas se notaría su falta, aunque siempre sospechó que para mucha de aquella gente nunca dejó de ser objeto de continua curiosidad y hasta de vigilancia; era ésta una idea que le hacía mantenerse, a su pesar, en permanente guardia: la presunción de estar en el objetivo de la comunidad, sobre todo entre las religiosas, conjunto de extraños seres que soportaban, como él, la soledad de la convivencia.

Descubrió entonces que no tenía más amigo ni apoyo que Dios, en quien habría de buscar consuelo a su pesadumbre, y confiado en su ayuda empezó a dedicarse a toda clase de sacrificios que acompañaba a sus quejasas súplicas, pidiendo obtener una mínima comunicación, algo que calmara su ansiedad; noticia, en fin, sobre dónde y cómo se encontraba Alejandra.

De tan incierta situación tan sólo sabía lo que ella, al despedirse, le informara: que una vez en Milán no iba a alojarse en un convento, sino que su idea era la de mudarse al palacio familiar, no lejos del episcopado, en donde calculaba habría de permanecer no más de una quincena.

Pasados aquellos dos meses, no se atrevía a interrogar a nadie, sobre todo cuando escudadas bajo el velo se empeñaba en imaginar las miradas suspicaces de aquellas siempre extrañas mujeres: las subprioras y sus colaboradoras. Siguió, empero, acudiendo a la biblioteca abacial, donde permanecía las horas sumido en amarga tristeza, recordando pormenores del tiempo en que aquel recinto constituía el santuario de su amor, y rememoraba la voz de ella, sus gestos, sus besos, sus impulsos, sus ideas, sus comentarios, su sonrisa...

Continuaron las costumbres sin cambio alguno; cada día encontraba la chimenea animada por un reconfortante fuego, que antes siempre le pareció alegre y acogedor, y entonces ya podía permanecer horas enteras, insensible a todo, como hipnotizado,

contemplando el arder de los leños, pareciéndole ver danzando entre ellos a todo un tropel de diabólicas figuras; diariamente una hermana acudía a servirle la comida, que apenas probaba, arrojándola al fuego para no despertar sospechas por su inapetencia. Con frecuencia, en medio del helor de la madrugada, o bajo un copioso aguacero, o defendiéndose del viento, abandonaba lo que antes fue refugio encantado para encaminarse al oratorio de la hospedería, donde se aislaba, insensible al aire enrarecido de la nave, y allí permanecía arrodillado durante horas, impetrando del Cielo el favor de una sola noticia que calmara su desamparo.

Celebrose la Natividad del Señor con la solemnidad que al acontecimiento se daba en Santa Domitila, donde había costumbre de officiar las tres misas —la primera se hacía a la medianoche, la segunda al alborar el día y la tercera, cantada, en la mañana. A esta última concurrió Martín como subalterno del oficiante, y pensó que jamás se sintió tan conmovido, alternando la devoción del acto con las súplicas al Señor, rogando porque otorgara su protección a la que invariablemente no se apartaba de su pensamiento.

Al anuncio de la fiesta de la Epifanía empezaron a llegarle extraños rumores que le soliviantaron de modo que con dificultad era capaz de mantener la calma y aparecerse con un exterior que no denunciara la confusión que le embargaba. Porque había oído que en día tan solemne para la Iglesia iba a ser recibida la abadesa...; y por otra parte, por puro azar supo que la comunidad andaba, al parecer, en hosca protesta por haber aceptado la Orden, de acuerdo con las indicaciones del provincial, la no celebración de capítulo... ¿Qué significaba todo esto?

Hizo cuanto pudo por descifrar el enigma y lo consiguió en la sacristía de la iglesia, después de decir la misa dominical, forzando un encuentro con el padre administrador, un helvecio de la bailía de Utznacht, ya bien entrado en años, rubicundo y pecoso, que acostumbraba a expresarse en romance, corpulento hombrón, pese a la edad, que en contra a lo que allí parecía habitual no dejaba de mostrar siempre una amable sonrisa a flor de labios:

—¿Pero qué, padre Martín? Comprendo que andáis tan alejado del mundo, metido en vuestros estudios, que difícilmente os pueden llegar noticias de cuanto acaece fuera de esa biblioteca, que gran tentación ha de ser para alguien como vuestra paternidad, que se dice que llegaréis a ser, dentro de nuestra Orden, el más perfecto conocedor de los Sagrados Libros... Y os echamos de menos, pues siempre gusta oír, en el púlpito, o en cuantas ocasiones fuere posible, las lecciones de alguien al que han leído tantos, incluso Su Santidad, según tengo oído...

—Contadme, pues, padre, os ruego —pidió, forzando la sonrisa.

A medida que oía la noticia el alma se le iba rompiendo en pedazos; tanto, que en algún momento llegó a encontrarse como ajeno a su propio ser, a su alentar, a las palabras que iban martilleándole, implacables; y al entorno, a la vida... Era como un

no existir, ¿existía, realmente, en aquellos momentos?

—¿Estáis bien, padre?

—Sí, sí: continuad.

Dado que sor Consolación, durante su viaje a Milán contraído, al parecer, una grave enfermedad, su tío el arzobispo había dispuesto de su persona, prohibiéndole regresar al monasterio; y esto era todo cuanto se sabía de ella. Pero Santa Domitila era una de las principales casas de la Orden y su gobierno requería la presencia de una persona capaz de mantener sus prerrogativas, su importancia y su prestigio; de modo que el capítulo provincial, desestimando la elección de una nueva abadesa entre la comunidad del monasterio, y por imposición de altas magistraturas, había designado a una religiosa del convento de San Copparo, hija de los marqueses de Castiglione, familia que durante siglos fueron esforzados defensores de las Marcas al septentrión del país.

No pudo asistir a la recepción de la madre Clara de Jesús, pero ésta tuvo la deferencia de enviarle un recado en el que le aseguraba que dedicaba sus ruegos al Altísimo pidiendo su pronta recuperación. Porque de repente toda su fortaleza, todo el vigor físico que sin duda traía heredado de su padre, pareció que le abandonara, sumiéndole en tal postración que no podía traducirse sino en que por causas desconocidas se encontraba poco menos que en trance de muerte. Con grandes reservas se habló, incluso, de otra venganza de los poderes infernales...

Encamado en el hospital de peregrinos, ahora en el recinto exterior del monasterio, Martín pasaba los días sumido en un torpor del que apenas se recuperaba de una a otra jornada, alimentándose a viva fuerza, insensible a la presencia de los frailes de la comunidad, a sus rezos, cuyas visitas casi siempre le pasaban inadvertidas, y las veces en que reparó en ellos, más le causaban molestia que satisfacción, sin que en ningún momento despertaran su agradecimiento cuando en ocasiones abría los ojos y junto a su cabecera descubría algo parecido a una estatua vestida del hábito dominico, en total inmovilidad, excepto los dedos que pasaban y repasaban, una y otra vez, las cuentas del rosario. Tan sólo, en alguna ocasión en que se encontró más lúcido, acertó a querer mantenerse alerta, por si alguien pronunciaba el nombre de su amada... Empeño vano.

Pero la realidad era que estaba viviendo una especie de intermitente pesadilla, a ratos entre el sueño y la vigilia, sumergido en las profundidades de su propio cerebro, que le creaba toda clase de fantasías en torno a lo mismo: Alejandra. Así, en su desvarío imaginaba, rencoroso, duro, que la existencia de sor Consolación en aquella casa había pasado como una página en blanco, porque no le llegaba de ella la menor alusión, ni un recuerdo, ni un comentario, lo que le hacía sentir el amargo regusto de la insolidaridad de los humanos, sus egoísmos, su falta de amor, de caridad. Alejandra había sido borrada de la memoria de toda aquella híbrida masa de mujeres

y hombres que hasta hacía nada se doblegaban, sumisos, ante su sola presencia; ya no interesaba a nadie.

Más tarde, cuando su naturaleza fue capaz de restablecer el equilibrio de una salud que nunca antes diera signos de debilidad, haciéndole sobreponerse a los inacabables días de amarga depresión que le impedía discurrir —y, simplemente, pensar—, empezó a dedicar aquellas eternas horas de inmovilidad, tendido en el desamparado lecho, a hacer cálculos para encarar la situación. En primer lugar tenía que encontrar a Alejandra, o al menos saber de ella, para así calmar su acongojante incertidumbre; luego habría de enfrentar la recomposición de su futuro y el de su amada. Ambas, cuestiones ante las que, realmente, no sabía cómo actuar.

Comenzó a alimentarse sin la repugnancia que hasta entonces le provocara su crisis; salió, si la mañana era soleada, a dar unos cortos pasos por el jardín que rodeaba el hospital; luego pidió algún libro, cuyas páginas hojeaba sin apenas lograr asimilar una frase. Se sabía débil, y no tanto porque su constitución física se hubiera visto afectada por la enfermedad, sino que el constante recuerdo de Alejandra era una continua, dolorosa punzada que le oprimía hasta dificultarle la respiración.

En medio de sus cavilaciones, y también por el hastío que sentía hacia todo lo que no fuera su obsesión, uno de los padres, fray Justino, consiguió despertarle algún interés en una de sus visitas, contándole cómo se había convocado capítulo general de la Orden, que tendría lugar en Ferrara, y de los rumores que corrían acerca de la actitud del papa, el cual ya había dejado ver en más de una ocasión su animosidad contra el maestro general de los predicadores, fray Munio de Zamora. Se temía que en Ferrara iban a producirse situaciones de suma gravedad para la religión dominicana, lo que causaba consternación en muchos de sus miembros, expectantes por qué fuera a ocurrir.

Días más tarde Martín fue capaz de esbozar una débil y hasta casi alegre sonrisa, gozosamente sorprendido, aun con aquella torpe languidez de su convalecencia.

—¡Martín, hijo mío! —oyó una voz hablándole en lemosín.

Entreabrió los párpados, sobresaltado, temiendo ser víctima de una alucinación, y encontró sobre su rostro el de fray Bertrán Oliver, cuyos ojillos sonrientes le miraban con una sombra de preocupación.

Luego de los saludos, de la alegría por su reencuentro, iniciaron una inacabable conversación, ajenos a las prescripciones conventuales sobre el obligado silencio. Martín pareció como que poco a poco se arrancaba a su postración, invadido de una rara, imprevista esperanza, sintiéndose refugiado, casi protegido, con tan sólo saber cerca de él al anciano, el cual invirtió, la mayor parte del tiempo que permaneció a su lado, en contarle sobre la vida en el Reino de Castilla, y sobre los castellanos, y la corte, y el desenvolvimiento de la Orden por aquellas tierras, y algo también acerca de sus atareadas diligencias en Roma. Martín, de cuando en cuando, interrumpía a su

pariente, y con aquella voz débil, casi afónica, intercalaba, la mirada como perdida en el vacío, alguno de sus recuerdos de los ya lejanos días en Roma, y de Sicilia; porque si bien el estudio y la investigación habían llegado a convertirse en la meta de su vida religiosa, nunca se le fue el sabor de una época que recordaba como la más feliz y despreocupada, y también la más cargada de interés y emociones. Se abstuvo, por supuesto, de hacer la menor referencia a la abadesa de Santa Domitila.

Aquella fue la noche en que mejor aceptó el descanso, invadido de felicidad por saber de la presencia amiga. Fray Bertrán volvió a la mañana siguiente, repitiendo lo que ya le tenía referido de la víspera, esto es, que se dirigía a Ferrara para asistir al capítulo general dominico; a media voz dejó traslucir lo conmovida que estaba la Orden por los rumores que ya se habían adelantado, referidos a la nula inteligencia entre el maestro general y Su Santidad Nicolás Cuarto, lo que sin duda habría de originar situaciones que en nada iban a beneficiar a la Iglesia.

Una pregunta latía en la curiosa mente del enfermo:

—¿Y el padre Antonio? ¿Antonio del Sasso? No he sabido nada de él desde...

Fray Bertrán esbozó un gesto preocupado. Luego:

—Tampoco yo tengo mucho oído. Mis últimas noticias fueron que andaba en una de esas estafalarias cofradías de clérigos errabundos que llaman goliardos. Alguien me contó que lo vio no ha mucho en alguna ciudad de Baviera, y por otra parte sé que recorrió tierras de francos y flamencos. Parece ir, con otros como él, haciendo de juglar, cantando esas irreverentes canciones que cada vez cobran más fama, para desdoro de nuestros sentimientos religiosos, o haciendo revolucionarios sermones en cualquier lugar donde le dejan... No creo que ni él ni quienes le acompañan se mantengan muy en los mandamientos de nuestra fe, ni sé si estarán ya en la herejía, o si son nada más que unos locos... Me consta que han tenido algún tropiezo con el Santo Tribunal, del que han escapado no sé cómo... Desde luego —le asomó una abierta sonrisa— sí es cierto que detestan todo cuanto procede del palacio de Letrán. Y también es cierto que cada vez que llegan a una corte, príncipes, señores y obispos se huelgan bien escuchando sus *carmina*... ¡Lástima del padre Antonio, que de siempre le tuve en mi aprecio!

Por la tarde fray Bertrán volvió a visitarle. Luego de una conversación intrascendente, Martín le vio adoptar una expresión grave, y a continuación empezó, casi conminativo:

—Escúchame con atención: decidí permanecer aquí un día más, pues ha sido largo mi viaje y bien cargado de problemas. Pero mañana —le miró fijamente, de un modo que el joven no supo interpretar y que le llenó de un cierto desasosiego— tendrás que estar dispuesto para acompañarme. Has de saber que ya adelanté en Roma mi solicitud para que sea aceptada tu excomunión y todo se haga conforme a las Reglas. Me costó desviar la ruta para llegar hasta aquí, contra el parecer de todos: los padres que conmigo vienen, los sargentos de armas, sus hombres... Quiero que comprendas que este esfuerzo no puede ser en vano. Así que mañana estarás

preparado para salir. Ve, pues, haciéndote a la idea.

Pese a que aún se resentía del largo tiempo en que hubo de guardar cama, y más por el lacerante sufrimiento que había consumido sus carnes, convirtiendo su siempre apuesta figura en la de un esquelético fraile de rostro hundido que se ocultaba tras una espesa y mal cuidada barba, haciéndole emerger del hábito casi como una máscara, fue capaz de incorporarse al séquito de su pariente. Esto le supuso duras jornadas de cabalgar, pero en sus ojos se advertía la satisfacción del cambio, que tal vez era salir de nuevo al mundo, alejarse de aquel monasterio en donde había vivido las páginas más cruciales y extrañas de su existencia, desde los exorcismos a las monjas al sorprendente encuentro con tanta virulencia en los escritos de cuantos disentían de la ortodoxia de la Iglesia; y por encima de todo, su descubrimiento del amor. Allí se le quedaban muchas horas de felicidad y muchas ilusiones.

Llegaron a Ferrara, alojándose en Santa María de los Ángeles, e inmediatamente fray Bertrán fue a incorporarse con quienes procedían a los preparativos para la apertura del capítulo dominico. Como su pariente prohibiera a Martín, al menos hasta no verse totalmente restablecido, que emprendiera actividad alguna, no tuvo sino que resignarse y permanecer en el convento cuidando de recuperar sus perdidas energías.

Entre tanto, no le desaparecía aquel inextinguible desasosiego por tanta incertidumbre sobre cuanto se refería a Alejandra. Ferrara estaba a muchas millas de Milán y no sería fácil que le llegasen noticias del feudo de los Visconti, especialmente en asunto tan singular. A pesar de ello, procuraba estar siempre alerta, por si captaba aunque sólo fuese algún rumor, la noticia más simple, referida tanto al lugar en que suponía a su amada como al monasterio.

Pero en medio de aquel continuo pesar del que no lograba —ni quería— arrancarse, los acontecimientos vinieron a alterar su ánimo y a perturbar la paz y el orden habituales dentro de la religión dominica. Y era que en los primeros días de marzo hicieron su aparición en la ciudad dos de los personajes más influyentes de la curia romana, los cardenales Malabranca y Billom, enviados del papa. Su misión, de lo más embarazosa, consistía en que el maestro general de los predicadores, el castellano Zamora, renunciara a su cargo, con lo que aquellos velados rumores que durante meses habían estado comentándose, estallaban al fin: la ojeriza del franciscano Jerónimo de Ascoli, sobre cuyas causas corrían toda clase de versiones, había forzado las cosas hasta tal extremo. Mandato que la Orden, con toda la devoción que, aun sin dedicar a ello voto especial, dedicaba a Su Santidad, pero celosa de sus prerrogativas —y de su poder—, se negaba a admitir, sin por ello dejar de hacer protestas de su fidelísimo acatamiento a las decisiones del pontífice.

Los ilustres enviados hicieron una advertencia: si no se conseguía satisfacer con

argumentos la demanda del papa, el capítulo habría de forzar y deponer a su superior, haciendo uso de sus facultades para ejecutar las intimidatorias órdenes; sugerencia que al no ser no aceptada, ni recursos ni protestas solucionaron la anómala cuestión. Se acudió entonces a someter a un severo examen la conducta del maestro general, sin que se delatara el más leve indicio para inculparle, pese a algún que otro envenenado infundio deslizado por quienes ya, desde dentro de la misma Orden, maniobraban buscando de arrimarse a la postura que, a la larga, se suponía habría de ser la vencedora. Nicolás Cuarto ordenó entonces a fray Munio que acudiese a Roma, y una vez allí le sometió a toda clase de presiones para obtener su renuncia, a las que éste, firme en lo que consideraba tan legítimo como justo, se negó, tozudo, pidiendo al papa que él mismo lo depusiera. Como oferta tentadora, Martín Cuarto quiso vencer su porfiada resistencia ofreciéndole el arzobispado de Santiago de Compostela, mas todo en vano: obstinado en lo que consideraba su derecho, Munio de Zamora la rechazó.

—Con todos mis respetos —se le escapó uno de aquellos días a fray Bertrán—: es ésta una situación que no dudo en calificar de odiosa. Martín, prepárate para viajar, ahora que puedo considerarte curado de tus males. Nos vamos.

Y le explicó que partían con el séquito del maestro general hacia una ciudad del Reino de Castilla, Palencia, donde la religión de los predicadores iba a celebrar capítulo; esto, por supuesto, contrariando la voluntad del papa, cuya era la autoridad suprema sobre la Orden...

—... por lo que me temo que su cólera no ha de tardar en hacerse sentir.

A continuación, dejándose llevar por una iracundia que su pariente apenas le descubriera en alguna ocasión en el pasado, se permitió criticar acerbamente todo lo que consideraba desatinado proceder de aquel franciscano torpe de miras al que el Espíritu Santo, sin duda en un momento de escasa clarividencia, aupó al trono más poderoso del mundo; porque ninguna de sus empresas, nada de cuando proponía en beneficio —se suponía— de la catolicidad, llegaba a buen fin. En cuanto a su política, seguía indispuerto con el emperador y con el rey de Aragón; con el de Castilla latía una animosidad que, se comentaba, quizás era causa de la que se manifestaba ahora contra la cabeza de la Orden Dominica. ¿No pretendería ahora, por sus resentimientos personales, acabar con los predicadores?

Para Martín era aquélla una noticia tan inesperada como penosa; y armándose de valor fue capaz de manifestar, esforzándose para que su voz no sonara en el tono lacrimoso, hasta desgarrado, que sentía en el corazón:

—Padre, es el caso que... que por razones... por razones que me es imposible confiar a nadie, necesito... Necesito ir a Milán antes de emprender este viaje.

Estaban solos, paseando por el claustro en la hora de esparcimiento en que se permitía romper la regla del silencio. Vio a su pariente detenerse en seco, mirarle un instante, bajar luego la cabeza, toser, rezongar. Después le oyó pronunciar el discurso más trágico que jamás podría haber adivinado:

—Martín, eres un hombre, aunque a mis ojos siempre aparecerás como un muchacho. Pero eres hombre, y así, no te hablo como a predicador, sino como a hombre... Lastimosamente, ya no hay nada que te aguarde en Milán. —Y al descubrir la expresión de sorpresa que en el acto reflejó su rostro—: Sí, Martín: nada.

A continuación, sin entrar en detalles, hablándole con un acento que intentaba ser comprensivo y que al tiempo le sirviese de consuelo, contó su conversación con un familiar del clan de los Visconti, viejo amigo y compañero durante años en Saint Jacques, en Narbona, en Roma... En la intimidad más allegada del arzobispo Otón habían trascendido las relaciones de la abadesa de Santa Domitila con el joven exorcista del convento de Tortona, sobre las cuales —se apresuró a puntualizar—, a nadie se le ocurrió desatar condenas, ni pedir sanciones, ni buscar algo que pudiera parecer venganza o escarmiento, y menos aún, dar publicidad, porque...

—... no tienes de qué avergonzarte, ni acusarte... De ser así, tendríamos entonces que avergonzarnos la mayoría de los que cuidamos el Sagrario... Somos religiosos, pero el Señor nos creó hombres, y la vida de la Iglesia, a lo largo de los siglos, siempre estuvo y seguirá estando llena de los mismos problemas, creo que desde el mismo Jesucristo, y no se me ocurre que esto pueda sonar a blasfemia. —Se persignó—. Pero, Martín, ni la condesa Alejandra de Visconti ni sor Consolación de la Santísima Virgen pertenecen ya a la vida de nadie... Y no me preguntes nada, te suplico... Creo que te aliviará saber que fue santamente reconciliada con el Señor y ahora ha de estar gozando su divina presencia, a la que hemos de aspirar todos. —Volvía a persignarse. Y Martín, como en sueños, le oía, y le veía gesticular, y alzar los brazos, lleno de un nerviosismo inusual; pero a él todo le parecía ajeno, sujeto a un aturdimiento que estaba manteniéndole como si nada de aquella revelación le afectase, en tanto su pariente continuaba—: Ahora estás obligado a poner toda tu voluntad para dejar atrás ese pasado, para resistir a lo que sé que es un duro golpe que siento como propio, y pongo a Nuestro Señor por testigo de la verdad de mis palabras, cuando lo que más lamento es haber tenido que ser yo el mensajero, como un verdugo de tu esperanza. Pero eres aún muy joven, y esto no ha sido más que un capítulo de tu vida, doloroso, ciertamente, aunque todavía habrás de enfrentarte a decepciones y contratiempos de los muchos que fabrican los indescifrables designios divinos para repartirlos sobre la humanidad y así probar su entereza y su fe, que es a lo que estamos obligados, aceptando con resignación estas penas con la esperanza puesta en Dios...

Retórica a la que Martín estaba más que acostumbrado, de la que usaba a veces y que ahora, no sólo no atendía, sino que hallándose fuera de cualquier realidad, como si flotara ingrávido, ajeno a todo, seguía resistiéndose a aceptar la amarga noticia que acababa de hundirle en la más negra de las simas. Después, dentro de aquel lastimoso aturdimiento, quiso interpretar en todo su valor el sentido de la noticia, es decir, que Alejandra no sería ya nunca su emocionada esperanza y que con ella desaparecería el fanal alegre y apasionado que ponía interés en sus días y en toda su vida; ya no

volvería a contemplar su rostro de espléndida belleza, ni admiraría la majestad de su mirada, ni oiría la melodía de su voz, con aquel acento que le encantaba; ya no escucharía sus reflexiones, ni sus preguntas, ni sus ideas; adiós a aquellas apasionadas entregas que nunca dejaron de asombrarle, siempre saboreadas como algo nuevo, esperadas con la impaciencia del enamorado, siempre llenas de emoción... Y ningún recado ulterior, ningún recuerdo, nada, después del último confiado adiós, salvo aquel corazón de oro con un granate, dejado en prenda al partir, que llevaba escondido bajo el hábito, pegado a la piel... Ya sólo podría contentarse con el recuerdo inmarcesible de lo que con cada latido de su corazón iba quedándose, poco a poco, más lejos en la distancia, lejos en el tiempo...

No pudo contener la angustia; estalló en un ronco sollozo, y como un fardo se dejó caer entre convulsiones.

XXXIII

Sin que en ningún momento se le apartara del pensamiento el recuerdo de aquella mujer a la que tanto había amado, hundido en un resentimiento cuya causa no acertaba a achacar a nada ni a nadie, pero que en algún momento de impotencia y desesperación llegó a rozar con el pensamiento las más injuriosas de las blasfemias —de lo que luego se arrepentía, estremecido de pavor ante su audacia, entregándose a inacabables horas de plegarias en súplica de perdón por aquellos raptos de enajenado—, tomó contacto Martín con el nuevo decorado al que su pariente le arrastrara.

No le pasó desapercibido el interés que fray Bertrán se tomaba por él; primero, en ningún momento dejó entrever el menor atisbo de curiosidad acerca de aquellos años felices de su apasionado amor; luego, tuvo más que suficientes pruebas de la preocupación que en todo momento estuvo manteniendo el vigoroso anciano por su persona: una especie de lejana vigilancia, pese a tan larga separación, que al final había conducido a aquel encuentro cuyo fin era obligarle a reintroducirse en el mundo, en el afán diario, y arrancarlo del casi morboso desconsuelo en que le tenía sumido una melancolía que estuvo a punto de trastornarle el juicio.

A pesar de su tristeza, el nuevo ambiente en que se encontraba lo obligó a prestar su atención. La casa en que residía, sus moradores, las costumbres, seguían siendo las mismas conocidas de siempre: las de un convento de predicadores, con su disciplina, la invariable uniformidad en el empleo del tiempo, el descuido en la higiene, propio de una comunidad de varones; y los mismos olores, la misma molesta promiscuidad del dormitorio común, el perenne hedor del refectorio... a los que estaba bien acostumbrado. Aparte estaba la hostil geografía castellana, donde los cielos se aparecían cada mañana plomizos, cuando no dispensadores de copiosas lluvias; y la gente, austera y recogida, con aquel modo de entender la religión, lleno de todos los matices de un fanatismo que rozaba más lo irracional, y esto en cualquiera de los estamentos de una sociedad donde todavía deambulaban por las rúas palentinas ancianos a los que el celo de aquel piadoso rey *dom* Fernando, abuelo del soberano reinante, dispuso que marcaran sus rostros con la infamante señal de la herejía, y no estaba cierto sobre si semejante castigo seguiría aún en vigor. Encerrada entre sus poderosas murallas, Palencia parecía vivir ajena al resto del mundo.

Al principio creyó experimentar cierta emoción cuando supo que el convento donde se alojaba, San Pablo, fue obra, setenta años atrás, del mismo fundador de la Orden, donde ahora, y por especial devoción del rey, se estaban haciendo unas reformas que a él le traían, sin querer, recuerdos del palacio abacial de Santa

Domitila, con sus ojivas de arcos apuntados y la gracia de una arquitectura cada vez más impuesta en los reinos de una Europa que parecía haberla adoptado como símbolo de la cristiandad.

—El rey castellano es un hombre imprevisible —le había explicado fray Bertrán—. Violento, apasionado, temeroso de Dios y cruel. Sus problemas han sido y son muchos, y me consta cómo le amarga el no haberse reconciliado con su padre antes de que a éste lo recogiera Nuestro Señor. Al parecer dejó buen recuerdo por estas tierras aquel piadoso rey Alfonso, al que llamaban «el Sabio», y dicen que con razón, aunque sólo fuese por estar interesado en ciertas materias que le gustaban.

No bien comenzaron las sesiones del capítulo general dominico y apenas llegó a conocimiento del papa, su cólera parece que eclipsó —contaron— a la más legendaria y famosa del Júpiter Tonante; porque los predicadores, cuyos brazos y oídos alcanzaban a todo el orbe cristiano y aún más, estaban bien informados de cómo se seguía en Roma todo el proceso de contumaz desobediencia por parte del maestro general y de quienes lo apoyaban.

Martín, obligado al tranquilo reposo que le tenían ordenado, entretenía parte de su abundante tiempo en leer, y por aquella su manía de bibliófilo, a escudriñar cada mañana en la biblioteca de San Pablo, que custodiaba celosamente un anciano bien experto en su cometido; simpatizaron ambos, el viejo erudito y el curioso joven, y así pudo éste conocer muchos pormenores sobre cuanto acaecía en aquellas tierras de Hispania, junto con la recomendación, para ayudarle a remediar su casi total ignorancia en la lengua del país, de la lectura de uno de los escritos que más se habían popularizado en los recientes tiempos, *Los siete modos de orar del señor Santo Domingo*, de Teodorico de Apoldia, un dominico, lector en el estudio general de Colonia. Se trataba de una obra recién traducida del habla alemana al castellano, que acogió Martín con todo entusiasmo, haciendo acopio de toda su voluntad practicando en una de las lecturas más tediosas que jamás cayeran en sus manos.

También le distrajo y llegó a congeniar con el joven padre encargado de la enfermería, quien antes de entrar en religión estudió medicina en Salerno, profesión que no ejercía por estar su práctica, como otras, vedada por las *Reglas*, pero de utilidad para cuidar las dolencias de los frailes. Juntos, alguna que otra mañana, fueron hasta el hospital de San Antolín, y a veces, con licencia del prior y si el tiempo no lo estorbaba, a recoger la limosna que muchos patricios, fieles al espíritu mendicante de la Orden, dedicaban graciosamente a los padres predicadores. Con esto Martín tuvo ocasión de conocer a mucho protagonista de la vida local y del propio reino, lo mismo orgullosos *singulis civitatibus* como engréidos caballeros villanos y *boni homines*. Le sorprendió descubrir cómo en medio de tanta piedad, de tanta muestra de religiosidad que apreciaba en torno, allí, bajo la hipocresía de guardar las formas, se daba la vida licenciosa con el mismo vigor que en las ciudades italianas más libertinas. Aunque la experiencia le tenía ya bien acostumbrado, nunca dejaba de asombrarle, no sólo por lo que ocurría en Castilla, sino en toda la

cristiandad, por tanta admonición, tanta advertencia que la Iglesia, una y otra vez, dedicaba a su pueblo, y muy especialmente, con perseverante insistencia, a sus propios servidores, cuya primera obligación habría de ser el dar ejemplo a los fieles. Era, pues, del todo inexplicable que concilios, bulas, pastorales, viniesen reiterando, desde siglos, lo que debería entenderse como una rigurosa norma de vida, reiteración que demostraba que ninguna de aquellas ordenanzas se cumplía. En primer lugar no parecía sino que la gran preocupación fuese preservar de manos extrañas todo cuanto fuesen bienes y beneficios eclesiásticos, por lo que abundaban las exhortaciones a favor de la suprema autoridad de los obispos para disponer de ellos —medida que no afectaba a las Ordenes exentas—; pero entre conclusiones de más o menos igual tenor, eran continuas las recomendaciones en cuando al atuendo del clero, su comportamiento público y privado, su morigeración, sin dejar de recalcar, machaconamente, una y otra vez, la exigencia de renunciar a aquella degenerada y arraigada costumbre de vivir en concubinato. Recomendaciones y censuras que casi siempre se rubricaban con la misma amenaza: *anathema sit*. De donde se deducía que eran centenares los religiosos, en toda la magna universidad cristiana, que se desentendían por completo de la terrorífica intimidación.

Se atrevió a comentarlo, un tanto ingenuamente, con su pariente, oyendo la respuesta, casi doctrinal, de éste:

—En la Iglesia, como bien sabes, está el ordenamiento más perfecto para dirigir y gobernar rectamente todos los reinos del mundo, y así se viene aceptando por reyes y príncipes desde cientos de años. Porque las leyes de la Iglesia nos vienen impuestas por el mismo Jesucristo por mandato del Padre Celestial, instituyendo al papa como soberano universal por encima de toda jerarquía, incluso del mismo emperador, con lo que a no dudar se beneficia el mundo seglar y nos beneficiamos toda la Iglesia. Pero no podemos ignorar que ese poder está en manos de hombres, y que el hombre no es más que una criatura imperfecta. Incluido el Santo Padre —concluyó. Y Martín no tuvo que adivinar mucho para saber a quién aludía.

Dedujo que su pariente nunca dejaría de manifestarse con aquel cinismo que le había conocido siempre. Rió interiormente cuando le escuchó referirse a la excomunión, que tan rara vez se aplicaba sobre clérigos y monjes, excepto a rebeldes y declarados enemigos de cuanto pudiera afectar al indiscutible predominio de la Iglesia. El anatema apenas si afectaba a la gente, sobre todo a nobles y señores, dedicados a esconder diezmos y, a la primera ocasión, a saquear propiedades de monasterios y obispados. Tocante a la censura sobre reyes y príncipes:

—Ya sabes con cuánta indiferencia la reciben. Los de Aragón, tantos años enemistados con Roma luego de lo de Sicilia, siguieron su política sin inmutarse, que bien has de recordarlo por haberlo vivido. Y así obran todos, lo que ha venido causando el natural enojo de cada uno de los papas, que a lo largo de los tiempos ven mermada la que siempre ha sido su indiscutible autoridad.

Durante los paseos con el discípulo de Hipócrates pudo también distraer un tiempo dedicado a apreciar los parajes más atractivos e interesantes de la ciudad: las huertas que la rodeaban extramuros, el río Carrión, la bella iglesia de San Miguel y un arruinado templo de traza bizantina elevado al rango de seo, sobre el cual, según se había propuesto el rey, habría de levantarse una de las catedrales más señeras de toda Castilla.

—Es ese lugar sagrado, que ahí yacen los restos de San Antolín. Los descubrió el rey Sancho de Navarra en lejanos tiempos.

Y le contó de la tradición mantenida a través de generaciones: que cuando se encontraba cazando aquel monarca, vino en perseguir a un jabalí que fue a refugiarse entre lo que entonces eran asperezas, y como al ir a lanzarle su venablo sintiera que el brazo se le paralizaba, invocó piadoso su restablecimiento si es que era aquélla tierra sacra, como así fue. Desde entonces se consideró la bondad de las aguas de cierto pozo allí existente, cuya virtud obraba milagros, y la certeza de ser el lugar a donde vino a ser enterrado el santo, aunque el mismo que lo contaba no supiera explicar cómo un mártir sacrificado en su propio país, el de los francos, viniera a parar tan lejos.

—Quizá le sucediera algo parecido a lo de Santiago, cuyo cuerpo, según se cuenta, llegó milagrosamente en una gran barca de piedra hasta Galicia... Pero a san Antolín se le tiene aquí gran veneración. Y también a Santiago... Aunque a éste, muchos hay que más le dedican su devoción porque están en la herejía de que Santiago fuese hermano de Jesucristo... —dijo, bajando la voz.

—¿Es posible? ¡Dios mío!

Contaron a Martín en otro momento que aquel piadoso rey de la feliz historia, al que incluso llegara a distinguir la divinidad con un milagro, no fue capaz de guardar la continencia, siendo ésta causa de su desgracia: que después de haber violado a una hija del conde Fruela Ramírez en el castillo de Pajares, un dardo traicionero disparado cuando atravesaba el bosque de Campomanes acabó de muy mala manera con su vida. Desde entonces los palentinos, frente a cualquier desafuero, tenían como advertencia un curioso adagio: «Si la hicisteis en Pajares, pagareisla en Campomanes».

Las predicciones de fray Bertrán no se hicieron esperar. Desde Roma, el capítulo fue secretamente avisado sobre la inminente llegada de unos mensajeros, portadores de una bula del papa que ordenaba la deposición de fray Munio de Zamora, y otra en la que se disponía la convocatoria del capítulo en la sede de la cristiandad. La Orden, decidida a mantenerse en lo que estimaba sus derechos, obró de manera que los correos fueron detenidos antes de llegar a Palencia, despojados de sus cartas e invitados a regresar al lugar del que provenían. Esta maniobra —o jugarreta— dio lugar a que Nicolás Cuarto, en cuanto tuvo noticia, se viera obligado a lanzar la

fulminante destitución del maestro general.

Martín tuvo ocasión de estar cerca del depuesto fray Munio cuando éste reunió a la congregación, manifestando pública y humildemente su disposición para acatar la voluntad del pontífice; al mismo tiempo impetró la protección divina para quien ya había sido nombrado su sucesor, Esteban de Besançon, provincial de Francia, considerado hombre de grandes saberes y mejor predicador. También descubrió en la persona de aquel defenestrado, tan perseguido por la hostilidad del franciscano Jerónimo, pese a haber conseguido lo que se proponía —obligar al Santo Padre a imponer él mismo su destitución— un ánimo desilusionado y de frustración.

Empezaron a discurrir los días en la tensa calma que siguiera a aquellos años de intolerancia y rebeldía, de incompreensión y virulencia. Sin que fray Bertrán le diese explicación alguna en cuanto al futuro, Martín continuó entregado a la vida conventual, como parecía ser ya su destino, esperando que su pariente tuviera proyectos sobre su persona, aunque jamás osara dirigirle la más leve insinuación al respecto. Sin embargo, pronto tuvo ocasión de dedicarse a tareas más de acuerdo con su carácter, como fueron verse destinado a impartir lecciones de la Escritura en lo que había quedado en Palencia de aquella primera universidad hispana, donde hiciera sus estudios el mismo santo Domingo, y que los intereses de la política castellano-leonesa obligaran a trasladar a Salamanca; esto le dio ocasión de vivir con la sensación de libertad que le producían la enseñanza y el contacto con la gente.

Fue bien avanzada ya la primavera del año siguiente, mil doscientos noventa y dos, cuando llegó noticia de que la Silla de Pedro acababa de entrar en sede vacante: Nicolás Cuarto había entregado su alma al Señor. La expectación de toda la cristiandad, como siempre que acaecía un suceso de tal naturaleza, se volvió hacia el lugar que habría de alumbrar un nuevo regidor de la conciencia universal.

Sin que se alterase aquel ritmo de la vida conventual en el que Martín, siempre obediente —y acomodaticio, y también un punto indolente—, se mantenía, espectador de lejos a las inquietas actividades de fray Bertrán, pasó el tiempo, apuntó una nueva primavera, y en marzo se recibieron en el convento palentino instrucciones concretas referidas al anciano: debería ponerse en camino para, una vez en Roma, aguardar las instrucciones que para él tenía acordadas la Orden. Habría de ir acompañado por dos, tres padres jóvenes, bien preparados en la lengua de los sarracenos —quizás algún converso, lo que sería difícil—, dispuestos para salir a predicar los Evangelios por tierras de mahometanos.

Llegaron a la Ciudad Eterna en el momento de mayor calor de un verano tórrido, donde a esta fatiga se unía el riesgo de una epidemia de peste; por ello la mayoría de sus habitantes —la gente acomodada, se entiende— habían abandonado la población,

retirándose a sus fincas y predios en las zonas más frescas y gratas de la región, lejos de incomodidades y peligros. En cuanto al cónclave de cardenales reunidos para la elección del papa, que en principio estuvieron divididos —unos permaneciendo atrevidamente en Roma, otros amablemente refugiados en Perusa—, desde hacía nueve meses en que convinieron mudar tal situación, disfrutaban ya juntos el benigno clima de la capital de la Umbría, lejos del sofocante calor romano, de sus miserias y su vulgaridad.

Hacía más de dos años que el Solio Pontificio continuaba vacío, sin que los nueve hombres que quedaban del primer cónclave —empezaron doce— decidieran quién habría de ser señalado, por inspiración sobrenatural de las potencias celestiales, regidor del mundo cristiano. Todo por la enemiga de los dos bloques familiares enfrentados: los Colonna, representados por el cardenal Jaime y su sobrino, el cardenal Pedro, y los cardenales Orsini —Mateo y Napoleón—, cabezas del partido güelfo, dispuesto cada bando a no aceptar que un miembro de la parentela adversaria ocupase el altísimo cargo. En Roma, fray Bertrán y los dos jóvenes frailes que le acompañaban, uno de ellos, naturalmente, Martín, recibieron sus instrucciones. Deberían ponerse en camino para ir a Lemberg, donde tenía su sede la *Societas peregrinatium propter Christum* que dirigía la Orden de Predicadores —había otra de los franciscanos—, en que habrían de permanecer instruyéndose debidamente en la casa de formación para misioneros; luego, el vicario general de misiones les indicaría un destino que, según se dejaba entrever, podía ser, bien las tierras ibéricas bajo dominio musulmán, bien el África.

Fray Bertrán, aun en la certeza sobre el motivo de aquella perentoria llamada y el consiguiente viaje, cuando tuvo confirmación de su finalidad se negó rotundamente a desplazarse hasta Lemberg, en las lejanas tierras de la Lorena, y con toda firmeza mostró su nulo interés, a sus años, por aceptar el cometido que pretendían asignarle. En realidad, el ponerse obedientemente en camino no fue sino aprovechar para acercarse hasta Roma, nudo de cuanto se movía en la Iglesia; y solicitó de regresar a Castilla. Pero la ojeriza hacia Munio de Zamora no estaba muerta, y fray Bertrán, consejero y amigo del que hasta hacía muy poco fuera suprema autoridad dominicana, no había sido llamado con otro objeto que apartarlo de supuestas intrigas y manejos que pudieran perturbar la voluntad de quienes a hora decidían. No iría a Castilla, pero dada ya su edad, podía retirarse al convento romano de Santa Sabina. Martín y su compañero sí saldrían para Lemberg, tal como se había dispuesto, y de allí, a donde los enviaran.

Pero entonces, y como la mejor noticia para desentumecer los ánimos atrofiados por los rigores del clima, en los primeros días de julio, desde Perusa, se anunció finalmente al mundo la proclamación del nuevo pontífice. Pese a que el pueblo lo comentó con la sorna de costumbre para satirizar cualquiera de sus circunstancias,

fuesen bendiciones o maleficios —decían que fue aquél el parto más largo en la historia del clero—, en verdad que la decisión fue recibida como una milagrosa intervención de los Cielos. Porque aquella mañana estival, una más en tan prolongado cónclave, languidecía la tertulia de cardenales en las ya habituales charlas que no eran sino una especie de desgaste del bando adversario, y de pronto la conversación derivó hacia la existencia de un viejo ermitaño apartado en lo más recóndito de los Abruzzo, Pietro de Morrone, cuya fama de santidad corría en boca de muchos. Fue cuando, obviando tanta ambigüedad y rencores, tantos sarcasmos y vigilante actitud de todos contra todos, el longevo decano, Latino Malabranca, se alzó de repente, proclamando con voz firme: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, elijo al hermano Pietro de Morrone».

Y cada uno de los nueve cardenales, cogidos de sorpresa y hasta posiblemente convencidos, por primera vez, de que efectivamente, allí había mediado con esta inspiración la voluntad del Espíritu del Señor, dio el sí a la propuesta.

E inmediatamente dio comienzo al baile de los intereses en busca de captar la voluntad del elegido, de quien bien pronto se supo que carecía del menor parecido con un heredero para el más alto trono existente sobre la Tierra. Porque el hermano Pietro no era más que un asceta, es decir, un hombre que dedicó toda su vida a perfeccionarse en el amor a Dios, las enseñanzas de Jesús, y hacer de su existencia un cumplimiento del Evangelio, viviendo con total sencillez en la soledad de un desierto de montañas, lejos de Roma, del mundo y de cuanto significaba todo aquel aparato y ostentación tan apreciados por quienes se movían en torno al vicario de Cristo. Había creado una orden, la de los Espirituales, sancionada por la Iglesia, aunque mirada por la curia del palacio de Letrán con el natural recelo; porque aquella insistencia en la pobreza evangélica, aquel huir de todo cuanto hacía la vida gratificante y llena de alicientes, casi rozaba las mismas teorías de muchas sectas de herejes, felizmente ya desaparecidas.

Como primeros interesados en llegar hasta el santo hombre estaban, naturalmente, los cardenales; luego, Carlos el Cojo, rey de Nápoles. Cuando los enviados del colegio cardenalicio llegaron hasta la cueva en que moraba el recién elegido pontífice, los enviados napolitanos ya habían coronado las alturas y besaban las pestilentes abarcas de un acobardado anciano que en aquellos momentos no hubiera deseado sino desaparecer.

Carlos, príncipe de Salerno, hijo del fallecido Carlos de Anjou, diez años prisionero de los aragoneses y seis desde que Alfonso de Aragón le concediera la libertad, entendió como imprevisto regalo que el nuevo papa fuera súbdito de su reino, lo que le inspiró una feliz idea: ¿por qué seguir la corte pontificia en la degenerada Roma, donde no imperaban más que la simonía, la rapiña, la lujuria, la sodomía y toda clase de vicios? El Santo Padre debería residir en su propia nación, en el reino de Nápoles.

—¿Estás realmente interesado en ir a convertir idólatras en tierras de sarracenos?

—dijo fray Bertrán a su sobrino—. Debo recordarte, como bien sabes, que el fanatismo de aquella gente hace difícil todo esfuerzo de conversión, lo que es bien poco gratificante, más bien decepcionante para quien lo intenta. —Y como viera una sombra de duda en el joven—: Creo conveniente tu viaje a Lemberg, que algo aprenderás. En cuanto a perderte en cualquier extraño país, sabe Dios por cuánto tiempo, entre esa raza viciosa y extraña, en verdad que no he de considerarlo acertado. Ya adivino los grandes eventos que a no tardar habrán de producirse, en los que hemos de estar presentes. Y lo digo más que nada por ti. Porque aún no has decidido un porvenir que, supongo, no querrás que siga siendo el de husmeador de bibliotecas, escritor de libros que encuentro de mérito, ciertamente, pero que no obtienen sino el mesurado aplauso de los pocos que los leen. Y toda la vida comiendo coles y carne salada... ¿Es que no tienes ambiciones? Hijo, confío en que no sean tus aspiraciones tan sumamente simples, que me decepcionarías.

Martín se sorprendió: fray Bertrán parecía dispuesto a seguir en la brecha, como hizo siempre; recordó cuántas veces le oyó decir que amaba, más que otra cosa, ser testigo de su tiempo. Aquellos esporádicos anuncios de retiro y vida tranquila, de dedicación a la reflexión y a escribir sus comentarios religiosos, tan burlescamente criticados por Antonio del Sasso, indudablemente nunca pasaron de ser un deseo que nunca llegaría a cristalizar; era un hombre de acción, y por encima de todo su vocación le guiaba a ser, si era posible, protagonista de los acontecimientos. Por tanto, lleno de curiosa intranquilidad se dispuso, como siempre, a obedecer sus instrucciones.

Cuando regresó del curso de formación de misiones sin que dispusieran de su persona para destinarle a ningún país donde ejercer su apostolado, comprendió que a pesar de tanta enemiga como su pariente había acumulado a lo largo de su inquieta vida, todavía era capaz de mover importantes resortes entre los todopoderosos administradores de aquella fuerza universal que se fraguaba en Letrán. No le sorprendió, por tanto, que fray Bertrán, sin apenas darle tiempo a otra cosa que ponerse en camino, le contara:

—Nos vamos a Nápoles. La Silla de Pedro ha volado de Roma, que nuestro Pedro, Pedro de Morrone, la lleva al sur. ¡Qué locura tan extraña!

Porque el anacoreta no quiso ir a Roma, idea que sólo el mencionarla le causaba tanto pavor como las veces en que había de enfrentarse a aquella selecta colección de refinados hombres que constituían su gabinete de gobierno. Coronado con el nombre de Celestino Quinto, en una ceremonia que por su extrema sencillez —desfiló montado sobre un asno— captó la devoción de mucha gente, provocó el sarcasmo de otros e indignó a la mayoría de los orgullosos hombres del colegio cardenalicio; animado por aquellos espirituales, sus fieles seguidores, esperanzados en unos supuestos augurios referidos a una nueva era de triunfo del Evangelio; presente en el

ánimo del santo ermitaño y sus seguidores la idea de reformar las costumbres de la sociedad, despreciando el oro y las riquezas que excitaban la codicia tanto del clero como de los seglares; compartiendo el resentimiento del sur, secularmente desamparado y harto de aquella conformidad a su vivir de infortunio, siempre humillado frente a la opulencia de la gente del norte, rectora en los designios de todo el país; y en cierto modo, también seducido por la persuasión de aquel hábil Carlos, *el Cojo*, la Sede Pontificia se instaló en Nápoles.

Aunque el otoño estaba ya bien avanzado, a Martín le deslumbró descubrir aquella ciudad perezosamente tendida al borde del mar, bajo un cielo de jubiloso azul, no muy lejos del asombroso cono volcánico que era el Vesubio, al que coronaba una ligera fumarola que se desvanecía blandamente en el espacio.

Al día siguiente de su llegada, fray Bertrán y Martín se encaminaron a la residencia pontificia. Celestino Quinto, dirigido por el rey Carlos, se había instalado en el Castel Nuovo, imponente fortaleza a orillas del golfo, al que dominaba desde sus cinco robustos torreones en toda aquella grandiosa panorámica.

Desde luego, Su Santidad no iba a poder recibirles —para fray Bertrán no era algo que le cogiese de sorpresa—, pues era preceptivo solicitar audiencia y tratar de encajarlos en alguno de los días venideros; pero si lo consideraban conveniente, aquella misma mañana podría atenderles alguien del entorno papal, lo que al anciano fraile pareció acertado. Un ujier les condujo entonces hasta una de las inmensas salas del castillo, donde visitantes y funcionarios, perdidos en la vastedad de aquel espacio, discutían sus asuntos, paseaban o se entretenían en conversaciones privadas.

Al cabo de un buen rato y por una puerta lateral apareció un barbudo fraile, embutido en un simple hábito blanco de tejido basto, capillo negro —vestimenta que apenas disimulaba sus enjutas carnes—, el cual buscó con la mirada a uno y otro lado y finalmente se dirigió hacia donde aguardaban los dos predicadores.

Llegado hasta ellos hizo una profunda inclinación:

—Reverendo... Padre Martín...

Martín tardó en reconocerlo. ¡Había cambiado tanto! Luego, sin ocultar la satisfecha sorpresa que le producía su presencia, exclamó:

—¡Padre Antonio! ¡Antonio del Sasso!

XXXIV

Antonio les condujo por una serie de vastos salones solitarios y sin apenas ajuar; que a pesar de que el rey Carlos había dispuesto con toda la premura del caso habilitar la fortaleza para convertirla en gobierno de la catolicidad, todavía se acusaban las deficiencias propias de aquella desconcertante improvisación.

Una vez a solas iniciaron una interminable conversación en que todo el interés lo captaban, sin duda, los acaeceres de aquellos años de trotamundos del soliviantado fraile. Martín observaba a Antonio sin perder sílaba de su relato ni ocultar la emoción que le producía aquel reencuentro, apreciando cómo el tiempo había cambiado su rostro, que ahora se aparecía revestido de una cierta gravedad a la que sin duda contribuía la negra barba, que le hacía aparentar más edad; ya no le asomaba aquella dinámica exuberante y viva de años atrás, e incluso su voz era pausada, seria, como un reflejo de su apariencia física. Había viajado por casi todos los reinos europeos, pregonando un modo de vivir la fe completamente distinto al que preceptuaba la jerarquía eclesiástica y haciendo uso de los medios más subversivos, lo que le valió exponerse en más de una ocasión a ser encerrado en la prisión de cualquier obispo o señor, ofendido por sus audacias, en tanto otros, sobre todo en tierras de flamencos y germanos, festejaban sus burlas o sus sermones; era fácil adivinar cómo hubo de rozar la herejía, e incluso posturas mucho más radicales. Hasta que vino a tropezar con aquellos hermanos, los espirituales, quienes al parecer habían encontrado en un anciano ermitaño retirado en los Abruzzo, Pietro de Morrone, la verdadera esencia evangélica. Y se unió a ellos.

Parecía estar convencido de que la Iglesia, con Celestino Quinto a su cabeza, iba a entrar en un período de reformas capaz de lavar todas las miserias que venía arrastrando en su conciencia desde hacía siglos; los servidores del altar, todo el que hacía su profesión de predicar al Ungido, habrían de despojarse de aquella altanería con la que comúnmente tenían costumbre de aparecer, sin pizca de humildad, e imitar a Jesús, que prefirió acercarse a los menesterosos y despreció las riquezas; los dueños de la tierra, los encumbrados magnates, monarcas y señores, tendrían que compartir sus bienes con los pobres en un mundo de amor y justicia, y recordar que Jesucristo dijo que todos los hombres son hermanos; habría que concienciar a la humanidad de lo que en verdad ha de entenderse cristiana mente por «prójimo», que es no aceptar diferencias en nadie por el aspecto físico, el habla, su origen, el color de la piel, las costumbres, la lengua o el vestido, así como por el modelo que cada república estimara conveniente darse para su gobierno, si el pueblo lo consideraba el más acertado; de igual modo, cada uno debería ser libre de interpretar al Señor Dios como

mejor lo concibiese, si lo hacía con honestidad y respeto a los demás. Propósitos que habrían de implantarse sobre todas las tierras, y algún día, sin duda, a toda la humanidad, incluyendo a siervos y esclavos. Todo esto, en su opinión, podría iniciarse ahora, bajo la autoridad de un papa cuyos ideales estaban en lo que dictan las Escrituras, sin apartarse un ápice de cuanto predicara el que una vez se apareció sobre la tierra como Hijo de Dios.

Sin embargo, en medio de este prometedor futuro, no dejaba de exteriorizar temores y celos; porque Su Santidad no era hombre de corte y cortesanos, sino un elegido para vivir en humilde sencillez. El súbito ascenso al pontificado lo tenía fuera de sí, temeroso de todo: del cambio radical en su vida y costumbres, hecho a la pureza de los aires montañoses y las inmensidades desérticas, y ahora rodeado, agobiado por multitudes, desde Carlos de Anjou el Cojo, que sin haber heredado las ambiciosas pretensiones de su malogrado padre, presionaba sin descanso para beneficiarse de la situación; o del acoso de cuantos acudían a raudales, mendigando prebendas y empleos, a los que no sabía resistirse; aunque su miedo más profundo estaba en los cardenales, ante quienes no podía dejar de sentirse como un intruso, impresionado por su refinamiento, su lenguaje, los elegantes modales y aquella amplia sabiduría y destreza en el gobierno de la universalidad católica, de la que continuamente hacían gala, por lo que el atribulado anciano había optado por prescindir de ellos: dejó de consultarles los asuntos de la Iglesia y se dedicó a dirigirla como lo hicieran algunos de sus predecesores de los primeros tiempos, aconsejado por el *presbyterium*; es decir, sus fieles espirituales, inexpertos en negocio de tanta complejidad, todos confundidos en las artes de la maquinaria pontificia, plagada de gente mañosa en su oficio, hábiles en el engaño, buscadores insaciables de cualquier sinecura, de tal modo que las bulas habían empezado a prodigarse indiscriminadamente entre los audaces cazadores de momios, contribuyendo toda esta confusión a amargar día tras día al ya extenuado ermitaño. Tal era su ansia de evitar aquella sociedad que le asfixiaba, que en uno de los salones del castillo se había mandado construir un chozajo, a modo de celda, para hacer su vida de solitario cuando no le obligaban las servidumbres de su altísima dignidad; por supuesto, las ricas vestiduras pontificias le pesaban y fatigaban sobre su cuerpo enclenque, acostumbrado a la ligera ropa que usaba en sus montañas, y más que nada por la vergüenza de aquellas sedas, del oro y los brocados.

Martín estuvo escuchándole sin apenas interrumpir, con interés y con respeto y una buena dosis de admiración, también. Luego se invirtieron los términos y fue Antonio quien escuchó con toda atención, primero al anciano, pues estaba interesado en conocer, por testigo tan próximo, los difíciles acontecimientos vividos durante el anterior papado, con todas las vicisitudes que afectaron a la Orden de Predicadores; no omitió fray Bertrán una velada crítica al recién fallecido cardenal Latino Malabranca, débil mediador en el arduo conflicto que enfrentó al papa y a Munio de Zamora, que según su interpretación, se había mantenido entre la obediencia debida

al pontífice y una servil conformidad a su omnímoda autoridad.

—Pero fue de gran ayuda para nosotros. Por su inspiración fue elegido nuestro santo Pietro en tan largo cónclave, y es lastimoso que luego de aquel soplo, que sí estoy en que fuese de orden sobrenatural, se nos haya ido. En él teníamos un apoyo, y ahora... —le rebatió Antonio.

—Pero el cardenal Malabranca poca fuerza haría ya, a sus casi noventa años, supongo...

—Mas nunca perdió lucidez, que siempre estuvo sobre cuanto miraba tanto a la Orden como a toda la Iglesia. Ahora Su Santidad apenas tiene algún apoyo, que casi todo el colegio anda en veladas protestas, con las miras puestas, sobre todo, en que hay que volver a Roma. ¡Sorprendo a veces cada conversación entre ellos!...

Fray Bertrán, pensativo, deslizó un comentario:

—Creo que el consistorio devuelve la moneda al papa, dado que ha prescindido de su asistencia... Pero lo que veo más lamentable es cuanto dices sobre que los cardenales menosprecian a Su Santidad... En mi opinión esto presenta una situación bien difícil, y habréis de luchar con suma habilidad para que tantos proyectos de los que nos has hablado, si es que conseguís mínimamente imponerlos, no se frustren. Supongo que entre los cardenales habrá quienes apoyen los deseos del papa, que de no ser así tendréis que conquistar la voluntad de alguno que se aparezca más inclinado a vuestras intenciones...

Antonio hizo un gesto de duda:

—No sé de ninguno, pero sí de los peores. Especialmente el cardenal Benedicto Gaetani. Dicen de él que es hombre codicioso de oro y poder, astuto como una serpiente y tan dominado por sus pasiones que con dificultad puede esconderlas. Cuando habla ya se le adivina su condición violenta... Oí contar de su furia, renegando del mismo Espíritu Santo por lo que entendía una burla inspirada a nuestro venerable Pietro por renunciar a enterrarse en esa Babilonia que es Letrán. En verdad, pienso que ese hombre es capaz de cualquier monstruosidad por situarse por encima del mundo entero, y así lo he escrito, con todos mis recelos, al hermano Jacopone Todi.

—¿Jacopone, el franciscano? —Fray Bertrán pareció sorprendido.

—Es nuestro más sólido sostén, y todos estamos confiados a sus recomendaciones para que sirvan al santo Pietro como mejor guía contra tanto enemigo agazapado.

Más tarde, fray Bertrán contó a Martín acerca del aludido Jacopone, libertino, poeta, vividor en otra época; ingresado en los espirituales franciscanos, al parecer se había convertido en el más firme seguidor de Celestino Quinto, de quien era su principal consejero, haciendo una vida tan ascética como la de su maestro. También le dejó saber sus temores respecto a la situación en que se encontraba la Iglesia, a cuyo frente se había instalado a un hombre que estaba hecho para vivir en la realización del ideal cristiano, esto es, la santidad; pero en aquellos tiempos la Iglesia

era ya un poder omnímodo y absoluto, con obligaciones y responsabilidades que iban más lejos de lo espiritual, porque era guía universal del mundo, con todas las bendiciones y las contras, el favor y el odio, repartidos entre los intereses y las ambiciones de unos y otros. Auguraba un tiempo de tensiones y atropellos, no nacidos precisamente de la eterna rivalidad interesada de los reinos, que parecían contemplar la situación vigilando sus resultados, sino desde dentro del mismo seno de la Iglesia.

—Efectivamente, tal que dijo el padre Antonio, el cardenal Gaetani, que conocí siendo legado en Francia, es hombre ambicioso. Pero ¿quién no lo es de entre los cardenales? No obstante, Gaetani es el más inteligente, por tanto el más peligroso, capaz, para lograr sus fines, de impedir que se mantenga una paz que nos reconcilie con nosotros mismos. —E insistió—: Benedicto Gaetani, según deduzco después de todo lo que tenemos oído y visto, desde que Pietro de Morrone es papa se aparece como si aceptara todo, pero creo que, siendo tan sagaz, ha decidido quedarse agazapado, como una fiera salvaje, esperando su oportunidad. Confío en la bondad del Cielo para que no ocurra una catástrofe, que tanto daño nos haría, como tantas que ya golpearon sobre el papado y sobre la Iglesia.

No tardaron en aparecer los primeros fríos de noviembre; se iniciaba el año eclesiástico, y Martín, dispuesto para honrar, como tenía por costumbre, a su santo patrón, el obispo de Tours, aceptó la sugerencia de otro religioso de su mismo nombre de trasladarse hasta un pequeño santuario al otro lado del golfo napolitano, cerca de Sorrento, donde se veneraban unas reliquias que se decía que eran del apóstol de los pobres. El motivo más solemne de los actos que allí iban a celebrarse era la recepción de un enorme lampadario de plata, superior en tamaño y luces a lo acostumbrado, para iluminar al Santísimo, una donación de los protectores del templo para beneficio de sus almas y razón para que se disfrutaran unos días de emotiva festividad religiosa. Como de costumbre, sus misas fueron aplicadas a su imborrable recuerdo de Alejandra.

Cuando regresó a Nápoles recibió una noticia que lo dejó estupefacto: Celestino Quinto había celebrado un consistorio secreto al que asistió la congregación de cardenales, como era obligado, pero permitiéndose la licencia de mantener a su lado, como asesores o refrendarios, a tres de sus más fieles consejeros. Allí escuchó propuestas y observaciones, tanto concernientes a la marcha de la catolicidad como a las relaciones de la Iglesia con el mundo; Su Santidad confirmó diócesis, sancionó disposiciones y otras ordenanzas. Luego procedió al nombramiento de siete nuevos cardenales, de los que cuatro eran franceses —la influencia de Carlos el Cojo era evidente. Entre los demás, uno de ellos era fray Bertrán Oliver.

Sorprendido y emocionado por la decisión del papa, lleno de contento, apenas tuvo ocasión de encontrar a Antonio se lo dijo:

—Fue idea tuya, ciertamente.

—Ciertamente.

Y con el tono mesurado y grave adquirido en los últimos años, Antonio confesó a Martín todos los temores que a medida que transcurrían los días se le iban haciendo más patentes. Él y sus hermanos espirituales venían observando con inquietud aquel profundo abatimiento que parecía invadir, cada vez más insistentemente, el ánimo del pontífice. Durante el tiempo transcurrido después de su instalación en Nápoles, el anciano ermitaño, en lugar de afianzar su estado entregándose totalmente a la altísima tarea encomendada —puesto que la había aceptado— y agarrar firme el timón de la Iglesia con todo el enorme poder de que estaba revestido, no abandonaba la timidez que era su natural, ni los mismos miedos que le atenazaron desde el preciso momento en que se hizo cabal cuenta de la magnitud de una empresa a la que, tal vez precipitadamente, se había entregado. Los nuevos cardenales, era cosa sabida, al formar parte de la élite de la Iglesia harían causa, con sus partidismos, del encono de sus colegas por alcanzar las más altas cotas. Por tales motivos, Antonio, conociendo bien la integridad de fray Bertrán, había juzgado la posible ayuda que éste podría prestar a la causa evangélica, sirviendo de contrapeso a toda la violencia que muy pronto, a juzgar por cómo se perfilaban las cosas, no tardaría en desatarse. A los demás consejeros áulicos, incluso a Jacopone da Todi, pareció bien la estrategia, y así, entre los nombres de aquellos que iban a ser *incardinados*, se mezcló el del dominico.

—Mas temo que llegamos harto tarde. Hemos sabido...

Y le contó el rumor que corría por la curia, filtrado nadie sabía por quién, sobre ciertas voces que en el silencio de cada noche llegaban hasta el retiro del atribulado ermitaño, como venidas del Más Allá, aconsejándole unas veces, amenazando otras con los castigos infernales, para que se retirase y cediera su pesada carga a alguien con más fuerza para realizar cumplidamente los deseos del Espíritu de Dios. Algunos, y el confundido anciano el primero, creían firmemente en lo sobrenatural de tales avisos, lo que se evidenciaba en el aspecto con que aparecía cada mañana, con visibles señas de vigilia, cansado y lleno de perplejidad y angustia. Pero mentes más suspicaces ya acusaban al fautor de lo que se calificaba como siniestra conspiración, que no podía ser otro que el astuto cardenal Gaetani, ayudado por sus secuaces.

—Agrega a todo esto que el Santo Padre va ahora de continuo en misteriosas conversaciones con él, cosa que en modo alguno puede ser buena. Gaetani, no sé si odia, aunque lo afirmaría, pero sí que desprecia a nuestro hermano.

Rumores y sospechas que no tardaron en salir a la luz estruendosamente, provocando la alarma entre los seguidores de Celestino, temerosos de que sus esperanzas en el nacimiento de una Iglesia Nueva, reformada, se convirtieran en humo de pajas, y en el rey Carlos, para quien el nombramiento de un nuevo pontífice salido del seno de aquellos soberbios cardenales que tan bien conocía, y especialmente Benedicto Gaetani, del que venía manteniendo una sorda enemistad

desde los días del prolongado cónclave, iba a suponerle la pérdida de influencias.

Pero todas estas protestas las acalló el papa, conformando a unos y otros respecto a su decisión de continuar en la Silla de Pedro sin atender a los supuestos avisos celestiales.

El día 13 de diciembre, que festejaba el martirio de santa Lucía de Siracusa, Celestino Quinto convocó el consistorio cardenalicio. En él no se plantearon consultas de ninguna índole, ni se hicieron nombramientos, ni se otorgaron dignidades. El papa se limitó a leer, desde la majestad del trono pontificio, con voz temblorosa, un documento por el cual renunciaba a la dignidad que ciento sesenta y un días antes proclamaran casi todos aquellos atónitos testigos que escuchaban, sin apenas respirar, tan sorprendente declaración. Luego le vieron descender la escalinata, desvestirse de las prendas que hasta entonces estuvo obligado a llevar y abandonar el salón. Cuando reapareció había vuelto a cubrirse con el viejo hábito de su Orden, que posiblemente le hacía sentirse vuelto a la libre independencia anterior a aquella tan encumbrada y tan penosa época, demasiado para su humilde condición.

Tan sólo diez días permaneció el papado en sede vacante. Durante éstos, el colegio de cardenales estuvo recogido en cónclave para designar a un sucesor, y en la Navidad de aquel mil doscientos noventa y cuatro, casi por unanimidad, resultó elegido Benedicto Gaetani, que habría de coronarse con el nombre de Bonifacio Octavo.

Poco más de una semana prolongó su permanencia en Nápoles el nuevo pontífice, porque tan anómalo cambio en la suprema magistratura de la Iglesia se había producido envuelto en una serie de rumores que achacaban al designado supuestas maquinaciones de las que se valiera para producir la renuncia de Celestino, rumores que los seguidores de éste habían difundido por todo el país, soliviantando los ánimos de los decepcionados napolitanos. Esto provocó que Bonifacio, aun abandonando parte de su equipaje, ordenara con toda urgencia ponerse en camino para así evitar el riesgo de una posible agresión, al tiempo que devolvía a Roma la capitalidad del mundo cristiano. Lo sorprendente fue que, en lugar de dejar a su albedrío lo que respecto a su persona decidiera su antecesor —quien no ansiaba sino volver a la soledad de sus montañas—, mandó que éste se uniese al cortejo papal.

—Benedicto teme que el hermano Pietro pueda provocar un cisma, lo que no estaría muy lejos de la verdad, pues andan los ánimos bien soliviantados —había dicho el cardenal Oliver a su sobrino.

Porque ya se habían producido algunas manifestaciones, alguna revuelta, incitada la población por los descontentos monjes fieles al papa dimisionario. Tanto, que incluso corrió seriamente el rumor de una trama bien urdida para acabar con la vida

del flamante pontífice.

Observó Martín cómo su pariente, aun guardando aquella peculiar reserva que era el modo con que acostumbraba a moverse entre los complicados vericuetos de la Iglesia, al parecer se sentía cómodo —tal vez expectante— con la reciente dignidad de que se veía investido. Lo de ser príncipe de la cristiandad, sin duda que no dejaba de halagar su naturaleza humana, aunque fiel a su carácter —que sería como un continuo, cínico escepticismo, con mezcla de su natural condición epicúrea— se mantenía como si todo fuese un espectáculo del que él formara parte, un poco entre los actores, también entre un público cuyos juicios críticos se cuidaba bien de reservar para su fuero interno. Curiosamente, a todo lo largo de su carrera no había dejado de formar parte entre los protagonistas de una serie de situaciones que parecía le empujaban hacia delante, con sus tropiezos y dificultades, pero siempre avanzando, desde los días en que fue destacado y privilegiado funcionario en Letrán hasta la conjuración siciliana contra los anjevinos, o en la pugna que enfrentó al papado con la Orden Dominicana; esta vez, en medio de unas tensiones que toda la diplomacia pontificia trataba de ignorar, de nuevo se elevaba a las cimas del poder, dudoso de su postura, probablemente lleno de desconfianza. Lo que podía calificarse de precipitada huida de Bonifacio Octavo también respondía al imperioso deseo del papa de abandonar una tierra que su orgullo consideraba impropia para servir de marco al supremo reino del universo, que necesariamente habría de regresar a Roma. Y así, era en Roma, cuna del pensamiento del mundo civilizado, cabeza de la verdadera religión desde hacía trece siglos y sede de cuantos Césares impusieron sus leyes por todo el orbe, donde tenía decidido hacer su entrada triunfal y coronarse para resucitar, en lo posible, el esplendor de aquellos Césares.

La comitiva del papa, repartida en diversos cortejos —el propio de Bonifacio, los cardenales, la curia—, bastante numerosa, por tanto, empezó a dirigirse hacia el norte. Con fray Bertrán viajaba Martín, y tratando de aliviar los renovados miedos del desgraciado Pietro de Morrone, varios de sus fieles, entre los cuales el padre Antonio del Sasso. En uno de los primeros altos del camino, que se hacían al paso de poblaciones que aclamaban al pontífice con alegres fiestas, Martín habló a su pariente. Llevaba unos días entrevistándose asiduamente con Antonio, quien le contaba del ánimo deprimido de su maestro, lleno de aprensiones por la despótica imposición de su sucesor al obligarle a ir a Roma, como un prisionero, cuando el pobre viejo lo que ansiaba era volver a su vida anterior al nefasto período en que se vio obligado a ejercer unas funciones que le repugnaban. Entre varios de sus seguidores estaban planeando la fuga del ermitaño, y volver a Monte Morrone.

—No creo que Benedicto, cuando lo sepa, acepte el hecho con pasividad. ¿Acaso estás pensando unirte a ellos?

Martín se vio obligado a confesar:

—Aunque sea impropio de lo que entiendo mi deber, lo tengo decidido: iré.

No le hizo ningún reproche; sólo advertirle de cuánto arriesgaba, pues la aventura no dejaría de estar llena de peligros. En respuesta, Martín besó respetuosamente el anillo del cardenal y éste, cuando le abrazó, no pudo contener alguna lágrima asomando en sus vivos ojillos enmarcados de arrugas.

Aquella misma noche los fieles del dimitido pontífice se separaron de la comitiva, y en medio del duro frío de aquel enero, esquivando pueblos, caminando por lo más desierto del país, la pequeña partida fugitiva se encaminó hacia aquel horizonte cerrado por las altivas cumbres arropadas en su manto de nieve, que eran como su esperanza.

Martín se encontró de este modo formando parte, aunque no integrado entre aquellos monjes seguidores del ascetismo practicado por su maestro. Alojado en el monasterio cabeza de la Orden, en las montañas de la Maiella, cambiaron sus deterioradas ropas por las que vestían aquellos espirituales: un hábito blanco y escapulario y capillo negros.

Durante días reflexionó sobre si sería capaz de formar entre aquellos fieles intérpretes del Evangelio, cuya vida austera justificaba su aspecto demacrado, fruto de una continua mortificación, e incluso confió a Antonio del Sasso cómo le parecía que habría de ser sumamente gratificante, en su opinión, formar con los seguidores del que hasta hacía poco fuera cabeza suprema de la Iglesia. Confiado en una respuesta que le ayudara en sus proyectos, la que obtuvo de su amigo no fue sino más bien enigmática y contradictoria, lo que le hizo pensar que volvía a su revolucionaria militancia de siempre, o a su inconformismo de siempre:

—¿Hablas, simplemente y por lo que entiendo, de cambiar tu hábito? ¿Unirte a los seguidores de Pietro? Te diré: yo mismo, ahora, ya no sé si estoy donde debo estar. Porque ¿acaso tiene el hombre certeza de hallarse en el verdadero camino? Los hay infinitos, cada uno con miles de leguas, y con dificultad llegarás a saber si elegiste el acertado... ¡Ay, cuán desgraciado, cuán necio, el que se dedica torpemente a pensar, a querer encontrar la Verdad desechando patrañas e imposturas, huyendo a hipocresías y mentiras! Me admiran, aunque haya pocos, los que creen rectamente en sus principios y los mantienen como inmutables dogmas, y son fieles a ellos para siempre, sin hacerse preguntas que enturbien su engañosa felicidad. Cómo envidiaría, si no me repugnase, a quienes usan de toda clase de mañas para encumbrarse y vivir en la necia torpeza de la vanidad mundana. Así que ¡cuánto mejor ha de ser comportarse como enseñan los tiempos! Ser hoy tu amigo y mañana, si estorbas mi camino, venderte a cambio de oro o poder; aceptarlo todo, navegar en la mentira y fingir, esperando la ocasión de clavarte una daga en el costado y ocupar tu sitio... Quedaría confiar en el milagro —sonrió—. Pero ¿de qué sirve, si la maldad es más fuerte y no tarda en destruir cualquier esperanza de bondad, de verdad, de virtud? Mira cuán poco ha tardado el destino en acabar lo que muchos creíamos el renacer de una Nueva Era... ¿Y hablas de unirte a estos vencidos? Padre Martín, créeme: te

confieso que sigo con ellos por piedad, viéndolos tan desesperanzados, tan deprimidos... Y tal vez, iluso de mí, todavía confío, sí, en el milagro, en la llegada de Algo... Un Algo capaz de acabar con el Mal y trastornarlo todo... Pero mi desconfianza es más fuerte que mi esperanza, porque sé que difícilmente se borrará del hombre tanto sentimiento pecaminoso del cual no abjurará nunca. Siempre me admiro de los que aún creen que toda esta repugnante humanidad sea la obra de un Dios sabio y bueno...

—Antonio, te lo ruego, ¡que hablas casi como los herejes!...

—Es posible. Pero no es invención si digo que vivimos en un mundo donde se adula al que alcanza la llave que todo lo abre: la riqueza. Con ella tienes poder, acatamiento, respeto, y si para alcanzarla utilizaste medios condenables, no has de sentir temor: los sufragios pagados con tu dinero obrarán el milagro de sacar tu alma del abismo.

—Pero yo...

—Y tú... En verdad que ignoro si sigues un ideal, como antes, aunque sea distinto al que yo persigo, o si, a tu modo, buscas la forma de triunfar en la vida... O, simplemente, si es que has aceptado vegetar arrastrado en esta marea de los tiempos hasta el fin de tus días... Pero siendo tú el único amigo en quien siempre confié plenamente, ¿cómo podría ahora aconsejarte de unirme a los perdedores?

El monasterio de Maiella estaba muy lejos del palacio de Letrán, y hasta del mundo; allí llegaban pocos ecos de cuanto sucedía fuera del círculo de sus montañas y sus valles. Fue desde una de las veintitrés casas con que se había extendido la Orden que los espirituales recibieron la alarmante noticia: el papa Bonifacio no supo de la fuga del ermitaño hasta llegar a Roma, y al enterarse, como le pedía la violencia de su carácter, montó en cólera. Y dio instrucciones para inmediatamente salir en persecución del huido, detenerlo y conducirlo a su presencia.

Cuando se avisó la proximidad de los contingentes armados que venían acercándose en cumplimiento de las órdenes de Su Santidad, una nueva inquietud sobresaltó a la comunidad: Carlos el Cojo, olvidando diferencias y guiado por sus intereses, pensó que la captura del rebelde podría bienquistarlo con quien ya adivinaba, si llegara a tenerlo enfrente, como un peligroso e implacable enemigo. De modo que envió también su gente para hacer entrar en razón al terco anciano.

Comenzó entonces una arriesgada huida a través de las montañas, franqueando peligrosos pasos, arrostrando las inclemencias del invierno; el desgraciado Pietro de Morrone, si algo temía, era ser cautivado en aquella corte donde reinaban la vanidad y el vicio, aunque sus seguidores no fuesen tan confiados, que la amenaza, en caso de ser capturado, podía ser de consecuencias mucho más lamentables.

—Martín, ya lo ves: la Providencia nos abandona, nos obliga a huir, apoya al Mal... Hemos estudiado la situación y, tal que la vemos, no nos queda más recurso

que abandonar Italia. Que el brazo de Benedicto es tan largo como su condición es pérfida y cruel. Trataremos de refugiarnos en Grecia.

—Yo voy con vosotros —soltó de inmediato. Y no supo de dónde saliera lo que más tarde consideró una absurda resolución.

Unido al grupo de monjes que protegían a su maestro, cuando llegaron a la costa adriática se concertó con el patrón de una embarcación capaz de llevarles por las más de trescientas millas de mar que les separaban de su objetivo. Pero ya desde el primer momento sintió como una intuición y adivinó que los hados —la Providencia, había dicho Antonio— no eran propicios a la aventura; cuando subieron a bordo descubrió en sus compañeros de fuga, aquellos hombres resueltos llevados de su empeño en la defensa del pobre anciano, que les ganaba un desasosiego que hacía más patente el demacrado aspecto de sus rostros afilados por el ayuno y la disciplina; porque la nave se movía, agitada por una mar que llenaba de aprensión a casi todos, desconocedores de tan inquietante experiencia.

Zarparon, confiados en la protección de los Cielos. Pero tal como ya le avisara su corazonada, las oraciones no debieron llegar a su destino, porque apenas iniciada la navegación se desató una violentísima tormenta que obligó al patrón, temeroso de que se perdiera todo, buque y hombres, a regresar a puerto.

El desembarco fue una apoteosis, porque la gente agolpada no hacía más que aclamar al que consideraban verdadero papa, su papa, prodigando insultos de todos los calibres al cardenal Gaetani, para quien como más suave no deseaban sino la muerte.

Y ahí terminó la huida. Porque las fuerzas del rey de Nápoles, al reconocer al anciano, poco esfuerzo hubieron de hacer para apoderarse de su persona y repeler con toda brutalidad a los que se oponían a su secuestro.

Un mes más tarde, quien durante tan breve período se llamó Celestino Quinto fue conducido a presencia del que, tal como deseara, había sido coronado con todo el fausto de un rey oriental. El papa, incomparable en la arrogancia de su talante y de su atuendo, apenas hizo una mueca ante el aspecto derrotado del que ya sería su cautivo, el cual, sin embargo, aún fue capaz de arrancarse al mutismo que le causaba su situación; alzando la cabeza, clavó la mirada en aquel magnífico gigante que era Bonifacio Octavo, y con la voz débil que venía arrastrando durante toda aquella época de sufrimiento y humillaciones, como profetizando:

—Entraste como un zorro, reinarás como un león... Morirás como un perro.

Vaticinio que se cumplió en todas sus partes.

XXXV

Sin proponérselo, por toda la serie de circunstancias concatenadas que le habían trazado un camino tan ajeno a lo que fue su ordenada vida, Martín se sintió convertido en una especie de proscrito, aceptando la hospitalidad de aquellos hermanos, dentro de una comunidad extraña, donde la austeridad más absoluta era regla primordial y la religión se practicaba rozando un cierto fanatismo que recordaba las vidas de los primitivos anacoretas; todo lo cual podría considerarse encomiable si se comparaba con la descarada entrega de la Iglesia a las vanaglorias del mundo, desde el flamante Vicario de Cristo al último beneficiado del altar, pero que a él le parecía excesivo por aquel modo de consagrarse a la mortificación, el ayuno y el sacrificio, lo que se hacía bien patente en el demacrado aspecto —que siempre, muy a su pesar, le había desagradado— de cada uno de los miembros de la congregación. Sin dejar de admitir toda la admiración que le producía el comportamiento de aquellos que habían empezado a llamarse Celestinos en honor a su fundador, entendió que tampoco era éste el camino capaz de guiarle hacia una entrega sin ambigüedades en respuesta a sus inquietudes.

Fray Bertrán le había recriminado en diversas ocasiones, blanda y paternalmente pero con cierta energía, su pasividad dentro de la profesión, que vivía en aquella especie de inercia, sin el menor atisbo de ambición para promocionarse, para ascender dentro de la jerarquía, o al menos obtener un más concluyente reconocimiento a sus méritos intelectuales. Estaba seguro, y no dejaba de dolerse por ello, de que su pariente debió de experimentar una cierta frustración al verle alejarse de su lado, donde tendría muchas más posibilidades para alcanzar un puesto de relieve dentro de la Iglesia, «sin prestar oído a tanta exagerada crítica de algún inconformista revestido de supuestas ortodoxias, ni a posturas sentimentales que no encierran sino un fondo de arriesgada aventura, donde en primer lugar aparece mi amado Antonio del Sasso, a quien un mal día veremos encerrado en el muro»,^[36] le había dicho, cuando fue a despedirse, camino de aquella arriesgada huida en pos de quien, como decimasexta cabeza de la Iglesia en el siglo, fuera el papa Celestino Quinto.

Pero no podía evitarlo. Sin negar, en su fuero interno, el acicate de una cierta vanidad que le gustaría ver compensada si el fruto de sus estudios, plasmados en aquellas obras cuyas copias figuraban ya en la biblioteca de algún convento de la Orden, en la de algún estudio general, e incluso en Roma, alcanzara alguna resonancia, sentía como un deber irrenunciable, primordial, afianzar sus propias creencias, profundizar en ellas y, desde luego, hacerlo con sinceridad.

En cierta ocasión, durante el breve lapso en que el papado residió en Nápoles, refiriéndose a sus trabajos, se atrevió a comentar sus inquietudes con Antonio. Éste no tuvo reparo en hacerle una crítica, siempre tan acerba como de costumbre cuando algo no estaba plenamente de acuerdo con sus levantiscas ideas: «Yo, bien que cuidaría de invitarte a ir por caminos que estén fuera de tu pensar. Pero lo cierto es que nunca desvelas nada, no propones nuevos modos sobre cómo puedan maridarse esas dos grandes inquietudes de la humanidad, la religión y el mundo; no buscas conjugar la racionalidad con la fe, cual hicieran y tratan de hacer tantos, aun con riesgo de la libertad y hasta de la vida, sino que sigues aceptando ciegamente cuanto aprendiste en los viejos métodos, sin apoyo alguno en una lógica razonable, siempre amarrado a los mismos conceptos dogmáticos que en conjunto no son más que vana retórica, palabras puestas unas tras otras y mismamente, juegos de palabras. Nada más... Me cuesta trabajo saber que aceptas tanta pobre verborrea, la mayoría de las veces expuesta en un horrible latín sin elegancia, lo que ya te predispone a ignorar al inculto creador de tanta conjetura sin la menor base para su credibilidad, que sólo aprueban otros conformistas de similar condición, entre los que lamento verte incluido... Pero, te digo: no osaré cambiar tu pensamiento si decidiste andar por las mismas trilladas sendas que nunca dejaron de manifestar las mismas fantasías, comulgando ciegamente con tus maestros y repitiendo a los de siempre, los de tu eterna devoción... Que hasta diría que permaneces fiel a tanto concepto infantil de lo que aprendíamos en el *Chatolicon*: esa especie de mamotreto que aún sigue torturando a la gente con su horrenda pintura de un mundo del que también formamos parte, y que no está tan mal, aunque no sea perfecto, pese a ser obra de un aficionado»... Molesto por lo que entendiera como menosprecio de su labor, Martín había gruñido: «¿Qué, entonces? ¿He de revolver mis principios de toda una vida, mi fe y mis creencias, abjurar de todo cuanto deseo fervientemente que sea de incontestable certeza sin la más mínima posibilidad de duda? ¿Tal vez encabezar una nueva filosofía del cristianismo a medida de nuevas fórmulas para convulsionar a la Iglesia y provocar nuevos enfrentamientos entre cristianos, como sucedió tantas veces y como sucede tan a menudo, todo por la vana intelectualidad de algunos? ¿Tendría que aplaudir la inseguridad y la confusión de tus planteamientos, esos que prodigas en tus discursos, que si en principio creí escépticos, cada vez advierto más en ellos un fondo de verdadero ateísmo? ¿Habría de alentar, y seguir, a todos cuantos os creéis en posesión de la verdad absoluta?» Antonio se había quedado mirándole con algo que Martín interpretó casi como una divertida mueca; seguidamente estalló en ruidosa carcajada, expresión de su carácter de siempre, que ya apenas dejaba ver en alguna ocasión: «¿Es que estoy en posesión de la verdad! —rió, divertido. Y cuando recobró la seriedad—: Padre Martín, tan sólo se debe ser fiel a la razón; aceptar lo manifiestamente auténtico, irrefutable, y mantener una cauta vigilancia sobre lo que sólo se presenta como incierta interpretación, ilusoria fantasía o un deslumbrar que incluso podría nacer de buena fe, pero que termina en la falacia y el error. Verás que

es bien simple. Sobre eso tendrías que ahondar en tus razonamientos».

Con lo cual no consiguió sino enmarañar más sus ideas, sumirlo en las acostumbradas cavilaciones y preguntas, ahora con una lastimosa sensación de tiempo perdido, dolido por lo que podían ser, en efecto, años de investigación que serían tildados de trabajo inútil. ¡Ah, si su inolvidable Alejandra pudiese estar a su lado!

Apaciguada, al menos aparentemente, toda la conmoción que durante el tiempo más reciente había sacudido al mundo católico, volvían sus inquietudes: necesitaba encontrar la vía que diese satisfacción a cuanto le preocupaba. Entonces se le ocurrió: meses atrás la Orden le había propuesto para dedicarse a la predicación en ultramar, un destino que abortó la influencia del ahora cardenal Oliver; sin duda, la realización para un dominico no podía tener más alta misión que difundir la palabra de Dios entre infieles. Mientras su cerebro barajaba lo que, cuanto más lo pensaba, más le parecía idea de inspiración casi milagrosa, se dedicó a reflexionar sobre lo que había sido su vida hasta entonces, de cuyo examen sacó una lamentable confesión de insatisfacciones, salvando algunos capítulos de imperecedera huella en sus todavía cortos años. Esa conclusión le hizo aferrarse a lo que seguía considerando como un lenitivo para la confusión en que se debatía, atrayéndole cada vez con más fuerza: marchar lejos; porque volver a enclaustrarse en un convento, dedicarse a catequizar niños o adultos, o, con suerte, explicar las escrituras en un colegio, y, si alcanzaba lo ideal, en una universidad, despierta ya su imaginación a la idea de dedicarse a la predicación en tierras exóticas —tan distinta, suponía, a la experiencia vivida diez años atrás en el Languedoc—, sin duda sería de lo más gratificante, y además, el mejor de los desafíos. No quiso intentar el menor esfuerzo para desechar dudas, consciente de que aquel deseo no encerraba sino una incontenible necesidad de alejamiento, casi una obsesión; ahora, incluso aquellos reparos en cuanto a su oratoria le parecieron carentes de importancia, banales. Iría. Así que con toda humildad, buscando que su poco afortunada deserción quedase desapercibida entre los muchos problemas personales —y menores— que la Orden, generosamente, hacía por olvidar, se puso en contacto con el colegio de misiones. De igual modo, comunicó su decisión al cardenal Oliver.

No transcurrió mucho tiempo sin que recibiera noticias de Lemberg. Aceptaban su propuesta, naturalmente; primero, porque la predicación fuera de las naciones cristianas era considerada de máxima importancia, estándose precisamente en aquellos días por incrementarla en los países donde se seguían los errores de Mahoma; y luego porque Martín, pasado ya por la escuela preparatoria de misiones, con su conocimiento del habla de aquellos pueblos, sus experiencias, a más de seguir siendo considerado elemento valioso dentro de la Orden, sería el más idóneo para ir a tierras de moros. Y la indicación de que se trasladare inmediatamente a Nápoles,

donde recibiría instrucciones.

Haciendo los preparativos para su marcha se sintió —y se lo confesó a sí mismo, un poco burlescamente— infantilmente feliz ante la perspectiva de su partida; proyecto del que ya informara a Antonio sin que éste, en contra de su costumbre, le hiciese apenas comentario. Pero una de aquellas tardes vino a su encuentro, entrando directamente a contarle, con aquel aire llano y espontáneo de otros tiempos que paulatinamente parecía ir recuperando, de cómo desde hacía años venía siendo objeto de la atención del Santo Tribunal, que en varias ocasiones le había pedido explicación a cuenta del contenido de dos de sus obras. Las dilaciones legales para evitar encontrarse con el juez inquisidor estuvieron demorando el procedimiento; pero entre tanto había aparecido otro de sus escritos, difundido en Venecia, nuevo objeto de curiosidad por parte de la Inquisición, lo que había provocado las pertinentes actuaciones. Como quiera que durante los pocos meses en que Pietro de Morrone fuera papa, la justicia inquisitorial, quizá moviéndose prudentemente, no efectuó actuaciones en su contra, esto no significaba que el asunto estuviese olvidado, sino que un auto pendiente de resolución continuaba tan vivo como el día en que se incoó la denuncia. Y acababa de recibir citación, en la que se le invitaba a trasladarse a Roma para responder de una diversidad de proposiciones que sus respuestas anteriores no habían aclarado y que, reiteradas en su más reciente escrito, motivaban la curiosidad de los jueces, ante quienes estaría obligado a explicar con mis razonamientos todo cuanto aparecía de dudoso.

—Yo sé, de bastante tiempo atrás, que me tienen como a cualquiera de los que se aparecen señalados por atreverse a analizar fríamente muchas cosas de nuestra doctrina, lo mismo que a quienes sacamos conclusiones fuera de lo decidido; que ya lo proclamó san Pablo: «Anatema contra todo el que predique un Evangelio que no sea el mío»... —Sonreía, irónico—: De modo que van persiguiéndonos a unos y otros, metódicos, sin prisas, como a ese revolucionario inconformista, el franciscano Delicieux...

—Un hereje.

—... y contra muchos de nuestros propios hermanos, en París, en Colonia, cuyos escritos tengo leídos... Como sucederá a Guillermo Duranti, me temo, pese a sus muchos años de provecho en Roma y a pesar del aprecio, según sé, en que le tiene el mismo Bonifacio de mis pecados. Como sucediera a Roger Bacon, a quien muchos tenían por mago, por nigromante, que trataba con un demonio que le inspiraba fantasías heréticas... ¡Valiente estupidez!

—Era voz común que fuese un hechicero.

—¿Por qué? ¿Por aquellas curiosas y divertidas ideas, como lo de que el hombre un día podrá volar, o que grandes naves surcarán los mares sin ayuda de remos ni velas? ¿Por esas ocurrencias que no hacían mal a nadie? —Con un gesto dio a entender el poco interés de tales simplezas—. Pero yo no deseo que me ocurra como a ellos. Si me piden que me retracte de cuanto tengo meditado y puesto por escrito,

no lo haré, salvo que me puedan demostrar mis supuestos errores, cosa que, sin pecar de orgullo, dudo, puesto que la Iglesia sigue repitiendo, incansable, desde siglos, su misma oscura doctrina, sus conclusiones vacías de razón y, por tanto, al menos para mí, tan inaceptables. Pero tampoco tengo vocación de mártir, ni de santo, que mi intención es la de durar lo necesario para denunciar a tanto doctor del absurdo, a tantos pensadores que no hacen sino copiar y repetir a otros incomprensibles varones que malgastan páginas y páginas con sus conceptos huecos... Así que no iré a Roma. Pero se me viene ocurriendo que sí marcharía contigo, por el gusto de acompañarte, desde luego, y hasta puede que lejos de toda esta fetidez encuentre hueco para vivir con la libertad y la independencia que amo.

Esas palabras en un principio desconcertaron a Martín, porque la compañía de Antonio supondría el peligro de sufrir, en permanente vecindad, la influencia de su heterodoxia, con mucha más asiduidad que en Italia; le alegraron luego, porque su amistad era superior a cualquier otra idea; y a continuación ya no hizo, con ayuda de su amigo, sino estudiar concienzudamente el modo para realizar sus planes. Seguidamente partieron para Nápoles.

Alojados en el convento que los predicadores tenían en la villa napolitana, Martín hizo su presentación para recibir las instrucciones relacionadas con su misión. Su destino, tal como ya le adelantaran, sería alguna de las ciudades que en la Europa hispana se mantenían bajo dominio sarraceno, adonde iría para ejercer su labor. Volvieron a recordarle la variedad de cuestiones ya advertidas durante su estancia en la preparatoria, donde como primera observación, y parecía ser cosa fundamental, habría de usar de la moderación, el tacto e incluso sus posibles dotes de seducción cuando explicase la doctrina cristiana a una gente diabólicamente hundida en su torpe fanatismo; luego, olvidar la imprudente exaltación de tanto entusiasta dedicado a encomiar las actitudes de quienes perdieron la vida en tierras de paganos, no por celo religioso, sino arrastrados por la soberbia que les producían sus propias convicciones, que dejaban de ser espirituales para convertirse en peligrosa altivez, provocación y desafío a cuantos rechazaban sus argumentos. Ni la cristiandad ni la Orden necesitaban mártires, sino hombres capaces y, naturalmente, vivos.

Ése sería su cometido; luego, colaborar, auxiliar en lo posible al clero secular y las otras Ordenes, especialmente las dedicadas a redimir cautivos, sosteniendo la fe y aliviando en las penas del exilio a cuantos cristianos sufrían esclavitud, pero siempre guardando una independencia, una distancia entre su misión y el trabajo de los otros frailes, y Martín lo tradujo en aquel afán de competencia, de laureles no compartidos.

Asimismo le informaron de quién sería su acompañante: se notaba del padre Karl, a quien Martín ya conociera en Lemberg, como enseñante en la escuela de misioneros. Noticia que a su pesar no le fue demasiado grata; recordaba al padre Karl como un hombre mayor que él, ascético, perfeccionista, en cuyo rostro pocas veces

afloraba una sonrisa, y cuyo agrio carácter corría parejo con el de muchos de sus paisanos de la Helvecia lindante con los suabos. Pero la Orden había estimado, posiblemente sin error alguno, que su colaboración daría más posibilidades para obtener algún fruto.

Transcurrieron unos días que Martín y su amigo invirtieron en buscar el modo de introducir a Antonio en la misión, cuestión que no se presentaba muy fácil; fue entonces que, se recibió noticia sobre que el padre Karl de Jesús no había podido emprender viaje a Nápoles por hallarse postrado a causa de una tisis reproducida de su juventud, con lo cual no podría cumplirse el programa trazado.

—Nuestro prior tiene ya conocimiento de quién sustituirá al padre Karl de Jesús. Con el padre Eugenius von Singen, que ya anduvo entre mahometanos, podrás valerte bien por esas tierras; sólo falta que acuda a Nápoles, y sabemos que de un día a otro se pondrá en camino —le informaron.

Martín recordó su difícil convivencia junto al padre Bernardo, en Santa Domitila; pensó que tal vez la Providencia reparó en su miseria y acudió en su ayuda, librándolo de la compañía de un severo y rígido fraile que ya desde un principio no era de su agrado; pero entonces, el anuncio de un sustituto del enfermo tampoco le entusiasmó demasiado. Argumentó que sentía un acuciante deseo para cumplir obedientemente con lo que se le había encomendado, su urgencia de partir, y como acompañante postuló a favor del padre Antonio del Sasso, quien precisamente se hallaba acogido en aquella casa. Su propuesta, no supo por qué circunstancias y medio a regañadientes —creyó entender— fue aceptada, con lo que se sintió como si hubiese triunfado en gran batalla. «No es eso, Martín —aclaró Antonio, contento con el resultado de cuantas gestiones hizo su amigo—. Sencillamente, me expulsan; incluso me beatificarán si por azar dejo la vida entre aquellos cerriles paganos, aunque no sea mártir de la fe, sino, simplemente, que muera en un lupanar», rió, ignorando la sorprendida mueca del otro.

Desde que los agarenos habían perdido el dominio del Mediterráneo, la navegación estaba en manos de genoveses, catalanes, písanos y, en menor medida, orientales. Incluso los mahometanos que desde la Berbería, o desde al-Ándalus, viajaban a Egipto, o los que cumpliendo con la peregrinación a La Meca se trasladaban a Arabia, no tenían mejor alternativa que servirse de las embarcaciones cristianas.

Los dos predicadores embarcaron en una coca genovesa, velero de cierto porte que empezaba a verse por aquellos mares y que decían habría de desplazar a las galeras, pues estaba mejor acondicionado para llevar pasajeros y transportar mercancías. Aparte de su mayor capacidad, tenía la ventaja de su economía, pues la ausencia de una tripulación de remeros abarataba los costes. Una dotación de soldados, en previsión de algún encuentro con corsarios o piratas, daba además una cierta confianza a todo el que se arriesgaba a navegar.

Durante la larga travesía, en la que por suerte no faltaron vientos a favor y una mar aceptable, ambos frailes entretuvieron más de una ocasión conversando con el patrón de la nave, buen conocedor de las tierras a las que se dirigían. Sus informaciones y comentarios, añadidos a los ya recibidos, sirvieron para hacerse una idea más ajustada sobre aquel residuo del que fuera inmenso poderío sarraceno en Europa: el reino moro de Granada. Éste, comparado con el vasto territorio que en un principio —seiscientos años atrás— llegaron a conquistar los invasores sarracenos, que abarcó toda Iberia e incluso, en incontenible oleada, les hizo asomar hasta el mismo Ródano, estaba reducido entonces a poco más que una franja al mediodía de Hispania, entre una cadena de montañas al Septentrión, y el mar. Lo que en el pasado fue amenazadora potencia militar, emporio arrollador y opulento, espléndido durante el período califal, foco de una cultura y una civilización tan distintas a las de la cristiandad —y muy superior en infinidad de aspectos—, desapareció ahogado en continuos enfrentamientos entre las distintas etnias de la aristocracia árabe, la belicosa actitud de los berbers, las invasiones norteafricanas y el nulo entendimiento entre todos. No es que su proceder se diferenciara mucho del que era normal en los reinos de la Europa cristiana —guerras, egoísmos, traiciones, sangre, entre unos y otros—, salvo que durante todos aquellos cientos de años jamás alcanzaron una estabilidad, lo que sirvió para que las codiciosas monarquías de castellanos y aragoneses fueran reduciéndolos cada vez más. En aquel momento, cuanto quedaba ya en la península de toda la pujanza mora, el reino de Granada, fundado sesenta años atrás y cuya corona ceñía por ese tiempo Muhammad Segundo, llamado al-Faqih —el Jurista—, por sus profundos conocimientos en la interpretación de las leyes conforme al islam, no existía sino como tributario y vasallo de los castellanos.

El lugar al que se dirigían, Malaqa, era una vieja ciudad existente desde la más remota antigüedad —según decían—, levantada a orillas de aquel Mediterráneo que ahora surcaban. Cabeza de una comarca rica en toda clase de frutos, gozaba especial fama por sus higos y por el vino que producían las viñas que tapizaban gran parte de los montes de la región; tanto, que eran numerosos los poetas, indígenas o viajeros de entre los muchos visitantes de aquella tierra que decían privilegiada —más de uno la calificaba de paraíso— que reflejaban en sus versos tales exquisiteces.

—Pero ¿no les prohíbe su religión el beber vino? —había preguntado Martín.

El genovés rió con ironía:

—Ni los más firmes secuaces de Mahoma osarían renunciar a eso. Y vos mismo, cuando lo probéis, habréis de acordaros de mis palabras.

Conforme la embarcación iba acercándose a tierra en aquel bello atardecer de principios de junio, impulsada apenas por una ligera brisa, pudieron los viajeros admirarse al contemplar el espectáculo de un cielo restallante de azul, sin la mancha de una sola nube, y al fondo la cadena montuosa que envolvía a la ciudad, que ceñida por las murallas aparecía como asomada al borde de aquel mar pintado de índigo.

Moviéndose blandamente entre la numerosa concurrencia de galeras y veleros

que llenaban la ensenada, sobre unas aguas que tenían la aparente quietud de un lago, rodeados y seguidos por una nutrida colección de embarcaciones de todo tipo y tamaño que acudían a su encuentro en medio de una estridente algarabía de saludos y voces, vinieron a fondear entre las muchas otras naves que abarrotaban la ensenada, donde lucían desmayados los pabellones —bermejos, blancos, verdes— de otras tantas naciones.

Un bote los trasladó hasta el muelle de piedra que avanzaba sobre la playa, al pie del amurallado recinto de la alcazaba. Apenas desembarcar ya se vieron rodeados, junto con sus compañeros de travesía, por varios grupos de gente, la mayoría comerciantes italianos, algunos catalanes y algún castellano; caballeros cristianos al servicio del *walí*; curas y frailes; criados y curiosos y media docena de moros; muchos saludaban con el entusiasmo de quienes se conocían de siempre, otros se presentaban con ceremoniosa cortesía, la mayoría riendo, y una o dos damas con los ojos enturbiados por la emoción; y el gesticular incesante de todos en medio del incesante hablar, donde lo que más se oía era la lengua de los genoveses, cada cual en demanda de noticias, abrazados con algún conocido o familiar, llenos de vehementes deseos por saber cuanto acaecía en la cristiandad.

Martín y Antonio fueron amablemente acogidos por la pareja de predicadores que, avisados de la arribada de la nave, habían acudido al puerto. Cambiándose nuevas, contando los recién llegados sobre la Italia pontificia y lo que sabían de otros reinos europeos y escuchando con interés cuanto les comunicaban sus anfitriones, caminaron hasta la aduana, donde los funcionarios malaquíes comprobaron los salvoconductos y formalizaron su entrada; seguidamente traspasaron la más cercana de las puertas de acceso a la ciudad.

Martín, al atravesar la muralla se sintió invadido de la inexplicable, casi enigmática sensación que le producía su entrada en aquel mundo desconocido, extraño, que su mente le tenía fabricado con las Fantasías de la imaginación, del que no sabía sino por las controvertidas referencias tantas veces oídas, siempre vagas, exageradas e inexactas las más. Por peregrina asociación de ideas, de repente le vino el recuerdo de una de las singulares historias que contaba el viejo profesor de geografía en el Saint Jacques de París: la de los fabulosos árboles cuyos frutos se convertían en mujeres, que tanto soliviantara al curso. Sin duda creía en la veracidad del relato con tanta firmeza como en las apariciones de la Virgen o las visiones sobrenaturales de Santo Domingo o de cualquier otro santo; pero ahora que entraba en un mundo tan distinto al que siempre le fuera habitual, se le ocurrió que tal vez podían suceder parecidas y extrañas cosas, lo que le hizo sentirse invadido por una mezcla de prevención y curiosidad. Más tarde, aún enredado en tales ideas, le acudió una frase que Antonio pronunciara cuando venían de una de aquellas conversaciones con el patrón de la coca: «Quizás estamos en el inicio de uno de esos caminos que, sin esperarlo, pueden conducirte a la perfección de tus conocimientos». Y con cierto temor, pensó que también podían llevar a la perdición.

Casi toda la comunidad cristiana se ubicaba en un arrabal amurallado donde convivían religiosos y comerciantes. Consistía en un recinto junto al mar, parte de las defensas de la ciudad, en el que se alzaban seis formidables torres, conjunto al que llamaban Castillo de los Genoveses. En su interior, una serie de edificaciones servían y mezclaban viviendas, tiendas, almacenes, cuadras y una iglesia.

Llegados a las dependencias que ocupaban los predicadores, cuyas reducidas dimensiones, siguiendo los usos árabes, no dejaron de sorprender a los viajeros, éstos continuaron dedicando todo su interés a escuchar de boca de sus anfitriones cuanta información les transmitieron respecto al país, la gente y su misión. Pero sin duda la noticia más preocupante, que mantenía en cautelosa inquietud a toda la nación granadina, tanto a musulmanes como a cristianos, era la del fallecimiento, hacía como un mes, del rey de Castilla, hecho que ninguno de los jóvenes conocía cuando abandonaron Nápoles.

Nacía, pues, la incertidumbre de los acontecimientos, el temor a que los venturosos diez años de paz, desde que pactaran castellanos y moros, se vieran deshechos bajo la virulencia de la guerra; y quizá, peor era la anarquía desatada en Castilla, donde un rey de nueve años bajo la tutela de una madre enérgica, a la que siempre llamaron doña María de Molina, aguardaba inocente a que toda la violencia desatada contra su persona por parientes, nobles y reyes fronterizos, decidieran cuál iba a ser su futuro.

Por lo visto, quienes más inquietos se sentían eran los comerciantes, ya que la guerra, si bien les hacía ganar mucho dinero, era siempre con un riesgo, mientras que durante el largo período de paz en que la economía granadina creció tan notablemente, sus efectos repercutieron del modo más favorable en genoveses, catalanes, judíos...

Al día siguiente ambos frailes fueron avisados para acudir a la acostumbrada *dhyafa*, banquete y agasajo con que en tierras sarracenas se acostumbraba a obsequiar a los huéspedes, en este caso los marinos y viajeros llegados la víspera, y a la que se unieron muchos de los residentes en la ciudad; comida en la que prevalecía un notable regusto a la cocina oriental, abundante en especias. Y donde ocasión de probar aquel vino del que oyeran los elogios, dorado y del mejor paladar, dulce y apetitoso, cuyos efectos bien pronto empezaron a hacerse notar entre los que de él abusaban sin medida, de modo que lo que empezó alegre y cortesano fue tornándose auténtico barullo, mezcla de estruendosas risotadas, del clamor acompañado al palmoteo estridente con que se seguía una improvisada zambra, cuyos aires Martín encontró escandalosamente inmorales; y chistes y payasadas, salpicados también de aparatosas discusiones que no llegaban muy lejos. No tardaron en caer los que con menos templanza se dedicaron al mosto, muchos ensordeciendo la sobremesa con estrepitosos ronquidos que recibían las burlas de los demás.

Entre tanto Martín y Antonio escuchaban de unos y otros, pendientes de hacerse

una idea del lugar donde con certeza habrían de pasar una larga temporada. De este modo aprendieron que Malaqa ocupaba una posición preeminente dentro del reino, lo que ya advertían al descubrir la animación del puerto, lleno de actividad, de movimiento, de gente, de voces y olores; y en la concurrencia de sus calles, aún apenas entrevistas, invadidas de una muchedumbre que abandonaba el que ya empezaba a ser agobiante calor dentro de sus casas, buscando la brisa del mar en tanto el sol iba desapareciendo tras la serranía, iniciando el placentero ir y venir de aquella mezcla de etnias que daban al conjunto un carácter de singular cosmopolitismo: a los viejos rasgos indígenas de la hispanidad visigoda, aún perceptibles en algunos, se unían los que llegaran del oriente —sirios, egipcios, yemeníes—; luego estaban los muladíes, mezcla de judíos y cristianos con árabes; y los cristianos, los judíos, los negros, los asiáticos, los eslabones... Todos conviviendo en un cuadro vivo, despreocupado y alegre, a lo que sin duda contribuía la conjunción de una suave temperatura, los aromas que llenaban el aire, mezcla de tanta flor desbordando los muros de las casas, del olor especiado de los guisos, del suave perfume de la retama ardiendo en los hornos donde se cocía el pan...; o más bien, debido a aquellos años de paz que venían disfrutando los súbditos del sultán nasrí, que en aquel momento estaban invadidos de zozobra.

Malaqa figuraba, dentro del reino granadino, como un enclave que gozaba de cierta independencia. Durante mucho tiempo, más de treinta años, estuvo bajo la belicosa influencia de una aristocrática familia, los Beni Axquilula, rebeldes a la autoridad del fundador de la dinastía granadina, Aben Alhamar, un inteligente, audaz aventurero que reinó con el nombre de Muhammad al-Galib billah. Esta situación fue origen de una serie de enfrentamientos, violencia, guerras y acuerdos que se anudaban y rompían una y otra vez entre los diferentes protagonistas de la época, cristianos y moros. Porque no parecía haber mejor aliciente en las vidas de estos pueblos sino anudar pactos que no tardaban en romperse, enfrentados aragoneses, mahometanos granadinos, castellanos y norteafricanos islamitas, unos contra o a favor de otros: un año eran aliados, y al siguiente se combatían encarnizadamente. Estrategia que en nada beneficiaba a los hispanoárabes, sino a los cada vez más pujantes y amenazadores reinos de más allá de las serranías que eran la frontera natural de la monarquía nasrí.

Malaqa, mientras disfrutaba aquellos años de paz, había llegado a convertirse en próspera gobernación, ahora al cuidado del *walí* Abu Sa'id Farag, quien regía la ciudad en nombre de su primo, el sultán Muhammad Segundo.

El obispo titular de Malaqa lo era *in partibus infidelium*, que así denominaba la Iglesia a aquellos que eran consagrados para regir las diócesis en las que no había catedral, ni clero, ni fieles; es decir, donde la cristiandad estaba reducida a una mera presencia testimonial, como sucedía en todo el reino de al-Ándalus. La preocupación

de aquellos supervivientes de la catolicidad, más que nada, era conservar en lo posible doctrina y creencias, ritos y tradiciones de unos tiempos que se fueron al producirse la invasión sarracena; a partir de su arribada, Martín y su compañero pasaron a formar parte de aquella minoría a la que los seguidores del Profeta llamaban, indistintamente, *rumís* —por romanos—, nazarenos y otras denominaciones.

La silla episcopal malaquí había pasado por toda clase de vicisitudes desde que siglos atrás se impusiera la doctrina de Mahoma, con una lista de obispos cuyo recuerdo y nombres sonaban a execración, pues los hubo prevaricadores, viciosos y, lo que era peor, colaboradores de los nuevos poderes, ganadas sus conciencias por el infiel; aunque también se veneraban, pocos, los nombres de otros que dieron ejemplo de fortaleza, de esperanza y resignación.

Desde un principio se mantuvo la convivencia entre seguidores de una y otra creencia, pues si la fe musulmana consideraba bárbaros y politeístas a los «trinitarios» —adoradores de tres dioses, decían— tampoco se ejerció presión sobre ellos, al igual que sucedió con la gente de raza hebrea, a condición de que pagaran sus tributos; salvo en determinadas épocas en que el fanatismo de los invasores norteafricanos corrió parejo con el de los celosos defensores de la fe en la cristiandad.

Con el tiempo, conforme la presión de los reinos cristianos fue acentuándose en una continua ofensiva que año tras año empequeñecía más el territorio de los musulmanes, y tanto nombre glorioso que recordaba épocas de esplendor fue quedándose en la nostalgia —Córdoba, Sevilla, Cádiz, Valencia...—, y las ciudades vecinas a la frontera se llenaron de refugiados que huían de la ocupación enemiga, contando toda clase de calamidades y miserias, el trato con los cristianos se endureció; porque ningún seguidor del Profeta podría ignorar la escondida esperanza de todos aquellos idólatras por verles un día arrojados al África. Tal vez por eso, cuando fray Juan Martínez, titular de la diócesis malaquí, fue nombrado obispo de La Guardia, la de Malaqa vivió unos años sin cabeza; hasta que reunidos clérigos y fieles para, como era costumbre, ejercer de cabildo elector, designaron la persona del venerable Pedro González —nuestro obispo anda siempre en conspiración con el de Ronda; ambos están muy confiados en que de allí surgirá el hombre capaz de levantar en armas a todos los que creen en el Dios de verdad, como ya sucedió una vez en el pasado. Sin embargo, a mí me parece que aún está muy lejos el día en que podamos sentir el regocijo en nuestros corazones por el fin de estos malditos —comentaba una mañana el arcediano a Martín, mostrando sus rencores.

Pero Martín, conversando con unos y otros, captando el ambiente en su torno, supo que el vasallaje del sultán de Granada a los castellanos, con los subsiguientes años de paz concertada, había llevado a una convivencia de la que se beneficiaban todos los moradores del reino.

Unos días más tarde, por cortesía, hizo su presentación al ordinario, recién llegado de una de sus estancias en la serranía rondeña. El reverendo González era un

hombrecillo enjuto de carnes, nervioso, que bizqueaba de un ojo; con harta dificultad logró Martín hacerse entender y comprenderle, porque el obispo tan sólo sabía expresarse en un árabe cuya pronunciación se hacía casi dialectal, intercalando a veces palabras en romance castellano. Parco en palabras, tan sólo pareció interesarse en dos cosas:

—Padre Martín, sé te acompaña otro padre predicador. ¿Cómo no vino contigo? Tendría al menos que conocerle, que aquí nos tratamos todos.

—Lo ignoro, reverendo. Sin duda, como yo salí temprano para la iglesia, él demoró su venida... Al menos, eso es lo que supongo...

—Mañana, que es domingo, me gustaría encontrarlo. También he pensado que subas al púlpito y te dirijas a los fieles, porque habrá mucha parroquia deseando ver caras nuevas y escuchar nuevos discursos, así que nos será grato que tú pronuncies el sermón del día.

Luego supo Martín que una de las cuestiones en que aparecía más empeñado el reverendo Pedro González consistía en su duro contencioso contra la diócesis de Sevilla, la cual venía disponiendo cínicamente de los beneficios de una cercana ciudad, Archidona, adscrita a la provincia eclesiástica malaquí, a cuyas reclamaciones, que ya habían llegado hasta Roma, no parecían prestar mucha atención los sevillanos, cosa que traía bien soliviantados al obispo y sus seguidores.

El edificio dedicado a los actos religiosos dentro del Castillo de los Genoveses —*Castil de Ginoveses*— era una antigua construcción reformada para conseguir darle un aspecto que en cierto modo demostrara su finalidad, aunque no se había conseguido en la simpleza de su arquitectura sino una fachada que más la hacía aparecer convento que iglesia, suficiente, de sobra, para recibir a la minoría cristiana residente en la ciudad. De sus conversaciones con el clero diocesano supo Martín que no era aquélla la única iglesia en Malaqa; cruzando a la margen derecha del Wad al Medina, un río de régimen torrencial que durante el estío apenas llevaba un hilo de agua, temible, sin embargo, en las frecuentes avenidas del invierno, existía otra que frecuentaban algunas familias de campesinos que no asomaban por la ciudad más que para acudir a los mercados y en las conmemoraciones religiosas. Martín se propuso, para más adelante, tomar contacto con dicha gente.

Aquella mañana de domingo, cuando asomó a la nave, le sorprendió descubrir a tantos fieles, casi todos hombres, muchos con mujeres y niños. Su llegada despertaba la natural curiosidad.

Empezó su sermón hablando en romance umbro-romano, lo continuó en el castellano aprendido en Palencia, y como sabía que allí el habla de la que todo el mundo se servía era el árabe, terminó en esta lengua, aunque temió que su léxico no iba a ser bien comprendido por la asistencia, pese a haber dedicado varias horas a su preparación, de modo que no supo quiénes fueron capaces de entenderle todo el discurso. Se tranquilizó al pensar que no había buscado conceptos difíciles de interpretar, pues sus palabras más fueron de saludo a la feligresía, con alguna

pincelada dedicada a exaltar la verdad de la fe cristiana; en lo que más incidió fue en recordar que Jesús vino a sacrificarse no sólo por quienes creyeron y creían en su palabra, sino también por los que aún se desentendían de ella y estaban entregados a otras devociones. No obstante, fiel a la tradición, concluyó subrayando que fuera de la fe en Cristo Jesús, no había salvación.

Antonio, que asistió al oficio después de haber saludado al obispo, no le hizo el menor comentario a su oración. A Martín le molestó pensar que con toda certeza lo habría encontrado poco original.

XXXVI

Los hermanos de la misión se cuidaron de dar a Martín los últimos detalles sobre cuanto estimaron conveniente y necesario para un mejor aprovechamiento de su labor. Una semana más tarde embarcaban rumbo a Valencia.

Con Antonio del Sasso apenas si tuvieron algún contacto, porque éste, apenas su ingenio le hubo orientado con aquella viveza que le caracterizaba, empezó a hacer vida independiente. Según contara, y sin explicar por qué medios, había entrado en relación con el cabeza de una familia de juristas, hábil expresándose en el romance de Castilla, y con él y sus hijos, venciendo con tesón todas las dificultades del idioma, acostumbró a departir casi cada tarde, bien en casa de éstos, bien paseando las afueras de la ciudad. Cuando no, se dedicó a recorrer las calles, a escudriñar, a tratar de entenderse con la gente; apenas desembarcado no hizo sino despojarse del hábito, cambiándolo por la vestimenta de los moros: una camisa de lino, unos calzones y encima una túnica, todo en blanco, ya que apenas apuntaba el verano era éste el color que predominaba en el atuendo de la gente, conjunto que convertía al soliviantado fraile casi en un andalusí, pues su aspecto físico, la negra barba, lo hacían prácticamente indiferenciable. Detalles que algún miembro de la comunidad cristiana, sobre todo las hembras, habían recibido con murmuraciones, pues en opinión de muchas su actitud iba en desdoro de los demás componentes de la colonia. Martín — que tampoco deambulaba con hábito de su Orden, sino con simple ropa talar, como prescribían sus instrucciones— quiso excusarlo en todo momento; pero interiormente se sentía, en cierto modo, avergonzado por la actitud de aquel insensato, por unís que el autor de tonto revuelo pareciera ignorar a unos y otros.

—Alguna vez habrías de acompañarme a visitar a los Banú Simak y así ayudarme con tus saberes de su lengua, que les tengo hablado de ti y sienten gran interés por conocerte. Verás que lo mismo ellos que sus amigos son hombres corteses, hospitalarios y cultos, de muy placentera conversación. Te agradarán.

—Pero hemos venido aquí con una misión, que es nuestra responsabilidad. Yo no pienso ir a ver a nadie.

Porque en los todavía inciertos planes de Martín no había entrado la idea de hacerse amigo de ningún mahometano. Sí se había trazado un diseño de sus posibles actividades a desarrollar, que por simple cortesía se tomó la molestia de consultar con el prelado, aunque su actividad fuese completamente independiente de cuanto miraba al obispado. El reverendo González, que sin duda no supo leer las notas que Martín había redactado en un papel, dio su aprobación a algo en lo que, de todos modos, no debía de estar muy interesado. Martín, pues, decidió empezar a poner en práctica sus

proyectos; ante la postura independiente que había adoptado su compañero, y en gran parte rencoroso por tanta indiferencia, decidió no perder el tiempo informándole de los mismos.

Primero organizó unas charlas destinadas a la escasa población malaquí tenida como cristiana, la cual, fuera de los comerciantes, algún militar y sus familias, era casi toda proveniente de esclavos y horros, unos procedentes del lejano levante europeo, otros negros del África de más al sur de la Berbería; éstos, según se decía, continuaban practicando sus supersticiosas creencias y hechicerías en la intimidad, apareciendo como hechos a la fe de Cristo por los beneficios que obtenían como empleados de los mercaderes. Aparte, dedicó algún tiempo a practicar la lengua de los árabes con un criado, ejercicio que tuvo que abandonar apenas descubrió que el habla de aquel hombre, aparte de vulgar, era una verdadera algarabía, mezcla de una especie de dialecto con palabras de la lengua berber, todo sembrado, además, de expresiones y modismos castellanos, lo que le ocasionaba una verdadera confusión.

Pero su idea principal era relacionarse con aquellos que, bien de niños, bien ya adultos, fueron tomados cautivos por los musulimes y por diversas razones mudaron de fe, cambiándose de la iglesia a la mezquita. En Malaqa habitaban muchos de estos renegados, a quienes los cristianos llamaban «elches», tomándolo del árabe *ilch*; los había repartidos en diversos estratos de aquella sociedad, desde simples esclavos a soldados y mercaderes. Martín pronto se informó sobre la existencia de tres acaudalados e importantes hombres, bien respetados en la ciudad, los tres dedicados a simultanear el comercio con el corso, lo que suponía que eran el terror de toda nave perteneciente a algún reino sin la cobertura de un tratado a la que la fatalidad llevara a ser sorprendida por sus rápidas galeras en cualquier aciaga latitud de los mares.

Iniciadas sus primeras gestiones, no pudo localizar sino a uno de ellos, el arráez Alí Quzman, pues los otros andaban embarcados, no supo si ejerciendo pacíficamente de mercaderes, pirateando al largo de las costas del Levante, o al acecho de cualquier presa.

Alí habitaba una casa de buen porte, en el corazón de la bulliciosa Alcaicería, y hacia ella, decidido, encaminó el fraile sus pasos. Mientras lo hacía iba recordando las últimas hazañas que le contaran sobre el renegado, quien en su salida más reciente había apresado una embarcación flamenca que transportaba un cargamento de bacalao, presentándose victorioso en la ensenada malaquí, a remolque la nave capturada, la mercancía y toda su tripulación, que en gran número fue vendida en el mercado de esclavos. También, meses antes, había abordado una galera lusitana en la que viajaba un alto funcionario de la corte del rey *dom* Dionís, por cuyo rescate se pagaron cinco mil doblones acuñados en monedas de oro portuguesas.

Intimidado en su fuero interno pero firme en su propósito, cuando el arráez aceptó su visita estaba decidido a predicarle, suave pero obstinadamente, para hacerle ver todo el daño que su apostasía había causado a tantos, empezando por sus hermanos de raza, más todas las secuelas de sus actividades corsarias, cuyo fin no parecía estar

dirigido sino a maltratar de la peor manera a sus anteriores correligionarios.

—Ya me informaron de tu llegada —le saludó el converso, hablándole en árabe—. Se bienvenido a tu casa. ¿Entiendes lo que te hablo? Yo soy nacido en Castilla. ¿Comprendes mejor esa lengua?

—Comprendo y puedo expresarme en ambas aunque no sea buen conocedor de ninguna. Conversaré contigo en cualquiera de las dos.

La mañana era calurosa. Alí Quzman le había recibido en el patio al que se accedía inmediatamente de entrar en la casa, cuyo centro ocupaba una cantarina fuente, todo en derredor salpicado de macetones y tibores decorados con reflejos metálicos, por lo que parecía que estuviesen en un jardín adornado de palmeras, plantas aromáticas y floridos arbustos. No bien se acomodaron, apareció un esclavo portando una jarra de bien edulcorado zumo de limón, una fuente de frutas y otra de dulces.

El anfitrión decidió por utilizar la lengua de sus antepasados:

—Adivino a qué habéis venido y cuáles son vuestros propósitos, y os diré que no sois el primero. ¿Queréis que os cuente algo? Lo hice ya otras veces a visitantes como vos, y lo volveré a hacer con gusto para que saquéis vuestras conclusiones... Pero comed, comed lo que os plazca mientras os digo... ¿Os sirvo limonada?

Y empezó, con expresión complacida, a hacerle un resumen de su vida. Desde muy niño ya trabajaba las tierras del abad de San Andrés de Alar, de la que su familia formaba como parte de la propiedad del señorío eclesiástico, hasta que cumplidos los doce años se fugó del monasterio para enrolarse en la partida itinerante de don Suero García, noble burgalés, levantisco y voluble, cuyos ideales no eran sino los que le marcaban sus propios intereses, en lo que poco se diferenciaba de la mayoría de sus pares. Esto dio ocasión al muchacho para iniciarse en aquella especie de bandolerismo ejercitado sobre las tierras que iban apareciendo en el recorrido de la tropa, sin respetar que fuesen feudos de nobles o de la iglesia. Con ellos se unió a la hueste de don Alfonso *el Sabio*, junto a la cual estuvo combatiendo a los moros del reino de Murcia; un año más tarde el joven Guzmán ya había abandonado a la gente de don Suero, y cuando la conquista de Cádiz se encontraba sobre una embarcación de la marina de Castilla:

—Descubrí el mar y me gustó. Y ya decidí que éste sería mi elemento.

Pero el estrecho de Gibraltar era dominio de los sarracenos, y en cierta ocasión en que una flotilla castellana se atrevió a asomar fuera de los parajes que se sabían seguros, fue sorprendida por varias embarcaciones enemigas, con resultado de que la galera en la que él viajaba fue apresada, y sus tripulantes reducidos a cautiverio. Vendido a un acaudalado mercader de al-Djezirah al Hadra,^[37] pronto se encontró padeciendo la triste suerte de los galeotes: cinco años atado al banco, sin el más ligero vislumbre de recobrar la libertad.

Enfermo, maltrecho, convertido en una piltrafa humana, cuando su amo y sus negocios se trasladaron a Malaqa su suerte tomó otros derroteros; fue destinado a las

atarazanas que poseía el amo al otro lado del río, donde empezó a reponerse un tanto pese a las largas jornadas empleadas en su nuevo trabajo reparando naves; al mismo tiempo empezó a sufrir el agobio incansable del encargado y de algunos de sus compañeros, coaccionándolo de continuo, bien con halagos, con amenazas, instándole para que renunciase a la fe cristiana y abrazara la del islam. Hasta llegar a un momento en que, harto de amarguras y quebrantos, reflexionó, quizá por primera vez después de todo aquel largo tiempo de cautiverio, para caer en la cuenta de que lo más cierto sería que nadie pagase jamás su rescate, que su existencia había caído en el olvido, que ni familiares ni amigos le recordarían ya, teniéndolo por muerto. Y dio el paso decisivo: pidió de hacerse circuncidar. A partir de ese día Juan Guzmán quedó convertido en Alí Quzman.

—Como decimos en nuestro rezo, «Alláh me condujo por el camino de la felicidad, no por el de los necios», y con ello di a mi amo tal vez la mayor alegría de su vida. Tanta, que a poco concediome la libertad, diome conocimientos de los que carecía, diome como esposa a una de sus hijas y, a no tardar, me convertí en arráez de una de sus galeras. Desde entonces he querido seguir fiel a lo que manda el destino señalado por el Misericordioso, supremo soberano en el día de la justicia —hizo una ligera zalema—; y a mis amigos, y a mi familia, y a mis hijos, y de todo esto me siento orgulloso... Y siempre estaré dispuesto a luchar contra cualquiera que venga a conquistarnos, a destruirnos, a acabar con nuestro modo de vida, sea quien sea, cristiano o moro. Supongo lo entendéis, y no os digo sino que para mí es posible que no haya habido en mis días uno tan glorioso como el de seis años ha, cuando fui escogido para estar en la gloriosa batalla en que destruimos la flota del que tiempo atrás fuera mi rey, que fue enfrente del Djebel Tarik,^[38] y así los obligamos a levantar el bloqueo de al-Djezirah. —Notó Martín cómo el entusiasmo daba un cierto brillo a sus ojos—. Fue en rabí del seiscientos setenta y ocho... Perdonadme —quiso rectificar—: he querido decir que fue en verano, tal vez junio, o julio, ¿no? Seis años ha... Vos mismo: calculad...

Pero la exaltación de sus recuerdos le hizo abundar en la historia, contando cómo tan sólo catorce galeras sarracenas fueron capaces de destruir el potencial marítimo de Alfonso Décimo de Castilla, que eran veinticuatro naves y ochenta galeras, extremo que Martín, aun sin la menor noción de estrategia naval, encontró algo exagerado. Como anécdota, un tono de vanagloria en la voz —quizás ahí el motivo de su narración, que seguramente habría contado muchas veces—, agregó que fueron él y su tripulación quienes hicieron prisioneros al almirante castellano, junto con sus oficiales de guerra.

Tras un instante de silencio, el fraile se atrevió a opinar:

—¿Y no sentisteis reparo al apresar a tan altas personas, señores de la nobleza de vuestra propia tierra, sin duda? Porque eran de vuestra raza, creyentes en la fe en la que vos creísteis antes. —Y al concluir, se arrepintió de lo que entendió una imprudencia.

El otro torció el gesto, una sombra malhumorada en el rostro:

—Pero ¿qué reparo hubieran tenido esos hombres en ordenar mi degüello, si me atrapan? Era la guerra. Y en guerra o en paz, decidme: ¿dónde están la piedad ni los sentimientos de nadie por compartir religión, por la raza, por lo que sea, como vos decís? ¿Es que durante tantos años antes de convertirme al islam alguien reparó en mi miseria? ¿Vino a calmar mi hambre algún noble, un cura? ¿Tal vez aquel maldito abad de San Andrés, al que supongo enterrado en el Infierno de vuestro Dios? —Masticó con cierto nerviosismo un níspero, escupió los huesos al suelo; pero a seguido volvió a sonreír, a su tono coloquial—: Creo no se os escapa la diferencia entre mi vida de cristiano y la que disfruto como creyente. Soy rico, tengo dos mujeres, a las que sin duda amo; tengo doce hijos, y servidores, y la gente me respeta. El *walí* figura entre mis amigos, e incluso el rey para quien pido al Clemente inspire y guarde, me honra con su amistad. Comparad.

Martín tenía preparada su respuesta:

—Podría comprenderos si atiendo a vuestra devoción sólo por los bienes materiales, sin pensar en la vida eterna. No creo que os hayáis detenido a profundizar para reconciliaros con el Dios verdadero, el que murió por salvar a todos los hombres, el que compensará las miserias de la tierra con la gracia de los Cielos...

Le detuvo un gesto del arráez:

—Si os digo la verdad, mi fe de cristiano no era mucha, mas ahora sí que creo en la verdad del Dios del Profeta, su nombre sea alabado, al que pienso sea más cierto que el de vos. Y además, los vuestros son tres dioses, y a mí me han enseñado que Dios no hay más que uno, el creador de todo, *la ilaha ill' Allah*^[39]

—No es cierto lo que os han dicho sobre el cristianismo; no es cierto que sean tres los dioses... —Estaba harto de explicar aquella confusión.

Pero el converso continuaba:

—Es que aparte de esos tres dioses, o como vos queráis llamarlos, también adoráis a la Virgen, a los santos, a los ángeles, y además obráis como idólatras, inventándoles rostros, y cuerpos, y figuras a los que reverenciáis y ante los que os arrodilláis como si fuesen reales, que es cosa de paganos...

Martín recordó la advertencia del Levítico: «No haréis para vosotros ídolos, ni escultura, ni os levantaréis estatua, ni pondréis en vuestra tierra piedra pintada para inclinaros ante ella: porque yo soy Jehová, vuestro Dios...». Quiso cambiar la charla:

—Pero con independencia de la religión, perseguís, cuando salís en corso, a gente pacífica, casi de vuestra misma sangre... —Y al decirlo era consciente de la inutilidad de sus palabras, tratando de cambiar con un argumento tan pobre la decisión de Quzman.

Lo descubrió al punto, viéndole sonreír con ironía:

—Señor fraile, creo que bien andáis en vuestras misas y rezos y así desconocéis cómo es el mundo fuera de vuestras iglesias y conventos.

Él, con el conocimiento de sus experiencias, estaba convencido de que los afectos

no iban sino en razón de los intereses. Porque ¿qué apegos había ni entre cristianos ni entre moros, con cada cual enfrentado a su vecino, aun siendo de la misma raza y creyendo en las mismas cuestiones religiosas? Ni siquiera existían los sentimientos familiares, prevaleciendo siempre los egoísmos y ambiciones por encima de cualquier otro lazo, cuyo ejemplo daban de continuo la nobleza, el clero y los reyes, lo mismo cristianos que moros, con igual violencia. Y pacientemente escuchado por Martín, le ilustró largamente sobre los hechos vividos en toda España durante los últimos años del rey «Sabio», amargados por la rebelión del hijo, el tan recientemente fallecido don Sancho, en cuya cruel enemistad intervinieron y mudaron de bandera más de una vez tanto cristianos como mahometanos; o la situación de guerra civil creada nuevamente en Castilla por parecidos motivos, sin otra meta que la conquista del poder; lo que no favorecía precisamente los argumentos de su visitante, pues...

—... a lo que vos decís, yo os digo: ni raza, ni religión, ni fe, ni familia, ni nada. ¿Acaso fiáis en el amor de la familia? Regatead un dinar de oro, un dirham de plata a vuestro hermano, a vuestro propio padre, y pronto conoceréis el valor de la parentela.

Y todavía continuó aduciendo razones a favor de la doctrina de Mahoma, que no privaba al hombre de disfrutar de cuanto existe sobre la Tierra para su uso y contento; que el cristiano vivía en permanente angustia por su temor a no conseguir la salvación, en tanto la fe de los musulimes era respetuosa sin dejar de ser alegre, permitiendo que los creyentes pudieran gozar con sus sentidos de todo lo que Alláh creara. Porque para los cristianos, hasta el amor era un pecado: ¿había mayor absurdo?

Martín sabía que no podría argumentar con su anfitrión citando los doctos principios de la escolástica, ni discurrir con los razonamientos que tenía aprendidos, ni exhibir las lecciones dictadas en Lemberg, porque aquel rebelde estaba del todo apegado a los placeres mundanos, de los que presumía; así que mentalmente dejó para mejor ocasión volver a entrevistarse con el contumaz. Suavemente hizo derivar la conversación hacia cuestiones intrascendentes, y se despidió. Allí, extremando sus atenciones, le obligó a aceptar un cestón de frutas que se encargaría de llevar un criado hasta el Castillo de los Genoveses, y Martín salió disimulando su decepción, dolido por lo que consideraba un fracaso, rumiando, en tanto regresaba a su alojamiento, los puntos que más le desagradaron durante la larga entrevista, a los que no supo contradecir, ni siquiera para su fuero interno.

Por supuesto que se prometió no comentar con nadie su experiencia, y menos aún con Antonio del Sasso.

A poco de su estancia entre moros ya se había hecho a la idea de su absoluta soledad para desempeñar el cometido por el que le habían enviado. Con Antonio tan sólo se encontraba a última hora de la tarde, cuando empezaban a oscurecer aquellos días que cada vez iban haciéndose más largos; cuando la gente daba por concluidos trabajo u

holganza y emprendían camino hacia sus casas, se cerraban las calles y salían las rondas de vigilancia. Cada vez con más frecuencia, su compañero le acostumbró a no aparecer por el arrabal de los Genoveses.

—Prolongamos tan largo nuestras conversaciones que me veo obligado a aceptar la hospitalidad de esa buena gente, los Banú Simak. Son dignos de aprecio.

—¿Tanto atractivo encuentras en su compañía, padre predicador? —Y su tono sonaba intencionadamente mordaz, celoso de los nuevos afectos del amigo.

—Tanto. —Pasó por alto la alusión al descuido de sus deberes misioneros y continuó—: Por cierto, pasado mañana, ¿recuerdas?, nuestra Iglesia celebra a Juan el Bautista... Pues los mahometanos hacen una fiesta a la que llaman *ansara*, que me parece que viene a ser lo mismo. Ya sabes que esta fecha es sagrada, tal vez desde hace miles de años, desde la antigüedad más remota...

Martín le interrumpió con cierta brusquedad:

—Los movimientos astrales, el comienzo de la estación cálida, las cosechas... ¿Y bien?

Antonio, vuelto a su carácter de años atrás, olvidada su trayectoria de nómada, dejó oír una suave y alegre carcajada, fingiendo una expresión de asombro:

—¡Magnífico! —aplaudió. Y luego—: Pues los Banú Simak me han insistido para que esa noche me acompañes a su casa, donde cenaremos con sus hijos y sus amigos. Adivino que será una agradable velada, a más de interesante para nuestra curiosidad.

Martín no respondió. La idea era tan por completo ajena a lo que hasta entonces habían sido sus costumbres que interiormente se sobresaltó. Pero lo que más le extrañó fue aquella despreocupada manera con que Antonio se lo proponía, suponiendo que al igual que él, no habría participado jamás en ningún acto de aquella índole en mezcla con el mundo seglar, donde podían darse toda clase de situaciones difíciles, o por lo menos, fuera de lo que eran sus costumbres. Lo que no suponía obstáculo para que le pareciera una proposición novedosa, capaz de despertar su curiosidad; algo incluso extrañamente incitante. En cuanto a esta coincidencia de festejos cristianos y mahometanos, ya no le sorprendían, luego de haber leído un manuscrito encontrado en la residencia, obra de un piadoso creyente ceutí —su título era *Perlas ensartadas acerca del nacimiento del Profeta venerando*—, en el que censuraba las costumbres de sus correligionarios, dados a celebrar fiestas de cristianos aunque olvidasen conmemorar incluso la fecha del nacimiento de Mahoma...

Hizo una expresión de duda:

—¿Y cuál será la costumbre aquí para celebrar a San Juan? Digo de nuestros vecinos del Castillo, pues que nadie me informó y tal vez si andamos en compañía de moros sea motivo de censura. ¿Sabes tú algo acaso?

Antonio se encogió de hombros:

—Sí. Sé que muchos celebrarán la víspera, que es noche de fiesta, bien en sus

casas, con sus amigos y sus paisanos, o con sus amigos moros. —Ahora, con un gesto destemplado—: ¿Y a qué tus recelos sobre esta gente, sobre ese revuelto de castellanos, catalanes, italianos, hechos a los mismos hábitos y costumbres que los mahometanos? Lo que me parece lógico, por supuesto, aunque en muchos aspectos traten de querer diferenciarse. Porque esta república de ignorantes está llena de prejuicios, especialmente las mujeres, que moviéndose en tierras, podría decir, hostiles, buscan de exagerar en cuanto pueden la intención de parecer distintas a la gente de aquí, aunque en su habla, en las costumbres, en sus comidas, en su vestir, no hacen sino copiar a sus menospreciados vecinos moros, sobre los que se creen superiores. Tú mismo ya me lo tienes contado, y sé además por otros medios cómo en los reinos cristianos copian de estos sarracenos su vestimenta, las lecturas, las modas, sus costumbres y su ciencia... ¡Siempre imitando a los moros! Y estos nuestros vecinos buscando de aparecer diferentes sin conseguirlo, menospreciando cuanto no provenga de sus países, con unos ridículos aires que quieren hacer aristocráticos y quedan por bajo de muchos de éstos a los que llaman infieles...

—Infieles nos llamamos los unos a los otros. Y creyentes. Pero ¿es que acaso te ha dado por despreciar a los cristianos de Malaqa?

—Me son indiferentes.

—¿Todos?

—Creo que casi todos. Porque ¿qué podría opinar de ese obispo, aun haciendo acopio de toda misericordia? Hombre sin apenas formación, al que apenas entendí cuando hablé con él, más preocupado por los privilegios materiales de su diócesis que por atender en condiciones a la parroquia... ¡Sí, sí! ¡Ya sé que peco contra la caridad! Pero a imagen del reverendo vienen a ser todos, porque esto no es más que una colonia de mercaderes donde se vive aferrado a unos conceptos, con sus prejuicios, sus maneras y sus manías. Aquí se viene a hacer fortuna. Pocos se abren al exterior, pocos valoran lo que haya de aceptable en las costumbres y en la cultura de otros; no creo que lleguen a una docena. Y lo lamento, pero peor todavía es el clero... —Sonreía irónico—: Son pocos, mas creo que sobran todos. —Y en el acto se apresuró a rectificar—: Pero ¡cuidado! Hablo de esos curas que andan en torno al obispo... Porque tengo que admirarme ante el esfuerzo de nuestros hermanos redentoristas, empeñados en ese continuo pleitear para liberar cautivos. Aunque también digo que siendo, como lo son, más civilizados, podrían perder algún tiempo lavando la incultura del clero malaquí, que si se parecen todos al reverendo González...

Pareció a Martín que se expresaba con excesiva dureza. El «revuelto» que habitaba el arrabal de los Genoveses estaba formado, efectivamente, en su mayoría por negociantes, dedicados —aunque no con la exageración con que los denunciaba Antonio— a hacer fortuna, bien arriesgando lo necesario en beneficio propio, o representando los intereses de alguna sociedad genovesa, catalana, provenzal; y luego, funcionarios de los varios países comprometidos por tratados de comercio con el Reino de Granada, agentes de alguna banca, de algún consorcio mercantil; casi

todos, gente activa, avispada, trabajadora; pocos con alguna inquietud que pudiera considerarse interesada en lo cultural. Y en cuanto al escaso clero secular, eran, en efecto, hombres de vida sosegada cuyo ministerio no abundaba, ciertamente, en mucho aliento espiritual, que entraron en religión tocados de la gracia del Señor, según quería él verlos, y ya esto suponía una dedicación digna de loa. Además, bien poco se diferenciaban éstos de la mayoría de sus iguales en tierras cristianas, menospreciados por los cultivados y elitistas predicadores y por los espirituales franciscanos. Ya era difícil, incluso arriesgado, mantenerse allí en su estado.

También se había relacionado con los representantes de las dos Órdenes dedicadas a la liberación de tanto desgraciado caído en la esclavitud, que pagaban sus rescates cuando podían, mediando para aliviar su tristísima situación o entrando en negociaciones para canjearlos por los sarracenos que en tierras cristianas vivían en sus mismas condiciones. Trinitarios y mercedarios le habían contado de sus dificultades a la hora de discutir el precio de los hombres, tratando sobre ellos como si fuesen bestias; porque para muchos malaqíes dedicados a este comercio, la compra de esclavos les suponía un pingüe beneficio, revendiéndolos en ocasiones por un precio al doble de su costo; a veces exigían unas cantidades tan exorbitantes que impedían al penado su liberación, causa de muchas abjuraciones.

Un antiguo caserón de dos plantas, levantado en una de las muchas callejas sin salida abiertas en la vía que desde la alcazaba iba hasta la *meschid al-chami* —la mezquita mayor—, era donde habitaba con su familia el reputado *muftí*^[40] cabeza de los Banú Simak. Si su exterior aparecía con cierto descuido, casi abandono —aspecto bien frecuente en el urbanismo de la ciudad—, su interior denotaba la riqueza y la categoría social de sus propietarios, quienes desde generaciones venían destacando como prestigiosos juristas dentro de la ortodoxia del rito malekí.

Martín, tal como Antonio ya le adelantara, se llenó de satisfacción por la respetuosa a la par que amable acogida de que fue objeto, constatando la cortesía y hospitalidad de los anfitriones —el *muftí* Muhammad y sus tres hijos varones—, quienes recibían a sus amistades en un estrado hasta el que eran conducidos por un esclavo.

—Antonio me habla mucho de ti —le saludó el jurista—, y ya tenía curiosidad e interés por disfrutar de tu compañía. Afortunadamente, hoy vienes a honrar mi casa con tu visita, las gracias sean dadas a Alláh y a su Mensajero. —Se inclinó, la mano al pecho.

—Sentiría por mi parte toda la decepción que mis muchos desconocimientos y mi torpeza puedan causarte —respondió el fraile, utilizando el florido lenguaje aprendido en la escuela.

—Estoy cierto de que entre nosotros, igual que con Antonio, todo ha de ser satisfacción.

Seguidamente fueron a reunirse con las dos docenas de invitados, todos hombres, que llenaban el recinto, entre los cuales se descubrían, por sus rasgos y por el vestido, algunos extranjeros —hispanos, francos y de otros reinos—, no siendo raro oír, mezcladas al habla árabe, conversaciones en castellano, genovés, catalán.

La velada tenía lugar en el espacioso jardín al que se accedía por un pasillo que arrancaba del mismo zaguán; dado el desnivel del terreno y a través de los macizos de plantas que desbordaban las tapias, al frente, por encima de las cercanas murallas que contorneaban la ciudad, se alcanzaba a divisar la bahía bajo las últimas luces de la tarde, panorámica de una belleza que dejaba absorto al que la contemplaba, con el mar hecho de una mansedumbre azul violáceo, y el crepúsculo, al poniente, sobre las montañas, pintando los cielos de rojos y cárdenos. Mirando a la izquierda podían descubrirse almenas y lienzos de las torres y murallas de la alcazaba, a las que el ocaso teñía de carmín, y más alto, dominando la ciudad, envuelto en luces que tenían mezcla de bermejo y leonado, la imponente mole del castillo. Todo el recinto estaba profusamente iluminado, y Martín, cuando pudo orientar su oído por encima de la música y el ruido de las conversaciones, percibió el atenuado murmullo de los surtidores que le llegaba desde el otro extremo de donde se encontraba. A esa hora empezaba a abrirse la flor del jazmín, mezclando su perfume al de los grandes arbustos de dama de noche, amalgama de aromas y sonidos que por un momento se le ocurrió a Martín serían parte de las turbadoras asechanzas, según le refirieran, que hacían despertar la pecadora sensualidad de aquellos gentiles.

Mientras iban llegando los invitados se formaban tertulias de amigos y conocidos, unos paseando, otros en conversación frente al crepúsculo; la mayoría, y ciertamente la temperatura así lo obligaba, saboreando frescos zumos de frutas. Martín, molesto porque casi inmediatamente Antonio había entablado, en complicado a la vez que cómico revoltijo de vocablos y gestos, conversación con alguien al que seguramente conocía, bastante cohibido por aquello de que nunca se vio mezclado de un modo tan particular con la sociedad seglar, y menos aún entre gente cuya idiosincrasia le resultaba absolutamente desconocida, fue a plantarse en un rincón, queriendo ocultar su zozobra entretenido en contemplar, aunque ya había oscurecido, el faenar de unas barcas que cerca de la orilla andaban en la pesca.

Apenas llevaba unos minutos en su aislamiento, una voz sonó a sus espaldas:

—Sois el padre Martín, sin duda.

Volvióse, un tanto sorprendido al oír que le hablaban en castellano. Ante él había un hombre de aspecto vigoroso, pese a que hacía ya años que le abandonara la juventud, arrogante, cubierto por el manto rojo que acreditaba su condición militar.

—Ciertamente. ¿Os conozco, señor?

El otro se explicó: le había visto el mismo día de su llegada, en el embarcadero, y aunque su ánimo fue presentarse, algún asunto se lo impidió. Dijo llamarse Andrés Agreda y ser leonés, llegado al reino granadino cuando todavía no era sino un belicoso mozalbete con ansias de ganar laureles y prebendas; hacía ya de esto sus

buenos veinte años. El motivo de obligarse, primero, y decidir luego vivir entre sarracenos, se debió a ser aquélla la época en que reinaba en Castilla Alfonso Décimo, cuyos errores, su indecisión, su desconcertante modo de gobernar sin visión política alguna, fueron causa de toda una serie de lamentables sucesos, indisponiéndole con la Iglesia y con el reino, con su propio hijo, *dom* Sancho, con sus hermanos los infantes y con lo más esclarecido de la nobleza castellana, quedando sin más amigo que el sultán de Marruecos. Andrés Agreda, que formaba en el séquito del infante *dom* Felipe, hermano rebelde del rey, cuando la situación cambió a favor de aquel a quien llamaban *el Sabio* y los facciosos no hallaron otra salvación que refugiarse donde la venganza real no pudiera alcanzarles, pidieron amparo a los granadinos, éstos los acogieron en sus tierras, y más tarde, aunque las circunstancias tomaron otros derroteros, él, y otros como él, optaron por quedar al servicio del moro, como hicieran —y seguían haciendo— bastantes caballeros cristianos, españoles y de otros reinos de Europa; unos, prestando obediencia a la cabeza regidora de los creyentes hispanoárabes, otros, al rey de Túnez, o al sultán de los benimerines. El exiliado leonés fue destinado a formar en la guarnición que protegía Malaqa, donde figuraban bastantes *rumís*; allí fue ascendiendo de rango, contrajo matrimonio con una muchacha de la aristocracia local, y desde hacía ya unos años, nombrado por el *walí* gobernador de la fortaleza-palacio de la alcazaba.

—No conocéis aún a nuestro *walí*, a quien Alláh conceda larga vida... Supongo que os llamará cualquiera de estos días. Pero esta semana Abu Sa'id anda en la corte. ¿Es ésta la primera vez que pisáis tierra de moros?

—La primera vez.

—Espero que disfrutéis vuestra estancia. Siempre he opinado que vivir en al-Ándalus puede considerarse un privilegio, y si es en Malaqa, aún más. No sé si habréis advertido ya que la gente es amable y alegre, sin sombra, afortunadamente, de ese fanatismo de los africanos, que no viven sino para su guerra santa contra cualquiera que no acepte al islam... Aquí, después de estos años de tregua y paz, hay prosperidad por doquier.

—Digno de celebrar es eso, que no es la violencia el mejor medio de llevar los pueblos a la concordia.

El militar asintió con la cortesía que no le había abandonado durante toda la charla, y luego, a modo de despedida, se le ofreció gentilmente para cuanto necesitase durante el tiempo que permaneciera en la ciudad. Pero la pregunta que bullía en la mente del fraile desde que empezó la conversación, indiscreta, saltó:

—Perdonadme si os parezco importuno, pero ¿seguís entre los fieles a la Iglesia de Jesucristo, o acaso andáis en la doctrina mahometana?

El leonés dejó asomar una mueca que quiso parecerle irónica:

—Os diré en confianza: aquí se me considera entre los creyentes —y por la costumbre, llevó la diestra al pecho e hizo una leve inclinación—, que de lo contrario no hubiese podido casarme con mi esposa. Se me tolera como hombre nada piadoso,

lo sé. Mas a fuer de sincero os confieso que en realidad soy un abandonado de los dioses... De todos los dioses... Soy un *zendic*.^[41] —Y le aclaró—: Esto aquí se mira tan mal como en tierras de cristianos —se encogió de hombros, sonriendo—, pero lo cierto es que años ha perdí todo interés por cualquier creencia, sea del signo que sea, pues que jamás sentí la presencia de ningún dios. Y ya no cambiaré mi modo de pensar, a mis años.

Se acercaba Antonio; Martín hizo las presentaciones, y ya el militar se despidió de ambos con la cortesía de que estuvo haciendo gala. En tanto caía la noche, los dos amigos se entretuvieron conversando con otros invitados, al tiempo que escuchaban al grupo de músicos que amenizaban la fiesta —arpas, laúdes, cítaras—; hasta que avisaron para la cena.

Cerca de la refrescante vecindad de los surtidores se habían dispuesto las mesas en herradura; el anfitrión señalaba a cada cual su acomodo sobre los cojines colocados alrededor, y al hacerlo se dirigió a Martín, provocando su desconcierto:

—Me sentiré feliz si te sientas cerca de mí. Siendo la primera vez que honras mi casa con tu presencia, pido a Alláh, que es ciertamente el Loable y Glorioso en el universo, que no haya de ser la última.

Desfilaron varios esclavos portando vasijas con agua de rosas, y una vez hechas las abluciones se empezaron a servir las entradas, a base de una macedonia de verduras con una vinagreta; y aceitunas, rabanillos y ensaladas donde abundaba la lechuga, todo bien aliñado de un aromático aceite; platos que la mayoría degustaba acompañando al pescado: boquerones fritos y unos diminutos peces sin escamas, de un sabor que excedía cualquier elogio.^[42] Vinieron a continuación albóndigas, croquetas y hojaldres rellenos de carnes de aves y cordero; luego, el lechal estofado en una espesa salsa de almendras. Todo bien abundante en aromáticas especias, acompañado de zumos de frutas, limonadas y, sin limitación, para el que lo prefería, aquel vino malaquí del que ambos dominicos ya presenciaron sus turbulentas consecuencias, servido en preciosas copas de cristal. Los postres se prolongaron en larga y animada sobremesa, donde se dio rienda a los más variados temas de conversación, se leyeron poemas y algún invitado entonó melancólicas canciones que hablaban de amor, bien festejadas por todos, en tanto se degustaban dulces de almendra y miel, dátiles, tortitas adornadas de nuez y piñones; y frutas, entre las que destacaban las primeras de la temporada de aquellas famosas higueras que tantas alabanzas merecían, y que Martín hubo de confirmar con un entusiasmo que en cualquier otro lugar y circunstancia hubiese entendido casi reprobable.

Más tarde se entretuvo recordando con agrado aquellas horas, que se le antojaban llenas de una grata sensualidad hecha de aromas y sabores, en un sorprendente —para él— clima cortesano y cordial; también, cómo se sintió abrumado por la distinción de que le hacía continuo objeto el huésped, escogiéndole las primicias de cada plato. Esto le obligó a reconocer el error de cuantos prejuicios estuviera revestido hasta aquella noche al juzgar a los sarracenos; porque allí todo el mundo era cortés, el trato

encerraba cordialidad, y durante el tiempo transcurrido entre aquella élite de la aristocracia malaquí, sacó en conclusión que sus modales, su cortesía, no eran tan frecuentes en el mundo del que él venía.

Se quedó asombrado, con una sensación de desagrado y repugnancia, cuando Antonio le reveló que muchos de los bellísimos versos de amor que se recitaron aquella noche, algunos fruto de los más notables poetas en lengua árabe, no se referían sino a una pasión similar a la que sintiera Zeus, padre de los dioses, por el bello Ganímedes.

XXXVII

Consciente de su responsabilidad, Martín continuó dedicado a cumplir con lo que consideraba su deber, y aunque en este caso no fuera precisamente su cometido, proyectó encontrarse con los viejos cristianos de quienes vagamente tenía oído, que se decía que habitaban la comarca. Por sus informes, unos vivían desperdigados por la dilatada vega que se prolongaba hasta las feraces tierras que regaba un caudaloso río, el Wad al-Malaquí, zona donde lo que más abundaba eran las plantaciones de caña de azúcar, salpicadas a trechos por quintas de recreo y huertas en perenne verdor. Otros andaban repartidos por la abrupta orografía que era como un anfiteatro al septentrión de la villa: conjunto de elevados picachos, colinas, quebradas y torrenteras que llegaba hasta las vecinas alturas de la serranía, todo rociado de casas de labor, norias, huertas pegadas al borde de los arroyos y escarpadas laderas por las que parecían despeñarse almendros y olivos; aquí, precisamente, era donde, venciendo un terreno tan empinado y difícil, se criaban las viñas productoras de aquel vino que tanta fama daba a Malaqa.

Visita que se vio obligado a realizar solo, con la única compañía de un criado puesto amablemente a su servicio por el cónsul Mateo Castlá, representante en la ciudad de los mercaderes catalanes. Porque cada vez que propuso a Antonio que le acompañase, éste siempre se excusaba con el pretexto de sus reuniones con sabios eruditos, filósofos y juristas, lo mismo gente del país como visitantes de otras latitudes, tanto del Magreb como de diversos reinos europeos; esto, aparte de sus periódicas charlas en la almadrasa anexa a la mezquita mayor, para un público, por lo que había llegado a saber, que parecía oírle con interés no exento de polémica.

Le desilusionó, pese a estar avisado, comprobar que de los primitivos habitantes del país a la llegada de los musulmanes, aquellos que los mismos invasores llamaban *mosalimes*^[43] y la cristiandad hispana conocía como mozárabes,^[44] no quedaba, al cabo de casi seis siglos, ni apenas un recuerdo. Supo de alguna que otra desperdigada familia de campesinos islamizados, gente sencilla que no dejaba de acudir cada viernes a la mezquita y escuchaba respetuosamente al *iman*; por Pascua iban a la ciudad, oían misa y comulgaban. Y ya raras eran las veces en que aparecían por una iglesia, dado que Navidad y Año Nuevo, fiestas que a pesar de las prohibiciones celebraban también los musulimes, las conmemoraban en sus pagos. Porque los viejos cristianos desaparecieron hacía ya tanto tiempo que nadie recordaba sino antiquísimas leyendas de que fueron desterrados al África por algún conato de rebelión en apoyo a los castellanos.

Aun así, dedicó alguna jornada a convocar a cuanta gente de por aquellas tierras

quiso acudir a escucharle hablar del Evangelio, esperanzado en tal vez despertar algún profundo recuerdo, obtener un fruto, lo que ya barruntaba que habría de ser milagroso.

Pero sus inquietudes de predicador no le impedían relacionarse con otra clase de gente, lo mismo cristianos que moros; aceptó comer en un par de ocasiones con el arráez Alí Quzman; lo hizo igualmente con otros renegados: soldados, mercaderes y corsarios; también se acostumbró a esperar, como hacía la mayoría de la colonia albergada en el Castillo de los Genoveses, la llegada de las naves procedentes de puertos cristianos, pendiente de cuantas noticias aportaban. Y se aficionó a las tertulias que una vez por semana tenían por escenario el acogedor jardín de los Banú Simak, a donde solía acudir con Antonio, participando en la refección con que el huésped acogía a sus visitantes, donde en ocasiones no eran ellos los únicos *infieles*.

En estas tertulias se hablaba de poesía, de la política de al-Ándalus y la de los reinos, tanto hispanos como europeos; se comentaban y se comparaban las fuentes legales del Derecho emanadas del Corán y de Roma, y se opinaba sobre ciencias y artes, filosofía y, alguna vez, sobre religión; todo, siempre, en un ambiente comedido, donde nadie podría considerarse herido por las razones de otro contertulio, incluso en temas difíciles, pese a que la religión oficial que se profesaba en el reino granadino, la de la intransigente doctrina malekí, era motivo de muchos enfrentamientos entre los mismos seguidores del islam.

—Les pasa como a nosotros —comentó Antonio a su amigo, empleando todo el sarcasmo que dedicaba a lo que no casaba con sus criterios—; abundan también en doctos intérpretes dedicados a dar su particular versión sobre todo cuanto sea imposible de confirmar, que luego otros complican más agregando lo que les viene de su cosecha, y así arrastran a los pueblos, enfrentando a unos contra otros por defender con sangre una u otra postura. Exactamente igual que nosotros.

Tan sólo en una ocasión fue, precisamente Antonio, con la impetuosidad de su carácter y enardecido, como le era habitual, por el fervor de sus propias convicciones, quien una noche rompió la quietud de la velada defendiendo acaloradamente las teorías de Aristóteles, no como las había aceptado el islam, tan similares a las del cristianismo, sino con todo lo que podía entenderse que guardaban de contrarias a una revelación de la divinidad por medios sobrenaturales: «Lo que Aristóteles en verdad quiso decir es que se ha de buscar a Dios por la razón, porque cualquier otro modo no es posible que sea aceptado por la inteligencia». Y en un arrebató de verdadero enojo, agregó: «Quizás el Dios del que habló Aristóteles no tenía el menor parecido ni con el de los cristianos ni con el vuestro».

Pero éstas y similares intervenciones no empañaban el sosiego de las tertulias, siempre con el fondo de una suave música interpretada por varios esclavos cantores, lo que contribuía a que fuesen aquéllas horas bien placenteras. Tanto, que Martín sintió en más de una ocasión una especie de desasosiego, como si esta relajación de costumbres, a medida que pasaban los días, tuviera algo de censurable, olvidado de

las rigideces a que le obligaba su condición.

Sin embargo, no podía menos que confesarse cómo le agradaban sus encuentros con aquel mundo del que anteriormente no supo más que el vilipendio que le dedicaba toda la cristiandad, de modo que a medida que pasaba el tiempo más iba aficionándose a este pueblo; no a los árabes orientales, ni a las distintas confederaciones de norteafricanos que aún mantenían su influencia en el reino, sino al carácter, la cultura, las tradiciones y las costumbres de aquella gente, tan hispana, a su entender, como la otra gente, la que poblaba las monarquías cristianas. El mediodía ibérico era una tierra —como cualquiera otra de las que se tuviera noticia— que a lo largo de su historia había experimentado la violenta presencia de otros pueblos impuestos por la fuerza; pero lo sorprendente, tal como iba entendiéndolo Martín, era que esos invasores, a medida que pasaba el tiempo, se iban dejando ganar por una especie de embrujo, como un hechizo tan enérgico, que al cabo de poco olvidaban cuanto les había conducido hasta allí, asimilados a un país que acababa por conquistar a los conquistadores. Podía entenderse al andalusí como un hispano que apenas si tenía algo en común con sus correligionarios de allende los mares, ni con sus vecinos de la cristiandad fronteriza; porque al-Ándalus era algo distinto al resto de Europa y aun de Hispania. Y lo confirmaba la complacencia con que tantos vizcaínos, francos, castellanos y de otros reinos venían a establecerse en aquella tierra —aparte de los orientales seguidores de Mahoma—, para convivir en medio de una sociedad que, sin la menor duda, daba un ejemplo de tolerancia muy superior al que con todo rigor era norma entre cristianos, donde se imponían las intransigentes, severas reglas a que la Iglesia obligaba a sus súbditos.

Uno de aquellos días, estudiando aún sus proyectos futuros de misión, consciente de que conforme pasaba el tiempo iba sintiéndose más y más invadido de una extraña indolencia, una pereza que quiso atribuir al calor estival, puesto que no era propia de su carácter, le llegó recado del leonés Andrés Agreda, quien le rogaba, por medio del portador de su mensaje, de confirmarle si podría acudir en la mañana del siguiente día a visitarlo en sus dependencias de la alcazaba.

Andrés Agreda —el *avail* Andreyya al-Lionés, como era conocido en la ciudad— tuvo la deferencia de enviar a dos de sus hombres para guiarle —o como respetuosa escolta—, en cuya compañía hizo el largo paseo que desde el arrabal de los Genoveses conducía a la alcazaba. Franqueado el acceso a la imponente construcción, empezó a ascender el empedrado camino en cuesta que a través de sucesivas puertas y recovecos, atravesando varios de los torreones que surgían en el itinerario, les condujo hasta el grupo de edificios desde los que se administraba la ciudad, donde entre otras dependencias se hallaba la que ocupaba el jefe de la guarnición malaquí.

Éste lo recibió inmediatamente; tras los rituales saludos mandó traer refrescos y frutas e inició la conversación, interesándose por su estancia en la villa, sus

impresiones sobre la ciudad y su gente, en largo y florido preámbulo, al estilo del país, antes de entrar en el motivo de su llamada, hablándole siempre en un castellano mezclado con palabras y aun frases en árabe:

—Tras la muerte del rey don Sancho, y como sin duda no ignoráis, Castilla atraviesa una situación que me pienso sea aún peor que cuando en vida de don Alfonso el Sabio.

Notó Martín que obviaba, al referirse tanto a muertos como a vivos, agregar alguna invocación a la divinidad, tanto mora que cristiana, como era costumbre en ambas religiones, sin duda por acentuarse en su ateísmo. También, y a medida que escuchaba al leonés, comprobó lo bien informados que estaban los sarracenos en cuanto a los sucesos de la España cristiana: por su boca recibió noticias de la situación en el reino castellano, donde el personaje de más relieve parecía ser la reina viuda, cuya biografía abundaba en situaciones azarosas; porque desde que hacía trece años aceptó casarse con su sobrino, el finado rey Sancho, ya tuvo la enemiga de la Iglesia, cuando el papa Martín Cuarto excomulgó a ambos alegando sus lazos de consanguinidad, lo que provocó la cólera del irascible esposo, quien amenazó con mandar asesinar a los portadores de la bula pontificia si osaban traspasar los límites de sus tierras.

Para entonces doña María de Molina luchaba defendiendo la legitimidad hereditaria de su hijo por ocupar un trono que le discutían, con toda virulencia, en primer lugar sus dos ambiciosos cuñados, los infantes *dom* Juan y *dom* Enrique, y luego los postergados infantes de La Cerda. En torno a todos, la nobleza dividida, presta a apoyar a unos u otros, con las miras puestas en conseguir más privilegios; y moviendo influencias, partidismos e intereses, las cortes de Aragón, Portugal, Francia, Navarra... Y la Iglesia.

—Parece que todo esto sea como una prolongación de cuanto hablamos el día en que os conocí, pues como veis, esta familia no es capaz de un mínimo de cordura.

A Martín le vino aquella charla con el arráz *Alí* Quzman, cuando éste se negaba a creer en afectos de nada ni de nadie, y ni en los de parentela; buen ejemplo, para corroborar sus palabras, el que daban la casa real y los nobles castellanos. Al mismo tiempo atendía a la conversación, tratando de hallar un sentido a los comentarios y nuevas que le comunicaba el leonés, no alcanzándole la vinculación que podría haber entre los acontecimientos de una sociedad que desde todos los puntos de vista le quedaba bien lejos, y su mucho más humilde andar por el mundo.

Fue entonces cuando le oyó:

—Conocéis a *dom* Rodrigo González —preguntaba con una afirmación.

—¿Fray Rodrigo? —Su voz y la expresión del rostro demostraban bien a las claras la sorpresa que le producían aquellas palabras—. Sí... podría decir que lo conozco... o al menos sé quién es. Fray Rodrigo vino a suceder a fray Nicolás de Salamanca y es ahora superior provincial de mi Orden en España.

Recordaba muy bien a aquel hombre nervioso, inquieto, capaz de producirle, sin

poderlo evitar, una cierta irritación en cada una de las contadas veces en que estuvo en su presencia, al sorprenderle su continuo gesticular que era como una impaciencia que parecía habría de consumirle; y sobre todo, al saber de la violencia que le corría por la sangre, conocida su perseverante actividad guerrera contra el moro, lo que tampoco era una excepción entre la mayor parte de la jerarquía eclesiástica, repleta de ejemplos bien notables, como aquel *dom* Johan Arias, obispo de Compostela, siempre al frente de su mesnada, o el malogrado *dom* Sancho de Aragón, arzobispo de Toledo, muerto en combate frente a los infieles. Incluso le acudió a la memoria una frase irónica pronunciada por un abad, en aquellos días de Palencia, en la que sostenía que hubo de ser sin duda un fraile tan vehemente como don Rodrigo el que hizo, de un humilde pescador llamado Santiago, el Santo Matamoros de las victorias cristianas. También le vino algún que otro comentario de fray Bertrán, quien nunca tuvo buena opinión de aquel hombre. Aunque en honor a la verdad *dom* Rodrigo le trató, a él, cada vez que por circunstancias estuvo a su lado, con amabilidad, e incluso con cierta deferencia, y hasta hubo una ocasión en que le alentó para que no abandonase la redacción de sus comentarios bíblicos, confiándole, casi amistosamente, haber leído dos de sus obras, de las que hizo sus elogios, lo que bien que halagó al joven fraile. No obstante, la imagen que siempre conservó del superior dominico fue de rechazo, porque lo adivinaba como revestido de una falsa capa de simpatía y cordialidad que enmascaraba pensamientos, ambiciones y odios. Y en aquel momento, curiosamente, a tanta distancia, a tiempo tan distante y en lugar tan diferente, le volvía la figura de aquel hombre extraño.

El *amil* había entrado ya en materia, contándole de cómo en Granada se había recibido a un mensajero, llegado secretamente con recado de los partidarios de la legalidad en el trono castellano, es decir, de doña María de Molina, portando una propuesta: solicitaba, por la mediación de *dom* Rodrigo González, una entrevista con interlocutor válido para conversar sobre las relaciones de Castilla con los granadinos, amén de otra diversidad de cuestiones que afectaban a ambos reinos; mas, curiosamente, sugería que figurase entre los comisionados islamitas —de aceptar éstos la convocación— el padre Martín d'Alvers, de la misión dominica en Malaqa, señalando para ello la competencia del citado en ambas lenguas, amén de su discreción y del particular conocimiento que de fray Martín tenía su superior. La cancillería granadina aún no había dado respuesta, pero el *walí* de Malaqa, informado del hecho durante su reciente estancia en la corte, tenía comunicadas al leonés estas noticias, dejando en sus manos, ya que tan fortuitamente llegara a conocer al interesado, el imponer a éste de cuanto le concernía.

Este relato dejó a Martín más que sorprendido, especialmente porque el provincial parecía requerirlo amparándose en unas relaciones que en verdad nunca existieron, puesto que de aquellas contadas ocasiones en que incidentalmente se encontró con su superior, él jamás hizo cuentas, que siempre fueron breves y en el estricto protocolo de la Orden. Y de pronto estaba proponiendo su presencia en unas

conversaciones que le parecían asunto de más elevadas e impuestas personas. Se sentía verdaderamente como flotando en la perplejidad de la noticia.

—Ignoramos, desde luego, los lazos que puedan uniros a *dom* Rodrigo, ni las razones de haberos mencionado. Naturalmente, podéis rechazar la invitación, que nada ni nadie os fuerza, si bien tampoco creo que algo os dañe si aceptáis.

Se abstuvo de responder, porque seguía envuelto en el asombro que todo aquello le producía, a medias distraído oyendo al leonés contarle pormenores sobre el equívoco fraile, al que había conocido, y no pacíficamente, sino enfrentándolo en la guerra, cuando el belicoso personaje conducía su mesnada con la hueste de Sancho Cuarto.

Y así continuó la entrevista, en medio de una conversación intrascendente durante la cual Martín siguió digiriendo lo que acababan de proponerle, un asunto capaz de perturbar la tranquila naturaleza de su ánimo, sumiéndole en una diversidad de interpretaciones. De un lado, sintiéndose un simple eslabón de lo más insignificante dentro de la Iglesia, verse distinguido tan extrañamente por el imprevisible fray Rodrigo para entrar en el juego político de la diplomacia entre dos reinos con los que prácticamente no le unía lazo alguno, difícil era de entender, aunque ciertamente no dejara de paladear el regusto de tal deferencia; y por supuesto, aparte de la sorpresa, le acuciaba una enorme curiosidad. Sin embargo, no dejaba de preguntarse lo mismo: ¿es que en la corte del rey Muhammad no habría otros como él, mejor preparados que él, con más personalidad y por lo tanto más capacitados para contribuir a un feliz resultado de aquellas entrevistas?

Cuando se decidió, sin querer dar más vueltas al asunto, a aceptar la invitación, todavía se atrevió a decir, modestamente, o tal vez asustado de su mismo atrevimiento:

—Creo que no seré de gran ayuda, pero...

—No debéis preocuparos. Ahora, *dom* Martín, ¿me haréis el honor de acompañarme a la mesa? Hoy cocinaron un guiso al que llamamos alcuzcuz. ¿Lo habéis probado? Se dice que nos lo enseñaron, hace de esto bastante tiempo, la gente que vino de África. Aquí lo consideramos un plato excelente y lo comemos con bastante frecuencia. ¿Gozáis de buen apetito?

En los días que siguieron Martín permaneció ajeno a cuanto hablara con el *amil*, lleno de una cierta e irremediable impaciencia. Cómplice en lo reservado del asunto, guardose de comentarlo siquiera con Antonio cuando, esta vez en su compañía giró una nueva visita a la iglesia que se alzaba, siguiendo el curso agostado del río, no lejos del camino que llevaba a la serranía, donde el párroco les recibió con toda clase de deferencias. Éste ordenó a su mujer que preparara para los visitantes una hermosa liebre aportada por un feligrés, guiso al que acompañaron, moderadamente, con el exquisito vino dorado que se hacía en la comarca, terminando con una enorme sandía,

en cuyo frescor buscaron de mitigar el calor de la jornada. Y todavía les cupo saborear bajo otro aspecto el mosto malaquí, como refresco mezclado a la excelente y helada agua de un pozo, que ahora, entrados en la sobremesa, desató la desenfadada verborrea del párroco, el cual contó de un virtuoso cordobés refugiado en Malaqa a raíz de la pérdida para los islamitas de aquel rubí que fuera la Qurtuba mora, Attailesán de nombre, virtuoso poeta —«Yo le conocí, que con él hice parlamento alguna vez»—, el cual, sucumbiendo a «un mal pensamiento» —decía— escribió una lamentable obra a la que tituló *Abstinencia del vino*.

—Pero lo cierto es que hay gente para todo. Alláh hizo un mundo grande y lo llenó de hombres y mujeres, y a cada uno dio sus gustos, unos buenos, otros malos.

Antonio, cuando regresaban a la ciudad, hizo uno de sus irónicos comentarios:

—El padre Julián, cierto que no pierde el tiempo: ha fabricado a esa bella joven con la que vive nada menos que nueve retoños, y estoy seguro no haberle guiado a ello otro interés que aumentar la feligresía. Le insinuaste que organizase unas predicaciones, ¿y qué te contestó? Guardó silencio, y lo comprendo, pues que no le ilusiona alborotar su grata vida entre cristianos y moros, que ciertamente la idea le parecería romper con su beato existir, festejado cada día con ese vino deliciosamente perturbador. Es, qué duda cabe, un hombre del país: se expresa en árabe, sus costumbres son de árabe, y nadie le conoce como padre Julián, sino como Malec ben Kasim...

Martín no respondió. Cuando volvieron al Castillo de los Genoveses encontró un recado de Andrés Agreda en que le pedía de ir a su encuentro en cuanto le fuera posible. Le envió respuesta con un criado, y al día siguiente, a temprana hora, se presentó en la alcazaba.

—*Dom* Martín, contando con que seguís en lo prometido, ¿estaréis dispuesto a salir pasado mañana para Granada?

XXXVIII

La salida, mediado ya el mes de julio, se hizo antes del amanecer, para evitar en lo posible los rigurosos calores del verano. Buscando de ganar los puertos que a través de la abrupta geografía llevaban fuera del cinturón de montañas que rodeaba a la ciudad, territorio ya reseco por los calores estivales, Martín no pudo evadirse, durante aquellas jornadas, a la admiración que le producía contemplar la esplendidez del paisaje, tanto en la violencia de las sierras como al desembocar en los fértiles llanos que eran la antesala de su meta. Bajo un sol colgado de un cielo de una luminosidad cegadora, cuyos rayos le pareció que podrían en cualquier momento calcinar la tierra, fue capaz de aguantar estoicamente los cuatro días de camino.

La expedición, formada por un contingente de unos doscientos hombres, iba al mando de un *naqib*: un africano de rostro atezado, parco en palabras, de modales bruscos. Con la caravana viajaban algunos comerciantes, cuya larga reata de mulas transportaba géneros entrados por el puerto de Malaqa, camino de su distribución por el interior del país. Y con éstas llegaron a Granada; la tantas veces nombrada, soñada, cantada ciudad de las ruzafas y las fuentes: Medina Garnata.

Mientras se acercaban, pareció que toda la comitiva enmudeciera ante el espectáculo de la población reluciendo con el blanco deslumbrador de la cal, la esbelta figura de los minaretes, el cinturón de huertas y jardines, bajo la expectante vigilancia de la alcazaba: muros rojos detrás de rojas murallas, sobre una colina rojiza: Calá al-Hamrá, la Fortaleza Roja, la Alhambra; y allá, al fondo, las imponentes cumbres de la sierra, que según le aseguraron estaban casi todo el año cubiertas de nieve.

Martín pensó que todo aquello, tal como muchas veces oyera, no podía ser sino un verdadero anticipo del Paraíso; al menos, del Paraíso de los mahometanos.

Una vez franqueadas las murallas, los comerciantes se encaminaron hacia sus fondas y alhóndigas, y la tropa al barrio del Mauror, que se alzaba en torno a la roja Kasaba —las Torres Bermejas—, imponente conjunto de tres grandes torreones unidos por un baluarte; una vez los militares hicieron su presentación, un funcionario se encargó del fraile, conduciéndole por el interior del recinto amurallado hasta la zona alta de la Alhambra, donde se alzaba el conjunto de viviendas en el que residían dignatarios y altos responsables de la administración nasrí. En un espacio algo apartado, entre setos de laurel, se disponían los alojamientos para invitados y huéspedes distinguidos, y en una de aquellas casas, lujosamente amueblada y decorada, fue a hospedarse Martín.

Su guía le presentó a los dos esclavos sudaneses designados para su servicio, los

cuales le servirían refrescos y lo conducirían al baño cuando lo deseara; podía descansar del largo viaje y al atardecer vendrían a recogerle para ser recibido por el primer secretario del rey, Muhammad ben Abderrahman ben Ibrahim.

Con el crepúsculo, tal como le tenían avisado, acudieron los criados en su busca para acompañarle al baño; al regreso le mostraron un presente: una camisa de seda cruda con bordados, unos calzones y un finísimo albornoz blanco entretejido de hilos de oro. Nada le dijeron respecto a la procedencia de obsequio tan caro, pero sí el ruego de que lo vistiera, lo que sumió al dominico en un mar de contradicciones, pues ya su aspecto dejaba totalmente de ser el de un religioso para prácticamente convertirse en un andalusí, lo que siempre fue objeto de serias admoniciones, tanto de las autoridades civiles cristianas como de la Iglesia. Pero lo hizo, y hubo de reconocer que se sintió cómodo y a gusto, e incluso se envaneció, algo infantilmente, encontrándose más gallardo, más elegante, más apuesto. *Vanitas vanitatum...*

Aunque todo el recinto de la fortaleza era puramente militar, éste permitía amplias zonas destinadas a residencia real y a atender cuestiones del ceremonial cortesano. Luego de cruzar unos jardines, su guía le invitó a pasar a un elegante vestíbulo ricamente ornamentado, donde se despidió con toda ceremonia para dejarle en manos de un funcionario del protocolo, el cual fue acompañándole a través de una serie de estancias pavimentadas en mármol blanco, contrastando con los zócalos de azulejos vidriados, los techos, de maderas artísticamente labradas en artesonados, las paredes, adornadas de viejas inscripciones cúficas, y el mobiliario, sobrio y lujoso. Martín pensó que jamás en su vida había admirado, en morada alguna que visitara, conjunto de tal riqueza y armonía, de tanto gusto y belleza.

Finalmente llegaron hasta una sala iluminada por dos anchas ventanas acristaladas mirando al poniente, por las que se filtraban los colores del ocaso. Seis u ocho hombres sentados en cojines se agrupaban en torno a una mesa, entretenidos en saborear los acostumbrados manjares y zumos con que solían acompañar sus tertulias.

Intercambiáronse los corteses habituales saludos de ritual al tiempo que se hacían las presentaciones. Martín apenas retuvo un par de nombres, entre ellos el de un *qáid* llamado García, seguramente uno de entre los muchos cristianos al servicio del sultán, que vestía, como casi todos los presentes, la capa roja de los militares. Invitado a mitigar el calor con un jarabe helado, esperó, del todo cohibido y en silencio, a conocer la razón de su presencia entre los circunstantes, los cuales, en lugar de iniciar una referencia al motivo de la reunión, siguieron en su perezosa, intrascendente charla, durante la que alguno que otro se le dirigió en varias ocasiones —mera cortesía—, interesándose sobre su estancia en al-Ándalus. Optó, pues, por guardar silencio, dedicado a observar y estudiar a unos y otros, por si esto le daba una señal capaz de desvelarle su papel en la tertulia.

El *qáid* García, poco hablador, se mantenía casi todo el tiempo escuchando con evidente respeto las opiniones del que estaba a su lado, el influyente Musa ben

Rahhú, comandante en jefe de los cuerpos de ejército formados por berberiscos emigrados del África para integrarse en la hueste nasrí. Martín había oído hablar de él y de estos guerreros, los zenetas, quizás el más formidable apoyo para la defensa de las fronteras del reino; Muhammad Segundo había regularizado y disciplinado sus competencias, y ahora estos *gazin*, cuya era su denominación, constituían, en el casi permanente estado de guerra que era la tónica de los tiempos, junto con los contingentes de mercenarios cristianos, los baluartes más firmes a la hora de enfrentar a cualquier enemigo.

Con el general —el *amur*— ben Rahhú se sentaban otros de sus oficiales, todos con el grado de *qáid*, todos berbers como su jefe. Pero quien más llamó la atención del fraile fue aquel al que primero le habían presentado, cuyas maneras, sus aires, le identificaban en el acto como el influyente secretario del rey, Muhammad ben Abderrahman, conocido como Aben Al-Haqim. Sería de más o menos su misma edad, y a la corrección de las facciones unía unos ademanes mesurados y una dicción perfecta del idioma, a diferencia del modo casi dialectal con que hablaban los andalusíes; cierto que se manifestaba de continuo en una casi pedante suficiencia, en especial cuando se aferraba a la convicción de sus razonamientos, por muy simple que fuese el tema; cuando intervenía sabía de qué hablaba y lo exponía con suficiente claridad.

De ese modo transcurrió el tiempo, Martín apenas en las conversaciones, sin opinar sobre asuntos que consideraba totalmente ajenos —problemas de la agricultura mezclados a historias de caza, algún recuerdo bélico o la licitud de vender o no armas a los reinos cristianos, así como la compra de víveres a los castellanos que ahora ocupaban las tierras que antes fueron musulmanas.

Sí intervino, y bien largamente, al ser requerido acerca de los proyectos de crear en el reino centros de enseñanza similares a las madrasas de Oriente, lo que equivalía a los estudios generales europeos, y de los que ya existía uno en Malaqa, junto a la mezquita aljama. Contó, pues, de sus experiencias universitarias y de cómo se impartía la enseñanza, escuchado cortés e interesadamente por la tertulia, con gran atención por el secretario del rey; y luego todo fue opinar sobre el predominio de la religión en la docencia, tanto en las escuelas cristianas como en las islámicas. Casi todos —todos— estuvieron de acuerdo en su necesidad.

En la indolencia de aquella reunión que no parecía buscar objeto alguno, las primeras sombras, todavía matizadas por los colores del crepúsculo, fueron desveladas al acudir varios esclavos y encender las lámparas que pendían de los artonados, en tanto otros se aprestaban a proveer de nuevos comestibles y bebidas. Hasta que, en un determinado momento, Aben Al-Haqim inició hábilmente la conversación, en el sentido que Martín sabía que justificaba su presencia en la reunión. Supo, y tampoco tuvo que hacer un gran esfuerzo de imaginación para adivinarlo, que el rey había dado su conformidad para aceptar la entrevista con fray Rodrigo, conocer sus propuestas y actuar en consecuencia; parlamento que no tuvo

más eco, extrañándose el fraile de que para hablar de algo que ya estaba más que decidido se hubieran invertido tantas horas de ocio.

Las últimas palabras del secretario real fueron dirigidas al extranjero que se sentaba frente a él; corteses, pero sin ninguna emoción:

—Agradezco al Misericordioso, Señor de todos los mundos, haberte inspirado para aceptar de acompañarnos en esta misión, que espero dé sus mejores frutos a beneficio de todos y a mayor honra de Alláh, su paz y su gracia sean con el Mensajero.

Cuando se dejó oír la voz del almuédano, *Al'lahu Akbar! Al'lahu Akbar!*,^[45] llamando al *salat magrid*, la oración del anochecer, los mahometanos se excusaron, abandonando la sala por un breve lapso de tiempo que el clérigo aprovechó para el rezo de completas. Vueltos a reunirse, el grupo encaminó los pasos para hacer las abluciones antes de pasar a la sala donde se iba a servir la cena.

En Granada descansó tres días bien empleados, porque uno de los personajes que conoció en la tertulia habida en el palacio, Ibn al-Hakim al-Rundí —paisano, por tanto del primer secretario, natural también de Ronda— encargado de la cancillería real, se puso amablemente a su disposición para mostrarle las bellezas de la ciudad y sus alrededores, distinción que le fue de lo más grata, especialmente cuando pudo comprobar la cultura y la exquisita sensibilidad poética de su acompañante. Luego, otra vez al camino.

Ahora se hizo estación en Guadix y Baza, salvando las asperezas de las serranías, hacia el septentrión; paisaje de una bravura, de una belleza salvaje que Martín no dejaba de admirar constantemente, a pesar de que todo aparecía como aplastado por la violenta luminosidad de un sol que, de acentuar un poco más el efecto de sus rayos, podría hacer que todo se fundiera.

Una de las últimas etapas, cerca ya del objetivo, se hizo en un lugar llamado Zújar, sobre el que señoreaba una imponente fortaleza encaramada sobre las montañas que dominaban la comarca, tenida por inexpugnable; quizá lo más notorio allí fuese la presencia de una poderosa guarnición, la mayoría jinetes berbers, parte de las líneas defensivas del reino.

Curiosamente, no era un militar quien iba al frente, no sólo de la misión embajadora, sino incluso del fuerte contingente armado que la acompañaba; lo hacía el propio secretario del rey, Aben Al-Haqim. Pese a sus aires altaneros, que parecían algo connatural en aquel hombre, desde que iniciaron el viaje empezó un progresivo acercamiento hacia Martín, distante en un principio, más relajado conforme pasaban los días; el joven fraile creyó adivinar en él algo que sería como un menosprecio hacia el estamento puramente militar, extensivo incluso a los funcionarios de la administración, pues dedicaba sus deferencias a quienes descubría animados de un espíritu intelectual o amante de las artes. Posiblemente adivinara que un misionero

rumí enviado en su difícil cometido a un país que desde hacía ya más de ocho o diez generaciones confesaba su fe en cuanto predicara el Profeta, no podía tener la mente encerrada por completo en su oficio. Así, empezaron por cruzar, en ocasiones, alguna palabra; luego se entretuvieron, como de pasada, comentando cuestiones de filosofía; rozaron después argumentos religiosos; y ya durante todo el viaje se empeñaron en animadas conversaciones sobre poesía, historia, los argumentos de los filósofos griegos, el Corán y la escolástica. Aben Al-Haqim era poeta, amaba la literatura y el pensamiento y estaba escribiendo una *Historia de Hispania*, por lo que su erudición era vasta, y aunque tenía el hábito de hablar con absoluto convencimiento de estar en la certidumbre de cuanto decía, para Martín resultaba escucharle, no sólo ameno, sino muy interesante. En una de aquellas charlas informó a su acompañante, con manifiesto orgullo, que era dueño de una de las más nutridas bibliotecas del reino, cuyo contenido puso gentilmente a su disposición.

Cuando la comitiva llegó al límite de la Marca que separaba el territorio granadino del de los castellanos, fue recibida por los fronterizos de la rábida musulmana que guarnecía la zona, servida por aquellos hombres, mitad ascetas, mitad soldados, de quienes la cristiandad tomara modelo para constituir sus órdenes militares; gente llena de una más que profunda convicción en las promesas de su fe que las que albergaran los soldados defensores de la cruz, porque no vacilaban en lanzarse ferozmente al combate con una violencia que los hacía temibles, buscando la muerte, ciegamente convencidos de que si caían en la lucha, de inmediato se encontrarían gozando de todas las promesas que Mahoma tenía hechas sobre el Paraíso de Alláh; circunstancia que raras veces se daba con tal convicción entre sus enemigos.

Partieron mensajeros hacia la villa donde los emisarios cristianos aguardaban, volvieron éstos con la respuesta, y al día siguiente, mediado ya Chaaban —agosto—, tuvo lugar el encuentro, en unas tiendas dispuestas al pie de las alturas donde se asentaba la bien murada Quesada.

Ya antes del reinado de Alfonso Décimo, las rudas costumbres castellanas habían ido adquiriendo cierto refinamiento, influenciadas por sus oponentes sarracenos. Éstos, en una diversidad de materias y actitudes iban muy por encima de la zafiedad de aquellos toscos hombres mesetarios, moldeados por la difícil supervivencia en un territorio infinitamente más duro que el de las feraces tierras donde se rezaba en las mezquitas; es por ello que en bastantes aspectos copiaban el estilo de los moros, siempre aparatoso, siempre enseñando un boato en que corrían parejas la esplendidez y la galanura. Por eso entonces, para aquel encuentro, montaron y decoraron, con bastante acierto, una docena de tiendas que servirían de alojamiento y reposo de la embajada musulme, en torno a las cuales dispusieron éstos las del séquito que venía acompañándolos. A cierta distancia se alzaba otra de grandes dimensiones, donde tendría lugar la conferencia, sobre la que flameaban dos pendones: uno, de signo militar, informaba que el jefe de la partida cristiana tenía mando sobre al menos cien

hombres; el otro lucía la divisa del provincial dominico. Entre ambos y a mayor altura, una gran bandera blanca, mostrando la cruz negra flordelisada, enseñaba que el territorio estaba sometido a la disciplina y guarda de la Orden de Calatrava.

De modo que aquella misma tarde, cuando el calor hubo templado algo sus rigores, tuvo lugar la primera entrevista, en la que se intercambiaron los habituales presentes con los saludos y cortesías de costumbre. Martín recibió con modesto semblante lo que entendió paternal acogida con que le saludó fray Rodrigo, contemplados con curiosidad por el numeroso séquito de clérigos, caballeros, escuderos, peones y esclavos, y por los acompañantes de Aben Al-Haqim. *Dom* Rodrigo, vestido con un caprichoso atuendo, parecía todo menos un predicador, dejando ver su indumentaria de guerra, calzando espuelas y luciendo, en contra de las prescripciones, una bien poblada y ya encanecida barba que se acariciaba con nerviosa frecuencia.

—¿Y qué nuevas de tu tío, el cardenal Oliver?

—Pocas, padre. Que desde que vine a estas tierras apenas logro saber de cuanto acaece, más allá de lo que consigo por los comerciantes que llegan a Malaqa, mis proveedores de noticias. Espero saber de tus labios cuanto te dignes contarme.

—Así lo haré, si ello te place. —Y a continuación, haciendo para que no le oyesen, con una sonrisa irónica—: ¿Te acostumbraste ya a vestir como esa gente?

Martín se sintió como muchacho sorprendido en travesura, lo que le azaró; se tocó las recién estrenadas ropas, miró sus pies, calzados con los clásicos botines que usaban los moros para cabalgar... Aunque antes de partir le recomendaron no hacer exhibiciones de hábito, quizás ahora, llevado por las circunstancias, exageraba un poco... Fue a decir algo, pero ya fray Rodrigo encaminaba sus pasos hacia el lugar donde se habían acomodado los musulmanes; sonriente, dominador, dueño de sí y de la situación.

Continuó la reunión como un par de horas más, y todo fue un estar distendido y grato, en que la numerosa concurrencia se dedicó a dar buena cuenta de los manjares que se empezaron a servir, en los que se tuvo la precaución de no ofrecer ningún plato en cuya confección hubiera intervenido carne de animal impuro.

Las conversaciones formales tuvieron lugar al día siguiente, con la intervención de Martín como intérprete, junto con un judío converso del séquito castellano. Pese a la presencia manifiestamente hostil del freyre claverero bajo cuya custodia se hallaba la fortaleza de Quesada, un navarro incapaz de ocultar su enconada ojeriza frente a los que consideraba sus enemigos —que por algo, quizás uno de los fundamentos principales de la Orden de Calatrava era precisamente el de «guerrear sin descanso contra el moro»—, la entrevista discurrió por cauces, se diría, de total acuerdo en lo que el provincial dominico expuso a sus invitados. El sagaz *dom* Rodrigo obvió en todo momento aquel aire de superioridad que emanaba de la persona de Muhammad ben Abderrahman, y el comedimiento y las atenciones no dejaron de estar presentes, con lo que así el fraile buscaba de conseguir sus propósitos.

El meollo de la cuestión consistía en el temor por una ruptura de la tregua, si los granadinos consideraban que el estado anárquico en que se debatía Castilla propiciaba una intervención armada; fray Rodrigo buscaba obtener de los mahometanos la promesa de que no se aprovecharían de tan dura situación para romper las hostilidades. Y su interlocutor, con aquel estilo que a Martín se le hacía a veces tan difícil de interpretar, en un tono que sonó como a magnánima condescendencia, aceptó en nombre de su rey dejar que los acontecimientos se desarrollaran como los castellanos considerasen acertado, sin intervenir en su política interna, no apoyando ni al heredero del reino ni a sus oponentes. En cuanto a una opción de enfrentamiento bélico, todo quedó en tal confusión por la oratoria del poeta Aben Al-Haqim, que ciertamente su intérprete no fue capaz de entender si accedía o negaba. Finalmente todos —menos él— quisieron traducir sus palabras como el mantenimiento de una neutralidad, que era lo que la embajada castellana buscaba, y hasta el mismo Martín, contra lo que su criterio le dictaba, acabó por aceptarlo de idéntico modo, con lo que se dio por concluido el motivo de la entrevista, a la que puso colofón una cena ofrecida por los granadinos, ciertamente de una exquisitez que no dejaron de alabar sus contertulios. Por cierto, uno de los postres consistió en algo propio de la misma villa ante cuyos muros se hallaban, y que la hizo famosa cuando Quesada pertenecía al islam: la *qayyata*, un pastel de queso perfumado con agua de rosas que se encargaron de confeccionar algunos de sus antiguos habitantes, ahora exiliados, llegados con el séquito de Ben Abderrahman ben Ibrahim.

Finalizaba el banquete, ahora en intrascendentes conversaciones, cuando un criado se acercó recatadamente a Martín, rogándole, en nombre de *dom* Rodrigo, que le acompañase. Acudió presto a donde el superior, quien le recibió con sus habituales muestras de deferencia, no pareciéndole que trataba con un personaje de tan alta jerarquía, lo que inmediatamente despertó sus recelos; otra segura herencia de su padre. Pero casi al momento, una vez pasadas las efusiones, recuperó el provincial dominico sus aires de siempre, autoritarios y casi apremiantes, por un lado; incisivo y exigente al par que solícito...

—Padre Martín, sin duda has de estar bien sorprendido por mi interés en que acudieses a mis entrevistas con éstos —su gesto desdeñoso no tenía ahora por qué fingir todo el desprecio que sentía por los musulmanes—, pero haciendo mis averiguaciones descubrí que no podría contar por estas tierras de moros con nadie que reuniese tus condiciones: hablas su lengua, estás en misión de nuestra religión entre ellos, eres inteligente y habrás sin duda conocido a algunos con autoridad... Observé que cuantos han venido contigo te manifiestan gran respeto... Y no ignoras en qué situación vivimos en Castilla, penosa y llena de peligros, que en más de una ocasión se me ocurre que el Señor nos deja de su mano... —se persignaba.

Entretuvo un tiempo contándole pormenores sobre la tormenta que se cernía sobre el reino castellano, de los que ya el joven conocía lo suficiente; su interés estaba en

saber si por aquellos días pudo captar alguna información en cuanto a las intenciones de los sarracenos, si tenía noticia de que preparasen una ofensiva, y también si conocía algo acerca de sus medios bélicos y económicos, así como del ánimo que se respiraba en el reino granadino, tanto entre el estamento militar como en la población.

—Ciertamente, padre, me pides que te informe sobre cuestiones a las que nunca podré llegar, creo. Si los moros están por la guerra, a mí no me llegó noticia alguna, y en Malaqa, ciertamente, nadie habla de guerra, lo mismo que aprecié de los días que he permanecido en Granada. Al contrario, sé que la temen, y en ningún momento, durante este viaje con el primer secretario del sultán, a nadie oí hablar de guerra —respondió Martín.

Fray Rodrigo hizo un gesto ambiguo:

—Astuto, ese moro... —El mirar perdido, pensativo—. Que aún ignoro si aceptó o no cuanto le propuse, el muy maldito de Dios.

Seguidamente quiso ampliar su relato, y era como si hablase para sí, contando de los alarmantes acontecimientos que le habían obligado a aquel encuentro con los islamitas, que le preocupaban tanto como para tenerlo lleno de inquieta zozobra: el rey Jaime Segundo de Aragón y el de Granada habían suscrito un pacto, por el cual ambos se comprometían a apoyarse mutuamente contra cualquier agresión, fuese ésta de cristiano o de musulmán, lo que al ser conocido de los castellanos hizo temer a éstos la posibilidad de que Aragón invadiese sus tierras, probablemente por Murcia, al tiempo que los sarracenos harían por desbordar las fronteras por la Marca de al-Ándalus. Esta situación empezaba ya a confirmarse, porque los aragoneses acababan de romper las hostilidades, emprendiendo una reprobable y cobarde guerra contra Castilla. A estos riesgos se unía la magra situación de las arcas del Estado: la deuda ascendía ya a más de veinte mil millones de maravedíes, cuando los ingresos no llegaban a siete mil millones; y al confesar tanta calamidad, fray Rodrigo no se privó de maldecir y hasta blasfemar, achacando la situación a tantos absurdos y descabellados dispendios ocasionados por aquel insensato que fuera don Alfonso *el Sabio*, con su terca obsesión de ser consagrado emperador, seguido de la sangrienta guerra civil que se declaró inmediatamente después, lo que había assolado al reino. Agregábase ahora la situación de nuevo enfrentamiento, con la amenaza de que Castilla quedase partida en dos, tres divididos estados...

—Confiemos en que el Altísimo, aunque nos ponga a prueba, nos ayude y haga que el tierno infante pueda llegar a su proclamación. También confío en la ayuda de nuestros hermanos. En la tuya, padre Martín, que por esta conversación que en tanto secreto mantengo ahora contigo, te tomo juramento y pongo a Dios por testigo para obligarte a que cualquier noticia, algo, lo que sea, que creas que pueda ayudarnos, me la hagas llegar con urgencia, que con eso ayudas a Dios Nuestro Señor, a su Iglesia y a tu alma... ¡Todo sea porque un día nos arranquemos de una vez esta pestilencia odiosa de moros, que el Señor ahogue en su propia negra sangre! ¡Y también a los mil veces malditos judíos, los asesinos de Jesús, que nunca podremos olvidarlos, y

creo que son ellos los primeros culpables de todo el mal que nos rodea y de los calamitosos tiempos en que vivimos! Pero Dios nuestro Señor hará que a todos ellos, unos tras otros, les llegue la hora del merecido castigo, que quisiera fervientemente vieses mis ojos... ¡Oh, Dios mío, Señor!

Con lo que Martín entendió que acababan de investirle como espía, y no supo si del reino de Castilla o del belicoso provincial de los predicadores.

Ya no volvieron a encontrarse más. Al día siguiente la embajada musulmana con su séquito emprendió el regreso, y para el mes de septiembre Martín se encontraba de nuevo en Malaqa.

A mediados de octubre se extendió la noticia: Muhammad Segundo había roto la tregua, atacando con éxito a los castellanos por la frontera que custodiaba la orden de Calatrava. El soberano nasrí confió la operación a su propio primer secretario, a quien invistió como *amur* a la cabeza de la hueste, con lo que, a la vista de los resultados, el rondeño parecía haber dado pruebas de ser tan buen estratega como político y hombre de pensamiento e ideas. Lo más importante era que la Marca cristiana había retrocedido, porque los granadinos, al conquistar una serie de plazas y castillos, recuperaron buena porción de las tierras años ha perdidas; entre ellas, la que siempre se tuvo como la inexpugnable Quesada.

—Tu amigo parece ser tan hombre de acción como poeta, aunque no haya leído nada de él —comentó Antonio.

Porque una vez regresado y estimando que no cabía ya mantener el secreto, Martín le contó cuanto acaeciera en su viaje con Aben Al-Haqim.

Para celebrar aquélla y otra serie de victorias obtenidas por los nasrís, el *walí* quiso hacer partícipe al pueblo, organizando unos festejos populares en el seco lecho del río, con los consabidos fuegos de artificio, bien disfrutados con toda la libertad de la que aquella gente alegre y despreocupada sabía servirse en todo momento, aprovechando la menor coyuntura para exteriorizar su jubiloso deseo de vivir olvidados de inquietudes, llenas las calles de cánticos, bailes y algún que otro incidente provocado por el vino, que rápidamente atajaban con celeridad y contundencia los eficientes miembros de la *surta*.^[46]

Dio asimismo el gobernador una fiesta en su palacio, y aquella noche la alcazaba se llenó con lo más relevante de la aristocracia y la intelectualidad malaquíes. Pero no se invitó a ningún *rumí*, salvo a los conversos, naturalmente.

Días más tarde supieron los dos predicadores, por boca de Andrés Agreda, cómo se había desarrollado el principal acontecimiento de aquella ofensiva contra las posiciones castellanas, es decir, la conquista de Quesada. Todo empezó cuando los mahometanos pusieron cerco a la plaza, donde los caballeros calatravos, seguros tras sus poderosas murallas, consideraron inútiles los esfuerzos de un enemigo al que producían continuas bajas desde los adarves. No obstante, algunos zenetas

consiguieron llegar hasta las puertas, incendiándolas, aunque los arqueros cristianos consiguieron mantenerlos a raya, impidiéndoles culminar el asalto. Vista la inutilidad de sus esfuerzos, el ingenio de Muhammad ben Abderrahman concibió una treta: fingió levantar el sitio, abandonando el campamento, y cuando los castellanos, ávidos de botín, irrumpieron para saquearlo, una incontenible avalancha de guerreros que esperaban emboscados se lanzó sobre ellos, irrumpiendo seguidamente en el interior de la población, donde ya no hicieron sino ir acabando sistemáticamente con todo foco de resistencia.

—Era una villa bien provista, así que la presa fue grande.

Lo que no contó el *amil* fue la salvaje carnicería que hicieron los vencedores una vez conquistada la fortaleza, donde apenas algún defensor pudo librarse de ser pasado a cuchillo. Entre los que cayeron se contaba aquel freyre navarro, pertinaz en su profundo odio a los islamitas, que hasta tan aciaga jornada fue clavero de la plaza: y clavada en lo alto de una pica, su cabeza fue paseada por las calles del pueblo.

Durante los meses que siguieron, Martín fue capaz de arrancarse a aquella especie de abulia que conscientemente, y cada vez más lleno de aprensión y de remordimientos, había venido descubriéndose, dedicando afanosamente el tiempo a hacer frecuentes viajes de predicación que le condujeron por distintos itinerarios, tanto en la comarca montañosa del interior como a lo largo del litoral que se extendía a ambos lados de la ciudad, y aunque la semilla tuviera poco fruto en ninguno de sus intentos, sintió al menos la satisfacción de saberse cumpliendo con su deber.

En este tiempo continuó manteniendo sus relaciones con los amigos musulmanes, se atrevió a sostener dialécticos encuentros en la mezquita aljama con doctores de la fe islámica, discutió en igual sentido con los rabinos de la sinagoga y se entrevistó en diversas ocasiones, por cortesía, con el obispo.

Uno de aquellos días, a requerimiento del *walí*, Andrés Agreda lo acompañó para ser recibido por la más alta jerarquía de la administración malaquí. Martín no pudo menos que reconocer el carácter cordial de su entrevista, constatando la inteligencia e incluso la elegancia en el discurso de Abu Sa'id. Ya no volvieron a encontrarse sino en muy contadas ocasiones: porque el *walí* era un hombre cargado de trabajo, y por ello, consciente de sus responsabilidades. Martín tampoco quería distraer las suyas.

Aparte de esto, siguió su continuo discutir censurando su libérrima actitud a Antonio, aunque nunca dejaba de acompañarle, refunfuñando y fingiendo hacerlo a su pesar, en aquel vagabundeo incansable, entre visitas, discusiones filosóficas y husmear de libros donde podían encontrarlos, que no escaseaban las tiendas de librerías; entre tanto habían tomado la costumbre de dialogar en árabe, a propuesta de Antonio, empeñado en avanzar todo lo posible en el conocimiento de una lengua que pese a sus esfuerzos se le resistía, provocando las burlas de su amigo.

Mediado mayo, a casi un año de su estancia en al-Ándalus, llegó a Malaqa fray

Pedro de Aldealuenga.

XXXIX

Pedro de Aldealuenga podría ser considerado un súbdito más del rey de Castilla, y también un miembro eficaz de la comunidad dominica cordobesa, si no fuera porque por encima de sus deberes con la república y con la religión que fundara Domingo de Guzmán estaba su mucho más importante cometido como auxiliar de su pariente, el obispo de Córdoba, el cual, provisionalmente —desde hacía ya dos años—, era oidor en la Real Audiencia de Castilla. Fiel a las *Ordenanzas*, llegó a Malaqa en compañía de otro predicador con una caravana de mercaderes valencianos, donde más de la mitad eran mudéjares, aunque en ella abundaran pobladores nuevos de Murcia, catalanes y algún franco. Pero casi enseguida explicó que su presencia en tierras de moros nada tenía que ver con la Orden.

Recibido el séquito por los dos misioneros —casualmente en aquella ocasión también estaba Antonio— y una vez llegados a la vivienda que era su alojamiento en el Arrabal de los Genoveses, entre la muralla y la iglesia, no bien instalados, fray Pedro, con aquel aire que tenía de la sencillez y la gravedad, que pasaba de un estado casi jocoso a la más extrema seriedad con que se fingía persona atareada buscando presta solución a sus negocios, contó, expresándose en un bárbaro latín, el motivo de su venida a Malaqa:

—Deseo y debo explicar que el viajar hasta aquí con tanta ventura, gracias mil veces sean dadas a Dios nuestro Señor, no es sino ordenado por mandato de mi señor obispo, quien cumple instrucciones del Tribunal Real para que tú, padre Martín, seas citado en forma y acudas a Córdoba, donde habrás de declarar como testigo en asuntos de los que se te considera sabedor. Y como resides en país extranjero donde con harto trabajo te llegaría la citación, se me comisionó, por ser cursor del tribunal, para que acudiese en persona a informarte. Así que, ya en tu conocimiento, te aviso sobre lo conveniente que será si nos ponemos en camino cuanto antes, con lo que todos ganamos tiempo —dijo, al tiempo que acompañaba su exposición con el documento judicial al que hacía referencia, que puso en manos del destinatario.

Invadido de repentino asombro conforme escuchaba y asimilaba tan sorprendente anuncio, que de inmediato le hizo llenarse de sospecha mezclada a un profundo recelo, Martín casi tartamudeó:

—Trabajo me cuesta entenderte, padre. ¿En virtud de qué esta citación? No dependo de la provincia de España, desconozco todo cuanto se refiera a asuntos de estos reinos... Quisiera saber más sobre esta cuestión, que me deja, y debes comprenderlo, inquieto, a más de sorprendido.

El otro hizo un suspiro, miró al techo. Luego:

—Mi visita, padre, no encierra otro objeto que el dicho: poner en tu conocimiento y en tus manos la citación, que si bien en ésta no se señalan motivos, los cuales yo ignoro, sé que no resultará negocio gravoso para ti, pues no se te recaba sino un testimonio, por lo que sólo tendrás que responder sobre algún suceso en el que al parecer entiendes.

Formulismo que aclaraba bien poco, puesto que Martín, exento de toda jurisdicción ordinaria de la Iglesia, no lo estaba de la que cada país usara en la aplicación de sus leyes, como parecía ser el caso, ya que se le requería para testificar ante un tribunal civil, no eclesiástico.

Pero fray Pedro no parecía dispuesto a dar más explicaciones, por ignorancia o por el motivo que fuese, de manera que pretextando la fatiga del viaje dio por concluida la entrevista y salió con su compañero tras un criado que les guiaría hasta su alojamiento.

Al quedar solos, Martín, sin salir de su perplejidad, escuchó a Antonio, que bromeaba, posiblemente a causa de su mismo desconcierto:

—Si viniesen a buscarme a mí, créeme que no me sorprendería tanto como saberte a ti objeto de la atención de nadie, aunque sea por cuestión leve, como así parece. ¿No guardará esto relación con tu entrevista con el provincial de Hispania el año pasado, fray Rodrigo?

Martín se revolvió, entre malhumorado y sorprendido:

—¿Qué tendrá que ver? ¡Ésa es una idea absurda! Pero dime, ¿qué se te ocurre debo hacer? ¿Ir a Córdoba, presentarme ante ese tribunal? Confieso que no me fio nada, que siento miedo... Nunca tuve que ver con la justicia en ninguna parte y por ningún motivo, y citarme para dar un testimonio, ¿de qué? Y ahora que mientas a fray Rodrigo, no sé, pero me produce una verdadera inquietud que no te voy a ocultar...

A temprana hora en la mañana coincidieron todos en la iglesia —Antonio estaba dispuesto a no separarse de su amigo—, y después de asistir al oficio se reunieron para desayunar en la destartalada sala del *fondac* donde habitualmente hacían sus comidas muchos de los habitantes del arrabal; el establecimiento era propiedad de un judío portugués comerciante en granos y estaba a cargo de una robusta cuarentona, hábil en el manejo de la cocina, cuya vida privada parecía tener alguna ligazón con el arcipreste catedral, el cual, del todo imperturbable a comentarios y chismes, hacía también caso omiso a las ordenanzas promulgadas por las leyes de Castilla en cuanto a la elección de barraganas dedicadas al oficio tabernario.

Devorando con manifiesta satisfacción sus buñuelos mojados en miel y los pasteles de almendra, sorbiendo ruidosamente su escudilla de leche de cabra, fray Pedro se aparecía confianzudo y decididor, aunque preciso es reconocer que en ningún momento, desde su llegada, se manifestó autoritario, distante, sino todo lo contrario; quizá porque su voluminoso aspecto, su amplísimo y descomunal vientre, el rostro

rojizo y la gran nariz surcada de azuladas venillas, la expresión continuamente envuelta en una sonrisa —bien cuca, ciertamente—, revelaban la que posiblemente sería su naturaleza de hombre conciliador y enemigo de polémicas, en total contraste con fray Jeremías, de desgarbada y larga figura ligeramente encorvada, enjuto de carnes, mirada huidiza, envuelto en un continuo y cerrado silencio roto alguna vez por casi ininteligibles monosílabos.

En amistoso coloquio, el cursor del Tribunal de la Corte empezó a hacerles preguntas, sin orden ni formalidades, queriendo informarse de cuanto atañía a la ciudad, tanto en lo referente a la misión dominica como a las particularidades de las gentes y sus costumbres, que comparaba con las de la Córdoba conquistada para la cristiandad hacía ya sesenta años, a la que dedicaba continuos elogios, pintándola como un lugar casi edénico. Martín le escuchaba, y al hacerlo se le desvanecían sospechas y resquemores, en la idea de que nada desagradable podía venir de aquel confianzado fraile. Pero más de una vez observó el rostro serio y la frialdad en la expresión de fray Jeremías, y hubo hasta una ocasión en que, cruzando su mirada con la de Antonio, creyó leer en ésta todo un cúmulo de prevenciones y rechazos.

Así, entretenidos de esta guisa, no se mudaron sino para avizorar desde la atalaya, a la que llamaban la Torre Gorda, todo el vasto panorama que desde su altura se divisaba del muelle, la caleta, la desembocadura del Wad al-Medina y la vega que corría hacia el poniente. No se volvió a hablar del negocio que traía a ambos emisarios hasta Malaqa, sino que todo consistió en una reunión amable y distendida. Hasta que un criado vino a avisar que les esperaba la comida, y ahí fray Pedro demostró cuál era el pecado que le dominaba, pues sin disimulo alguno apremió para acudir a la mesa. Ciertamente que con este motivo y sin dejar de masticar, el mofletado dominico aprovechó para demostrar el ingente caudal de conocimientos que atesoraba en cuanto a la culinaria en todas sus facetas, lo mismo refiriéndose a platos castellanos como árabes; y a especias, hierbas, peces, aves, caza, guisados de mil modos y con mil sabores; se refería, naturalmente —puntualizaba— a lo que se servía en las mesas señoriales, no al alimento del común del pueblo, que no era, en su opinión, sino pura bazofia. Sus loas a la cocina cordobesa, en la que se combinaban los más apetitosos platos del recetario musulime —muy por encima, bajo cualquier aspecto, a la escasa fantasía proveniente de la Meseta—, eran incesantes.

—Los castellanos viven de gachas, algo de tocino y algo de queso, y estos sarracenos, de olivas, potajes, verduras y pan.

Por cierto: un pan riquísimo que en Castilla no creo que hayan visto jamás... Pero eso no es comida... No es ni sombra de lo que se aliña para la mesa de mi señor el obispo, o para la del rey de Castilla... O los platos que vi cocinar para el conde de La Cañada... Y supongo que igual ha de ser para el mismo rey de estas tierras de Granada... Sin duda, todo hombre que se precie, moro o cristiano, ha de ser entendido en el buen comer. ¿O no? —Reía, ignorando la severa expresión de fray Jeremías, en tanto su enorme vientre le bailaba como el azogue, ufano, al parecer,

mientras contaba de sus amistosas relaciones con algún que otro sibarita amante de una mesa bien regalada.

Sin embargo, a pesar de esa apariencia amistosa y despreocupada —chocante con el mutismo y el continuo ceño de su cofrade—, que podría ganar la confianza, en cierto modo, de los dos misioneros, éstos se manifestaban en la intimidad llenos de celos y hasta marcados por unos sentimientos de verdadera animosidad contra ambos viajeros. Por rehuir su forzosa vecindad, aduciendo sus obligaciones, a poco de terminar la comida los dos jóvenes se excusaron de su compañía para dirigirse hasta el río, entonces un limpio y manso arroyo, por cuya orilla fueron paseando, con cuidado de mantenerse a resguardo de las batallas a cantazos de la chiquillería malaquí. Durante toda la tarde casi no hicieron sino lamentarse sobre lo desagradable de una situación que de modo tan imprevisto se había presentado para alterar el discurrir de sus días; Martín, queriendo hacer comprensible lo que le estaba sucediendo; Antonio, sin cejar en su empeño de señalar al belicoso e imprevisible fray Rodrigo como el causante de todo.

A la mañana del siguiente día, ya el tercero desde la llegada de los cordobeses, a la hora prima y cuando salían de la iglesia, fray Pedro recordó con voz suave, casi una súplica:

—Comprendo, padre Martín, que hayas de dar cima a todas cuantas obligaciones son de tu responsabilidad, y a más, he de confesarte que no me disgusta estar aquí, donde todo me parece grato: la gente, los vecinos, el tiempo... Pero te ruego vayas pensando en que hemos de partir.

Después de la comida se reunieron los cuatro en el jardincillo ante el *fondac*, incluido el inseparable hay Jeremías; ninguno se preocupó de guardar el obligado silencio, exigencia que sin mediar palabra dejaban para la vida conventual, y ahora charlaban sobre los diferentes motivos que nacían de la propia conversación. Pero en medio de la amplia variedad de temas, en un determinado momento fray Pedro abandonó el tono despreocupado que había venido manteniendo, y, con una expresión inquieta, empezó a contar sobre el grandísimo interés que dijo sentir por hacerse con un ejemplar de cierta obra dedicada a la cocina andalusí, escrita, según contaba, por un bien documentado murciano, Razin al-Tuyibí; del tratado en cuestión había tenido noticia conversando con su pariente, el prelado cordobés, aficionado también, según se deducía, a los placeres que proporciona una buena oferta de platos bien aderezados, y al orondo predicador se le ocurrió que sería cosa original si pudiera encontrar una copia del citado para con él hacer obsequio a su obispo.

—He de confesar lo mucho que me placería comprar ese libro —concluyó. Y era como si en sus interlocutores adivinase la posibilidad de conseguir su objeto.

Cuando ambos decidieron retirarse, los dos jóvenes volvieron a discurrir sobre cuanto suponía la incómoda presencia de los dos cordobeses, comentando el extraño

comportamiento del rollizo fray Pedro, poco acorde con la misión que le habían encomendado y tan contrapuesto a la rigidez de su compañero. Pues si el mandamiento judicial no dejaría de ser cosa importante —se decían—, el parlanchín enviado de la Audiencia Real no estaba concediéndole excesiva trascendencia, ya que, expuesto el motivo de su viaje y salvo el par de ocasiones en que blandamente se lo recordó a Martín, no parecía decidido a muchas urgencias, entregado al descanso y distraído con asuntos más de su agrado; el principal, andar de continuo por la cocina que nutría a la misión, husmeando entre ollas, probando guisos y sobornando con todos los medios a su alcance a la presunta barragana del arcipreste.

—Es un réprobo, y puede que ni siquiera esté ordenado —se mofaba Antonio, haciendo gala una vez más de su creciente escepticismo—. Apuesto a que fue predestinado por el Señor antes de nacido para su condenación eterna, hiciera lo que hiciera, *Deo gratias*.

Pero Martín, inquieto, no estaba para sutilezas ni burlas, lleno de recelos a pesar de que fray Pedro parecía querer transmitirle una despreocupada confianza, intuyendo que el asunto debía de ser de una cierta importancia, pues de lo contrario los tribunales no hubiesen puesto en marcha toda aquella premura, sirviéndose incluso de los dos predicadores para confirmar que recibía la citación.

Decidieron, sin llegar a conclusión alguna, consultar con la única persona que podría asesorarles: el *mufti*. Éste, que acababa de regresar de la capital del reino, confirmó, luego de oír las explicaciones de los dos predicadores, las sospechas de que era aquél asunto grave, lo que reforzó la resistencia de Martín a ponerse en camino para acudir a la citación; habría que sonsacar hábilmente al rollizo fraile y conseguir de él algo, alguna pista de la que extraer deducciones que pudieran conducir al meollo de la cuestión, para lo que necesitarían, usando de los medios que fuesen, prolongar lo más posible la estancia en Malaqa de los dos mensajeros.

—Con el de hoy hace ya cuatro días que vinieron.

A continuación y casi con incómodo rubor, transmitieron al letrado su deseo por obtener aquel libro de recetas culinarias, y el porqué de tan insólito interés; mas el cuestionado no fue capaz de señalarles ni el menor indicio para hallar una obra en la que se trataban materias tan fuera de su profesión, aunque prometió informarse.

Fue más tarde cuando Martín recordó sus conversaciones con el primer secretario del rey granadino, quien tan amablemente le contó de su biblioteca; tal vez por este camino pudiera conseguir el libro que regocijaría al obispo cordobés, al que imaginaba tan adiposo como su enviado. Y al día siguiente, ufano como si hubiese encontrado la solución al más difícil de los problemas, se apresuró a comunicar a fray Pedro de las conversaciones que por circunstancias tuviera con Aben Al-Haqim y de la referencia que éste le hizo sobre su colección de libros; sólo sería necesario ponerse en comunicación con el erudito funcionario y consultarle su necesidad.

Cuál no sería su sorpresa, y la de Antonio, cuando vieron cómo se demudaban las facciones de ambos frailes, sobre todo las del padre Jeremías, cuyo rostro adquirió un

color aún más céreo que el habitual, en tanto su tripudo compañero, sin hacer por ocultar el ramalazo de ira que agitó su abultado vientre, el ceño fruncido, entre escupitajos y toses mascullaba:

—¿De ese perro moro? ¡Ni aire para respirar, padre Martín! ¡Ni aire!

Sorprendidos y confusos, los jóvenes quedaron en suspenso, sin articular palabra, esperando una explicación a tan vehemente actitud. Fray Pedro se acariciaba nervioso el lugar donde profundamente tendría el estómago; miraba a su compañero, indeciso. Luego:

—Ese moro no es sino el maldito que engañó traidoramente a nuestro padre provincial en la entrevista del año pasado... Aquélla donde tú estuviste, en Quesada... Y no he de agregar una palabra más, pero ya imaginas el porqué de mi repulsa.

Pareció al pronto que Martín no comprendiera, mientras Antonio dejaba aparecer una satisfecha expresión al oír que las palabras del barrigudo corroboraban de modo tan inopinado sus sospechas. Y pendientes ambos de una aclaración de lo sucedido, vieron, decepcionados, cómo el voluminoso predicador se alzaba trabajosamente de su asiento, murmurando una excusa que no entendió nadie, y salía con su compañero.

Naturalmente, los dos amigos se felicitaron por el modo tan inesperado que acababa de aclararles el enigma de la citación: Antonio, presumiendo cómicamente de sus dotes intuitivas; Martín, tranquilizado en parte, una vez conocida la procedencia de tan inquietante asunto, a la vez que incómodo al descubrirse preso de un negocio que no acababa de entender; temeroso de que arteramente pudieran implicarle en algo que pudiese entrañar riesgo para su persona.

Puesto en conocimiento del *muftí* lo que ya se adivinaba como hilo conductor de aquella trama, éste ahora les comunicó su opinión sobre el riesgo que supondría abandonar la tierra de al-Ándalus y viajar a territorio castellano, con la posibilidad de que el que marchaba como testigo se convirtiese en imputado; e insistió, como única estrategia, en dejar pasar los días y hacer por conseguir detalles más concretos.

Siguiendo tales instrucciones, a la mañana siguiente y otra vez con el pretexto de sus obligaciones, los dos misioneros, de acuerdo con sus amigos musulmanes, partieron muy temprano hacia el territorio oriental de la *kora*, la Axarkía, donde los Banú Simak poseían una quinta y donde permanecieron refugiados tres días. Antonio, dedicado a conversar con la gente —aparceros, encargados, muleros, campesinos—, enterándose de sus costumbres y practicando la lengua, entregado a disfrutar el atractivo de aquellas feraces tierras enmarcadas entre las montañas y el mar; su compañero fue capaz de mantener dialécticas conversaciones en la cercana Balix^[47] con algún rico hacendado, con dos maestros y con el imán de la mezquita mayor, con lo que trataba de justificar ante sus propios ojos sus obligaciones como predicador.

XI

Regresados a Malaqa, por cortesía, sin extenderse mucho —para no verse obligados a mentir— contaron algo de su labor misionera a los cordobeses, al tiempo que deploraban la inutilidad de sus gestiones para conseguir el deseado libro de recetas. A cambio les mostraron, con toda intención, al rechoncho fray Pedro, una vasija de barro, especie de ánfora, llena de aquel famoso vino que producían las viñas de la Axarkía, éste procedente de la accidentada comarca donde se asentaba la inexpugnable Comares.

—Creo que hemos traído una de las más estimadas riquezas de estas tierras, a la que cantan y elogian poetas, viajeros y cualquiera que llega a conocerla. Siempre, usando de tal regalo sin caer en excesos, como por lamentable error, o suerte, hiciera el padre Noé —anunció con cierta comiquería Antonio.

El padre Aldealuenga probó el vino malaquí; tras degustarlo, su mirada dejó expresar el efecto satisfecho que le producía. Luego le asomó una sonrisa casi beata:

—Tenéis razón, padre —le habló en castellano—; es verdaderamente grato este sabor y comprensible la fama de que contasteis. Por Dios que beberé otros cuatro deditos, si me permitís.

Luego Antonio comentó a su amigo:

—Nuestro bien cebado fray Pedro parece comulgar del todo con Aristóteles, porque mantiene que en la facultad nutritiva del alma está la vida, que contiene a toda otra facultad. Él, según aprecio, conserva su alma en el vientre, y bien que la alimenta.

Acostumbraron en las dos jornadas siguientes a rebajar el contenido del ánfora —eso sí: moderadamente— antes de las comidas. El último de estos días, que era domingo, tras cumplir con las obligaciones de la profesión y entretener un rato a la puerta de la iglesia conversando con algunos miembros de la colonia, Martín, pese a la antipatía que le despertaban ambos cofrades —y se descubrió que no hacía el más ligero esfuerzo por desterrarla de su ánimo—, propuso que se reunieran a mediodía en la azotea de la casa; desde allí podrían tomar el sol disfrutando del paisaje que se divisaba por sobre el adarve del castillo. Aceptaron los otros, y con el pretexto de unas gestiones partieron ambos jóvenes, por no obligarse a la presencia de los cordobeses más de lo necesario.

A la hora convenida, disfrutando la caricia de un sol que ya empezaba a calentar con preludios veraniegos, al que templaba la suave brisa que llegaba de la

resplandeciente infinitud del mar, se reunieron los cuatro. Entretenidos en intrascendente conversación a la espera de bajar para comer y siguiendo con lo que se había convertido en grata costumbre —al menos, en tanto durase el contenido del ánfora—, se dispusieron a paladear aquel vinillo tentador.

Un criado escanció de una jarra; bebieron —fray Pedro con un entusiasmo que no trataba de enmascarar—, mientras se enhebraban temas y la conversación dejaba lejos y olvidadas las Reglas y sus prescripciones de silencio y meditación; y no es necesario mencionar que fray Jeremías guardaba su taciturnidad acostumbrada. Las conversaciones giraron en torno a una variedad de asuntos, y el locuaz y glotón dominico no se privó, ayudado por sus libaciones, de llevar la voz cantante, saltando de una cuestión a otra para enjuiciar, opinar, censurar o aplaudir asuntos políticos, económicos, jurídicos, religiosos... Y, naturalmente, gastronómicos. Y sacrogastronómicos, que así podían calificarse sus argumentos cuando, haciendo un nuevo elogio del mosto malaquí, al que parecía haber tomado tanta afición, entró en materia:

—¿Acaso es éste, padre, el vino que se usa aquí para la misa? —Y sin esperar respuesta se puso a contar—: Por cierto, hace ya años, participé en un concilio habido en Castilla con el solo fin de discurrir sobre la eucaristía. Muchas fueron las cuestiones, la mayoría bien difíciles de resolver, que costó tiempo su debate... Como seis meses. Allí fueron, no sólo hispanos, que también de otros reinos, entre los que abundaron muchos y buenos doctores. Y hubo apasionada polémica, recuerdo. Y hasta recuerdo algunas caras y nombres de muchos que entraron a discutir cuestiones bien arduas... Una fue si sería o no obligado el comulgar bajo las dos especies, que son todavía muchos los obstinados, como bien sabemos, que perseveran en la vieja interpretación de que quien no lo haga, no podrá salvarse... Claro: se mantuvo, como que es dogma de nuestra fe, que en el sacrificio se contienen, por el misterio de la consagración, el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo... Y, naturalmente, se habló también del vino, que tales recuerdos me vienen por el que ahora bebemos —contemplaba su vaso, con el mosto herido por la luminosidad del sol—. Éste sí que habría de ser considerado el más apto para celebrar la eucaristía, que tiene la gran belleza de su color, mucho mejor que otros, pareciéndome semejante a la sangre, que es lo que se trata al celebrar el misterio cuando evocamos el sacrificio de Jesús... Aunque también fueron largas las reflexiones en cuanto a...

Parecía complacerse en rememorar aquella asamblea de teólogos, dedicados a exponer los razonamientos con los que cada cual pretendía avalar sus interpretaciones sobre determinadas particularidades de la liturgia eucarística, entre las que como de máxima importancia estaba la del vino. Los hubo que aparte de confirmar que el que se emplease habría de ser natural y limpio, optaban por el tinto, más afín, en su opinión, con el color de la sangre; otros se manifestaban por un bien logrado blanco, que simbolizaría así la pureza. También se debatió sobre si el celebrante, olvidado por distracción de hacer la preceptiva mezcla con el agua, incurría o no en pecado mortal. Y luego, una inacabable diversidad de criterios y razones sobre si el agua, una vez en

el cáliz, seguía siendo agua mezclada con el vino, o si se convertiría en vino y por tanto en sangre de Cristo, o si permanecía siendo agua, la misma que manó del costado del Salvador en la cruz...

—¿Qué tienes, padre Antonio? —se interrumpió al ver cómo el joven abandonaba casi violentamente su asiento, se acercaba al pretil de la terraza y a continuación, vuelto a la tertulia, permanecía, inmóvil, con la vista perdida en los cielos, el rostro alterado en una mueca de enojada contrariedad, un momento adornado por su habitual sonrisa escéptica.

Cuando se decidió a responder lo hizo sin pretender ocultar el desagrado que le dominaba:

—Tengo, padre, y te lo digo con tanta sinceridad como es mi respeto hacia ti, que he disfrutado de tu conversación oyendo tus opiniones sobre las muchas experiencias que has adquirido de las muchas cosas que andan por el mundo. Y ahora estás recordando y contándonos cómo, desde los primeros tiempos de nuestra Iglesia, hubo tanto preocupado varón, entre los cuales nos dices que te hallas tú mismo, cuyas inquietudes teológicas les llevaron a plantearse una serie de cuestiones en las que nadie, hasta entonces, pensara, pero que al exponerlas despertaron la misma preocupación y crearon la necesidad de dedicarles la urgencia de una interpretación adecuada.

Conforme hablaba, en el rostro de cada uno de sus interlocutores iban asomando una diversidad de expresiones: como un temor premonitorio, en Martín; sonriente y aún sin comprender adónde iba el orador, en fray Pedro; inmutable, pétrea, la de fray Jeremías.

Antonio continuó su disertación, advirtiendo modestamente acerca de lo muy limitado de sus conocimientos, refiriéndose a la numerosa cantidad de escritos legados a la posteridad por los venerables Santos, a los muchos comentarios y reflexiones de los místicos y los ascetas, al continuo filosofar teológico de los doctores. Le parecía que todos se habían entregado a rebuscar e investigar en los Libros Sagrados, en la tradición, en los hechos de los Apóstoles, husmeando sobre cuanto pudiera aparecer enrevesado y confuso para convertirlo en objeto de su atención y dar luego sus versiones, es decir, lo que cada cual estimara que era el sentido auténtico de lo expuesto. Aparecidos con arreglo al criterio de unos y otros, la variedad de resultados, en muchas ocasiones, conducía a una mayor confusión, a juicio de Antonio, que si los Evangelios ya eran de difícil comprensión, así quedaban, si cabe, más enmarañados; hasta que a resultas de un concilio como el que fray Pedro acababa de citar, se daban a la luz las irrefutables interpretaciones adoptadas de común acuerdo, entonces verdades sin posibilidad de discusión, porque al ser aceptadas por la Madre Iglesia, eran palabra de Dios...

—Y me atrevo a preguntar, padre: ¿cabe admitir todo esto dentro de una lógica que se pueda considerar razonable? Si, además, nunca se alcanza la unanimidad, ya que al punto surgen los disidentes, y los conflictos, que se dieron y dan de continuo...

Aunque se expresaba con cierto nerviosismo, no dejaba de estar centrado en sus razonamientos, indiferente a la mueca que hacía Martín, afectado porque, fuera de la vehemencia de su discurso, entendió que le incluía en el número de discutibles comentaristas de las Escrituras objeto de su crítica, lo que le llenó de rubor. Hacía igualmente caso omiso al rostro estupefacto, encendido por la sorpresa, de fray Pedro; tampoco prestaba atención al violento centelleo que parecían despedir las miradas de fray Jeremías, ni su ceño, ni la color cenicienta de sus facciones... Antonio continuaba, expresando su admiración —que se adivinaba irónica a la par que irritada— porque tantos argumentos tan confusos como enrevesados llegaran a alcanzar rango de fe, y que las más altas dignidades, cuyas decisiones se aceptaban como inspiradas por la divinidad, admitiesen que tan elogiados pensadores, capaces de plantear tantas incógnitas, proclamaran su solución con unas respuestas definitivas e incuestionables... Confesaba haber meditado mucho sobre tales cuestiones, y no se le ocurría otra solución sino organizar piadosas rogativas al Señor y suplicarle que de nuevo volviese los ojos a su pueblo, como hacía con sus elegidos del Antiguo Testamento, para que por Su omnipotencia llegara a sus fieles, del modo que fuese, el porqué de tanta complicada doctrina, y sobre todo, hiciera enmudecer a los muchos sabios que hablando en Su nombre querían explicar todos los enigmas que en nada afectaban a la grey, que sólo eran motivo de preocupación para un puñado de inquietos servidores del altar. De modo que Dios tendría que confirmar o negar cuanto dejaron dicho los venerados nombres con cuyas glosas seguía la Iglesia testimoniando Su verdad... Por traer una cita cualquiera: san Juan Crisóstomo, cuando se refiere precisamente a la Eucaristía, de la que fray Pedro había hablado, manifestando con total convicción que en la hostia se contiene «aquel cuerpo que fuera ensangrentado, al que traspasó una lanza, y que nos fue concedido que conservásemos y comiésemos»... En opinión del cada vez más exaltado fraile, al analizar aquella última recomendación, no sólo se le hacía difícil entenderla, sino lo peor: que le trasladaba a cualquiera de las religiones de los idólatras, o a los pueblos salvajes comedores de carne humana...

—Yo, que he dedicado casi toda mi vida a cavilar sobre empresa tan difícil, pienso que mucha de nuestra doctrina, y toda religión... y también la de los moros, y la de otros, en junto, tan parecidas, se calcan en casi los mismos objetivos... Creo que la fe religiosa es como una fantasía que hechiza, y que arrastra, y que nos induce a todos los humanos, por miedo, por no querer admitir el sentimiento derrotista de que no haya de haber nada más, obligados a conformarnos con toda nuestra esperanza puesta en un sueño... Dando vueltas a todo esto, un día decidí no aceptar sino lo que compruebo por mi razón, y así que en algún sitio me llamaron el *Berengario Romano*...

Hacía ya años que había optado por no aceptar nada que no pudiese comprender, nada que no se le apareciera suficientemente explicado por un discurso inteligente; no más misterios enrevesados que había que admitir aunque se apareciesen tan confusos

y oscuros, no más esfuerzos para acomodar el pensamiento a unas creencias basadas en cuestiones difíciles o nada comprensibles, a las que la inteligencia, por poco esfuerzo, rechazaba. Estaba convencido de que un día, con el paso de los siglos, aquella enorme colección de leyes, ritos, ceremonias y liturgias pasarían a recordarse como entonces se hacía con los antiguos cultos paganos de egipcios, griegos, romanos...

—Porque si se examina un poco el fondo de nuestro cristianismo, nos encontramos con las mismas tradiciones, las costumbres y los ritos de las viejas religiones, a las que se ha adornado de modo que parezcan cosa nueva. Apenas inventamos nada.

Indiferente a los intentos de interrumpirle por parte de los otros padres, imparable, siguió; confesó haber sentido en ocasiones el engreimiento fatuo de creerse en la certeza de haber encontrado lo auténtico, lo infalible y real de la fe, para de inmediato volver a las decepciones; siempre buscando resolver una infinidad de incógnitas que podían resumirse en qué es la vida, y el mundo; dónde está la verdad y dónde el verdadero conocimiento; y poder descubrir el error; y qué cosas se podían aceptar y creer sin vacilaciones, sin intérpretes, sin artificiosos montajes, sin confusión ni enredo... Y Qué es, dónde está ese Dios del que había venido hablando tanto intermediario desde el comienzo de los tiempos.

—Mi desencanto es que sigo sin respuestas. Con esto confieso cómo puedo envidiarte a ti, fray Pedro, pues tu conformidad es tan admirable que tus grandes inquietudes van por sobre sí en la transubstanciación el agua es vino, o el vino es sangre, o... su rostro, de expresión habitualmente afable, había ido pasando de la irritación a una especie de resignada postura, aunque cada uno de los que asistían a tan insólita situación tuvo el convencimiento de que aquel exaltado nunca abjuraría de lo que manifestó como sus heterodoxos principios. Después de sus últimas palabras, que sonaron con un fondo casi de burla, a la par que despectivas, como del que es dueño de una sabiduría superior, pareció aguardar, indiferente, las reacciones de su auditorio, en el que reinó de pronto una demoledora sensación de vacío al romperse de tal forma lo que empezara como tranquila tertulia.

El primero en hablar fue Martín, sintiendo de repente como si ante él, y sus creencias, y aquellos sus principios que siempre defendía como «de toda su vida», acabara de abrirse un profundo abismo. Apenas pudo dejar oír su voz de protesta, casi una queja:

—¡Padre Antonio, por Dios Nuestro Señor, que me está pareciendo que es el mismo Satanás el que habla por tu boca! —Y acompañó sus palabras santiguándose.

Al padre Aldealuenga, que tenía los ojos desorbitados, se le escurrió el vaso; por un instante su mirada quedó fija en el líquido derramado, mezclando quizás en su mente la ira que le despertaban las críticas de Antonio con el derroche del mosto. Luego clavó los ojillos, la expresión incrédula, sobre quien rompía su plática para lanzar tantas atrocidades, la papada temblona, de sorpresa o por la irritación:

—¿Entiendo que estás negando la verdad de cuanto tiene dicho nuestra Santa Madre Iglesia? ¿Te atreves a dudar de su infalibilidad, si por ella habla el mismo Dios? ¿Entiendo incluso que estés enfrentando al mismo Señor de la Creación?

Antonio se permitió asomar un amago de sonrisa condescendiente, como el de quien trata de convencer a un niño; con acento que ya no adolecía de la exaltación anterior empezó pacientemente a hablar de su conocimiento de las Escrituras, su concienzudo análisis del pensamiento de los filósofos griegos, y de los Padres de la Iglesia, y de los escolásticos, siempre buscando explicación y consuelo a sus necesidades espirituales, para acabar como estaba en aquellos momentos, en la incertidumbre, luchando contra sus propios errores. Intentó, sin conseguirlo, dejarse convencer por las interpretaciones de san Ireneo, san Agustín, san Ambrosio, Lactancio...; mas no vio sino respuestas humanas en un intento de querer explicar a la divinidad, sin el menor vestigio de estar inequívocamente sancionadas por nada divino, lo que le decidió a reservarse de aceptar las proposiciones de tan celebrados maestros.

Antes de que nadie dejase oír su voz, fue el siempre hermético fray Jeremías, saltando como un resorte, quien respondió, en castellano —seguramente por comodidad—, en un tono grave que se le oyó por primera vez, lleno de despecho, clavando en Antonio la dureza de una mirada con la que, de haber podido, lo aniquilara:

—No me sorprenden vuestras palabras, vuestras blasfemias, la insolencia de que hacéis gala. Tengo oído de vos, sé que os habéis convertido en piedra de escándalo para nuestra Orden, primero, y para todo el mundo católico...

En un tono bajo, ronco, que parecía escupir un aborrecimiento visceral frente a la actitud imperturbable de Antonio, dejó oír aquella voz acusadora, desconocida hasta entonces, en un aluvión cargado de odio. Contó, y fueron como bofetadas que arrojase a la cara del objeto de su rencor, de cómo ya venía prevenido, al llegar a Malaqa, sobre las personas a las que habría de encontrar; y este plural no dejó de sorprender a ambos jóvenes. Sabía de tantos escritos blasfemos nacidos de aquel ser indigno de llevar los hábitos dominicos —Antonio—, obras que durante años muchos anónimos secuaces se encargaron de divulgar entregados a copiar la herética doctrina de su autor, quien ya venía, de tiempo atrás, puesto en las miras de los tribunales de la Santa Inquisición, ante los que un día habría de comparecer. Ahora, en aquella ocasión, sin sentir bochorno alguno, demostraba bien a las claras la negra herejía de la que estaba hecha su conciencia al confesar toda la maldad que encerraba en contra del Dios Omnipotente, al que osaba negar y hasta ridiculizar...

—Mas quiero recordaros... recordaros... que vivís un instante ínfimo de esta eternidad de los tiempos que es la obra del Creador, y que cualquier día, que puede ser esta noche, o mañana... o dentro de un rato... puede llegaros la muerte... Y a continuación habréis de presentaros ante el trono del Señor, que os recibirá con su justa ira... Y ya no os valdrán protestas de arrepentido, no os valdrá una contrición

que Dios sabrá falsa, pues nada hay para Él oculto, sino que hundido por la maldad de vuestra soberbia, temeroso de los horrores a que os condena la inapelable venganza divina, buscaréis en la atrición un perdón que os será negado... ¡Sí, negado! Y allá que iréis a hundiros en los abismos infernales para arder por los siglos de los siglos...

Y parecía como que contemplara con la imaginación todo el horror que su odio le pintaba, jugando con una voz llena de modulaciones teatrales con la que posiblemente buscaba de amedrentar al impasible Antonio, que estuvo escuchando — sin duda por respeto— toda aquella letanía de imprecaciones lloviendo sobre su persona sin borrar su esbozo de sonrisa iluminándole el rostro, lo que enardeció más el berrinche de su acusador.

—¡Padre, por Dios, os ruego! —pudo al fin apenas articular Martín, tapándose las orejas con ambas manos, aterrorizado ante aquella sarta de execraciones—. ¡No olvidéis que un descarriado puede enmendarse! ¡Postrémonos ante la cruz del Salvador a rogar para que esta ofuscación no haya sido más que una locura pasajera!

Con la sorpresa de todos, fray Jeremías volvió a él la dureza de su mirada, como si ahora descubriese su presencia:

—En cuanto a vos... ¿Creéis merecer acaso mejor consideración? ¿Vos, cómplice de los enemigos de Dios, y sólo Él sabrá a cambio de qué? ¿Vos, entregado a lo más ruin, que habéis mancillado el hábito que tan indignamente lucís? O mejor, lucíais: bien que celebro vuestra decisión de quitaros la máscara y vestir la misma ropa que esos vuestros amigos moros, acorde con vuestra perfidia en cuanto a vuestras obligaciones para con nuestra Orden y con la católica religión que aparentemente profesáis... Vos, en quien nuestro provincial pusiera su confianza para prevenir la felonía de esa raza de perros mahometanos, la que con vuestra indudable traición tanto daño causara a los defensores del Señor... ¡También Él, nuestro Vengador terrible, os dará vuestro premio, tenedlo por seguro!

Martín, sorprendido, demudado, herido en sus sentimientos, quiso defenderse:

—Pero ¿sabes qué dices, padre Jeremías? Tus acusaciones son del todo falsas, y juro, por el Dios que nos está viendo, ser inocente de tanta calumnia —exclamó, hablándole en latín.

Fray Jeremías, como si no escuchara, siguió dando rienda a sus recriminaciones:

—Pongo a Jesucristo y a toda la Corte Celestial por testigos, porque estoy cierto de que en estos precisos momentos nos ven y nos oyen, que no lamento de esta situación más que una cosa, y es la de que ahora no tendréis ya voluntad de acompañarnos para, si ciertamente fueseis inocente, responder ante el Tribunal que os aguarda, donde se os pedirá cuenta de lo que no se entiende más que como ayuda a los enemigos de la cruz, o, tan mismamente merecedor de escarmiento, si fue vuestra pecaminosa apatía, vuestro descuido, causa de la muerte de muchos defensores de la fe y la pérdida de muchas tierras que, ya cristianas, han vuelto a poder de moros.

Sin que su barrigudo compañero, todavía estupefacto, se decidiera a intervenir,

fray Jeremías, con su voz quejosa a la par que resentida por el fracaso de sus planes, dolido por ver malogrados aquellos proyectos tan estudiados para conducir al atribulado Martín a responder de su supuesta culpa, se entregó, como si le complaciera, en una actitud que parecía de morbosa mortificación, a contar de aquella su frustración, que era la de la Orden; reveló que a raíz de las conversaciones entre granadinos y castellanos en la vecindad de Quesada, don Rodrigo le confió su ingenua confianza sobre que, de producirse cualquier preparativo de agresión sarracena, tendría conocimiento inmediato, porque entre los moros quedaba un su confidente, un sagaz fraile predicador que se movía en la confianza de muchos altos personajes de la corte nasrí; lo que después había quedado como puro engaño de aquel indigno de confianza, responsable del desastre cristiano.

—Pero es el Señor Dios quien dispone, y a su voluntad nos resignamos. Y a vosotros, que ya adivino que llegaréis muy lejos en la amistad de estos paganos, disfrutando la sórdida sensualidad que forma parte de su abominable religión, tan sólo quiero advertiros de que tal vez un día volvamos a encontrarnos, por esos azares que Dios dispone, y entonces también es posible que carezcáis de la protección de vuestros amigos los infieles... Habrá llegado el momento de presentaros ante la justicia... Y luego estará la justicia verdadera, la que manda el Dios Todopoderoso, que caerá sobre vuestras cabezas...

—¡¡Basta!!

Fue un grito cargado de desesperación, violento y colérico, el de Martín, tan fuera de lo que podría esperarse de su habitual actitud paciente y conciliadora; la faz enrojecida y alterado el gesto, incapaz de seguir escuchando tanta insultante difamación y afligido, sobre todo, por saberse tan atrocemente acusado, y tan injustamente, que un momento estuvo a punto de que le asomaran las lágrimas provocadas por su dolida sensibilidad.

—¡Padre Jeremías, eres tú quien está en el error! ¡Eres tú el mal cristiano, el que no ha entendido el mensaje de Cristo, porque no rebasas más que odio! ¡Odio infundado!

Con voz alterada por su atrevimiento, que casi le parecía ser otro el que hablaba, volcó sus miedos y celos, sus dudas, comparando el mensaje evangélico de paz y fraternidad con aquel monstruo en que se había convertido la Iglesia, a la que él, siempre, defendía y disculpaba, esperanzado en el milagro que cambiaría tanta miseria: cuando dejara de ser el sostén de un entramado de hipocresías, falsedades, egoísmos y ambiciones, para dedicarse a escuchar la palabra de quienes buscaban enmendar errores y volver al camino señalado por Jesucristo, y en especial, mirando a su propia Orden, cuando se olvidara de imitar al viejo pueblo de Israel, tan amante de los sacrificios sangrientos como cualquier otro pueblo pagano: no interpretar tan literalmente el Viejo Testamento con la violencia del derramamiento de sangre en nombre de Dios, y obviar las recomendaciones de san Pablo a los hebreos: aquellas que obligaban a las ofrendas de sacrificios sensibles, por el hecho, en opinión del

Santo, de que Dios puso la sangre en la carne para expiación de la persona, porque sin efusión de sangre no hay remisión; que por eso Jesucristo la dio para salvar al mundo... Todo eso, si pudo aceptarse como cosa normal en tan lejanos tiempos, en aquel momento sería pura iniquidad.

—No nos cansamos de derramar sangre de supuestos enemigos en el nombre de Dios. —Y para que no hubiese dificultad en ser bien comprendido, siguió, en romance castellano, señalando a ambos—: Vos, y vos, habéis venido hasta mí con el engaño, ciegos por la calumnia, acusándome de delitos que no cometí, de cuya mendacidad no cabe duda por ser nacidos de quien todos sabemos que no oculta bajo su hábito más que violencia, porque no vive sino para la violencia... Encima ponéis impíamente en vuestros labios el nombre de Cristo, olvidando que Jesús murió perdonando, virtud que en nuestra religión cada vez está más lejos. —Luego, enfático, como desafiante—: Sí, tengo amigos en esta tierra, a los que respeto y me respetan, sin que las muchas diferencias que nos distinguen empañen la amistad. —Se inclinó ligeramente, a guisa de despedida—: Ruego al buen Dios tenga piedad de vosotros, os acompañe y proteja.

Y se levantó, encaminándose hacia su alojamiento.

Las imprecaciones de fray Jeremías no llegaron a cumplirse; tampoco volvieron a encontrarse jamás con ninguno de los dos resentidos frailes. Mas, pasados unos años, incidentalmente les llegó noticia de cómo fray Pedro falleciera violentamente, no por sus excesos de glotonería, sino al caer de una acémila, con tan malas consecuencias que se rompió el cráneo. De su intransigente compañero y sus agoreras profecías, al que en alguna ocasión recordaban en su papel de mensajero de una supuesta cólera divina, nunca volvieron a tener la menor noticia.

XIII

Después del desagradable incidente con los enviados del Real Tribunal de Castilla, éstos, sin ocultar su enojo, su irritada frustración, aceleraron la partida, dejando a sus cofrades en una difícil incógnita. Y sin embargo, a pesar de hallarse ante tan inciertas perspectivas, ninguno de los dos fue capaz de detenerse a razonar fríamente una futura vía de actuación y conducta. Apenas se vieron libres de la molesta presencia de sus visitantes, cada uno volvió a sus actividades: Martín, reuniendo a los escasos conversos y dándoles sus pláticas, o dedicado a lo que de repente comenzaron a parecerle cansinas y reiterativas polémicas con doctores de las leyes árabes y judías. De cuando en cuando buscaba encontrarse con el obispo, con algún miembro del cabildo o con alguno de los hermanos de las otras Ordenes que tenían presencia en la ciudad, y escuchaba las anodinas novedades que podían circular por un enclave donde la preocupación de los más acaudalados de entre sus habitantes, a quienes seguían varios cientos de empleados, auxiliares y satélites, estaba en el comercio; porque la vida cotidiana en Malaqa, con independencia de la administración y los militares, se movía en torno a la alcaicería, la alhóndiga y el muelle.

De paso, ninguno de los dos dejaba de estar pendiente de cualquier comentario venido de fuera del reino granadino y que pudiera referirse a ellos, y tampoco dejaron de acudir a las reuniones de los Banú Simak, o a casa de otros conocidos malaqíes, donde con frecuencia trabaron conocimiento con algún notable viajero. Ambos, siempre en contacto con los cautivos, bien abundantes en la ciudad, tanto hispanos como de otras naciones, labor a la que Martín se entregaba por lo que consideraba su deber como sacerdote, y Antonio, por aquel prurito que le hacía buscar comunicarse con todo el mundo, sin mirar clase o condición, curioso, observador; Martín, encarando con suavidad o valiéndose de amistades cuando sabía del mal trato que algún patrón infligía a sus esclavos cristianos, que aparte de hacerlos trabajar salvajemente, eran de continuo presionados en busca de su conversión al islam; Antonio, abordando directamente, incluso con cierta violencia, a cualquiera de quien supiese que usaba de un comportamiento cruel con los suyos. En suma, casi habían vuelto a la normalidad, aunque en el fondo del pensamiento de cada cual no dejara de estar presente la incógnita por el desenlace de aquel inesperado embrollo que los mantenía, a su pesar, en una especie de inercia mental, como esperando el milagro que habría de dar solución a sus tribulaciones.

Sí pareció como que Antonio aceptaba, sin aparentes síntomas de preocupación o contrariedad, lo que para él no supondría sino un escándalo más entre los muchos que

indudablemente debió de provocar durante los años en que se dedicó a recorrer las cortes europeas. Después de las últimas advertencias del Santo Tribunal, que incentivarán con cierta urgencia su necesidad de abandonar cualquier reino a donde llegase el rigor de sus jueces, y luego del tan escandaloso altercado con los pesquisadores dominicos, pareció como que adivinara el demorado epílogo a su vida de religión —pensamiento que no dejaba de rondar la preocupada mente de su amigo—, lo que sin duda venía esperando desde hacía mucho; porque si la Inquisición estuvo dedicándole aquella tolerancia de años, finalmente había decidido, al parecer, que había llegado el momento de agotar las prórrogas, y que urgía ya la comparecencia del tenaz rebelde para descargar sobre su cabeza las consecuencias de haber dedicado su vida a manifestar tan descarada e imprudentemente sus opiniones sobre materias prohibidas.

En los ratos en que ambos abordaron la incertidumbre de su situación, sobre todo en cuanto miraba a la Orden tras el escandaloso final con los enviados del obispo cordobés, no fueron capaces de llegar a otra conclusión que las ya conocidas por similares o parecidas situaciones de las que en algún momento tuvieron noticia, es decir, que se verían sometidos a un proceso para explicar su conducta del tiempo más reciente; porque su «deserción», aquella etapa de acercamiento a los espirituales del desventurado Celestino Quinto, arriesgado paso que la Orden quiso ignorar —tal vez por las vicisitudes que por aquellos días viviera la Iglesia—, escasa, o más bien, nula repercusión tuvo sobre sus personas, paliadas sus previsibles consecuencias con aquel voluntario regreso al claustro —que no era sino acatar y obedecer las *Reglas*—, ofreciéndose además para cumplir con la primordial que mandaban las *Constituciones*: predicar, y hacerlo en tierra de infieles; aunque posiblemente, tras aquel conciliador disimulo, podría adivinarse la mano del cardenal Oliver. Pero lo que sí les inquietaba, con la natural aprensión en Martín, con total certidumbre en Antonio, sería si después de aquel reciente altercado se verían obligados a explicarse ante los jueces inquisitoriales. «Yo, con toda certeza», afirmaba Antonio, rotundo.

Sin en ningún momento comentarlo abiertamente, hablándolo con medias palabras y sólo alguna vez, los dos sabían la solución para curarse temores y miedos frente a tanta incógnita; solución que Antonio dejara caer con, al parecer, afectada negligencia, pero que a Martín causaba un lacerante escozor de conciencia, un duro sentimiento de derrota, un solivianto continuo; pues no se trataría más que de cambiar totalmente sus vidas, convertirse en otros; relegar, olvidarse completamente del pasado, con todo cuanto de arduo y escabroso pudiera significar para cualquiera que posea una mentalidad definida, una idiosincrasia, una personalidad formada a través de los años y en un determinado mismo ambiente; sería, simplemente, renunciar a volver a la cristiandad, imitando a tantos soldados, comerciantes, clérigos, nobles, que acogidos a la liberalidad nasrí escogieron para vivir el reino de Granada. Lo que podría traducirse por una rara sensación de estar como prisioneros en un país grato, sí, habitado por un gran porcentaje de gente amable y hospitalaria, disfrutando la

benignidad de un clima inmejorable, pero donde nunca dejarían de sentirse en tierra extraña y entre extraños, siempre mirados como seres distintos, incluso con un cierto recelo, padeciendo en lo más hondo la dolorosa punzada del destierro. Hasta entonces, vivir en Malaqa les pareció gratificante bajo una amplia diversidad de aspectos, con independencia de saber que todo era circunstancial, porque en un determinado momento habrían de volver a sus vidas de siempre; pero si optaban por un cambio tan arriesgado, su futuro se aparecía totalmente incierto, posiblemente lleno de dificultades.

La respuesta les llegó cuando finalizaba el caluroso verano, una tarde dorada, ya casi otoñal, en que el cambio de la estación parecía reflejarse en la pureza del cielo, en el tinte violado de que se cubría la mar. Era domingo, habían pasado casi media jornada —desde muy temprano por la mañana— en la iglesia, cuya misa mayor tuvo un relieve especial, porque aquel día se estrenaba una nueva campana en sustitución de otra muy deteriorada, y el obispo, como jerarquía obligada para el acto, había regresado a toda prisa de sus rutinarias conspiraciones con los rondeños para bendecir el sonoro instrumento, cuyo repicar, autorizado por el *walí*, había llenado alegremente la liturgia dominical. Colofón a tan grato acontecimiento fue el ágape con que el cabildo obsequió a los habitantes del Castil, donde participó casi toda la colonia y del cual, discretamente, el clero se retiró a prudente hora, dejando al resto de los comensales entregados a sus habituales jolgorios.

Apenas vueltos los dos predicadores a su alojamiento, acudió un criado a informarles de cómo en aquellos momentos estaba fondeando en la caleta una embarcación que enarbolaba los colores aragoneses. Acudieron rápidos a los ventanucos que daban vistas por encima de las murallas, descubriendo el desfile de gente, cristianos y comerciantes revueltos con los habituales curiosos y la chiquillería de costumbre, camino del muelle o agolpados ya al borde del agua, en tanto desde la nave se desplazaba un bote.

Bajaron presurosos para saludar a los viajeros y de paso conocer lo más reciente de cuanto acaecía fuera del reino nasrí; y lo inesperado fue encontrarse con dos padres de su Orden, dos dominicos que, tras los saludos, les informaron sobre el motivo de su presencia en Malaqa, que venían expresamente para verse con ellos.

Luego de acomodados, el circunspecto fraile que hacía de emisario, quien se presentó como el padre Lucio, explicó el porqué de aquella visita, que era comunicarles las instrucciones de que era portador, por las cuales deberían disponerse para abandonar la misión y emprender viaje en el menor plazo de tiempo posible — desde luego, sin que tal premura perjudicase su labor— para ir a acogerse a la conventualidad que ya tenían asignada en la casa que la Orden poseía en una ciudad del reino de Valencia llamada Játiva. Él y su compañero llegaban para sustituirles y ocuparse de su ministerio.

Martín y Antonio acogieron la noticia con la natural reserva; una vez a solas se dedicaron a deliberar durante horas, contemplando la situación bajo el nuevo sesgo,

que en verdad no era sino confirmación a lo que desde un principio venían sospechando; ya tenían la esperada respuesta a cuanto estuvo moviéndose en su derredor después de tantos meses, aunque siguiera la incógnita frente a ulteriores resoluciones.

Al final Antonio expuso su opinión:

—Intuyo, al igual que tú, que apenas regresemos se nos someterá a juicio, pues ciertamente ya ha de haber proceso abierto contra nosotros. Luego, a ti te enviarán a cualquiera de las casas que tenemos repartidas por Europa, aunque lo más seguro es que sea a alguna misión del Asia, donde las conversiones son tan escasas como las que puedan cosecharse entre estos fanáticos que tratamos a diario... Por cierto: nunca ha dejado de maravillarme ese gran número de nuestros jóvenes que marchan al Oriente llenos de tanto entusiasmo, con la *Summa contra gentiles* de Tomás como único bagaje, ilusionados con imitar a nuestro fundador con lo de «partir a tierras lejanas y morir por Cristo»... ¡Claro que no creo que tu celo te llevara tan lejos, padre Martín!...

En cuanto a él, sabía que había sido denunciado tiempo atrás por contrario a lo que calificaba de «palabrería vana sostenida por la Madre Iglesia», y por tanto, hereje envuelto en censura, por lo que ya estaría más que decidida su situación en la Orden, con el Santo Tribunal esperándole impaciente. Se complacía en retratar, casi con humor, lo que en realidad no dejaría de ser una situación espantosa: ser requerido por los jueces —pura fórmula— para que se retractase de cuanto tan tercamente mantuvo siempre, a lo que habría de negarse, sin duda; primero, por su absoluta convicción a oponerse a muchas de las cuestiones que Roma consideraba dogmas, y luego por propia dignidad, pues sería incapaz de volverse atrás para refutar cuanto siempre mantuvo en sus escritos.

—Mis reflexiones, que no sé si llamarlas teológicas, o filosóficas, nunca me atrevería a sostener que sean soluciones indiscutibles, inequívocas, que de hacerlo pecaría, como tantos cuya jactancia he criticado siempre, de necia vanidad y orgullo... Lejos de mí el que se me considere lleno de la misma osadía, ese engreimiento engañoso... Tengo absoluto convencimiento de que la verdad incontestable jamás podrá ser desvelada, siendo una preocupación que viene al hombre desde un principio, que de esa curiosidad debió nacer el pecado de Adán, si admitimos su leyenda... que algunos la niegan... Pero nunca se llegará a descubrirla, y en el futuro nacerán nuevos profetas, y taumaturgos, e iluminados, todos dando sus versiones, algunos de buena fe, aunque nadando en la confusión y los desatinos, la mayoría dedicados a embaucar para vivir a costa de los crédulos... Y ninguno aclarará nada; serán tan ignorantes como los que acudan a escucharlos. El hombre no tiene poder para descifrar lo impenetrable, que no sé de nadie venido del Gran Misterio para desvelarnos con claridad, inteligiblemente, comprensible para todos, el grande y apasionante Enigma. Y con esto hablo del Dios Creador, del Más Allá, de otra vida, del Cielo y los Infiernos, de supuestos premios y castigos y de toda esa

amalgama, tan fascinante, inventada por los hombres desde el principio para interpretar lo imposible. Por tanto, nada me hará renunciar a mis ideas: de hacerlo, no serviría sino para sentirme humillado ante mí mismo o inflar la siniestra vanidad de cualquier tribunal creado por nuestros hermanos, donde no debe faltar algún juez ansioso por dejarme el cuerpo roto por la tortura antes de condenarme al muro... o a la hoguera. Y te ruego que sepas disculpar mi discurso, que estoy lejos de querer corromper tu tranquila y envidiable conformidad, como lo hemos hablado tantas veces —irónico, ahora—. Sin embargo, yo...

Empezó a contar a su amigo algo que venía reservando desde hacía tiempo, que no le manifestara por estar pendiente de resolver su propia situación ante la Orden y ante la misma Iglesia:

—Se trata de una propuesta que me llega por el *cadí* Aben Massadah.

El granadino Aben Massadah, reputado experto en leyes —durante muchos años había desempeñado elevados cargos jurídicos—, poeta en sus ratos libres, era por esto y por su acreditada erudición persona bien respetada, tanto en los ambientes ilustrados como entre el común de la ciudadanía. Aconsejado por los físicos, que querían prevenirle contra los crudos inviernos de su tierra, se había venido a vivir a Malaqa, asegurando con buen humor en sus tertulias que el cambio no solo había mejorado su salud, sino incluso la inspiración. Por su mutua amistad con los Banú Simak, en varias ocasiones se había encontrado con los dos frailes, polemizando en aquellas tertulias sobre diversidad de temas, especialmente comparando la doctrina del islam con las teorías que, apartadas de la ortodoxia católica, gustaba de defender Antonio del Sasso. Y, curiosamente, de ahí nació, no una amistad, pero sí un mutuo respeto y algún que otro amable encuentro para debatir sobre las especulaciones teologales de las que cada uno era seguidor.

—Hará como dos meses, cuando tú estabas de visita en Sohails,^[48] Aben Massadah nos convocó, a mí y a otros, a su casa, para leernos unos poemas. Y allí tuve ocasión de conocer a un hombre bien digno de trato, del cual oímos hablar alguna vez: Aben Assirach.

Se trataba del médico de cabecera de Muhammad Segundo; en Granada se le tenía por hombre de gran cultura y altos conocimientos, no sólo profesionales, sino también en las ciencias de la naturaleza, especialmente la botánica, que de siempre atrajo a buen número de investigadores árabes. Durante aquella velada, Aben Assirach, hablándole sin rodeos, se había referido al conocimiento que por referencias tenía ya del dominico y de su dedicación al arduo esfuerzo por explicar la metafísica, sobre todo la teodicea, con su particular modo de entenderla, haciendo previa observación de que toda doctrina referente a la divinidad —y en esto imitaba a los cristianos y su fe en los Evangelios— estaba bien claramente expresada en el Corán, siempre que se acudiese a su lectura con el corazón abierto y sin oponer resistencia a la verdad. Seguidamente contó sobre la dificultad que se padecía desde mucho tiempo atrás en el palacio real respecto a la biblioteca, donde infinidad de

manuscritos esperaban para una correcta clasificación y su posterior comentario; para ello se estaba necesitando el auxilio de alguien capacitado que, además de conocer el latín y el griego, pudiese dirigir al equipo de funcionarios que se ocupaba de tan importante dependencia. Luego de efectuar una serie de consultas, ahora propuso a Antonio del Sasso para que aceptara de ocupar puesto tan relevante en la corte nasrí.

—Creo que Aben Assirach intuye o adivina algo de las cuestiones que nos amargan desde las alturas de nuestra Orden, y sospecho que quiera tentarme con tan sugestiva oferta, fiado en que un buen día me entregue a la inconsistencia de su doctrina, que siendo él persona de buen sentido, sería un torpe error si tal pensara. Pero su propuesta, inútil decirlo, me atrae, pues adivino cuánto de valioso e interesante debe de haber en esa librería. Tienen incluso un *scriptorium*, como en los mejores tiempos del califato cordobés, donde trabaja un buen número de copistas con obras en algarabía, en latín y otras lenguas desconocidas, y todo eso me llena de curiosidad. También, si aquí abundan las tiendas de libros, tú mismo me contaste que su número es considerablemente mayor en Granada... Por todo ello y luego de la desconfianza que me ha producido la visita de nuestros hermanos, tengo decidido aceptar. Abandonaré la Orden y no volveré a pisar tierras de cristianos.

Al oírle pareció a Martín que se desmoronaba una parte del mundo; su mundo. Porque aquello significaba que cada uno, por segunda vez, iba a marchar por caminos distintos, tan divergentes como que era probable que ya nunca más volvieran a encontrarse. Y se sintió vacío; y durante unos segundos le pasó la vertiginosa visión de sus grandes pasiones: su casa, su madre, su exaltación religiosa, Alejandra...; y ahora, su amigo, su íntimo, el causante de tantos sinsabores, renuncios, dudas, le anunciaba su marcha, que no era sino una despedida para siempre. Adiós al hermano, al compañero con cuyas ideas pugnó por no estar de acuerdo, sin por ello dejar de admirarle; al inconformista que le obligó siempre a razonar, confundiéndole, provocándole más de una vez el deseo de abofetearlo, de maldecirlo y odiarlo por aquella honda sima de vacilaciones que le despertaba respecto a lo que él siempre, tenazmente, porfiadamente, quiso mantener sin ambigüedades, sin titubeos, con decisión, y que allá en lo más hondo de su conciencia no dejaba de rebullirle con cada vez mayor insistencia, haciéndole sentir la amargura de descubrirse fracasado.

—¿Serías capaz de dar paso tan decisivo, de renunciar a todo?

—¿Todo? Si ese todo comprende lo que hemos adivinado que es la amenaza que nos han venido a comunicar, cierto que ese *todo* no me atrae en absoluto. Padre Martín, no quiero volver a vivir sometido a nada ni a nadie, que mi deseo es seguir pensando con la libertad posible, esté equivocado o no, sin ningún poder que me fuerce a aceptar a regañadientes la infinidad de cuestiones que mi conciencia se niega a admitir... Y reconozco que tampoco entre estos moros todo sea un paraíso, que viven el absurdo de sus creencias envueltos en su apasionado fervor religioso, tan censurable y estúpido; pero trataré de no andar cerca de nada que pueda comprometer mi tranquilidad, y no responderé a supersticiones, ni aceptaré polémicas con sus

doctores, ni buscaré nada más que la paz en mis propias ideas.

Martín, esforzándose por ocultar su decepción, no respondió de inmediato. Luego, con suavidad, buscando intencionadamente de herir la susceptibilidad del otro:

—Así que te decides por condenarte a un perpetuo exilio.

Antonio, adivinando el ánimo de su amigo, dando a su voz aquel tono que le hacía aparecer alegre y desenvuelto, le contó de cierto poeta andalusí que cantaba su júbilo de desterrado por la dicha de vivir su extrañamiento en aquella tierra de Malaqa donde reinaban la belleza, la galanura y la gracia, junto al descubrimiento del amor...

—Y mi amor es esta curiosidad que me hace sentir cada día más deseos de vivir en el mundo; ese mundo que está más allá de nuestro hábito, de la Orden y sus *Reglas*, de los votos, de la obediencia, que descubrí hace ya años y en el que apenas ahondé, porque mi escasa experiencia no supo conducirme por los caminos que ahora sí que me gustaría recorrer... Un mundo que no es tan terrible como se obstinaban en pintárnoslo, desde el parvulario hasta hoy —se burlaba.

—¿Y no te da miedo un paso tan grave? —preguntaba Martín. Y al decirlo le acudía el fantasma que desde hacía ya años, con cada vez más alarmante frecuencia, se le presentaba, retratándole idéntica perspectiva.

—¿Miedo? Miedo sería perder el juicio y acudir a ese convento donde se nos espera.

Y volvió a su firme decisión de no obedecer las instrucciones de la Orden, porque de hacerlo, decía, equivaldría a un suicidio, adivinando la aña gaza tras la cual, agazapada, se descubría la enemiga de la Inquisición. Mediaba, además, el hecho de que había llegado a ilusionarse de tal modo con la perspectiva de cambiar de vida, que parecía contar el tiempo hasta el momento en que se hallara establecido en la capital del reino nasrí; y se veía ya buceando entre aquellas imaginadas colecciones de rarezas, fabuloso arsenal donde se guardaba, al parecer, en extraordinarias colecciones, el pensamiento de muchos hombres que en el pasado sintieron el prurito de querer explicar multitud de interrogantes que tenían que ver con la naturaleza humana. Aparte estaba su curiosidad por conocer y codearse con los estudiosos que acudían a consultar obras, muchos de los cuales eran poseedores de teorías ignoradas en Occidente, y por ello, interesantes, con los que sí que podría discutir y comparar reflexiones y doctrinas; sabía además de la existencia en Granada de una selecta representación de pensadores, filósofos, artistas y buceadores en los arcanos del universo, sabios orientales entregados a estudiar raros fenómenos que el profano creería cosa de magia; y de otros dedicados a la investigación científica, alquimistas dueños de los más sorprendentes descubrimientos, hábiles en manipular misteriosas mezclas capaces de transformar la materia, maestros guardianes de esotéricos conocimientos vedados a la mayoría de los mortales, antesala de una sabiduría donde se agitaban las desconocidas fuerzas del cosmos...

—Todo esto, ¿no te parece tentador?

—Digo que casi huelo a pura hechicería —no podía evitar un tono de despecho—. Pero ¿no te haces demasiadas ilusiones?

—Sabes que las ilusiones, los imposibles, las utopías, son los motores que han movido siempre a la humanidad. Mucho de lo ahora aceptado como cosa lógica y que creemos conforme a razón, un día se recordará con asombro o con burla, en tanto lo quimérico, lo irrealizable, habrán entrado en lo cotidiano. Si el tiempo es un fenómeno imparable, en continua evolución, ¿cuántas cosas habrán cambiado dentro de cien, quinientos años?

Por terminar con una conversación que tenía su regusto de amargura, de decepción y disgusto, poco a poco fueron derivando para dedicarse a comentar las últimas noticias llegadas de fuera del reino. En puro deseo de apoyar su ya concluyente menosprecio por cuanto se refiriese a la Madre Iglesia Romana, lo primero que hizo Antonio fue sacar a relucir la pugna entablada entre el orgulloso rey de Francia, Felipe el Hermoso, y el papa, por puras cuestiones económicas:

—Porque en tocante a diezmos y beneficios andan prestos en Letrán para fulminar a quien ose distraerles un solo dinar.

Aunque lo más grave sería la sangrienta guerra desatada con toda crueldad entre los dos cardenales Colonna y el Vicediós, plagada de odio y rencores después de que ambos príncipes osaran denunciar a Bonifacio Octavo, acusándolo de sus maquinaciones para obligar a la dimisión del santo Celestino, así como de su posterior prisión y muerte; «noticia que se habían visto obligados a airear para conocimiento del pueblo», al año exacto de la triste y cruel desaparición del anciano.

—Tarde acuden a contar lo que todos sabíamos: que de una mente perversa como la de Bonifacio puede esperarse todo.

Martín callaba, tratando de ocultar la molestia que le ocasionaban las duras críticas, porque inconscientemente seguía creyéndose obligado, aun sin argumentos, a defender al Vicario de Cristo y oponerse a las lacerantes verdades que Antonio se complacía en sacar a relucir, transparentando su permanente aversión, que le venía de tanto desprecio y aborrecimiento como le provocaba la que tenía por infame conducta del astuto pontífice. Interiormente, Martín sabía de lo imposible que sería intentar paliar la verdad de tanta vileza, tanta brutalidad y atropellos por él mismo vividos, de modo que sin despegar los labios permaneció escuchando cómo su amigo desgranaba cada una de las pecaminosas disposiciones llevadas a cabo por el arrogante Bonifacio, al que dedicaba más de un insultante epíteto, acabando por criticar lo que calificaba de repugnante manifestación de orgullo por la ocurrencia de agregar una segunda corona a la tiara papal, queriendo de este modo simbolizar uno de los privilegios más ardientemente defendidos por el papado, como era la preponderancia del heredero del Trono de Pedro sobre el poder temporal de reyes y príncipes, terne en el porfiado argumento, esgrimido desde siempre, de que el mundo, obra de Dios, pertenecía a su heredera, es decir, la Santa Madre Iglesia de Roma, y como cabeza de

ésta, al Sumo Pontífice.

—Por todo cuanto me has manifestado, quieres decirme que abandonas definitivamente tu religión y tu estado sacerdotal.

Antonio, queriendo paliar el disgusto que daba a su amigo, con suaves palabras y toda paciencia le reiteró su convencimiento de que la Iglesia ya lo tenía necesariamente descalificado, no sólo para ejercer su ministerio, sino en cuanto a su pertenencia a la comunión de la catolicidad, pese a que siempre estaría obligado a volver y pedir su readmisión, y la Iglesia a admitirlo. Pero dada su postura declaradamente rebelde y su manifiesta actitud, «obstinado en mantener y difundir una serie de errores contrarios a la fe», sabía que a no tardar habría de constituirse un tribunal donde, sometido en ausencia a juicio sumarísimo, se le declararía dimitido y expulsado de la Orden de Predicadores; fallo que inmediatamente se comunicaría a la Santa Sede, pasando ya a convertirse en un hereje, una especie de peligrosa alimaña a la que todo fiel creyente estaría obligado a denunciar y perseguir.

—Lo cual no me afecta en absoluto —concluyó, haciendo un gesto de indiferencia.

Aquella noche Martín paso mucho tiempo contemplando, sin verlo, el mar, el cielo envuelto en una negritud sin luna, cuajado por centenares de estrellas, la mente fija en los mismos pensamientos. Sentía aterrarle la perspectiva, como un vacío, viéndose ya condenado a la más desnuda soledad, sin la compañía de alguien en quien confiar inquietudes y decepciones, proyectos y críticas, pensamientos de hondura y naderías; una experiencia ya vivida anteriormente, cuando las frustraciones iban soslayándose a diario en la despreocupación de la juventud. Y ahora, al filo ya de cumplir cuarenta años, de repente se sentía abandonado, sumido en un desvalimiento de afectos que sabía que nada iba a paliar. Y le acudió el recuerdo de su madre, siempre expresándole aquel cariño que mutuamente se profesaron; y la alejada pero siempre vigilante actitud de su padre; y la afectuosa protección del cardenal Oliver... Todo esto quedaba ahora lejos, al otro lado de una barrera infranqueable, como aquella época maravillosa, inolvidable, que nunca se le iba del pensamiento, que fueron los años en que disfrutó el venturoso amor de Alejandra. Y tuvo lástima de sí mismo, de su desamparo, del espanto de la soledad que se le aparecía viva y hasta amenazadora.

Y a su pesar, unas lágrimas le rodaron por las mejillas.

XIII

Antonio, decidido a poner en ejecución sus proyectos y, simplemente, «por demostrar cómo podía ser la honrada actitud de un hereje», comunicó a la Orden su decisión de darse por dimitido en cuantas obligaciones tuvo contraídas hasta entonces, tanto en lo que miraba a la religión dominica como a toda vinculación que fuera compromiso de un cristiano, sabiendo que necesariamente debía estar declarado incurso en irregularidad por las disposiciones dictadas en el Concilio de Calcedonia, vigentes desde hacía ocho siglos. Aparte de que había transcurrido mucho más tiempo del año de gracia al que hubiera podido acogerse si aceptara de retractarse de sus posturas, tan alejadas de lo que ordenaba la Santa Madre Iglesia, irremisiblemente tenía que considerarse fuera del mundo católico, ante cuya perspectiva Martín no podía evitar de manifestarse lleno de nerviosismo y preocupado, asombrado por la absoluta indiferencia con que se aparecía su amigo, ajeno a la pavorosa ceremonia que a no tardar habría de celebrarse en algún ignorado lugar, donde Antonio del Sasso, juzgado en ausencia, figuraría como el destinatario de la sobrecogedora fórmula que desde el palacio de Letrán iba a señalarle como enemigo: «Te separamos de la comunión de la Iglesia y de participar en comer el cuerpo y beber la sangre de Nuestro Señor Jesucristo; seas entregado a Satanás para que eternamente humille y martirice tu carne, si no reconoces tu error y haces debida penitencia».

El protagonista de tan penosa situación todavía fue capaz de reír:

—¿Tendrán esos locos tanta osadía como para dar también, en cuanto a mí respecta, sus órdenes al mismísimo Demonio?

¿O es que todos están de acuerdo, Iglesia e Infierno? —Y a continuación, ahora en seria advertencia—: Posible sea que ya te tengan señalado como encubridor, cómplice, o simplemente en tratos, a sabiendas, con un señalado hereje como yo. Ve con cuidado.

Pocos días más tarde, escondiendo lágrimas y prodigándose mutuos deseos y afectos, el que se suponía ya condenado réprobo partió hacia el nuevo horizonte donde cifraba otra manera de encarar la vida.

Martín se encontró más abandonado que nunca. Los dos frailes llegados para sustituirles en la misión habían estado huyendo su vecindad en todo momento, actitud que él agradecía profundamente; tan sólo en una ocasión, a raíz de la partida de Antonio y sin hacer la menor referencia a éste, le preguntaron acerca de sus proyectos

de viaje, a lo que él había respondido con evasivas. Porque verdaderamente se sentía preso de unas vacilaciones que le tenían acobardado, sin saber cómo obrar ante una situación que a medida que pasaba el tiempo se le hacía más acuciante: habría de tomar una decisión, que sería, o abandonar Malaqa y dirigirse obedientemente a donde le tenía señalado la Orden, o imitar a Antonio; ambas opciones, igualmente peligrosas y bien encontradas con su carácter, tan lleno de dudas. Le alivió en su deseo de soledad el que, a los pocos días de salir para Granada el nuevo bibliotecario del sultán nasrí, los dos padres dominicos, sus sustitutos, marcharon a la diócesis sevillana sin dar explicaciones.

Por otra parte, ahora empezó a sentirse invadido de una rara incomodidad, creyéndose objeto del recelo de sus vecinos de la colonia, que si anteriormente tendrían como uno de sus temas preferidos de conversación la indisciplina de Antonio, posible fuese que le hubieran hecho heredero de sus críticas, mirado con ojos oblicuos, tachado de cómplice o responsable de la deserción de su compañero, o incluso esperando verle imitar su decisión; que toda aquella gente venía seguramente sospechando, y ahora conocía, la turbulencia que agitaba las aguas de la misión, más de una vez removidas, sin duda, por las murmuraciones y censuras del clero local. Supo más tarde que esta gente, al conocer la apostasía de Antonio, no se privó de hacer sus desabridos comentarios, que aunque no hubiese renegado, sí reprobaban el que pusiera sus conocimientos al servicio del moro; porque cuando se daban hechos similares, aunque el protagonista permaneciera lejos de la pública abjuración, los musulmanes acostumbraban a airearlos como ejemplo de la tolerante convivencia en al-Ándalus: un reflejo de la benignidad de su religión; de este modo pretendían darle un sello de preeminencia sobre toda otra.

Por tales circunstancias Martín se descubrió comportándose torpemente, apareciendo en el seno de aquella sociedad en que se movía, de cristianos y moros, fuera de sus habituales maneras, como si se sintiera observado, vigilado. Hasta que se le hizo patente aquella actitud, su absurdo estado de ánimo, un no querer saberse vinculado con el desertor, lo que le hizo recordar la actitud de Pedro cuando negó a Jesús; renegando de sí mismo, culpándose de lo que juzgó una actitud cobarde en cuanto a la consideración que debía guardar a su amigo, reanudó su ritmo de vida acostumbrado: misas, pláticas, reuniones, entrevistas...; incluso alguna, pocas, tertulia en casa de los Banú Simak...

Pero lo cierto era cuánta dificultad y esfuerzo mental le requería mantenerse en estas actividades, con el subconsciente de continuo enredado en el laberinto de tener que hallar solución a su presente, antesala de un futuro incierto, todo lo cual le acuciaba hasta angustiarse, sin saber cuál sería la mejor decisión a adoptar, con la urgencia, además, de estar obligado a no demorar por mucho más tiempo la elección de un camino. Pasaba horas dando vueltas a proyectos y quimeras en busca de una solución, y acababa tildándose de todos los calificativos, sin encontrar una respuesta sensata.

Como no era capaz de resolver del modo que fuese, remoloneando su obligación de obedecer lo que su Orden le mandaba, sabía que ahora estaba comprometiendo, no sólo su ministerio, sino su mismo futuro; que pese a una vaga, lejana intención de rogar la mediación del cardenal Oliver, se resistía, absorbido por una especie de inercia, como si quisiera repetir infantilmente su esperanza en que los hados le diesen una respuesta. Pero lo más alarmante, que hacía por rechazar y relegar a lo más profundo de sus pensamientos, era la sensación cada vez más intensa que le inclinaba a experimentar una irresistible abulia, un cansancio que no era físico, sino fruto, que ya padeciera años atrás, por lo que sería el rechazo a seguir considerando como la meta de su vida lo que hasta entonces fue razón de su existir. Sus tenues dudas del pasado se le hacían ahora desagradablemente insistentes, casi una obsesión. A veces se veía, con la imaginación, entrado en años, agotando sus días en cualquier Santa Domitila perdido en cualquier rincón de la cristiandad, cuando ya la vecindad femenina no podría afectarle, buscando la compañía de algún joven fraile para con el pretexto del ajedrez obviar el obligado silencio; o proveyo y achacoso, como muchos de aquellos ancianos a los que conociera en las distintas casas de la Orden, convertido en un vegetal al que se riega pero ya no se abona, porque empieza a no formar parte del mundo de los humanos. Pese a la molestia que le producía la avalancha de tales pensamientos, se atrevió a confesarse el hastío con que empezaba a considerar su cometido y las obligaciones que él mismo se impusiera, aceptadas ahora con frialdad, sin entusiasmo; quiso achacar su desánimo al desaliento que le venía produciendo la escasez de resultados en su labor, continuamente enfrentado a la indiferencia de un pueblo que le prestaba, y no siempre, una atención cortés, respetuosa, pero que al parecer había encontrado en la magia de un libro que se decía *sagrado* y al que la mayoría de tanto iletrado de entre sus seguidores ni siquiera habría hojeado en su vida —el Corán—, la respuesta espiritual —y terrena— a su existencia. «Son idénticos a nuestros ignorantes fieles respecto a los Evangelios», se repetía alguna vez.

Decidió continuar, ahora en solitario, lo que hasta entonces realizaba en compañía de Antonio, principalmente las visitas de cortesía, que siempre aprovechaba para deslizar una apenas perceptible catequesis, más por cumplir su deber que confiando en obtener algo positivo; también hizo más frecuente su asistencia a las tertulias con sus amigos mahometanos. Pero ya la vieja costumbre de saberse como una especie de contrapeso intelectual cuando el verbo de su amigo se hacía un punto violento y provocador, ahora parecía que su ausencia le dejaba sin protagonismo alguno. Menos interés aún le suscitó volver a las controversias con islámicos y hebreos, ejercicios que tenía oído de toda su vida sobre cómo la dialéctica del cristianismo aplastaba a sus oponentes, y que él, desde un principio, descubrió que no convencían a nadie, sirviendo tan sólo para exhibiciones de oratoria y erudición de unos y otros.

Consciente, pues, de aquella pereza que ahora tan a menudo le asaltaba, empezó a alargar sus ocios y a esconder su soledad en la lectura; descubrió también cómo le

entretenía contemplar desde la ventana de su alcoba, o asomado sobre el pretil de la azotea, el continuo trajín del puerto, el ir y venir de las pequeñas embarcaciones cargadas de mercancías moviéndose en torno a las naves fondeadas cara al viento; y el incesante pulular de las docenas de hombres entregados a la misma briega diaria, moviendo fardos, apilando géneros, ayudando a la estiba. Era como un hormiguero, y al acudirle la idea pensó, irónico, que bien podía comparar a los humanos con las hormigas, empeñados en tanto afán, si tal como empezaba a recelar, hombres, insectos, todo cuanto animaba la vida habría de tener idéntico final... Con tales ideas le acudían los discursos de Antonio, mezclando al pesar de su ausencia una cierta ira, lo que no obedecía más que a su resentimiento al considerarse abandonado por el egoísmo del amigo. Entonces trataba torpemente de consolarse, convencido de que sería capaz de desentenderse de afectos, empeñado en quiméricos proyectos en que sus esfuerzos iban para autoconvencerse de que se bastaba para vivir en solitario, y que nada ni nadie le importaban nada: ni Antonio, ni aquel amoriscado clero bullendo en intrigas, ni sus vecinos, ni la gente que había llegado a conocer, ni...; bueno, tampoco quería asomar a un primer plano de sus cavilaciones toda la desgana que cada vez con mayor insistencia estaba ganándole ante lo que calificaba de monótona uniformidad en su profesión. Pero una noche de aquel ya avanzado otoño, rezando maquinalmente sus oraciones a la par que contemplaba un cielo cruzado de ráfagas centelleantes que acompañaban a la lluvia que caía furiosa sobre la ciudad, oyendo el bramido de la mar estrellándose allá abajo contra la escollera de la muralla, le acudió, como uno de aquellos relámpagos cuyas descargas estremecían cielos y tierra, la visión real de su existir, desprovista en aquellos momentos del claroscuro que le venía imprimiendo la rutina de toda una vida dedicada a un mismo menester, sin siquiera, durante tantos años, haberse propuesto calar en el fondo de su conciencia para saber si aquella entrega suya obedecía, efectivamente, a una predestinación ordenada por las fuerzas que se cree están por encima de los hombres, o si desde niño estuvieron moldeándolo, conduciéndole —y él lo aceptó con docilidad— por caminos en los que venía andando con una inconsciencia maquinal, sin preguntarse jamás, como mucho tiempo atrás le decía Antonio, si se sabía en la verdadera senda. Y no supo darse una respuesta convincente.

Por la mañana, al momento de despertar le acudió aquel tropel de pensamientos concebidos durante la vigilia, donde posiblemente la tempestuosa noche pudo influir en su estado de ánimo. Abrió el ventano, contento al descubrir un cielo todo despejado, con las primeras claridades del alba asomando sobre la mar. Y al momento, en cierto modo avergonzado, recordó que en el soliloquio de sus reflexiones, que le acudían como envueltas en las pavorosas luminarias que precedían a los truenos, se acompañó, al menos en un par de ocasiones, de alguna libación al ánfora de vino de la Axarkía...

A la hora prima bajó a la iglesia para rezar el Oficio, y luego salió al exterior, descubriendo las huellas de la tormenta, visibles por cualquier lugar a donde se

mirara; porque después del riguroso verano, las torrenceras que bajaban de los montes no fueron suficientes para conducir al mar la gran cantidad de agua caída durante la noche, y la riada, desbordándose por los suburbios, incluso invadió algunas zonas intramuros; tanto fuera como dentro del recinto malaquí refulgía el sol en los enormes charcos que cubrían calles, hazas y corrales, donde pronto la chiquillería habría de acudir a refocilarse bañándose en cueros vivos.

Renunció, pues, a la idea de abandonar el Castil; que andar sorteando obstáculos por un continuo fangal significaba regresar sucio e incómodo, aparte de que cuando acaecía un suceso de tal índole, prácticamente toda la vecindad se entregaba a reparar percances domésticos. De modo que permaneció en su alcoba hasta el mediodía, para dirigirse sin mucho entusiasmo a la vivienda de un matrimonio vecino, unos genoveses que le habían invitado a compartir su mesa.

Cuando regresaba a su aposento se cruzó con los hermanos misioneros, al parecer vueltos ya de Sevilla; hubo protocolarios saludos, rostros serios en la pareja y despego en Martín, quien, sin más, apresuró el paso camino de su refugio.

Unos días más tarde, con los efectos de la riada atenuados por el esfuerzo de la comunidad y las temperaturas, con la sensación de que volvía el verano, se encaminó al corral de cautivos; aunque era ésta misión de las Ordenes expresamente dedicadas a la redención de tantos desgraciados, quiso mantener la frecuencia con que acudía a visitarlos en busca de aliviar su aflicción cuanto le era posible. Pero aquel día sí le guiaba un propósito, porque el mercedario fray Juan de Jesús le había confiado la víspera su sospecha de que uno de los presos, un joven corso, parecía manifestar deseos de convertirse al islam, circunstancia que cuando se daba era causa de gran escándalo en la ciudad; de indignación y sorpresa entre los cristianos, y de festejos por parte de los moros, que celebraban el hecho con un regocijante desfile por las calles más céntricas.

Lamentablemente, los temores se habían hecho realidad: cuando Martín llegó donde los prisioneros aguardaban resignados sus casi únicas dos salidas, el cautiverio o el rescate, le contaron de cómo el muchacho optó por aquella tercera vía, esperanzado en tener mejores posibilidades para el futuro: su conversión a la fe de Mahoma. Acababa de salir hacia la cercana mezquita que había entre la Judería y el Barrio Nuevo con un animado acompañamiento, libre de cadenas y grilletes, listo para en su momento pronunciar el juramento islámico y hacerse circuncidar.

Emprendió el camino de regreso, pensativo, consciente de no sentir apenas emoción por lo ocurrido. A fin de cuentas, muchos de aquellos infelices carecían de la menor posibilidad para ser rescatados, y si nada divino o humano mediaba para aliviarles sufrimientos, era bastante lógica su decisión; pues ¿en qué podía su ignorancia diferenciar su religión de la de aquellos musulmanes cuya doctrina venía a ser, más o menos, calco de lo que decía la Biblia? Salvo en los nombres: en lugar de Dios, Alláh, Mahoma por Jesucristo, y casi los mismos patriarcas, los mismos profetas, ángeles y demonios compartidos. Y similares postrimerías, y santos,

místicos y mártires en uno y otro lado... Aquel renegado no iba a renegar de nada, porque nunca hubiera podido testimoniar una profesión de fe; incluso mentalmente llegó a burlarse con sordo rencor al imaginar al pobre diablo sintiéndose mahometano, tal vez interiormente dolido por haberse obligado a mascullar torpemente aquella ininteligible fórmula: *Lâilâha illaillah Muhammad rezul Alláh*^[49] teniendo ridículamente en alto el índice de la mano derecha...

Decididamente, parecía que cada vez escasearan más tantos mártires, tantos santos que sufrieron prisión o incluso pagaron con sus vidas el defender sus convicciones en las promesas de Jesús; la humanidad estaba volcada en una continua persecución de la felicidad basada en los bienes terrenos, y a huir de sacrificios y penas. Aunque no podía negarse el atractivo que representaban los principios de la fe musulmana, llenos de tentadoras sensualidad y libertinaje permitidos en la vida terrena, prolongados en la eterna, frente a la constante severa vigilancia del dios cristiano, que prohibía casi todo lo que agrada al hombre.

Llegaba al Castillo de los Genoveses, molesto hasta el fondo de su alma por el fastidio de volver a encontrarse con sus dos cofrades, discurriendo, malhumorado, qué hacer para evitarlos dentro de aquella obligada vecindad, cuando una apenas velada joven musulmana, separándose de la criada que la acompañaba, se le acercó:

—La bendición del Misericordioso sobre tu cabeza, padre Martín.

—Que el Único, su nombre sea loado, vaya contigo.

—Te ruego perdones este atrevimiento mío al irrumpir en tu camino, que te esperaba por mi deseo de hablarte.

Intentó reconocer por algún indicio quién podía ser tan diligente interlocutora, pero su mente se quedó en blanco, incapaz de relacionar en su memoria a una mujer tan decidida como para abordarle en plena calle, ajena a todo convencionalismo. Sí fue consciente de inmediato por el modo como le clavaba sus ojos, grandes y expresivos, negros y profundos, de un mirar que se le pareció que le taladraba; después llamó su atención la elegancia del vestido, una *yubba* —túnica— cuyo fondo azul oscuro aparecía casi totalmente recubierto de preciosos bordados que representaban fantásticos dibujos combinados con caprichosos arabescos, probablemente adquirida a comerciantes persas; en el cuello, lóbulos y brazos, oro, coral y ámbar.

—Mi nombre es Amina, pero esto no dice nada en tu memoria.

—La paz del Clemente y Misericordioso sea contigo, Amina —se inclinó, volviendo a hacer uso del ceremonial musulmán, mientras seguía tratando de que una luz se hiciera en su cerebro.

Pero ella se adelantó para explicarle; primero dijo conocerlo por haber asistido a alguna de sus intervenciones en la escuela de juristas anexa a la mezquita mayor, en la que normalmente se organizaban coloquios donde eruditos de cualquier rama de las ciencias o de la religión exponían sus conocimientos, científicos o teológicos. Luego declaró que era rapsoda, y le recordó que en alguna casa de los amigos

malaqíes que sabía que Martín frecuentaba, en ocasiones se leyeron sus poemas, aunque su presencia en las mismas fuese vedada por lo que calificó, con una mezcla de despecho e ironía, de «necias costumbres impuestas por las no menos necias leyes salidas de la necedad de muchos hombres necios». La joven Amina se dedicaba, casi desde la infancia, a poner en rimas todo cuanto motivaba cualquier emoción en su espíritu: la naturaleza y el ser humano, el amor y la vida, el pensamiento, la amistad y todo cuanto podía ser digno de ser cantado.

—Sí creo que me conoces por el nombre que me dieran de muy atrás, y al escuchar el recitado de mis versos debiste oír hablar de mí... O si alguna vez le llegaron mis canciones: me llaman Sinbul Châmî.

Martín recordó a un joven granadino, de paso por Malaqa, quien cierta noche ofreció en el jardín de los Banú Simak una deliciosa velada en la que recitó algunas bellas composiciones versificadas, que anunció como obras de una joven poetisa a la que llamaban *Nardo de Siria*. Ésta venía disfrutando de una cierta popularidad con la variante de sus poemas, compuestos sobre la base de los clásicos *mawassahat*, a los que acompañaba de pegadizas jarchas en mezcla de árabe y romance, llenas de un profundo sentimentalismo, aunque su mayor éxito lo había obtenido con sus odas en forma de zéjel; éstos eran bastante populares, no ya sólo por el acompañamiento musical, sino por sus temas, alegres unos, melancólicos otros, en los que se cantaban amores o se lloraban penas, escritos apartándose del árabe culto para expresarse en el habla popular de la gente andalusí. Muchos habían llegado a convertirse en canciones que lo mismo en las ciudades como en la campiña, aireaban, tanto muchachas de las clases altas como las tiernas adolescentes de cualquier arrabal.

—Así, tú eres Sinbul Châmî... *Nardo Sirio*... —Se quedó mirándola, con un amago de sonrisa a flor de labios—. Sí, conozco tus versos y confieso que me causaron placer, aunque... —Iba a decir algo sobre el fondo de alguna de sus composiciones, excesivamente sensual, a su entender; pero se interrumpió—: Sí, Amina: posees una bella inspiración y creo eres una gran artista. Todavía me parece recordar algo de tu poesía, una que hablaba...

Sabía de su fama, si no muy extendida, conocida en los medios intelectuales, incluso en Granada, donde el mismo rey tuvo a bien recibirla en alguna ocasión para, en las perfumadas noches de la Alhambra, escucharla recitar los poemas que todo artista dedicaba a los príncipes. La muchacha declamaba, según era fama, con aquella misma voz cálida y a la vez musical que estaban escuchando los oídos de Martín en aquellos momentos.

—El acudir a buscarte es por mi deseo de que me honres visitando mi casa para que allí me hables sobre lo que es tu costumbre cuando enseñas de tu Dios y del pensar de los cristianos.

Y sin esperar respuesta contó que no vivía en la ciudad, sino en una quinta de las muchas que salpicaban la extensa vega que arrancaba desde el otro lado del río hasta las lejanas montañas.

Tardó en contestarle. Inexplicablemente, aunque era capaz de estar siempre en la realidad circundante y podía oír el tono cantarino de su voz, sin poder remediarlo continuaba mudo, mirándola y desmenuzando, con toda complacencia, detalles, pequeñeces de su persona: la finura del velo con el que apenas cubría la parte inferior del rostro, la cabellera, resaltada con el negro-azulado de la alheña, asomando coquetamente bajo la *hijab*; y el gesto con el que se acompañó alguna vez mientras le hablaba, haciendo, pensó que inconscientemente, una especie de alucinante revuelo con sus largas pestañas; y el suave tostado de las mejillas, que se traslucía a través de la tela...

—Amina —dijo al fin, incómodo por mantener aquella inusual conversación con una musulmana, bella, elegante y conocida de la gente, expuesto a la curiosidad, y la maledicencia, de sus vecinos del Castil, arrancándose al fin a aquella especie de malsano embeleso—, yo cuento de mi Dios a todo aquel que quiere conocerlo; a los cristianos, para prevenirles de no caer en el pecado, y a los de tu fe y a los judíos porque busco su salvación... —Se detuvo, sin saber cómo continuar, e inmediatamente, deseando cortar aquella conversación que se le hacía embarazosa—: Si quieres saber de los principios cristianos, ven a mis charlas de catequesis, que pienso reanudarlas el próximo domingo...

Y durante unos segundos se quedó con el eco de la idea que acababa de exponer, de la que no estaba nada seguro.

Ella le interrumpió de un modo que le pareció asombroso por su tono de insistente voluntariedad:

—No es ése mi deseo. El mío es que vengas a mi casa y poder hablar contigo libremente para contarte de mí y que sepas comprenderme. ¿Cuándo podrás hacerlo? ¿Vendrías ahora?

Se sintió molesto por el modo tan resuelto de querer imponer lo que le parecía una antojadiza petición:

—No, Amina. Eso no es posible. —Y con suavidad—: Deberás venir a la iglesia. El Señor te bendiga. —E inmediatamente—: Que Él te proteja, porque es el mejor custodio y el más misericordioso entre los misericordiosos.

Con lo que dio media vuelta y fue rápido en busca de su alojamiento.

Al día siguiente, dispuesto para visitar al arráz Quzman, abandonaba apenas el arrabal cuando un criado vino a su encuentro:

—Que el Único prolongue tus días. Tú eres padre Martín. Te suplico que me hagas el bien de acompañarme, pues alguien que venera tu nombre se halla gravemente enferma, y ésa es mi ama, Sinbul Châmî, quien solicita el favor de tu presencia y tus oraciones.

Le alarmó la noticia, al tiempo que sospechaba no fuese más que una añagaza para obligarle a hacer lo que la víspera había rehusado; pero como a sus preguntas el otro no respondía más que con una ininteligible retahíla mezclada de confusas respuestas, todo expuesto en el complicado galimatías que era la lengua de la gente

del campo, cierto de que seguir indagando sería perder el tiempo —amén de una cierta intranquilidad de la que por la duda sintió el reconcomio— aceptó seguir al mensajero, en cuya compañía emprendió la marcha.

Evitando la bulliciosa Alcaicería llegaron hasta la vecindad de la muralla, junto a la Bib al-Kántara —la Puerta del Puente—, donde el emisario reclamó del vecino *fondak* —una enorme posada, la mayor de la ciudad, albergue y depósito de géneros, a donde afluían campesinos de toda la comarca— las dos mulas enjaezadas para la montura con las que viniera aquella mañana, explicando a su acompañante que para llegar al lugar al que se dirigían, bastante alejado de la población, era necesario hacer uso de una cabalgadura, con lo que se ganaba tiempo y se ahorraban energías; y éstas, según le manifestó, no eran sino las instrucciones de su ama, a lo que Martín no hizo comentario. De modo que abandonaron la ciudad.

Una vez llegados a la orilla derecha del río, que ahora sí que venía bien crecido y hasta bravo, desbordado el profundo cauce, atravesaron por donde casi todo eran desmontes y pastizales en los que se entretenía el ganado, y bordeando las viviendas de la heteróclita población que malvivía al borde del torrente, en su mayoría pescadores, pero también artesanos, menestrales y tenderos, tomaron por los caminos que eran ya una mezcla de barro que empezaba a endurecer el sol y espejeantes charcos, avivando el andar de las bestias para huir a las pestilentes industrias dedicadas a la elaboración de la anchoa. Así llegaron hasta campo abierto, y luego de cabalgar mucho más tiempo del que el fraile calculara, entre plantaciones de caña de azúcar y huertos, cruzaron los límites de una bien cuidada finca, donde al final de un camino abierto entre los cultivos se alzaba una *munya*, una villa que casi desaparecía entre los frutales que la rodeaban.

Su llegada debió ser anunciada desde que apenas asomó por la portada de la hacienda, porque al acercarse, algunos trabajadores entretuvieron su labor para al, tiempo que le dedicaban un respetuoso saludo, contemplarle con no disimulada curiosidad. Después, conforme se aproximaban a la casa ya vio venir a Amina acompañada por dos esclavas; pero a nadie más. Las tres mujeres se inclinaron respetuosas al ir hasta ellos, y a seguido la misma joven le presentó ceremoniosamente el cuenco de sal y el pan de la bienvenida.

—¿Qué mal pudo aquejarte, según me contara tu criado, si te veo tan llena de salud? —preguntó Martín a la muchacha luego de las floridas saluciones de costumbre, usando de un tono ligeramente irónico, cierto ahora de que se confirmaban sus sospechas.

La sorprendente respuesta le pareció de un asombroso descaro, pero también provocó su disimulada hilaridad; con todo, nada de esto evitó que se sintiera placentemente halagado:

—Apenas ya me avisaban de tu llegada, que mi espíritu se llenó de júbilo. Y sentí como que me volvían las fuerzas, y recobraron mis mejillas la color, y se alegró todo dentro de mí —esto, al tiempo que deferentemente le invitaba a entrar en la vivienda.

El interior se aparecía bien distinto al de las casas de la ciudad, adivinándose más amplitud, con toda la edificación alzada en torno a un patio ajardinado de regulares dimensiones, al centro un pozo cuyo brocal se veía recubierto de macetas. La entrada era un zaguán amueblado con gusto, dentro de la sencillez propia de una casa de campo, e inmediatamente de ser acomodado en el estrado al que Amina le condujo, una de las criadas acercó un bello ataífor de tablero incrustado de marfil y nácar sobre el que dispusieron una jarra de zumo de naranja y unas fuentes con pasteles y frutas.

Durante este tiempo ni él ni su anfitriona, y menos aún las otras muchachas, volvieron a pronunciar palabra, y pareció como si todos estuvieran aguardando algo, o, en el caso de Martín, a alguien; desde luego, el confundido fraile se sentía más que perplejo al comprobar que pasaba el tiempo y allí no hacía acto de presencia ninguna autoridad masculina —padre, marido, tutor, pariente... Interiormente enojado consigo mismo, sin conseguir salir de un cierto aturdimiento del que se sintiera poseído apenas estuvo ante la joven, se obstinaba en no querer confesarse que aquella incomodidad se debía a que ella, al igual que las otras, se había presentado sin velo, permitiéndole así contemplar su rostro, en el cual, a su pesar, pero satisfecho, se recreó a hurtadillas en varias ocasiones, para una y otra vez sentir la satisfacción que le provocaba su belleza.

—Ya ves: he atendido tu llamada, pues en verdad te creí enferma. Es bien grato para mí el comprobar que ninguna dolencia te aqueja, pese al engaño por el que me hiciste venir —se le ocurrió decir, incómodo por tanto silencio.

—Me causarías gran tristeza si provoqué tu enojo, aunque me llena de infinito contento descubrir que te has preocupado de mi humilde persona. Te ruego que sepas perdonar mi osadía y me digas qué he de hacer para obtener tu clemencia, si mi deseo me hizo inventar un falso mal para torcer tu voluntad por la infinita piedad que el Misericordioso puso en tu corazón, y así conseguir que vinieses... Pero, por favor, bebe de este fresco zumo y come, si te apetece, de estos pasteles, que yo misma los preparé para ti.

—¿Tan cierta estabas de que caería en la trampa que me has tendido?

Amina deslizó una sonrisa con la que parecía suplicar su indulgencia, al tiempo que con un gesto le invitaba para que probase el condumio; casi maquinalmente aceptó la naranjada que le ofreció una de las muchachas. Y otra vez volvió el silencio, sin que nadie pronunciara palabra; silencio en el que Martín, al saberse objeto de la observación de las tres muchachas, se hallaba cada vez más incómodo, curioso en la espera por conocer el motivo de aquella obstinación en recibirle, tendiendo el oído, cautelosamente, y aguardando la aparición de un lógico representante de aquella comunidad de mujeres...

Finalmente se decidió, aunque sabía que formulaba una pregunta bien torpe:

—Amina, ¿eres mujer casada? Es que todavía no he visto a hombre alguno, aparte de los trabajadores de ahí fuera y algún criado... ¿Vives con tus padres, con parientes...?

Le pareció notar como un velo de tristeza en la cara de ella cuando respondió:

—Vivo sola, aunque hasta ha poco lo hice con mis dos hermanos: el uno, soldado, está al servicio del sultán meriní de Marruecos; el otro se halla ahora bien lejos, que partió a los lugares santos de La Meca para hacer las dos peregrinaciones, la *umra* y la *hach*. Mi hermano Alí es un buen musulmán, un fiel creyente.

—¿Acaso tú no lo eres, si incluso te llamas como la madre del Profeta?

Hizo otra de sus esquivas respuestas que envolvía en sonrisas:

—Es casi hora de comer. ¿Tienes hambre? Todo está ya preparado, sólo esperándote. Luego me recrearé escuchando la sabiduría de tus conocimientos.

Cada vez más confundido, casi molesto, respondió:

—Amina, yo no soy sabio, por tanto carezco de cualquier sabiduría, y ese conocimiento que me supones es bien menguado. Habrás de ser tú quien me explique el porqué de tu deseo por traerme a tu casa, que si es para que te hable de mi religión, eso lo hago en el templo para todo aquel que viene en busca de la verdad, como te dije.

Le respondió con su habitual sonrisa, y a seguido:

—Porque te adivino incómodo, cansado y sudoroso, pues parece que aún ha de seguir el alegre verano, te propongo de ir al baño, y enseguida te servirán la comida.

La sugerencia le pareció aceptable, pues además le libraría por un tiempo de estar bajo las miradas de las jóvenes; de modo que le hicieron salir al patio, donde un criado se hizo cargo de su persona, guiándole hasta el recinto en el que estaban las pilas de mármol utilizadas para el aseo. Allí el servidor vertió el agua perfumada, le ayudó a lavarse brazos y cuello, pies y piernas, y aunque intentó evitarlo, le despojó de la ropa, obligándole a sumergirse en la tina, aunque Martín se preocupó de mantenerlo a raya, marginándolo de la operación. Una vez seco, su eficiente bañero le roció con agua de rosas, conduciéndole seguidamente hasta una especie de ropero, del cual, a golpe de vista, apartó una túnica en lino crudo y unos calzones, procediendo a vestir con ellos al cada vez más desconcertado predicador. Dedicándole una aprobatoria sonrisa, satisfecho de su aspecto, el bañero procedió a acompañarle a donde aguardaban Amina y sus esclavas, las cuales, a su vez, aprobaron su nuevo lustroso aspecto con toda clase de gestos, sonrisas y frases amables. Le recibieron en una soleada pieza abierta al patio, adornada de una colección de tastos cuya florida coloración alegraba el ambiente, y en la que ya se había acondicionado una mesa que aparecía cubierta de fuentes, copas y manjares. Y sin más preámbulo empezaron a servirle.

Por supuesto, no sería la primera vez que iba a comer solo, mas en esta ocasión le azoraba verse objeto de las atenciones de las tres jóvenes, si bien, como nunca dejó de tener buen apetito y los manjares que le ofrecían le parecieron, en verdad, succulentos, se dedicó, primero con cierta cortedad, luego con algo que parecería casi devoción, a escoger y engullir entre los aperitivos —aceitunas, sardinas, anchoas y una ensalada en la que no faltaba el aliñado con cilantro, que a él casi le repugnaba,

pero que comió por no causar mal efecto...—; luego, boquerones fritos, y el estofado de cordero, el guiso de berenjenas, queso, pasteles de hojaldre con miel... Y el vino —otra sorpresa—, que no permitió la anfitriona que su copa permaneciera un momento a medio llenar. Con todo lo cual, como notara que su estómago se negaba a seguir engullendo, al tiempo empezó a sentirse invadido de tal sopor, que con harta dificultad conseguía mantener el hilo de una conversación intrascendente, casi forzada, iniciada luego de que se aseó en el aguamanil de plata que le presentaron. Pareció que Amina adivinara su estado, porque volvió a su solicitud:

—¿Deseas tomar un zumo? ¿Un té?

—Tomaré con gusto el té si me acompañas —aceptó, poniendo más voluntad que energía.

Ella reflejó su complacencia con un coqueto mohín, haciendo que Martín se sintiera por momentos más tímido, como indefenso en aquel ambiente que se le antojaba tentadoramente hostil, queriendo interpretar la libertad con la que se comportaba su anfitriona; que si su etapa de misión le había puesto en relación con más de una mujer, cristiana o sarracena, siempre procuró que el trato fuese de lo más distante, breve y circunscrito a cuestiones concretas de su ministerio. Independientemente de lo que retenía en los cada vez más borrosos contornos de la memoria de lo que empezaba a parecerle su casi lejana pasión por Alejandra, su mente no dejaba de conservar toda la cautela con que la religión ponía en guardia al incauto para defenderse de un ser que desde el Génesis fuera causa de toda la ruina de la humanidad; que pese al creciente fervor con que el universo cristiano se entregaba a la adoración de la Santísima Virgen, seguía siendo, Eva, la Mujer por excelencia; la que ofuscaba de mil modos la razón del hombre; la de las perniciosas artes de la seducción, pecadoramente insaciable; la siempre llena de maldad; hembra, y por hembra, falsa y cruel, pues que carecía de alma. Argumentos que Martín había venido conservando desde la infancia, sin dudar jamás de cuanto al respecto señalaba, con amorosa prudencia, la Santa Madre Iglesia. Y sin embargo, ahora...

XLIII

Despertó bruscamente, calculando que sería ya maitines, y al abrir los ojos, tras unos segundos de confusión, notó que la ventana, que descubriera por una apenas perceptible claridad que se adivinaba del exterior, en lugar de estar a su izquierda, como siempre, se encontraba ahora enfrente; a su través penetraba el fragor de lo que fuera debía ser un verdadero diluvio, a juzgar por la violencia con que la lluvia golpeaba sobre los tejados, los campos, la tierra toda. Se levantó, inquieto, en la más absoluta oscuridad, tratando de descubrir dónde se hallaba; tropezó con algo, pero consiguió ganar una pared, por la que fue tanteando hacia el hueco. Pero fuera la oscuridad era tan impenetrable como dentro, por lo que volvió a retroceder hasta ganar el canapé donde había estado durmiendo, bien envuelto en una manta para protegerse del frío que le invadió, al tiempo que trataba de reconstruir los acontecimientos de la víspera, cuando Amina se ofreció a acompañarle en la sobremesa de lo que recordó, pese al desconcierto que le embargaba, como excelente comida, dispuesto a escucharla degustando un té; y que al rato, un placentero sopor había ido ganándole, sin que sus esfuerzos por conservar la lucidez consiguieran mantenerlo atento a la conversación. Hasta que llegó un momento, quizá cuando en medio de tanta modorra percibió el pulsar de las cuerdas de un laúd, que se le fueron entornando los ojos, y como si flotara en el aire, la voz de la muchacha canturreando sus versos en apenas un susurro acabó con sus esfuerzos, haciéndole hundirse en distendido abandono.

Había estado durmiendo hasta aquel momento en que acababa de despertar, y ahora se sentía preocupado por lo que entendía un modo inconsciente de abandonarse, dejando transcurrir tanto tiempo bajo un techo extraño; le parecía como si hubiese cometido una falta. Al hacer memoria recordó a la joven, medio recostada sobre unos almohadones, contándole trozos de su vida, sin que en ningún momento nada interrumpiera su relato: «Mi padre, de familia de sirios venidos a al-Ándalus hace ya muchos años, heredó del suyo estas tierras... Mi madre no era andalusí, que vino de una gran isla, bastante lejos de aquí, que llaman la Sicilia, ¿sabes de qué te hablo?... Supongo que conoces la costumbre: en las familias de cierto acomodo a las niñas nos enseñan música, a tocar un instrumento, a cantar... Yo lo hice con gusto, al lado de dos esclavas de mi edad que aprendían bien rápido, lo que me estimulaba... Mi padre, aunque dueño de esta finca, no era agricultor; él se dedicaba al comercio y viajaba con frecuencia a Egipto, a Siria... Tuvo amistad con un primo del *walí* Abu Sa'id, al que Alláh guarde, y esto hizo que me invitaran algunas veces a recitar mis versos en la alcazaba... Luego también me llamó el mismo rey, a quien Alláh

conceda larga vida, que han sido varias las veces que actué para la corte en Granada... Toda esta ventura se me cortó tristemente por voluntad de Alláh, su nombre sea reverenciado, que hace ya dos años, con mi hermano mayor en África, quisieron mis padres y tres de mis hermanos ir a encontrarle y conocer a su mujer, y a sus hijos, en tierras de Marruecos; fue entonces la fatalidad que destruyó la dicha de todos, que una tempestad hundi6 la nave en ese cementerio del oc6ano que hay frente al Djebel Tarik... Desde entonces dej6 de aparecer en p6blico; no he vuelto apenas a la casa que tenemos en la ciudad, a donde se ir6 a vivir mi hermano cuando regrese, y paso todo el tiempo encerrada aqu6, haciendo mis versos en esta soledad m6a, componiendo a veces una canci6n... Lo hago para m6, para quienes vivimos aqu6, para mis criados, mis campesinos, que me aplauden, y eso me agrada»...

Y repet6a contando de aquella especie de enclaustramiento que la hab6a hecho perder inter6s por acercarse a la ciudad, ni visitar ni aceptar visitas, salvo contadas excepciones; tampoco acud6a ya al mercado para curiosear entre la abigarrada colecci6n de novedades llegadas de ultramar que se ofrec6an en las tiendas de la Alcaicer6a, ni frecuentaba espect6culos, y menos ten6a tratos con admiradores y galanes... Pero aquel a6o, como la enteraran, por puro azar, acerca de un *rum6* que contaba de sus creencias de un modo especial, con lenguaje sencillo y como si recitase historias parecidas a las que hac6an las delicias de la gente en cualquier rinc6n de la ciudad, se interes6, sin saber por qu6; y 6stas fueron las veces en que vio y oy6 a Mart6n, aunque el discurso que pretend6a escuchar, de f6bulas y milagros, similar a los que tra6an los narradores de Oriente, donde a veces hallaba inspiraci6n para sus canciones, lo vio trocado por otro de m6s hondura: tan a tono, pens6, con su estado de 6nimo, que hab6a despertado todo su inter6s, y con 6l, la necesidad tener cerca al hombre que de modo tan especial predicaba su fe; porque ser6a como el sanador de su melancol6a. Y agregaba que «como Alláh dirige los destinos de todo cuanto existe bajo los cielos, siempre buscando el bien», ahora y gracias a 6l disfrutaba la dicha de hospedar en su casa al admirado *rum6*...

—¿En qu6 terrible situaci6n me has hundido, Dios m6o? —se dirigi6a el predicador a las alturas celestiales, lleno de compunci6n, como esperando una respuesta que ya sab6a que no habr6a de llegarle.

Baj6 del canap6, se arrodill6 y empez6 a rezar; pero no acertaba a hacerlo en debida forma, porque ten6a puesta la mente en la serie de penosas vicisitudes que unas tras otras ven6an golpe6ndole en el tiempo m6s reciente: la lamentable visita de los padres comisionados por el maestro general, la triste despedida de Antonio, su incierta permanencia actual en la misi6n, conminado a abandonarla para ir a pudrirse, probablemente, en cualquier pavoroso extra6amiento; y ahora, aquella ins6lita y embarazosa situaci6n en que las circunstancias hab6an llegado a colocarle debido a su propio error, a su incertidumbre, a un est6pido dejarse llevar de los acontecimientos sin recapacitar, casi a sabiendas de que caminaba hacia un extra6o espacio lleno de peligros... ¿O acaso la hab6a desafiado 6l mismo y no era capaz de confes6rselo? S6

estaba cierto de hallarse viviendo al filo de un universo extraño, algo que jamás hubiese sospechado, invadido de una inexplicable mezcla de curiosidad y un cierto insondable, aunque adivinado temor, que ya tenía decidido cortar apenas amaneciera el día, cierto de cuán improcedente, por infinidad de motivos, suponía continuarlo. Entretenido en maquinales rezos y cavilar transcurrieron algunas horas, repasando una y otra vez la confusión de su presente, al que buscaba soluciones de inmediato rechazadas, proyectos quiméricos...

Como quiera que la mañana no acababa de romper, los cielos cerrados en la más amenazadora oscuridad volcando incesantes sus cataratas de agua, optó por abandonar aquella especie de escondite, que ya había identificado como la misma pieza en que una tan larga y placentera digestión le obligara a abandonar la realidad circundante para hundirse en el sopor de la inconsciencia... ¿O acaso fue aquel té? Caminó con titubeos hasta la puerta, y al abrirla se llenó de momentáneo sobresalto al descubrir, tendido en el umbral, a un joven esclavo que pareció despabilarse y, con toda clase de excusas, plegó su estera y se apresuró a conducirlo al baño, donde dos criados se hicieron cargo de su persona. Al minucioso *ghasl*^[50] siguió un vigoroso masaje, y luego de dejarse afeitar y perfumar, hubo de admitir que se sentía como si le hubiesen renovado cuerpo y mente. Terminado el proceso del aseo, uno de los esclavos procedió a cambiarle la vestimenta de la víspera por una nueva camisa de lino, unos calzones y una nueva túnica de lana que al parecer estaban ya apartadas, prendas todas lujosas y de escogido buen gusto; a continuación le calzaron sus sandalias de cuero y corcho.

—¿Necesitas algo más, mi señor?

—Nada, nada. —Se estiraba mangas y perniles, sorprendido de que todo le viniese tan a su talla, satisfecho al encontrarse limpio, despierto y relajado.

—Mi ama te espera. ¿Quieres acompañarme? —le dijo el muchacho.

Fueron hasta una habitación más recogida y alejada de aquel súbito cambio del tiempo, en el centro de la cual un brasero de cobre caldeaba el ambiente, expeliendo a la vez un fuerte olor de hierbas aromáticas. Allí estaba ya Amina, junto con las mismas dos muchachas que conocía desde que llegó a la *munya*, enmarcada entre bordados cojines, cuidadosamente maquillada pese a lo temprano de la hora —calculó que no sería ni tercia—, cejas y pestañas hábilmente retocadas por el negro del *kohl*; y hubo de reconocer que su rostro le pareció aún más bello que la víspera. Y también se sintió avergonzado, esta vez en la certeza de que la joven estaría recordando el bochornoso espectáculo dado ante sus ojos, cuando tras la sobremesa de la víspera se dejó hundir en aquel letargo, incapaz de resistir el sopor que le invadiera cuando con tanta dificultad trataba de atender su discurso, hasta caer en la insensibilidad más absoluta. No obstante, al irrumpir en la habitación hubo de advertir las miradas y sonrisas aprobatorias de las tres jóvenes, por lo que no pudo evitar, como siempre, sonrojarse, consciente al tiempo de cómo tales manifestaciones satisfacían su vanidad al provocar el entusiasmo femenino.

—Que sea el de hoy un venturoso día para ti —le saludó Amina.

Tras la cortesía de saludos, inclinaciones y sonrisas, inmediatamente se empezó a servir de la abundante provisión de alimentos que sucesivamente fueron aportando otros criados: leche, tortas de almendra y piñones, hojaldres rellenos, frutas, de todo lo cual fue tomando cada uno, incluso las esclavas. También lo hizo Martín, con su habitual buen apetito y el pensamiento puesto en madurar el modo en que habría de plantear a su anfitriona, sin ofender su hospitalidad, su deseo de regresar a la ciudad.

Entre tanto Amina le hablaba, haciéndolo con tan amistosa desenvoltura que bien se podría interpretar como si su tan reciente conocimiento fuese ya una amistad íntima y familiar, comentando, lo mismo dirigiéndose a él como a las otras jóvenes, el modo tan imprevisto y sorprendente con que parecía que de repente hiciera irrupción el invierno después de un período veraniego tan dilatado, y cómo en una sola noche pudo refrescar tanto la temperatura, aparte de referirse, con exageradas exclamaciones de alarma, a las consecuencias del temporal, pues según las noticias que ya tenía recibidas por el *musaqat* —colono encargado de los regadíos—, toda la vega era aquella mañana un inmenso lago, que ríos y torrentes, e incluso mansos arroyos, se habían convertido en impetuosas avenidas que arrastraron a su paso cuanto obstáculo se interpuso en su camino.

Noticias que para el dominico suponían un nuevo motivo de preocupación, un inquietante añadido, un insalvable obstáculo ante lo que ya era, para él, una más que incómoda situación. Y pese a este convencimiento, todavía se aventuró, tercamente, insistente, a preguntar:

—¿Significa esto que mi regreso a Malaqa no será hoy posible?

—Estando todo anegado, que no tienes sino asomarte para no ver más que agua, el ponerte en camino sería una temeridad. Y es más: te diré que esta situación puede durar hasta una semana, que ya sucedió a veces. —Y a Martín le pareció que en el tono de su voz había como una especie de alegre satisfacción apenas disimulada.

Terminado el almuerzo, Amina se disculpó: debía abandonar la tertulia para oír cuanto habrían de informarle los dos *munasif* —medianeros— encargados de la explotación de la finca, quienes sin duda estarían bastante preocupados por la inundación. Ella —contó— tenía proyectado para aquella mañana dar un paseo por entre los cultivos con su invitado, propósito que había quedado desbaratado.

—Pero a cambio tenemos todo el tiempo para conversar, ocupación bien grata —sonrió.

Idea que a Martín no seducía demasiado, temiendo los ignorados derroteros por los que la joven podría dirigirle, cada vez más preso de la desazón que le producía una situación tan extraña, tan fuera de cualquier convencionalismo. Porque era insólito que una mujer de cierta posición, en cualquier país, musulmán o cristiano, invitase a un hombre —un desconocido— a su casa, especialmente en tales circunstancias, dada su condición de extranjero, predicador de una religión tan por completo antagónica con la que sostenía el reino, sin que por lo visto mediara allí la

autoridad de un hombre que se apareciera como el representante masculino de una familia honorable... Sabía que éste o parecido comportamiento podía encontrarse en determinados respetables ambientes —fuera del envilecido mundo de tabernas y prostíbulos—, donde viudas ricas, dignas matronas, cortesanas dadas a frecuentarse y visitarse dentro de la aristocracia, eran miradas con todo respeto por el pueblo; entre las que quizá también cabría incluir a las que voluntariosa, tenazmente opuestas a las costumbres impuestas por la religión en la sociedad, vivían a la medida de su entender, muchas entregadas a la práctica de algún arte, todas obstinadas en la defensa de su independencia en contra de las normas dictadas y aceptadas por la colectividad, un caso en el que bien podría situarse a la inquietante y bella Sinbul Châmî...

Regresó la muchacha de su entrevista con los aparceros, contó las impresiones que éstos le habían transmitido respecto al tiempo, que según sus previsiones no habría de amainar, y luego de referirse a varias cuestiones intrascendentes pareció como que se le ocurriera de pronto:

—¿Tal vez seas aficionado al *achchitredj*? Porque de serlo, bien que me gustaría jugar contigo. No soy una gran jugadora, aunque mi padre era casi un *alujât*^[51] y de él aprendí. Pero ni te pido ni te daré ventajas.

A Martín le pareció que sus palabras contenían un doble sentido, del que no supo interpretar la intención. Sonrió bobamente, y a poco un esclavo trajo una mesa sobre cuyo lacado tablero aparecía el damero; una de las muchachas aportó las piezas, en ébano las negras, en hueso las otras. Dispusieron los dos ejércitos, y apenas el blanco iniciaba la acometida de rigor, pareció que aumentara el estrepitoso ruido del aguacero, al que se unía el continuo estruendo de los truenos con su eco ensordecedor.

Parece que ese juego antiquísimo y de incierto origen que es el ajedrez, no por ser considerado el más noble de los entretenimientos deja de provocar una cierta adicción en quienes lo practican; que fue lo que sintieron los dos jóvenes cuando a lo largo de la mañana se fueron sucediendo las partidas, las jugadas, los mates. Hasta convenir en darse un respiro, cuando los esclavos trajeron pasteles, frutas y unos zumos, ligero tentempié en espera de la comida. Y Martín se sorprendió al descubrirse ahora distendido, cómodo, sin obligarse a estar rehuyendo continuamente la mirada cuando los ojos de ella se fijaban en los suyos; incluso se atrevió a reparar en su atuendo, que por haber amanecido un día tan húmedo y fresco había cambiado por una camisa de algodón y unos holgados calzones que dejaban al descubierto los tobillos, adornados con un cordón de oro, y los pies, calzados con unos borceguíes puntiagudos, a la moda castellana; detalles que no dejaban de atolondrar al cauteloso fraile, en la idea de que la vestimenta de su anfitriona, en su conjunto, le parecía de una audacia bastante más que provocativa, aunque no dejase de atraer sus miradas; sobre todo cuando ella, una vez caldeada la habitación, se despojó del amplio chaquetón de ante con el que hasta entonces estuvo protegiéndose del fresco ambiente. A pesar de estas

consideraciones, dedicaron un buen rato a discutir las jugadas, y rieron al comentar los errores y la estrategia de cada uno; mientras, seguía la lluvia.

—No podrás ya salir de aquí jamás, y aquí habrás de permanecer como mi prisionero —bromeaba ella—; y esto sí es jaque. Jaque mate.

—Todo cuanto puso Dios sobre la tierra tiene su jaque. Su jaque mate.

Amina torció el gesto:

—Eso suena muy triste, y no me gustan las cosas tristes. Cuando aún tan recién me ha golpeado la adversidad, hago esfuerzos para sobreponerme, aunque me cueste. Porque es más bonito apartar penas y melancolías y buscar todo lo que hay de bello. Lo bello de la vida... Aunque sea joven, ya tiempo atrás comprendí que es corta la vida, en la que tanto abundan los pesares, y por ello ahí está el mundo, tan lleno de alicientes para gozar... ¿No opinas igual? ¿O acaso no eres capaz de comprenderlo porque tu condición no te lo permite? —Sin esperar respuesta, con un gesto que ambas esclavas entendieron de inmediato, una de ellas puso en sus manos un laúd.

Templó la joven el instrumento, inició un cadencioso pulsar de las cuerdas, y a poco dejaba oír la armonía de su voz, recitando trozos, cantando otros, en una bella *kassida* que evocaba la nostalgia de unos felices amantes a quienes castigaba la crueldad de un destino injusto, para terminar con la promesa de un mañana dichoso que habría de estar en el goce de un tiempo donde prevalecería el amor sobre todas las cosas; sin duda, un argumento bien simple, ingenuo, pero el acompañamiento de la música y la armonía de aquella voz suplían todo para obtener el efecto de que Martín se sintiera hondamente conmovido y no escatimara elogios en sus felicitaciones a la artista.

Y mientras lo hacía, de repente se sintió como en suspenso, interiormente abstraído al acudirle inopinadamente unos pensamientos que le conducían a analizar su propia existencia. Amina había concluido su oda cantando las mismas aspiraciones que son los deseos de toda la humanidad en el permanente afán por disfrutar el placer de la belleza, la armonía, la galanura que pueda ofrecer la vida. A lo largo de todo su pasado, ¿en qué consistió para él la felicidad? ¿Y cuáles serían sus características en el cercano futuro? Para responderse tendría que barajar su carácter y la sucesión de cuantos hechos jalonaron su existencia en las coyunturas que le asaltaron a lo largo de los años, unas amables, otras que nunca sospechó tan problemáticas. Durante este tiempo su idiosincrasia estuvo forzada a adaptarse a las circunstancias conforme éstas se le aparecían; siempre, por supuesto, dentro de la obligada obediencia a la Iglesia, taller que desde su infancia se encargó de moldear su condición y que él jamás se atrevió a desacatar, que incluso su apasionado amor por Alejandra quiso legitimarlo confiando en la bondad de un Dios comprensivo y amante de sus hijos. Durante este tiempo, dentro, por supuesto, de los cánones que marcaba la religión, apreció lo bello y lo que estimó grato y amable, lo que entendió que era bueno y lo que despreció por reprochable; también se formó sus propias opiniones en cuanto a la virtud, la modestia, lo respetable, y cómo había que medirlos en el individuo, y en función de qué...

También creyó haber encontrado el modo más idóneo por el que encauzar la propia trayectoria, encaminada por vías en las que no hubiera riesgos, sin temor a que en cualquier momento surgieran las tentaciones, un querer abandonar por ceder a los crueles desafíos provocados por el hastío, la incompreensión, la desgana, o la falta de alicientes, o el desengaño, o todas las impresiones que el alma pueda recibir del trato con sus semejantes... ¿Fue feliz obrando como lo hizo, en el ambiente en que estuvo y seguía desenvolviéndose? ¿Podía pensar que la felicidad sería más gratificante buscándola en el sensualismo con que la deseaba la *kassida* de Sinbul Châmî? «Sé sincero contigo mismo y estarás en paz», le había dicho Antonio del Sasso en alguna ocasión.

Desechando con cierta irritación la incomodidad que le producían las enojosas y tan complicadas cuestiones que le planteaba su conciencia, y como le pareciera leer en la expresión de Amina que ésta esperaba una respuesta, le habló:

—Verdad es que no sabría opinar en cuanto dice tu canción, si cada cual tenemos un modo de sentir y querer explicar la felicidad. Para unos puede estar, como dicen tus versos, en quienes la buscan aferrados a los placeres que ofrece el mundo, y otros siempre vivirán en la esperanza de tropezaría un día del modo más inesperado. Que puede ser incluso después de la muerte.

Sinbul dejó el laúd en manos de una de las muchachas; luego las despidió con un gesto, y una vez a solas con el fraile:

—He de confesarte que desde niña no hice sino confiar, como todo el mundo, y pedir la gracia de Alláh, sea su nombre reverenciado, repitiendo mi rezo: «Me refugio en el Señor de la luz, de la ignorancia de sus criaturas, de la oscuridad de la ignorancia cuando se extiende, del mal de la superstición y la locura, del mal del envidioso cuando envidia», y así quise disfrutar de la vida que nos regala el Misericordioso. Yo siempre he creído en las promesas de mi fe, en lo que nos tiene prometido el Mensajero, la paz y la gracia de Alláh sean siempre con él. Pero, ya mujer, empezaron a soliviantarme pensamientos y dudas de los que inútilmente trataba de huir; uno era, el que más, que cada vez que un ser amado desaparecía la pena invadía nuestros corazones, y en lugar de sentir la alegre proximidad de esa felicidad que tenemos prometida para más allá de la muerte, tan intensa que no se puede describir y que durará toda la eternidad, no era sino dolor lo que nos mortificaba a todos. Y me llené de mis primeras sospechas, y luego, al perder a casi toda mi familia, sentí temor a lo que tal vez no era más que una dulce ilusión. Busqué sin conseguirlo el modo de borrar esos tristes pensamientos, pasó el tiempo, y un día creí que tú, al que oyera hablar en nombre de tus dioses, podrías sacarme de mis incertidumbres y poner mi mente en paz. Y cuanto te digo, de cierto que no me atrevería a confiarlo a nadie, que no sé de dónde me ha nacido esta confianza que me inspiraste desde la primera vez que te vi. Y también, que toda esta confusión creo que ya me nació cuando apenas si empezaba a razonar, lo que me ha llevado a lo que ahora es una rebeldía, pues no puedo remediar mi disconformidad con lo que nos

predican sobre que en el Paraíso, si existe y no es algo que tramaran los alfaquíes, como me lo aseguró, hace ya años, un judío converso al que conocí en la corte de Granada, si es promesa formal, digo, más parece fabricado para premiar las acciones de los hombres, donde la mujer, tan relegada como lo está en la Tierra, hace en los Cielos un injusto papel de ramera.

Escuchándola con toda su atención, Martín se sorprendió al oírla exponer cuestiones que no le eran nuevas; que había leído en ocasiones, confuso y desconcertado, sobre todo en aquellos escritos guardados en el palacio abacial de Santa Domitila, escritos redactados por tanto adversario de los dogmas de la religión; que oyó tantas veces a Antonio del Sasso; y que a todos, en sobrehumano esfuerzo, siempre quiso hacer oídos sordos. Ahora no acertó con la respuesta que habría de dar a la muchacha, porque le mortificaría acudir a cualquiera de los triviales recursos aprendidos del oficio para zanzar una situación embarazosa. Por decir algo, se le ocurrió una banalidad:

—Amina, has hablado de mis dioses, y los cristianos sólo tenemos un dios, que es el Señor creador de todo lo que existe...

Ella le interrumpió, empecinada en repetir aquellas interpretaciones que los musulimes acostumbraban a esgrimir como argumento irrefutable contra el pensamiento cristiano, tildado de politeísta cuando difundía una doctrina que obligaba a creer en la existencia de un Dios Padre, un Dios Hijo y otra esencia de la divinidad que era el Espíritu Santo; trilogía, ciertamente, difícil de entender, y menos de esclarecer con una cierta coherencia, y a la que él siempre había puesto coronamiento con aquella respuesta radical, la más cómoda de que se valía la Iglesia para explicar lo inexplicable: *Misterio*.

Martín se levantó, anduvo unos pasos, contemplándose la punta de los pies. Luego:

—No voy a responderte ahora a cuanto me dices. Perdóname. —Con el esbozo de una sonrisa más abierta, a medias irónico—: Ya que, tal que me tienes advertido, he de considerarme tu prisionero, y como que debe de ser ya la hora sexta y de estar ahora en Malaqa estaría sentado a la mesa, pregunto: ¿condenas acaso a tus prisioneros a morir de hambre? Tal vez piensas que soy un glotón, pero si es cierto que confieso y desprecio esta culpa a la que abomina mi religión, también es cierto que con gusto me sentaría ya a comer, aunque cayese en pecado mortal.

Dijo esto sin ánimo de hacer de ingenioso, pero le divirtió escuchar la risa de la joven y su burlón comentario:

—Aunque comes bastante bien, y lo creo síntoma de tu buena salud, tienes un aspecto casi de hambriento, pues no engordas.

Se alegró, y se sorprendió, de aparecer ocurrente a sus ojos, aunque al momento le ganara una especie de asombro al descubrirse ironizando con lo que de siempre, junto con similares proposiciones eclesiásticas, aceptó sin ni siquiera atreverse a juzgarlo.

Obligado a aquel forzoso encierro sin poder abandonar la casa, después de la comida vino un esclavo para indicarle la que, debido a las circunstancias, habría de ser su habitación: una pieza, como casi todas, abierta a la galería que contorneaba el patio, lleno ahora del incesante concierto que ponía la lluvia. A un lado había un gran baúl forrado en becerro, armoniosamente claveteado, como los que podían verse normalmente en cualquier hogar para guardar ropa y utensilios; el criado levantó la tapa para que pudiese ver su interior, donde se descubrían una serie de prendas de vestir, y al volverse a él en un gesto de interrogación, le explicó que todo aquello lo había preparado su señora para uso del huésped. Interiormente se encogió de hombros, aunque le asaltara una tonta ocurrencia: ¿es que en verdad Amina le estaba considerando su prisionero?

Una vez a solas, abandonó la habitación y se acercó a contemplar por una ventana el sombrío panorama de la tarde bajo aquel monótono, constante aguacero, los cielos inmersos en triste negrura, el incesante tamborileo de la lluvia como un zumbido continuo que parecía que no iba a tener fin. Hasta donde alcanzaba la vista, los cultivos habían perdido su color: todo aparecía envuelto en el tamiz de aquel diluvio, agitado por frecuentes ráfagas de viento. Espectáculo que le hizo confirmar las palabras de la joven al predecir que le sería imposible abandonar la finca mientras durase el temporal. Y entonces se formuló una pregunta: ¿le estaba agradando aquella especie de trampa que la naturaleza le tendía? ¿La naturaleza al servicio de un destino obediente a la divinidad? Y, aunque escéptico, se quedó pensativo, como si en realidad se hubiese convertido en objeto de unas fuerzas que siempre creyó que estaban más allá de la percepción de los humanos... Pero sí le pareció que aquella circunstancia le favorecía de un modo inesperado en su deseo de permanecer lejos del Castil, lejos de aquella pareja, los hermanos llegados para sustituirle, con quienes mantenía una casi total incomunicación, sin haber decidido todavía en qué momento abandonaría la misión, y Malaqa, y el reino de los moros, para ir al lugar donde la Orden le tenía señalado, sumido en una continua y temerosa indecisión sobre si obedecería o no las inquietantes instrucciones...

De paso, también se atrevió a recriminarse por tanta cobarde pasividad, tanto esfuerzo por querer ignorar la impresión que desde el primer momento le había causado aquella inconcebible aventura, aquel acercamiento a la bella y rebelde joven, ante la que no sabía si no guardar una permanente alerta; de todos modos había acabado confesándose que esta situación, un encontrarse de repente envuelto en aquel desacostumbrado, y asiduo, trato con mujeres, empezaba a no parecerle tan expuesto ni tan censurable como había sostenido durante toda su vida.

Rehuyó, durante el resto de la tarde, aceptar una conversación que le obligaría a polemizar con Amina sobre multitud de asuntos que ya adivinaba que le propondría. En su lugar, como quiera que con ella vinieran a reunírsele, como de costumbre, las dos esclavas, sus asiduas acompañantes —Martín pensó si las mantenía a su lado

como una especie de custodios de su honorabilidad —Hinta Ârmînî, *Trigo de Armenia*— y la espléndida sudanesa, Asal —'Asal Kahhlâ, *Miel Negra*—, hábilmente obligó a que la tertulia tomase un carácter distendido, en la que él contó retazos de su vida de la infancia en el Mas d'Alvers; y anécdotas y recuerdos de París y Roma, de Nápoles y Palencia, escondiendo cuantas situaciones escabrosas podrían sembrar en el ánimo de sus interlocutoras un concepto negativo, lo mismo de su persona como de su religión, e incluso del mundo cristiano; y se dio cuenta de que jamás había hecho nada parecido; y se sintió a gusto recordando y contando aquellos pasajes de su vida, complacido del interés con que le escuchaban, y de sus preguntas, su curiosidad. A su vez las tres muchachas, entre risas y medias palabras, con una libertad que Martín pensó que posiblemente no habrían manifestado jamás ante ningún hombre, quizás haciendo excepción de él por su estado eclesiástico, se entregaron a un inacabable contar de historias, de murmuraciones y habladurías, divertidos chismes y anécdotas de las muchas que se daban tanto en la sociedad malaquí como en la corte granadina, complaciéndose, entre incontenibles carcajadas, en recordar multitud de embrollos e intrigas, lo que les hizo pasar el tiempo bien divertidos. Cierto que en más de uno de aquellos relatos hubo el fraile de disimular su confusión cuando el argumento acusaba algún matiz de tono subido.

Aquella noche, Martín, cuando fue capaz, aislado en la oscura soledad del lecho como si temiera que sus ideas pudieran avergonzarle a plena luz, recordó con más intensidad a Alejandra; los sentimientos que aquella desventurada y maravillosa mujer fue capaz de despertarle, la felicidad con que vivió unos años en los que ambos estuvieron unidos por un fuerte amor, sin sentirse culpables de nada censurable. Y luego, tanta pesadumbre tras su desaparición; cómo su falta le amargó el carácter, subvirtió sus más caros y enraizados pensamientos, le hizo perder ilusiones y afanes e incluso, como en un enajenamiento de la razón, blasfemó y desafió a los Cielos; luego se dejó llevar por las circunstancias, arrastrado, más bien, en aquella sucesión de percances acaecidos para desgracia de la Iglesia, viviendo ilusionado un tiempo en el que confiaba encontrar la respuesta a sus inquietudes, persuadido de que estaba a punto de concluir aquella continua búsqueda tratando de encontrar *algo*, no sabía qué, capaz de absorberle, dominarle; porque no lograba dejar de sentirse insatisfecho. Y ahora, para mayor complicación, se veía arrastrado en una amalgama de placenteras sensaciones como le parecía que jamás experimentara, sin atreverse a hacer juicios, ni proyectos, sino más bien con una extraña curiosidad. Todo deslizándose en un tan breve espacio de tiempo: el transcurrido desde que aceptó, aun sospechando el engaño, para aceptar la llamada de Sinbul y trasladarse a su casa. Por más que se repitiera a cada instante su decisión de partir, en el fondo seguía interesado en saber cómo iba a desarrollarse una historia en la que él podía considerarse el personaje principal.

XIIIV

Amaneció el siguiente día con un cariz similar al anterior; que ya, según contara Amina, algún viejo campesino le había dado su pronóstico de que el temporal habría de durar tres días más, si bien hubo otro que aseguraba que serían en total cinco. De todos modos, aunque bajara su impetuosidad de un principio, no se advertía la menor traza de cambio.

Sinbul obró como la víspera, es decir, que cambió impresiones con criados y colonos, y luego de dedicar el tiempo necesario para su embellecimiento personal, aguardó con sus esclavas la presencia de Martín. Guiado por el muchachito que parecía haber sido puesto a su servicio personal, acudió el predicador a la pieza, ya caldeada por el brasero; intercambiados los saludos de costumbre, inmediatamente se dedicaron a dar cuenta del copioso desayuno que era costumbre servir, al parecer, en aquella casa. Luego la joven, en su deseo por hacer la estancia de su forzado huésped lo más grata posible, no encontró mejor auxilio que dedicarle un amplio repertorio de sus canciones y poesías; todo lleno de una gracia, de una exquisitez que absorbían el espíritu de su único espectador. El recitado de aquellas inspiradas *maqamat* en la voz espléndida de la muchacha, acompañándose de su laúd, iba parejo con la *qussaba* — flauta— de Hinta y el ritmo con que batía su *duff* —tambor— la sonriente 'Asal; o las *muwassahat* acabadas en los graciosos y con frecuencia picantes versos de la popular jarcha, revivificada en casi todo el reino por Amina; e incluso las serranillas y otros cantares de aire castellano que a Martín recordaban aquellas composiciones oídas durante sus días en Palencia, que le dijeran ser las inspiradas hijas de un hombre tan complicado —a su entender— como lo fuera el Rey Sabio.

De modo que todo estaba desarrollándose dentro de un escenario y con un argumento tan diametralmente opuestos a los que fueron, y debían seguir siendo, sus hábitos de cada día y de siempre, que en medio de tanta novedad, donde sin la menor duda se sentía bien complacido, no dejaba de preguntarse si podría resistir mucho más tiempo el disfrute de lo que era ya puro hedonismo. También, sin dejar de gozar aquel insólito encadenamiento de verdadera molicie, le asaltaba el temor de no poder permanecer espiritualmente incólume, es decir: si dentro de esa, sin duda, placentera situación, iba a ser capaz de mantener la estanqueidad de un margen que separase sus convicciones religiosas y morales de todo cuanto de pura emoción estética le producían la música, la poesía, el canto, aunque mediaran otras más prosaicas y pecaminosas tentaciones, como eran las exquisiteces de una buena mesa, un comfortable ambiente que, si no de lujo, sí cubría cualquiera de las necesidades que se puedan desear para una vida cómoda; y luego, la presencia continua de las tres bellas

jóvenes, entregadas, como era bien patente, a agradecerle y hacer de su forzada estancia una especie de refugio temporal lleno de bienestar... ¿Con qué propósito, si apenas en ningún momento se habló del supuesto motivo por el que estaba allí, que era la religión? Situación, y ni un instante dejó de ser consciente de ello, que se podía barruntar como algo peligrosamente dañino para la integridad de su alma; una especie de trampa mortal que en un instante podía destruir todos sus esfuerzos —los de toda una vida— por mantenerse lejos de cuanto pudieran significar tentaciones y asechanzas causadas por la maldad de las potencias infernales. De todos modos, cerraba los ojos y se confesaba cuán agradable era aquel modo de dejar pasar los días... Incluso con una manifiesta pasividad, fue consciente de que había dejado de rezar las Horas.

Las previsiones de aquellos experimentados campesinos se vieron cumplidas al confirmarse sus atinados pronósticos, ya que no fue sino al cabo de cinco largos días que los cielos, de repente, cambiaron el agobiante temporal de agua y viento por una mañana en la que el sol se dejó ver, luciendo victorioso por sobre un radiante cielo pintado de radiante azul, que era el normal de cada día en la privilegiada Malaqa, bendecida por la gracia y protección de Alláh, según sus fieles.

Durante ese tiempo Martín estuvo dedicado a nada. Es decir, que dejó transcurrir las apacibles jornadas como si la casa entera, sus moradores e incluso el apenas visible panorama exterior, yaciendo envueltos en aquella especie de veladura que hacía la lluvia, se hubiesen desconectado de la faz de la tierra y hasta de la misma realidad. Cada día los estuvo viviendo en la amable vecindad de las tres mujeres, entretenido unas veces con la maña de su arte, otras oyéndolas contar, bien distraído, o en ocasiones con interés, ingenuas historias que daban por reales, unas, o largas y encandilantes leyendas aprendidas de los viajeros que llegaban de Oriente.

Cuando el contorno empezó a dejarse ver, resaltando brillos en la vegetación bajo la deslumbrante luminosidad del día, Amina invitó a su huésped a contemplar desde una azotea el paisaje circundante, donde la naturaleza, recién salida de tan prolongado baño, se manifestaba pletórica de exuberancia y colores. La serranía, como un telón cerrando el horizonte, destacaba sus perfiles contra el fondo de una atmósfera cristalina, jugando con una gama de grises, verdes, sepias... A sus pies, deslumbrantes con el espejeo de su brillo hasta alcanzar el confín de la vega, las grandes extensiones de las aguas retenidas tras la inundación. Era aquél un tan bello espectáculo, y a Martín le afectó de tal modo su embelesada contemplación, que llevado de la misma emoción que embargaba sus sentidos, con inocente espontaneidad posó su mano sobre la que la joven, a su lado, apoyaba en el antepecho; y al instante, consciente de la gravedad de tan deplorable acto, precipitadamente, la retiró, alejándose unos pasos, lleno de turbación, simulando estar absorto en la contemplación del panorama.

Amina no hizo por aparecer afectada ante tan inesperado gesto, sino que permaneció inmóvil; luego, a hurtadillas, volvió la cabeza y se quedó contemplando la figura del joven, que le daba la espalda. Así, unos minutos, en silencio, cada cual fingiéndose entretenido en la contemplación de la neblina que empezaba a levantarse por encima de huertos y sembrados y que se extendía rápida, efecto de la intensa evaporación que conforme avanzaba la mañana sumergía todo en una húmeda envoltura de penumbras.

—¿Cuánto tiempo calculas para que los caminos se hagan practicables y pueda regresar a la ciudad? —preguntó el predicador aquella tarde a la joven.

Amina hizo un gesto de duda, queriendo enmascarar su contrariedad:

—A tenor de como está todo, al menos hasta pasados un par de días no será posible, ni aunque lo hicieras a lomos de una bestia. Ya he preguntado a mi gente, y ésta es la información que me dieron. Eso: dos o tres días.

Desde el incidente de aquella mañana —si de tal modo podía calificarse—, sin dejar de guardar en todo momento las formas, pareció que entre ambos hubiera nacido algo que los apartaba del amistoso y desenfadado trato que, sin dejar de ser ceremonioso, habían estado manteniendo durante aquellos días. Visiblemente podía constatarse que aunque exteriormente todo continuara sin cambio, ahora parecía que corriera entre ambos como una especie de cortedad que daba a sus encuentros cierta tensión, y cuyo ánimo sólo podrían penetrar sus protagonistas.

Conociendo ya el camino, a la mañana siguiente lo primero que hizo Martín fue subir a la azotea y dedicarse durante un rato a estudiar el escenario en torno a la *munya*, queriendo descubrir un hueco, entre lodazales y predios anegados, que le permitiera —ahora lo deseaba vivamente— abandonar aquellos parajes y buscar refugio no sabía dónde; porque, ciertamente, su deber para con la misión estaba formalmente acabado, sin otra obligación ahora que obedecer las instrucciones recibidas y abandonar al-Ándalus; idea que cada vez que le acudía al pensamiento, más lo llenaba de aprensión, de toda la inquietud que le provocaba el desconocer qué iba a ser de su persona.

Notando, posiblemente, este solivianto, aquella misma mañana la joven le recordó, habiéndole de un modo que el predicador quiso interpretar serio y como forzado:

—Prometiste hablarnos de tu religión, y como te adivino con deseos de partir, antes quisiera escucharlos, si lo tienes a bien. —Se le notaba un tono de resentimiento que con dificultad quería disimular—. Pero si está antes tu deseo de marchar, sea como quieras.

Se sintió desconcertado; pero lo que ella le pedía no era sino el más importante, el primero de los compromisos a los que estaba obligado: lo que siempre hizo y era consustancial a su propio existir. Ahora estaba pesándole cómo pudo dejar pasar

tantos días entregado a una ociosidad que en realidad le había estado inquietando muy dentro, muy en su interior, que la sabía pecaminosa pero que no quiso escuchar; y se recriminaba al sentirse como uno de aquellos musulmanes indolentes a los que alguna vez conociera, de quienes no sacó otra conclusión que considerarlos despreciables gandules malcriados entre mujeres.

—Lo haré, Amina. Y empezaremos esta misma tarde, si lo crees acertado.

Había querido excusar el tono con el que le hablara la joven, que interpretó como lleno de algo que no supo si sería resentimiento, disimulado enojo, disgusto... pero sí rehusó tímidamente encontrar su mirada, temeroso de leer en ella signos que le apesadumbraran o le entristecieran; había llegado a sentir por aquella muchacha algo que podría ser apego, amistad, y hasta un cierto agradecimiento por brindarle de un modo tan inesperado aquellas gratas jornadas, alejándole de aprensiones, de temor a lo desconocido. Luego se recriminó porque todo en él no era más que pura cobardía...

Quiso refugiarse, huyendo a toda compañía, y así pidió el favor de que le sirviesen de comer en su alcoba, so pretexto de que habría de dedicar cierto tiempo de meditación y estudio para preparar su disertación catequística, aunque la verdad estaba en su temor de enfrentar a la bella Sinbul. Más tarde, cuando llegó a donde le esperaba su auditorio, esforzándose por aparecer distendido y hasta exageradamente afable, temió que se le notase toda la inseguridad que entonces le poseía; e inmediatamente, acudiendo a lo que era el hábito del oficio, inició su lección.

Sin apartarse un ápice de lo que dictaba la ortodoxia de la predicación, observando con el rutinario verbo de siempre cuanto a lo largo de los años repitiera en tantas charlas de similar cariz, comenzó remontándose a explicar el porqué del misterioso sentimiento que en el ser humano conducía, sin proponérselo, hacia la sensación de la existencia de un Ser superior, que sería su hacedor, y por tanto, su dueño, a quien por regalarle con el portentoso disfrute de la creación debería guardar todo su agradecimiento, junto con un amor que estaría por encima de todas las cosas terrenas; después, observar una suma obediencia a sus mandatos, comunicados por los encargados de servirle, los sacerdotes, únicos interlocutores de que se valía la divinidad para hacer que todas sus criaturas caminaran por la senda de perfección que habría de conducir las a la vida eterna de los bienaventurados, donde gozarían de la presencia de aquel Ente extraordinario, que no sería sino Dios.

Tras hacer una lírica referencia al Paraíso, contando la desobediencia de los Primeros Padres, el enojo del Señor y su maldición sobre éstos y sobre toda su descendencia, más la promesa de que un día habría de enviar a alguien muy querido con la misión de sacrificarse para arrancar a sus criaturas del poder del Demonio, anuncio de la venida de Jesucristo, se alargó en las narraciones sobre los patriarcas de que habla el Génesis, los legendarios caudillos y sus fantásticas historias cargadas de milagros, de proezas y de portentosos hechos, sabedor por experiencia de que despertaría el más vivo interés en su auditorio; naturalmente, evitando cualquier

alusión que diese más protagonismo del necesario al pueblo hebreo, al que en todo momento llamó, como dicen las Escrituras, Pueblo elegido de Dios.

De tal modo que la disertación fue alargándose, el mismo Martín embebido en su discurso, sin que en momento alguno apareciera el menor signo de aburrimiento, de tedio, en su auditorio, hasta ya bien avanzada la tarde, próxima la hora de la cena, cuando se acordó continuar al día siguiente. El fraile estaba del todo satisfecho, saboreando un gozo no por lo que en sí, en materia de formación religiosa, estimara haber obtenido, sino porque durante su discurso no dejó de apreciar la interesada expresión de Amina, sus gestos, algún comentario que evidenciaba cómo la cautivaron algunos pasajes de su lección, pareciéndole que volvía a su estar con el que la conocía, lejos de lo que intuyera frialdad y distanciamiento, motivo de su inquietud.

Cuando se retiró a descansar estuvo durante horas martirizándose con extrañas ocurrencias, imaginando situaciones absurdas, aventuras que le hacían estremecerse, no sabía si de placer o de miedo. Hasta que pudo conciliar el sueño; un sueño cargado de pesadillas.

Siguieron otras tres jornadas, durante las cuales el dominico se sintió ganado del fervor de su dedicación, que en los últimos días tuvo tan alejada de sus preocupaciones. Sus relatos se hicieron más incisivos, y en ocasiones, llevado de algún raptó de erudición, incluso doctrinarios, lo que matizaba de inmediato, tratando de encontrar en todo momento un lenguaje sencillo y plenamente inteligible, como ya le enseñaran en la Escuela de misiones dedicada a los idólatras de lengua arábiga.

Después, cuando determinó ocuparse exclusivamente de lo que estimaba primordial, la historia del cristianismo a partir de la aparición de Jesús, exponiendo episodios de su vida, de su doctrina y de cuantos hechos sobrenaturales sembraron la Tierra de tantas innumerables pruebas de ser, sin duda, el enviado del Dios Padre, el redentor de la humanidad, el que predicaba un modo nuevo de honrar, no sólo a la divinidad, sino también al prójimo, empezó a padecer algunas lagunas, a echar de menos sus apuntes de sermonarios, sus notas que le ayudaban a recordar y a desmenuzar los múltiples detalles que enriquecen un relato; porque ésa fue su costumbre de siempre, servirse de unos apuntes que le ponían sobre cada tema. Y ahora echaba de menos lo que parecería una minucia, pero que él consideraba necesario, casi imprescindible, lo cual casi podría interpretarse como una especie de manía caprichosa.

—He visto que los caminos parecen ya transitables, Amina. Necesito ir a la ciudad para recoger algo que preciso para continuar nuestras lecciones.

Venía planeándolo desde la víspera, y aquella mañana, antes de que el sol asomara por el levante que daba al mar, había estudiado cuidadosamente las perspectivas en cuanto al tiempo, que le parecieron buenas. Madrugador de siempre, ya había puesto su anatomía al cuidado de los bañeros, esperando sólo ver aparecer a su huésped para comunicarle sus intenciones, lo que hizo a primeras horas de la

mañana, como era ya habitual.

Vio en sus ojos una profunda mirada, y en su bello rostro apareció como una mueca que él tradujo que era de tristeza y desilusión, lo que le hizo sentirse confuso, y en cierta manera culpable por si a su pesar le causaba un involuntario daño, por lo que se apresuró a agregar:

—Volveré pronto, porque es mi obligación seguir hablándote de mi religión, y sé que a ti también te interesa oírme. Déjame un criado y un animal, y si parto ya, temprano en la tarde habré estado de vuelta. Además —en tono que quiso hacer jocoso—: no he olvidado que soy tu prisionero.

Esto alegró el semblante de Amina con una débil sonrisa, al tiempo que al despedirle, a media voz, le dedicaba una jarcha que él le había elogiado en una de aquellas veladas de música y recitados:

¿Qué haré, qué será de mí, amigo?

No te vayas de mí.

En compañía del mismo criado con quien llegara a la finca días atrás y a lomos de una mula aparejada para la montura, ya bien avanzada la mañana, emprendió viaje. Su guía, conocedor del terreno, sabía por dónde conducir a los animales sin temor a resbalones y caídas, salvando lagunas, transitando por los espacios ya endurecidos, vadeando regatos y los todavía crecidos arroyos, y así hasta llegar a Malaqa, dirigiéndose al Castillo de los Genoveses.

Acordó con el mulero de dedicar su tiempo a lo que mejor le apeteciera, emplazándole allí mismo para después de la comida del mediodía, y lo primero que hizo fue ir a la iglesia, donde oró unos minutos; saludó luego a cuantos vecinos, notando su presencia, vinieron a su encuentro, y seguidamente se dirigió a su alojamiento. Su sorpresa fue encontrar allí a los dos padres misioneros, sus sustitutos, en conversación con dos desconocidos que, aun sin vestir ropa talar, identificó al momento como pertenecientes a la Orden. Saludó protocolariamente, respondieron los otros, algo cortados por lo que podía calificarse de verdadero allanamiento, y se quedó esperando que le explicasen.

—Padre Martín, estos que vienen son fray Anatolio y fray Adriano, recién llegados de Granada hoy mismo. No teniendo donde descansar de su viaje nos hemos permitido, dada tu ausencia, hacerlo aquí hasta la tarde, en que tendrán ya su acomodo.

Martín guardó silencio, porque esperaba oír la razón de aquella visita, pues sospechaba que no traería mensaje halagüeño alguno. Fue el padre Anatolio quien se adelantó a darla:

—Padre Martín, he sido designado cursor para encontrar al padre Antonio del

Sasso, del que tenemos noticia que vive ahora en Granada. Mas, como quiera que no le encontrásemos allí, estimamos posible hallarlo en Malaqa, donde tampoco he conseguido mi objetivo.

Seguidamente y haciendo uso de un léxico muy profesional, contó de cómo Antonio, habiendo sido juzgado en ausencia por los tribunales competentes de la Iglesia y hallado culpable de fehaciente aversión a la mayoría de cuantos dogmas eran base de la fe del pueblo de Cristo, venía comisionado para hacerle entrega de la carta apostólica decretando su excomunión, que en vista de su ausencia ofrecería a algún vecino, clérigo o seglar, con miras a que llegara a su destinatario.

Martín, sin salir todavía del asombro que le producía aquella situación, hizo un gesto casi maquinal tendiendo el brazo, y el otro puso en sus manos la bula pontificia; a continuación, obrando como si fuese el destinatario, ante las miradas sorprendidas de los otros, rompió el cordel de cáñamo que pasaba por el sello de plomo, desplegó el pergamino y leyó, saltando líneas, que «el padre Antonio del Sasso, de la Orden de Predicadores, súbdito de la Santa Iglesia Católica Romana y sometido, por tanto, a la autoridad de ésta, hallado reo de un número de delitos entre los que sus proposiciones con censura, reiteradas, ciertamente graves y con contumacia, con nuestra autoridad apostólica las reprobamos, proscribimos y condenamos, y mandamos que todos los hijos de nuestra Santa Iglesia las tengan por reprobadas, proscritas y condenadas, y a su autor, el llamado Antonio del Sasso, le excluimos de la comunión de los fieles y de participar en los sacramentos, así como de los bienes espirituales por los que se comunican los fieles entre sí, como que sean miembros de un mismo cuerpo místico, y también de otros bienes temporales anexos a espirituales...». El documento, redactado en la Cancelaría Apostólica, le trajo de inmediato recuerdos ya muy lejanos; pero lo que más atrajo su atención, de un modo casi hipnótico, fue el encabezamiento, en que con los adornos y resaltes de costumbre campeaba el nombre del pontífice, tan vilipendiado por quien acababa de convertirse en un proscrito más: el del arrogante papa Gaetani.

—Yo no he vuelto a verme con el padre Antonio del Sasso luego que marchó, y de él sé tan sólo que ocupa un puesto en la biblioteca del rey Muhammad, en Granada... Dudo que pueda entregarle esto... —Y suavemente lo restituyó al enviado.

El padre Anatolio se volvió a los otros predicadores, indeciso, como pidiendo su opinión; luego cedió el protagonismo a su compañero, fray Adriano, quien ahora tomó la palabra. Al oírle, Martín le miró con curiosidad, como si acabara de descubrir su presencia. Era un hombre ya maduro, con el rostro curtido de muchas intemperies, muchas experiencias, las que seguramente habían hecho de él un personaje hermético, frío:

—Yo tengo para ti, padre, que hace ya tiempo se te comunicó que deberías abandonar esta misión, y por ello vinieron a sustituirte —y señaló a fray Lucio y su compañero—, sabiéndote informado de que tendrías que viajar hasta nuestra casa de

Játiva. Estimo que será por causa grave, y no desobediencia, este retraso. Es mi deber informarte de cómo por el Santo Tribunal de la Inquisición se te ha abierto proceso por acusación formal, probada y con testigos, que debe de estar muy documentada para ir tan lejos, y tú sabrás, sin duda, de dónde procede este asunto. Se me comisionó, pues, para acompañar al padre Anatolio y al tiempo hacerte entrega de la citación del Santo Oficio.

Todavía se extendió, con acento sin inflexión alguna, enumerando los distintos pasos para responder en debida forma al juez inquisidor; lo más acertado, según su parecer, sería ponerse en camino, aceptar la conventualidad en Játiva y aguardar para comparecer ante el Tribunal, gestionando de paso los testigos que podrían declarar en su defensa de los cargos que le imputasen, los cuales actuarían como compulsadores; todo con vistas a evitar una posible sentencia, como mínimo —aventuraba— tan terrible como la degradación. Y cada uno, con la excepción del destinatario, se santiguó.

Martín, que no había dejado de sentir que todo cuanto sucedía era como si ocurriera fuera de su presencia real —aunque no lo estimara cuestión muy alejada de lo que venía esperando desde algún tiempo— permaneció mudo, como si meditara una respuesta; contempló, sin moverse, a través de la ventana, el cielo y el espectáculo del mar; y le llegaron las voces de la gente del muelle, atareada en sus faenas: todo formaba parte de una naturaleza ajena por completo al drama que en aquellos momentos estaba viviendo él. Después empezó a reaccionar, y lo hizo como pocas veces en su vida, aunque con el tono mesurado que tenía adquirido de su educación eclesiástica, matizado en ocasiones por la entonación y el acento:

—Padre Anatolio, creo poder hablarte en nombre del padre Antonio del Sasso, y así, cuenta a los que te envían cómo él ya previó esta denuncia, que manifestó que no habría de afectarle en nada. Pienso que ha de seguir igual, en esa pugna que busca luz para su espíritu al margen de lo que estima explicaciones poco convincentes... Y en este orden, sin que esté en mi ánimo excusa alguna, digo que jamás acepté cuantas proposiciones le oyera, aunque confieso que siempre me llenaron de inquietud, pues a más de atrevidas eran irritantes, por tener su fondo cargado de una lógica que me llenaba de dudas y vacilaciones... Así, mantuve mi fe y oré implorando que se hiciera luz en su mente, que creí ofuscada. Y quizás el ofuscado era yo. —Dejó asomar una sonrisa que quiso hacer irónica y apareció fatigada—. Ahora, a cambio, esa Iglesia a la que siempre amé, porque siempre la consideré Santa, recompensa mi fidelidad prestando oído a falsas acusaciones... Pero sí que tomo como hecho providencial el que tanta insidia me agrade cuando por fortuna estoy lejos del brazo del Santo Tribunal, lo que privará al juez inquisidor de tenerme entre sus manos.

A seguido, con expresión imperturbable que no reflejaba sus sentimientos más que en el acento de su voz, entre enojado y desdeñoso, se complugó relacionando los supuestos cargos que imaginaba que formarían el acta de su acusación, tales que su amistad de años con un palmario hereje llamado Antonio del Sasso, su trato continuo

y amistoso con infieles mahometanos sin una aparente finalidad teológica, y como delito máximo, aquel infundio monstruoso acusándolo de traición al reino de Castilla, y de paso a la Iglesia, en virtud de cuanto imaginara el espíritu belicoso del maestro general de los Predicadores...

Aunque le pareció que la entrevista se alargaba demasiado, con todo cuanto encerraba de irritante y enojoso, todavía se permitió contar, sin levantar la voz pero con intención desafiante, su proyecto de transformar sus miras espirituales, que no serían ya sino, en primer lugar, rechazar todo cuanto no implicara, como decía Antonio, «respuestas para ser bien comprendidas por la razón». Había empezado a considerar inaceptable obligarse a conformar sus inquietudes con un conjunto de aparentes verdades, huera de toda explicación inteligible; porque al analizarlas las descubría basadas en oscuras hipótesis presentadas, de costumbre, con un lenguaje enrevesado sobre el fondo de confusos relatos, útil para emitir aquellas opiniones subjetivas, carentes de fundamentos reales. Acababa de descubrir que tanta dogmática conclusión expuesta por, sin duda, respetables pensadores, por dicho motivo sus incomprensibles glosas se aceptaran sin que en la mayoría de las ocasiones se atreviese nadie a contestarlas, llevando incluso a muchos de tan complicados intérpretes hasta los altares...

—Nosotros hemos cumplido nuestra misión. Ahora te ruego, padre Martín...

—Y yo te ruego que me dejes acabar. —Se volvió ahora al otro predicador—: Como ves, en lo que mira a mi persona arriesgo cuanto soy, o cuanto he sido, por lo que no daré satisfacción a los deseos de nuestra Orden, ni acepto la citación de nuestro Santo Tribunal. Así decepcionaré a ese dios de la más penosa vanidad que se llama Benedicto Gaetani...

—¡Padre! ¡Tanta impiedad rebasa ya los límites de lo tolerable! ¡Te prohíbo que ofendas la santidad de quien ha sido puesto a la cabeza de la Madre Iglesia Romana por designio del Espíritu Santo!

Y todos se persignaron con viveza, en sus rostros la expresión de la creciente alarma que iba poseyéndoles a medida que oían aquellas palabras del que ya, sin temor a equívoco, se declaraba rebelde. Martín prosiguió:

—¿Podemos aceptar que interviniera el Santo Espíritu de Dios en la elección como su representante de un ser ambicioso y cruel, causante de la muerte del santo Celestino? Yo, no. Siento ahora que me ha sucedido algo que nunca acudió a mi pensamiento, que me llena de tristeza y a la par me hace sentir libre como jamás se me ocurrió que sucediera en mis días... Me duele haber malgastado mi vida, venciendo desfallecimientos y desechando recelos y vacilaciones, entregado a servir a la que siempre consideré mi Santa Madre la Iglesia, pero que ya de tiempo atrás vengo sospechando que no tiene nada de santa, y menos aún de madre, sino que está bien atada a cuestiones terrenas, y abunda en la confusión, en la incertidumbre y la trapacería... A eso entregué mi vida entera, rendidamente, con total confianza... He sido una pieza más en la gran maquinaria que se maneja desde el palacio de Letrán.

—Padre, te lo ruego: vuelve en ti y no quieras ser piedra de escándalo para nuestra Orden y para toda la cristiandad...

Martín derramó una mirada vacía, indiferente, sobre sus contertulios. Luego sonrió:

—Supongo que comprenderéis por qué en tierras de infieles hay tanto refugiado cristiano. Hoy Domingo de Guzmán pierde, creo, a uno de sus más firmes seguidores. Casi por vez primera soy Martín d'Alvers.

XIV

Llegó a la *munya* ya entrada la noche, porque los días se habían acortado y el sol, escondiéndose tras la serranía, pronto abandonaba la extensa vega envuelta en sombras. Apenas descabalar pudo leer en el rostro de su anfitriona una cierta ansiedad ante la tardanza, junto al casi imperceptible movimiento de labios que adivinó sería su maquinal dar gracias a Alláh por el alivio de su regreso. No quiso dar explicación alguna: saludó con la cortesía habitual y fue directamente a su alcoba. Y ya hasta la mañana siguiente, cuando apenas alboreaba salió fuera para inmovilizarse ante la fachada exterior de la casa, mirando por sobre los cultivos sin verlos, insensible a la cruda frialdad del amanecer que poco a poco iba penetrándole, juntándose con la que le producía aquella sensación de absoluto vacío que estaba torturándole desde los incidentes de la víspera.

Había pasado no horas, sino todo el lento discurrir del tiempo en la morosidad inacabable de la noche, con la mente enfrascada en la incertidumbre que se le abría a raíz del modo en que había radicalizado su postura frente a lo que hasta entonces fuera el norte de su existencia. Cara al futuro, a la estricta immediatez, no sabía adónde mirar, porque hasta entonces nunca le preocupó el día a día, si siempre lo tuvo solucionado, unas veces más agradablemente, otras, menos, pero sin la incógnita del mañana que le asaltaba ahora. Enfrascado en encontrar una solución, fueron dos las que le parecieron más viables: una, esperar a tener noticias de Antonio y tratar de que éste le encontrase ocupación en la corte granadina; otra, utilizar las influencias de los Banú Simak, si bien esta segunda opción le producía una cierta timidez al imaginarla. Desde luego sabía, y tenía suficientes pruebas, que un erudito, una persona poseedora de una variedad de conocimientos, dominando varias lenguas, no estaría mucho tiempo inactiva, que a no tardar le buscarían para concederle un empleo destacado en aquella sociedad, aunque toda la actividad intelectual, como cualquiera otra en aquel mundo fanatizado por la religión, giraba en torno al Corán. Por otra parte, y al pensarlo no sabía si reír o llenarse de ira, le habían llegado rumores acerca de que desde algún círculo, no sólo en Malaqa, sino en la misma Granada, el nombre del *rumí* Martín se había unido a la operación sarracena que culminara con la conquista de Quesada, como asociando su irrelevante persona al éxito de la acción; esto había acabado por colocarle en una situación de lo más desagradable frente a los habitantes del Castil y a toda la minoría cristiana de la ciudad, intuyendo los naturales, aunque injustificados, recelos de aquella gente.

Con nostalgia recordaba a su familia, sus padres, sus hermanos, considerándolos ahora situados en un espacio punto menos que inalcanzable; antes de embarcar en

Nápoles para ir al reino nasrí había aprovechado la partida de una galera catalana para enviar sus noticias a sus hermanos los mercaderes; a partir de entonces tuvo la alegría, en un par de ocasiones, de saber de ellos, de sus ancianos padres y de cuanto seguía alentando en torno al Mas d'Alvers. Todo, ahora, tan lejos de su persona, lo que le producía una dolorosa sensación de impotencia, de angustioso desvalimiento.

Cuando los primeros rayos del sol se elevaron por sobre la barrera de estratos que cerraban el horizonte, un rumor le hizo volverse. Allí estaba Amina, la expresión de su rostro de intranquila expectación, sin atreverse a perturbar su aislamiento.

—La paz sea contigo, Amina.

—La paz sea contigo, padre Martín. —Y le miraba fijo, como queriendo adivinar la causa de un comportamiento tan anormal.

Vaciló el joven, indeciso sobre si se atrevería a contarle cuál era su nueva situación, cómo había roto con su pasado —con su vida entera—, y toda la incertidumbre que ahora le acuciaba. En el acto desechó la idea; porque con aquella mujer, de quien podía afirmar que no la conocía sino hasta donde ella había querido contarle, no le unía ningún lazo, ni sombra de intimidad alguna, si sus relaciones eran meramente circunstanciales, fruto de un conocimiento accidental originado, precisamente, por una serie de casualidades a las que el azar condujo hacia el nacimiento de una situación confusa y anómala desde su inicio, pero cuya evolución, sin que mediaran otras motivaciones, parecía que encaminara a ambos por derroteros que, al menos para Martín, quedaban bien lejos de cualquier cálculo ni premeditación. Cierto que no había dejado de descubrir en ella unas cualidades que casi desde un principio despertaron su admiración, pues a sus apenas treinta años demostraba ser dueña de un carácter reidor y alegre, y a la vez juicioso y razonador, unido a una rica disposición para el arte; ello unido a unas inquietudes que no eran muy frecuentes incluso en muchos hombres, y desde luego, en casi ninguna mujer. Además, y no iba a aceptar ya más la cobardía de querer engañarse, era dueña de una singular belleza, de lo que, pese a sus remilgos de conciencia, se confesaba ser consciente desde el momento en que la conoció.

Decidido a ocultar sus preocupaciones le dedicó una sonrisa, que ella agradeció, según le pareció a Martín, con un suspiro.

Mediada la mañana anunció su intención de pasear la finca, ahora que casi toda era ya practicable; rechazó con amabilidad la compañía de la joven ni de nadie, y se lanzó a caminar, unas veces por senderos que se perdían más allá de las plantaciones de caña de azúcar, otras hundiéndose en resbaladizos lodazales; tan pronto se detenía para saludar a un labrador, o se inmovilizaba unos instantes, entretenido con el rebullir de los pájaros, aspirando el perfume de los huertos, contemplando el majestuoso baile de una pareja de alimoches posada, como por milagro, en medio del aire, y casi todo el tiempo sin detenerse apenas, salvo en los momentos en que algo en la naturaleza le motivaba sentarse a contemplar, a admirar el objeto de su interés: el paisaje, los reflejos en una poza, un insecto, una flor... Era insensible a necesidad

alguna, y buscaba un cansancio físico que le impidiera pensar, que anulara el aguijoneo de sus preocupaciones. En ciertos momentos conseguía dejar vagar la mente, pero enseguida le asaltaban las mismas incertidumbres, lleno de perplejidad, de vacilaciones... ¿Volver mansamente arrepentido implorando la caridad del perdón? Eso sería una falsedad que iría contra la honestidad de su pensamiento, aparte de sentirse obligado a seguir las recomendaciones de san Justino cuando afirmaba que «comer el cuerpo de Jesucristo en la eucaristía no debe permitirse a quien no tiene fe». Definitivamente, ¿había perdido la fe?

Así durante horas, durante todo el día. Cuando se decidió a regresar, avanzado ya el crepúsculo de la tarde, a mitad del camino que llevaba a la casa descubrió a su anfitriona, sola, envuelta en un manto con capucha para protegerse de la humedad y el frescor del viento que acababa de levantarse. Sabía que estaba allí por él, la adivinó sumida en una intranquilidad cuya causa era él, inquieta y entristecida porque no llegaba a interpretar la extravagancia de su actitud; esto le hacía sentirse lleno de una culpa que no sería capaz de perdonarse si, aun inconscientemente, se supiera causante de alguna pesadumbre a tan dulce amiga.

Llegado hasta ella, le sorprendió la expresión de su cara, a medias entre un cierto alivio y todavía la sombra de una inquietud —Por fin —la oyó que murmuraba a media voz—. ¡Gracias a tu grandeza, Alláh, que has escuchado mis súplicas! —A continuación, en un tono quejoso—: Me tuviste todo el día llena de preocupación. —Y era como un lastimoso reproche.

No respondió. Se quedó mirándola. Mirando sus ojos, el contorno entero de su rostro; quiso leer en su semblante, que a medida que transcurrían, tan despacio, los instantes de tenso silencio, le pareció que reflejaba como una inquieta intuición, temerosa y a la vez placentera; le llegó el perfume del almizcle que venía de su cuerpo, y con los últimos resplandores vespertinos hechos ya de sombras, sorprendió la intensidad de aquella mirada brillante velada por una lágrima que no llegaba a asomar.

—Amina... Sinbul Châmî... Sinbul at-Tîb...^[52]

Se sintió tan conmovido, tan lleno de afecto, de agradecimiento, y a la vez tan seducido, que no tuvo otro modo de demostrarlo que atrayéndola a sí para estrecharla contra su pecho.

Regresaron despacio, ella casi colgada de su brazo, en ocasiones alzando la mirada para sonreírle sin cuidar las lágrimas que ahora sí fluían de su rostro, incontenibles, mansas.

Nuevas incertidumbres venían a sumarse ahora a las ya acumuladas, envolviéndole en una nebulosa que le impedía poner orden a sus ideas, sumido en una perplejidad que le hacía incapaz de coordinar para hacer frente al desbordado tropel de acontecimientos que, como si los hados se hubiesen puesto de acuerdo, le asaltaban

en aluvión, todos en coincidencia, pues a una situación escabrosa vino a agregarse otra, a una incógnita, un nuevo problema. Se daba cuenta de lo difícil que podía ser enfrentarse al mundo en solitario, resolver guiado de la propia reflexión, lejos de aquella relajada comodidad de saberse bajo las directrices, y la protección, de «algo» que siempre se preocupó de su persona, que dirigió su vida y le mantuvo aplicado en la consecución de unos fines en cuyas metas se afaná siempre. Su confusión estaba ahora en Amina.

Quería explicarse sin posibilidad de error qué clase de sentimientos le habían nacido de pronto en cuanto a la muchacha. Porque no era ya la reconfortante compañía de la única persona de su vecindad que en aquellos días le demostraba amistad y afecto, sino que acababa de constatar la realidad de cuantas sensaciones le despertara su presencia hasta entonces, deseándola por varios motivos, entre los que estaban lo grato de su conversación, la espontaneidad de su trato y la admiración que experimentaba al observar sus gestos, que le parecía como si actuase; todo ello mezclado con otra serie de perturbadores detalles que iban más allá de la simple admiración al contemplar la perfección del rostro, con el delicioso regalo que le suponía cuando fijaba los ojos en los suyos, haciendo aquel voltear de pestañas sobre la negrura de las pupilas, conjunto de sensaciones que no supo cómo ni en qué momento se le despertaron, pero que cada vez más sentía latiendo en todo su ser, que ya apenas le abandonaban a lo largo del día y que a veces, al acudirle al pensamiento, sobre todo al despertar de cada mañana, sentía como una emocionada opresión que le comprimiera el pecho. Todo lo cual, tratando, sin conseguirlo, de no dejarse llevar de nada ilusorio, venía interpretando como un amable y a la vez inquietante redescubrimiento del amor. Del amor entre humanos, entre hombre y mujer, que ahora pensaba que había de ser el único auténtico, real y gratificante...

Pero ¿no estaba avanzando demasiado rápidamente en aquel confuso bosquejo que le trazaba su imaginación? Porque frecuentemente cree el hombre que sus sueños habrán de materializarse a medida de sus deseos; luego, la realidad se encarga de deshacer proyectos e ilusiones, cambiándolos o modificándolos. Ahora meditaba sobre todo el atropellado cúmulo de vaguedades y suposiciones que apenas acertaba a definir en la penumbra de su horizonte; porque ¿acaso el admitir una simple demostración de afecto significaría que Amina compartía sus sentimientos, los que él ya, ahora con casi la más absoluta certidumbre, conocía y aceptaba? ¿En qué podría beneficiarse una muchacha, libre e independiente como ella, admitiendo una invitación a compartir el futuro con un fracasado de casi cuarenta años, lleno de escepticismo, carente de experiencias fuera del mundo hipnótico donde transcurriera su existencia desde que apenas tuvo uso de razón? Ahora osaba dar rienda a su desazón, considerando que había dejado marchitar su vida vegetando en la fantasía, constante en su renuncia al siglo, ciego ante la evidencia de una teatralidad hipócrita, dejando transcurrir sus días entre las frustraciones y las dudas, entre el recogimiento y las silenciadas rebeldías; y sometimiento, sumisión absoluta, castración del ego.

Al hilo de esta sucesión de ideas en cuyo desarrollo se complacía con un mortificante recreo, le gustaría poder conocer con toda certeza sus sentimientos hacia la bella Sinbul. Dentro del tropel de acontecimientos que venían desbordando la tranquilidad de su vivir, lo que más le había afectado fue descubrir, de repente, la amenazadora presencia de la soledad; recordaba a Aristóteles: «Un hombre solo, una bestia, o un dios...». Había desertado del mundo que conociera siempre, un refugio tras las paredes de un convento, difícil de soportar a veces, pero seguro; lejos quedaban ya la Corte de Roma, el cardenal Oliver y una vida metódica dedicada al estudio, a la búsqueda del conocimiento —como el estagirita, también—, aunque fuese mediatizado por las exigencias de la religión; lejos y por diferentes derrotas quedaba ahora Antonio, su compañero; lejos en el tiempo y en la distancia, su propia familia, cada cual viviendo sus particulares mundos, con sus inquietudes y sus afanes... De modo que acaba de descubrirse, de repente, hundido en total abandono, por completo desamparado, aislado dentro de aquella sociedad compleja y del todo extraña, con sus particulares intereses, sus egoísmos, sus proyectos, a la que acababa de incorporarse bajo otra personalidad que todavía le costaba aceptar.

Y ahora, la inquietud que le producía Amina. Sería incapaz de dejarse arrastrar por una falsa apariencia de amor sin estar firmemente convencido de que unos sentimientos nacidos dentro de sí, tan subrepticamente, eran tan reales como para dar una nueva proyección a su vida. Esto supondría abrirse —y enfrentarse— a un abanico de distintas, desconocidas perspectivas, para buscar, como cualquier otra criatura, la satisfacción de una serie de intuitos o ignorados sueños, pensamientos y promesas, compartiéndolos con aquella mujer que en ocasiones le parecía que surgió ante él por magia. Y ya, nada, nadie podría ocupar jamás ese ideal, donde la felicidad le vendría, en gran parte, de compartirla con la bella Nardo de Olor... Pero en medio de estas ilusiones al momento le acudía, con toda su enigmática incertidumbre, la inquietante pregunta: ¿vivir, cómo, dónde?, que todavía no acertaba a resolver.

—¡Sinbul! —Había descubierto que le gustaba que la llamara así, como si oyendo el nombre con que la había aplaudido su popularidad, la mente se le llenara del penetrante aroma de la flor.

Estaban acomodados frente a frente sobre unos almohadones, en un rincón del patio, bajo la caricia del sol, en aquella mañana de otoño que convertía el recuerdo de los temporales precedentes en casi un sueño; entre ambos, un ataífor en el que las esclavas habían depositado zumos, pasteles y frutos secos. Hasta entonces apenas si cambiaron alguna frase, invadidos del sopor que como una droga invadía el ambiente y a ellos mismos, aunque el pensamiento bullera sin descanso.

Al oír que Martín la llamaba, la joven se incorporó con ligereza, un interrogante asomado a la bella sonrisa que iluminó su rostro, lo que él tradujo como un gesto de deferencia, casi de sumisión, tan propio de las mujeres de su raza, por más que

Amina, por su educación y su carácter independiente, estuviese bien lejos del comportamiento de la mayoría de sus iguales. Con el mismo placer de siempre volvió a admirar la perfección de sus facciones, notó de nuevo el cuidado maquillaje y no pudo menos que expresar su satisfacción devolviéndole la sonrisa, en tanto la cabeza barajaba si poner o no en práctica lo que durante la noche había estado meditando, para llegar a la conclusión de que lo obligado, si siempre tuvo a gala el ser sincero en todo momento, sería obrar de acuerdo con su carácter:

—Sinbul, no puedo dejar pasar más tiempo sin confiarte la situación en que me hallo, que de no hacerlo estaría tratándote con engaños, cosa bien lejos de mi intención, y...

Y lentamente, morosamente, como si le complaciera, un tanto morbosos, incluso, y ciertamente dolido por el desengaño que acababa de sufrir, pero firme en su rebeldía, en la radical decisión adoptada, empezó a contarle. Haciendo memoria de cuantos sucesos habían venido a afectarle en el tiempo más reciente, alguno vivido en su propia persona, otros que le repercutieron directamente, aunque no fuese testigo de ellos, lo más desconcertante era el equívoco nacido de su presencia en Quesada, causa de unas injustas y hasta peligrosas acusaciones, motivo, confesaba, sin invocar modestia alguna, para que su orgullo, elevándose por encima de cualquier pragmatismo —no quiso referirse a sus ya acuciantes dudas en materia de fe— le obligase a romper del modo más absoluto con la institución a la que entregara su vida entera. Casi en un soliloquio, como sincerándose consigo mismo, no tenía reparos en manifestar, primero su amargura, y luego todo el rencor que le ocasionaba verse objeto de una terca cerrilidad, una despreciable persecución nacida en la retorcida mente de un hombre al que calificaba de loco furioso: un ser que no parecía feliz sino entregado a la violencia y a derramar sangre, inclinación contraria a su ministerio, aunque no fuese la excepción.

Puso fin al relato de sus vicisitudes desechándolas con un expresivo gesto al que acompañó de una sonrisa, quizá forzada, al tiempo que hacía ver a la muchacha cuánta era la tranquila confianza que experimentaba a su lado, contándole de sus desventuras; y también por la necesidad de volcarlas en alguien, careciendo de otra presencia amiga que la suya.

Amina, que le estuvo escuchando sin decir palabra, la expresión de su rostro llena de seriedad y hasta de alarma, se atrevió a preguntar:

—¿Quieres decir que ya no eres un sacerdote cristiano?

No meditó su respuesta; respondió lo que de inmediato le vino al pensamiento:

—Podrías pensar de mí todo: que tal vez me haya convertido en un hereje, casi un ateo... Pues sucede que en lo más inesperado se hace la luz, despeja tu cerebro las tinieblas y empiezas a ver, como un ciego que por milagro recuperase la visión... Quizás ahora no sea más que un *zendic* que se atreve orgullosamente a negar la existencia de los dioses —terminó; y no pudo menos que sorprenderse por la desafiante arrogancia de sus palabras.

—Pero ¿de verdad sientes eso dentro de ti? —y su voz tenía de nuevo el mismo acento de inquietud.

Ahora le invadió como una cierta desgana para continuar la conversación. Si la había iniciado, contando honestamente a la joven sus preocupaciones, no fue más que por obrar con sinceridad y no ocultarle la verdad de su estado; porque, ciertamente, lo que en verdad más le urgía era resolver cuanto antes su situación: saber dónde iba a encontrar un refugio y dónde iba a comer cada día, necesidades materiales, ambas, pero tan importantes —o más, miradas desde la pura necesidad— como dedicarse a discurrir sobre cuestiones del espíritu; porque el espíritu no camina si no se apoya en la materia...

Vaciló un momento, como si le fastidiara ya continuar hablando sobre algo que le era embarazoso, que activaba todo el disgusto y la preocupación que le roían por dentro. Alzó la cabeza, contempló un momento el desfile de las nubes, un revuelo de pájaros por los tejados, el dulce vaivén de las melencidas palmeras que se alzaban ante la casa... Estiró el brazo para beber un trago de limonada: había perdido frescura, le supo mal y la volvió a la mesa.

Pero Sinbul estaba esperando una respuesta, y él no iba a negarse; lo haría sin valerse de subterfugios, sin enmascarar su pensamiento.

—Amina, bien sabes que mi vida estuvo siempre dedicada a conocer, amar e interpretar rectamente, para luego comunicarlo a mis semejantes, la existencia de un Ser Superior, creador y dueño de cuanto sea el universo entero, según lo que mi religión me tenía enseñado como verdad absoluta. Yo me entregué a adorar y reverenciar a mi Señor de acuerdo con esta doctrina, sin pararme a discutirla jamás. Sin embargo...

Contó someramente sobre sus polémicas con Antonio y, más tarde, el descubrimiento de aquellas lecturas en Santa Domitila, todo lo cual, a su pesar, había ido conduciéndole a plantearse el discurso metafísico, que le llevó, sin por ello perder la fe, a arduas reflexiones, causa de sus primeras incertidumbres. Pese a que a lo largo de su dilatada vida eclesiástica fueron infinitas las veces en que tropezó con las debilidades humanas de los servidores de la religión, hizo por obviarlas, considerándolas hechos aislados que no afectarían a sus creencias; pero no pudo evitar, a medida que pasaba el tiempo, el convencerse de que con independencia de las intenciones espirituales de la Iglesia latían otras que casi podrían concretarse en dos bien manifiestas voluntades, que serían un desmedido afán de riqueza y una clara ambición de poder, cuyo fin estaba en el dominio absoluto, *urbi et orbi*; evidencia que pudo vivir y de la que fue testigo privilegiado en el tiempo más reciente. Le pareció que tanta tramoya tan escrupulosamente montada con doctrinas, dogmas, postulados, definiciones, revelaciones y misterios, no servían sino para entumecer, por una angustia nacida ante la incógnita del Más Allá, las mentes de una humanidad —toda la humanidad, incluido él mismo—, que aceptaba sumisa cuanto provenía de tan poderosa maquinaria. Un poder que ahora, del modo más riguroso, sirviéndose de

la compleja trama de aquellas supuestas verdades reveladas que eran sus dogmas, iba directamente, injustamente, en contra de su persona: ¿qué podía hacer?

—A pesar de que la Iglesia Católica está abarrotada de milagros, apariciones, prodigios asombrosos y la protección de ángeles, santos y la misma divinidad, repartiendo sus dones a unos y otros, yo, entregado durante toda mi vida a adorarlos y reverenciarlos, jamás pude alcanzar la gracia de sentir el reconocimiento del Cielo... Mi recompensa acaba de serme anunciada con el objetivo de llevarme ante un tribunal por hechos a los que soy ajeno —sonreía, amargo.

Su propio verbo le había animado, y ahora continuaba hablando de todo cuanto se le ocurría, como si razonara en voz alta, mezclando el árabe con palabras y aun frases en castellano. Volviendo sobre la base argumental de su conversación, recordaba aquel momento, ya lejano, en que descubrió la existencia de muchos hombres que dedicaron sus vidas a hacer y poner por escrito sus conclusiones en cuanto a la investigación escatológica, apartados de todo cuanto estimaron supuestos principios sin fundamento, axiomas sin base, tratando de esclarecer cuestiones que inquietan a pocos, por las cuales la masa humana pasa indiferente, como cualquier animal vegetativo, si es más cómodo aceptar la confusa esperanza de una eternidad feliz a cambio de acatar los preceptos de un poder que así lo promete.

—Y la esperanza, ya lo dijo Aristóteles, «no es más que el sueño de un hombre despierto»... Pero fue por esa misma época que hice el descubrimiento de algo que me dejó profunda huella, y aunque traté siempre de borrar su recuerdo, éste, a mi pesar, no se me ha ido jamás. Hallé casualmente una colección de manuscritos, desgraciadamente incompleta: un tratado en versos, obra de un filósofo de la antigüedad que se llamó Lucrecio, *De Rerum Natura*... Mi Iglesia tiene prohibidas sus teorías, por ser contrarias no sólo a cualquier religión, sino a la misma existencia de un Dios.

La mirada como perdida en un punto del infinito, el ceño fruncido al concentrarse en sus recuerdos, fue desgranando algunas de aquellas teorías del filósofo-poeta, de las cuales quizá la más importante fuera la de afirmar que la religión no era fruto de la existencia de ningún Ser de manifiesta superioridad que estuviese por encima de los mortales, sino consecuencia natural del miedo a lo desconocido inherente al hombre; asimismo, su negación de que algo pueda «hacerse de la nada», acorde con otros pensadores que ya apuntaron que «de nada no se hace nada»; de la inmensidad del universo, que no tendría límites; de la eternidad del mundo, contra las teorías de la Iglesia acerca de su fin; de la inexistencia del alma; de la ilusoria creencia en una nueva vida después del morir, cuando toda clase de vida está constituida por indestructibles átomos en movimiento, puestos en infinitas combinaciones para crear nuevas vidas bajo distintas formas...

—También, en opinión del poeta, si existe un Dios Supremo, no parece que sienta mucho interés por los hombres; el padre Antonio del Sasso me confesaba en estos últimos tiempos algo parecido: ¿para qué rendir adoración a un Ser desconocido, caso

de que su existencia fuera cierta? ¿Alguien indiferente al que no preocupa más que mantener aterrorizada a la humanidad, espantando su ánimo por la mediación de sus servidores cuando éstos consideran que no obedece a sus supuestos mandatos? Como en alguna ocasión hice yo mismo.

Más de una vez se había detenido a evaluar el peso de sus propias amenazas, nunca tan apocalípticas como las que era frecuente que dijeran otros ministros de la religión, amedrentando al pueblo en nombre de Dios, como era usual en sermones y otros actos de la Iglesia; y en más de una ocasión se había descubierto que obraba con escasa piedad, incluso sintiendo una especie de burlona complacencia cuando percibía el pavor de los fieles escuchando sus intimidaciones en el nombre de...

—En la religión manda el miedo: esa incertidumbre tenebrosa frente a lo desconocido: un terror que te inculcan desde la infancia y que ya difícilmente va a dejarte, por temor a los castigos, a la eterna amenaza de siempre.

Y, cosa extraña, coincidió este descubrimiento de Lucrecio, el poeta-ateo que tanto improntara su espíritu, con otro inesperado encuentro: otro manuscrito, de muy distinta índole, que aún recordaba como procedente de la biblioteca de alguien al que fuera dedicado, fechado en Verona... Consistía en una colección de inspirados versos, también de un vate de la antigüedad romana, llamado Catulo, quizá contemporáneo del mismo Lucrecio; en éste lo que más le soliviantó fue la sorpresa de encontrarse con una colección de apasionados poemas eróticos, impetuosos y obscenos, dedicados a una mujer a la que llamaba Lesbia. Si en aquella época, tan lejana, le conmovió la elegancia del lenguaje, su contenido obró de perturbador efecto que podría traducirse en violento despertar al descubrir aquellos párrafos en los que el autor cantaba a un amor que tenía de la adoración más rendida y la más impetuosa concupiscencia, de la ternura y la voluptuosa entrega a la lujuria más desenfrenada por una mujer a la que finalmente se veía obligado a renunciar porque acabaría volviéndole loco.

—Confieso que me enamoré de aquella Lesbia, a pesar mío. Fue un sentimiento extraño, del que me sentí culpable mucho tiempo... Porque Lesbia no dejaba de perseguir mis sueños, noche tras noche.

Calló, y durante unos minutos nada interrumpió el silencio. Fue Amina, con algo que parecía preocupado acento, quien lo rompió:

—¿Quieres decir por lo que me cuentas que has llegado a no creer en nada? ¿Ni en tu dios, ni en tu religión? ¿En nada?

Él mismo estaba sorprendido de su decisión, ante la que había estado oscilando en aquel tiempo último sin determinarse a adoptar, voluntaria y conscientemente, una resolución; otra vez como si dejara, infantilmente, que las cosas se resolvieran solas. No podía menos que sentirse lleno de algo que sería verdadero pasmo, más que asombro, descubriéndose tan fulminantemente apartado de lo que siempre constituyó el fanal de sus días; negando lo que nunca dejó de estimar como el sùmmum de la universalidad más absoluta, de donde acababa de arrancarse con la misma facilidad

con que ciertos animales mudan de piel. Ahora sí creía ser el «hombre nuevo» del que hablara el converso Saulo, con otra orientación, ciertamente, y sin saber cuál iba a ser su norte. Pero lo que ahora más le pesaba, llenándole de desasosiego, era la sensación de un profundo vacío, de sentirse como un cuerpo inerte que flotara sin objetivo.

—He empezado a rendirme y a creer en lo que observo de más natural en el mundo que nos rodea, y que es todo cuanto percibimos por los sentidos y por ello nos conmueve: la belleza en cualquiera de sus manifestaciones, que da placer al espíritu y a la materia, que es también naturaleza. No aceptaré ya más fantasías ni promesas que mi cerebro no comprenda. Pero seguiré buscando, porque esto hice siempre.

Mentalmente se dijo que no le parecía demasiado tarde para comenzar una nueva vida. Y de pronto se sintió optimista, tal vez influenciado por la mañana de sol, por tanto incansable y distraído revolotear de los gorriones, y el vuelo de las alondras, y el vivo colorido de las flores emergiendo entre el verdor de los macizos de adelfas y arrayanes, contemplando un cielo que ya no le parecía morada de ninguna incógnita sobrenatural, casi embotados los sentidos por aquella acumulación de placenteras sensaciones. Y el bello rostro de Amina, pintado como de confusión; aquella dulzura de su mirar, el casi continuo esbozo de su sonrisa, los movimientos de su cuerpo grácil... Todo tan turbador.

—Tú también eres para mí parte de esa naturaleza de que hablo. De la naturaleza que amo. —A continuación se incorporó, intimidado por haberse dejado llevar, de un modo que consideró imprudente, por sus sentimientos. Miró a la joven, resuelto—: Amina, he disfrutado de tu hospitalidad, y sobre todo, de tu compañía, para mí tan valiosa como tu amistad. Jamás se me ocurrió que nada de lo que ha acontecido en estos días pudiera suceder. Estoy contento y agradecido a ti, pero ahora debo partir, pues prolongar aquí mi estancia podría complicarnos a los dos... Quizá más a ti. Sé que puedo atreverme a ir a pie hasta la ciudad, porque tengo costumbre de andar...

Ella hizo una mueca de sorpresa, y ahora, por primera vez, oyó su voz casi indignada:

—Pero ¿me hablas en serio? ¿Y adónde irías? Has estado confiando en mí desde el primer momento, sé de tu vida y sé también que en Malaqa no encontrarás más que a gente poco amiga. Ahora sí te lo digo muy seria: no te dejaré marchar. Eres mi prisionero, del mismo modo que Alláh... o quien sea, ha hecho que yo te pertenezca desde el día en que te conocí.

Palabras que, a pesar de estar abriendo un inesperado capítulo en las vidas de ambos, pareció como que Martín estuviese aguardando quién de los dos habría de pronunciarlas primero.

XLVI

Na nada fue igual; todo cambió a partir de la súbita irrupción en sus vidas de aquel alumbrar de sentimientos en el que los dos jóvenes se encontraron tan inesperadamente envueltos. Situación que ambos habían estado desde un principio, no ya intuyendo, sino en espera de que se manifestara en cualquier momento y por cualquier cauce, lo que originó una radical transformación en los hábitos de cada uno.

Martín pareció que se sumergiera en el letargo de una atmósfera donde incluso perdió la noción de realidad, entregado a una especie de amodorrado pasar en el que, arrojando de sí aquella reciente y complicada época de desventuras y contrariedades, los sueños y fantasías que su imaginación le había estado pintando, materializados ahora, acabaron arrinconando cualquier inquietud. Era como si se hubiese reencarnado en otro ser, entregado a una suerte de epicureísmo cuyo primer aliciente era el regalo de amar y ser amado por aquella mujer en cuya belleza, continuamente, descubría nuevos motivos de admiración; y en su voz, en sus gestos, sus mohines y actitudes, su risa. Luego estaba el agasajo constante con que ella le obsequiaba, con sus amorosos halagos y, sobre todo, aquella plena confianza con que se refugiaba en sus brazos, apasionada y a la vez rendida en toda su persona, obligándole a mantenerse en una continua adoración expectante hacia quien le dedicaba una veneración que no dejaba de confundirle, por más que le supieran a indescriptibles delicias cada vez que Amina le regalaba con nuevas, sorprendentes y escondidas emociones. Alguna vez llegó a pensar si aquellas vivencia no estarían sucediendo junto a un ser irreal que se materializaba para él, o si él mismo estaba hechizado, rendido en todas sus facultades a lo que a veces se le ocurrió que fuera inventiva nacida de su propia imaginación, aturdido unas veces, fascinado otras, complacido de sentirse objeto de aquellos mimos con que lo agasajaba su hermosa amiga, en quien no se cansaba de admirar todas sus asombrosas cualidades, los mil secretos resortes que le hacían abandonarse, cada vez más rendido.

Después, un día, de repente, se detuvo a mirar en derredor; y fue como si despertara. Reconocía que aquella entrega a lo seducción de las nuevas circunstancias, sin la más ligera resistencia, fue voluntaria —y deseada—, rompiendo con todo el acervo de su vivir metódico de muchos años que estuvieron, sin duda, llenos de monotonía; pero esto no le impedía sentirse en cierto modo rebajado en su amor propio, en la idea de si aquella rendición no conllevaba algo que era un desprecio a su personalidad. Aunque ahora todo le supiera a satisfecha felicidad, en aquel momento, muy lejos, sin

duda, de renunciar a aquella especie de ebriedad que era vivir junto a Amina, razonando fríamente, se culpó de haber claudicado ante la muchacha dejándose manejar y dirigir sin apenas manifestar una opinión, lo que ahora le hacía sentirse humillado. Pues si sus muchos años en la religión habían puesto bien a prueba su condición, moldeando, al menos exteriormente, su carácter, no significaba que su temperamento hubiese muerto; y ahora, a raíz de la mutación que acababa de experimentar, notó que los adormecidos rasgos de su idiosincrasia se acrecentaban, despojados de aquella obligada actitud de eterno acatar la voluntad de un superior. Pero con Sinbul todo sucedió tan de improviso, que si estuvo presintiendo sin dudarlo un instante el colofón obligado a su amistad, se vio tomado tan por sorpresa, que como un autómatas se prestó dócilmente a admitir una situación que escapaba de un modo absoluto a nada de cuanto conociera anteriormente. Como su voluntad no intentó resistir, aceptó los hechos, y con ellos todo el trastorno, amable, sin lugar a dudas, bajo cualquier aspecto: en el pensamiento, en la disciplina del vivir, en la apariencia, en el simple estar. Fue acomodarse a lo que le era nuevo y diferente: un mundo extraño, distinto al de los primeros entretenidos días en que permaneció como forzado huésped en la *munya*; pues si aquéllos le parecieron placenteros y gratos, siempre manteniéndose en guardia y sabiendo que todo descansaba sobre un fondo de provisionalidad, ahora, viviendo lo que ya presentía habría que de ser lo consuetudinario, tal vez hasta el fin de sus días, casi llegaba a renegar del destino que le había convertido en un ser desvalido y torpe, forzado a acogerse a la hospitalidad de aquella muchacha a la que sin duda amaba, pero ante la que se sentía totalmente subordinado bajo cualquier aspecto; situación que le creaba un cierto desasosiego y no poco desagradado. Todo le parecía que se moviera dentro de una atmósfera irreal, confusa, pensando para su fuero interno que no iba a durar eternamente, lo que le hacía desear la presencia de algo que viniera a romper la inercia a que le habían condenado las circunstancias, incapaz de soportar aquella manera de vivir que tanto había censurado en quienes aceptaban el dejarse estar en la holganza, como un animal de engorde... Tal estado de ánimo se le había materializado tan de repente que quedó como en suspenso, incómodo, como si el mismo hecho de mantener los pies sobre la tierra fuese un milagro; tenía de algún modo que despertar de aquella acomodaticia situación.

Resuelto a no permanecer como un avergonzado furtivo huyendo a la deshonra, sabiéndose obligado, al menos para salvar su honorabilidad ante la colonia cristiana, y todavía pesaroso al tener que arrancarse a la compañía de Amina, una mañana de aquel comienzo invernal, a pesar de una insistente llovizna tan desagradable como inoportuna, se encaminó a la ciudad, de donde había partido hacía ya más de un mes.

—Todo el tiempo estaré añorando tu compañía, amado mío —se despidió Amina.

Su primera visita fue a los dos predicadores; breve, y más que fría, de evidente

malquerencia por ambas partes. Con pocas palabras volvió sobre el recuerdo del violento encuentro mantenido con los enviados de la Orden, incidiendo en la injusticia que en su opinión suponía la persecución de que era objeto por parte de la Iglesia; luego, su irrevocable decisión de ignorar las instrucciones recibidas y, por tanto, su disposición para abandonar los hábitos. Ninguno de sus interlocutores se esforzó mucho intentando disuadirle; más bien escucharon, sin apenas hacer comentario. Entre tanto Martín había ido recogiendo sus pertenencias, y sin demorar ni un instante más, saludó como era costumbre en la Iglesia y salió. Fue seguidamente a despedirse de algún que otro vecino, de los que siempre le habían manifestado un trato amistoso; advirtió la consternación en los rostros de todos, y también una suerte de rara curiosidad al mirarle, como si trataran de adivinar la causa de tan imprevista decisión. A continuación se encaminó a la alcazaba, buscando de entrevistarse con Andrés Agreda.

El *amil* le recibió de inmediato, dedicándole las deferencias acostumbradas, ahora tal vez más marcadas; sin pronunciar palabra oyó el relato que el exclaustro le hizo acerca de su nueva situación, en el que aclaró el principal motivo de su visita: su deseo por continuar residiendo en la ciudad, ahora ya apartado de su misión como predicador cristiano.

Cuando terminó su exposición, Andreyya al-Lionés le manifestó su disposición para sin más requisitos facilitarle su estancia en Malaqa, y al final, además de permitirse, en un tono entre amistoso y confianzudo, decirle que ya estaba previamente informado de lo que le había sucedido, quiso hacerle una advertencia, también de amigo:

—No olvidéis que seguís siendo un *rumí*, y que el trato... ¿cómo diría?, íntimo, de un cristiano con una musulmana, está seriamente perseguido. Aunque la mujer pertenezca a una clase alta... aunque forme entre las que se obstinan en poner claro que no sólo son hembras, sino seres humanos, dispuestas a desobedecer las interpretaciones dadas por los hombres a las leyes que el Profeta dictó sobre la sociedad islámica... Aunque en la administración nasrí se os venga considerando un amigo de nuestro reino, después de todo aquello de Quesada... —Y esbozó una especie de sonrisa cómplice—. A pesar de todo esto, seguís siendo un *nazareno*... Os prevengo, amigo mío: el *walí*, que os tiene en su estima y más de una vez me declaró su intención de disponer de todo el tiempo para departir con vos como os merecéis, conoce vuestras intenciones, y tanto él como yo no dejaremos de considerarnos vuestros valedores en cualquier momento. Tened esto presente. —Luego, como viniéndole a la memoria, volvió a sonreír con un aire que Martín no comprendió—: Tampoco creo que nadie se atreva a molestar a quien, además, goza la amistad, nada menos, que de Aben Al-Haqim, nuestro primer secretario del sultán... Sin embargo, no os confiéis demasiado.

Por todo lo cual Martín entendió que su convivencia con Sinbul era ya asunto bien conocido. No era nueva para él esta prohibición islámica, que la doctrina malekí,

tan rigurosa, mantenía junto con otras de sus severas reglas. Absurdas, en opinión de Amina; de estúpidas las calificaba Martín. Pero ella lo había sacado a relucir apenas comenzara la intimidad de sus relaciones: «Martín, no has dejado de ser religioso cristiano por venir al islam y así hacerme tu esposa. Algo te ha sacudido como un rayo para que dentro de ti se rompiera con tal violencia todo lo que ha de mirar a Dios, y bien sabes que para mí esto no tiene más importancia: te amé como eras y te sigo amando como eres. Pero habremos de guardarlo en secreto. Porque un musulmán podrá despreciar a un cristiano al considerarlo como un infiel; a un *zendic*, como tú te has vuelto, podrá tenerle lástima, por su impiedad, o incluso odiarlo, por su ignorancia acerca de la divinidad... Si además se descubre que entre una musulmana y cualquiera de éstos existe una relación amorosa, los dos están en peligro». Cuestión que Martín no necesitaba que le aclarasen, por tenerla más que sabida.

La mejor salvaguarda era el aislamiento en que vivían, lejos de cualquier núcleo de población, rodeados de gente fiel al ama. Habían dispuesto, dentro de la casa, dos habitaciones contiguas, ocupadas por cada uno de los enamorados, aunque la mayor parte del día y de la noche la pasaban juntos, aislados, ya sin la compañía de las esclavas, que sólo se les reunían en las penumbrosas tardes del invierno, reanudadas aquellas animadas tertulias de música y poesía, al tiempo que gustaban de escuchar las historias que Martín traía de sus recuerdos, siempre sobre temas de la vida común, jamás en cuanto a cualquier argumento religioso.

Pero el aliciente para ambos estaba en las prolongadas horas de cada noche, reunidos en cualquiera de las dos alcobas, entregados a vivir su relación de amor y amistad, de ternura y pasión, en que la concupiscencia de sus jóvenes naturalezas los mantenía en vilo hasta el agotamiento. Entonces eran las charlas a media voz, en la semioscuridad apenas desvelada por un candelabro, y las confesiones, las risas: un diálogo sin fin hablando de todo y de nada. Martín todavía estaba asombrado del ritmo vertiginoso con que se habían sucedido los acontecimientos, con los cambios más trascendentales que nunca hubiera sido capaz de imaginar.

—Pero dime, Sinbul, ¿cómo hemos podido llegar a esto?

—¿Te disgusta?

La besaba, con la destreza que la práctica diaria había dado a su emparejamiento, manteniéndola apretada contra su cuerpo, mientras que apoyado sobre los cojines que le hacían de respaldo, procuraba no perder detalle de sus facciones, de sus gestos, de sus expresiones cuando le hablaba, del modo como descubría en su rostro cuando el deseo la impulsaba a buscar su complicidad.

—¡Cómo te has apoderado de mí!... ¿De qué poderes te serviste para convertirme en lo que soy, alguien nada parecido al que conociste? Ahora no soy sino un pobre siervo tuyo.

Amina lo descubrió por primera vez en los jardines en torno a la madrasa. Él estaba en conversación con el *muftí* Abdullah, y por azar sus miradas se cruzaron.

Para Martín no quedó ni sombra de tal circunstancia, y ni siquiera reparó en su presencia.

—Pero a mí me hirió algo muy dentro, tan doloroso, que me urgió a indagar sobre tu persona —dijo Amina.

Hasta aquel día, en que hiciera una de sus raras visitas a la ciudad, nada le hubiese arrancado a su voluntario exilio en la finca; pero encontrar al predicador le produjo tal conmoción, que algo la hizo llenarse de toda su devoción hacia el desconocido *rumí*; tanto, como para mentalmente y con su corazón entregarse a él, sabiendo que si un día llegaba a su vecindad y era rechazada, se sentiría hundida en profunda tristeza. Martín, en suspenso, lleno de asombro, no sabía si interpretar seriamente aquella extraña respuesta, o si sería fruto del temperamento poético de Sinbul, preguntándose cómo podía ser posible que surgiera el amor de un simple cruce de miradas... «Es que en otra ocasión sorprendí tu sonrisa, y me prometí de hacer cuanto me fuese posible porque un día no sonrieras sino a mí... Incluso temí que fueses un *djin*,^[53] un *sheyatin*^[54] que me buscaba para mi mal, por ser tan doloroso el modo como habías entrado en mi vida, que no te salías de mi pensamiento... Y luego, cuando escuché tu voz, hablando mi lengua de un modo gracioso que me hacía saltar de gozo... Estaba totalmente enamorada, y no sabía explicarme por qué».

—Te confieso lo mal que suena en mis oídos decirte en árabe todo lo que me despierta tu amor. Sería mucho más dulce hacerlo en latín... —Se apresuró a rectificar—: No. Creo que sonaría más bonito en romance italiano.

Era el venturoso disfrutar de cada día, continuamente una junto al otro, enternecidos frente a los melancólicos atardeceres, haciendo largos paseos enlazados, curiosos ante cualquier minucia, lejos de miradas indiscretas; y cada anochecer, antes, durante y después de la última refección, las veladas de música y poesía. Para ambos, un distendido y nuevo modo de descubrir las cosas, los sonidos, los colores, la naturaleza.

Sin embargo, a pesar de que no podría aspirar a vivir con más felicidad, Martín seguía empeñado en considerarse un paria inútil, improductivo; casi un poltrón, un parásito sin ocupación viviendo a costa de Amina. No había conseguido, como en un principio pensó, alcanzar esa total independencia con la que venía soñando, incentivada con el ejemplo de Antonio: porque la libertad que tanto confiaba tener a su alcance se había convertido en una prolongada inactividad que, afortunadamente, gozosamente, venía a suplir la permanente compañía de su amada. Y de hacer, ¿qué hacer? No volvería a sus escritos e interpretaciones religiosas, que sólo de pensarlo, y le sorprendía descubrirlo, era como si una caterva de fastidiosas ideas vinieran a abrumarle con su recuerdo de aquellas críticas a las ideas de Plotino, o sus comentarios a los comentarios de algún entusiasmado mediocre comentador de Agustín de Hipona... Todo esto, casi día tras día, parecía ir quedándosele en la más remota lejanía, como si el inmediato pasado no hubiera existido; su pensamiento, y

por tanto, toda su persona, estaban ahora en aquel ser seductor que era Sinbul Châmî: una obsesión de la que no se cansaba.

Con frecuencia, como no dejara de sucederle, le acudía el recuerdo de Alejandra, su venturoso amor tan trágicamente amputado. Y con verdadero asombro comparaba las circunstancias que concurrieron en sus relaciones con aquellas dos únicas mujeres a las que casuales contingencias pusieron en su camino, arrancando del fondo de su mediatizado, de su irresoluto espíritu —tal vez larvado— el caudal de toda la pasión que era capaz de poner en la persona amada; relaciones forzosamente condenadas a vivir ocultas, en la clandestinidad, cuando él estaría orgulloso de mostrarlas al mundo, como un desafío a los convencionalismos de una sociedad, en ambas culturas, sojuzgadas por la imposición de los intereses religiosos. Después, más sorprendido aún, su asombro al descubrirse objeto del interés de sus dos enamoradas, preguntándose qué especie de magnetismo podía irradiar su persona, como un revulsivo capaz de despertar interés, y amor, y pasión, en seres que él consideraba tan deslumbrantes, lejos de la vulgaridad, del adocenamiento; y se llenaba de un varonil orgullo al saberse amado por dos mujeres de tan admirable condición. En cierta ocasión Antonio, más prosaico, le había hecho un comentario que aún recordaba: «La mujer es un raro ser que vive de quimeras, frustrada las más de las veces, quizá por su sexualidad, distinta a la del hombre; además, no creo que su mente esté bien asentada con realidad sobre la tierra. Uno de sus desvaríos será seducir a un hombre que por sus votos tiene vedado el trato carnal con hembra; y si además lo ve apuesto y lo encuentra hermoso, esto puede suponer el máximo de todas las fantasías que su liviandad le haya hecho soñar».

De nuevo, venciendo una resistencia que le ponía reparos para lo que entendía como un rebajarse ante nadie, supeditado cada vez más a aquella revelación de su orgullo, fue a visitar a Andrés Agreda. Sin entrar directamente en el objeto de su visita, dio a entender al siempre cortés *amil* cómo le gustaría poder desempeñar un empleo, un cargo en la administración malaquí, que sabía que con frecuencia estaba necesitada de hombres expertos, o al menos, inteligentes, para ocuparse en la gestión de algún servicio público; y repetía su misma razón alegada otras veces: quisiera servir de algún modo al reino que le había acogido. Por aquellas fechas sabía que andaba vacante un puesto para alguien que habría de ocuparse del control de la moneda circulante, así como detectar la entrada de dirhems falsos; porque era frecuente que algún que otro reino cristiano, escaso de dinero nasrí para ayudar a sus transacciones comerciales, recurriera a la acuñación de moneda granadina. Pero siempre surgía el mismo obstáculo, es decir, que para cualquiera de aquellos destinos, o la mayoría, era requisito indispensable la obligación de profesar la fe de Mahoma. Y esto Martín no lo haría jamás: «No me aparto de algo que siempre creí verdadero sin discusión para acogerme a lo que siempre estimé erróneo y falaz». De modo que sus escrúpulos por

considerarse un vividor no iban a solucionársele, al menos de momento.

Entre tanto, las noticias que se tenían en cuanto al mal tiempo reinante en la mayor parte de la Europa cristiana estaban traducándose en prolongados y serios perjuicios para los comerciantes de al-Ándalus en sus relaciones con aquellos países. Hacía ya varios años que los fríos, las violentas inundaciones, las pérdidas de cosechas y, por tanto, el hambre y las calamidades, guerras y bandidaje, eran lo que desde entonces venía enseñoreándose por aquellas tierras. Mientras, en el mediodía de la España musulmana, apenas entrado el mes de safar, el febrero de la Europa cristiana, pareció que el buen tiempo se adelantara en una explosión primaveral que se corría a lo largo del litoral malaquí, sembrando valles y montañas de un prematuro renuevo de la naturaleza.

A tal punto, Martín descubrió con asombro que en breve contaría casi medio año desde su drástico abandono de los hábitos y el cambio imprimido a su vida; seis meses sin sentir pesar alguno, feliz en su venturosa entrega al amor sin un solo instante de hastío, de aburrimiento o desgana. Las relaciones de Martín y Amina residían en un inagotable afán por amarse y amar la placentera vida que podían disfrutar juntos, «gracias a que Alláh nos mira con benevolencia», en opinión de la muchacha; él, sin atribuir a ningún poder sobrenatural la dicha de este vivir amable en todos los sentidos, recibía con gusto el discurrir placentero de los días, sin que por ello le abandonara el deseo de encontrar una ocupación afín con sus conocimientos, empeñado de este modo en querer revalidar su persona ante sus propios ojos.

Vacilando entre dejarse conducir por los acontecimientos o viajar hasta Granada para buscar, con la ayuda de Antonio y contando con las relaciones que tenía con algunos notables de la corte nasrí, solución a su demanda, barajando incluso el poner sus conocimientos al servicio de cualquiera de aquellos bien acomodados renegados que le demostraban su voluntad en cuantas ocasiones se encontraba con alguno de ellos, una de aquellas mañanas apareció por la *munya* un grupo de jinetes que una vez descabalgados recabaron su presencia.

Eran cuatro. Excepto uno de ellos, un agente de la *surta* —la policía local— que sin duda venía guiándoles, los demás vestían prendas de cristianos. Cuando Martín asomó a recibirlos, de inmediato reconoció en el parecido y el aire de familia al que sin duda habría de ser uno de los suyos; así, antes de que nadie hablara una palabra, emocionado y casi a punto de que le asomaran las lágrimas, le señaló con el índice:

—¡Tú! ¡Tú debes de ser...!

—Sí, tío: soy vuestro sobrino Jaume, hijo de vuestro hermano Bartomeu. —Y se inclinaba para besarle la mano.

Pero Martín se adelantó, estrechándolo entre sus brazos, conmovido, emocionado por algo tan imprevisto, lo más alejado que pudiera tener en mente. A seguido, en muda interrogación, por ignorar quién sería su acompañante —un hombre que frisaría

ya el medio siglo—, dirigió a éste un ademán amistoso, que el otro correspondió inclinándose ceremoniosamente.

—Es Bernat Miralles, tío: uno de nuestros socios... Socio de mi padre y de mi tío Joan.

No era cosa de seguir conversando fuera de la casa. Martín los invitó a entrar; el agente del orden se despidió, y del cuarto personaje, un criado de los visitantes, se hizo cargo un esclavo, al que siguió para alojar a las caballerías.

Acomodados ahora en el patio, de inmediato dio Martín comienzo a un asaeteamiento de atropelladas preguntas, que sin apenas tener respuesta a la que formulara, ya estaba planteando otra; así supo que su anciano padre continuaba siendo el mismo hombre vigoroso de siempre, pese a sus muchos años, y que su madre seguía dedicada a vivir sus profundas creencias en el trasmundo celestial; sus hermanos estaban entregados a sus quehaceres, incluidos los dos templarios; y el Señor había recogido a dos de sus hermanas, una de las casadas y una de las monjas. Tan sólo ignoraban qué fuese del monje enclaustrado en Germania; pero esto no era novedad. Luego, repartidos por el Rosellón, por Occitania, por tierras donde señoreaba la bandera catalano-aragonesa, y por Italia y por algún país norteafricano, había una nutrida colección de sobrinos de la que el mismo Jaume carecía, no sólo de noticias, sino incluso de su conocimiento.

Pasada esta natural fiebre de información, el muchacho cambió ahora el rumbo de la conversación:

—Me toca contaros de nosotros, tío, y del porqué de venir a veros, fuera de mi natural deseo por presentaros mis respetos y mi devoción.

—Sí, sí, naturalmente, naturalmente, hijo mío.

Y contemplaba admirativo, satisfecho, la figura del arrogante joven, orgulloso de que tal hombretón fuera de su sangre, con aquel aspecto sano, que le pareció incluso como que aún conservaba toda su dentadura. Jaume sería como unos doce años menor que él, y ya en toda su figura, sus gestos, su dicción, su aplomo, se le adivinaba un profundo conocimiento de saber andar dondequiera, un saber expresar sus ideas y comunicarse con la gente. Y estas apreciaciones, pensó con extrañeza, le pareció que estuvieran introduciéndole en otro mundo: el mundo que estuvo siempre fuera de su vida monástica, del siglo, por donde siempre pasó tangencialmente.

Jaume, habiéndole en lemosín —tan lejos ya para Martín que le pareció haber dado un salto atrás en el tiempo— contó sobre la situación económica en el Mediterráneo. Hacía ya años que los comerciantes genoveses venían incrementando su presencia en los mercados, lo mismo de la Europa cristiana como en los reinos islámicos, lo que se traducía en su dominio cada vez más acentuado y su notable influencia; su hegemonía a cualquier nivel era bien patente. En cuanto miraba a los reinos de Hispania, cuando estos mañosos negociantes conquistaron el mercado sevillano —donde habían barrido de modo fulminante a todo competidor—, se encontraron dominando una rica y amplísima región de lo que se había convertido en

una prolongación de Castilla, lo que suponía como la mitad de la península. Estaba además la vigencia del tratado que el embajador de Génova en Granada consiguiera de la administración andalusí, lo que favorecía de particular modo a sus despabilados compatriotas y ahora, cercana su expiración, ya se sabía de su pronta renovación. Esta serie de circunstancias había hecho reaccionar a los catalanes, aunque a destiempo, comprendiendo la necesidad de empezar a negociar con los granadinos lo antes posible, concediéndoles las mismas o mejores condiciones que sus competidores para, al precio que fuese, reconquistar mercados. Porque —era un ejemplo—, como prueba de la astucia de aquellos sagaces ligures, andaban ahora adquiriendo toda la producción sedera que podían obtener en al-Mariya^[55] o en Malaqa, que una vez en su país hilaban y tejían para a seguido exportarla como producción genovesa.

—Ignoro si sabréis, tío, que va para un año que se firmó un tratado de paz entre el rey de Granada y nuestro señor don Jaime, y así viajamos buscando de aprovechar para nuestra sociedad el amparo que nos beneficie, como ya hacen otros que conocemos.

Por cómo había llegado a evolucionar el comercio en la zona, luchando con una ruda competencia, desde hacía mucho tiempo los Alvers habían comprendido que su empresa necesitaba cambiar el sistema que mantuvieron hasta entonces y modernizarse con arreglo a los tiempos. Lo importante era llegar antes y del modo menos costoso a los mercados, y la vía más idónea no era otra que la mar. Esto significaba riesgos, sin duda, que habría que arrostrar, pero no había otra salida; de modo que cinco años atrás iniciaron conversaciones con los Miralles, familia de *taulers* de reconocida trayectoria en todos los puertos del Levante peninsular, dueños de tres naves, de las cuales resultó la creación de una sociedad dirigida a incrementar las actividades de ambas partes, que ya no se circunscribirían sólo al comercio de paños, como fue siempre la dedicación de los hermanos Alvers, o a la compraventa y el transporte de minerales, maderas y otros artículos que fueron la especialidad de los Miralles. Ahora, una nueva flota de cuatro modernas embarcaciones estaba dedicada, no a la navegación de cabotaje, sino a ir de un puerto a otro, de uno a otro reino, desde la punta de Sagres hasta las tierras del próximo Oriente, comprando materias que vendían a los que las transformaban en manufacturas, las que a su vez adquirían para ser vendidas en otros puntos. Lo que no significaba un abandono de los mercados del interior —donde nunca dejaron de estar presentes—, sirviéndose ahora de los fletes para un abaratamiento de costos y mayor rapidez en la entrega de mercancías; porque las naves, desafiando tanto a corsarios y piratas como a los elementos, salían incluso a la Mar Océana cargadas con toda clase de productos. Estaba, por otra parte, la especial atención consagrada al pasaje, atendiendo la gran demanda que provocaba la numerosa clientela musulmana, siempre necesitada de medios para hacer la preceptiva visita a los lugares santos de la lejana Arabia, que lo mismo eran gente de la España nasrí como del Magreb, lo que suponía una de sus

más rentables actividades.

—Todo esto, tío, os lo informo para que os hagáis una idea y sepáis de qué tratamos.

Y Martín le escuchaba con toda atención, preguntándose el porqué de todo aquello, en tanto el muchacho, seguro, al parecer, de sus conocimientos, le contaba ahora sobre que el comercio marítimo con al-Ándalus, ejercido hasta hacía poco y casi en exclusiva por el puerto de al-Mariya, debido al incremento que había venido tomando el de Malaqa —convertido en uno de los más frecuentados del Mediterráneo— obligaba a organizar desde la *kura malaquí* un buen porcentaje de cuantas operaciones comerciales se hacían con los mahometanos. A continuación hizo referencia a las recientes conversaciones mantenidas con la cancillería granadina, del buen entendimiento en cuanto a las futuras relaciones mercantiles, y finalmente, de la licencia que recién acababan de obtener para instalar una factoría en una villa del litoral andalusí, Marballah, que a pesar de no disponer de un embarcadero muy seguro, su situación casaba con los intereses de la empresa.

Ahora, sin abandonar aquel tono casi doctoral ni perder la seria expresión que su carácter de adulto prematuro imprimía en su rostro, contó del motivo de su presencia. En primer lugar, dijo, era del todo lógico que al viajar hasta al-Ándalus, sabiendo que su pariente residía en el país, hiciera alguna gestión para conocer su paradero; y quiso el azar que al efectuar la protocolaria visita al *walí* tuviera ocasión de conocer al *amil* Andrés Agreda, por quien supo que era precisamente en Malaqa donde se encontraba su tío, de la nueva situación —sin entrar en detalles— adoptada por éste, así como su decisión de quedarse a vivir en el reino de Granada. Como quiera que Jaume había manifestado su natural deseo de encontrarle, el mismo gobernador puso a su disposición y a la de sus acompañantes un guía que les condujo hasta la *munya*.

—He de confesaros, tío, que con independencia de mi deseo por veros ha surgido algo que os concierne, dado vuestro nuevo estado, caso que os convenga.

Terminada su entrevista en la alcazaba, habían comentado, él y su socio Bernat, sobre la imprevisible variedad de hechos y circunstancias capaces de influenciar y hacer cambiar la vida a los humanos, en referencia a Martín; y que en definitiva, el hombre debe ser dueño de su persona para saber dónde y en qué momento ha de estar, sin menoscabo de sus valores espirituales, defendiéndose de todo tipo de atadura que pueda cohibir su naturaleza. Y entonces se le había ocurrido a Miralles: «Os digo: ¿por qué no proponer a vuestro tío el ocuparse de la factoría de Marballah? Sería necio marchar ahora sin contar con alguien responsable en quien confiar, obligándonos a buscar entre nuestra gente, que el indicado llegaría aquí como total extranjero, y esto nos supondría repetidos viajes, pérdida de tiempo, gastos...».

—Y esto es lo que os repito. ¿Os sería de mucha contrariedad quedaros como nuestro representante en Marballah? Apuesto a que en poco tiempo seríais capaz de dominar el negocio sin apenas esfuerzo, y esto supondría una tranquilidad para nuestros intereses, que no reposarían en la incertidumbre de un extraño. Además, vos

habláis árabe y...

Desde Marballah se pensaba llevar una política tendente a competir duramente con los genoveses, contando ya con proveedores que otorgarían unas concesiones similares a las de los audaces ligures. Luego, amparados en la mediación del influyente bayle general del reino de Valencia, cuyas atribuciones parecían ilimitadas desde los tiempos del rey *dom* Jaime, un grupo de mercaderes tunecinos aceptaron iniciar relaciones con la sociedad Alvers-Miralles, de cuyos beneficios se reservaría, naturalmente, la parte convenida para satisfacer la feliz mediación del bayle, más lo que se estimara por el apoyo de sus subordinados más próximos; esto, amén del corretaje para los artífices del convenio, comerciantes mudéjares de lejana ascendencia egipcia, amigos del bayle, que nunca abandonaron su tierra valenciana.

XLVII

La propuesta no necesitaba de mucha reflexión para que Martín la aceptara. Hasta le pareció que en toda aquella sucesión de incidencias confluyendo en su persona mediara la mano de ese mismo destino fatalista al que aludían con supersticioso respeto los mahometanos: un hábito con el que remataban cualquier conversación, aceptando resignados lo bueno y lo malo que les deparaba el destino, por más que fuese algo que no dejaban de censurar los intolerantes alfaquíes. Incluso Amina, dejándose llevar de la costumbre, dejó oír, una vez supo de los proyectos de su amigo, primero sus maquinales gracias a Alláh, y luego el habitual colofón: «Estaba escrito».

Sin demora, tanto que fue al día siguiente, embarcó Martín en la misma nave que trajera a su sobrino y a Bernat Miralles, y en su compañía fue a conocer el lugar al que habría de trasladarse. Hechos a la mar a hora bien temprana, mediada la mañana ya echaban anclas en la ensenada marballih.

Las instalaciones de lo que iba a ser la factoría se hallaban no lejos de una serie de barracones levantados frente al embarcadero, en uno de los cuales un funcionario de la aduana velaba para hacer cumplir el estricto mandamiento de las leyes, por lo que, en verdad, el hombre trabajaba poco, dado el escaso movimiento del puerto. La sede de la sociedad iba a instalarse en una nave de regulares proporciones, hasta entonces dedicada a la preparación de la anchoa, por lo que el olor a pescado perduraba como incrustado en las paredes;alzada sobre un desnivel del terreno sobre la playa, dominaba un buen trozo de costa, con la mole apenas difuminada del Djebel Tarik al poniente, y enfrente la insegura dársena donde fondeaban las embarcaciones que arribaban a aquel puerto; sobre la línea del horizonte, al otro lado del relumbrante mar, si no las ocultaba la bruma podían distinguirse las cumbres de las montañas africanas.

Una vez visitado el lugar, puesto en conocimiento de las labores de adecentamiento y encalado que acometía una cuadrilla de trabajadores, Martín continuó dedicando toda su atención a memorizar cuantas explicaciones le dieron, queriendo hacerse una idea, de momento muy superficial, sobre el mecanismo de su nueva responsabilidad. Porque apenas quedase la nave en condiciones de empezar a ser utilizada, para lo que se habían calculado un par de meses, comenzaría a recibirse mercancía; previamente acudirían dos empleados desde Barcelona, quienes puestos a las órdenes de Martín, asesorarían a éste, al menos en los inicios de las actividades. Tanto su sobrino como Miralles aprovecharon para hacerle algunas indicaciones respecto a cómo entendían que se debían hacer los acabados de las obras, al tiempo

que iban imponiéndole sobre la diversidad de manufacturas que habría de ir recibiendo, la mayoría procedentes de puertos mediterráneos, aunque no iban a faltar géneros enviados desde la lejana Inglaterra, del país de los francos y de Flandes, de cuya distribución ya recibiría en su momento instrucciones sobre el oportuno destino.

Pero su cometido iba a ser de mucha más responsabilidad, porque el verdadero fin de aquel establecimiento no estaba sólo en la mera distribución de mercaderías, sino en las remesas del oro que periódicamente se irían recibiendo procedentes de los aluviones auríferos tunecinos, que según supo luego se encontraban cerca de la legendaria Cartago y no muy lejos del lugar en que murió aquel piadoso rey francés, Luis Nono. A estos envíos los consignatarios tunecinos irían agregando, a medida que las recibieran de sus proveedores del África negra, las partidas que otros se ocupaban de recolectar haciendo trabajar a buen número de esclavos. Con todo, las expediciones de más consideración habrían de llegar del Egipto, que allí los representantes de la compañía, un influyente consorcio judío, contaban con la amistosa benevolencia del sultán, el mameluco bahrita Almansur Laghin, a cuya sombra tenían organizada la venta del oro que se extraía de los lejanos yacimientos nubios, ya explotados en tiempos de los faraones. Martín iba tomando notas, mentales y escritas, como un colegial, de cuantas historias, información, recomendaciones y consejos le dieron, dispuesto a que los resultados de su colaboración fuesen a medida de la importancia de su responsabilidad.

A punto de romper el verano, una serie de hechos obligaron al aspirante a mercader a adelantar sus proyectos. Primero fue el regreso de aquel hermano de Sinbul, el piadoso peregrino viajero a los santos lugares islámicos, de cuya llegada supo por un mensaje de su amada, cuando se ocupaba, ahora en solitario, guiado de su intuición y del sentido común, en ultimar detalles para un perfecto funcionamiento de la factoría. La instalación no había dejado de despertar el natural interés y la curiosidad del pueblo; porque el establecimiento de una concesión mercantil a comerciantes cristianos, en zona tan estratégica, —que se decía que habría de ser de una cierta consideración—, andaba en las conversaciones de la gente, empezando por las autoridades, con quienes desde un primer momento se entablaron las protocolarias relaciones de cortesía.

El *al-cahdí* de la villa, un monstruoso individuo de aspecto grotesco, cuyo voluminoso corpachón sostenía una cabezota al mismo grotesco juego de su adiposa figura, donde la nariz parecía descolgarse a modo de incipiente trompa, recibió a los catalanes —iba también Martín— cuando éstos acudieron a saludarle en su protocolaria visita, haciendo gala, ridículamente, de la más necia fanfarronería; a ninguno pasó desapercibido su aire arrogante ni el tono enfático de su habla, conociendo ya, por los trabajadores a su servicio, algunos pormenores sobre el personaje, al que apodaban —y así se le conocía en toda la comarca— Chahhm al-

baqar, *Grasa de Buey*. Siendo descendiente de mozárabes castellanos convertidos al islam, guardaba escrupulosamente, como cualquier familia de conversos, las prescripciones del Corán, lo que no le impedía ejercer sobre el pueblo y todo el término una especie de despótico dominio, dedicado a monopolizar la mayoría de las actividades económicas de la zona, que no eran sino la producción agrícola y la ganadería; porque la pesca, principalmente la sardina, estaba del todo acaparada, aparte de la que se aprovechaba para el consumo, por unos industriales yemeníes. Como quiera que la sombra de Grasa de Buey no habría de afectar para nada a la marcha de la factoría, por contar con la bendición de instancias muy superiores a la que representaba aquella masa de carne mal fabricada, la visita se circunscribió a meras fórmulas, y al pedante no se le concedió la menor importancia.

Otro urgente problema para Martín consistió en buscar acomodo, ya que no entraría en sus cálculos, y muy especialmente cuando se le reuniese Amina, seguir hospedado en el miserable *fondak* donde provisionalmente se alojaba, regentado por una tornadiza pelirroja de violento genio, apresada en la costa portuguesa todavía niña y casada con su raptor, al que acostumbraba a propinar soberanas palizas cuando la impulsaba su habitual mal carácter; es decir, casi diariamente.

Ya desde que apenas empezara a considerar la situación había descubierto, al borde de un extenso pinar que llegaba hasta la playa, unas tierras que por ser salitrosas no se cultivaban; edificada sobre una suave elevación del terreno se alzaba una casa, no muy grande, algo abandonada, pero que después de una hábil reparación consideró que podría quedar habitable y cómoda. Le gustó, además, descubrirla rodeada de una antigua —pero suficiente— protectora muralla; que ninguna precaución sería poca con vistas a las incursiones que en cualquier trozo de cualquier costa acostumbraban a hacer piratas y corsarios, tanto cristianos como moros. Indagó Martín acerca de su propietario, que resultó ser el recaudador local de impuestos, individuo, naturalmente, odiado por la mayoría de la población; una vez localizado, en lugar de ir directamente a tratar con él decidió pedir su mediación al voluminoso Chahhm al-baqar, convencido de que el mejor modo para conquistar a un individuo vano y crecido sería requerirle un favor. De modo que volvió a visitarlo, charlaron cumplida y ceremoniosamente, con arreglo a las formalidades y la mejor urbanidad, y en la conversación dejó entrever Martín, claramente, sus relaciones con algunos dignatarios de la *kora* y del reino, así como la disposición por parte de la sociedad que representaba para, apenas se iniciaran sus actividades, abonar sus impuestos, no en especie, como se empeñaban en hacer muchos contribuyentes, sino en dinero efectivo, con lo que consiguió que el voluminoso hombrón le dispensara su mejor atención. Tanto, que una vez conocidos los deseos de su interlocutor respecto a las tierras de junto al pinar, no tardó una semana en enviarle recado informándole sobre la buena disposición del *qabid* —el exactor de la zona—, quien ponía amablemente a su disposición la finca, ya que no hacía uso de ella, y además, a un costo y con unas facilidades, sin duda, casi de regalo.

Satisfecho porque iba consiguiendo sus fines, felicitándose a sí mismo por el modo en que empezaba a manejarse sin tropezar con muchas dificultades en su contacto con el mundo seglar, inmediatamente se dedicó a acondicionar la casa para convertirla en un lugar acogedor; y a contratar criados que se encargarían de cuidar su conservación; y a procurarse un ajuar, al menos lo más imprescindible, para hacer del conjunto un todo habitable; siempre y en cualquier momento pensando en Amina, en la satisfacción de tenerla pronto a su lado y ofrecerle, con merecido orgullo, lo que ahora consideraba fruto de su propio esfuerzo. Para la materialización de sus objetivos, contando con sólo unos pocos dirhems como capital propio, se sirvió de las cantidades que generosamente le adelantara su sobrino, y luego, hizo uso de su propio crédito personal, que no dudaron en otorgarle amistosamente cuantos artesanos aceptaron de cumplimentar sus necesidades.

Como quiera que pasaba las jornadas en un permanente estar ocupado, no era sino a la hora de dormir cuando le acudían, encadenados unos tras otros, reflexiones, recuerdos, momentos; especialmente le sorprendía la manera sosegada, hasta insensible, con que había encarado la tan absoluta transformación de su vida, abandonando todo su pasado en una lejanía que le parecía cada vez más remota, entregado a su nueva situación como si todo le viniese naturalmente: la vida seglar, el amor de una bellísima, sugestiva «infiel», y por último prestarse, sin reparos, incluso ilusionado, a formar parte del turbio mundo de los mercaderes: un mundo al que siempre consideró poblado de gente sin escrúpulos, ávido sólo de enriquecerse del modo que fuera, y naturalmente, donde eran monedas de cambio el engaño, la truhanería, la estafa; allí nacían gran parte de las desventuras de la humanidad, y siempre consideró que precisamente allí estaba el germen del pecado, por lo que cada vez que tuvo ocasión no dejó de prevenir y zaherir a quienes hacían oídos sordos a su reiteración de parábolas evangélicas dedicadas a advertir sobre lo mismo, desde la desconsoladora tragedia de *El rico insensato* a la del *Rico epulón y Lázaro*, sin olvidar, por supuesto, las escasas posibilidades de un rico intentando pasar a través del ojo de una aguja, en comparación con las de un camello.

De todos modos y una vez decidido, casi febril ante la avalancha de acontecimientos, todos propicios, todos benignos, terco en su decisión, ya sabía que el pasado no iba a resucitar. Y se repitió la expresión cesarina, *Alea jacta est*, con su doble sentido de desafiar al futuro, y también de, ya, no volverse atrás.

Lo inmediato estaba en aquella noticia de Sinbul contándole del regreso de su hermano; tenía que ir a Malaqa y afrontar una situación cuyas características ignoraba tanto como su resultado, desconociendo qué consecuencias traería la que consideraba obligada entrevista. Seguidamente estaba plantear a su amada de un modo manifiesto, sin lugar a equívocos, su proyecto de vida en común. En más de una ocasión sentía como un desfallecer ante la idea de que las cosas hubieran cambiado, por lo que fuese, y ver muertas sus ilusiones; porque en realidad todos sus proyectos no giraban sino con el pensamiento puesto en la joven. Si este anhelo se esfumaba, ¿qué sería de

él? Nunca programaron nada definido, porque los hechos se habían sucedido con tal rapidez que todo quedó un poco en el aire; Martín sobreentendía que a la primera indicación, Amina iría a reunírsele donde fuese, incluso más allá del *Ultima Tule*, que decía Séneca...

Tenía que resolver todo esto con la máxima urgencia, sin demora. Así que una de aquellas mañanas, al alba, con la sola compañía de un criado y un arriero, emprendió el camino que a lo largo del litoral conducía hasta la ciudad.

Llegó a la *munya* lleno de resolución, dispuesto a enfrentar lo malo y lo bueno; muy en el fondo, temeroso de que los hados hubiesen decidido romper lo que venía creyendo una benéfica conjunción de los astros sobre su persona... si es que aquellas radiaciones planetarias de las que hablaban los astrólogos podían ejercer, en efecto, una influencia sobre los humanos, cosa que dudaba. Pero...

Saludó a Alí Muhammad, ambos dedicándose las fórmulas ceremoniosas que eran norma en la tradicional cortesía, los dos examinándose curiosamente; Martín guardando un exterior impasible, como seguro de sí mismo, pero en realidad inquieto al encarar la incógnita de la situación. El hermano de Amina era un joven corpulento, y quizá por el mimetismo del medio ambiente se aparecía como un verdadero producto del terreno que reflejara en su persona soles y lluvias, inclemencias y bonanzas del tiempo, lo que se manifestaba en lo atezado de la piel, en las prematuras arrugas del rostro, en las manos, grandes y deformes. Posiblemente ganado por su tan reciente experiencia mística, que sin duda debió de vivir momentos de devota entrega durante su visita a los lugares santificados por el islam, iba vestido con una simple saya listada, cubriéndose con un turbante, al modo de los teólogos, cuando ya en al-Ándalus casi ningún varón usaba prenda alguna sobre la cabeza, a no ser el casquete de lana en invierno, o el simple *taylasan* blanco, que era como un velo que se ponía sobre los hombros y algunos subían por encima de las orejas; posiblemente, luego de aquellos meses de ausencia dedicados a vivir para la piedad religiosa, honrado ahora con la dignidad de *hach*^[56] su fervor debía estar bien acrisolado. Pronto captó Martín que pese a la tosquedad de su apariencia física, tan lejos de la fascinante personalidad que ya con su sola presencia bastaba para retratar a su hermana, era un hombre de profundos sentimientos y condición tímida, posiblemente acostumbrado a la soledad y a estar mucho tiempo sin más amigos que sus propios pensamientos.

Sorprendió al exfraile que en contra de toda norma le recibiera acompañado por la muchacha, lo que le llevó a pensar que debía de estar bien acostumbrado al manifiesto modo en que la joven imponía su carácter cuando lo creía justificado o necesario; esto también le dio confianza, haciéndole sentir más relajado. Una vez acomodados, rota aquella especie de timidez en los dos hombres por la hábil intervención de Amina y entretenidos con un refrigerio, empezó Alí, sin aparentar reserva alguna y apenas entrados en conversación, a dar muestras de una curiosidad

al parecer insaciable, dedicando a su visitante cuantas preguntas fueron ocurriéndosele, numerosas y atinadas, que prolongó incluso durante la cena, interesado en los orígenes del exclaustro, sus conocimientos de otras tierras y sus saberes de toda índole; cuando llegó, porque era obligado, a la cuestión religiosa, luego de manifestarse fervoroso y sumiso creyente en cuantos mandamientos estableció el Profeta, se atrevió a indagar acerca de los motivos por los que su invitado abandonó el estado clerical, avanzando, muy discreto, si esto significaría un posible acercamiento al islam. A todo lo cual dio debida respuesta su interlocutor del modo en que sabía hacer amena una conversación, especialmente si con los años fueron tantas las vicisitudes que modelaron su perfil. Usando luego de un lenguaje medio desdibujado y ambiguo, como si le costara traducir su pensamiento al árabe, no quiso extenderse en cuanto a su ruptura con la religión; tan sólo dejó insinuar su actual dedicación profunda al estudio de otras filosofías, cuando sus nuevas ocupaciones se lo permitían.

Ahora Alí Muhammad pareció interesarse por la actividad de Martín, entregado a su cometido de ultimar las instalaciones de la factoría, manifestando incluso como una cierta admiración al descubrirlo capaz de responsabilizarse por algo tan distinto a lo que hizo siempre. De igual modo, le hizo alguna pregunta respecto a las futuras actividades comerciales de la empresa y de cómo iba él a desempeñar su intervención en la misma.

Muy al final fue que se refirió al hecho clave de aquella visita:

—Mi hermana ya me manifestó su inclinación hacia ti, y como afirma con certeza que esto es voluntad de Alláh, porque no hay poder ni fuerza sino de Él, el Misericordioso, Señor de todos los mundos, yo no podría oponerme, aunque para mí sería una bendición si te hicieras circuncidar. —Y al advertir una ligera mueca que entendió negativa en el otro—: Amina me habla de irse a vivir contigo a Marballah. Ni ella es cristiana ni tú eres musulmán: dime, pues, si crees que os sea posible vivir así, ni en tierras del Profeta ni en donde están las iglesias de los trinitarios.

Sin esperar respuesta siguió manifestando la tristeza que le producía saber que aquélla a la que siempre tuvo dentro de su corazón, ahora iba a quedar expuesta a la influencia, no ya de un infiel, sino tal vez bajo lo que no se atrevía a calificar, adivinando en la persona del *rumí* a alguien que no dudaba fuese dueño de buenos sentimientos, pero que desgraciadamente había perdido la piedad. Cualquiera, en su caso, se opondría a tan vergonzosa situación, pero sabía de las ideas de su hermana, de su cabezonería, siempre rebelde e insumisa, y como él la amaba tan intensamente, jamás movería un dedo si esto le causara el más ligero daño.

Todo expuesto sin manifestar acritud, ni incluso censura, tan sólo por su deseo de dar libremente su opinión; a su juicio, como creyente seguidor de la fe islámica, auguraba la cantidad de inconvenientes que habría de tropezar la pareja, fruto de una unión tan en contra de todas las normas, dejando traslucir, sin apenas ocultarlo, la conmiseración que le producía imaginar, tanto al exfraile como a su hermana,

condenados a no conocer la bienaventuranza de estar eternamente con la divinidad.

Y Martín pensó que sus palabras no eran sino un calco de lo que él pregonó tantas veces, y lo que pregonaron otros muchos miles de predicadores como él. Dispuesto a no contradecir y ni siquiera a argumentar en respuesta al piadoso discurso del joven, tuvo la discreción de escuchar sin dar opiniones, en tanto por la cabeza le rondaban cuantas doctrinas había conocido, todas empeñadas en adjudicarse la exclusiva de la divinidad, cada una más o menos calco de la otra, con sus particulares teorías, sus argumentos escasamente diferentes entre sí, fruto de la fantasía, la imaginación, el ingenio humanos; en ocasiones, nacidas en la mente de algún carismático profeta, cuyo verbo podía arrastrar a las masas, siempre buscando el bien y la felicidad de acuerdo con la subjetiva interpretación que cada *iluminado* diese al culmen de tan excelso deseo.

Durante todas esas horas Amina apenas si intervino en las conversaciones, y si lo hizo fue sólo por alguna cuestión doméstica. Pero Martín ya sabía que aquella intrépida muchacha que un día lo abordó en plena calle, que tantas veces le confesó y demostró su amor por él, seguía siendo su sorprendente, su fabulosa, su hechicera, su Sinbul at-Tíb, su Nardo de Olor.

—Sin duda, Alí Muhammad, estás pensando que te las ves con un loco... —Miró a Amina—. O dos. Y será cierto que ni Sinbul ni yo respetamos las reglas impuestas por hombres que se dicen enviados de la divinidad, y nos desentendemos de esas costumbres que se han hecho ya leyes por la tradición... Son cuestiones que hemos tenido en cuenta, pero como quiera que no casan con nuestro libre pensar, que antes está nuestro amor, rompemos con esas formalidades. Sé que es una postura atrevida la de desafiar a todo el mundo, pero no vamos a permitir compromisos ni imposiciones con nada ni con nadie, ni vamos a aceptar servidumbres, ni dejaremos que nada extraño se interponga entre nosotros, y salvo el respeto a lo que es justo, vamos a renunciar a todo lo demás... A lo social, y lo religioso, y... Y a todo.

Llegaron a Marballah con los cielos alumbrados por las últimas luces de una cálida tarde estival. Cruzado el límite de la finca, al acercarse la reducida comitiva a la casa fue recibida por los criados a la luz de las antorchas; a continuación, guiados por las dos esclavas compañeras de Amina, Hintá y 'Asal, fueron a instalarse bajo unos toldos, dando comienzo a la fiesta de bienvenida. En tanto se daba punto a la cena, apetitosa, sin duda, a juzgar por la variedad de aromas que impregnaban el aire, las mujeres iban ofreciendo refrescante horchata, y uvas, melón, sandía; todo entre risas, parloteo, cantos y tañer de instrumentos, lejos de las prohibiciones de los guardianes de la fe en contra de tan jubilosas manifestaciones.

Y Martín advirtió que aquella alegre recepción encantó y emocionó a su amada, y al notarlo también le emocionó a él.

Con la caída de la noche había refrescado el ambiente, haciendo grato prolongar

el disfrute de la velada bajo aquel cielo cuajado de estrellas, brillantes en la profunda negritud de la luna nueva. Y ahora se le ocurrió pensar si tal vez se encontraba en el umbral propicio para alcanzar ese estado tan perseguido por el ser humano que es la felicidad.

Málaga, jueves, 11 de noviembre de 1999.
Festividad de San Martín, a las 21:00 horas.

Málaga, martes, 7 de agosto de 2001.
Festividad de San Cayetano, a las 23:00 horas.

Bibliografía

Siendo numerosa la relación de documentos consultados para la elaboración de esta obra, considera el autor dedicar una breve reseña a los textos más estudiados.

Memorias para la vida del santo rey don Fernando III, Andrés Marcos Burriel, S. I. (1719-1762). Publicada por Miguel de Manuel Rodríguez. Madrid, MDCCC, ed. El Albir. 1974.

Alfonso X el Sabio, Antonio Ballesteros Beretta, 1963. Ed. El Albir, 1984.

Setenario, Alfonso X el Sabio. Facsímil del publicado por Kenneth H. Vanderford. Instituto de Filología, Buenos Aires, 1945, ed. Crítica, Barcelona, 1984.

Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres, Diógenes Laercio. Ed. Teorema, Barcelona, 1985.

De natura deorum. (Sobre la naturaleza de los dioses). Marco Tulio Cicerón. Ed. Sarpe. Madrid, 1984.

De brevitate vitae. (De la brevedad de la vida). Lucio Anneo Séneca. Ed. Sarpe. Madrid, 1984.

Santa Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento. Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569). Revisión de Cipriano de Valera (1602). Ed. Sociedad Bíblica, Gran Bretaña, 1951.

Elseviers Encyclopedie Van de Bijberl. (Enciclopedia de la Biblia). Ed. Elseviers, Ámsterdam. Trad. de Marie Paule Bol. Ed. Afrodisio Aguado. Madrid, 1968.

Confesiones, san Agustín. Ed. Sarpe. Madrid, 1983.

Historia de las civilizaciones. The Crucible of Christianity. (El crisol del cristianismo). Director: Arnold Toynbee. Thames and Hudson. Londres, ed. Labor, 1993.

De principis naturae. (De los principios de la naturaleza). De aeternitate mundi. (Sobre la eternidad del mundo). De ente et esencia. (El ente y la esencia). Selección de *Suma contra gentiles* y *Suma teológica*, Tomás de Aquino, O. P. Ed. Sarpe. Madrid, 1983.

Interioridad y conversión a través de la experiencia de San Agustín, Ángel Alcalá

Galve. *La Ciudad de Dios*, vols. CLXX, 1957 y CLXXI, 1958. Real Monasterio de El Escorial.

«*Relación histórica del auto general de fe que se celebró en Madrid en el año de 1860*», José del Olmo, alcaide y familiar del Santo Oficio. Impreso por Roque Rico de Miranda, 1680. Edición facsímil de 1820, imprenta de Cano, Madrid.

Tratado de la iglesia de Jesu-Christo, Félix Amat, Pbro. Editado en la imprenta de don Benito Cano, Madrid, 1793.

Catecismo de la doctrina cristiana, Jerónimo Martínez de Ripalda, S. J., 1591. Añadidos de Juan Antonio de la Riva, 1660. Ed. de Sucesores de Hernando, Madrid, s/f.

The Formation of a Persecuting Society. (La formación de una sociedad represora: 950-1250). R. I. Moore, Oxford, 1987. Ed. Crítica, Barcelona, 1989.

Crónica de Aragón, Lucio Marineo Sículo, ed. Juan Cofre, Valencia, 1524. Ed. El Albir. Edición facsímil, Barcelona, 1976.

Manual de inquisidores, Nicolau Eymeric. Edición del abate José Marchena (1768-1821). Sumario a varios pasajes de *De origine et progresso officii sanctae inquisitionis*, con adiciones de Luis de Páramo. Ed. Fontana. Barcelona, 1982.

Inquisición y mentalidad inquisitorial, Ángel Alcalá Galve y Programme on Society in change, Nueva York. Ed. Ariel, 1984.

The History of the Dominican Order, W. A. Hinnebusch, ed., Nueva York, 1966.

Histoire del maîtres généraux de l'ordre des ff. prêih, Antonino Mortier, O. P., París. 1903.

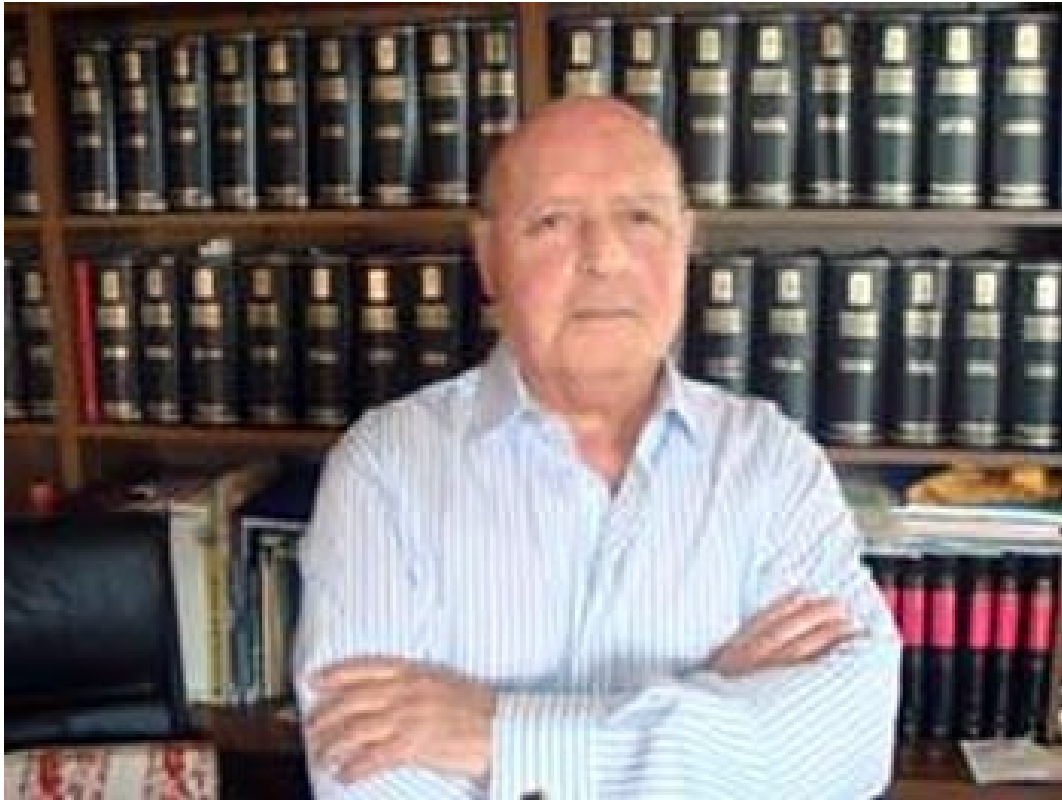
The Bad Popes. (Los Papas malos). E. R. Chamberlin. Dial Press, Nueva York, 1969. Ed. Orbis, Barcelona, 1985.

Le trésor cathare. (El tesoro cátaro). Gérard de Séde. Ed. Julliard, 1967. Ed. Plaza & Janés, Esplugas de Llobregat, 1976.

Ensayos

- Los mozárabes. Herejías provenzales. Los albigenses*, Américo Castro, 1929. Ed. Alfaguara, Madrid, 1972.
- Las creencias de los españoles. La tierra de María Santísima*, Ramos Perera. Ed. Mondadori, Madrid, 1990.
- Archivos de la catedral de Elna. Episcopologi d'Elna, 571-1996*.
- El arzobispo don Raimundo de Toledo*, Ángel González Palencia. Colección Pro Ecclesia et Patria, ed. Labor, 1942.
- Histoire de Carcassonne*. Édition privat sous la direction de Jean Guilaine et Daniel Fabre. Mairie de Carcassonne. Documentation, 1996.
- Historia de las civilizaciones*. Director: Joan Evans. *The Flowering of the Middle Ages. (La Baja Edad Media)*. Thames and Hudson, Londres. Ed. Labor, 1993.
- Nueva historia de España en sus textos. Edad Media*, José Ángel García de Cortázar y Ruiz de Aguirre. Ed. Pico Sacro, Santiago de Compostela, 1975.
- Estudios polémicos*, Claudio Sánchez-Albornoz y Menduïña. Ed. Espasa Calpe, 1979.
- España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Américo Castro. Buenos Aires, 1948. Ed. Crítica, Barcelona, 1984.
- The Commercial Revolution on the Middle Ages. (La revolución comercial en la España medieval)*. Roberto S. López. Ed. El Albir, Barcelona, 1981.
- Historia económica y social de la España cristiana en la Edad Media*, Charles E. Dufourcq y Jean Gautier Dalché, París, 1976. Ed. El Albir, Barcelona, 1983.
- Economía y sociedad en los reinos hispánicos de la Baja Edad Media*, José Luis Martín, 1982. Ed. El Albir, Barcelona, 1983.
- Libro del conocimiento de todos los reynos*, Anónimo, siglo XIV. Publicado por Marcos Jiménez de la Espada. Imprenta de T. Fortanet. Madrid, 1877. Ed. El Albir, Barcelona, 1980.
- Historia de España*. Director: Manuel Tuñón de Lara. Vol. III: *España musulmana*. Rachel Arié, 1982. Ed. Labor, Barcelona, 1982.
- Málaga musulmana*, Francisco Guillén Robles. Imprenta de M. Oliver Navarro, 1880. Reedición facsímil de la Diputación Provincial de Málaga, 1980.

- El islam de España y el Occidente*, Claudio Sánchez-Albornoz, 1965. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1974.
- A través del Oriente: Rihla, siglo XII*, Ibn Yubayr. Traducción y notas: Felipe Maíllo. Ed. Serbal, Barcelona, 1988.
- Los dos santos lugares del islam*. Ministerio de Información de Arabia Saudí. National Offset Printing Press, Riyadh, 1989.
- El salat*, Abu-Ismaíl Yabir al-Andalusi. Ed. de la Yama'a Islámica de al-Ándalus. Sevilla, s/f.
- El islam y Europa*, Juan Vernet Ginés. Ed. El Albir, Barcelona, 1982.
- Le costume*, Miguel Zamacois. Ed. Ernest Flammarion, París, 1936.
- Paris*, Louis Guillet. Ed. Flammarion, París, s/f.
- Paris, Rive Gauche*, Gérard Bauër. Ed. Cupillards. París, 1958-1959.
- Roma medieval*, Massimo Quaini. Iniziative Speciali De Agostini, Novara, 1998.
- L'art gothique en France. Architecture, sculpture, peinture, arts appliqués*, Louis Réau. Ed. Guy Le Prat, París, 1945.
- Al-Morchid fi'l-Kohhl. Le guide d'oculistique. Noms de remedes, aliments, poids et mesures*, Muhammad Ibn Quassoûm Ibn Aslam al-Ghâfiqí, XII siècle. Traducido al francés por el dr. Max Meyerhof. Ed. Oliva de Vilanova, Barcelona, 1933.



CRISTÓBAL DELGADO, Málaga, es arqueólogo e historiador además de escritor.

En 1983 quedó finalista del Premio Ateneo de Sevilla.

Junto a los textos históricos, su gran especialidad son los libros de viajes.

Estudió Náutica, pero siempre ha estado vinculado a la literatura. En los últimos años está totalmente volcado en la investigación y los viajes.

Notas

[1] El Llobregat. <<

[2] Empanadas. <<

[3] Poemas líricos del Mediodía francés en los que se narraban leyendas. <<

[4] Éstos eran la atrabilis, la bilis, la sangre y la pituita. <<

[5] El sexto mandamiento. <<

[6] Té. <<

[7] Oficial superior. <<

[8] Musulmanes fronterizos, especialmente del Bajo Aragón, que conocían y hablaban las lenguas de ambas culturas. <<

[9] Oficial subalterno en los ejércitos hispanoárabes. <<

[10] Queremos y concedemos que todos los moros que quieran permanecer en el término de Valencia, permanezcan, bajo nuestra promesa, salvos y seguros. <<

[11] Bendícenos. Perdónanos. Amén. <<

[12] El Melhorier o melioramentum cátaro era una petición de gracia, de perdón de faltas y la bendición del perfecto, considerado revestido del Espíritu Santo. <<

[13] Presente. <<

[14] Especialmente la predicación y la salvación de las almas. <<

[15] Pecado tan horrible, que no ha de ser nombrado entre cristianos. <<

[16] Si Dios quiere. <<

[17] Que la verdad aparezca, agrade y convenza. <<

[18] Aléjate, Satanás, / nunca me persuadas para cosas malas; / es malo lo que me ofreces. / Bebe tu propio veneno. <<

[19] El Señor sea contigo. <<

[20] El Señor sea con vosotros. <<

[21] El que esté libre de pecado, eche la primera piedra. <<

[22] ¿Cómo te va? <<

[23] ¿Cómo estás? <<

[24] Maravillas de la Ciudad de Roma. <<

[25] El Maestro lo dijo. En la época manifestaba conformidad con cuanto apareciera expuesto por Tomás de Aquino, por considerarse irrefutable. <<

[26] Enviado especial. <<

[27] ¡Oh, feliz falta, que ha merecido tan gran redentor! <<

[28] El Atrevido. <<

[29] Del árabe, cazurro. <<

[30] Os conjuro, a ti, espíritu inmundísimo, a todos los adversarios que atacan, a todo fantasma y a las legiones, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, para que salgáis y os apartéis de estas criaturas de Dios. <<

[31] Te conjuro, serpiente antigua, por el Dios de los vivos y los muertos, por el que te hizo a ti, por el que hizo el mundo, por el que tiene poder para hundirte en el Infierno, a que de esta criatura de Dios, que vuelve al seno de la Iglesia, te apartes con tu ejército de furia y terror. <<

[32] He aquí la Cruz de Dios: huid, espíritus adversos; venció el león de la tribu de Judá, del tronco de David. Te repudio, criatura del cepo, en el nombre de Dios Padre omnipotente, y en el nombre de Jesucristo, su Hijo y Nuestro Señor, y por virtud del Espíritu Santo... <<

[33] En buen lío andas metido. <<

[34] Comentarios al Libro del Génesis. <<

[35] Desfogar el apetito sexual haciendo uso de la delectación venérea o fantasía erótica. <<

[36] Prisión inquisitorial. <<

[37] Algeciras. «La isla verde», en árabe. <<

[38] El peñón de Gibraltar. <<

[39] No hay más Dios que Alláh. <<

[40] Jurisconsulto conocedor de la ley islámica. <<

[41] Entre los árabes, el que no tiene fe religiosa alguna. <<

[42] Los chanquetes. <<

[43] En los territorios de soberanía musulmana, los residentes no musulmanes, nombre que venía a significar «los que viven en paz con otros». <<

[44] *Musta'arab.* <<

[45] ¡Alláh es grande, Alláh es grande! <<

[46] Los agentes de la ley en las ciudades de al-Andalus. <<

[47] La actual Vélez-Málaga. <<

[48] La actual Fuengirola, en la Costa del Sol malagueña. <<

[49] No hay otro dios que Alláh, y Mahoma es su mensajero. <<

[50] En el baño árabe, lavado concienzudo de todo el cuerpo. <<

[51] Entre los árabes, maestro de ajedrez. <<

[52] Nardo de olor. <<

[53] Duende, en las creencias del islam. <<

[54] Genio maléfico. <<

[55] Nombre árabe de la actual Almería. <<

[56] Título del musulmán que ha hecho la preceptiva peregrinación a La Meca. <<